



Después de El Mazo de Kharas llega la esperadísima segunda parte de Las Crónicas Perdidas de la Dragonlance.

La temida Dama Azul, Kitiara, pone en marcha un complot que conducirá a los caballeros solámnicos hasta el límite del glaciar en busca del Orbe de los Dragones, y su rival Laurana inicia un viaje hacia su destino cuando Sturm, Flint, Tasslehoff y ella se unen a los caballeros en su peligrosa misión.

Pero es Kitiara la que afronta un reto crucial. Jura pasar la noche en el lugar más temido de Krynn: el alcázar de Dardaard. Nadie que se haya aventurado en ese sitio pavoroso ha vuelto para contarlo, pero Kit tiene que enfrentarse a Soth o afrontar la muerte a manos de su reina.



eBooks con estilo

Margaret Weis & Tracy Hickman

# El Orbe de los Dragones

**Dragonlance: Las Crónicas Perdidas - 2**

ePUB v1.1

OZN 17.07.12

---

más libros en [epubgratis.me](http://epubgratis.me)

---

Título original: *Dragons of the Highlord Skies*  
Margaret Weis & Tracy Hickman, enero de 2008.  
Traducción: Mila López Díaz-Guerra  
Ilustraciones: Matt Stawicki  
Diseño/retoque portada: OZN

Editor original: OZN (v1.0 a v1.1)  
Corrección de erratas: Sharadore  
ePub base v2.0

## PREÁMBULO

*(La historia hasta ahora)*

Muchos años después de la Guerra de la Lanza, a un miembro de la Orden de los Estetas, una mujer llamada Lillith Cuño, se le ocurrió la idea de invitar a los niños de Palanthas a visitar la Gran Biblioteca para oír relatos de la historia de Krynn. Por entonces, Lillith era una de las Estetas más poderosas e influyentes, superada únicamente por Bertrem, y a pesar de que muchos de los otros Estetas se alarmaron ante la perspectiva de dedos pringosos, narices mocosas y voces chillonas que perturbarían sus estudios, Lillith se salió con la suya.

Lillith Cuño no llegó a casarse —algunos dicen que en su corazón guardaba una pena secreta— pero le encantaban los niños y era una excelente historiadora; tanto, que muchos de los padres que llevaban a los críos se quedaban a escucharla.

Como es posible que vosotros, nuestros lectores, no hayáis leído las aventuras de nuestros héroes desde hace mucho tiempo —o quizá nunca hayáis leído nada sobre ellos antes de abrir este libro—, decidimos que sería aconsejable quedarnos hoy para oír lo que cuenta Lillith. Va a relatar a los pequeños la historia de dos mujeres importantes en la vida de uno de los héroes: Tanis Semielfo. Las mujeres, Laurana y Kitiara, son protagonistas del libro que ahora sostenéis en las manos.

Antes de entrar de lleno en el relato, Lillith hace un resumen de lo que ha ocurrido antes. Escuchemos...

—Siete amigos juraron reunirse en Solace tras cinco años de ausencia, durante los cuales, aparentemente, fueron en busca de algún indicio de los verdaderos dioses, pero en realidad se buscaban a sí mismos.

»Estos siete amigos eran Tanis Semielfo, los gemelos Raistlin y Caramon Majere, el enano Flint Fireforge, el incontrolable kender Tasslehoff Burrfoot, el caballero Sturm Brightblade y Kitiara Uth Matar, media hermana de los gemelos.

»Sturm y Kit partieron hacia el norte, en dirección a Solamnia, en busca de información sobre sus respectivos padres desaparecidos. Los demás tomaron caminos distintos. Todos regresaron a la posada en la fecha acordada excepto Kitiara, que envió un mensaje a El Último Hogar para avisar que no iba. La noticia entristeció y decepcionó profundamente a Tanis, que estaba enamorado de Kit.

»La llegada a la posada de una misteriosa mujer que llevaba un báculo con un cristal azul provocó que los otros seis amigos se encontraran metidos de repente en una aventura conocida como *El retorno de los dragones*. Los acontecimientos llevaron a nuestros héroes desde Solace a la ciudad maldita de Xak Tsaroth, donde los verdaderos dioses se manifestaron y les entregaron los Discos de Mishakal. Se decía que los discos contenían el conocimiento de los verdaderos dioses, pero nadie sabía leerlos, y partieron en busca de alguien que pudiera descifrarlos.

»De vuelta en Solace, Tanis se había encontrado con un viejo amigo, un elfo llamado Gilthanas. Tanis y Gilthanas se habían criado juntos y antaño habían estado muy unidos, pero, desde entonces, el tiempo y las circunstancias habían cortado esos lazos. Las tropas de un presuntuoso hobgoblin, Fewmaster Toede, los hicieron prisioneros a todos. Transportaban a los esclavos a la ciudad de Pax-Tharkas, enjaulados en carros con barrotes, cuando los rescató un grupo de elfos. Era una partida pequeña, en contra de todo lo que Fewmaster contaría después.

»En el grupo de elfos, Tanis reconoció a Porthios, hermano de Gilthanas. Al enterarse de que los compañeros aseguraban haber encontrado evidencia del regreso de los verdaderos dioses y de que habían recuperado para el mundo el poder de la curación, Porthios condujo a Tanis y a sus amigos a Qualinost.

»Allí, Tanis se reencontró con una joven con la que había estado comprometido en el pasado, hija del Orador de los Soles: Laurana. La elfa aún lo amaba, pero Tanis había dejado de quererla. Su amor por Kitiara seguía siendo apasionado y rompió el compromiso por los sentimientos encontrados que le dividían el corazón, aunque en realidad el padre y los hermanos de ella nunca habían aprobado su relación. Por las venas de Tanis corría también sangre humana.

»Los elfos convencieron a Tanis y a sus amigos para que fueran a la ciudad de Pax Tharkas, gobernada por el Señor del Dragón Verminaard. Tanis y su grupo planearon una revuelta de los esclavos con la esperanza de impedir que los ejércitos de los dragones, que amenazaban a los elfos, lanzaran un ataque contra Qualinost y dar así a los elfos ocasión de escapar al exilio para ponerse a salvo.

»Los amigos, a los que acompañaba Gilthanas como guía, emprendieron la marcha hacia Pax Tharkas. Dolida por el rechazo de Tanis, Laurana huyó de casa para estar con él. Tanis intentó hacer que regresara, pero la joven se opuso y no dio su brazo a torcer. De

camino a Pax Tharkas, se les unió un hombre llamado Eben Shatterstone que aseguraba haber escapado del ejército de los dragones, pero que era en realidad un espía del Señor del Dragón Verminaard.

»Los héroes entraron a hurtadillas en Pax Tharkas y se mezclaron con los esclavos. Allí conocieron a un hombre llamado Elistan que se estaba muriendo de una enfermedad que lo consumía, pero Goldmoon, una nueva seguidora de la diosa sanadora Mishakal, rogó a la deidad por él. Elistan se curó y quiso saber más cosas sobre esos dioses. Goldmoon le mostró los Discos de Mishakal y resultó que él sabía leerlos. Se hizo clérigo de Paladine y trabajó para dar a conocer la existencia de los verdaderos dioses al resto de las personas esclavizadas en Pax Tharkas.

»Tanis y sus amigos dirigieron a los esclavos en la revuelta y mataron a Verminaard. Ochocientas personas, entre hombres, mujeres y niños, huyeron hacia el sur y se las ingeniaron para burlar a los perseguidores. Se refugiaron en cuevas con la esperanza de poder pasar allí el invierno.

»Entretanto, un draconiano aurak, enmascarado como Verminaard, reunió una fuerza de dragones rojos y emprendió la persecución de los antiguos esclavos, que no tuvieron más remedio que huir del valle y buscar refugio con los enanos en el reino perdido de Thorbardin. Estas aventuras se relatan en el libro *El Mazo de Kharas*.

»Durante ese tiempo, Laurana siguió viajando con el grupo. El peligro, la pena y el miedo la obligaron a madurar. La muchacha en otro tiempo consentida y testaruda se convirtió en una joven seria y juiciosa. Utilizó las artes diplomáticas aprendidas en la corte de su padre para ayudar a Elistan en su labor, y Tanis descubrió que le encantaba aquella preciosa joven, tan distinta a la muchacha que había conocido. Empezó a enamorarse de ella y a sentirse dividido por los sentimientos. ¿A cuál de las dos mujeres amaba de verdad? En cuanto a Laurana, el amor que sentía por él no flaqueó nunca.

»Después de tantas adversidades y peligros, los héroes encontraron el Mazo de Kharas y se lo devolvieron a los enanos, que, a cambio, permitieron que los refugiados se quedaran en Thorbardin hasta que hallaran un modo seguro de viajar a un nuevo hogar. Tanis y su grupo se pusieron en camino hacia la ciudad portuaria de Tarsis, donde comprarían pasaje en los barcos de blancas alas para los refugiados que buscaban una nueva tierra a la que llamar suya. El periplo y las aventuras a lo largo del camino se describen en *La tumba de Huma*.

»En cuanto a Kitiara Uth Matar, siguió un camino diferente al de sus amigos. Mientras ellos recorrían la senda de la luz, ella caminaba por la que conducía a la oscuridad. Se unió al ejército de los dragones de la reina Takhisis, y no tuvo que pasar mucho tiempo para que la destreza y la ambición de Kitiara la auparan al cargo de Señor del Dragón del Ejército Azul, de manera que en gran parte de Ansalon se la conoció como la Dama Azul.

»Las aventuras particulares de Kitiara y Laurana y lo que les aconteció en este período de tiempo nunca se han relatado... hasta ahora. En el libro *La Dama Azul*, las dos mujeres con protagonismo en la vida de Tanis Semielfo emprenden por separado periplos peligrosos que las conducen a los mayores desafíos que habrán afrontado hasta ese momento. Yo misma juego un pequeño papel en esta historia.

»Todo empezó...

## **PRIMERA PARTE**

## PRÓLOGO

Habían pasado más de trescientos años desde la última vez que oyó el sonido de una voz humana. O, más bien, desde la última vez que oyó hablar a un humano. Desde entonces había oído gritos; gritos de los que habían llegado al alcázar de Dargaard para enfrentarse a él, gritos que acababan en boqueadas y gorgoteos mientras se ahogaban en su propia sangre.

Lord Soth no tenía paciencia con esos necios. No tenía paciencia con quienes llegaban buscando el supuesto tesoro que guardaba. No tenía paciencia con los que iban con la aguerrida misión de librar al mundo del mal que él representaba, porque sabía la verdad. ¿Quién mejor para saberlo que quien antaño había cabalgado en busca de sus propias hazañas caballerescas? Sabía que los caballeros eran egoístas, egocéntricos, interesados sólo en la gloria y en oír sus nombres en boca de los bardos. Vislumbraba a través de la brillante armadura los puntos de oscuridad que ennegrecían sus almas. El valor les rezumaba por esos poros, se perdía cuando les hacía frente y caían de rodillas con un tintineo de las brillantes armaduras para suplicarle clemencia.

Lord Soth no podía dar lo que no tenía.

¿Quién había mostrado clemencia con él? ¿Quién había oído sus gritos? ¿Quién los oía ahora? Los dioses habían regresado, pero él era demasiado orgulloso para pedir el perdón de Paladine. Lord Soth no creía que se le concediera ese perdón, y, en el fondo, el Caballero de la Muerte pensaba que no debía concedérsele.

Sentado en el trono del gran salón de su ruinoso alcázar, seguía escuchando noche tras noche, en una sucesión inacabable, a los espectros de las elfas malditas que estaban condenadas a cantar igual que él estaba condenado a oír la balada de sus crímenes. Cantaban sobre un valeroso y gallardo caballero cuyas pasiones antojadizas lo empujaron a seducir a una doncella elfa y dejarla embarazada. Cantaban sobre la esposa traicionada a quien se quitó de en medio de manera muy oportuna para que a la doncella elfa se le diera la bienvenida al alcázar de Dargaard. Cantaban sobre el espanto de la nueva esposa cuando descubrió la verdad y de sus plegarias a los dioses tratando de convencerles de que aún quedaba algo de bondad en Soth y suplicándoles que le concedieran una posibilidad de salvación.

Cantaban sobre la respuesta de los dioses: a lord Soth se le daría el poder de persuadir al Príncipe de los Sacerdotes de que abandonara la idea de proclamarse a sí mismo dios y de ese modo prevenir la cólera divina. Soth podría evitar el desastre del Cataclismo, salvar la vida de miles de inocentes, legar a su hijo un nombre del que se sintiera orgulloso. Cantaban sobre el viaje de Soth a Istar, resuelto a salvar a la humanidad aunque él mismo pereciera. Cantaban sobre su papel, el de aquellas elfas malditas que le salieron al paso en la calzada para contarle mentiras sobre su amada. Cantaban sobre citas secretas con otros hombres y sobre una criatura que no había engendrado él.

Cantaban sobre la ira de Soth mientras cabalgaba de vuelta a su castillo y de cómo ordenó que su esposa se presentara ante él y cuando la tuvo delante proclamó que era una puta y su hijo un bastardo. Cantaban sobre los terremotos cuando la montaña ígnea arrojada por los dioses se estrelló contra Istar y que con las sacudidas la gran lámpara, resplandeciente por los centenares de velas encendidas, cayó del techo y se precipitó sobre su esposa y su hijo. Cantaban sobre cómo los habría podido salvar, pero, consumido por el odio y la sed de venganza, vio prenderse fuego al cabello de su esposa y oyó los gritos frenéticos del pequeño cuando la tierna carne se cubrió de ampollas y se abrasó. Todas las noches cantaban sobre cómo giró sobre sus talones y empezó a alejarse.

Por último cantaban —y por siempre jamás oiría la maldición que le echó su esposa— que viviría para siempre, un caballero encadenado a la muerte y a la oscuridad, obligado a rememorar sus crímenes constantemente mientras el tiempo discurría, los minutos interminables como horas, las horas interminables como años, los años vacuos y vacíos y tan fríos como sólo pueden serlo los muertos irredentos.

En todos esos años hacía tanto tiempo que no había oído una voz dirigiéndose a él que, cuando una le habló, durante un instante creyó que era parte de sus cavilaciones y no hizo caso.

—Lord Soth, te he llamado tres veces —dijo la voz en tono imperioso, furiosa porque no le había hecho caso—. ¿Por qué no respondes?

El caballero muerto, cubierto con la armadura ennegrecida por el fuego y manchada de sangre, escudriñó a través de la visera del



yelmo. Vio una majestuosa y bella mujer, oscura y cruel como el Abismo que gobernaba.

—Takhisis —dijo sin incorporarse del sillón.

—Reina Takhisis —replicó con desagrado y dando énfasis al título.

—No eres mi reina —contestó él.

Takhisis le asestó una mirada iracunda y su aspecto cambió. Se transformó en un enorme dragón con cinco cabezas que se retorcían al tiempo que siseaban y escupían. La criatura terrorífica se irguió, imponente, ante él y todas las cabezas bramaron con ira.

—¡Los dioses de la Luz te hicieron lo que eres, pero yo puedo destruirte! —siseó Takhisis. Las cabezas de dragón, con los colmillos goteantes de saliva, se abalanzaron hacia él en un gesto amenazador—. Te arrojaré al Abismo y te destrozaré, te haré sufrir y te torturaré por toda la eternidad.

Antaño, la cólera de la diosa había destruido un mundo, pero lord Soth no se acobardó ante ella; no cayó de hinojos ni tembló de miedo. Siguió sentado en el trono, alzados hacia ella los ojos que ardían como una llama estable y constante, sin temor ni inquietud.

—¿Qué diferencia habría entre esa existencia atormentada y la que sufro ahora? —le preguntó con voz queda.

Las cinco cabezas interrumpieron las arremetidas amenazadoras y se quedaron suspendidas sobre él, desconcertadas. Al cabo de un momento, el dragón se esfumó y la mujer reapareció con una sonrisa en los labios.

—No he venido a pelear, milord —empezó en un ronroneo seductor, persuasivo—. Aunque me has lastimado, aunque me has herido profundamente, estoy dispuesta a perdonarte.

—¿Y cómo te he lastimado, Takhisis? —preguntó, y a pesar de que no quedaba ni rastro de su semblante a la diosa le dio la impresión de que le dirigía una sonrisa sarcástica.

—Sirves a la causa de la oscuridad... —empezó la diosa.

Lord Soth sacudió la cabeza en un gesto negativo, como diciendo que no estaba al servicio de ninguna causa, ni siquiera la suya propia.

—... y sin embargo, te mantienes alejado de la gloriosa batalla que estamos librando —continuó Takhisis—. El emperador Ariakas estaría orgulloso de tenerte a sus órdenes...

La llama de los ojos de lord Soth titiló, pero Takhisis estaba tan apasionadamente inmersa en su empresa que no lo vio.

—No obstante, aquí estás, encerrado en este alcázar renegrido —prosiguió con acritud—, lamentando tu sino mientras otros disputan tus batallas.

—Por lo que he visto, señora, tu emperador está ganando las tuyas —contestó Soth con acritud—. Gran parte de Ansalon está bajo su dominio actualmente. No nos necesitas ni a mí ni a mis fuerzas, así que márchate y déjame en paz.

Velados los ojos bajo las largas pestañas, Takhisis miró al caballero muerto. Los oscuros mechones de cabello ondeaban al impulso del viento helado que se colaba a través de los muros agrietados y desmoronados.

—Cierto, estamos ganando —confirmó—, y no me cabe duda de que al final saldremos vencedores. Sin embargo, esto te lo diré a ti y sólo a ti, milord. No hemos aplastado a los dioses de la luz tan fácil y rápidamente como había previsto. Han surgido ciertas... complicaciones. El emperador Ariakas y mis Señores de los Dragones agradecerían tu ayuda.

Así que ciertas complicaciones. Lord Soth estaba al tanto de esas «complicaciones». Uno de esos jactanciosos Señores de los Dragones había muerto, todos los demás deseaban la Corona del Poder para sí mismos, y aunque en público bebían vino en la copa de la concordia, en privado escupían al suelo. Los elfos de Qualinesti habían escapado del ejército de los dragones que había ido a aniquilarlos. Los enanos de Thorbardin habían derrotado a componentes de ese mismo Ejército Rojo y habían expulsado a la oscuridad del interior de la montaña. Los caballeros solámnicos habían caído derrotados, pero todavía no estaban acabados. Sólo necesitaban un adalid que los capitaneara y en cualquier momento podía surgir uno de sus filas.

Los dragones de colores metálicos, que hasta ese momento se habían mantenido al margen del conflicto, empezaban a sentir desasosiego, a pensar que quizá se habían equivocado. Si los poderosos dragones dorados y plateados de Paladine entraban en liza del lado de la luz, los dragones rojos y azules, así como los verdes, negros y blancos, iban a tener serios problemas. Takhisis tenía que conquistar inmediatamente Ansalon, antes que los dragones de colores metálicos tomaran parte en la guerra; antes que los ejércitos de la luz, ahora divididos, entraran en razón y crearan alianzas; antes que los Caballeros de Solamnía hallaran un héroe.

—Te propongo un trato, Takhisis —ofreció lord Soth.

En los ojos oscuros de la reina hubo un destello de ira. No estaba acostumbrada a negociar arreglos, sino a dar órdenes y a que se la obedeciera. No obstante, tuvo que tragarse la rabia. Su arma más eficaz era el terror, y su aguzado filo estaba embotado y era inservible contra el Caballero de la Muerte que lo había perdido todo y, por ende, no tenía nada que temer.

—¿Qué trato propones?

—No puedo servir a alguien a quien no respeto —dijo Soth—. En consecuencia, prometeré lealtad y pondré mi ejército al servicio del Señor del Dragón que tenga el valor de pasar la noche en el alcázar de Dargaard, solo. O, digamos más bien, al Señor del Dragón que logre sobrevivir una noche a solas en el alcázar de Dargaard. Ese Señor del Dragón tendrá que aceptar voluntariamente, no coaccionado por ti o por cualquier otro —añadió lord Soth, conocedor de cómo funcionaba la mente de la diosa.

Takhisis le asestó una mirada colérica, en silencio. Si no lo necesitara, lo habría despachurado entre los anillos serpentinos de su ira, lo habría despedazado con las garras de su furia y lo habría devorado con las fauces de su odio.

Pero lo necesitaba, mientras que él a ella, no.

—Comunicaré tu mensaje a mis Señores de los Dragones —aceptó finalmente Takhisis.

—Tendrá que venir solo —repitió Soth—. Y por voluntad propia, sin coacción.

La diosa no se dignó contestar. Le dio la espalda y, entrando majestuosamente en la oscuridad que gobernaba, lo dejó para que siguiera escuchando una y otra vez la amarga canción de su trágica vida.

*Grag informa al emperador*  
*La Dama Azul sufre un sobresalto*

El otoño estaba avanzado y las hojas, de colores otrora llamativos y sugerentes, caían ahora al suelo. El viento esparcía sus restos quebradizos y marchitos en espera de que el piadoso manto de las nieves invernales los sepultara.

El invierno casi había entrado en Ansalon y con él llegaría el final de la temporada de campaña. Las fuerzas de Takhisis, a las órdenes del emperador Ariakas, tenían ocupada gran parte de Ansalon: desde Nordmaard, al oeste, hasta Kalaman, en el este; desde Goodlund, al norte, hasta Abanasinia, en el sur. El emperador planeaba conquistar el resto del continente y la reina Takhisis esperaba impaciente a que actuara de acuerdo con tal programa. Quería que siguiera adelante con la guerra, pero se le informó de que eso era imposible. Los ejércitos no podían marchar por calzadas que la nieve hacía intransitables. Las carretas de suministro se precipitaban a barrancos al abrirse camino por pasos cubiertos de escarcha o se quedaban atascadas en senderos embarrados. Era mejor esperar hasta la primavera. El invierno era una época para ponerse cómodo, descansar y sanar las heridas de las batallas del otoño. Los ejércitos resurgirían en primavera, fuertes y renovados.

Sin embargo, Ariakas le aseguró que el hecho de que sus soldados estuvieran inactivos no significaba que la guerra no siguiera disputándose. Estaban en marcha intrigas y conspiraciones secretas. Cuando Takhisis oyó eso, se sintió más tranquila.

Los soldados del ejército de los dragones, complacidos con las recientes victorias, habían ocupado las villas y ciudades conquistadas, vivían cómodos y calientes en los castillos tomados y disfrutaban del botín de guerra. Se habían apropiado de los cereales que hubiera en los graneros, habían tomado las mujeres que se les antojaron y mataron sin miramientos a los que intentaron proteger propiedad y familia. Los soldados de Takhisis vivirían bien durante el invierno, en tanto que los que se encontraban bajo el yugo del ejército se enfrentaban a la hambruna y el terror. Pero no todo le iba bien al emperador.

Planeaba pasar el invierno en su cuartel general de Sanction cuando recibió los inquietantes informes de que la campaña en el oeste no marchaba como se había previsto. El objetivo era borrar del mapa a los elfos de Qualinesti y después tomar y ocupar el reino enano de Thorbardin para finales de año. Primero llegó la noticia de que Verminaard, Señor del Dragón del Ejército Rojo que había dirigido una brillante campaña en la región de Abanasinia, había hallado la muerte a manos de sus propios esclavos. Luego fue la noticia de que los qualinestis habían conseguido escapar y huir al exilio. Y posteriormente se informó al emperador de que se había perdido Thorbardin.

Éste era el primer revés verdaderamente serio que los ejércitos de los dragones habían sufrido, y Ariakas tuvo que viajar a través del continente hasta su cuartel general de Neraka para descubrir qué había ido mal. Ordenó al comandante que por entonces tenía a su mando la fortaleza de Pax Tharkas que viajara a Neraka para presentarle un informe. Por desgracia, había cierta confusión sobre quién tenía el mando tras la muerte de Verminaard.

Un hobgoblin —un tal Fewmaster Toede— afirmaba que el difunto Verminaard lo había nombrado su segundo al mando. Toede preparaba el equipaje para viajar allí cuando le llegó la noticia de que Ariakas había montado en cólera por la pérdida de Thorbardin y que había dicho que alguien pagaría por ello. Al enterarse de esto, Fewmaster recordó de repente que tenía pendiente un asunto urgente en otra parte. Ordenó al comandante draconiano de Pax Tharkas que informara él al emperador y después salió por pies sin perder tiempo.

Ariakas se instaló en sus aposentos del cuartel general de Neraka, capital del imperio de la Reina Oscura, y esperó con impaciencia la llegada del comandante. El emperador tenía muy buena opinión de Verminaard y le enfurecía la pérdida de un comandante militar tan diestro. Ariakas quería respuestas y esperaba que el comandante Grag se las proporcionara.

Grag no había estado nunca en Neraka, pero no tenía intención de hacer turismo. Otros draconianos le habían advertido de que los de su clase no eran bienvenidos en la ciudad, a pesar de que «los de su clase» estaban dando la vida para ayudar a la Reina Oscura a ganar la guerra. Grag sí vio lo que había deseado ver y que no era otra cosa que el Templo de la Reina de la Oscuridad...

Cuando los dioses destruyeron Istar, Takhisis había tomado la Piedra Fundamental del Templo del Príncipe de los Sacerdotes y la había trasladado a una meseta en las montañas Khalkist. Ubicó la piedra en el claro de un bosque y, lentamente, el templo empezó a

crecer a su alrededor. Estaba utilizando el templo en secreto como una puerta por la que entrar al mundo cuando el acceso lo cerraron de manera brusca e inesperada un joven llamado Berem y su hermana, Jasla.

Al encontrar la Piedra Fundamental, Berem se quedó hechizado con las gemas que la adornaban y quiso arrancar una. Su hermana Jasla percibió la maldad que anidaba en las alhajas e intentó impedirselo. Berem se puso furioso. Empezó a extraer una gema, y cuando Jasla trató de frenarlo, él la apartó de un fuerte empujón. Al caer, Jasla se golpeó la cabeza en la piedra y murió. La joya verde se incrustó en el pecho del joven y Berem se quedó suspendido en aquel instante del tiempo. No podía morir. No envejecía. Espantado por su crimen, huyó.

Cuando Takhisis se dispuso a salir del Abismo a través de la puerta, se encontró con el espíritu bueno de Jasla, que se había introducido en la piedra para esperar el regreso de su hermano arrepentido. Takhisis tenía cerrado el paso. Sólo su avatar podía recorrer Krynne ahora, de forma que su poder quedaba seriamente menguado para influir en los acontecimientos del mundo. Sin embargo, vislumbró un peligro mayor para ella. Si Berem volvía y se unía a su hermana, la puerta se cerraría del todo y no podría volver al mundo jamás. La única forma de abrir de nuevo la puerta y asegurarse de que se mantuviera así era encontrar a Berem y matarlo. De ese modo comenzó la búsqueda del Hombre de la Joya Verde.

El templo siguió creciendo alrededor de la Piedra Fundamental, que se hallaba enterrada bajo él a gran profundidad. Ahora era una estructura inmensa que dominaba el entorno, visible en kilómetros a la redonda. Los muros, retorcidos y deformes, se asemejan mucho a una garra saliendo impulsada de la tierra para asir el cielo en un golpe de suerte.

A Grag le pareció impresionante y, aunque desde lejos, presentó sus respetos.

El comandante draconiano no tenía que entrar en la ciudad propiamente dicha para llegar a los barracones del Ejército Azul, donde Ariakas había establecido su cuartel general, lo que para Grag era una suerte. Las callejuelas de la población estaban atestadas de gente —en su mayoría humanos— que no sentía el menor aprecio por los de su clase. Se habría encontrado metido en una pelea antes de haber recorrido una manzana. Se mantuvo en caminos poco concurridos, e incluso así se topó con un tratante de esclavos que llevaba al mercado una fila de cautivos encadenados y que dijo en voz alta a su compañero algo sobre asquerosos «hombres-lagarto» y añadió que deberían reptar de vuelta a la ciénaga de la que habían salido. A Grag le habría gustado romperle el cuello al hombre, pero como ya iba con retraso, siguió caminando.

Ariakas tenía las estancias oficiales dentro del templo de la reina, pero no le gustaba tratar asuntos allí. Aunque era un devoto creyente y predilecto de la diosa, a Ariakas le desagradaban los clérigos de la reina. Sospechaba, y con razón, que lo espiaban cuando se encontraba en el templo. El clérigo mayor de Takhisis, que ostentaba el título de Señor de la Noche, pensaba que él debería ser el emperador de Ansalon, y que Ariakas, un simple comandante militar, debería obedecerle. En especial le indignaba que Ariakas tuviera acceso directo a su Oscura Majestad en vez de hacerlo con él de intermediario y en su nombre. El Señor de la Noche dedicaba mucho tiempo a hacer lo necesario para socavar la posición privilegiada de Ariakas y poner fin a su imperio.

En consecuencia, Ariakas había ordenado a Grag que se reuniera con él en el cuartel general Azul, donde estaba ubicada el Ala Azul del ejército de los dragones cuando se encontraba en la ciudad. En ese momento el Ala Azul se hallaba ausente, en el oeste, preparando la invasión de Solamnia en primavera. Su comandante, una Señora del Dragón a la que se conocía como la Dama Azul, también había recibido la orden de viajar a Neraka para reunirse con el comandante Grag.

Con el Ala Azul en Solamnia, su cuartel general se lo había apropiado Ariakas, que iba acompañado por su estado mayor y su escolta. Un ayudante encontró a Grag deambulando por allí, perdido, y lo escoltó al edificio achaparrado y poco llamativo en el que Ariakas vivía y trabajaba.

Dos de los ogros más grandes que Grag había visto en su vida montaban guardia en la puerta. Vestían peto y cota de malla e iban armados hasta los dientes. Los draconianos detestaban a los ogros por considerarlos unos brutos cerrados de mollera, y era un sentimiento mutuo, ya que los ogros tenían a los draconianos por unos intrusos y arribistas arrogantes. Grag se puso en tensión, previendo problemas, pero los dos ogros eran miembros de la guardia personal de Ariakas y, dando muestra de una gran profesionalidad, estaban a lo suyo.

—Las armas —gruñó uno de ellos al tiempo que tendía una mano enorme y peluda.

Nadie se presentaba armado en presencia del emperador. Grag lo sabía, pero había llevado encima una espada prácticamente desde que había sido capaz de abrirse paso a través de la cáscara del huevo y se sentía desnudo y vulnerable sin ella.

Los ojos amarillos del ogro se entornaron al advertir la vacilación de Grag. El draconiano se desabrochó el cinturón de la espada y se lo tendió al ogro, así como un cuchillo de hoja larga. No por ello estaba completamente indefenso; después de todo, tenía su magia.

Uno de los ogros no le quitó ojo mientras el otro entraba para informar a Ariakas de que había llegado el bozak que esperaba. Grag, inquieto, se puso a pasear delante de la puerta. En el interior retumbó la fuerte carcajada de un humano y se oyó la voz de una humana, no tan grave como la del hombre, pero más que la de la mayoría de mujeres, sonora y algo ronca.

El ogro regresó e indicó a Grag, con un pulgar gordo como una salchicha, que podía pasar. El draconiano tenía la sensación de que la entrevista no iba a ir bien cuando advirtió un destello en los entrecerrados ojos amarillos del ogro mientras que su compañero sonreía de oreja a oreja y dejaba a la vista la dentadura cariada.

Haciendo acopio de valor, Grag pegó las alas contra el cuerpo todo lo posible para detener el temblor espasmódico de las escamas, al tiempo que flexionaba las garras en un gesto de nerviosismo, y entró en presencia del hombre más poderoso y peligroso de todo Ansalon.

Ariakas era un humano corpulento e imponente, de largo cabello oscuro, aunque llevaba bien afeitada la negra barba que empezaba a apuntar en el rostro. Debía de rondar los cuarenta, lo que lo convertía en un humano de mediana edad, pero estaba en excelente forma. Entre sus tropas circulaban historias sobre su legendaria fortaleza física, siendo la más famosa la de que una vez arrojó una lanza que pasó limpiamente a través del cuerpo de un hombre.

El emperador lucía una capa forrada de piel echada sobre uno de los fornidos hombros con despreocupada naturalidad, de manera que quedaba a la vista el coselete de cuero grueso que llevaba debajo. La función del coselete era proteger la espalda de una puñalada,

porque incluso en Neraka había quienes se alegrarían de verlo despojado del cargo y de la vida. Del cinturón que le ceñía la cintura pendía una espada. Saquillos con ingredientes para conjuros y un estuche de pergaminos también colgaban del cinturón, detalle este digno de mención ya que a la mayoría de hechiceros sus dioses les tenían prohibido el uso de armaduras y armas de acero.

A Ariakas le importaban poco las leyes de los dioses de la magia. Sus conjuros los recibía directamente de la propia Reina Oscura, y en eso Grag y él tenían algo en común. Al draconiano no se le había ocurrido hasta ese momento que Ariakas no sólo hacía uso de sus aptitudes de conjurador, sino que el hecho de que llevara encima los pertrechos mágicos junto a las armas convencionales demostraba que se sentía tan cómodo con los hechizos como con el acero.

El emperador estaba de espaldas a Grag y se limitó a echar una ojeada al draconiano por encima del hombro antes de reanudar la conversación con la mujer. Grag desvió la atención hacia ella, ya que era tan famosa entre los soldados de los ejércitos de los dragones como lo era Ariakas..., si no lo era más.

Se llamaba Kitiara Uth Matar. Tendría treinta y pocos años; llevaba corto el pelo negro y rizado por cuestión de comodidad. Tenía los ojos oscuros, y un gesto peculiar le curvaba los labios y hacía su sonrisa ligeramente sesgada. Grag no sabía nada sobre su pasado ni su historial. Él era un reptil emparentado con dragones que había salido del huevo por sí mismo, que no tenía ni idea de quiénes habían sido sus padres ni le importaba la ascendencia de otros. De Kitiara sólo había oído comentar que era una guerrera nata y lo creía. La mujer llevaba la espada con desenvoltura y no estaba en absoluto intimidada por la talla, la fortaleza ni el físico imponente de Ariakas.

Grag se preguntó qué habría de cierto en el rumor de que esos dos eran amantes.

Por fin terminó la conversación y Ariakas se dignó conceder audiencia al draconiano. El emperador se volvió y lo miró directamente a los ojos. Grag se encogió. Era como mirar el Abismo, o más bien, era como entrar en el Abismo, ya que se sintió arrastrado hacia las pupilas, desollado, diseccionado, fragmentado, desechado y tirado, todo ello en un instante.

Grag estaba tan conmocionado que se le olvidó saludar. Lo hizo tardíamente, al ver que las espesas y negras cejas de Ariakas se fruncían en un gesto de desagrado. Kitiara, de pie detrás del emperador, se cruzó de brazos y esbozó aquella sonrisa sesgada al advertir el desasosiego del draconiano, como si supiera y comprendiera lo que Grag estaba sintiendo. Saltaba a la vista que la mujer acababa de llegar, porque todavía llevaba puesta la armadura azul, polvorienta a causa del viaje.

Ariakas no era de los que se andaban con rodeos ni perdía tiempo con chanzas.

—Han llegado a mis oídos muchas versiones sobre la muerte de lord Verminaard y cómo se perdió Thorbardin —manifestó en tono frío y mesurado—. Te ordené que te presentaras ante mí, comandante, para que me cuentes la verdad.

—Sí, milord —contestó Grag.

—Júralo por Takhisis —exigió Ariakas.

—Juro por mi lealtad a su Oscura Majestad que diré la verdad. Que Takhisis me atrofie la mano con la que manejo la espada si miento —prometió el draconiano.

Al emperador pareció satisfacerle el juramento, porque indicó con un gesto a Grag que procediera. Ariakas no se sentó ni invitó al draconiano a que lo hiciera. Tampoco tomó asiento Kitiara, ya que el emperador siguió de pie, pero se puso cómoda apoyándose contra una mesa.

Grag relató cómo había muerto Verminaard a manos de sus asesinos; que Dray-yan, el aurak, había concebido la idea de hacerse pasar por Verminaard a fin de fingir que el Señor del Dragón seguía vivo; que Dray-yan y él habían tramado la caída de Thorbardin; que habrían tenido éxito en la empresa de no ser porque la magia, la traición y los dioses de la Luz habían desbaratado sus planes.

El draconiano se dio cuenta de que la ira de Ariakas crecía a medida que le presentaba su informe. Cuando, de mala gana, Grag llegó a la parte en la que Dray-yan se precipitó por el foso, Kitiara prorrumpió en carcajadas. Ariakas, furioso, desenvainó la espada e hizo amago de avanzar hacia el draconiano.

Grag se calló bruscamente y retrocedió un paso. Las garras se abrieron y se cerraron mientras preparaba un conjuro. Él moriría, ¡pero por Takhisis que no moriría solo!

Sin dejar de reír, Kitiara alargó la mano con aire sosegado y la posó en el musculoso brazo de Ariakas en un gesto apaciguador.

—Espera al menos a matar al comandante Grag hasta que haya terminado de presentar el informe, milord —dijo la mujer—. Yo al menos siento curiosidad por saber el resto de la historia.

—Me alegra que te resulte tan condenadamente divertido —gruñó Ariakas, que hervía de ira. Envainó la espada con un seco golpe, si bien no retiró la mano de la empuñadura y asestó una mirada torva al draconiano—. Yo no le encuentro la gracia. Thorbardin sigue en poder de los enanos hylars, que ahora son más fuertes que nunca puesto que han recuperado ese mazo mágico y han abierto al mundo las puertas que permanecieron cerradas durante tanto tiempo. ¡El hierro, el acero y las riquezas del reino enano, que deberían estar entrando a raudales en nuestros cofres, van a parar a manos de nuestros enemigos! ¡Todo porque Verminaard se las arregló para acabar asesinado y que luego un estúpido aurak con delirios de grandeza cayera en picado a un pozo sin fondo!

—La pérdida de Thorbardin ha sido un duro golpe —convino Kitiara con voz sosegada—, pero no es algo que tenga consecuencias desastrosas, ni mucho menos. Sí, las riquezas del reino enano nos habrían venido muy bien, pero podemos seguir adelante sin ellas. Lo que sí habría que temer sería la entrada del ejército enano en el conflicto, y no veo que haya ocurrido tal cosa. Los humanos odian a los elfos, quienes desconfían de los humanos, y en cuanto a los enanos, no les caen bien a nadie, aparte de que ellos desprecian a las otras dos razas. Es mucho más probable que se ataquen entre ellos que nos hagan frente a nosotros.

Ariakas gruñó. No estaba acostumbrado a perder y seguía disgustado, pero Grag, que echó una ojeada a Kitiara, captó el leve guiño y supo que la crisis había pasado. El bozak se relajó y anuló el hechizo que tenía preparado para defenderse. A diferencia de algunos humanos lameculos que habrían dicho sumisamente al emperador «Gracias por tu interés, milord» mientras Ariakas les cortaba la cabeza, el draconiano no habría muerto sin luchar, y Grag era un enemigo formidable. Tal vez no hubiera podido matar al poderoso Ariakas, pero el bozak, de corpachón escamoso, patas y manos con garras y grandes alas, sí que le había causado algún daño al humano, al menos. La Dama Azul se había dado cuenta del peligro y ésa había sido la razón de que interviniera.

Grag era descendiente de dragones y, al igual que ellos, no sentía el menor aprecio por los humanos, pero dirigió un leve cabeceo de agradecimiento a la Dama Azul. Ella esbozó una de esas sonrisas sesgadas y los oscuros ojos chispearon; Grag comprendió de repente que la mujer estaba disfrutando con aquel episodio.

—Deléitanos con los detalles de la muerte de Verminaard —pidió Kitiara—. Lo atacaron asesinos que se hacían pasar por esclavos. ¿Siguen en libertad esos asesinos, comandante?

—Sí, señora —contestó Grag, envarado—. Los rastreamos hasta Thorbardin. Según mis espías, aún siguen allí.

—Ofreceré una recompensa por su captura, como hice con el Hombre de la Joya Verde —dijo Ariakas—. Nuestras fuerzas, repartidas por todo Ansalon, estarán alerta por si aparecen.

—Yo me lo pensaría bien antes de hacer eso, milord —intervino Kitiara con aquel peculiar gesto en los labios—. No querrás divulgar que fueron esclavos los responsables de asesinar a un Señor del Dragón.

—Entonces buscaremos alguna otra excusa —manifestó Ariakas con iracunda frialdad—. ¿Qué sabemos de esos hombres?

La lengua de Grag asomó entre los dientes, se agitó y después se deslizó de nuevo dentro de las fauces. El draconiano lanzó una mirada rápida a la Dama Azul y vio que la mujer empezaba a perder interés en la conversación. De hecho, alzó la mano hacia la boca para disimular un bostezo.

Grag rememoró todo lo que su difunto socio, el aurak Dray-yan, le había contado sobre los asesinos.

—Verminaard tenía un espía infiltrado en el grupo. Ese hombre informó que procedían de una ciudad de Abanasinia, milord. Un sitio que se llama Solace...

—¿Has dicho Solace? —El aburrimiento de Kitiara había desaparecido de golpe.

—¿No es Solace donde naciste? —preguntó Ariakas, que la observaba con atención.

—Sí, me crié allí.

—A lo mejor conoces a esos miserables —apuntó el emperador.

—Lo dudo —contestó Kit al tiempo que se encogía de hombros—. Hace años que no he vuelto a casa.

—¿Sabes sus nombres? —preguntó Ariakas.

—Sólo un par de ellos... —empezó Grag.

—Tienes que haberlos visto durante la batalla —lo interrumpió el emperador con brusquedad—. Descríbelos, comandante.

—Los vi, sí —masculló el draconiano de mal humor. A decir verdad, los había visto de cerca. Lo habían capturado en cierto momento y sólo gracias a la clemencia de su Oscura Majestad y a su propio ingenio pudo escapar—. Son chusma. Su cabecilla es un mestizo, un semielfo llamado Tanis. Otro es un enano canoso y otro es nada menos que un kender cargante. Los demás son humanos: un mago Túnica Roja, un odioso caballero solámnico llamado Sturm y un tal Caramon, un guerrero todo él músculos.

Kitiara dejó escapar una especie de exclamación ahogada.

—¿Conoces a esos delincuentes? —demandó Ariakas al tiempo que se volvía hacia ella.

La mujer compuso el semblante en un visto y no visto y esbozó otra sonrisa sesgada.

—Me temo que no, milord.

—Más te vale —dijo el emperador, sombrío—. Si descubro que tienes algo que ver con la muerte de Verminaard...

—Te aseguro, señor, que no sé nada de eso —contestó Kitiara al tiempo que se encogía de hombros.

Ariakas la observó intensamente, como si quisiera diseccionarla. El asesinato era un recurso para ascender a rangos superiores en el ejército de la Reina Oscura y se contemplaba como un método para obtener el liderazgo más fuerte y competente posible. Pero Ariakas tenía muy buena opinión de Verminaard y Kitiara no quería que la acusaran de haber arreglado la muerte de ese hombre, sobre todo cuando había tenido como resultado la desastrosa pérdida del reino de Thorbardin.

—La población de Solace asciende a varios miles, milord —dijo con un creciente enfado—. No conozco a todos los hombres que hay en la ciudad.

Ariakas la miró fijamente y ella le sostuvo la mirada sin vacilar. Por fin, el emperador apartó los ojos.

—No, pero apuesto que te has acostado con la mitad de ellos —replicó y de nuevo dirigió su atención a Grag.

Kitiara sonrió sumisamente por la broma de su señoría, pero el gesto se borró en el instante en el que el hombre dejó de observarla. Se recostó de nuevo en la mesa y se cruzó de brazos con gesto abstraído.

—¿Dónde se encuentran ahora esos asesinos, comandante? —inquirió Ariakas.

—Lo último que se sabe de ellos es que se escondían en Thorbardin, milord. —Grag dudó antes de añadir, fruncidos los labios:— Creo que el hobgoblin que se hace llamar Fewmaster Toede puede proporcionarnos más información sobre ellos.

Kitiara rebulló ligeramente.

—Si lo deseas, milord, iré a Pax Tharkas a hablar con Fewmaster.

—Fewmaster no se halla en Pax Tharkas, señora —dijo el draconiano—. Esa fortaleza está en ruinas y ahora es indefendible. El Ala Roja se ha trasladado a la ciudad de Haven.

—Entonces iré a Haven —dijo Kitiara.

—Quizá más adelante —decidió el emperador—. Solamnia tiene prioridad.

La mujer se encogió de hombros otra vez y volvió a quedarse absorta en sus pensamientos.

—En cuanto a esos asesinos —prosiguió Ariakas—, lo más probable es que permanezcan ocultos en las cuevas de Thorbardin durante el inminente invierno. Contrataremos a varios enanos oscuros...

—Yo no estaría tan segura de eso —le interrumpió Kitiara.

—¿A qué te refieres? —Ariakas se volvió para mirarla, irritado—. ¡Creía que no conocías a esos hombres!

—Y no los conozco, pero sí conozco a los de su clase —explicó ella—. Y tú también, milord. Seguramente son trotamundos, espadachines a sueldo, itinerantes. Ese tipo de hombres nunca se queda mucho tiempo en un sitio. Ten por seguro que se pondrán en

camino dentro de poco. Un poco de nieve no los detendrá.

Ariakas le asestó una extraña mirada que ella no vio porque tenía la vista fija en la puntera de las polvorientas botas. El emperador la observó en silencio un instante más y luego se volvió hacia Grag.

—Que tus espías averigüen todo lo que puedan sobre esos hombres. Si se marchan de los dominios enanos, que se me informe de inmediato. —El emperador frunció el entrecejo—. Y haz correr la voz de que quiero que se los capture vivos. La muerte de un Señor del Dragón no quedará sin castigo y me propongo hacer un escarmiento con ellos.

Grag prometió que averiguaría todo lo que pudiera. Ariakas y él pasaron un rato hablando de la guerra en el oeste y sobre quién debería tomar el mando del Ala Roja. A Grag lo impresionó el hecho de que Ariakas estuviera al corriente de todo sobre la situación del Ala Roja, como la disposición de las fuerzas, las necesidades de suministros, etc., etc.

Hablaron sobre Pax Tharkas. Ariakas comentó que había considerado la posibilidad de reconquistarla, pero dado que la fortaleza estaba en ruinas había decidido que no merecía la pena el esfuerzo. Sus ejércitos se limitarían a dar un rodeo.

Todo ese tiempo Kitiara permaneció callada, con gesto preocupado. Grag pensó que no les estaba prestando atención hasta que mencionó —de nuevo, curvando los labios— la ambición de Fewmaster Toede de convertirse en el sucesor de Verminaard. El comentario hizo sonreír a Kit.

A Grag no le gustó que sonriera. Temió que la mujer fuera a abogar por la promoción de Toede, y el draconiano no quería recibir órdenes del engreído, arrogante y oportunista hobgoblin. Aunque, pensándolo bien, tener a Toede de comandante podría ser mejor que un humano zopenco y arrogante. A Toede lo podría manipular, halagarlo y engatusarlo para que hiciera lo que él quisiera, mientras que un comandante humano haría las cosas a su manera. Tendría que pensar sobre este asunto.

La charla acabó poco después y a Grag se le dio permiso para irse. El draconiano saludó y salió por la puerta, que Ariakas cerró tras él. Grag se sorprendió al descubrir que estaba temblando, y tuvo que hacer un breve alto para recobrar la compostura.

De nuevo dueño de sí mismo, Grag llegó hasta los ogros, que parecieron sorprendidos de verlo regresar de una pieza. Mirándolo con más respeto, le restituyeron la espada y el cuchillo en silencio.

—¿Hay alguna taberna cerca? —preguntó el draconiano. Sostenía el cinto de la espada en la mano porque no estaba muy seguro de ser capaz de abrochar la hebilla sin tropiezos y no quería dar a los ogros la satisfacción de ver su debilidad—. No me vendría mal un trago de aguardiente enano.

Los guardias ogros sonrieron.

—Inténtalo en El Troll Peludo —sugirió uno de ellos, que señaló en la dirección donde estaba la taberna.

—Gracias —dijo Grag, y echó a andar, todavía con la espada sujeta en la mano.

Una cosa era segura. La Dama Azul conocía a los asesinos y Ariakas lo sabía..., o al menos lo sospechaba.

Grag no quería estar en su lugar ni por todo el aguardiente enano de Thorbardin.

## 2

### *La estrategia de Kitiara* *La estratagema de Ariakas* *La hechicera*

—¿Sabes una cosa? Me estoy planteando promocionar a Grag a Señor del Dragón —dijo Ariakas, que seguía mirando con expresión especulativa al draconiano que se alejaba.

—¿A un draco? —Kitiara parecía divertida—. Esos lagartos son guerreros excelentes, por supuesto, milord. Al fin y al cabo, se criaron para combatir, pero les falta inteligencia y la disciplina necesarias para ejercer el mando.

—Yo no estoy tan seguro de eso —la contradijo Ariakas—. El comandante Grag tiene una buena cabeza sobre los hombros.

—Al menos es más listo que Verminaard —masculló Kitiara.

—Te recuerdo que tenía un alto concepto de Verminaard —manifestó el emperador con acaloramiento—. La campaña del oeste se dirigió de un modo brillante. Cualquier hombre, por poderoso que sea, puede acabar siendo víctima del destino.

Kitiara se encogió de hombros y reprimió otro bostezo. No había dormido mucho la pasada noche, pues la habían despertado sueños inquietantes de un alcázar devastado por un incendio y un caballero espectral vestido con una armadura tiznada que llevaba una rosa como adorno. Kitiara no tenía ni idea de qué significaba el sueño o por qué lo había tenido, pero se había despertado bruscamente, acosada por un temor sin nombre, y no había podido dormirse otra vez.

Por su aspecto tampoco parecía que Ariakas hubiese dormido bien. Tenía ojeras y parpadeaba constantemente. Inquieta, Kit se preguntó si el sueño habría sido sólo eso o si Takhisis intentaba decirle algo. Iba a preguntarle a Ariakas cuando él la sobresaltó al hablar:

—¿Fue cosa del destino, Kitiara?

—¿Qué fue cosa del desuno, milord? —inquirió la mujer, desconcertada. Había olvidado el tema de la conversación.

—¡Por Takhisis! —explotó Ariakas—. ¡Voy a tener que pensar que fuiste tú quien hizo matar a Verminaard! Qué coincidencia que esos asesinos procedieran de tu ciudad natal y que uno de ellos fuera un hechicero. Tenías un hermano hechicero, si no recuerdo mal.

—Me abruma que recuerdes tantos detalles sobre mí —repuso fríamente Kitiara—. En cuanto al mago emparentado conmigo, Raistlin sólo es medio hermano y siempre ha sido endeble y enfermizo. Dudo que aún siga vivo, mucho menos que ande por ahí asesinando Señores de los Dragones.

Ariakas le asestó una mirada abrasadora.

»¿Me estás acusando del asesinato de Verminaard, milord? —instó la mujer, encolerizada.

—¿Y qué, si lo hago? —demandó el emperador.

Se acercó a ella valiéndose de su corpachón para intimidarla físicamente. Kitiara tembló y durante un instante casi se dejó llevar por el pánico. Le había dicho la verdad, pero no toda la verdad. No tendría que haber hecho esa broma sobre Verminaard. En ese momento recordó las enseñanzas de su padre. En tiempos, Gregor Uth Matar había sido Caballero de Solamnia. Fue expulsado de la orden por conducta deshonrosa y a partir de entonces se había ganado la vida poniendo su espada al servicio del mejor postor. Gregor había sido un hombre atractivo, audaz y mujeriego, siempre acosado por las deudas y metido en líos cada dos por tres. Kitiara lo había adorado. Una de sus máximas era: «Siempre al ataque, nunca a la defensiva.»

En lugar de retroceder, como Ariakas esperaba que hiciera, Kitiara se acercó más a él de forma que estaban prácticamente rozándose.

—A estas alturas tendrías que conocerme lo suficiente, milord, para saber que si hubiera querido matar a Verminaard, me habría encargado de ello personalmente. No habría pagado para que otros lo hicieran por mí.

Ariakas la sujetó por la mandíbula, prietos los dedos. Un simple movimiento y le rompería el cuello. La miró intensamente esperando que flaqueara y se pusiera a gimotear.

Kit ni siquiera parpadeó y, de pronto, Ariakas sintió un cosquilleo en la zona del bajo vientre, una sensación punzante como una hoja acerada. Bajó la vista y se sobresaltó al ver la mano de Kitiara asiendo un cuchillo, lista para hincarlo a través de la faldilla de cuero en una parte muy sensible de su anatomía.

Ariakas estalló en carcajadas y empujó a Kit para apartarla.

—Malditos sean esos gandules que tengo de guardias —dijo, entre divertido y furioso—. ¡Haré que les corten la cabeza por esto! ¡Tienen orden de registrar a todo el mundo, incluso a los comandantes que gozan de mi confianza! O quizá debería decir que especialmente a los comandantes que gozan de mi confianza.

—No culpes a los ogros, milord. Estaba escondido a propósito para que no lo encontraran.

Sostuvo el puñal de hoja delgada y lo deslizó en una vaina hábilmente trabajada para camuflarla en el dibujo que adornaba el peto de la armadura.

El emperador soltó una risita.

—¿De verdad me habrías apuñalado?

—¿Me habrías partido el cuello? —repuso Kitiara en tono burlón.

Los dos sabían que la respuesta era «sí». Ninguno de ellos habría esperado menos del otro.

—Quizá ahora podamos centrarnos en el asunto de Solamnia. —Ariakas se dirigió hacia el escritorio, donde había un mapa extendido. Se inclinó sobre él.

Kitiara suspiró para sus adentros. Había sobrevivido a otro enfrentamiento con su poderoso señor. Su audacia y su atrevimiento le habían complacido. No obstante, llegaría el día en que no ocurriría así.

—¿Has tenido un sueño extraño anoche, milord? —preguntó Kitiara.

—No intentes cambiar de tema —le espetó secamente el emperador.

—Yo sí lo tuve —continuó ella—. Soñé que Takhisis intentaba persuadirme de que viajara al alcázar de Dargaard para enfrentarme al Caballero de la Muerte que se cree que mora allí.

—Soth —ratificó Ariakas—. Lord Soth. ¿Qué le dijiste a su Oscura Majestad?

Hizo la pregunta con aparente despreocupación, pero algo en su tono alertó a Kitiara, que supo entonces que él había tenido el mismo sueño.

—Le dije que no creía en fantasmas —fue la escueta respuesta de Kit.

—Soth no es un fantasma —rezongó Ariakas—. Vive, si es que puede decirse tal cosa de un hombre que lleva muerto más de tres siglos. Nuestra soberana quiere reclutarlo para nuestra causa.

—¿Harías eso, milord? —quiso saber la mujer.

El emperador sacudió la cabeza.

—Soth sería un valioso aliado, pero no podría fiarme de él. Es demasiado poderoso. ¿Por qué iba a obedecer a un mortal un Caballero de la Muerte? No, dejemos que Soth siga rumiando sus malas acciones en ese castillo en ruinas. No quiero tener nada que ver con él.

Kitiara tuvo que admitir que su razonamiento era atinado. A menudo, la reina Takhisis se impacientaba con las flaquezas y las debilidades humanas, lo que la llevaba a ser poco práctica de vez en cuando. Kit dejó de lado el sueño.

—He leído tu última propuesta para Solamnia —estaba diciendo Ariakas, que alzó un fajo de pergaminos—. Recomendas que el Ala Azul ataque la Torre del Sumo Sacerdote, la ocupe y, desde allí, marche hacia Palanthas. Un plan osado, Kitiara. —Tomó asiento detrás del escritorio.

»Lo desapruebo. Menoscaba la potencia de nuestras fuerzas al tener que desplegarse por tanto territorio, pero oír lo que tengas que decir al respecto.

Kitiara se sentó a medias en el borde del escritorio y se inclinó hacia delante para explicar su idea.

—Mis espías me han informado de que la Torre del Sumo Sacerdote tiene sólo unas pocas tropas de dotación, milord. —Plantó el dedo en el mapa—. El Ala Roja está aquí. Podrías ordenar que subiera hacia el norte. El ataque a la Torre del Sumo Sacerdote podría llevarse a cabo con tropas y dragones del Ala Roja y el Ala Azul. No sería difícil aplastar a la pequeña fuerza defensora y tomar la fortaleza antes de que los caballeros solámnicos supieran quién los había atacado. Desde allí, continuaríamos el avance hacia Palanthas, conquistaríamos la ciudad y ocuparíamos los puertos.

—Tomar Palanthas no será fácil —adujo el emperador—. No podemos ponerle cerco a la ciudad sin antes bloquear los puertos de la bahía.

—¡Bah! Los palanthinos son pisaverdes pusilánimes y consentidos. No quieren luchar. Podrían romperse una uña. Una vez que los palanthinos vean a los dragones volando sobre su ciudad estarán tan aterrorizados que se mearán en los pantalones y se rendirán.

—¿Y si no lo hacen? —Ariakas señaló en el mapa—. Aún no controlamos las Llanuras de Solamnia ni Elkholt ni Heartlund. Dejas los flancos desprotegidos, rodeada por el enemigo. ¿Y qué pasa con las líneas de suministro? ¡Aun en el caso de que conquistaras la fortaleza, una vez dentro tus tropas se morirían de hambre!

—Cuando Palanthas sea nuestra, nos abasteceremos desde allí. Entretanto, tenemos dragones rojos que pueden transportar lo que necesitamos.

Ariakas resopló al oír aquello.

—¡Los rojos no servirán como mulas de carga! ¡Se negarán en redondo a semejante arreglo!

—Si su Oscura Majestad se lo ordenara...

El emperador negó con la cabeza.

Kitiara se recostó en la silla con los labios fruncidos y los ojos centelleantes.

—Entonces, milord, nosotros mismos cargaremos con los suministros y nos los apañaremos. —Apretó los puños llevada por el entusiasmo y la pasión—. ¡Te garantizo que cuando la gente de Palanthas vea ondear nuestra insignia en la Torre del Sumo Sacerdote, la ciudad caerá en nuestras manos como fruta madura!

—Es demasiado arriesgado —argumentó Ariakas.



—Sí, lo es —admitió Kitiara con ansiedad—, pero es más arriesgado darles tiempo a los caballeros para que se organicen y manden a buscar refuerzos. Ahora mismo, la confusión reina en la caballería. No tienen Gran Maestre porque ningún hombre es lo bastante fuerte para aspirar al cargo, y hay dos Primeros Juristas porque dos hombres reclaman la posición y ninguno de ellos reconocerá los derechos del otro. Andan a la greña como marineros en la cubierta de un barco en llamas que discuten quién ha de apagar el fuego y entre tanto la nave se hunde.

—Podría ser así, pero la caballería sigue siendo una fuerza poderosa en Solamnia, y mientras los caballeros estén allí, la gente de Solamnia jamás se rendirá —repuso el emperador.

—Lo que ocurrirá si aniquilamos a los caballeros que hay en la Torre del Sumo Sacerdote —arguyó Kitiara—. Si Palanthas cae a causa de una estupidez, la gente se enfurecerá y les dará la espalda. De hecho, ya desconfía de ellos. La pérdida de la Torre del Sumo Sacerdote y la invasión de Palanthas sería el golpe de gracia. La caballería se desintegraría.

Viendo que Ariakas le daba vueltas a aquello, la mujer aprovechó para insistir en su razonamiento.

—Milord, usaremos los dragones azules para arremeter como un rayo que cae del cielo. Atacaremos a los caballeros con rapidez y con dureza antes incluso de que hayan tenido tiempo de vernos llegar. ¡Da la orden y mis dragones estarán listos para la ofensiva antes de una semana!

Hizo una pausa para darle tiempo a asimilar sus palabras y después añadió en voz queda:

»Se dice que la Torre del Sumo Sacerdote no caerá nunca mientras la defiendan hombres con fe. Los que guardan la fortaleza han perdido la fe y no podemos darles la oportunidad de recuperarla. Tenemos que atacarlos antes de que entre las filas de los caballeros surja un adalid que concilie a las facciones antagonistas.

Ariakas reflexionó sobre todo aquello. Los argumentos de la mujer eran convincentes. Le gustaba la idea de un ataque rápido y brutal a la torre defendida por una dotación reducida. Eso desmoralizaría a los caballeros y Palanthas se rendiría. El emperador necesitaba las riquezas y la flota de barcos de la ciudad. Sólo con la venta de esclavos las monedas de acero entrarían a raudales en sus cofres.

Estaba a punto de acceder cuando miró a Kitiara a los ojos y vio lo que deseaba ver en los ojos de sus comandantes: el ansia de la batalla. Pero también vio algo más, algo que le dio que pensar. Vio certeza presuntuosa. Vio ambición.

Se la aclamaría y agasajaría: Kitiara, la Dama Azul, la conquistadora de Solamnia.

La vio alargar la mano hacia la Corona del Poder. Quizá ya había dado el primer paso al quitar de en medio a uno de sus rivales...

Ariakas no temía a Kit. No le temía a nada ni a nadie. Si hubiese pensado que el arriesgado plan de la mujer era la única oportunidad que tenían de alcanzar la victoria, le habría ordenado que procediera y ya se habría encargado de ella cuando lo desafiara. Pero cuantas más vueltas le daba al plan, más clara veía la posibilidad del desastre.

El emperador desconfiaba de la dependencia de Kit de los dragones. Antes del regreso de su Oscura Majestad, Ariakas no había hecho entrar en batalla a los dragones, y aunque admitía que servían para destruir e intimidar, no creía aconsejable depender de ellos para tomar la iniciativa en la batalla, como proponía Kitiara. Los dragones eran criaturas arrogantes. Poderosos e inteligentes, se creían muy por encima de los humanos, tanto como éstos comparados con las moscas. Por ejemplo, Ariakas no podía dar una orden directa a un dragón. Ellos sólo debían obediencia a Takhisis e incluso la diosa tenía que hacerlo con diplomacia.

El plan temerario y poco ortodoxo de Kitiara iba en contra de las ideas de Ariakas respecto a la forma de conducir una guerra y a la mujer no le vendría mal que por una vez la pusieran en su sitio, que se le recordara quién era el que mandaba.

—No —dijo con firmeza—. Reforzaremos nuestro dominio en el sur y en el este y después marcharemos contra la Torre del Sumo Sacerdote. En cuanto a los caballeros solámnicos, tengo mis propios planes para destruirlos.

Kitiara estaba decepcionada.

—Milord, si pudiera explicar los detalles, estoy segura de que acabarías viendo...

Ariakas asestó un fuerte golpe en el tablero del escritorio con la palma de la mano.

—No tientes a la suerte, Dama Azul —advirtió en tono severo.

Kitiara sabía cuándo tenía que dar su brazo a torcer. Conocía al emperador y lo entendía. Sabía que no se fiaba de los dragones. Que no se fiaba de ella. Y que su desconfianza había influido en la decisión, aunque jamás lo admitiría. Sería peligroso insistirle más.

La mujer sabía también, con una certeza que rayaba lo extraordinario, que el emperador acababa de cometer un grave error. Y los hombres pagaban con la vida las equivocaciones.

Kit pensó todo eso y luego dejó de lado el asunto con una sacudida de los negros rizos y un encogimiento de hombros. De natural práctica, siempre miraba hacia el futuro, nunca hacia atrás. No perdía tiempo en lamentaciones.

—Como ordenes, milord. ¿Cuál es tu plan?

—Esa es la razón de que te haya mandado llamar. —Ariakas se levantó del escritorio y caminó hacia la puerta. Se asomó fuera y gritó—: ¡Que venga Iolanthe!

—¿Quién es Iolanthe? —preguntó Kit.

—Es mi nueva hechicera y la idea es de ella —contestó Ariakas.

Por el brillo lascivo de sus ojos, Kitiara dedujo al punto que, además de su nueva hechicera, también era su nueva amante.

De nuevo se sentó en el borde del escritorio, resignada a oír fuera cual fuese el plan descabellado que la última querida de Ariakas le había susurrado al oído en pleno frenesí sexual. Y era una hechicera, una practicante de la magia. Lo que empeoraba las cosas.

Kitiara estaba más acostumbrada que la mayoría de guerreros a tener cerca hechiceros. Su madre, Rosamun, había nacido con el don y tenía visiones extrañas y trances que al final la condujeron a la locura. La magia también corría con fuerza por las venas de su medio hermano pequeño, Raistlin. Había sido Kitiara la que, al ver que tenía el talento, comprendió que algún día podría ganarse la vida con su arte... Siempre y cuando la magia no acabara antes con él.

Como les pasaba a casi todos los guerreros, Kitiara no se fiaba de los magos. No jugaban limpio en la lucha. Que le dieran un enemigo que arremetiera contra ella con una espada, no uno que pegaba brincos mientras entonaba palabras con un sonsonete monótono

y lanzaba excrementos de murciélago.

La hechicera llegó acompañada por uno de los guardias ogros, que se la comía con los ojos sin poderlo evitar. Iolanthe había acudido a la llamada con tal prontitud que Kitiara sospechó que la hechicera había estado cómodamente instalada en una estancia cercana. Por la mirada que intercambió con Ariakas, Kit dedujo que se la había invitado a escuchar a escondidas la conversación.

Iolanthe era lo que Kitiara habría esperado de una de las amantes de Ariakas. Era humana, joven (unos veintitantos, sin llegar a los treinta) y Kitiara suponía que a los hombres debía de parecerles hermosa si a uno le gustaba ese tipo de belleza núbil y voluptuosa.

En otro tiempo, a Ariakas le había gustado el tipo de belleza de Kitiara, musculosa y magra, pero de eso hacía mucho y Kit estaba contenta de que hubiese quedado en el pasado. Se había acostado con el emperador por una razón que no era otra que sacar ventaja a otros centenares de comandantes en ciernes que reclamaban el favor de Ariakas.

Kit saludó a Iolanthe con una fría inclinación de cabeza y una de sus sonrisas sesgadas, lo que hizo que la hechicera entendiera de inmediato que la guerrera sabía el porqué y el cómo de que estuviera allí.

Iolanthe respondió a la sonrisa sesgada de Kit con otra encantadora. Ariakas le había hablado mucho sobre ella y la hechicera sentía mucha curiosidad por conocerla. No tenía celos de ella. Estar celoso de alguien significaba que se tenía complejo de inferioridad y de incapacidad, y Iolanthe estaba tremendamente segura de sus poderes, tanto mágicos como físicos. No tenía motivos para sentir celos de nadie.

Pero Kitiara sí tenía algo que Iolanthe deseaba. Era una Señora del Dragón, mandaba sobre hombres y dragones, gozaba de riqueza y prestigio. Ariakas la veía como una igual, en tanto que Iolanthe sólo era su hechicera y su querida...; otra más en una larga lista de amantes. Los ogros que montaban guardia fuera trataban a Kitiara con marcado respeto. A ella la miraban con lujuria.

Iolanthe deseaba lo que tenía Kitiara —poder— y estaba dispuesta a conseguirlo, aunque aún no había decidido cómo. Era natural de Khur, una tierra de feroces guerreros nómadas que se enfrentaban en disputas sangrientas desde hacía siglos. Iolanthe podía hacerse amiga de Kitiara o podía convertirse en su más mortal enemiga. Que fuera una cosa o la otra dependía mucho de la guerrera.

—Explícale tu idea a la Dama Azul —dijo Ariakas al entrar Iolanthe.

La hechicera hizo una grácil inclinación en señal de aquiescencia. Tenía los ojos de color violeta y los llevaba pintados con kohl negro para resaltar la inusual tonalidad del iris. Esos ojos se encontraron con los de Kitiara en una mirada de recíproca evaluación.

La guerrera no tenía en mucho a la mayoría de los hombres que conocía, y sentía un profundo desagrado por todas las mujeres que, a su modo de ver, eran criaturas pusilánimes dadas a tener niños y ataques de nervios. Kit se daba cuenta de la razón por la que Ariakas había metido en su cama a esa mujer. Iolanthe era una de las féminas más llamativas y exóticas que había visto en su vida.

—Creo que tienes ascendencia solámnica, Kitiara —empezó la hechicera.

—El tratamiento que me corresponde es el de Señora del Dragón —declaró Kitiara.

Las oscuras pestañas de Iolanthe aletearon.

—Te pido perdón, Señora del Dragón. Discúlpame.

Kitiara asintió con un brusco cabeceo.

—Habla. No dispongo de mucho tiempo.

Iolanthe echó una mirada furtiva al emperador. Como esperaba, el hombre estaba disfrutando con la escena. Por lo general consideraba conveniente que sus subordinados anduvieran a la greña como una forma de promover la supervivencia del más apto. Iolanthe acariciaba la idea de que quizá podría utilizarlos a los dos y que se enfrentaran entre sí mientras ella ascendía al poder. Era un juego peligroso, pero la hechicera llevaba sangre de reyes guerreros en las venas, y no había ido a Neraka sólo para sentir las manos callosas de Ariakas toqueteándola.

—Tu padre era un caballero —continuó Iolanthe, que se abstuvo de añadir que fue un caballero caído en desgracia—, y en consecuencia estás familiarizada con la política de la caballería solámnica...

—Sé que me entra una jaqueca espantosa cada vez que se habla de política —la interrumpió de nuevo, desdeñosa.

—He oído que eres una mujer de acción. —Iolanthe le dedicó a Kit una bonita sonrisa—. ¿Conoces a un caballero llamado Derek Crownguard?

—Me han hablado de él, pero no lo conozco personalmente. Es un Caballero de la Rosa, vástago de una familia acaudalada, que compite con Gunthar Uth Wistan por el liderazgo de la caballería.

Puede que la política le causara dolor de cabeza a Kitiara, pero se ocupaba de estar informada de lo que ocurría en el país que estaba a punto de conquistar.

»Crownguard es ambicioso. Un buscador de la gloria. Seguidor estricto del Código y la Medida. Ni siquiera cagará sin antes consultar la Medida para estar seguro de que hace lo correcto.

—Expresado de un modo tosco, pero certero —comentó la hechicera.

—El tal Crownguard es la clave de la destrucción de la caballería —intervino Ariakas.

—¿Quieres que ordene matarlo? —preguntó Kitiara.

Le habló al emperador, pero fue Iolanthe la que contestó sacudiendo la cabeza en un gesto negativo. Llevaba el negro cabello largo hasta los hombros, con flequillo recto, y adornado con una fina banda de oro. La espesa melena se meció al mover la cabeza y liberó una leve fragancia a perfume. Vestía ropas de seda negra con orlas doradas, cosidas en capas para que el tenue tejido transparente se le ajustara aquí y ondeara allá, de manera que proporcionaba un fugaz y tentador atisbo de la carne morena que había debajo. Lucía brazaletes y anillos de oro, así como ajorcas en los tobillos. Iba descalza.

En contraste, Kitiara vestía la armadura de dragón y botas altas, además de oler a sudor y a cuero.

—Morir asesinado convertiría en héroe a Derek Crownguard —dijo la hechicera—. En este momento es lo que los caballeros necesitan, precisamente, y sólo un necio les proporcionaría uno.

—Limitate a explicarle el plan, Iolanthe —ordenó Ariakas, que empezaba a impacientarse—. O, mejor aún, lo haré yo. ¿Has oído

hablar de los Orbes de los Dragones? —preguntó a Kitiara.

—¿Ese artefacto mágico que tiene esclavizado al rey elfo Lorac?

—Se ha descubierto otro orbe igual en el límite del glaciar. Parece ser que el Señor del Dragón del Ala Blanca, Feal-Thas, se lo encontró mientras hacía una limpieza en su armario —terminó Ariakas con sequedad.

—Quieres que vaya y se lo quite —dijo la guerrera.

Ariakas tamborileó unos dedos contra los de la otra mano.

—No. Tiene que ser Derek Crownguard el que recupere ese orbe.

Kitiara enarcó las cejas. Fuera lo que fuese lo que había esperado, no era eso, desde luego.

—¿Por qué, milord?

—Porque el orbe se apoderará de Crownguard, igual que se apoderó del rey elfo, y lo tendremos controlado. El caballero regresará a Solamnia...; el veneno en el pozo solámnico. Bajo nuestra dirección, conducirá a los caballeros derechos al desastre. Este plan tiene la ventaja adicional de sacar a Derek de Solamnia en un período crítico. Estás familiarizada con los solámnicos, así pues, ¿qué te parece?

Lo que le parecía a Kitiara era que un ataque audaz a la Torre del Sumo Sacerdote en ese momento podría significar ganar la guerra, pero Ariakas no quería saber nada de eso. De repente comprendió el porqué. El emperador odiaba a sus enemigos, los Caballeros de Solamnia, pero por mucho que los odiara, también creía en ellos. Creía en su mitología. Creía en la leyenda del caballero Huma y de cómo arrojó a la Reina Oscura y a sus dragones de vuelta al Abismo. Creía en el mito del valor y la entereza de los caballeros y creía en su pasada gloria. Había maquinado aquel complicado plan porque, en el fondo, creía que no podía derrotarlos militarmente.

A Kitiara no la cegaban las apariencias. No era crédula. Había visto a los caballeros reflejados en la persona de su derrochador padre y sabía que las resplandecientes armaduras plateadas tenían herrumbre y mellas y chirriaban al caminar con ellas puestas.

Eso lo tenía meridianamente claro, pero no podía hacer nada al respecto. Lo que también estaba clarísimo era que si ese plan de Ariakas fallaba, si los ejércitos de los dragones perdían la batalla por Solamnia, sería a ella —como comandante del Ala Azul— a la que culparían. Daba igual que hubiera ofrecido al emperador una estrategia victoriosa que él había rechazado. Llegado el momento, Ariakas lo olvidaría convenientemente.

Él y su hechicera esperaban que les dijera lo listos que eran.

Cumpliría con su deber. Después de todo, era un soldado y él era su comandante.

—Me parece una idea interesante —dijo por fin—. Todos los solámnicos sienten una profunda desconfianza hacia cualquier cosa mágica, pero... —dirigió una sonrisa a Iolanthe—. No me cabe duda de que una hermosa mujer podría ayudar a sir Derek a superar esos recelos. Y ahora, si no ordenas nada más, milord, he de volver a mi puesto de mando.

A Kitiara se le había ocurrido que quizá podría haber alguna forma de sortear la negativa de Ariakas a atacar la Torre del Sumo Sacerdote. Al principio se enfurecería por haberle desobedecido, pero la victoria mitigaría su ira. Mejor eso que soportar su cólera tras una derrota...

—Excelente —respondió el emperador con suavidad—. Me alegra que te guste el plan, Kitiara, porque he decidido enviarte a ti a tender el lazo a Crownguard.

Aquello pilló por sorpresa a las dos mujeres. Iolanthe lo miró de hito en hito, casi tan estupefacta como Kitiara.

—Milord —protestó la hechicera, encrespada—, los dos convinimos en que sería yo quien...

—Milord —empezó Kitiara al mismo tiempo, fruncidas las oscuras cejas en un gesto de irritación—, soy comandante del Ala Azul. Mi sitio está con mis tropas...

Ariakas se sentía muy satisfecho. Esas dos mujeres poderosas se estaban sintiendo cada vez más seguras de sí mismas, demasiado.

—He cambiado de opinión —dijo en un tono tan cortante que las hizo enmudecer a ambas—. Iolanthe, la Señora del Dragón tiene razón. Los caballeros desconfían de la magia y de quienes la manejan, algo que yo no había tenido en cuenta cuando accedí a que fueras tú. Kitiara es una guerrera, más idónea para esta tarea. En cuanto a ti, Señora del Dragón, tus fuerzas están atrincheradas durante el invierno. Puedes permitirte el lujo de pasar un tiempo separada de ellas.

Kit se dio media vuelta, decidida a ocultar su frustración, y caminó hacia una ventana para mirar al exterior del recinto, donde un grupo de prisioneros, encadenados por el tobillo unos a otros, formaba en fila al pie de un patíbulo. Era el día de ahorcar a los traidores. Desapasionado el semblante, vio que el ejecutor ponía la soga alrededor del cuello de un joven que, postrado de rodillas, afirmaba su inocencia y suplicaba que le perdonaran la vida. Los guardias lo levantaron con brusquedad y le cubrieron la cabeza con un saco.

—Déjanos, Iolanthe —ordenó Ariakas tras una pausa—. Tengo que hablar con la Señora del Dragón.

La hechicera asestó una mirada torva a Kitiara y después, con los sedosos ropajes ondeando tras ella, abandonó la sala. Al salir cerró de un portazo. Para entonces, Kitiara ya había recobrado el control de sí misma.

—La dama no parecía complacida. Me temo que esta noche dormirás en un lecho frío, milord.

—No ha nacido la mujer que me diga «no» a mí, Kitiara —repuso Ariakas, imperturbable—. Tú lo sabes, y deja de toquetear ese puñal escondido que llevas. Estoy convencido de que eres la persona adecuada para manejar este asunto con Crownguard. Una vez hayas cumplido esta misión, que, siempre y cuando la lleves a cabo bien, no debería ocuparte mucho tiempo...

—Ya tengo varias ideas al respecto, milord —lo interrumpió Kitiara.

—Bien. Después de eso, quiero que vuelas a Haven y regreses aquí para presentarme un informe sobre esa situación caótica del Ala Roja.

Kitiara, a la que el Ala Roja le importaba un bledo, estaba a punto de argumentar contra esa orden cuando una idea repentina se abrió paso en su mente. Haven estaba cerca de Solace. Volver a los sitios por los que se había movido antaño podría resultar muy interesante.

—Estoy a tu disposición, milord —dijo.

—Después de eso, viajarás al límite del glaciar. No me fío de ese hechicero elfo. El hecho de que de pronto haya «recordado» que tenía un Orbe de los Dragones en su poder me parece preocupante.

Ariakas se acercó a ella y se puso a su lado. Los dos vieron abrirse la trampilla del patíbulo y al joven precipitarse hacia su muerte. Por desgracia para él, la caída no le rompió el cuello y se retorció y se sacudió en el extremo de la cuerda durante un tiempo.

—Ah, mira, un zapateador —comentó el emperador, divertido.

Kitiara estuvo mirando hasta que el cuerpo se quedó inmóvil y colgó, retorcido, en el aire. Sabía que Ariakas tenía más cosas que decir, así que esperó que dijera lo que fuera.

—Ésta es la razón principal de que haya aceptado el plan de Iolanthe de que ese caballero robe el Orbe de los Dragones. No quiero que esté en poder de Feal-Thas.

—Podría quitárselo yo —sugirió Kitiara.

—Tampoco quiero que esté en tu poder —repuso él a la par que la miraba con frialdad.

Kitiara esbozó una leve sonrisa y observó a los soldados que descolgaban el cadáver del patíbulo y preparaban la soga para el siguiente hombre de la fila.

—Habiendo dejado eso claro, no quiero que Feal-Thas crea que no confío en él —prosiguió Ariakas—. Es útil para ciertas cosas. No sé de nadie más al que pudiera convencer para que viviera en ese páramo helado. Habrás de ir con tiento en tus tratos con él.

—Por supuesto, milord.

—En cuanto al Orbe de los Dragones, una vez que el tal Crownguard deje de serme útil, habrá que deshacerse de él y el orbe me lo quedará yo. ¿Te das cuenta de lo ingenioso que es este plan?

—Sí, milord —respondió, anuente. Fuera, en el exterior del recinto, los guardias arrastraban escalones arriba al siguiente condenado de la fila. Kitiara se apartó de la ventana—. Necesitaré tus órdenes por escrito para Feal-Thas o el elfo no me creerá.

—Por supuesto. Las tendrás por la mañana. Pásate por aquí antes de partir.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Crownguard, milord? Creo recordar que destruí su castillo hace algún tiempo...

—Según mis espías se encuentra en la isla de Sancrist, acogido en el castillo Wistan. Sin embargo, se va de allí para regresar a Palanthas.

Kitiara miró a Ariakas con expresión de incredulidad.

—¡Eso es territorio enemigo, milord!

—Una misión peligrosa, Kit, lo sé —admitió el emperador, imperturbable—. Por eso te elegí a ti.

Kitiara tenía la sensación de que había más motivos. Hasta hacía unos minutos tenía planeado enviar a Iolanthe a Solamnia, y Ariakas no era de los que obraban por impulso. Tenía una buena razón para hacer el cambio. Inquieta, la guerrera se preguntó cuál sería. ¿Se habría delatado a sí misma? ¿Le habría hecho sospechar que planeaba desobedecerle y atacar la Torre? Repasó lo que había dicho y lo que había hecho y decidió que no. No, simplemente debía de estar enfadado con ella por presionarle con el asunto de la Torre del Sumo Sacerdote.

Concluidos los asuntos a tratar entre ellos, Kitiara pidió permiso para marcharse. Los dos se despidieron con cordialidad.

—Una cosa que me gusta de ti, Kitiara —le dijo Ariakas cuando ella se dirigía a la puerta—, es que aceptas la derrota como un hombre. Nada de enfurruñarte ni poner mal gesto porque no te has salido con la tuya. Mantenme informado de cómo te van las cosas.

Kitiara estaba tan absorta en sus pensamientos cuando se fue que no reparó en que en la puerta de otro cuarto se entreabría una rendija ni vio los brillantes ojos violeta, maquillados con kohl y oscurecidos por la sombra de las espesas pestañas, que la observaban.

Los ogros le devolvieron la espada y el cuchillo que guardaba en una bota. A diferencia de Grag, las manos no le temblaron mientras se abrochaba la hebilla del cinturón, pero sí que experimentó una sensación de alivio similar. Eran pocos los que no sentían alivio cuando salían vivos de una audiencia con Ariakas.

—¿Quieres saber la dirección de la taberna más próxima? —preguntó el ogro mientras le tendía la espada.

—Gracias, ya sé dónde es —contestó Kitiara.

### 3

#### *La Posada El Escudo Roto Magia de plata*

Iolanthe esperó hasta que vio a Kitiara echar a andar calle abajo y después volvió con Ariakas. El emperador estaba sentado al escritorio y escribía el despacho prometido. Iolanthe se acercó a él, posó las manos en los anchos hombros y le dio masajes en el cuello.

—Podría mandar que viniera tu escriba, milord...

—Cuántas menos personas estén enteradas de esto, mejor —contestó Ariakas. Escribía de prisa y en mayúsculas para que no hubiese posibilidad de interpretar mal sus palabras.

Iolanthe, asomada por encima de su hombro, vio que escribía acerca del Orbe de los Dragones.

—¿Por qué ese cambio en los planes, milord? —preguntó la hechicera—. ¿Por qué enviar a la Señora del Dragón a Solamnia en vez de a mí? Teníamos todo esto hablado...

—Como le he dicho a Kitiara, es más idónea para esta misión. Ya se le ha ocurrido un plan.

—Me da la impresión de que tiene otros motivos, milord. —Iolanthe metió los brazos por debajo de la armadura de cuero y deslizó las manos por el pecho desnudo del hombre, que no dejó de escribir.

—La Señora del Dragón estaba elucubrando algún ardid para obviar mis órdenes y atacar la Torre del Sumo Sacerdote.

La hechicera se acercó más para que el cabello rozara la espalda del hombre y así le llegara su perfume.

—Continúa —susurró.

—Cedió demasiado pronto, sobre todo cuando mencioné que la mandaría a Haven. Me oculta algo.

La voz de Ariakas sonó áspera, endurecido el tono.

—Todos tenemos secretos, milord —dijo Iolanthe, y le besó la oreja.

—Quiero saber el suyo.

—Puede hacerse —comentó la hechicera.

—Pero ella no debe sospechar nada.

—Eso ya será más difícil. —Iolanthe se quedó pensativa un momento—. Hay un modo, pero he de tener acceso a su cuarto. ¿En qué barracón se aloja?

—¿Kitiara en un barracón? —El emperador soltó una risita burlona al imaginar tal cosa—. ¿Dormir en un catre habiendo una posada cómoda en la ciudad? Haré averiguaciones y te informaré.

Asió a Iolanthe por las muñecas, tan fuerte que le hizo daño, y con un seco tirón la alzó en vilo y la tendió encima del escritorio, delante de él. Se inclinó sobre la mujer, a la que sujetaba los brazos firmemente.

—Haces un buen trabajo para mí, Iolanthe.

Ella alzó los ojos hacia el emperador con una mirada límpida y sonrió, entreabiertos los labios. Ariakas se apretó contra la mujer al tiempo que palpaba debajo de la falda.

—Es un placer para mí, milord —susurró Iolanthe.

\* \* \*

Acabado el episodio con Ariakas, Iolanthe se arregló las ropas, se echó sobre los hombros una capa negra y discreta y se cubrió la cabeza con la capucha. Las runas marcadas con puntadas de hilo dorado en la prenda la señalaban como una hechicera y servían de advertencia a cualquiera que pudiera intentar molestarla. Las calles de Neraka eran estrechas, malolientes, sucias y peligrosas. Los soldados de la Reina Oscura dirigían la ciudad y se consideraban con derecho a apropiarse de cualquier cosa o cualquier persona que quisieran, y puesto que Ariakas fomentaba la rivalidad entre los comandantes, las tropas se enzarzaban de continuo en reyertas que sus superiores podían decidir si ponerles fin o no.

Además, los devotos seguidores de Hiddukel, dios de los ladrones, siempre estaban disponibles para dar la bienvenida a visitantes y peregrinos en el Templo de la Reina de la Oscuridad, liberándolos píamente de cualquier carga, como por ejemplo la de sus bolsas de dinero. Criminales de todo tipo encontraban refugio seguro en Neraka, al menos hasta que los cazadores de recompensas daban con su rastro.

Aun así, a despecho de su condición de ciudad sin ley, Neraka medraba y crecía. La guerra iba bien y sus habitantes estaban en el bando ganador. El botín obtenido en saqueos tras las victorias entraba a raudales en la urbe. Las tiendas de empeño estaban repletas de oro y joyas, artículos de plata y cristal, pinturas y muebles saqueados de las tierras conquistadas de Silvanesti, Qualinesti, Abanasinia y regiones orientales de Solamnia. Cautivos humanos y elfos abarrotaban los mercados de esclavos, y eran de tal calidad que acudían compradores de lugares tan lejanos como Flotsam, al otro lado del continente.

Una calle entera estaba dedicada a tiendas que traficaban con artefactos, libros, pociones y pergaminos mágicos robados. Muchos eran falsos, así que había que saber lo que se tenía entre manos a la hora de comprar. Una poción vendida con garantía de proporcionar una buena noche de sueño podría resultar en que uno no despertara jamás. Los artefactos sagrados eran más difíciles de encontrar. Una persona dedicada al comercio de tales objetos tenía que ir al Templo de la Reina de la Oscuridad, y el acceso al interior del recinto amurallado estaba restringido a los que tenían algún asunto que tratar allí y podían demostrarlo. Puesto que el templo era un lugar prohibido y los clérigos oscuros, servidores de Takhisis, no se mostraban predispuestos a dar la bienvenida a los visitantes, el tráfico de artefactos sagrados no era pujante.

Iolanthe tenía su casa en Ringlera de Magos, una calle de tiendas y viviendas situadas fuera del recinto amurallado del templo. Como recién llegada —relativamente— que era, Iolanthe tenía alquilada una vivienda minúscula encima de una tienda de artículos mágicos. Encontrar alojamiento en Neraka no era fácil y la mujer pagaba una suma exagerada por tres habitaciones pequeñas. Aun así, no se quejaba. Se consideraba afortunada de tener una casa. La ciudad estaba tan abarrotada que muchos se veían forzados a dormir en la calle o apretujarse hasta seis en una habitación de una casa mugrienta.

Hija de una familia acomodada de Khur, cuando tenía quince años Iolanthe había deshonrado a su familia al rehusar casarse con el hombre de cuarenta años que le habían elegido. Cuando intentaron obligarla a celebrar el matrimonio, robó el dinero y las joyas que habrían sido su dote y escapó a la capital de Khuri-Khan. Teniendo que ganarse la vida de algún modo, pagó a un mago itinerante para que le enseñara el arte.

Finalmente, su prometido la localizó y la violó en un intento de obligarla a casarse con él. Iolanthe lo mató pero, por desgracia, no acabó con su sirviente, que regresó para contárselo a la familia, y ésta juró vengarse. Iolanthe se encontró envuelta en una enemistad de sangre; su vida en Khur no valía nada.

Su maestro de magia pidió permiso para que se le diera asilo en la Torre de Wayreth, y allí se la aceptó como pupila de la famosa hechicera Ladonna. Iolanthe demostró ser una estudiante dotada.

A los veintiséis años, la joven se sometió a la temida Prueba en la Torre de la Alta Hechicería, de la que salió trémula de miedo pero sin sufrir percances para ser confirmada como una Túnica Negra. Considerando que una vida de estudio en la Torre era poco lucrativa además de aburrida, Iolanthe buscó un lugar donde plantar la semilla de su ambición. La mugre y la miseria de Neraka le proporcionaron un terreno fértil.

Los clérigos de la Reina Oscura no recibían con los brazos abiertos a los hechiceros y, en consecuencia, al poco de llegar a Neraka Iolanthe estuvo al borde de morir de inanición. Obtuvo dinero bailando las exóticas danzas de su país en una taberna, y allí tuvo la suerte de despertar el interés de lord Ariakas. El hombre la metió en su lecho esa misma noche, y cuando descubrió que era hechicera la contrató como su maga personal. La semilla de Iolanthe estaba plantada, y aunque en otro momento se habría contentado con un árbol pequeño, ahora vislumbraba todo un bosque.

Había dejado atrás el sector Azul y se dirigía a Ringlera de Magos cuando un soldado hobgoblin, que al parecer había ingerido suficiente aguardiente para impedirle ver con claridad, la asió y, echándole el aliento apestoso a la cara, trató de besarla. Iolanthe pronunció una palabra mágica y tuvo la satisfacción de ver que al asaltante se le ponía de punta todo el pelo y los globos oculares casi se le salían de las órbitas al tiempo que la descarga le zarandeaba el corpachón. Los compañeros del hobgoblin se retorcieron de risa mientras él se desplomaba en el fango, sacudido por convulsiones.

Iolanthe llegó a su casa sin más percances. Retiró el cierre mágico, entró en su pequeña vivienda y se dirigió directamente a la librería. Buscó entre los libros hasta dar con el que necesitaba: *Conjuros de adivinación y visualizarían a distancia con especial énfasis en el uso adecuado de los ingredientes*. Se sentó ante el escritorio y empezó a pasar las páginas para encontrar un hechizo. Los que vio eran demasiado difíciles para que los ejecutara ella o requerían ingredientes poco corrientes que le sería imposible adquirir a tiempo. Empezaba a sentirse desalentada cuando, por fin, dio con uno que encajaría. Conllevaba cierto peligro, pero Iolanthe decidió que la posibilidad de tener ascendiente sobre Kitiara Uth Matar merecía correr ese pequeño riesgo.

Iolanthe bajó la oscura y estrecha escalera que conducía desde su vivienda a la tienda del piso bajo. Encontró al anciano propietario encaramado en la banqueta situada detrás del mostrador; tomaba un té fuerte mientras observaba a la gente que pasaba por la calle al otro lado del escaparate.

El nombre del viejo era Snaggle y era mestizo, aunque tenía tantas arrugas y estaba tan consumido que era imposible discernir de qué dos razas. Él afirmaba que no era hechicero, aunque sabía tanto de las artes arcanas que, para sus adentros, Iolanthe dudaba que eso fuera cierto. Era conocido por la calidad de su mercancía. No era necesario estar pendiente de si se compraba sangre de cordero que llevara en la estantería tres meses ni plumas de corneja que se hicieran pasar por cálamos de cuervo. Snaggle tenía un talento natural para adquirir artefactos extraños y valiosos y el emperador en persona hacía visitas frecuentes a la tienda de artículos de magia para ver qué artículos nuevos habían entrado.

Snaggle era amigo de Iolanthe, además de su casero, ya que la hechicera le había alquilado la vivienda de arriba al viejo. Él la recibió con una sonrisa desdentada y la oferta de un té, algo que sólo hacía con clientes privilegiados.

—Gracias, amigo mío —contestó la mujer con una sonrisa. Le caía bien el anciano y ese sentimiento era compartido. Aceptó la infusión y la bebió a sorbitos, con delicadeza.

—Busco un cuchillo —dijo.

La tienda de artículos de magia estaba limpia y ordenada, algo poco habitual en ese negocio. La mayoría de las tiendas semejaban nidos de urraca. Todos los artículos de Raigón estaban guardados en recipientes etiquetados y en cajas colocadas con esmero una sobre otra en estantes que llegaban hasta el techo. No había nada expuesto ni a la vista. Las cajas se guardaban detrás del extenso mostrador que ocupaba todo el largo de la tienda. Snaggle no permitía a ningún cliente pasar detrás del mostrador, regía que hacía cumplir a rajatabla. A tal fin, se valía de un bastón de aspecto extraño que, según él, poseía poderes letales.

El cliente le explicaba al anciano lo que él o ella creía que necesitaba y Snaggle se bajaba de la banqueta, dejaba la infusión y cogía la caja apropiada, cada una de ellas etiquetada con un código que sólo él conocía.

—¿Qué clase de cuchillo? —preguntó el anciano a Iolanthe—. ¿Uno para protección, para trocear y cortar ingredientes o uno para realizar sacrificios rituales...?

—Uno de adivinación y visualización a distancia —contestó la mujer, que explicó para qué servía.

Snaggle se quedó pensativo un momento, fruncido el entrecejo, y después se bajó de la banquera, agarró una escalera de mano que se desplazaba por el suelo sobre ruedas y la llevó frente al estante adecuado. Trepó ágilmente hasta la mitad de la altura, más o menos, sacó una caja, la depositó sobre el mostrador y levantó la tapa.

Dentro había un surtido de cuchillos colocados de forma ordenada. Algunos eran de plata, otros de oro y unos cuantos de acero. Algunos eran grandes y otros pequeños. Algunos tenían mangos enjovados y otros eran sencillos, sin adornos. Todos llevaban runas grabadas en la hoja.

—Este es muy bonito —dijo Snaggle. Sacó uno de oro adornado con diamantes y esmeraldas en la empuñadura.

—Pero el precio está fuera de mi alcance —contestó Iolanthe—. Además es muy grande y pesado al ser de oro. Mi afinidad es con la plata.

—Cierto —convino el anciano—. Lo había olvidado. —Advirtió que la mirada de la hechicera se detenía en un puñal esbelto que había cerca de la parte trasera de la caja y reaccionó con prontitud—. Y también tienes buen ojo, Iolanthe. Éste es como tú: delicado en apariencia, pero muy poderoso.

Sacó el arma y la puso en la mano de la mujer. La empuñadura era de plata y de hechura sencilla, rematada con bandas en zigzag de madreperla. La hoja era aguzada y las runas que llevaba grabadas semejaban una intrincada telaraña. Iolanthe sopesó el puñal. Era ligero y le encaja bien en la mano.

—Fácil de ocultar —dijo Snaggle.

—¿Cuánto? —preguntó Iolanthe.

El viejo le dio un precio y ella aceptó. Entre ellos nunca había regateos. La mujer sabía que él le ofertaría el precio más bajo desde el principio y el viejo sabía que la mujer era una compradora astuta que no pagaría ni un céntimo más de lo que valiera un objeto.

—Te hará falta cedro para quemarlo —dijo Snaggle mientras ella se guardaba el puñal en la manga ajustada del vestido.

—¿Cedro? —Iolanthe alzó la vista hacia el viejo, sorprendida—. Las instrucciones del conjuro no lo mencionan.

—Confía en mí. El cedro funciona mejor. Espera un momento, que voy a guardar esto.

Puso la tapa en la caja de los cuchillos, subió la escalera de mano, colocó la caja en su sitio y después se impulsó para desplazar la escalera por el suelo, aún subido a ella, hacia otra estantería. Abrió una caja, sacó unas ramitas del largo de su dedo índice y se bajó al suelo.

—Y añade un pellizco de sal marina —agregó mientras ataba los palitos en un compacto haz con un trozo de cuerda.

—Gracias, amigo mío. —Iolanthe iba a marcharse cuando un draconiano baaz que lucía el emblema de lord Ariakas entró en la tienda.

—¿En qué puedo ayudar al señor? —preguntó Snaggle.

—Busco a Iolanthe, la bruja —repuso el baaz—. Me envía lord Ariakas.

Snaggle miró a la mujer para hacerle entender que admitiría conocerla o diría que jamás la había visto, dependiendo de la seña que le hiciera, pero la hechicera le ahorró la molestia.

—Yo soy Iolanthe.

—Tengo la información que buscabas, señora. —El baaz le hizo una reverencia—. El Escudo Roto, habitación dieciséis.

—Gracias —contestó ella.

El baaz saludó llevándose el puño al pecho, giró sobre los escamosos talones y se marchó.

—¿Otra taza de infusión? —preguntó Snaggle.

—No, gracias, amigo mío. Tengo que ocuparme de un cometido antes de que oscurezca.

Iolanthe salió de la tienda. A pesar de la confianza en su capacidad para defenderse por sí misma de día, sabía bien que era peligroso recorrer las calles de Neraka sola después de oscurecer, y tenía que visitar El Escudo Roto.

\* \* \*

La Posada de El Escudo Roto, como se llamaba el establecimiento, se hallaba ubicada en el distrito del cuartel general del Ala Blanca y era uno de los edificios más grandes y más antiguos de Neraka. Daba la impresión de que lo hubiese hecho un chiquillo con piezas de construcción poniendo unas sobre otras. La posada empezó siendo una choza de una sola habitación que ofrecía comida y bebida a los primitivos peregrinos oscuros que llegaban para rendir culto en el templo. Al crecer su popularidad, la choza añadió otra habitación y pasó a llamarse «taberna». La taberna agregó más habitaciones y se denominó «fonda». La posada emprendió el proyecto de levantar

toda un ala de cuartos y ahora se enorgullecía de calificarse como «taberna, fonda y casa de huéspedes».

El Escudo Roto gozaba de las preferencias de mercenarios, peregrinos y clérigos de Neraka, principalmente por el hecho de que se admitían «sólo humanos». No se permitía el acceso a otras razas, en especial a draconianos, goblins y hobgoblins. Los propios clientes habituales cuidaban de que se respetara esa norma y se ocupaban de que «dracos» y «hobos y gobos» fueran a beber a El Troll Peludo.

La posada estaba a tope esa noche, repleta de soldados hambrientos que habían terminado su turno de guardia. Iolanthe había cambiado sus ropas de seda por los sencillos ropajes negros de una peregrina oscura. Con el rostro totalmente cubierto por el velo, esperó fuera hasta que un grupo de peregrinos oscuros entró en fila a la posada. Se unió a ellos y entraron juntos en el establecimiento.

Localizó a Kitiara inmediatamente. La Señora del Dragón estaba sentada sola a una mesa donde tomaba la cena con rapidez y bebía una jarra de cerveza. Los peregrinos se separaron y se sentaron a varias mesas, repartidos en grupos de dos o tres. Nadie pareció prestar atención a Iolanthe.

La hechicera vio que Kitiara apartaba el plato vacío y se sentaba recostada en la silla, con la jarra en las manos. La guerrera estaba seria, absorta en sus pensamientos. Un mercenario joven y atractivo, de largo cabello rubio y con una cicatriz irregular en una mejilla, se acercó a su mesa. Aparentemente, Kitiara no reparó en él. El mercenario empezó a retirar una silla para sentarse, pero Kitiara plantó la bota encima del asiento.

—Esta noche no, Trampas —dijo la Señora del Dragón al tiempo que negaba la cabeza—. No tendrías una buena compañía conmigo.

—Oh, venga, Kit —empezó el joven en tono persuasivo—, al menos déjame que te invite a una cerveza.

Ella no movió el pie y no había otra silla.

Trampas se encogió de hombros y siguió su camino. Kitiara apuró la cerveza de un largo trago. El tabernero le llevó otra jarra, la dejó delante de la mujer y retiró el recipiente vacío. Kit se bebió también ésa y siguió rumiando para sus adentros. Iolanthe intentó adivinar qué sería lo que estaba pensando. La guerrera no parecía irritada ni enfadada, de modo que no podía estar dándole vueltas a la reprimenda de Ariakas. Su gesto era introspectivo, y aunque miraba la jarra de cerveza se notaba que no la veía. De vez en cuando sonreía. Daba la impresión de estar recordando, rememorando viejos tiempos, evocando momentos felices.

—Qué interesante —murmuró entre dientes Iolanthe. Repasó la conversación que había oído a escondidas entre la mujer y Ariakas. Habían hablado de otros tiempos, de la época en la que Kit vivió en Solace. Habían comentado algo sobre su hermano el mago, pero a juzgar por la calidez de su sonrisa y el destello en los ojos oscuros, Kitiara no estaba pensando en enfermizos hermanos pequeños.

»Mi señor tenía razón. Tienes secretos —musitó Iolanthe—. Secretos peligrosos.

Kitiara echó un buen trago de cerveza y, arrellanándose cómodamente en la silla, puso los dos pies en el asiento de la que tenía enfrente; así dejaba claro a todos los que estaban en la taberna que quería estar sola esa noche.

—Estupendo —murmuró la hechicera. La presencia de un amante habría representado un serio inconveniente.

Iolanthe se levantó y fue al abarrotado mostrador donde los soldados pedían cerveza, aguardiente enano, vino o aguamiel o una mezcla de varios. Los que servían en el mostrador, con la cara congestionada y sudorosa, se afanaban yendo de un lado para otro para atender a todos con rapidez. Los soldados eran escandalosos y brincos, gritaban insultos a los camareros y toqueteaban a las camareras, que, al estar acostumbradas a la grosera muchedumbre, respondían en consonancia. Iolanthe se abrió paso a empujones. Al ver a una peregrina oscura, los soldados se retiraron con presteza y, aunque rezongando, le abrieron paso respetuosamente. Un hombre tenía que estar borracho como una cuba para atreverse a insultar a una sacerdotisa de su Oscura Majestad.

—¿Qué deseas, venerable? —preguntó uno de los agobiados camareros que sostenía tres jarras espumosas en cada mano.

—La llave de mi cuarto, por favor —contestó Iolanthe—. Habitación dieciséis.

El camarero soltó las jarras en las manos de varios clientes y después se volvió hacia los ganchos donde estaban colgadas las llaves, cada cual con un número atado. Mientras, los soldados lo maldecían por su lentitud, y él respondió de igual modo a la par que agitaba el puño. Encontró la número dieciséis, la cogió y la lanzó por encima del mostrador. Iolanthe la atrapó al vuelo con agilidad. Llave en mano, subió la escalera que conducía a las habitaciones del primer piso.

Hizo un alto en el oscuro pasillo y echó un vistazo a la taberna desde la galería. Kitiara seguía sentada en el mismo sitio, todavía con la mirada prendida en la jarra de cerveza medio llena. Mirando el número de las puertas, la hechicera siguió pasillo adelante hasta dar con la que buscaba; abrió con la llave y entró.

El yelmo astado de color azul de un Señor del Dragón yacía en un rincón, donde Kit lo había dejado junto con varias piezas más de la indumentaria de un jinete de dragón. La armadura se había diseñado de manera especial y la había bendecido la Reina Oscura. Además de resguardarlo del fuerte viento que azotaba al jinete montado en un dragón, también lo protegía de las armas del enemigo. Aparte de la armadura y una cama, el cuarto estaba vacío. Por lo visto Kitiara viajaba ligera de equipaje.

Iolanthe no prestó atención a los objetos de la habitación y recorrió con la mirada el aposento en sí para memorizarlo. Segura de poder visualizarlo cuando quisiera, cerró la puerta y echó la llave. Bajó a la taberna para devolvérsela al camarero, pero al verlo atareado la dejó en el mostrador y se marchó.

Echó una ojeada hacia atrás y comprobó que Kitiara seguía sentada a la mesa, sola, con otra jarra llena. Por lo visto pensaba ahogar los recuerdos en cerveza.

\* \* \*

Iolanthe estaba sentada en su pequeña sala y estudiaba el conjuro a la luz de la lumbre. A su lado ardía de forma regular una vela con las horas marcadas en la cera, de manera que el paso del tiempo las derretía una tras otra. Cuando hubieron pasado seis horas, Iolanthe consideró que era el momento adecuado. Cerró el libro de hechizos, tomó otro y lo llevó al laboratorio.

Vestía sus ropajes mágicos, una gruesa túnica de color negro, sin adornos, para fundirse con la noche.

Colocó el segundo libro en la mesa. Este libro no tenía nada que ver con la magia. Se titulaba *Historia de Ansalon desde la Era de*



*los Sueños hasta la Era del Poder con anotaciones del autor; un erudito Esteta de la respetada Biblioteca de Palanthas.* El libro más aburrido que uno pueda imaginarse, de los que acumulan polvo en una estantería porque nadie los elige por gusto. Justo lo que buscaba quien lo hizo, ya que en realidad no era un libro, sino una caja. Iolanthe tocó la letra «E» de «Esteta» y la portada, que era la tapa de la caja, se alzó con un suave chasquido.

Un tarro de cristal que cerraba un tapón sellado con cera y ribeteado con filigrana dorada descansaba en el hueco recortado en las «páginas». Junto al tarro, en otro hueco más pequeño, había un pincel hecho con pelos de la melena de un león.

Iolanthe sacó el tarro con cuidado, lo puso sobre la mesa, rompió el sello de cera y extrajo el tapón de corcho. La sustancia contenida en el tarro era densa y viscosa, como azogue, y rielaba con la luz. Aquella era la posesión más valiosa de la hechicera, un regalo que le hizo Ladonna, portavoz de la Orden de los Túnica Negras, al acabar con éxito la Prueba. La sustancia tembló cuando Iolanthe transportó el tarro y el pincel a una parte del cuarto que ocultaba una cortina gruesa.

La hechicera apartó la cortina y la dejó caer tras ella. En esa zona no había absolutamente nada, ni muebles ni cuadros colgados en la pared de yeso encalado. Iolanthe dejó el tarro en el suelo, mojó el pincel en la sustancia plateada y, empezando a nivel del suelo, trazó una línea recta pared arriba hasta igualar su altura. Pintó otra línea en perpendicular a la primera y después añadió una tercera hasta el suelo. Hecho esto, volvió a poner el tapón con cuidado en la boca del tarro. Vertió cera derretida sobre el corcho y lo dejó a un lado para que se endureciera. Comprobó que el pequeño puñal de plata seguía metido en la manga de la túnica y después volvió al hueco oculto tras la cortina.

La hechicera se quedó frente a las tres líneas pintadas en la pared y pronunció las palabras mágicas requeridas. La sustancia plateada resplandeció en la pared con tanta intensidad que la deslumbró. Durante un instante lo único que vio fue una brillante luz blanca. Evocó una imagen de la habitación en la posada El Escudo Roto y se obligó a mirar fijamente la intensa luz.

La pared en la que estaban pintadas las líneas plateadas desapareció. El pasillo de la posada se extendía ante la hechicera. Iolanthe no entró en él de inmediato, sino que miró a su alrededor con atención; no quería que la interrumpieran. Hasta que no estuvo segura de que no había nadie cerca no entró, entonces caminó a través de la pared y de las líneas plateadas como cualquier persona habría hecho a través de una puerta y, recorriendo las sendas de la magia, se halló en la habitación dieciséis.

Iolanthe echó un vistazo a su espalda. Un tenue brillo plateado, como el viscoso rastro dejado por un caracol, brillaba en la pared y le marcaba el camino de vuelta. En la chimenea ardían las brasas, y a su luz la hechicera distinguió la cama y a la mujer que dormía en ella.

El cuarto apeataba a cerveza.

Iolanthe sacó el puñal de la manga. Cruzó silenciosamente el suelo hasta llegar junto a la cama. Kitiara yacía boca arriba, desparramada, con un brazo doblado por encima de la cabeza. Todavía llevaba puestas las botas y las ropas, probablemente se había sentido muy cansada o muy ebria para desnudarse. Respiraba de forma regular, profundamente dormida. La espada, enfundada en la vaina, estaba colgada en uno de los postes de la cama.

Puñal en mano, Iolanthe se inclinó sobre la mujer dormida. No creía que Kit estuviera fingiendo, pero siempre existía esa posibilidad, de modo que acercó la punta del arma a la muñeca de la guerrera y la hundió en la piel hasta hacer brotar una gota de sangre.

Kitiara ni se movió.

*«Sería una gran asesina —reflexionó la hechicera—. Déjate de tonterías y ponte a trabajar.»*

Desvió el arma hacia el cabello de Kitiara. Tomó con suavidad uno de los sedosos rizos negros que rozaban la almohada y, estirándolo, pegó el filo al cuero cabelludo y lo cortó de raíz. Cortó otro rizo y un tercero, e iba a repetirlo con un cuarto cuando Kitiara soltó un profundo suspiro, frunció el entrecejo y se giró en la cama.

Iolanthe se quedó paralizada, sin atreverse a mover un solo músculo. No corría peligro. Tenía preparadas las palabras en los labios y el requerido pellizco de arena en los dedos, lista para lanzarlos sobre la durmiente. No quería tener que recurrir a la magia, sin embargo, porque cuando Kitiara se despertara a la mañana siguiente podría ver arena en la cama y deducir que le habían echado un hechizo durante la noche. No tenía que sospechar nada. En cuanto al pinchazo en la muñeca, los guerreros siempre se estaban cortando con la armadura o con las armas. No le daría importancia a una marca tan pequeña.

Kit se abrazó a la almohada y murmuró una palabra que sonó como *tañis*, suspiró, sonrió y volvió a quedarse profundamente dormida. A la hechicera no se le ocurría por qué soñaba Kit con campanas y tañidos, pero a saber si había alguna razón. Guardó los rizos de pelo en una bolsita de terciopelo, se ató la bolsa al cinturón y se alejó de la cama de Kitiara.

Brillando débilmente en la pared, el plateado rastro de caracol le indicaba el camino de salida. Iolanthe atravesó el umbral plateado y entró en el rincón oculto por la cortina de su vivienda. El trabajo nocturno había sido un éxito.

*Un dragón y su jinete*

La montura de Kitiara, un dragón azul llamado Skie, la esperaba fuera de la ciudad, en un emplazamiento secreto. Cerca de cada cuartel general de los Señores de los Dragones en Neraka había establos para dragones, pero lo mismo que Kitiara prefería quedarse en una posada que pasar la noche en los alojamientos abarrotados del recinto militar, Skie estaba tan acostumbrado a la comodidad y la intimidad que no soportaba las condiciones en los atestados establos de los dragones. Sin embargo, hizo una visita a sus congéneres, y estaba preparado para contar a Kitiara los últimos chismorreos y novedades que se comentaban entre sus iguales cuando la mujer llegó.

El dragón azul había pasado una velada agradable. Había salido a cazar por la mañana y había atrapado un ciervo gordo. Después de comer había encontrado un trozo de suelo bañado por los rayos del sol otoñal y, tumbándose con la cabeza recostada en las cálidas piedras, había extendido las alas azules para disfrutar del agradable calorcillo. Cuando llegó Kitiara, sacudió la cabeza coronada por la crin azul y agitó la larga cola escamosa para despegarse.

El saludo entre la Señora del Dragón y el reptil fue afectuoso. Skie era el único ser en el que Kitiara confiaba de verdad, y el dragón era leal a su amazona, algo poco corriente entre los dragones que, por lo general, despreciaban todas las formas de vida inferiores. Skie admiraba el valor de Kitiara y su destreza imperturbable en la batalla y, en consecuencia, estaba más que dispuesto a pasar por alto sus defectos achacándolos al hecho de que, lamentablemente, había nacido humana.

—¿Qué dragona habría sido! —comentaba a menudo Skie con pesar.

Kitiara palmeó el cuello escamoso del dragón azul y le preguntó si había comido. Skie señaló los restos de un ciervo muerto que había cerca. Muy pocos jinetes humanos se interesaban por el bienestar de sus dragones, pero a Kitiara nunca se le pasaba por alto. La mujer asintió con la cabeza y después, en lugar de montar como él esperaba, se quedó de pie a su lado, con la mano posada en su cuello y la mirada prendida en las botas.

Skie supo al instante que pasaba algo malo.

—¿Qué le pareció al emperador tu plan de atacar la Torre del Sumo Sacerdote? —preguntó el dragón.

Kitiara soltó un suspiro.

—Cree que es demasiado temerario, demasiado arriesgado, así que no lo aprobó. Supongo que tiene razón, pero a mi modo de ver corremos un riesgo mucho mayor si nos quedamos enrocados en nuestras guaridas, cómodos y despreocupados.

—Ese hombre es un necio —comentó Skie.

—No, si Ariakas fuera estúpido no me importaría tanto —contestó la mujer con gesto serio—. Es un comandante brillante. Prueba de ello es que sus ejércitos controlan la mayor parte de Ansalon. Pero esas mismas victorias serán su perdición. Al comienzo de la guerra, cuando no tenía nada que perder, habría aceptado mi propuesta y habríamos atacado la Torre del Sumo Sacerdote. De entonces a ahora le ha cogido demasiado apego a la victoria. Tiene miedo de la derrota, así que sólo apuesta a lo seguro. Arriesga poco y aún se pregunta por qué han disminuido las ganancias.

Skie sacudió la cabeza. Las tripas le sonaron. Había comido demasiado deprisa y el ciervo no le estaba sentando bien.

—¿Visitaste los habitáculos de los dragones? —preguntó Kitiara—. ¿Qué novedades se comentan?

—Como has dicho, la guerra del emperador marcha bien —contestó Skie a regañadientes—. El Señor del Dragón del Ala Negra, Lucien de Takar, ha afianzado su dominio en las tierras orientales al aplastar revueltas y rebeliones de poca importancia, aunque su mayor logro parece ser haber obligado a esas babosas vagas que son los dragones negros a salir de sus ciénagas y luchar. Lucien acordó con el Señor del Dragón del Muro de Hielo, Feal-Thas, unir sus fuerzas para conquistar la península de Goodlund. Feal-Thas está haciendo correr la voz de que el responsable de la victoria fue él, pero todos saben que el elfo de orejas puntiagudas se limitó a seguir las órdenes de Lucien.

—Por supuesto, ya que ningún humano cree que un elfo tenga cerebro, así que descartan a Feal-Thas —comentó Kitiara—. Probablemente corran peligro por ello. Ya lo comprobaremos personalmente. Tenemos que hacer una visita a ese Señor del Dragón, así que me convendría saber más cosas sobre él.

—¿Qué? ¿Viajar al Muro de Hielo? —Skie resopló y unas chispas de relámpago sisearon entre sus dientes—. Si vas allí, lo harás sin mí. Sólo hay nieve y hielo. ¡No entiendo por qué iba a viajar nadie a un lugar tan horrible!

No hablaba en serio, naturalmente. A Skie no se le pasaría por la cabeza confiar la seguridad de Kitiara a otro dragón. Aun así, lo del viaje le preocupaba.

Kitiara sacó a rastras los pesados arreos de los matojos donde los había guardado a buen recaudo. Skie detestaba los arreos, como cualquier otro dragón que tuviera amor propio. Para Skie, la palabra «arreos» era tanto como decir «caballo», y si consentía en llevar puesto ese aparejo, era sólo para garantizar la seguridad de su amazona. Algunos jinetes subían a sus monturas con la idea equivocada de que podían usar los arreos para guiar y controlar al dragón. Todos los dragones sacaban en seguida de su error a los jinetes.

Dragón y jinete trabajaban mejor si lo hacían en equipo. Tenían que confiar plenamente el uno en el otro, ya que su vida dependía del compañero. Llegar a tener esa confianza no era fácil para la mayoría de dragones y jinetes, en especial los dragones cromáticos, que no eran dados a confiar en nadie, ni siquiera entre ellos mismos. Los dragones azules habían resultado ser las mejores monturas hasta el momento, ya que los de su clase tendían a ser más gregarios y sociables que sus otros congéneres y trabajaban mejor con los humanos. Pese a ello, siempre llegaba un momento en la relación de cualquier dragón con su jinete en el que el primero tenía que demostrar al segundo quién mandaba realmente. Con frecuencia, esto lo hacía el dragón dando media vuelta en pleno vuelo y dejando caer al jinete en un lago.

Skie aún recordaba riendo para sus adentros la vez que se lo había hecho a Kit. La mujer iba vestida con armadura completa y se había hundido como una piedra. Skie había tenido que zambullirse en el agua tras ella y sacarla medio ahogada. El azul había creído que Kitiara estaría furiosa, pero cuando la guerrera dejó de escupir agua rompió a reír. Admitió que él tenía razón y que ella se había equivocado. Después de aquello jamás volvió a intentar imponer su voluntad en contra de los deseos del azul.

Lo primero que Kitiara había aprendido de Skie era que el combate aéreo no tenía nada que ver con las batallas que se libraban en el suelo. En el aire, un humano tenía que aprender a pensar y a luchar como un dragón. Esa reflexión hizo recordar a Skie el resto de las noticias que tenía.

—Corre el rumor de que los dragones de colores metálicos entrarán en liza muy pronto —dijo el azul—. Si tal cosa ocurre, las victorias de Ariakas podrían acabar. Esos metálicos son nuestros iguales, equipados con armas de aliento mortífero y magia poderosa.

—¡Bah! No me lo creo —dijo Kit al tiempo que negaba con la cabeza—. Los metálicos han hecho el juramento de no entrar en guerra. No se atreverán, al menos mientras tengamos como rehenes sus preciados huevos.

—Los dos sabemos lo que está pasando con esos huevos y algún día los metálicos lo descubrirán. Algunos empiezan ya a albergar sospechas. Se rumorea que uno conocido por el nombre de Lucero de la Tarde va por ahí haciendo preguntas sobre los draconianos. Cuando los dorados y los plateados descubran la verdad, entrarán en guerra... ¡buscando venganza!

»Lo que me recuerda una cosa. Supongo que te has enterado de que Verminaard ha muerto —añadió Skie de improviso.

—Sí, me he enterado —contestó Kitiara.

Skie la ayudó a ponerse los arreos que se ajustaban al cuello, al torso y las patas delanteras. Por lo menos Kitiara no insistía en usar una de las incómodas y molestas sillas de dragón. Montaba a pelo, colocada delante de las alas.

—¿Te hablaron de cómo murió realmente? —preguntó Skie, que estaba charlatán—. ¡Nada de combatiendo a los enanos en el reino subterráneo, como nos quisieron hacer creer, sino de forma ignominiosa, a manos de esclavos!

—El comandante draconiano dijo que lo mataron unos asesinos... —dijo Kit, que añadió con una risita burlona:— Cuando murió, un aurak se disfracó como Verminaard. Muy inteligente por su parte.

—A los dragones que sirvieron a las órdenes de ese pequeño bastardo escamoso no los engañó —comentó el azul en tono despectivo.

—No te gustan los draconianos —observó la mujer mientras subía a lomos de Skie.

—No nos gustan a ningún dragón —repuso, iracundo—. Son una perversión, una abominación. No puedo creer que su Oscura Majestad permitiera semejante atrocidad.

—Entonces es que no la conoces —dijo la mujer, que echó una ojeada en derredor y después añadió en voz baja:— Sugiero que cambiemos de tema. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Skie mostró su conformidad con un gruñido.

—¿Adónde nos dirigimos? ¿De vuelta al campamento?

—¿Por qué? —preguntó Kitiara en tono seco—. No tenemos nada que hacer allí excepto beber, eructar y rascarnos. No nos van a permitir luchar. —Volvió a suspirar y después continuó—. Además, lord Ariakas me ha encomendado otra misión. Primero iremos a Palanthas...

—¿Palanthas? —repitió Skie, estupefacto—. Eso es territorio enemigo. ¿Qué asuntos requieren tu presencia en Palanthas?

—Voy de compras —contestó Kitiara, riendo.

Skie estiró el cuello para mirarla de hito en hito.

—¿De compras? ¿Qué vas a comprar?

—El alma de un hombre —repuso la guerrera.

*El Código y la Medida*  
*Una cita secreta*

A sir Derek Crownguard no le gustaba ser un invitado en el castillo Wistan, pero el caballero no podía hacer mucho al respecto. Su feudo —un castillo fronterizo al norte de Solanthus— lo habían invadido las fuerzas de la Reina de la Oscuridad y, según le habían contado, lo habían reconstruido y ocupado tropas enemigas que ahora controlaban todo el este de Solamnia. El hermano menor de Derek había perecido en el ataque. Cuando se hizo evidente que el castillo iba a caer, Derek se había enfrentado a la elección de morir por una causa perdida o seguir vivo para volver algún día y reclamar las posesiones y el honor de su familia. Había huido junto con los amigos y tropas que habían sobrevivido. Envío a su esposa y a sus hijos a Palanthas a vivir con sus parientes mientras él viajaba a la isla de Sancrist, donde había pasado semanas discutiendo con sus compañeros de la caballería cuál sería la mejor forma de reclutar y organizar las fuerzas que expulsaran al enemigo de su tierra natal.

Derek había vuelto a Palanthas hacía poco, frustrado y contrariado porque sus planes los hubieran desbaratado reiteradamente hombres a los que, en su opinión, les faltaba valor, convicción y visión de futuro. En particular, Derek Crownguard despreciaba a su anfitrión.

—Gunthar se ha convertido en una vieja matrona, Brian —dijo Derek con gesto severo—. Cuando oye que el enemigo se ha puesto en marcha, grita «¡Oh, infausto día!» y se mete debajo de la cama.

Brian Donner sabía que era una acusación ridícula, pero también sabía que Derek, como algunos artefactos gnomos, tenía que soltar vapor para bajar la presión o de lo contrario reventaría y haría daño a los que hubiera a su alrededor.

Los dos caballeros eran de constitución y aspecto semejantes, de ahí que en ocasiones, quienes no los conocían, los tomaban por hermanos, relación que Derek se apresuraba a refutar porque los Crownguard pertenecían a una familia noble de rancio linaje mientras que los Donner venían de un tronco con menos raigambre. Los dos eran rubios y tenían ojos azules, como muchos solámnicos. El cabello de Derek, de un tono rubio un poco más oscuro, ya empezaba a encanecer, al igual que el bigote —el tradicional bigote largo y caído de un Caballero de Solamnia— ya que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. La diferencia principal radicaba en los ojos. Los de Brian sonreían, en tanto que los de Derek destellaban.

—No coincido con los criterios de Gunthar, pero no es un cobarde, Derek —comentó Brian con tono apacible—. Es cauteloso. Tal vez demasiado...

—¡Su «cautela» me ha costado el castillo de Crownguard! —replicó Derek, furibundo—. Si Gunthar hubiera enviado los refuerzos que le pedí, habríamos resistido la acometida.

Brian tampoco estaba tan seguro de eso, pero era amigo de Derek y compañero de caballería, así que dio por buena aquella afirmación. Los dos revivieron la batalla por centésima vez, con Derek detallando lo que habría hecho si las tropas solicitadas hubiesen llegado. Brian escuchaba, paciente, y asentía a todo lo que Derek decía, como siempre.

Los dos hombres ejercitaban a sus caballos en las praderas y los bosques que había fuera de las murallas de Palanthas. Estaban solos o, en caso contrario, Derek no habría hablado así; podía despreciar a lord Gunthar, pero la Medida exigía que un caballero apoyara a un superior de palabra y obra, y Derek, que dirigía cada momento de su vida según la Medida, nunca hablaba mal de Gunthar en público. Sin embargo, la Medida no decía nada sobre respetar y apoyar a un superior en la intimidad de los pensamientos de cada uno, de modo que Derek desfogaba su ira si estaba solo con un amigo, sin ser culpable de romper el código de conducta que debía gobernar las vidas de los Caballeros de Solamnia.

Derek y su amigo habían salido a galopar y se había alejado de la ciudad. Los dos habían regresado el día anterior de la reunión del Consejo de Caballeros en la isla de Sancrist, una junta que había devenido en una disputa a voces. Derek y sus simpatizantes abogaban por el envío de tropas a la guerra contra los ejércitos de los dragones de inmediato, en tanto que Gunthar y su facción proponían esperar hasta que las tropas estuvieran más entrenadas y mejor equipadas, además de sugerir que quizá deberían plantearse la posibilidad de fraguar una alianza con los elfos.

Ninguno de los dos bandos resultó tener peso suficiente para imponer su criterio; no se pudo decidir nada ni se emprendió acción alguna. Derek creía que lord Gunthar quería que la caballería estuviera dividida, ya que eso significaba que no se haría nada, y había abandonado la reunión furioso, tragándose palabras que un caballero jamás debía decirle a otro caballero. Aunque Brian no estaba completamente de acuerdo con Derek, había apoyado a su amigo y habían tomado el primer barco que zarpaba para cruzar el canal desde Sanctist a Palanthas.

—Si fuera Gran Maestre... —empezó Derek.

—... que no lo eres —señaló Brian.

—¡Pero debería serlo! —declaró Derek con vehemencia—. Lord Alfred es de esa opinión, así como los lores Peterkin y Malborough...

—Pero sólo uno de esos caballeros es miembro del Consejo Plenario y con derecho a voto... Eso, en el caso de que pudiera convocarse un Consejo Plenario, cosa imposible porque no hay suficientes miembros.

—La Medida simplifica los requisitos estipulados para formar un Consejo Plenario en circunstancias tan extremas como en la que nos hallamos ahora. Gunthar está obstaculizando deliberadamente su constitución porque sabe que si hoy se convocara el Consejo Plenario, se me elegiría Gran Maestre.

Brian tampoco estaba convencido de que ocurriera tal cosa. Su amigo contaba con partidarios, sí, pero incluso ellos tenían dudas sobre Derek igual que las tenían sobre Gunthar. El caballero de mayor edad no habría podido impedir la constitución de un Consejo Plenario si otros caballeros no hubieran estado de acuerdo en que se pusieran trabas. ¿La razón? Cautela. Todo el mundo era precavido en los tiempos que corrían. Pero Brian se preguntaba si la cautela no sería en realidad un sinónimo de «miedo» para enmascararlo.

Miedo... El hedor que soltaba olía a rancio en la sala del consejo. Miedo de que Solamnia cayera ante las fuerzas del ejército de los dragones. Miedo de que dejaran de ser los caballeros los que dirigieran Solamnia como lo venían haciendo desde tiempos de su fundador, Vinas Solamnus. Miedo del hombre que se hacía llamar «emperador de Ansalon». Y más que nada, miedo a los dragones.

Los ejércitos del enemigo tenían una clara y terrible ventaja sobre los caballeros: los dragones. Dos dragones rojos podían acabar con una fuerza de mil soldados en un visto y no visto. Brian sabía que el castillo de Crownguard habría caído aunque lord Gunthar hubiera enviado refuerzos. Probablemente Derek también lo sabía, pero tenía que seguir negándolo o no le quedaría más remedio que afrontar la cruda realidad: hicieran lo que hiciesen los caballeros, Solamnia acabaría cayendo. Jamás se alzarían con la victoria teniendo en contra un adversario tan abrumadoramente superior.

Los dos hombres cabalgaron en silencio un buen rato y dejaron que las monturas pastaran la hierba de finales de otoño que, con el cálido soplo de la brisa marina, aún seguía verde a pesar de que los árboles empezaban a perder sus colores otoñales con la caída de la hoja.

—Hay algo en esta guerra que me parece muy extraño —comentó Brian, rompiendo finalmente el largo silencio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Derek.

—Dicen que los ejércitos de los dragones entran en combate entonando rezos e himnos a su oscura diosa. Me resulta chocante que las fuerzas del mal marchen bajo la bandera de la fe en tanto que nosotros, partidarios del bien, negamos la existencia de los dioses.

—¡Fe! —resopló Derek—. Querrás decir charlatanería supersticiosa. Falsos «clérigos» que realizan unos cuantos trucos efectistas a los que llaman «milagros», y los crédulos gimen y plañen y se postran con el feo rostro en el suelo en señal de pleitesía.

—¿Así que no crees que la diosa Takhisis haya vuelto al mundo y haya desencadenado esta guerra?

—Creo que han sido los hombres quienes la han desencadenado —contestó Derek.

—Entonces piensas que nunca hubo dioses —dijo Brian—. Ni en los viejos tiempos. Dioses de la Luz, como Paladine y Kiri-Jolith.

—No —fue la escueta respuesta.

—¿Y el Cataclismo?

—Un fenómeno natural, como un terremoto o un huracán —contestó Derek—. Los dioses no tuvieron nada que ver con eso.

—Huma creía en los dioses...

—¿Y quién cree en Huma hoy día? —inquirió Derek al tiempo que se encogía de hombros—. Mi hijo pequeño, por supuesto, pero sólo tiene seis años.

—Antes tampoco creíamos en los dragones —comentó Brian con gesto adusto.

Derek gruñó, pero no respondió nada.

—La Medida habla de la fe —continuó Brian—. El papel del Sumo Sacerdote es tan importante como el del Guerrero Mayor. En tiempos, los Caballeros de la Rosa, como tú mismo, podían lanzar hechizos divinos, o eso nos cuenta la historia. La Medida menciona que los caballeros del pasado se valían de sus plegarias para sanar a los heridos en combate.

Brian sentía curiosidad por ver cómo respondía su amigo a ese argumento. Derek estaba consagrado a la Medida, se sabía de memoria muchos fragmentos, regía su vida basándose en ella. ¿Cómo podría conciliar la exhortación de la Medida de que un caballero debía ser fiel a los dioses con su declarada falta de fe?

—He leído cuidadosamente la Medida con respecto a esto —dijo Derek—, y también he leído los escritos del eminente erudito sir Adrián Montgomery, quien hace hincapié en el hecho de que la Medida dice simplemente que un caballero debe tener fe. La Medida no dice que un caballero deba tener fe en los dioses ni tampoco menciona a ningún dios de forma específica, cosa que sin duda habrían hecho quienes la promulgaron si hubieran creído que los dioses eran un aspecto importante en la vida de un caballero. Sir Adrián afirma que cuando se habla de fe en la Medida, se refiere a tener fe en uno mismo, no en algún ser inmortal, omnipotente y omnisciente.

—¿Y si no se nombró a los dioses en la Medida porque a quienes la escribieron no se les ocurrió que fuera necesario hacerlo? —arguyó Brian.

—¿Te estás tomando esto a la ligera?

—Por supuesto que no —se apresuró a negar Brian—. Lo que quiero decir es: ¿Y si la existencia de los dioses y creer en ellos era

algo tan sabido e incuestionable que a los escritores ni se les pasó por la cabeza que llegaría el día en el que los caballeros ni siquiera los recordarían? No era necesario mencionarlos específicamente porque todo el mundo los conocía.

—Es muy improbable —repuso Derek a la par que negaba con la cabeza.

—¿Y la curación? —persistió Brian, que no estaba tan seguro como su amigo—. ¿Explica sir Montgomery...?

Lo interrumpió un grito que sonó a sus espaldas.

—¡Milord!

Los dos hombres se volvieron en las sillas para ver al jinete que galopaba calzada abajo mientras gritaba y agitaba un gorro que llevaba en la mano.

—Mi escudero —indicó Derek, que taconeó al caballo para salir a su encuentro.

—Milord, me encargaron que te buscara para entregarte esto —dijo el joven.

El escudero buscó debajo del cinturón de cuero y sacó una carta doblada que le entregó a su amo. Derek tomó el papel, leyó la misiva con rapidez y alzó la vista.

—¿Quién te dio esto?

El escudero se ruborizó, azorado.

—No estoy muy seguro, milord. Caminaba por el mercado esta mañana cuando de repente me metieron ese papel en la mano. Miré a mi alrededor inmediatamente para ver quién había sido, pero la persona había desaparecido entre el gentío.

Derek le entregó la nota a Brian para que la leyera. El mensaje era breve:

*«Puedo hacerte Gran Maestro. Reúnete conmigo en El Yelmo del Caballero cuando se ponga el sol. Si recelas, puedes llevar a un amigo. También tendrás que llevar cien monedas de acero. Pregunta por sir Uth Matar y te conducirán a un reservado.»*

Brian le devolvió la nota a Derek, que la releyó con el entrecejo fruncido en un gesto pensativo.

—Uth Matar —repitió Brian—. Me suena ese nombre, pero no se me ocurre por qué. —Lanzó una mirada de soslayo a su amigo.

Derek dobló el papel con cuidado y se lo guardó dentro del guante. Empezaron galope en dirección a Palanthas y el escudero se puso detrás de ellos.

—Derek, es una trampa... —dijo Brian.

—¿Con qué propósito? —preguntó—. ¿Asesinarme? La nota dice que puedo llevar a un amigo para prevenir esa contingencia. ¿Robarme? Aligerarme la bolsa del dinero sería mucho más seguro y más fácil asaltándome en un callejón oscuro. El Yelmo del Caballero es un establecimiento serio...

—¿Por qué arreglar un encuentro en una taberna, Derek? ¿Qué caballero haría tal cosa? Si ese tal sir Uth Matar te quiere hacer una propuesta lícita ¿por qué no va a visitarte a tu residencia?

—Quizá porque quiere evitar que lo vean los espías de Gunthar —dijo Derek.

Brian no podía permitir que semejante acusación se quedara como si tal cosa. Echó un vistazo hacia atrás, al escudero, para asegurarse de que el muchacho no podía oírlos y después habló con discreta intensidad.

—Lord Gunthar es un hombre con honor y nobleza, Derek. ¡Antes se cortaría una mano que espiarte!

Derek no hizo comentarios.

—¿Vas a acompañarme esta noche, Brian, o habré de buscar en otra parte un amigo de verdad que me cubra la espalda? —dijo en cambio.

—Sabes que iré contigo.

Derek le dirigió lo que podía pasar por una sonrisa y que sólo era un fruncimiento de labios apretados en un gesto firme, visible apenas bajo el bigote rubio. Los dos cabalgaron a Palanthas en silencio.

\* \* \*

El Yelmo del Caballero era, como había dicho Derek, un establecimiento de confianza, aunque en la actualidad no tanto como lo fue en tiempos. La taberna estaba situada en lo que se conocía como la Ciudad Vieja y a su propietario actual le gustaba alardear de que había sido uno de los edificios originales de la ciudad, aunque tal afirmación era cuestionable. La taberna estaba construida bajo tierra y se extendía por el interior de una ladera. En invierno era caliente y acogedora, mientras que en los meses de verano resultaba fresca y agradablemente oscura.

Los parroquianos entraban por una puerta de madera instalada bajo un techo inclinado. Una escalera bajaba hasta el amplio salón que estaba iluminado con cientos de velas encendidas en candeleros de hierro forjado, así como por la lumbre de un enorme hogar de piedra.

No había mostrador. Las bebidas y la comida se servían desde la cocina, que estaba en un espacio contiguo. Al fondo, excavados más profundamente en la ladera, estaban la bodega donde se guardaba la cerveza y los vinos, varios reservados pequeños para fiestas privadas y otro cuarto grande llamado el «Salón Noble». Esta estancia estaba amueblada con una enorme mesa oblonga y treinta y dos sillas de respaldo alto colocadas a su alrededor, todas de la misma madera, con tallas de pájaros, bestias, rosas y martines pescadores, símbolos todos de la caballería. El propietario de la taberna se jactaba de que Vinas Solamnus, fundador de la Orden de los Caballeros, celebraba fiestas en esa misma habitación y en esa misma mesa. Aunque nadie se lo creía realmente, cualquiera que hiciera uso de la sala siempre dejaba un sitio vacante a la mesa para la sombra del caballero.

Antes del Cataclismo, El Yelmo del Caballero era un lugar de reunión popular entre los caballeros y sus escuderos y el negocio tenía

buenas ganancias. Después del Cataclismo, cuando la caballería se sumió en el caos y los caballeros ya no eran bien recibidos en Palanthas, El Yelmo del Caballero pasó por malos momentos. La taberna tuvo que acoger a gente más corriente para poder pagar las facturas. El propietario siguió recibiendo a los caballeros cuando muy pocos establecimientos lo hacían, y los caballeros recompensaban su lealtad frecuentando la taberna siempre que podían. Los propietarios actuales conservaban esa tradición y los Caballeros de Solamnía eran recibidos siempre como clientes distinguidos.

Derek y Brian bajaron la escalera y entraron en la sala común. Esa noche la taberna estaba muy iluminada y rebosante de buenos olores y de risas. Al ver a los dos caballeros, el propietario en persona se acercó presuroso a recibirlos para darles las gracias por el honor que le hacían a su establecimiento y a ofrecerles la mejor mesa de la casa.

—Gracias, señor, pero nos indicaron que preguntáramos por sir Uth Matar —dijo Derek, que escudriñó el salón con una mirada penetrante.

Brian estaba detrás de su amigo, la mano posada en la empuñadura de la espada. Los dos llevaban capas y debajo un grueso coselete de cuero. Era la hora de la cena y la taberna se encontraba abarrotada. En su mayoría, los parroquianos pertenecían a la floreciente clase media: propietarios de almacenes, letrados, maestros y estudiosos de la Universidad de Palanthas, Estetas de la célebre Biblioteca. Muchos de los presentes sonrieron a los caballeros o los saludaron con una leve inclinación de cabeza, tras lo cual siguieron con la comida, la bebida y la charla.

Derek acercó la cabeza a Brian para comentar en un seco susurro:

—Pues a mí me parece una guarida de ladrones.

El otro caballero sonrió, pero no retiró la mano de la espada.

—Sir Uth Matar —repitió el dueño de la taberna—. Sí, es por allí.

Les entregó una vela a cada uno con la explicación de que el corredor estaba oscuro y condujo a los caballeros hacia la parte trasera del establecimiento. Cuando llegaron al cuarto indicado, Derek llamó a la puerta.

Al otro lado se oyeron pisadas de botas que cruzaban el suelo y la puerta se abrió una rendija. Un brillante ojo de color marrón, encuadrado por largas y oscuras pestañas, los miró de forma escrutadora.

—¿Vuestros nombres? —preguntó la persona.

Brian dio un respingo. La voz pertenecía a una mujer.

Si eso desconcertó a Derek, el caballero no dio señales de ello.

—Soy sir Derek Crownguard, señora. Éste es sir Brian Donner.

Los ojos oscuros relumbraron y la boca de la mujer esbozó una sonrisa sesgada.

—Adelante, señores caballeros —los invitó mientras abría la puerta de par en par.

Los dos hombres entraron en el cuarto con cautela. Sobre la mesa ardía una única lámpara, en tanto que un fuego pequeño parpadeaba en la chimenea. Utilizado para cenas privadas, el cuarto estaba amueblado con una mesa y sillas, así como un aparador. Brian echó una ojeada detrás de la puerta antes de cerrarla.

—Estoy sola, como podéis ver —dijo la mujer.

Los dos hombres se volvieron hacia ella. Ninguno sabía qué decir, porque nunca habían visto a una mujer como ella. Para empezar, vestía como un hombre, con pantalón de cuero negro, como negro era también el colete de cuero que llevaba sobre una camisa roja de manga larga, y botas asimismo negras. Portaba una espada y daba la impresión de estar acostumbrada a llevarla y probablemente a ser diestra en su manejo. Su negro y rizado cabello era corto. Los miraba de frente, con osadía, como un hombre, no con timidez como haría una mujer. Los observaba fijamente, los brazos en jarras. Nada de una reverencia o bajar los ojos, azorada.

—Hemos venido a reunimos con sir Uth Matar, señora —dijo Derek, ceñudo.

—Habría venido esta noche, pero le ha sido imposible —contestó la mujer.

—¿Está retenido? —preguntó Derek.

—De forma permanente —respondió ella, y la sonrisa sesgada se ensanchó—. Está muerto.

Se quitó los guantes y los echó encima de la mesa, tras lo cual se sentó lánguidamente en una silla e hizo un gesto de invitación.

—Caballeros, por favor, tomad asiento. Mandaré que traigan vino...

—No estamos aquí para correr una juerga, señora —la interrumpió Derek, estirado el gesto—. Se nos ha hecho venir con pretextos falsos, al parecer. Te doy las buenas noches.

Hizo una fría reverencia y giró sobre sus talones. Brian ya estaba en la puerta. Se había opuesto a esto desde el principio y no se fiaba de esa extraña mujer.

—El hombre de lord Gunthar se reunirá conmigo aquí al salir la luna —afirmó la mujer. Cogió uno de los suaves y flexibles guantes y alisó la piel con la mano—. Le interesa oír lo que tengo que ofrecer.

—Derek, marchémonos —pidió Brian.

El otro caballero hizo un gesto y se volvió.

—¿Y qué tienes que ofrecer, señora?

—Toma asiento, sir Derek, y bebe conmigo —le invitó la mujer—. Tenemos tiempo. La luna no saldrá hasta dentro de una hora.

Enganchó una silla con el pie y la empujó hacia él.

Derek apretó los labios. Estaba acostumbrado a que lo trataran con deferencia, no que se dirigieran a él con tanta libertad y de una manera tan relajada. Asiendo fuertemente la empuñadura de la espada, siguió de pie mirando a la mujer con semblante hosco.

—Oír lo que tengas que decir, pero sólo bebo con amigos. Brian, vigila la puerta. ¿Quién eres, señora?

—Me llamo Kitiara Uth Matar. —La mujer sonrió—. Mi padre fue un Caballero de Solamnía...

—Gregor Uth Matar —exclamó Brian, que en ese momento había reconocido el apellido—. Era caballero... y valeroso, según recuerdo.

—Se lo expulsó de la orden con deshonor —intervino Derek, ceñudo—. No me acuerdo de las circunstancias, pero creo recordar que tenía algo que ver con mujeres.

—Probablemente —replicó Kitiara—. Mi padre era incapaz de dejar en paz a las damas. A pesar de todo eso, amaba la caballería y amaba a Solamnía. No hace mucho que murió luchando contra los ejércitos de los dragones en la batalla de Solanthus. Es por él, en su memoria, por lo que estoy aquí.

—Sigue —dijo Derek.

—Mi ocupación actual me lleva a las casas principales de Palanthas. —Kitiara alzó los pies para ponerlos en la silla que tenía delante y se recostó con relajada despreocupación—. Para ser sincera, caballeros, no es que se me invite exactamente a esas casas ni entro en ellas para buscar información que pudiera ser de ayuda a vuestra causa en la guerra contra los ejércitos de los dragones. No obstante, a veces, mientras busco objetos que tienen valor para mí, tropiezo con información que creo que podría ser útil para otros.

—En otras palabras —dijo fríamente Derek—, eres una ladrona.

Kitiara sonrió y se encogió de hombros, después alargó la mano hacia una bolsa que había en la mesa, sacó de ella un estuche de pergaminos de aspecto discreto y lo sostuvo en la mano.

—Éste es uno de esos casos —anunció—. Creo que podría temer bastante repercusión en el resultado de la guerra. Puede que sea una mala persona —añadió con aire modesto—, pero, como mi padre, soy una buena solámnica.

—Pierdes el tiempo, señora. —Derek se levantó—. No trafico con bienes robados...

Kitiara esbozó una sonrisa sesgada.

—Naturalmente que no, sir Derek, por eso supongamos que, como dicen los kenders, lo he «encontrado». Lo descubrí tirado en la calle, delante de la casa de un Túnica Negra bastante conocido. Las autoridades palanthinas llevan mucho tiempo vigilándolo porque sospechan que está aliado con nuestros enemigos. Iban a obligarlo a abandonar la ciudad, pero él se anticipó. Al llegar a sus oídos rumores de que pensaban expulsarlo, él mismo se marchó. Cuando me enteré de su precipitada huida, decidí entrar en su casa para ver si se había dejado algo de valor.

»Y así era. Se había dejado esto. —La mujer dejó el pergamino en la mesa—. Verás que la parte inferior está chamuscada. Quemó gran cantidad de papeles antes de partir. Por desgracia, o por suerte, no tenía tiempo para quedarse hasta estar seguro de que el fuego los consumía.

Desenrolló el pergamino y lo sostuvo a la luz de la lámpara.

»Como doy por supuesto que vosotros, caballeros, no sois de los que cierran un trato a ciegas, os leeré un fragmento del contenido. Es una carta dirigida a una persona que reside en Neraka. Por el tono de la misiva, deduzco que esa persona es un compañero Túnica Negra. En la parte interesante se lee:

*«Debido a la ineptitud de Verminaard, durante un tiempo temí que el enemigo hubiera descubierto nuestro mayor secreto, algo que habría implicado nuestra derrota. Ya sabes el alcance del objeto del que te hablo. Si las fuerzas de la Luz descubrieran alguna vez que los (...) no se destruyeron en el Cataclismo, sino que los (...) todavía existen y, lo que es más, que (...) tiene en su posesión uno, los caballeros removerían cielo y Abismo para dar con semejante trofeo.»*

Kitiara enrolló el pergamino y dirigió una sonrisa encantadora a Derek.

—¿Qué te parece, señor caballero?

—Me parece inútil —contestó el hombre—, ya que no se dice el nombre del objeto ni dónde puede encontrarse.

—Oh, pero sí que lo dice —repuso ella—. La que no lo dijo fui yo. —Se dio unos golpecitos en la puntiaguda barbilla con el pergamino enrollado—. El nombre del objeto está escrito aquí, al igual que el nombre de la persona que lo tiene en su poder. Cien piezas de acero es lo que cuesta esta misiva.

Derek la miró con gesto hosco.

—Pides dinero por ella. Creía que eras una buena solámnica.

—No tan buena como para regalarlo —replicó Kitiara, que sonrió al tiempo que enarcaba una ceja—. Una tiene que comer.

—No me interesa —fue la escueta respuesta de Derek. Se puso de pie y echó a andar hacia la puerta. Brian, que se había quedado allí, tenía puesta la mano en el picaporte y estaba a punto de abrir.

—Vaya, pues esto sí que me sorprende —dijo la mujer, que cambió la postura de los pies para ponerse más cómoda—. Estás metido en una encarnizada competencia con lord Gunthar por el puesto de Gran Maestre. Si recobras ese trofeo y lo trajeras de vuelta, te garantizo que hasta el último caballero del consejo te respaldaría. Si, por el contrario, es el hombre de lord Gunthar quien descubre esto...

Derek se detuvo cuando empezaba a dar un paso. Abrió y cerró los dedos con fuerza sobre la empuñadura de la espada. Un gesto torvo le ensombrecía el semblante. Brian comprendió que su amigo estaba considerando seriamente hacer el trato y se quedó atónito.

—Derek —empezó en voz baja—, ignoramos si esa carta es genuina o no. Deberíamos reflexionar sobre todo esto y discutirlo. Al menos deberíamos investigar un poco, acudir a las autoridades, comprobar si es verdad la historia que nos ha contado...

—Y entretanto Gunthar comprará la carta.

—¿Y qué, si lo hace? —demandó Brian—. Si lo de esa carta es cierto, la caballería se beneficiará...

—Se beneficiará Gunthar —replicó Derek. El caballero buscó la bolsa de dinero. Brian suspiró y sacudió la cabeza.

—Aquí están las cien monedas de acero, señora —dijo Derek—. Te lo advierto, mi brazo es largo. Si me has engañado, no descansaré hasta haberte dado caza.

—Lo entiendo, sir Derek —respondió en tono sosegado la mujer, que recogió la bolsa con el dinero y se la metió en el cinturón—.



¿Ves? Ni siquiera lo he contado. Confío en ti, señor caballero, y tú haces bien en fiarte de mí. —Puso el pergamino en manos de Derek.

»No te sentirás defraudado, te lo aseguro. Os deseo buenas noches, caballeros.

Les dedicó una de sus sonrisas sesgadas y alzó la mano para despedirse, pero se detuvo en la puerta.

—Ah, cuando llegue el hombre de lord Gunthar, decídle que ya es tarde.

Luego salió y cerró la puerta tras ella.

—Léelo deprisa —urgió Brian—. Aún nos da tiempo a ir tras ella.

Derek ya leía la carta. Dio un respingo y después silbó.

—Dice que el objeto se encuentra en el Muro del Hielo y que lo tiene en su poder un hechicero llamado Feal-Thas.

—¿Y qué objeto es?

—Es algo llamado «Orbe de los Dragones».

—Orbe de los Dragones. Nunca había oído hablar de nada semejante —dijo Brian, que se sentó—. Ya que estamos aquí, podríamos encargar una cena.

Derek enrolló el pergamino y se lo guardó dentro del guante con cuidado.

—No te acomodes. Nos marchamos.

—¿Adónde vamos?

—A comprobar si tienes razón, amigo mío. A verificar si he hecho el idiota.

—Derek, yo no quería decir que...

—Ya sé que no —lo tranquilizó su amigo, que casi sonrió mientras le palmeaba el hombro—. Vamos, no perdamos tiempo.

*La puerta equivocada*  
*Derek hace una petición*  
*La negativa de Bertrem*

Se había hecho de noche cuando Derek y Brian abandonaron El Yelmo del Caballero. Las calles se habían quedado casi desiertas dado que los comercios estaban cerrados a esa hora; comerciantes y clientes por igual estaban en casa con su familia o se divertían con amigos en las tabernas. Los pocos que deambulaban por las calles portaban antorchas para alumbrar el camino, aunque no era realmente necesario porque Solinari, la luna plateada, resplandecía en el cielo.

Elevándose sobre los edificios de la Ciudad Nueva, el satélite parecía un oropel que sostenían las agujas de unas torres semejantes a dedos que se alzaban hacia el cielo, o al menos eso era lo que le recordaban a Brian. Observó la luna mientras Derek y él recorrían deprisa las calles bañadas en luz plateada. Vio jugar a los dedos con el disco de plata del mismo modo que un ilusionista jugaría con una moneda hasta que los dedos la soltaron y la luna quedó libre de ir a la deriva entre las estrellas.

—Mira donde pisas —advirtió Derek, que lo asió por el brazo y tiró de él para apartarlo de un montón de estiércol de caballo.

»¡Estas calles son una vergüenza! —añadió el caballero con gesto de desagrado—. Eh, tú, ¿en qué estás pensando? ¡Ponte a limpiar eso!

Con el largo cepillo apoyado en el dobléz del brazo, un barrendero gully se había arrellanado cómodamente en un portal y dormía a pierna suelta. Derek sacudió a la infeliz criatura hasta que la despertó y la hizo levantarse para que se pusiera a la tarea. Ceñudo, el enano gully les asestó una mirada indignada e hizo un gesto grosero antes de ponerse a barrer la porquería. Brian se figuró que en cuanto los perdiera de vista, el enano gully volvería a dormirse.

—En cualquier caso, ¿qué mirabas tan embobado? —preguntó Derek.

—La luna. Solinari está preciosa esta noche.

—Tenemos cosas que hacer más importantes que contemplar la luna —gruñó Derek—. Ah, hemos llegado. —Derek posó la mano en el brazo de su compañero en un gesto de advertencia—. Déjame hablar a mí.

Salieron de una calle lateral a la conocida por el nombre de Segundo Anillo, que tenía tal nombre porque las avenidas principales de la Ciudad Vieja formaban círculos concéntricos que llevaban números correlativos. Casi todos los edificios importantes de la urbe estaban ubicados en el segundo círculo y, de ellos, el más grande y famoso era el de la Gran Biblioteca de Palanthas.

Los muros blancos del edificio de tres plantas se alzaban hacia el cielo y resplandecían a la luz de la luna como si los iluminara un fuego plateado. La escalinata de mármol, de planta semicircular, llevaba al pórtico que guarecía una gran puerta doble de grueso cristal montada en bronce. En las ventanas altas brillaba luz. Los Estetas, una orden de monjes consagrados a Gilean, dios del Libro, trabajaban día y noche escribiendo, transcribiendo, anotando, archivando, recopilando. La biblioteca era un vasto depósito de conocimiento. Allí podía encontrarse información sobre cualquier tema. La entrada era gratuita y sus puertas estaban abiertas a casi todos. Siempre que fuera dentro del horario fijado.

—La biblioteca está cerrada a esta hora de la noche —señaló Brian mientras subían la escalinata.

—A mí me abrirán —aseguró Derek con frío aplomo. Llamó a la puerta con la palma de la mano y alzó la voz para que se oyera en las ventanas que había arriba—. ¡Sir Derek Crownguard! —gritó—. Me trae un asunto urgente de la caballería. Demando que se me de acceso.

Una cabeza calva se asomó a una ventana. Los novicios, contentos de hacer un alto en el trabajo, miraron abajo con curiosidad para ver a qué venía tanto alboroto.

—Te equivocas de puerta, señor caballero —dijo uno de ellos al tiempo que gesticulaba hacia un lado—. Da la vuelta por allí.

—¿Por quién me toma? ¿Por un mercader? —refunfuñó Derek, enfadado, y llamó de nuevo a la puerta de cristal y bronce, esta vez con el puño.

—Deberíamos volver por la mañana —propuso Brian—. Si la información que te ha dado esa mujer es una patraña, de todos modos

ya es demasiado tarde para pillarla a estas alturas.

—No pienso esperar hasta mañana —contestó Derek, que siguió llamando a voces y dando golpes en la puerta.

—¡Ya voy, ya voy! —gritó una voz desde dentro.

A las palabras las acompañaba el chancleteo de unas sandalias y el sonido de resoplidos y jadeos. La puerta se abrió y uno de los Estetas —un hombre de mediana edad, con la cabeza afeitada y vestido con la túnica gris de la orden— se los quedó mirando.

—La biblioteca está cerrada —dijo en tono severo—. Volvemos a abrir por la mañana. Y, la próxima vez, venid por la puerta lateral. ¡Eh, un momento! No podéis entrar...

Sin hacerle caso, Derek apartó de un empujón al hombre rechoncho, que barbotaba de indignación mientras agitaba las manos hacia ellos, si bien no hizo nada más para detenerlos. Brian, avergonzado, entró con Derek y masculló una disculpa que no fue tenida en cuenta.

—Quiero ver a Astinus, hermano... —Derek esperó a que el hombre le facilitara su nombre.

—Bertrem —dijo el Esteta, que miraba a Derek con gesto indignado—. ¡Habéis venido por la puerta que no es! ¡Y no alces la voz!

—Lo siento, pero es un asunto urgente. Exijo ver a Astinus.

—Imposible —contestó Bertrem—. El Maestro no recibe a nadie.

—A mí me recibirá —respondió Derek—. Dile a Astinus que sir Derek Crownguard, Caballero de la Rosa, desea consultarle un asunto de suma importancia. No exagero si digo que el destino de la nación solámnica depende de este encuentro.

Bertrem no cedió.

»Mi amigo y yo esperaremos mientras llevas mi mensaje a Astinus. —Derek frunció el entrecejo—. ¿A qué esperas, hermano? ¿No has oído lo que he dicho? ¡Tengo que hablar con Astinus!

Bertrem los miró de arriba abajo con un gesto de clara desaprobación.

—Iré a preguntar —dijo—. ¡Quedaos aquí y no hagáis ruido!

Con el índice tieso señaló el rincón en el que estaban de pie y después se llevó el dedo a los labios. Por fin se marchó con aire de dignidad ofendida y el chancleteo de las sandalias se perdió a lo lejos.

Un silencio relajante, plácido, cayó sobre ellos. Brian se asomó a una de las grandes salas para echar una ojeada. Estaba revestida de libros del suelo al techo y llena de escritorios y sillas. Varios Estetas trabajaban aplicadamente, ya fuera estudiando o escribiendo, a la luz de las velas. Uno o dos habían alzado la vista hacia los caballeros, pero al comprobar que Bertrem parecía tener la situación bajo control, se centraron de nuevo en sus ocupaciones.

—Podrías haber sido más cortés —le susurró Brian a Derek—. Por aquello de «se atraen más moscas con miel que con hiel».

—Estamos en guerra y luchamos por la supervivencia, nada menos —replicó Derek—. ¡Aunque nadie lo diría a juzgar por este sitio! Míralos, garabateando papeles, sin duda registrando el ciclo vital de la hormiga mientras que buenos hombres combaten y mueren.

—¿Y no es por eso por lo que luchamos y morimos? —preguntó Brian—. ¿Para que estas personas inocentes puedan seguir escribiendo sobre la hormiga en lugar de verse forzadas a extraer mineral en la mina de algún campamento de esclavos?

Si Derek lo oyó, no hizo ningún caso. Empezó a pasear de aquí para allí haciendo mucho ruido con las botas en el suelo de mármol. Varios Estetas levantaron la cabeza y le dirigieron una mirada irritada.

—¡Chitón! —dijo finalmente uno de ellos.

El conocido chancleteo de unas sandalias en el suelo de mármol anunció el regreso de Bertrem, que parecía molesto.

—Lo lamento, sir Derek, pero el Maestro está ocupado y no puede recibir a nadie.

—Mi tiempo es valioso —contestó Derek, impaciente—. ¿Cuánto más habré de esperar?

Bertrem se sonrojó.

—Me disculpo, sir Derek, por no saber explicarme. No es necesario esperar más. El Maestro no te recibirá.

El semblante del caballero enrojeció, frunció las cejas y tensó la mandíbula. Estaba acostumbrado a chasquear los dedos y que la gente reaccionara con atenta prontitud, pero últimamente no hacía más que chasquear los dedos con el único resultado de que las personas le dieran la espalda.

—¿Le has dicho quién soy? —preguntó, hirviendo de cólera—. ¿Le has transmitido mi mensaje?

—No hizo falta —fue la simple respuesta del Esteta—. El Maestro te conoce y sabe por qué has venido. No te recibirá. Sin embargo, me pidió que te diera esto.

Bertrem le tendió lo que parecía un mapa dibujado toscamente en un trozo de papel.

—¿Qué es? —inquirió Derek.

Bertrem bajó la vista hacia el papel y leyó en voz alta el título que lo encabezaba.

—Mapa de la Biblioteca de Khrystann.

—¡Eso ya lo veo! A lo que me refiero es para qué demonios necesito el mapa de una maldita biblioteca —estalló Derek.

—Lo ignoro, milord —contestó Bertrem, encogido ante la furia del caballero—. El Maestro no me hizo confidencias. Sólo dijo que tenía que dártelo.

—A lo mejor es allí donde encontrarás el Orbe de los Dragones —sugirió Brian.

—¡Bah! ¿En una biblioteca? —Derek llevó la mano a la bolsa del dinero—. ¿Cuánto dinero aceptaría Astinus por recibirme?

Bertrem se irguió cuanto le fue posible, con lo que casi llegó a la altura de la barbilla del caballero. El Esteta estaba profundamente ofendido.

—Guarda tu dinero, señor caballero. El Maestro no accede a verte y no hay más que hablar.

—¡Por la Medida que no consentiré que se me trate así! —Derek avanzó un paso—. Apártate, hermano, ¡no quería tener que herirte!

El Esteta plantó firmemente los pies en el suelo. Aunque era evidente que tenía miedo, Bertrem estaba decidido a resistir valerosamente para cerrarles el paso.

Brian sintió el repentino deseo de romper a reír al ver al erudito regordete y debilucho haciéndole frente al enfurecido caballero. Contuvo la hilaridad, que habría enfurecido aún más a Derek, y posó la mano en el brazo de su amigo.

—¡Piensa lo que haces! No puedes irrumpir a la fuerza para ver a ese hombre que se niega a recibirte. Incurrirías en un agravio. Si lo que buscas es información sobre el Orbe de los Dragones, entonces es posible que este hermano pueda ayudarte.

—Sí, naturalmente, señor caballero —afirmó Bertrem a la par que se secaba el sudor de la frente—. Me encantaría ayudar en todo cuanto pueda, a pesar de que la biblioteca está cerrada y habéis venido a una hora intempestiva.

Derek soltó el brazo de un tirón. Seguía furioso, pero se controló.

—Tendrás que guardar en secreto lo que voy a decirte.

—Por supuesto, señor caballero —contestó Bertrem—. Juro por Gilean que no hablaré de lo que me cuentes en secreto.

—¿Me pides que acepte el juramento por un dios del que se desconoce su paradero? —demandó Derek en tono mordaz.

El Esteta sonrió con aire complaciente y enlazó las manos sobre el rotundo estómago.

—El bendito Gilean está con nosotros, señor caballero. En cuanto a eso, puedes estar tranquilo.

Derek negó con la cabeza, pero no estaba dispuesto a que lo enredara en una discusión teológica.

—De acuerdo —accedió de mala gana—. Busco información sobre un artefacto conocido como «Orbe de los Dragones». ¿Qué puedes decirme de ese objeto?

Bertrem parpadeó mientras reflexionaba sobre ello.

—Me temo que no puedo decirte nada, milord. Es la primera vez que oigo hablar de ese artefacto. Sin embargo, puedo investigar el asunto. ¿Puedes explicar en qué contexto se lo menciona o dónde y cuándo has oído hablar de él? Esa información me ayudaría a saber dónde buscar.

—Sé muy poco —contestó Derek—. Me hablaron de él relacionado con un hechicero Túnica Negra...

—Ah, entonces se trata de un artefacto mágico. —El Esteta asintió con la cabeza en un gesto de reconocimiento—. Tenemos poca información sobre este tipo de cosas, sir Derek. Los hechiceros tienen la costumbre de guardar para sí todos sus conocimientos. Pero disponemos de algunas fuentes a las que puedo consultar. ¿Necesitas la información en seguida?

—Sí, hermano, por favor.

—Entonces, poneos cómodos, caballeros. Veré qué consigo encontrar. ¡Ah, y por favor, no hagáis ruido!

Bertrem se marchó en dirección a una amplia sección de estanterías, dio la vuelta por detrás y lo perdieron de vista. Se sentaron a una mesa y se dispusieron a esperar.

—Ésa es la razón por la que quería hablar con Astinus —susurró Derek—. Se dice que sabe al dedillo todo cuanto haya que saber de cualquier cosa. Me pregunto por qué no habrá querido recibirme.

—Por lo que tengo entendido, no recibe a nadie, nunca —comentó Brian—. Está sentado ante su escritorio día y noche registrando la historia de todos los seres vivos del mundo conforme va pasando ante sus ojos. Por eso sabía que estabas aquí.

Derek resopló con fuerza, despectivo. Se alzaron cabezas y las plumas dejaron de escribir. El caballero hizo un gesto de disculpa a los Estetas, que negaron con la cabeza y reanudaron su trabajo.

—Hay quien dice que es el dios Gilean —susurró Brian, inclinado sobre la mesa en actitud confidencial.

Derek le dirigió una mirada de menosprecio.

—¡Oh, vamos, tú también, no! Los monjes propician esas absurdas ideas para obtener más donaciones.

—Con todo, Astinus te dio ese mapa.

—¡El mapa de una biblioteca! ¿De qué sirve? Debe de tratarse de alguna clase de broma.

Derek sacó el pergamino que había comprado para releerlo. Brian guardó silencio, incluso con miedo de moverse para no atraer sobre ellos la ira de los estudiosos. Oyó al pregonero anunciar la hora en la calle y después, recostando la cabeza en el escritorio, se durmió.

Despertó cuando lo sacudió la mano de Derek y oyó el familiar chancleteo de sandalias; de dos pares de sandalias. Bertrem se acercaba a ellos con rasos presurosos acompañado por otro monje que llevaba un rollo de pergamino en las manos.

—Espero que no te importe, señor caballero, pero he consultado al hermano Bernabé, que es nuestro experto en artefactos mágicos. El hermano recordaba haber leído una referencia a un Orbe de los Dragones en un viejo manuscrito. Él os lo explicará.

El hermano Bernabé —una versión del hermano Bertrem, sólo que más alto, más delgado y más joven— desenrolló el legajo y lo colocó delante de Derek.

—Esto lo escribió uno de nuestros monjes que se encontraba en Istar alrededor de un año antes del Cataclismo. Es una narración de su estancia allí.

Derek bajó la vista hacia las páginas escritas y después la alzó de nuevo.

—No sé descifrar esos garabatos. ¿Qué pone?

—El hermano Michael era ergothiano —explicó el hermano Bernabé— así que escribía en su lengua. Cuenta que a los soldados de Príncipe de los Sacerdotes se les entregó un listado de artefactos mágicos y se los envió a irrumpir en tiendas de productos mágicos para buscar los objetos que hubiera en dicha relación. Consiguieron una de las listas y copió los objetos reseñados. Uno de ellos es un Orbe de los Dragones. Se proporcionaba descripciones a los soldados para que supieran lo que tenían que buscar. La del orbe rezaba: «Una bola de cristal de veinticinco centímetros de diámetro en cuyo interior se agita una extraña niebla arremolinada.» El hermano Michael escribe que a los soldados se les advertía que, de hallar un orbe, lo manejaran con sumo cuidado porque nadie sabía exactamente qué hacía ese objeto, aunque, según aclara a continuación: «Se cree que se había utilizado durante la Tercera Guerra de los Dragones, para controlar a los reptiles.»

—Controlar dragones —repitió Derek en un susurro. Los ojos le brillaban, pero tuvo cuidado de ocultar su creciente entusiasmo—. ¿Y encontraron alguno? —preguntó en tono despreocupado.

—El hermano Michael no lo menciona.

—¿Y ésta es toda la información que tenéis sobre esos Orbes de los Dragones? —inquirió Derek.

—Es lo único que tenemos aquí, en nuestra biblioteca —aseguró el hermano Bernabé—. No obstante, he encontrado una llamada. —Señaló una pequeña anotación situada en el margen del legajo—. Según esto, otro libro que supuestamente da más información sobre los Orbes de los Dragones se halla en una antigua biblioteca de Tarsis: la perdida Biblioteca de Khrystann. Por desgracia, como el propio nombre implica, son pocas las personas que recuerdan la ubicación de la biblioteca. Sólo lo sabemos nosotros, los Estetas, y no lo divulgamos...

Derek miraba al monje con gesto de estupefacción. Entonces sacó el mapa que había arrugado por la frustración y lo alisó sobre la mesa.

—¿Es ésta? —preguntó al tiempo que señalaba el mapa.

El hermano Bernabé se inclinó sobre el papel.

—La Biblioteca de Khrystann, sí, ésa es. —Dirigió una mirada de sospecha al caballero—. ¿Cómo ha llegado este mapa a tu poder, milord? —Bertrem tiró de la manga a Bernabé y le susurró algo al oído—. Ah, claro, el Maestro.

—Qué extraño —masculló Derek—. Condenadamente extraño. —Dobló el mapa, al que ahora daba un trato mucho más cuidadoso, y lo guardó junto con la carta que llevaba debajo del cinturón.

—Quizá te gustaría dejar una donación —sugirió Brian, que hacía un esfuerzo tremendo para contener la risa.

Derek le asestó una mirada cortante y luego metió la mano en la bolsa del dinero y sacó varias monedas que le tendió a Bertrem.

—Emplea esto en alguna buena causa —rezongó.

—Te lo agradezco, milord —dijo el Esteta—. ¿Alguna otra cosa en la que pueda ayudarte esta noche?

—No, hermano. Gracias por la ayuda. —Hizo una pausa y después agregó, un poco tieso—. Me disculpo por mi comportamiento de antes.

—No hace falta, milord. Está olvidado —contestó Bertrem con amabilidad.

—Quizá Astinus es el dios Gilean, después de todo —dijo Brian mientras Derek y él bajaban los peldaños de la escalinata de la Gran Biblioteca, bañados en luz de luna.

Derek masculló algo y siguió caminando deprisa calle abajo.

—Derek, ¿puedo preguntarte algo? —inquirió Brian.

—Si no queda más remedio —replicó su amigo con sequedad.

—Odias a los hechiceros. Odias todo lo que esté relacionado con ellos. Cruzas la calle con tal de evitar pasar al lado de uno de ellos. Ese Orbe de los Dragones fue creado por hechiceros. El propio orbe es mágico, Derek. ¿Por qué tienes tanto interés en conseguirlo?

Derek no dejó de andar y no le contestó.

»Se me ocurre una idea —continuó Brian—. Manda un mensaje a los hechiceros de la Torre de Wayreth. Diles que te ha llegado esta información sobre uno de sus artefactos. Que decidan ellos qué hacer.

Derek se paró en seco y se dio media vuelta para mirar a su amigo de hito en hito.

—¿Estás loco?

—No más que de costumbre —repuso con sarcasmo. Suponía lo que Derek diría a continuación.

—¿Acaso sugieres que entreguemos un artefacto tan poderoso a los hechiceros?

—Lo crearon ellos, Derek —recalcó.

—¡Razón de más para mantenerlo lejos de su poder! —exclamó Derek con aire severo—. Que fueran hechiceros los que crearon esos orbes no quiere decir que se les deba permitir que los utilicen. Si quieres que te diga la verdad, la razón de que busque el Orbe de los Dragones es que no me fío de los hechiceros.

—¿Y qué piensas hacer si lo encuentras?

Derek esbozó una sonrisa tirante, prietos los labios.

—Lo llevaré a la isla de Sancrist y lo dejaré caer en la sopa de lord Gunthar. Después, cuando me nombren Gran Maestre, saldré y ganaré la guerra.

—Por supuesto. —Brian tenía algo más que decir a propósito de eso, pero sabía que insistir sobre ello no serviría de nada—. Tendrás que escribir a lord Gunthar para decirle que te dispones a emprender esta búsqueda y pedirle permiso.

Derek frunció el entrecejo. Sin embargo, no podía saltarse ese trámite así como así. Según la Medida, un caballero no debía emprender un viaje tan largo —atravesar las tres cuartas partes del continente— sin antes recibir la autorización de su superior, que daba la casualidad de que era Gunthar.

—Una simple formalidad. No osará denegar mi petición.

—No, supongo que no —repuso Brian en voz queda.

—Enviaré a uno de sus hombres para que me acompañe y no me pierda de vista —añadió Derek—. Aran Tallbow, casi con toda seguridad.

—Eso espero —convino Brian a la par que asentía con la cabeza—. Aran es un buen hombre.

—Antes era un buen hombre. Ahora es un borracho que se deja llevar por Gunthar como un pelele. Pero tú vendrás conmigo para cubrirme las espaldas.

A Brian le hubiera gustado que Derek le preguntara, para variar, si quería hacer esto o aquello en lugar de decirle que lo hiciera, aunque en realidad eso no cambiaría nada. Seguiría a su amigo, como siempre.

—¿Te lo imaginas, amigo mío? Esto podría ser decisivo para ti. ¡Quizá te nombren Sumo Sacerdote! —apuntó Derek.

—No estoy seguro de querer serlo —contestó Brian en tono apacible.

—No digas tonterías. ¡Pues claro que quieres! —zanjó Derek.

*Fewmaster suda  
Iolanthe entretiene al emperador*

—Así que el caballero se tragó el anzuelo —dijo Skie a la mañana siguiente. Kitiara y él se preparaban para abandonar el escondrijo del dragón, una zona de frondosos bosques alejada de las murallas de Palanthas.

—Menos mal que no me pidió que escribiera algo para comprobar mi letra —comentó Kit, sonriente—. No sólo dio por buena la carta falsificada sino que además me pagó cien monedas de acero por ella. Pocos hombres contribuyen tan generosamente a costear su propia destrucción.

—Eso, si es verdad que el orbe lo destruye —masculló Skie—. Es igualmente posible que nos destruya a nosotros. No me fio de los hechiceros. Si ese caballero representa una amenaza, ¿por qué no le clavaste un cuchillo, sin más?

—Porque Ariakas quiere complacer a su nueva amante —repuso secamente Kit—. ¿Qué sabes de esos Orbes de los Dragones?

—Muy poco —gruñó el azul—. Eso es lo que me preocupa y lo que debería preocuparte a ti. ¿Por qué le diste tu verdadero nombre? ¿Y si descubre que Kitiara Uth Matar no es una ladrona sino una Señora del Dragón?

—No habría acudido a la cita sin mencionarle ese nombre. Los caballeros son unos cursis remilgados —contestó la mujer, despectiva—. El hecho de que mi padre fuera un caballero, aunque hubiera sido desprestigiado, sirvió para convencer a sir «Mentecato» de que dentro de mí alentaba realmente lo bueno que representa Solammia. —Kit se echó a reír—. ¡Lo cierto es que, al final, seguramente mi padre murió a manos de algún esposo ultrajado! —Se encogió de hombros.

»En cuanto a que sir Derek descubra que soy una Señora del Dragón, es poco probable. Mis propias tropas ignoran mi verdadero nombre. Kitiara Uth Matar no significa nada para ellas. Para mis hombres y para el resto del mundo, soy la Dama Azul. La Dama Azul que algún día los gobernará a todos.

—Algún día —rezongó el dragón—. No ahora.

Kitiara alargó la mano para palmeaar a Skie en el cuello.

—Sé cómo te sientes, pero de momento hemos de obedecer órdenes.

—¿Adónde vamos, Dama Azul, ya que no se nos permite combatir? —inquirió el reptil en tono seco.

—Volamos hacia Haven, donde el Ejército Rojo de los Dragones ha establecido su cuartel general. Vamos a tratar de encontrar un candidato adecuado para Señor del Dragón.

—Otra pérdida de tiempo y esfuerzo —dijo Skie mientras se abría paso en la maleza, aplastando arbustos y matorrales para encontrar un lugar despejado donde extender las alas.

—Tal vez. —La sonrisa que esbozó pasó inadvertida bajo el yelmo—. O tal vez no.

\* \* \*

El campamento del ejército de los dragones cercano a Haven era poco más que un pequeño puesto avanzado. La mayoría de las tropas del Ejército Rojo estaba dispersa por Abanasinia a fin de mantener bajo control las conquistas realizadas. Antes de llegar al cuartel general, Kitiara se había reunido con sus espías infiltrados en el ejército de los dragones. La informaron de que la unidad, dispersa por una extensa área que abarcaba desde Thorbardin hasta las Praderas de Arena, estaba en un estado caótico, con los oficiales peleando entre sí, las tropas descontentas y los dragones, furiosos.

Varios oficiales competían por el puesto de Señor del Dragón. Kit tenía una lista de los posibles candidatos con información detallada de cada uno de ellos.

—Me quedaré varios días —le dijo Kitiara al azul. El dragón había aterrizado en una zona próxima al campamento—. Necesito que hables con los rojos.

—Esas enormes y estúpidas bestias —gruñó Skie—. Mucho músculo y poco seso. Hablar con ellos es una pérdida de tiempo. Apenas

saben palabras con más de una sílaba.

—Lo comprendo, pero necesito saber qué piensan...

—No piensan —replicó Skie—. Ése es el problema. Su proceso mental se resume en tres palabras: quemar, comer y saquear. Y son tan necios que casi siempre lo hacen en ese orden.

Kitiara rió con ganas.

—Me doy cuenta de que es muy duro lo que te pido, amigo mío, pero si, como ha llegado a mis oídos, los rojos están realmente descontentos y amenazan con irse, Ariakas tendrá que tomar medidas. Quiero que te enteres de si protestan sólo porque sí o si la cosa va en serio.

—Lo más probable es que ni ellos mismos lo sepan. —Skie sacudió la crin con irritación—. Deberíamos estar de vuelta en el norte, librando batallas.

—Lo sé —susurró Kit—. Lo sé.

Sin dejar de rezongar, Skie alzó el vuelo. Kitiara lo siguió con la mirada mientras se elevaba hacia las nubes. Llevaba el cuello doblado hacia abajo. Buscaba comida. Debió de avistar algo, porque se lanzó de repente en picado, extendidas las garras para aferrar a la presa. La mujer lo estuvo observando hasta perderlo de vista entre los árboles. Luego echó un vistazo a su alrededor para orientarse y comenzó a andar entre la maleza, en dirección al campamento que había divisado desde el aire. Ahora no alcanzaba a verlo, pero sabía la posición por la tenue nube de humo que salía de las hogueras y de la forja del herrero.

Kitiara iba dando un paseo, sin prisa, para echar una ojeada a los despachos que le habían llegado antes de reemprender viaje. Repasó la misiva de Ariakas en la que afirmaba que los dragones rojos presentaban quejas a su soberana porque estaban aburridos. Habían entrado en guerra para saquear y quemar, y si no recibían órdenes para hacer ninguna de esas dos cosas, entonces iban a hacerlas por su cuenta de todos modos. La reina le recordó a Ariakas que tenía asuntos mucho más importantes de los que ocuparse, y que si era incapaz de manejar la situación, tendría que buscar a otro que supiera hacerlo. Y Ariakas se había encargado... soltando el problema en manos de Kit.

—Haré lo que pueda, la responsabilidad de este desastre no es mía, milord —masculló Kitiara—. El responsable fue tu chico, Verminaard. ¡Quizá ahora lo pienses mejor antes de poner al frente de un ejército a un clérigo!

Abrió el siguiente despacho, una misiva que le habían entregado justo antes de partir. La enviaba un espía de Solammia, uno de los escuderos de lord Gunthar que tenía a su servicio. Era una carta larga y Kit hizo un alto debajo de un árbol para no distraerse.

*«Derek Crownguard y otros dos caballeros zarparon hoy desde Sancrist, en dirección a la ciudad de Tarsis.»*

—Tarsis —repitió para sí Kitiara—. ¿Por qué pierden tiempo yendo a Tarsis? Les dije a esos necios que el Orbe estaba en el Muro de Hielo.

Siguió leyendo y halló la respuesta.

*«Les dijeron que encontrarían más información sobre el Orbe de los Dragones en Tarsis. Puesto que esa ciudad no está muy distante del Muro de Hielo, decidieron hacer un alto allí. A Crownguard se lo tiene por un héroe por haber descubierto lo de ese artefacto. Parece haber consenso en que si vuelve con el orbe y el objeto les permite dominar a los dragones, como creen los caballeros, entonces se nombrará Gran Maestro a Derek.»*

*»Lord Gunthar arguyó que no sabían nada sobre esos orbes y que por lo tanto debían dejarlos en paz. No quería que Derek emprendiera esa búsqueda, pero le fue imposible impedirselo. Derek fue muy astuto. Habló de su hallazgo sobre el paradero del Orbe de los Dragones en una sesión abierta. Todos los caballeros que oyeron la noticia estaban que no cabían en sí de entusiasmo. Si Gunthar hubiera intentado impedir que Derek partiera, habría estallado una rebelión. Esos necios están desesperados, señora. Esperaban un milagro que los salvara y creen que es esto.»*

—Parece que tu plan funciona, milord —susurró Kitiara de mala gana. Reanudó la lectura de la misiva.

*«Gunthar se aventuró a sugerir que deberían consultar con Par-Salian, de los Túnicas Blancas, señor de la Torre de Wayreth, y preguntarle sobre ese orbe para tener así la opinión de un experto sobre sus poderes. Derek discrepó razonando que si los hechiceros se enteraban del paradero de ese artefacto, irían a buscarlo ellos. Lord Gunthar tuvo que admitir que era un argumento válido. En consecuencia, todos los caballeros presentes juraron guardar en secreto la naturaleza de esta misión y Derek y sus dos compañeros partieron en medio de aclamaciones.»*

*»Lord Gunthar se las ingenió para enviar a uno de sus hombres con Derek. Se trata de sir Aran Tallbow. Sir Aran es un viejo amigo de Derek y lo conoce bien. Lord Gunthar confía en que ejerza una influencia moderadora en Derek. Aran podría representar un peligro para tus planes, señora. El otro caballero que va con Derek es también un amigo de toda la vida. Se llama Brian Donner y por el momento, hasta donde puedo juzgar, no es motivo de preocupación.»*

*»Derek y sus amigos se hicieron a la mar en un barco veloz, y como por lo general hace buen tiempo en esta época, se prevé que será un viaje rápido y sin incidentes.»*

Kitiara acabó de leer la carta y la guardó en la bolsa con los otros despachos. Enviaría la carta a Ariakas, que se sentiría complacido en extremo al saber que todo marchaba mejor aún de lo esperado.

Dio un puntapié a una piedra que salió volando por el aire. Los caballeros estaban «divididos, desesperados, esperando un milagro». ¡Era el momento oportuno para atacarlos! Y allí estaba ella, lejos de Solamnía, tratando de encontrar a alguien que reemplazara a un hombre cuya arrogancia había sido la causa de su perdición.

Ariakas le había recomendado que entrevistara a un tal Toede, un jefecillo al que se conocía por el sobrenombre de Fewmaster, para el puesto de Señor del Dragón. Fewmaster Toede, un hobgoblin, había enviado informes a montones sobre la guerra en el oeste. A juicio de Ariakas, esos informes eran obra de un genio militar.

—Primero quiere a un draco para Señor del Dragón, y ahora a un hobgoblin —rezongó Kitiara. Lanzó una patada a otra piedra y falló. Se paró, asestó otro punterazo furioso y, esta vez, dio de lleno en la piedra—. Supongo que tiene sentido. Ahora que la guerra está a punto de ganarse, Ariakas empieza a ver a sus comandantes humanos como una amenaza. Teme que, cuando ya no tengamos un enemigo al que combatir, nos revolbamos contra él. —Esbozó una sonrisa sombría.

»Y en eso es muy posible que tenga razón.

Kitiara tuvo cuidado de no entrar en la ciudad de Haven. Abanasinia era su tierra natal. Había nacido y crecido en la ciudad arbórea de Solace, situada cerca de allí. Podría haber gente en Haven que la reconociera, puede que incluso recordara que había visitado la ciudad varias veces con anterioridad en compañía de Tanis y de sus medio hermanos, los gemelos, que también eran conocidos allí.

Tanis Semielfo. Últimamente, desde que Grag le contó a Ariakas que un semielfo de Solace había estado involucrado en la muerte de Verminaard, Kitiara se sorprendía pensando en él cada dos por tres. En Ansalon los semielfos no abundaban, y Kit sólo sabía de uno que viviera en Solace. Ignoraba cómo se las había ingeniado Tanis para enredarse con esclavos y Señores de los Dragones, pero si existía alguien capaz de vencer a Verminaard, ése era Tanis. De nuevo sus pensamientos volaron hacia él al evocar días de risas y aventuras y noches pasadas en sus brazos.

Caminaba tan sumida en los recuerdos que, al no mirar por dónde iba, tropezó en un hoyo y cayó de bruces al suelo con el resultado de que casi se rompe el cuello. Se incorporó y se echó una buena reprimenda.

—¿Por qué pierdes el tiempo pensando en él? Esa historia acabó y punto. Quedó atrás. Tienes cosas más importantes en las que pensar.

Kitiara apartó a Tanis de su mente. No le convenía que la relacionaran con los «héroes» locales que, según los rumores, habían despachado a Verminaard. Ariakas ya sospechaba de ella.

«Mala suerte», se dijo para sus adentros con un suspiro. Se habría sentido muy cómoda en una de las estupendas posadas de Haven. Tal como estaban las cosas, se resignó a instalarse en el campamento del ejército de los dragones donde, al menos, tendría la satisfacción de exigir que se le proporcionara el mejor alojamiento disponible.

La llegada inesperada de Kit al cuartel general del Ejército Rojo puso nervioso a todo el mundo. Los soldados corrían de aquí para allá sin orden ni concierto, daban traspiés y tropezaban unos con otros en su afán por complacerla. No obstante, era de esperar cierto caos, ya que se había presentado sin avisar. En gran parte, Kit encontró el campamento bien organizado y bien dirigido. Los centinelas draconianos se hallaban en sus puestos y realizaban su tarea. Se le dio el alto en seis ocasiones como poco antes de que llegara al campamento en sí.

Kitiara empezó a pensar que había subestimado al hobgoblin. A lo mejor resultaba que Fewmaster Toede era realmente un genio militar.

Estaba deseando conocerlo, pero ese placer se postergó ya que, al parecer, nadie sabía dónde se encontraba. Un draconiano envió un mensajero a buscarlo y le dijo a Kitiara que Fewmaster debía de estar perfeccionando su destreza con el arco en el campo de tiro o dirigiendo la instrucción de soldados en la plaza de armas. El draconiano dijo todo eso en el lenguaje —mezcla de Común y de la jerga soldadesca— que utilizaba la milicia compuesta de diferentes razas. Después, al parecer dando por hecho que la mujer no lo entendería, se dirigió a otro draco y añadió en su propia lengua un comentario chusco que los hizo sonreír a ambos de oreja a oreja.

Daba la casualidad de que el cuerpo de la guardia personal de Kitiara en el Ala Azul lo componían draconianos sivaks. Puesto que era de la opinión que no convenía tener subordinados —en especial aquellos de los que dependía su vida— que usaran a su espalda un lenguaje desconocido para ella, había aprendido el idioma draconiano.

En consecuencia, Kitiara supo que los draconianos no habían enviado ningún mensajero ni a la plaza de armas ni al campo de tiro, sino que lo habían mandado a La Zapatilla Roja, una de las casas de lenocinio de peor reputación de Haven.

La escoltaron hasta el puesto de mando de Fewmaster. Dentro, la Señora del Dragón encontró la mitad de la tienda atestada de muebles, alfombras y chismes que probablemente habían sido robados. La otra mitad de la tienda estaba ordenada y bien arreglada. Había armas de diversas clases apiladas a lo largo de un costado. Un mapa grande que había extendido en el suelo de tierra mostraba las posiciones de diferentes ejércitos. Kitiara examinaba el mapa cuando un draconiano alzó el faldón de la entrada de la tienda y pasó. Kit reconoció al oficial draconiano que había visto en el despacho de Ariakas.

—Comandante Grag —saludó.

—Lamento no haber estado aquí para recibirte como es debido, Señora del Dragón —dijo el bozak, cuadrado en postura de firmes y la mirada fija al frente—. No se nos informó de tu llegada.

—Se hizo a propósito, comandante. Quería ver al ejército sin que estuviera engalanado para pasar revista, con sus virtudes y sus defectos, por así decirlo. Frase que parece apropiada al hablar de Fewmaster.

El comandante parpadeó pero no desvió la vista.



—Hemos mandado a buscarlo, Señora del Dragón. Está en el campo...

—... practicando estocadas y fintas —lo interrumpió Kitiara en tono sarcástico.

El comandante Grag se relajó por fin.

—Podría decirse que sí, Señora del Dragón. —Hizo una pausa y la observó atentamente—. Hablas draconiano, ¿verdad?

—Lo suficiente para defenderme. Siéntate, por favor.

Grag echó una mirada despectiva a las frágiles sillas de manufactura elfa.

—Gracias, Señora del Dragón, pero prefiero seguir de pie.

—Probablemente sea menos peligroso —convino Kitiara con sorna—. Sabes por qué estoy aquí, comandante.

—Sí, tengo una idea bastante aproximada, señora.

—He de recomendar a alguien para el puesto vacante de Señor del Dragón. Impresionaste al emperador, Grag.

El draconiano hizo una ligera inclinación de cabeza.

—¿Te gustaría el trabajo? —preguntó Kitiara.

—No, Señora del Dragón, pero gracias por tenerme en cuenta —repuso sin titubear el draconiano.

—¿Por qué no? —La mujer sentía realmente curiosidad. Grag vaciló.

»Puedes hablar con libertad —lo tranquilizó Kitiara.

—Soy guerrero, señora, no político —contestó Grag—. Quiero dirigir a mis hombres en la batalla, no pasarme el tiempo arrastrándome ante los que tienen el poder. Sin ánimo de ofender, señora.

—Lo entiendo. —Kitiara suspiró—. Lo entiendo, créeme. De modo que tú te encargas de la parte militar y el tal Fewmaster Toede se ocupa de la rastrera.

—Fewmaster es bueno en su trabajo, señora —contestó Grag con el semblante impertérrito.

En ese momento, Toede entró a trompicones por la abertura de la tienda. Al reparar en Kitiara, el hobgoblin se acercó presuroso a ella y las primeras palabras que salieron de la boca amarillenta demostraron cuan acertada era la valoración de Grag.

—Señora del Dragón, perdóname por no estar aquí para recibirte —jadeó—. ¡Estos imbéciles no me informaron de tu llegada! —Lanzó una ojeada furiosa al comandante.

Kit había tratado anteriormente con hobgoblins. Incluso se había enfrentado a unos cuantos antes de que la guerra empezara. No le gustaban los goblins porque era muy propio de ellos dar media vuelta y huir en cuanto la cosa se ponía fea, pero había llegado a respetar a los hobgoblins, que eran más corpulentos, más feos y más avisados que sus parientes.

Lo de más corpulentos y más feos era aplicable a Toede, que era bajo y patoso, con la tripa fofa; tez grisácea, amarillenta y verdosa; ojos rojos, porcinos; y una boca cavernosa de gruesos labios que tendía a acumular saliva en las comisuras. Era la parte de más avisado lo que parecía ser discutible. El uniforme de Toede, ostentoso hasta la exageración y de gusto muy particular, no se parecía a ninguno de los que Kitiara conocía. Era evidente que se había vestido con precipitación porque los botones de la chaqueta estaban abrochados a los ojales que no les correspondían, además de que el hobgoblin no se había subido bien los pantalones, por lo que quedaba a la vista un amplio espacio entre el pantalón y la camisa, espacio que rellenaba con creces la barriga verrugosa y amarillenta. Al parecer había ido corriendo la mayor parte del camino, ya que estaba cubierto de polvo, además de sudar profusamente.

Kitiara no era escrupulosa y tenía mucho aguante. Había visto incontables campos de batalla que apestaban por el hedor de los cadáveres en descomposición y había sido capaz de engullir con apetito una buena comida a continuación. Pero la fetidez del sudoroso Toede en el espacio cerrado de la tienda era más de lo que se sentía capaz de aguantar, así que se aproximó a la entrada para que le llegara un poco de aire fresco.

Toede se apresuró a seguirle los pasos y faltó poco para que le pisara los talones con los anchos pies.

—Había salido en una misión de reconocimiento especialmente peligrosa, Señora del Dragón. Tan peligrosa que no podía pedirle a ninguno de mis hombres que se encargara de hacerla.

—¿Y has luchado cuerpo a cuerpo con el enemigo, Fewmaster? —preguntó Kitiara, que miró de reojo a Grag.

—En efecto —afirmó Toede con un aplomo extraordinario—. Fue una batalla feroz.

—Sin duda, ya que imagino que no atacarías al «enemigo» en posición horizontal.

Grag emitió una especie de gorjeo que disimuló con un repentino ataque de tos. Toede parecía estar ligeramente confuso.

—No, no, el enemigo no estaba acostado, Señora del Dragón.

—¿Lo trincaste contra el muro? —inquirió la mujer.

Al oír esto, el comandante Grag no tuvo más remedio que pedir permiso para ausentarse.

—Tengo ocupaciones que atender, señora —dijo y llevó a buen fin su escapada.

Entre tanto, Toede había empezado a recelar. Los ojos rosáceos se entrecerraron cuando el hobgoblin siguió con la mirada la marcha del draconiano.

—No sé qué te habrá contado ese lagarto baboso, Señora del Dragón, pero no es verdad. Aunque haya estado en La Zapatilla Roja ha sido en cumplimiento del deber. Estaba...

—¿... a cubierto? —sugirió Kitiara.

—Exactamente. —Toede soltó un suspiro de alivio y se enjugó el sudoroso rostro amarillento con la manga.

Habiéndose hecho una idea bastante buena del ingenio y la sabiduría de Fewmaster para entonces, Kitiara pensó que sería un Señor del Dragón perfecto, uno que, con toda seguridad, nunca se convertiría en un rival peligroso. Mientras Toede proseguía con sus «batallas» en La Zapatilla Roja, el verdadero trabajo de dirigir la lucha estaría a cargo del competente comandante Grag. Además, que se diera el ascenso a este estúpido le estaría bien empleado a Ariakas.

Kitiara no pensaba informar todavía a Toede de la decisión que acababa de tomar.

—He de decir que te admiro por el valor de encargarte de una misión tan peligrosa. Lord Ariakas me ha encomendado la tarea de

aconsejarle en la elección de un nuevo Señor del Dragón, alguien que sustituya a lord Verminaard...

No fue necesario que dijera nada más. Fewmaster le asió la mano.

—Dudo en proponerme a mí mismo, Señora del Dragón, pero me sentiría muy honrado de que se me tuviera en cuenta para el alto cargo de Señor del Dragón, tan codiciado...

Kitiara se soltó la mano de un tirón y se la limpió en la capa. Después bajó la vista al suelo.

—Tengo sucias las botas. Habría que limpiarlas —dijo.

—Están un poco embarradas, Señora del Dragón. Permíteme —dijo Toede.

El hobgoblin se puso de rodillas y empezó a restregarle diligentemente las botas con la manga de la chaqueta.

—Así están bien, Fewmaster. Ya puedes ponerte de pie —ordenó Kit, cuando se vio reflejada en el cuero.

Resoplando, Toede se incorporó.

—Gracias, Señora del Dragón. ¿Te apetece beber algo fresco? —Se volvió y ordenó a voces:— ¡Cerveza fría para la Señora del Dragón!

—He de hacerte algunas preguntas, Fewmaster. —Kitiara vio un taburete de campaña y se sentó.

Toede se quedó rondando a su alrededor mientras se retorció las manos.

—Estaré encantado de colaborar en lo que sea, Señora del Dragón.

—Háblame de los asesinos de lord Verminaard. Tengo entendido que hasta el momento no has conseguido arrestarlos.

—No ha sido culpa mía —se defendió rápidamente Toede—. Grag y el aurak echaron a perder el plan. Sé dónde están esos criminales, sólo que parece que no puedo... dar con ellos. Se encuentran en el reino enano, ¿comprendes? Te explicaré...

—No me interesa —lo interrumpió Kitiara al tiempo que alzaba una mano para detener el raudal de palabras—. Y tampoco al emperador.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a interesarle?

—Volviendo a lo de los asesinos, ¿sabes cómo se llaman? ¿Sabes algo sobre ellos? ¿De dónde proceden...?

—Oh, sí —respondió Toede, contento—. ¡Los tuve bajo mi custodia!

—¿De veras? —Kitiara lo miró fijamente.

—Lo que quiero decir es que no los tuve realmente bajo mi custodia —parloteó de manera atropellada—, sino que hice que los encerraran en jaulas.

—Pero no bajo custodia —apremió Kit, prietos los labios para no reírse.

Fewmaster Toede tragó saliva con esfuerzo.

—Pensé que eran como todos los demás esclavos que estábamos capturando en aquel momento. Ignoraba que fueran asesinos. ¿Cómo iba a saberlo, señora? —Toede extendió las manos en un gesto patético—. Después de todo, cuando los apresé aún no habían matado a nadie.

Kitiara hacía un gran esfuerzo para no dar rienda suelta a su regocijo. Hizo un ademán con la mano, como desestimando el asunto. Toede volvió a secarse el sudor de la frente.

—Llevaba a los esclavos a Pax Tharkas para trabajar en las minas de hierro cuando un ejército de unos cinco mil elfos asaltó la caravana.

—¡Cinco mil elfos! —se maravilló Kitiara.

—Gracias a mi brillante liderazgo, Señora del Dragón, mi pequeña tropa, compuesta sólo por seis soldados, resistió contra los elfos varios días —manifestó Toede con aire modesto—. A despecho de sufrir catorce heridas por todo el cuerpo, estaba dispuesto a luchar hasta la muerte. Por desgracia, perdí el conocimiento y mi lugarteniente, ese maldito cobarde, dio la orden de retirada. Mis hombres me sacaron del campo de batalla. Estuve a punto de morir, pero la reina Takhisis en persona me curó.

—Qué suerte para nuestra causa que su majestad te ame tanto —dijo Kitiara en tono cortante—. Bien, en cuanto a esos asesinos...

—Sí, veamos si consigo recordar los detalles. —Toede arrugó la cara. Se suponía que esa mueca horrible denotaba algún tipo de proceso mental de profunda reflexión—. Me topé por primera vez con esos bribones en Solace, cuando su señoría me envió allí en busca de un bastón con un cristal azul. Si me disculpas un momento...

Toede salió disparado de la tienda. Kitiara lo vio correr de un lado a otro del campamento para abordar a las tropas y hacerles algunas preguntas. Al parecer obtuvo las respuestas que buscaba, porque volvió a la carrera, con mucho bamboleo de barriga y zarandeo de papada.

—Lo he recordado, señora. Es imposible olvidarse de ellos. Había un mestizo, un semielfo al que llamaban Tanis, un hechicero enfermo llamado Raistlin Majere y su hermano, Caramon. Había un caballero. No sé qué Brightblade. Y un enano, de nombre Flint, así como una bestezuela kender, al que llamaban Hotfoot...

Kit masculló algo entre dientes y Toede interrumpió la retahíla un momento antes de preguntar:

—¿Conoces a esos criminales, Señora del Dragón?

—Por supuesto que no —replicó secamente Kitiara—. ¿Por qué iba a conocerlos?

—Por nada, señora —contestó Toede, que se había quedado pálido—. Por nada en absoluto. Es sólo que me pareció oírte decir algo...

—Tosí, eso es todo —lo interrumpió, y añadió, irritada—: Aquí dentro hay un olor espantoso.

—Es por los draconianos. Apestosos reptiles... Me libraría de ellos, pero son útiles. Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí, los asesinos viajaban en compañía de unos bárbaros...

Kitiara apenas le prestaba atención. Cuando empezó a interrogar a Toede sólo había sido un juego. Quería saber si los asesinos habían sido Tanis, sus hermanos y sus viejos amigos. No imaginó que oír sus nombres, descubrir la verdad, iba a afectarla tanto. Experimentaba sensaciones contradictorias. Por un lado, le causaba un descabellado orgullo que sus amigos hubieran matado al poderoso Señor del Dragón, pero por otra parte le inquietaba que pudieran relacionarla con ellos. Sobre todo, sentía un intenso y repentino deseo

de volver a verlos a todos, en especial a Tanis.

—... El mestizo y sus amigos llegaron a Pax Tharkas —decía Toede cuando Kitiara empezó a prestarle atención de nuevo—, donde me encontraba yo por aquel entonces haciendo de consejero de lord Verminaard. Los criminales viajaban en compañía de un par de elfos que eran hermanos. El nombre de él era Gilthanys y el de la mujer... A ver si me acuerdo... —La cara de Toede se contrajo en un gesto pensativo—. Falanalautanasa o algo por el estilo.

—Lauralanthalasa —dijo Kitiara.

—¡Eso es! —Toede se dio una palmada en el muslo y después la miró con estupor—. ¿Cómo lo sabías, Señora del Dragón?

Kitiara comprendió que casi se había delatado.

—Cualquiera con dos dedos de frente lo sabe —replicó mordazmente—. La mujer que tuviste en tus mugrientas manos es una princesa elfa, hija del Orador de los Soles.

Fewmaster Toede dejó escapar una exclamación ahogada.

—¿En serio? —preguntó, temblorosa la voz.

Kitiara le asestó una dura mirada.

—¡Tuviste a la hija del rey de los elfos a tu alcance y no hiciste nada!

—¡Yo no, Señora del Dragón! —protestó Toede con un timbre agudo en la voz provocado por el pánico—. Fue Lord Verminaard. ¡Yo sólo he recordado el episodio, ni siquiera estaba por los alrededores de Pax Tharkas en ese momento! Estoy seguro de que si me hubiera encontrado allí, habría reconocido a la princesa al instante, porque, como tú has dicho, todo el mundo conoce a la tal Lauralapsalusa, esa, eh... esa princesa, y habría aconsejado a lord Verminaard que... eh... eh... —balbuceó Toede.

—Le habrías aconsejado que la retuviera como rehén, que la utilizara para exigir a los elfos que se rindieran o la mataríais. Habríais recaudado una fortuna por su rescate.

—¡Sí! —gritó Toede—. Eso es exactamente lo que le hubiera aconsejado a su señoría que hiciera. Verminaard me pedía asesoramiento con frecuencia, ¿sabes? Me han contado que sus últimas palabras antes de morir fueron: «Ojalá le hubiera hecho caso a Toede.» ¿Adónde vas, señora? ¿Ocurre algo?

Kitiara se había incorporado bruscamente de la silla.

—Me he cansado de esta conversación. ¿Dónde ésta mi tienda?

Fewmaster dio un salto.

—Te escoltaré hasta allí yo mismo, Señora del...

Kitiara se volvió hacia el hobgoblin.

—¡No necesito una maldita escolta! ¡Dime dónde está la tienda!

Toede se encogió, acobardado.

—Sí, Señora del Dragón. Se ve desde aquí. —Señaló hacia una de las tiendas grandes del campamento—. Es aquella...

Kitiara salió con gesto airado. Apartó un barrilete de una patada y tiró a un draconiano que no se quitó de su camino con bastante rapidez. Internándose con alivio en la fresca penumbra de su tienda, la mujer se sentó en el tosco camastro, pero casi de inmediato volvió a ponerse de pie y empezó a pasear de un lado para otro.

Lauralanthanasa, también conocida por el cariñoso diminutivo de Laurana; princesa elfa, hija del Orador de los Soles... y prometida de Tanis Semielfo.

Tanis le había contado a Kitiara todo lo referente al idilio de su infancia y adolescencia. También le había dicho que ese episodio estaba olvidado. Que sólo amaba a una mujer en el mundo y que esa mujer era ella, Kitiara.

Cuando le pidió que viajara con ella hacia el norte, hacía de eso cinco años, él se negó. Le había puesto excusas poco convincentes, que si desasosiego y confusión en su estado anímico, que si la necesidad de pensar bien las cosas, de llegar a conocerse a sí mismo, de intentar encontrar la paz interior entre las dos mitades enfrentadas de su ser. Que si había oído rumores sobre el regreso de los dioses verdaderos e iba a investigar...

—¡Y una mierda iba a investigar rumores sobre dioses! —Kitiara echaba chispas—. ¡Ese mentiroso bastardo iba a buscar a su antigua novia!

Daba igual que en ese intervalo de años la propia Kitiara hubiera tenido un montón de amantes, incluido el amigo íntimo de Tanis, Sturm Brightblade, que había viajado al norte con ella. La relación sólo había durado una noche. Había seducido al joven caballero principalmente porque estaba furiosa con Tanis. A Sturm le siguió Ariakas, y en la actualidad tenía a su apuesto lugarteniente, Bakariss. No había amado a ninguno de ellos. Ni siquiera estaba segura de haber amado a Tanis, pero lo que sabía de cierto era que él tendría que estar enamorado de ella, no de una zorra elfa de extremidades flacuchas, ojos rasgados y orejas puntiagudas.

A Kitiara ya no le importaba por qué o cómo sus amigos habían asesinado a lord Verminaard. Sólo podía pensar en Tanis y esa chica elfa. ¿Seguiría todavía con él? ¿Qué había pasado cuando estuvieron juntos en Pax Tharkas? Kitiara necesitaba tener más información y lamentaba haberse separado de Toede antes de que el hobgoblin hubiera acabado su historia. Claro que Toede no había estado en Pax Tharkas. Él mismo lo había admitido. Tenía que encontrar a alguien que sí hubiera estado.

Le sonsacaría al comandante Grag, pero antes tenía que inventar un pretexto para preguntarle por sus amigos. No debía despertar sospechas en el draconiano. Ariakas ya estaba receloso, y si llegaba a descubrir que Tanis había sido su amante...

Kitiara se dejó caer en el camastro. Contempló, fruncido el entrecejo, el techo de lona mientras se hacía reproches.

—¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué me preocupa? Tanis es un hombre más de todos los que he conocido. Sólo que no lo es —añadió en un susurro, de mala gana.

Todos esos hombres que había conocido desde que se separó de Tanis. Ahora se daba cuenta de que los había tomado en sus brazos y metido en su cama con la esperanza de que cada nuevo amante le hiciera olvidar al antiguo. El único amante que la había desdeñado, la había rechazado, le había dado la espalda y había salido de su vida.

Se estaba quedando dormida cuando vio el rostro de Tanis... Como lo veía cada vez que otro hombre le hacía el amor.

\* \* \*

Lejos, en Neraka, el fuego de un brasero ardía alegremente. Las llamas se reflejaban en los ojos de Ariakas, pero el emperador no las veía. Veía las imágenes que había en el brillo del fuego mágico. Observaba y escuchaba con un gesto de desagrado.

Finalmente, el fuego mágico consumió el mechón del rizado cabello negro que Iolanthe había colocado cuidadosamente en el brasero. Las imágenes del hobgoblin, Toede, y de Kitiara desaparecieron justo cuando la mujer se marchó a su tienda.

Ésta era la tercera vez que Iolanthe y Ariakas habían usado el hechizo de visión a distancia para espiar a Kitiara, y la primera que descubrían algo interesante. Anteriormente, Ariakas y ella habían observado a Kitiara hablando con Derek Crownguard en una ocasión, y en la siguiente la guerrera viajaba montada en Skie. A Ariakas le había complacido comprobar que Kit le era leal, que quizá era la única entre sus Señores de los Dragones en quien podía confiar realmente. Ahora no tenía más remedio que afrontar la verdad.

—Te habrás dado cuenta, milord, de cómo dirigió la conversación para que saliera el tema de esas personas de Solace. Entre los nombrados estaban sus hermanastros, ¿verdad, mi señor? ¿Raistlin y Caramon Majere?

—Así es —confirmó el emperador, sombrío. Apartó la mirada torva del brasero, del que se alzaban volutas de humo, para detenerla en Iolanthe—. Kitiara me habló de ellos. Creo que hace tiempo abrigaba la idea de que se reunieran con ella, pero de ser cierto, todo quedó en nada. Si hubiese contratado a esos hombres, ¿por qué hacer preguntas sobre ellos? A mi entender, lo lógico sería evitar mencionarlos en absoluto para no despertar sospechas sobre ella.

—A menos que tenga miedo de que se la pueda implicar, milord. Quizá intenta descubrir si dijeron o hicieron algo que pudiera señalarla.

Ariakas gruñó y apartó la silla. Se incorporó y, echándose la capa, se marchó sin decir nada. Estaba enfadado con ella por haberle revelado lo que no quería saber. Iolanthe tendría que haber intentado apaciguarlo, pero la ejecución del hechizo la había dejado exhausta. Estaba mareada, sentía náuseas, y el olor a pelo quemado no contribuía precisamente a mejorar su malestar.

El emperador se detuvo al llegar a la puerta de los aposentos de la hechicera.

—No estoy convencido —le dijo—. Habrá que repetir esto.

—Estoy a tu disposición, milord —contestó Iolanthe, rendida, si bien sacó fuerzas de flaqueza para ponerse de pie y hacer una reverencia.

Cuando el emperador se hubo marchado, Iolanthe se hundió pesadamente en la silla y se quedó mirando fijamente el brasero. Se planteó su posición. Al traicionar a Kitiara no cabía duda de que se ganaría el favor de Ariakas, pero ¿qué pasaría si la guerrera lo descubría? Después de haber visto a Kitiara, Iolanthe estaba impresionada con ella. Era fuerte, resuelta, inteligente. Sí, se traía entre manos un juego peligroso, pero Iolanthe no sabía exactamente qué juego era.

La gente de Khur adoraba a los caballos, criaba la mejor raza del mundo y, a fin de constatar qué tribu poseía la mejor manada, se hacían carreras con los animales compitiendo entre tribus y apostando por el resultado.

Iolanthe empezaba a preguntarse si habría apostado su dinero al caballo equivocado.

La hechicera se había percatado de algo que a Ariakas le había pasado inadvertido, algo que sólo una mujer sabría percibir. Kitiara había estado de un humor excelente mientras jugaba con el estúpido hobgoblin, incluso mientras le sacaba la información que quería. Había disfrutado con lo que Toede le contaba hasta que mencionó el nombre de la princesa elfa. En un visto y no visto, el humor de Kitiara había cambiado. En cierto momento se estaba riendo entre dientes de Toede y un instante después montaba en cólera. Justo cuando había sentido el penetrante aguijón de los celos. Kitiara estaba celosa de la elfa, y eso significaba que uno de los asesinos no sólo estaba a sueldo de la Señora del Dragón, sino que también se metía en su cama.

Iolanthe podría haberle mencionado eso a Ariakas. No tenía pruebas, pero sí unos cuantos rizos negros. Decidió dejar que los caballos corrieran y ver cómo se comportaban a medida que cubrían el recorrido antes de apostar dinero a uno o a otro.

## 8

### *El espía La rival*

Kitiara no durmió bien esa noche. Se pasó la mitad del tiempo despierta y pensando en Tanis, unas veces con placer y otras maldiciendo su nombre. Cuando por fin consiguió quedarse dormida, Takhisis la visitó en sueños para apremiarla a que abandonara Haven y se pusiera en camino de inmediato hacia el alcázar de Dargaard para, una vez allí, desafiar al Caballero de la Muerte, lord Soth. Kit puso todo su empeño en eludir a la reina y se despertó con un dolor de cabeza espantoso. Temerosa de volver a dormirse, se levantó y salió en busca del comandante Grag.

El día despuntaba gris, desapacible y frío. Por la noche había caído una llovizna gélida y, a pesar de que había parado de llover, el agua goteaba de los árboles, formaba charcos en el suelo embarrado y resbalaba por los costados de las tiendas. Los soldados humanos refunfuñaban y protestaban. Los draconianos también rezongaban, pero no por el mal tiempo. Estaban furiosos porque los habían hacinado allí, sin hacer nada, en vez de estar combatiendo en la guerra. Kit encontró al comandante haciendo la ronda por los puestos de los centinelas.

—Comandante —dijo cuando alcanzó al oficial draconiano y caminó a su lado—, el emperador me ha encargado que investigue la muerte del Señor del Dragón Verminaard...

Grag torció el gesto.

—A mí tampoco me hace mucha gracia el encargo —afirmó Kitiara—. En mi opinión, Verminaard provocó su propia perdición. Sin embargo, me han dado una orden y he de cumplirla.

Grag asintió con la cabeza para indicar que lo comprendía.

—Hablé con Fewmaster anoche. ¿Qué puedes contarme sobre los asesinos? —preguntó Kitiara.

El draconiano la miró de soslayo. Tanto interés en los asesinos ¿sería porque intentaba no dejar rastro? Grag consideró el asunto. La mujer le caía bien en tanto que había considerado a Verminaard un rústico patán. Si la Dama Azul estaba involucrada en su muerte, no era asunto de su incumbencia. Grag encogió los hombros escamosos.

—No mucho, me temo. Eran esclavos y, como tales, no tenía trato con ellos. No reparé en ellos hasta que nos atacaron. Aun entonces, las cosas ocurrieron tan deprisa y en medio de tanta confusión, con la batalla entre dragones y media montaña desplomándose sobre nosotros, que apenas presté atención a los esclavos, salvo para ordenar a mis hombres que los mataran, por supuesto.

Kitiara se disponía a marcharse para comer algo cuando Grag, como si se le acabara de ocurrir, añadió:

—Hay alguien que quizá pueda contarte algo más. Era uno de los espías de Verminaard. Se las arregló para ganarse la confianza de esas personas y puso sobre aviso a Verminaard de que probablemente tratarían de atentar contra su vida. Al menos eso es lo que dice él.

—No me vendría mal tal información —opinó Kit—. ¿Dónde está ese hombre?

—Date un paseo hasta Haven —contestó Grag—. Encontrarás lo que queda de él al lado del camino.

Kitiara hizo un gesto de extrañeza con la cabeza, sin entender.

—Lo dices como si estuviese muerto en la cuneta.

—Seguramente él querría estarlo. El desdichado quedó enterrado bajo el desprendimiento de bloques de piedra de Pax Tharkas. Creíamos que estaba muerto cuando lo sacamos, pero aún respiraba. Los matasanos le salvaron la vida, pero no las piernas. Si el mendigo no está en su sitio de costumbre, entra en Haven y pregunta por él. Alguien sabrá dónde encontrarlo. Se llama Eben Shatterstone.

\* \* \*

«Encontrarás lo que queda de él al lado del camino.»

La descripción de Grag no podía ser más atinada.

Muchos mendigos habían tomado posiciones a las afueras de la ciudad con la esperanza de sacar algo de los viajeros antes de que se gastaran el dinero en el mercado. La mayoría de los hombres eran heridos de guerra y a casi todos ellos les faltaba algún miembro. Al mirar a aquellos hombres, muchos vestidos aún con los harapos del uniforme, a Kit se le hizo un nudo en el estómago. Se vio a sí misma al lado de una calzada con la mano tendida suplicando las migajas.

«Yo no —juró Kit para sus adentros—. Mientras me queden fuerzas para usar la espada, no.»

Abrió la bolsa de dinero y empezó a repartir monedas al tiempo que preguntaba por un hombre que se llamaba Shatterstone. Los mendigos negaban con la cabeza; estaban demasiado absortos en su desventura como para interesarse por nadie más. Sin embargo, uno de ellos señaló con el puño de una mano hacia lo que parecía ser un bulto de harapos caído debajo de un árbol.

Kitiara se dirigió hacia allí y, según se acercaba, vio que era un hombre; o, mejor dicho, los despojos aplastados de un hombre. Le faltaban las piernas, que le habían sido amputadas; el infeliz había atado lo que quedaba de su persona a un pequeño carro con ruedas y se empujaba con las manos en el suelo para desplazarse. Tenía el rostro tan desfigurado que costaba trabajo discernir qué aspecto había tenido antes, pero a Kitiara le pareció que en otro tiempo debía de haber sido un joven apuesto. El cabello sucio le cubría la frente y le caía sobre los hombros.

Al aproximarse, él alargó una mano mugrienta.

—Busco a Eben Shatterstone —dijo Kit, que se puso en cuclillas para estar a la misma altura que el hombre.

—No lo conozco —respondió él con rapidez. Tenía los ojos clavados en la bolsa de dinero.

Kitiara sacó una moneda de acero y la sostuvo en alto.

—Tengo esto para Eben. Si por casualidad te cruzas con él...

—Yo soy Shatterstone —dijo al tiempo que le dirigía una mirada que no tenía nada de amistosa—. ¿Qué quieres?

—Información. —Kitiara le tendió la moneda. Él la mordió para comprobar que era buena y luego la deslizó en una bolsa que llevaba colgada al cuello de una tira de cuero—. Hay otra igual si me dices lo que quiero saber.

—¿Sobre qué? —Eben recelaba.

—Una mujer elfa. Viajaba con unos aventureros que entraron en Pax Tharkas...

Los labios de Eben esbozaron una desagradable mueca lasciva.

—Laurana.

Kitiara se sentó en una de las raíces del árbol que asomaban sobre el suelo.

—Podría ser su nombre. No estoy segura.

—Era la única elfa en Pax Tharkas —dijo Eben—. Y era una preciosidad. Lástima que sólo tuviera ojos para un hombre... O quizá debería decir un semihombre. La otra media parte era elfa. —Rió su propia gracia y Kitiara coreó su risa.

—Cuéntame lo que sepas sobre esa elfa. ¿Cómo fue a parar allí? ¿Viaja en compañía de ese semielfo? ¿Tal vez era su amante? —Habló con un tono despreocupado.

Eben la miró con atención, fijamente, por primera vez. Kitiara imaginaba lo que estaba pensando. Había prescindido del atavío de Señora del Dragón y vestía ropas de viaje corrientes, de las que llevaría una mercenaria: jubón de cuero, capa de lana, camisa, botas. Sin embargo, eran prendas de calidad, como lo era la espada que llevaba a la cadera. Un aire de mando y autoridad la envolvía como un perfume caro. El hombre sabía que era alguien importante, pero no quién era. Todo lo cual le convenía a Kitiara.

Eben empezó a hablar y Kit se recostó contra el árbol y escuchó.

Al semielfo, que se llamaba Tanis, y al resto del grupo —una cuadrilla variopinta de pelagatos— los habían hecho prisioneros en Solace y los llevaban a Pax Tharkas cuando la caravana de esclavos cayó en la emboscada de una pequeña partida de elfos qualinestis (¡ni por asomo cinco mil!) En el instante en el que los elfos dispararon sus flechas, los guardias de la caravana, encabezados por Fewmaster Toede, se habían batido en retirada; de hecho, habían puesto pies en polvorosa. Los elfos habían liberado a los esclavos y a la mayoría les dijeron que siguieran su camino. Uno de los elfos, un tal Gilthanas al que Eben había conocido anteriormente, reconoció al semielfo. Por lo visto, los dos se habían criado juntos o algo por el estilo. El semielfo y sus amigos acompañaron a los elfos a la ciudad de Qualinost, que por entonces estaba a punto de sufrir el ataque de los ejércitos de los dragones.

Al parecer, la tal Laurana había estado comprometida en matrimonio con el semielfo, un arreglo al que su padre se habría opuesto de haberlo sabido. Los elfos convencieron a Tanis y a su pandilla para que fueran a Pax Tharkas a iniciar una revuelta de esclavos que, supuestamente, mantendría al ejército enemigo ocupado y daría tiempo a los elfos para evacuar a los suyos.

El grupo se puso en camino hacia Pax Tharkas acompañado por Gilthanas y su hermana Laurana. La elfa los había seguido a hurtadillas y cuando la descubrieron no había querido regresar a casa.

Eben sabía todo esto porque se había infiltrado en el grupo en su papel de espía de Verminaard. Había advertido al Señor del Dragón de lo peligrosa que era esa gente, pero Verminaard, en su arrogancia, no le había hecho caso.

En cuanto a Laurana, era una monada, pero también una mocosa malcriada que se pasaba casi todo el tiempo fantaseando con el semielfo.

—¿Y cómo reaccionó el semielfo a eso? —preguntó Kitiara.

—Tanis decía que no quería tenerla pegada a los talones todo el tiempo, siguiéndolo a todas partes, pero, naturalmente, se relamía con la situación como si estuviera comiendo un pastel —dijo con sorna el mutilado—. ¿Y qué hombre no lo habría hecho? La chica era una preciosidad. La mujer más bella que había visto en mi vida.

—Para ser elfa —dijo Kitiara.

—Elfa, humana... —Eben esbozó una sonrisa desagradable—. No la habría echado de mi cama. Y apuesto que el semielfo tampoco lo hizo. Quién sabe lo que harían esos dos mientras los demás dormíamos. Oh, sí, claro, Tanis tenía que fingir que no quería saber nada de ella porque el hermano no le quitaba ojo. Pero todos nos dábamos cuenta de lo que pasaba. Esos dos no engañaban a nadie.

Kitiara se puso de pie con brusquedad. Había oído suficiente. Más que suficiente. Se le retorcían las entrañas como si tuviera dentro

un nido de víboras. Eben miró la bolsa del dinero.

—¿Quieres saber lo que le hicieron a lord Verminaard?

—Me importa un bledo —repuso Kit, que estaba de muy mal humor—. Supongo que no sabrás lo que fue de la elfa tras la caída de Pax Tharkas.

Eben se encogió de hombros.

—Oí decir a unos dracos que todos acabaron en el reino enano.

—¿El reino enano? —repitió Kitiara.

—Thorbardin. Al parecer fueron allí para esconderse del ejército de los dragones. Si el semielfo está en Thorbardin, entonces apostaría que Laurana está allí con él.

Kitiara se dio media vuelta para marcharse.

—¡Eh! —gritó Eben, furioso—. ¿Y mi dinero?

Kitiara sacó una moneda de la bolsa, la tiró al suelo frente a él y echó a andar calzada adelante, de vuelta al campamento del ejército de los dragones. En la vida había estado tan furiosa. Tanis había jurado que sólo la amaba a ella, pero unas cuantas semanas después tenía una aventura con otra mujer. ¡Y encima con una asquerosa elfa! Si Kit se hubiera encontrado con Tanis en ese momento, lo habría matado y lo habría pisoteado.

\* \* \*

Skie aún no había vuelto de hacer su encargo y Kitiara no sabía cómo ponerse en contacto con él, así que tuvo que quedarse en el campamento del ejército de los dragones e hizo todo lo posible para no toparse con el imbécil de Fewmaster. El comandante Grag se empeñaba en que sus tropas estuvieran en las mejores condiciones para el combate, y Kit se mantuvo ocupada participando en los entrenamientos. En las prácticas con los draconianos, que eran unos excelentes espadachines, Kit perfeccionaba su técnica, además de servirle para descargar la frustración.

Pero cuando no estaba intercambiando golpes con Grag o participando en incursiones por el territorio circundante, se quedaba sola en la tienda, rumiando. Mejor dicho: no estaba sola. Una elfa de cabello dorado y rasgados ojos de color azul la acompañaba en todo momento, se sentaba a los pies de su catre y se reía de ella.

Kitiara era incapaz de quitarse de la cabeza a Laurana. Tenía que saber más cosas sobre su rival. Después de todo, un buen general debía conocer al enemigo para dirigir una campaña con éxito. Mandó a sus propios espías al territorio próximo al reino enano. No podrían entrar en la fortaleza subterránea, pero sí vigilar y avisarla si veían que cualquier humano, elfo o semielfo (en especial estos últimos) abandonaba el reino bajo la montaña.

«Conozco a Tanis —se dijo mientras escribía las órdenes—. No se quedará mucho tiempo encerrado bajo tierra con un montón de enanos. Para empezar, detesta estar confinado en espacios cerrados. Vivir en un gran agujero subterráneo debe de estar volviéndole loco. En segundo lugar, hay una guerra en marcha y querrá encontrarse donde haya acción.»

De hecho, Kit estaba deseando viajar al Muro de Hielo. No era sólo porque se aburría en el campamento, sino que se le había ocurrido la posibilidad de que el Señor del Dragón Feal-Thas, al ser elfo, debía conocer a Laurana, que también pertenecía a esa raza. Claro que sacar esa conclusión era tanto como decir que por ser ella humana tenía que conocer al Señor de Palanthas. Sin embargo, Kit no razonaba con claridad. Vigilaba atentamente el cielo nuboso, y se regocijó el día que vio destellar el sol en las escamas azules de Skie cuando el dragón sobrevoló la zona del campamento.

Su informe sobre los dragones rojos no era bueno. Estaban enfadados y descontentos. Les habían llegado rumores de los botines conseguidos por los dragones en otras zonas de Ansalon y querían lo mismo. Si el Ala Roja no atacaba algo pronto, los rojos saldrían por propia iniciativa sin importarles mucho contra qué objetivo. Con el humor que tenían, les daría igual atacar a un aliado o a un enemigo.

Kitiara informó debidamente sobre esto a Ariakas y añadió que, en su opinión, Fewmaster Toede era justo lo que su señoría buscaba en un Señor del Dragón. Cuando le dijo a Toede que lo había recomendado para el puesto, tanto la gratitud del hobgoblin como su hedor fueron abrumadores; al parecer, el placer provocaba una frenética actividad en sus glándulas sudoríparas. Cuando Kitiara consiguió finalmente que el hobgoblin dejara de lamerle las botas, fue a despedirse de Grag.

Le contó que había recomendado a Toede para Señor del Dragón y también le dijo por qué lo había hecho.

—Serás tú quien esté realmente al frente del ejército —dijo Kit.

El comandante Grag sonrió y la larga lengua se agitó entre los dientes. Los dos se estrecharon mano y garra y Kitiara se marchó en el malhumorado Skie, a quien no le apetecía en absoluto la idea de viajar hasta el Muro de Hielo.

—No te preocupes —le dijo Kit mientras subía a lomos del dragón—. No tienes que quedarte. Te mandaré de vuelta al norte.

—¿Para combatir? —inquirió Skie, anhelante. Aunque no sentía aprecio por sus parientes rojos, los compadecía y entendía bien su desagrado por la tregua actual en el conflicto.

—No —contestó Kitiara—. Quiero que traigas parte del Ala Azul al sur, tanto dragones como draconianos.

Preguntándose si hablaría en serio, Skie giró la cabeza para mirarla fijamente.

—¿Al sur? —repitió, estupefacto y crítico—. ¿Por qué al sur? Nuestra guerra es en el norte.

—De momento, no —objetó Kitiara—. Tú trae el ala cuando regreses. No tardarás en descubrir la razón.

Y Skie tuvo que conformarse con eso porque Kit no quiso decirle nada más.

*El brujo invernal*  
*El Palacio de Hielo*

El lobo blanco avanzaba a lo largo del salón cubierto de nieve, silencioso y prácticamente invisible al confundirse el níveo pelaje con el entorno helado. El animal pasó ante columnas de cristalino hielo que se alineaban a lo largo del salón y sostenían el abovedado techo de hielo. El sol poniente, un orbe rojo que rielaba, era visible a través de los grandes ventanales en arco de finísimo hielo cristalino, de manera que las columnas de hielo y las paredes de bloques de nieve resplandecían con el fuego del día que llegaba a su fin.

Las paredes de hielo cambiaban de color un centenar de veces a lo largo del día: rojo llameante y naranja al amanecer; blanco resplandeciente durante las horas diurnas, cuando nevaba; azul espectral a la luz de las estrellas durante la noche. La belleza siempre cambiante del salón cristalino era extraordinaria, impresionante, excepto para el lobo. Para él todo era un entorno gris, carente de atractivo y singularidad. Absorto en su misión, atravesaba el salón sin mirar a derecha ni a izquierda.

El lobo venía del castillo del Muro de Hielo, distante unos cuantos kilómetros y cuyas ruinas se divisaban desde cualquiera de los numerosos ventanales. El castillo del Muro de Hielo no era tal, realmente. Construido en un principio como un faro fortificado, con anterioridad al Cataclismo, se alzaba en lo alto de una isla de nombre ahora olvidado, al sur de la famosa ciudad portuaria de Tarsis. Almenaras encendidas en lo alto de sus torres habían guiado antaño a los barcos —a través de niebla y oscuridad— a la seguridad del puerto o habían avisado a la ciudad de la aproximación de velas enemigas.

Cuando sobrevino el Cataclismo que convulsionó el mundo, el mar retrocedió y Tarsis y sus barcos de blancas alas quedaron varados en tierra.

Un enorme glaciar que se expandió paulatinamente desde el sur acabó por engullir el faro y la isla sobre la que se erguía. Los muros de la fortaleza —empujada y vapuleada por el hielo demoledor— se rompieron y se desmoronaron. Sólo aguantaba en pie una torre que se inclinaba peligrosamente hacia fuera, apuntalada por formaciones de hielo. La mampostería original del resto del faro fortificado ya no era visible al haber quedado enterrada bajo capas de hielo.

Los habitantes de esta parte del mundo —pescadores que vivían en chozas construidas con pieles de animales— lo llamaban castillo del Muro de Hielo y lo consideraban una curiosidad, nada más. Nómadas que llevaban una vida dura siguiendo a la pesca en sus veloces botes deslizantes, a los Bárbaros de Hielo no les interesaba el castillo. Después de explorarlo y apoderarse de todo lo que encontraron que podría serles de utilidad en su lucha por la supervivencia en un territorio cruelmente alterado, lo abandonaron.

Otros residentes de la región —los bestiales thanois, también conocidos como los hombres-morsa y enemigos ancestrales de los Bárbaros de Hielo— ocuparon el castillo durante un año más o menos y lo utilizaron como puesto avanzado desde el que lanzaron ataques a los nómadas. Después, los thanois lo abandonaron también, expulsados por una persona de la que afirmaban, aterrados, que era la encarnación del invierno.

Feal-Thas había vuelto.

Cuando empezó la Guerra de la Lanza, Ariakas necesitaba un Señor del Dragón en esa parte del continente, pero tenía problemas para encontrar a alguien que aceptara esa onerosa tarea. El clima era espantoso, apenas había combates en el sur y, en consecuencia, tampoco había oportunidades para alcanzar la gloria y los ascensos, además de no haber nada que se pudiera saquear a menos que a uno le interesara el pescado ahumado. Ariakas ya pensaba que tendría que ordenarle a alguno de ellos que se encargara de la zona del glaciar y que entonces le tocaría aguantar a un Señor del Dragón descontento y escuchar sus reproches, sus quejas y sus protestas. Sin embargo, tuvo suerte. Encontró a Feal-Thas.

De haber otra opción, Ariakas nunca habría elegido a un elfo —ni siquiera un elfo oscuro—, pues desconfiaba de los miembros de esa raza y no le caían bien. Estaba de acuerdo con su reina en que el único elfo bueno era un elfo muerto, y estaba haciendo todo lo posible para que se cumplieran los deseos de su majestad en lo tocante a eso. Sin embargo, Feal-Thas fue el único que mostró cierto interés en ir al Muro de Hielo. Así pues, Ariakas puso a prueba la lealtad de Feal-Thas al ordenarle que regresara a su nativa Silvanesti para espiar y transmitir los datos sobre las defensas elfas. Feal-Thas no sólo le dio una descripción precisa sino también una información



valiosa respecto a un oscuro secreto que el rey Lorac guardaba en lo más profundo del corazón: el Orbe de los Dragones que resultó ser la perdición del monarca elfo.

Aun así, Ariakas no confiaba todavía en el elfo. Feal-Thas era arrogante y mordaz y no trataba al emperador con el respeto debido. Sin embargo, y puesto que no encontró otro candidato dispuesto a vivir en el glaciar, Ariakas entregó al elfo el desolado territorio bloqueado por el hielo, si bien a regañadientes. Takhisis envió a Sleet, una hembra de dragón blanco, al glaciar para que vigilara al elfo. Después, tanto la reina como el emperador se olvidaron rápidamente de él.

En cuanto a Feal-Thas, era un misterio para todos los que lo conocían. ¿Qué razón podía inducir a un elfo, cuya raza amaba y veneraba todas las cosas verdes y en crecimiento, elegir instalarse en una región donde toda la vida vegetal había muerto congelada, donde hasta el recuerdo de su existencia había desaparecido, enterrado bajo el hielo y la nieve?

Nadie conocía la respuesta, porque ningún silvanesti recordaba ya a Feal-Thas, excepto el rey Lorac, y éste se había vuelto loco. En la Torre de la Alta Hechicería de Wayreth, donde el hechicero había vivido y trabajado antaño, se podría haber encontrado un expediente de Feal-Thas si cualquiera se hubiera molestado en buscarlo, pero no parecía que hubiera motivos para que alguien lo hiciera.

Ni que decir tiene que el lobo no podía responder ninguna pregunta sobre el Señor del Dragón. Sólo sabía que era su amo. Al llegar a la puerta de los aposentos de su señor, el lobo la abrió empujando con el hocico y entró.

Feal-Thas, cómodamente arrebujado en una larga capa de pieles blancas, se encontraba sentado ante el escritorio, que estaba tallado en el hielo, como casi todo el mobiliario en el Palacio de Hielo. Cuando el lobo entró en la estancia, el elfo se hallaba enfrascado en la redacción de un informe para el emperador. Feal-Thas escribía con el cálamo de una pluma que mojaba en tinta; una tinta que, de no haberla tratado con un hechizo, se habría congelado. La letra del Señor del Dragón era pequeña y apretada, y Ariakas se irritaba cada vez que la veía porque tenía un resabio a elfo.

Ariakas casi nunca se tomaba la molestia de tratar de descifrar los garabatos del elfo. Entregaba la misiva a uno de sus ayudantes para que la leyera y resumiera los informes de Feal-Thas, que, de todos modos, nunca trataban de cosas interesantes. Cuando los ejércitos de los dragones llegaron en su avance al sur de Abanasinia y a las Praderas de Arena, la tarea de Feal-Thas consistiría en proteger las líneas de suministro. Hasta entonces, tenía que quedarse escondido en su territorio helado y no estorbar a los que tenían que ocuparse de asuntos de la guerra realmente importantes.

Feal-Thas era plenamente consciente de que el emperador no se fiaba de él y que no le gustaba. Lo sabía porque conocía los secretos del alma de Ariakas del mismo modo que conocía los secretos guardados bajo llave en las almas de otros. Feal-Thas también tenía secretos —unos secretos peligrosos—, y el mejor guardado era su condición de brujo invernal, una clase rara de hechicero que poseía, entre otros poderes, la habilidad mágica de «congelar» el Río del Tiempo durante un breve lapso (una centésima de segundo). En ese tiempo podía obtener una fugaz percepción de los sentimientos y pensamientos más íntimos de una persona, como si una ráfaga de viento helado circulara entre él y su objetivo llevando consigo todo tipo de improntas que el candente helor grababa en su cerebro. No obtenía toda esa información de golpe. Tenía que tomárselo con calma y revolver en la porquería esparcida en el corazón de la gente para sacar algo de verdadero valor para él. Una vez hecho eso, lo guardaba para utilizarlo en el futuro.

La magia invernal le confería a Feal-Thas poder sobre los demás, pero también resultó ser una maldición. Como elfo, como forastero, nunca debería haber sido iniciado en los secretos de un brujo invernal.

Feal-Thas había sido declarado elfo oscuro —alguien expulsado de la Luz— y desterrado de su patria hacía más de trescientos años por el delito de asesinar a su joven amante. Encadenado, unos guerreros elfos lo condujeron hacia el sur, a la zona conocida como el límite del glaciar. Aunque todavía no era el helado yermo que llegaría a ser después del Cataclismo, el límite del glaciar era una tierra desolada e implacable, con veranos cortos e inviernos extremadamente largos. Los guerreros elfos dejaron a Feal-Thas abandonado a su suerte, y probablemente habría muerto de no ser porque lo rescataron unos nativos humanos que se compadecieron del apuesto y joven elfo (por entonces sólo contaba dieciocho años) y le salvaron la vida.

Resentido y amargado por su exilio en aquella tierra terrible, había tomado una amante humana. La mujer era bruja invernal y la persuadió para que lo tomara como discípulo, y aunque estaba prohibido iniciar a extranjeros en la magia, la mujer sucumbió a su elocuencia, para su eterno arrepentimiento.

La oscuridad de su alma arrojaba una sombra sobre todo lo que veía en las almas de otros. Cuando miraba en sus corazones, veía los recovecos más oscuros y, en consecuencia, llegó a creer que todos los seres humanos eran unos embusteros egoístas e intrigantes. Convencido de que no podía fiarse de nadie, abandonó a su amante. Y, armado con su nuevo poder, viajó a la Torre de Wayreth para someterse a la temida Prueba y continuar con sus estudios. Había huido de la torre poco antes del Cataclismo, cuando todo apuntaba a que el Príncipe de los Sacerdotes la atacaría. En la actualidad, con su regreso al límite del glaciar había logrado serle útil a Ariakas y, al mismo tiempo, se había vengado de los elfos al traicionarlos. Ahora vivía en su Palacio de Hielo solo, con la única compañía de los que merecían su confianza: los lobos blancos.

Feal-Thas sonreía para sus adentros con acritud mientras redactaba un informe que sabía que el emperador no leería jamás. Aun así, escribir esos informes mensuales era parte de sus obligaciones como Señor del Dragón y no iba a permitir que lo tildaran de negligente en su trabajo.

El lobo se acercó a él y soltó a sus pies el envoltorio de lona que llevaba. Feal-Thas le echó una ojeada desinteresada y después retomó lo que hacía.

El lobo tocó con la pata el paquete. Todos los días corría hasta el castillo del Muro de Hielo, recogía los despachos y mensajes y entregaba órdenes de Feal-Thas al comandante de la pequeña fuerza de draconianos kapaks que, renuentes, habían tomado residencia allí.

Feal-Thas le sonrió al lobo y premió al animal revolviéndole la pelambre mientras le ofrecía una tira de carne de caribú. El lobo aceptó el trato y engulló la carne de golpe, tras lo cual se sentó apoyado en las ancas y esperó por si su amo lo necesitaba para algo más.

El Señor del Dragón dejó de escribir, desenvolvió el paquete y sacó el mensaje. Le echó un vistazo, frunció el entrecejo y lo leyó con

más detenimiento. Apretó los finos labios en un gesto iracundo, hizo una bola con el papel y la arrojó al otro lado de la estancia.

El lobo, pensando que era el juego que los dos practicaban a menudo, fue a recoger la «pelota» y se la llevó a Feal-Thas, soltándola a sus pies.

El elfo no pudo menos que sonreír.

—Gracias, amigo —dijo—. Me recuerdas que también yo estoy al servicio de los deseos de mi amo. ¿Te digo lo que espera mi amo de mí? Presta atención.

Extendió la misiva sobre el escritorio, estiró las arrugas que le había hecho y empezó a leer en voz alta. Había tomado por costumbre hablar con los lobos y sostenía con ellos conversaciones que eran monólogos en los que daba a conocer sus ideas y discutía sus planes. A Feal-Thas le gustaba decir que los lobos le parecían más inteligentes que las personas, principalmente porque nunca le llevaban la contraria.

—«El emperador Ariakas saluda al Señor del Dragón Feal-Thas, del Ejército Blanco...» bla, bla, bla...

El lobo miraba al brujo invernal con ojos relucientes y gran atención.

—«La Señora del Dragón del Ejército Azul, la Dama Azul, llegará pronto para reunirse contigo y hablar de ciertos planes que considero vitales para la marcha de la guerra. La presente es para hacerte saber que la Dama Azul goza de mi plena confianza y que la obedecerás en todo, como me obedecerías a mí.» Firmado, Ariakas, emperador de Ansalon.

El lobo dio un enorme bostezo y después agachó la cabeza para lamerse las partes.

—Exactamente lo mismo que pienso yo —rezongó Feal-Thas.

Tomó la segunda misiva, la abrió y miró el contenido. La letra era grande y garabateada. La firma, audaz y elegante, y casi ilegible.

*«He llegado. ¡Espero con impaciencia nuestra reunión... Pronto!*

*~ Kitiara.»*

La palabra «pronto» estaba subrayada tres veces.

Feal-Thas se puso de pie y empezó a pasear por el suelo cubierto de nieve. Las largas pieles blancas que llevaba sobre ropas de gruesa lana, también blanca, arrastraban por el suelo detrás de él. Aunque era un mago Túnica Negra, el brujo invernal siempre vestía de blanco: túnica, pieles, botas de piel... Todo blanco. Era alto y esbelto, de rasgos delicados; tenía la tez pálida, casi traslúcida como el hielo. Con la indumentaria blanca, el pelo blanco y los ojos del color gris de las nubes cargadas de nieve, Feal-Thas se veía a sí mismo como la viva imagen del invierno, en armonía con el reino helado al que lo habían desterrado injustamente de joven y al que, inesperada e increíblemente, había llegado a amar.

—Esto es una mala señal para nosotros, amigo —le comentó Feal-Thas al lobo—. Ariakas quiere algo de mí, algo que cree que detestará tener que dar. Así pues, envía a su Señora del Dragón para intimidarme. Conozco a esa Dama Azul. El emperador cree que voy a permitir que esa mujer me pisotee porque soy inferior, un elfo, y ella es humana y, por ende, un ser superior.

»En cuanto a lo que Ariakas desea, ésta es una incógnita fácil de resolver. Quiere la única cosa que valoro. Pues maldita sea esa dragona, esa bestia metomentodo y lameculos. Fue ella la que le contó a la reina que el orbe se hallaba aquí y Takhisis se lo dijo a Ariakas. Supongo que sólo era cuestión de tiempo que decidiera que lo quería.

Feal-Thas echó un vistazo a su alrededor y soltó un suspiro de fastidio. Había previsto una velada tranquila bebiendo vino caliente con especias mientras estudiaba sus conjuros. Ahora tendría que ir al castillo del Muro de Hielo para encontrarse allí con esa Señora del Dragón y oír los estúpidos planes de Ariakas.

—Reúne al tiro —ordenó al lobo, que, irguiendo las orejas y moviendo la cola, partió de inmediato.

Envuelto en las pieles, el brujo invernal abandonó el palacio. Su tiro de lobos lo esperaba fuera; cada animal, macho o hembra, estaba plantado en su sitio, delante del trineo. Arrebujado entre las pieles, al elfo casi no se lo veía. Dio la orden y la loba guía echó a correr a largos trancos y marcó el paso; detrás, los otros lobos le seguían el ritmo. El tiro arrastraba rápidamente el trineo a través de la nieve y del hielo. No hacía falta que Feal-Thas dirigiera a los lobos. Los animales sabían adonde iban.

Las garras del sol moribundo arañaban el cielo y dejaban jirones largos, sangrientos, por encima del que era su punto de destino: los muros cubiertos de hielo y la única torre que seguía en pie del castillo del Muro de Hielo.

Allá arriba, a gran altura, un dragón azul se elevó en espiral por encima de la torre; luego plegó las alas en un picado y se alejó volando hacia el norte.

*Un caso de congelación  
Hasta el cuello en un cenagal de hechiceros*

El viaje al límite del glaciar debía de haber sido uno de los peores que Kitiara o Skie habían hecho nunca. El aire hacía daño al respirarlo, parecía atravesar los pulmones como agujas afiladas. Hasta los pelillos de la nariz se le congelaron, al igual que el aliento alrededor de la boca, que le cubrió los labios con escarcha. Ahora sabía lo que significaba «quedarse tieso de frío». Cuando Skie aterrizó por fin, Kit habría podido seguir sentada a lomos del dragón, tiritando, incapaz de moverse, si no la hubiese encontrado una partida de caza de varios kapaks. Los draconianos la bajaron de su montura y la llevaron al castillo del Muro de Hielo. Kit no podía caminar. Tenía los pies tan entumecidos que ni siquiera los sentía.

Kit había oído hablar de gente que había perdido dedos de pies y manos en las mordientes fauces del frío. Recordó a los mendigos lisiados en las afueras de Haven y se imaginó a sí misma entre ellos. Olvidando que estaba ansiosa de viajar allí para descubrir algo más sobre Laurana, maldijo a Ariakas con acritud por haberla enviado a aquel sitio horrible. Amor y celos también se habían congelado. A Kit le daba pavor quitarse las botas por miedo a lo que podía encontrarse.

Consiguió dejar de tiritar el tiempo suficiente para garabatear un mensaje a Feal-Thas. El elfo no vivía en el castillo del Muro de Hielo, como ella había imaginado, sino que se había construido un palacio a cierta distancia. Considerando las condiciones en las que se encontraba el supuesto castillo, no era de extrañar.

Los kapaks la condujeron a un cuarto al que llamaban «aposento del Señor del Dragón» a pesar de que en la actualidad no residía allí ninguno.

Feal-Thas había vivido allí en otro tiempo, a su regreso de Wayreth, mientras construía su Palacio de Hielo. En un gran cuenco de piedra, lleno de algún tipo de aceite, ardía un fuego que proporcionaba un mínimo de calor. Kitiara se acurrucó cerca de las llamas. Los kapaks la ayudaron a quitarse la armadura, pero a la guerrera todavía le daba miedo descalzarse porque seguía sin sentir los pies. Estaba realmente asustada cuando la puerta se abrió y un elfo alto y delgado, vestido con pieles, entró en la estancia.

Kitiara habría reprendido al elfo por entrar sin llamar antes, pero se sentía fatal y le castañeteaban los dientes. Todo lo más que pudo hacer fue lanzarle una mirada furiosa. El elfo la miró en silencio unos instantes y después giró sobre sus talones y salió. Regresó acompañado de un kapak que llevaba en las garras un cubo con agua humeante.

El kapak soltó el cubo delante de Kitiara, que miró el recipiente y después al elfo con aire desconfiado. Apretando los dientes consiguió mascullar:

—¿Qué diablos se supone que he de hacer? ¿Darme un baño?

Los finos labios del elfo esbozaron una sonrisa tan gélida como la temperatura del entorno.

—Mete los pies y las manos en el agua caliente.

Kitiara le dirigió una mirada incrédula y, mascullando algo ininteligible entre dientes, se acercó más a la lumbre del cuenco.

—El agua tiene propiedades curativas —prosiguió el elfo—. Aún no nos hemos presentado. Soy el Señor del Dragón Feal-Thas. Y tú, supongo, serás la Señora del Dragón conocida como la Dama Azul.

Se agachó delante de ella y, sin darle tiempo a reaccionar, le cogió un pie y le sacó la bota de un tirón. Kitiara miró y cerró los ojos con desesperación. Tenía los dedos de un color blanco cadavérico, con un horrendo tinte azulado. Feal-Thas los tocó, sacudió la cabeza y alzó la vista hacia la mujer.

—Parece que haces honor a tu nombre, Dama Azul.

Kit abrió los ojos para asestarle una mirada feroz.

—La lesión es grave —continuó el elfo—. La sangre se ha congelado, se ha vuelto hielo. Si no haces lo que te sugiero, habrá que amputar los dedos. Es posible que hasta pierdas el pie.

Kitiara habría seguido negándose a hacer caso, pero no sentía el tacto de las manos del elfo y eso le había dado un susto de muerte. Dejó que le quitara la otra bota y después, cautelosamente y con un gesto de dolor, metió primero un pie en el agua caliente y luego el

otro.

El agua le produjo una sensación agradable, de alivio, hasta que los dedos de los pies empezaron a recuperar la sensibilidad. Unos pinchazos le atravesaron la carne como fuego líquido. El dolor fue atroz. Kit soltó un gemido ahogado e intentó sacar los pies del agua, pero el elfo plantó las manos sobre las piernas de la mujer.

—Tienes que dejarlos metidos —ordenó.

Tenía la voz melódica, como todos los elfos. Las manos posadas en sus piernas eran esbeltas y de aspecto delicado, pero aunque le soltara una patada no conseguiría librarse de su fuerte presa. Kit se meció atrás y adelante, estremecida por el dolor, mientras un movimiento espasmódico le sacudía las piernas. Entonces advirtió que los pies recuperaban el color. El terrible frío que parecía traspasarla hasta los huesos empezó a remitir y el dolor disminuyó.

Se relajó y se recostó en la silla.

—Dijiste que esta agua poseía propiedades curativas. ¿Es agua sagrada? ¿Obra tuya, milord?

—El disimulo sobra, Señora del Dragón —contestó Feal-Thas al tiempo que le quitaba las manos de las piernas y se ponía de pie ante ella, alto y delgado, completamente vestido de blanco—. Has venido aquí para pedirme alguna cosa o para sonsacarme algo. Sea lo uno o lo otro, tenías que indagar y hacer preguntas para obtener información sobre mí. Deduzco que no descubriste gran cosa —los ojos grises chispearon—, pero sin duda habrás averiguado que soy hechicero, no clérigo.

Kitiara abrió la boca, pero volvió a cerrarla, perpleja. Todo lo que el elfo había dicho era cierto. Había ido allí para exigir que le entregara el Orbe de los Dragones y había hecho preguntas sobre él, si bien había descubierto muy poco. Sólo sabía que era un elfo oscuro y hechicero.

—En cuanto al agua, Señora del Dragón... —empezó Feal-Thas.

—Dejémonos de tratamientos ceremoniosos —lo atajó Kitiara a la par que le dedicaba su sonrisa sesgada más encantadora—. Para mis tropas soy la Dama Azul. Para mis amigos, Kitiara.

—El agua mana de una fuente que hay dentro del castillo, Señora del Dragón —continuó él, que puso énfasis en el título mientras un destello irónico asomaba a sus ojos—. Al no ser clérigo, ignoro qué dios bendeciría el agua, pero podría aventurar una conjetura. Antes de que lo cubriera el hielo, el castillo fue antaño una fortaleza en medio del mar. La fuente tiene grabado el símbolo de un fénix y, en consecuencia, deduzco que fue un regalo del Rey Pescador, Habbakuk.

Kitiara movió los dedos en el cubo. En realidad le importaba un bledo qué dios era mientras la curara... De todos modos, sólo era una charla con la que intentaba hacerse con el elfo.

—No veo por qué una persona en su sano juicio iba a querer vivir en este sitio horrible —comentó mientras sacaba los pies y se los secaba. Se puso de pie con cuidado y empezó a caminar por el cuarto para ayudar a que la sangre volviera a circular con normalidad—. Y tú eres elfo. Tu gente se pasa días componiendo sonetos a la hierba. Lloráis cuando cortáis un árbol. Tienes que detestar encontrarte aquí, Feal-Thas.

—Señor del Dragón Feal-Thas —la corrigió con frialdad—. Todo lo contrario. He vivido en esta tierra desde antes del Cataclismo. Aquí me siento en casa. Me he adaptado a las duras condiciones climáticas. Hace poco regresé a mi país de origen, Silvanesti. El calor me resultaba sofocante, agobiante. La espesa vegetación empezó a cerrarse sobre mí. La peste de las flores y las plantas me congestionaba la nariz. No podía respirar. Me marché en cuanto me fue posible.

—¿Por qué fuiste a Silvanesti, Señor del Dragón Feal-Thas? —Kitiara pronunció el título con un dejo irónico.

—Tenía asuntos pendientes con el rey Lorac —contestó el elfo.

Kitiara esperó con interés que continuara la historia, pero Feal-Thas no añadió nada más. Se quedó mirándola y Kitiara tuvo que retomar el hilo de la conversación.

—Supongo que habrás oído comentar que vuestro rey ha quedado atrapado por un Orbe de los Dragones que tiene en su poder —dijo—. Lorac vive esclavo de ese artefacto, apresado en una terrible maraña de pesadillas que corrompen y deforman tu tierra natal.

—Creo que he oído algo sobre eso, sí. Y te equivocas, Señora del Dragón; Lorac no es mi rey. Sirvo al emperador Ariakas.

Los ojos del elfo eran duros como un lago helado, y la mirada penetrante de Kit chocó contra el hielo y patinó.

—Unos artefactos peligrosos, esos Orbes de los Dragones —lo intentó de nuevo la guerrera—. Un gran riesgo, tenerlos a mano.

—¿En serio? —Feal-Thas enarcó una ceja fina y blanca—. ¿Has llevado a cabo un estudio sobre los Orbes de los Dragones, Señora del Dragón?

La pregunta sorprendió a la guerrera.

—No —se vio obligada a confesar.

—Yo sí.

—¿Y qué descubriste?

—Que los Orbes de los Dragones son artefactos peligrosos —contestó el elfo—. Que es arriesgado tenerlos a mano.

Kitiara sintió picor en la palma de la mano y no a causa del frío. Tenía unas ganas tremendas de abofetear el rostro de tez pálida y huesos delicados del elfo. El hecho de llegar allí medio congelada la había dejado a su merced. Había perdido el control de la situación y no se le ocurría cómo recuperarlo. Había metido la pata desde el principio. Tendría que haber estado mejor preparada para el encuentro con este Señor del Dragón, pero lo había subestimado por ser elfo. Había esperado que fuera escurridizo y taimado, servil y adulator, artero y solapado. En cambio, era circunspecto, directo y, obviamente, no estaba asustado ni impresionado.

Simulando estar absorta en sus pensamientos, Kit paseó por el cuarto sin dejar de observar al elfo ni un instante. Era un hombre y podría tratar de seducirlo, pero supuso que tendría más éxito si lo intentaba con un iceberg. Al igual que la implacable tierra en la que vivía, era frío, desapasionado. En su interior no alentaba llama alguna que lo enardeciera. Kit reparó en que el elfo se mantenía apartado del fuego, en la zona más fría de la estancia.

—¿Por qué viniste al límite del glaciar, Señora del Dragón? —inquirió de repente Feal-Thas—. Desde luego no ha sido para disfrutar

de nuestro clima.

Kitiara iba a contestar que había asuntos importantes de la guerra que debía tratar con él, pero el elfo se anticipó.

—Ariakas te mandó aquí para apoderarte de mi Orbe de los Dragones.

—¡Incorrecto! —saltó, triunfante, Kitiara—. No he venido a apoderarme del Orbe de los Dra...

Feal-Thas gesticuló con impaciencia.

—Está bien, has enredado a un necio solámnico para que lo coja. Viene a ser lo mismo, porque el orbe lo destruirá y el emperador se quedará con el artefacto. Un plan ingenioso por parte de su señoría, aunque cuestiono su derecho a reclamar mi Orbe de los Dragones —dijo, poniendo énfasis en el posesivo.

—No sabía que Ariakas ya hubiera hablado contigo de esto, Señor del Dragón —comentó Kitiara, molesta.

—Ariakas habla lo menos posible conmigo —repuso secamente el elfo. Tiró la carta del emperador al suelo, a los pies de la mujer—. Si lo deseas, lee lo que escribe su señoría.

Kitiara recogió el papel, le echó un vistazo y frunció el entrecejo.

—Tienes razón, pero si no habla de ello, ¿cómo supiste lo del caballero...? ¡Espera! —exclamó, estupefacta—. No hemos acabado de hablar. ¿Adónde vas?

—A mi palacio. Esta conversación me aburre —contestó Feal-Thas, que se dirigía hacia la puerta.

—¡Aún no te he explicado las órdenes de su señoría!

—No es necesario, las entiendo de sobra —repuso el elfo—. Haré que te traigan comida y bebida.

—No tengo hambre —replicó Kit, enfadada—. Y no hemos terminado.

Feal-Thas abrió la puerta, se detuvo y miró hacia atrás.

—Oh, y respecto a la elfa, Lauranthalasa, conozco el nombre, pero no a ella ni sé nada relativo a ella. Al fin y a la postre, es qualinesti. —Profirió el gentilicio con desagrado, como si por el hecho de pronunciarlo se manchara los labios. Salió del cuarto y cerró suavemente a su espalda.

—¡Qualinesti! —repitió Kit, pasmada—. ¿Qué diantre ha querido decir con eso? ¡Qualinesti! ¿Y cómo sabía que iba a preguntar por ella o algo relacionado con ella? ¿Cómo sabía lo del Orbe de los Dragones y el caballero si Ariakas no se lo había dicho?

Kit tomó un cobertor de pieles que había en la cama y se lo echó por los hombros.

—Este maldito asunto está empantanado de magia. Y yo estoy metida hasta el cuello en un cenagal de hechiceros —masculló para sí—. Primero esa bruja, Iolanthe, y ahora este elfo. Hechiceros que van y vienen a hurtadillas, salmodian, susurran y menean los dedos. A mí que me den un buen combate con armas de acero.

Le dio vueltas a la idea de marcharse del Muro de Hielo y que Ariakas se las arreglara con su elfo. El propio emperador utilizaba la magia y pondría a ese Feal-Thas en su sitio.

Era una idea tentadora, pero tuvo que descartarla. Volver con las manos vacías significaría admitir el fracaso, y el emperador no era tolerante con los que fracasaban. Con toda seguridad perdería su posición de mando. Y podría perder la vida. Además, la intranquilizaba ignorar cuánto sabía el elfo y qué uso podría darle a tal información. Si Feal-Thas sabía lo de Laurana también podría estar enterado de lo de Tanis. Y si Ariakas llegaba a descubrir que había alguna relación entre ella y los que habían matado a Verminaard...

Un frío sudor la empapó el cuerpo de golpe.

Se tumbó en la cama. No podía marcharse hasta que todo aquello estuviera solucionado. Tenía que aplastar a ese Feal-Thas, quebrantarlo, someterlo a su voluntad. A excepción de Tanis, no había conocido a ningún hombre al que no hubiera podido conquistar, y ese elfo no iba a ser diferente. Sólo tenía que descubrir su punto débil.

Kitiara devoró un copioso guiso de caribú y tomó un par de jarras de un tipo de bebida fuerte, reconfortante, que preparaban los kapaks. Segura de sí misma, se metió en la cama, debajo de un montón de pieles, y durmió profundamente.

\* \* \*

Para cuando se despertó por la mañana ya había decidido que Feal-Thas debía de tener espías en el campamento de Toede; tal vez el propio Fewmaster. Alguien tenía que haberla oído preguntar por Laurana y habría informado de ello al elfo, que, como un falaz augur, había montado esa escena para engañarla y que creyera que había hecho algo especial.

Esa mañana le daría al elfo órdenes respecto al Orbe de los Dragones, y si no las cumplía, no sería culpa de ella. Habría hecho lo que su superior le había mandado. Cuando Skie regresara, abandonaría esa tierra aprisionada por el hielo y a su gélido hechicero.

Tirando de uno de los cobertores de pieles, Kitiara se arrebujó en él y fue en busca de Feal-Thas. Se perdió inmediatamente en un laberinto de salas y pasillos de hielo. Tras ir de aquí para allá, se topó con un kapak que le comentó que si el hechicero se encontraba en el castillo, probablemente estaría en la biblioteca, situada en la puerta contigua a la del cuarto en el que ella había pasado la noche.

Kitiara encontró la biblioteca. La puerta estaba cerrada, aunque al parecer no tenía echada la llave porque cedió un poco cuando la empujó ligeramente. Al recordar que el hechicero había entrado sin permiso en su cuarto la noche anterior, Kitiara la abrió de un empujón y entró sin más.

Al lado de una silla había una estera, y tendido en ella descansaba un gran lobo blanco, que se levantó de un brinco y clavó los ojos rojos en Kitiara. Un gruñido resonó en la garganta del animal, que, agachando la cabeza, echó las orejas hacia atrás y enseñó los dientes. Kitiara llevó la mano hacia su espada.

—Te habrá saltado al cuello antes de que desenvaines el arma —murmuró Feal-Thas.

El hechicero leía un libro grande encuadernado en cuero y no alzó la vista. Le dijo algo en su lengua al lobo y, alargando la mano, acarició suavemente la cabeza de la criatura. El lobo se calmó, pero no apartó los ojos rojos de Kitiara. Ésta no quitó la mano de la empuñadura de la espada.

Estaba que echaba humo. Una vez más la había pillado en desventaja, la había hecho ponerse a la defensiva y la había hecho quedar como una maldita idiota.

—Por favor, siéntate, Señora del Dragón —la invitó Feal-Thas, que señaló una silla.

—Para lo que voy a estar aquí, no hace falta que me sienta —le replicó secamente—. Me han mandado para transmitirte las órdenes del emperador respecto al Orbe de los Dragones...

—A mi Orbe de los Dragones —la corrigió Feal-Thas.

Kitiara estaba preparada para esa controversia.

—Cuando ascendiste a Señor del Dragón hiciste un juramento a su Oscura Majestad. Prometiste servirla. El emperador es su representante en el mundo, designado por ella. Ariakas necesita el orbe y está en su derecho de reclamarlo para sí.

En los grises ojos del elfo hubo un destello.

—Podría cuestionar esa afirmación, pero supongamos que estoy de acuerdo. —Suspiró y cerró el libro—. Expón ese plan.

—Creía que sabías todo lo concerniente al asunto —repuso Kit en tono desdeñoso.

—Compláceme —replicó el elfo.

Kitiara relató cómo había engatusado al caballero, Derek Crownguard, para que viajara al Muro de Hielo a buscar el orbe. Feal-Thas frunció el entrecejo al oír aquello. El elfo llevaba el largo cabello blanco peinado hacia atrás y el surco marcado en la frente ponía de manifiesto su desagrado.

—Se me debería haber informado de que ibas a revelar el secreto del Orbe de los Dragones a otra persona. Lo has puesto en grave peligro. No por parte de ese caballero. —El ademán de Feal-Thas desestimó al humano por su irrelevancia—. El Cónclave de Hechiceros lleva siglos buscando este orbe. Si los hechiceros de la Torre se enteraran de esto...

—No lo descubrirán —le aseguró Kitiara—. Los caballeros quieren el orbe para quedárselo ellos y están haciendo todo lo posible para mantener esto en secreto. Desean tanto como tú, o más, que no caiga en sus manos.

Feal-Thas reflexionó unos instantes y después pareció estar de acuerdo, ya que no discutió.

—Le darás el orbe a la hembra de dragón blanco, Sleet. Cuando Derek Crownguard llegue —prosiguió Kitiara—, dejarás que encuentre el artefacto. Takhisis dará órdenes a Sleet, le dirá que puede matar a cualquiera de sus acompañantes si así lo desea, pero que a Crownguard no debe hacerle daño. Una vez que el caballero tenga el orbe y que, a su vez, el orbe se apodere de él, sea como sea que haga tal cosa, se permitirá marchar al caballero con el orbe. Lo llevará a Solamnia y ese reino caerá, igual que cayó Silvanesti.

La respuesta del elfo fue inesperada.

—A ti no te gusta este plan, ¿verdad, Señora del Dragón?

Kitiara abrió la boca para decir que consideraba el plan una auténtica genialidad, uno de los mejores de Ariakas, pero la mentira se le atravesó en la garganta.

—No soy quién para decir si me gusta o no —contestó al tiempo que se encogía de hombros—. Juré servir a su Oscura Majestad.

—Yo también intento servirla en todo —comentó Feal-Thas con falsa humildad. Alargó la mano para rascar al lobo detrás de las orejas—. No obstante, hay un problema. Puedo proporcionar al caballero Crownguard acceso al Orbe de los Dragones, pero no puedo garantizar que sobreviva lo suficiente para reclamarlo para sí. Su muerte no sería culpa mía, te lo aseguro —añadió al ver la mirada colérica de Kitiara—. No le tocaré un solo pelo del bigote.

—Como ya he dicho, Señor del Dragón, Sleet recibirá órdenes directas de Takhisis... —insistió Kitiara, exasperada.

—Lamentablemente, no puedo dar el orbe a la dragona.

—Será que no quieres dárselo —le espetó Kitiara con acaloramiento.

—Déjame acabar —pidió Feal-Thas al tiempo que alzaba la delicada mano—. Como te comenté, hice un estudio de los Orbes de los Dragones. Estabas en lo cierto al decir que son peligrosos. Hay pocas personas que tengan una idea de hasta qué punto lo son. Yo lo sé. La suerte corrida por Lorac podría haberla sufrido yo. El orbe lleva más de trescientos años en mi poder, desde que los hechiceros me pidieron que lo sacara de Wayreth para esconderlo y que el Príncipe de los Sacerdotes no se apoderara de él. Muchas veces he tenido la tentación de intentar controlar el orbe. Muchas veces he anhelado combatir con la esencia de los dragones atrapada en su interior. Me preguntaba: «¿Soy lo bastante fuerte para hacer que el orbe me obedezca?»

—Y yo me pregunto si nada de todo eso me importa un ardite —dijo Kit, mordaz.

Feal-Thas continuó como si no la hubiese oído.

—Me conozco a mí mismo. Uno no vive en soledad trescientos años sin sondear su alma. Conozco cuáles son mis puntos fuertes y cuáles los débiles. Hay que ser una persona fuera de lo común para intentar controlar un Orbe de los Dragones... Una persona totalmente segura de sí misma y que al mismo tiempo no se preocupe por sí misma, que no le importe su propia seguridad. Alguien así estaría dispuesto a correr el riesgo de jugárselo todo: la vida, el alma...

»Soy engreído, lo admito. Me importa mucho todo lo que me concierne. Acabé por comprender que probablemente no era lo bastante fuerte para sobrevivir a una confrontación con el Orbe de los Dragones. Observa que he dicho «probablemente». Siempre está esa mínima chispa de duda, ¿sabes? Me encontré caminando como un sonámbulo en mitad de la noche, oyendo la voz del orbe y sintiendo que tiraba de mí. Quería ir hacia él y mirar su interior, sentía el impulso de poner las manos sobre él. En un momento de debilidad podría sucumbir a la tentación. No podía correr ese riesgo.

—Ve al grano. —Kitiara dio golpecitos con la bota en el suelo.

—Hace cien años —prosiguió Feal-Thas—, creé un guardián mágico y lo metí en una cámara específicamente construida, junto con el Orbe de los Dragones. Ordené al guardián que matara a cualquiera que intentara hacerse con él. Eso me incluye a mí. Desde entonces he dormido mucho mejor.

El elfo reanudó la lectura del libro. Kitiara estaba boquiabierta y lo miraba con incredulidad.

—Mientes.

—Te aseguro que no. —Feal-Thas habló con desapasionada objetividad.

—Entonces... —Kitiara estaba confusa— echa al guardián. Dile que se vaya.

—Como guardián dejaría mucho que desear si pudiera controlarlo con tanta facilidad. —Feal-Thas esbozó una sonrisa y negó con la cabeza antes de seguir leyendo el libro.

Kitiara dio un paso hacia él.

El lobo se incorporó rápidamente, en silencio, y la mujer se paró.

—¿Qué quieres decir con que no puedes controlarlo? ¡Tienes que hacerlo! —exclamó—. ¡Son órdenes de Ariakas!

—Ariakas me ordenó que dejara entrar a Derek Crownguard en mi castillo. Así lo haré. Me ordenó que permitiera que Derek Crownguard encontrara el Orbe de los Dragones. Así lo haré...

—Y acabará muerto a manos del guardián —concluyó Kitiara.

—Eso dependerá del caballero. Crownguard podrá enfrentarse al guardián o no, a su elección. Si acaba con el guardián, entonces tendrá el orbe. Si el guardián acaba con él... Bien, siempre entraña cierto riesgo embarcarse en la búsqueda de artefactos valiosos. De lo contrario, esos odiosos caballeros no lo harían.

—No estás en absoluto preocupado porque te quiten tu orbe —acusó Kit—. Sabes de sobra que el guardián matará a Crownguard.

—El guardián es realmente formidable —admitió seriamente el elfo—. Ha protegido el orbe durante muchos, muchos años, y durante ese tiempo me temo que se ha vuelto extremadamente posesivo. Cuando digo que no puedo eliminarlo no es para salirme por la tangente. Te aseguro que me mataría en cuanto me viera.

—No te creo —insistió Kitiara.

—¿Y a mí qué me importa eso? —repuso Feal-Thas al tiempo que pasaba la página.

—Cuando milord Ariakas venga a hacerte una visita, sí te importará —amenazó la mujer.

—El emperador no dejará su preciosa guerra ni hará un viaje tan largo para reconvenirme, Señora del Dragón. —Alzó la vista hacia ella. En los ojos grises había un brillo divertido—. No seré yo quien habrá de enfrentarse a su descontento.

Apretando los puños sobre la piel con la que se cubría, Kitiara asestó una mirada feroz al elfo, furiosa, impotente. Tenía razón, el maldito. Nunca se había topado con un hombre tan exasperante y no sabía qué hacer.

—Takhisis no verá esto con buenos ojos —dijo finalmente.

—Mi dios es Nuitari, el hijo de Takhisis —contestó Feal-Thas al tiempo que se encogía de hombros—. Siente poco afecto y aún menos respeto por ella... Sentimientos que sin duda comprendes, considerando lo mucho que despreciabas a tu madre.

Kitiara abrió la boca y volvió a cerrarla. Sentía palparle la sangre en las sienes. Tratar con este elfo era como luchar con un fuego fatuo, uno de esos infernales habitantes de los pantanos. No dejaba de revolotear a su alrededor intentando ofuscarla y pinchándola allí donde menos esperaba.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos. El hechicero intentaba engatusarla para atraerla hacia un cenagal de confusión. Debía centrarse en el asunto que los ocupaba y no hacer caso de lo que no tuviera relación con ello, como el hecho de que hubiera odiado a su madre.

—Quieres que nuestro bando gane la guerra... —empezó.

—Ah, el llamamiento a la lealtad —dijo Feal-Thas—. Me preguntaba cuándo recurrirías a eso. Llevo viviendo en este mundo varios siglos y, salvo un imprevisto, seguramente viviré unos cuantos más. He visto llegar y pasar emperadores. Seguiré aquí mucho después de que tú, Ariakas y el resto de sus jactanciosos Señores de los Dragones yaczáis en la tierra, descomponiéndoo. Seguiré aquí mucho después de que el gran imperio que está construyendo se haya desintegrado en polvo. En otras palabras, Señora del Dragón, me importa un pimiento vuestra guerra.

—Entonces ¿por qué te has tomado la molestia de llegar a Señor del Dragón? Por lo que tengo entendido, arriesgaste la vida al regresar a Silvanesti y espiar a tu propio pueblo. Traicionaste a tu propio rey...

—Eso fue algo personal —puntualizó fríamente el elfo.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Porque como todos nosotros eres ambicioso! Quieres tener poder. Quieres gobernar. Deduzco que te propones desafiar a Ariakas...

—No confundas tu ambición con la mía, Señora del Dragón —manifestó el elfo sin dejar de leer atentamente el libro—. A lo único que aspiro es a que se me deje en paz para seguir con mis estudios.

Kitiara soltó una risa despectiva.

El señor elfo cerró el libro y lo apartó a un lado. Luego se puso a acariciar al lobo para tranquilizarlo. Al animal no le gustaban las risotadas de Kitiara ni sus movimientos bruscos.

—Nací y crecí en Silvanesti. Como todos los demás elfos, yo amaba a mi país más que a la propia vida. Por razones en las que no entraré porque ya carecen de importancia, fui desterrado inmerecidamente de mi exuberante y verde paraíso y me mandaron a una tierra donde no había nada vivo, donde no crecía nada. Una tierra de muerte y desolación. A mi muerte, o eso pensé.

»Era pleno invierno. Los habitantes de esta región me encontraron moribundo, casi congelado. Nunca habían visto un elfo, así que no sabían quién era, pero eso no importaba. Me llevaron a su hogar, me proporcionaron calor, comida y cobijo. Aprendí sus secretos, unos secretos que jamás le habían revelado a un forastero. Una mujer me desveló tales secretos por el amor que sentía por mí, por un apuesto y joven elfo.

»Hurté sus secretos. Traicioné su amor y la traicioné a ella y a la gente que me había salvado al entregarlos a los ogros que antaño habitaban esta tierra. Mi amante y su pueblo fueron masacrados y, una vez muertos, me apoderé de su tierra y sus posesiones. Mi palacio se levanta ahora sobre el establo donde incineré sus cadáveres.

»Soy esta tierra, Señora del Dragón. Soy hielo. Sentimientos tales como la piedad, el amor o la compasión resbalan sobre mi superficie helada. Si por ventura hallara un modo de tocar el sol, dudo que siquiera su fuego pudiera deshelar-me.

»¿Que qué quiero? Paz. Soledad. Quiero vivir aquí, en mi palacio, con mis lobos del invierno y mis libros durante el resto de mi vida. Y desciendo de una familia longeva hasta para la raza elfa. No quiero que se me moleste. No quiero gobernar a nadie. Gobernar significa tener que tratar con gente. Significa establecer leyes, recaudar tributos y librar guerras, porque siempre hay alguien que quiere lo que has conseguido e intentará arrebatártelo.

»Me convertí en Señor del Dragón porque vi que era el medio de lograr mi meta. Me propongo borrar todo vestigio de vida en esta parte del mundo. Los thanois destruirán a los Bárbaros de Hielo. Los kapaks destruirán a los thanois. Mis lobos y yo destruiremos a los kapaks. Un bendito silencio caerá sobre mi tierra, un silencio que sólo existe en un lugar deshabitado que yace, silente, bajo el manto impoluto de nieve virgen.

»Así pues ¿preguntas que qué quiero, Señora del Dragón? Quiero silencio. —Feal-Thas tomó otro libro y lo abrió.

—Podrías encontrar el silencio en la muerte, ¿sabes? —repuso torvamente la guerrera.

—Inténtalo —la desafió el elfo—. Está a mi alcance convertirme en un sólido bloque de hielo con sólo un gesto y una palabra. Después colocaría tu estatua en el salón como un monumento perdurable a la estupidez.

Reanudó la lectura del libro.

Kitiara asestó una mirada furiosa al elfo, pero fue en balde porque él ni siquiera la miró. Sopesó sus opciones. Podía regresar con Ariakas y presentarle una queja de Feal-Thas, pero con eso sólo conseguiría que el emperador se enfadara con ella. Podía marcharse del Muro de Hielo y dejar que el estúpido caballero llegara y se hiciera matar, sólo que, también en este caso, Ariakas la culparía a ella. O podía ocuparse personalmente del problema.

—Supongo que no tendrás nada que objetar a que yo mate a ese guardián, ¿verdad? —le preguntó Kit.

Feal-Thas pasó la página.

—¡Adelante! Siempre me queda la opción de crear otro.

—Eso no sería necesario —replicó Kitiara, mordaz—. Le entregaré el orbe a Sleet y le ordenaré que no te deje tocarlo. Así podrás dormir por la noche. ¿Qué tipo de guardián es? —Consideró las habilidades que con más probabilidad tendría el hechicero y el posible emplazamiento—. ¿Un gigante de la escarcha? ¿Un tumulario invernal?

A Feal-Thas se le curvaron los labios en un gesto que era lo más parecido a una risa que se le había visto en el último par de siglos.

—Nada tan trillado, Señora del Dragón —contestó—. El guardián es creación propia. Algo único. O eso creo.

Kitiara giró sobre sus talones y abrió la puerta con un sonoro golpetazo.

Feal-Thas sonrió y rascó al lobo detrás de las orejas mientras seguía leyendo.



*Muerte en el hielo*  
*El Orbe de los Dragones*

Tras dejar a Feal-Thas, Kitiara fue en busca del comandante de las tropas kapaks. Salió del edificio donde el Señor del Dragón tenía la biblioteca y la cegó el deslumbrante resplandor del sol en el hielo. Se protegió los ojos con la mano y cuando por fin logró ver de nuevo comprobó que no se había perdido mucho. Lo único que quedaba de la antigua fortaleza era un patio helado, varias dependencias desmoronadas, también cubiertas de hielo, y una torre que sobresalía entre el hielo. En el centro del patio, una fuente esculpida en forma de fénix lanzaba un chispeante chorro de agua clara que subía con fuerza y después se precipitaba en cascada a un pilón que había debajo. Kitiara había oído con escepticismo la historia del elfo sobre el agua sagrada con poderes mágicos, pero el hecho de que la fuente no estuviera congelada a pesar del frío glacial ya era en sí un milagro.

No se detuvo a admirar la fuente. Tenía la sensación de que el aire gélido que soplaba desde el glaciar iba a congelarle la cara. Al ver draconianos que salían y entraban de una de las dependencias, Kit dio por sentado que aquél era su cuartel general. Arrebujándose en las pieles, cruzó el patio a todo correr. Resbaló, patinó por el helado pavimento y envidió a los draconianos sus pies con garras.

La puerta estaba cerrada para que no pasara el frío. Kit no quería soltar las pieles para llamar a la hoja de madera, así que golpeó con la puntera de la bota y, a pesar de tener los labios entumecidos por la baja temperatura, no dejó de mascullar maldiciones hasta que alguien acudió a abrir.

El calor de dos quemadores de aceite la envolvió. Dentro había varios kapaks; uno de ellos impartía órdenes mientras que los otros reunían equipo. Al parecer, el comandante y sus tropas se preparaban para salir a una expedición de caza. Los kapaks llevaban pieles muy tupidas echadas sobre el cuerpo escamoso, con el pelo hacia dentro. Con la piel, el cuero y las escamas, los draconianos semejaban una especie de híbridos extravagantes.

Los kapaks le echaron una ojeada a Kitiara sin dejar lo que estaban haciendo, aunque no mostraron un especial interés en ella. Kit pensó en el comentario de Feal-Thas respecto a que planeaba acabar con los kapaks, y se preguntó si debería advertir al comandante draconiano de que no se fiara de su señor. Decidió que la advertencia no era necesaria porque los draconianos nunca se fiaban de nadie.

Le preguntó al comandante si podía hablar con él. El jefe draconiano mandó a su tropa que se pusiera en marcha y después se volvió hacia la mujer. Las escamas de color cobrizo brillaban a la luz de la lumbre. Se mostró muy gustoso de hablar con Kit, aparentemente contento por la compañía.

*«La vida aquí debe de ser aburrida de narices»,* pensó para sus adentros Kitiara.

En primer lugar hablaron del Orbe de los Dragones. El comandante conocía la existencia del orbe, si bien nunca lo había visto ni había tenido nada que ver con el artefacto.

—¿Dónde está? —preguntó Kitiara.

—Abajo, en los túneles del hielo —respondió el kapak, que señaló con las garras en dirección al suelo—. Cerca del cubil de la dragona.

—Tengo entendido que hay un guardián que vigila el orbe —dijo Kit—. ¿Puedes decirme qué es?

—Que me cuelguen si lo sé.

—¿Nunca lo has visto?

—No he tenido motivos para hacerlo. El elfo me habló del Orbe de los Dragones y nos ordenó a mis tropas y a mí que no nos acercáramos a esa parte del castillo. Yo obedezco órdenes.

—¡Vaya! Qué draco más bueno eres —dijo Kitiara, contrariada.

El kapak enseñó los dientes al esbozar una sonrisa sarcástica.

—Oh, fui a echar un vistazo para asegurarme de que se velaba por los intereses de su Oscura Majestad, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Kit con ironía—. ¿Y se hacía?

—Por lo que vi, sí —contestó el comandante.

—¿Así que viste al guardián?

—No, pero vi lo que les había hecho a los que lo habían visto... Un grupo de thanois, o lo que quedaba de ellos, que no era mucho. El hielo estaba pringado por todos sitios de sangre y hueso, pelo y grasa.

—¿Esos thanois buscaban el orbe?

—Lo dudo. Tienen pocas luces. Probablemente acabaron en la cámara del orbe por error, de camino a la despensa.

—El simple hecho de que vieras unos huesos no significa que haya un guardián —argumentó Kitiara—. Feal-Thas podría haberlos matado y después hacer que pareciera que un monstruo horrible los había masacrado.

El kapak soltó una risa que sonó como un ululato.

—Nunca has visto los huesos de la pierna de un thanoi, ¿verdad?

—Nunca he visto a un thanoi —repuso Kit, impaciente—, mucho menos los huesos de la pierna. ¿Qué clase de seres son?

—Los Bárbaros de Hielo los llaman hombres-morsa. Son bestias corpulentas, gruesas, con mucha grasa. Caminan erguidas como los hombres, aunque por los colmillos y el pellejo se asemejan a las morsas. Son grandes y fuertes. Un thanoi podría sostenerme, con alas, armadura y todo lo demás, debajo de un brazo y ni siquiera notar el peso. Los huesos de las piernas son gruesos como troncos de árbol, puede que más. —La cola del kapak se agitó y golpeó contra el suelo—. Bien, pues, esos tocones de árbol figurados estaban partidos en dos y esparcidos como ramitas. Dudo que Feal-Thas, con esas manos delicadas que tiene, hiciera algo así.

Kitiara no parecía muy convencida.

—Parece obra de un dragón —sugirió.

—A los thanois los atacaron mucho antes de que llegara Sleet. Lo que quedó de ellos se ha preservado bien en el hielo, y si quieres mi opinión, hasta la dragona tiene miedo del guardián. Sleet no se acerca a la cámara donde está guardado el orbe.

Kitiara sacudió la cabeza. Pateó el suelo para que los pies le entraran en calor y empezó a pasear de un lado a otro del cuarto, más que por estar inquieta, para no quedarse helada.

—¿A qué viene hacerme todas esas preguntas sobre el guardián? —preguntó el comandante.

—Porque tengo que enfrentarme a él —respondió, taciturna.

La lengua del kapak asomó entre los dientes y se agitó en un gesto de estupefacción.

—¿Vas a robarle el orbe a Feal-Thas?

—No, claro que no voy a robarlo —replicó ella con mal humor—. ¿Qué iba a hacer yo con un Orbe de los Dragones? Ojalá no hubiera oído hablar de él nunca. Sólo me ha causado problemas.

Dejó de caminar de un lado al otro del cuarto para detenerse enfrente del draconiano.

—Si tuviera soldados que me apoyaran...

—¡Ni soñarlo, señora! —exclamó el comandante a la par que negaba con la cabeza.

—Soy una Señora del Dragón —arguyó Kit, ceñuda—. Podría ordenarte que me ayudes.

—Recibo órdenes del Señor del Dragón Feal-Thas —repuso el comandante, que volvió a sonreír—. Y dudo que vaya a ordenarme que te ayude a robarle su Orbe de los Dragones.

—¡No voy a robarlo! —protestó Kitiara—. Voy a entregárselo a la hembra de dragón para que lo ponga a buen recaudo.

—Ahí abajo está más que seguro, créeme —adujo el kapak.

—Hay órdenes que he cumplir. Dime cómo llegar allí y punto.

—Allá tú. —El draconiano se encogió de hombros.

Le indicó el camino a seguir a través del laberinto de túneles, que comparó con el complejo sistema de alcantarillado de Palanthas, y después fue a reunirse con sus soldados. Kit siguió con la mirada al grupo, que, armado con arcos y flechas, emprendió la ardua caminata.

Kitiara reanudó los paseos por el cuarto mientras reflexionaba.

De modo que era cierto que había un guardián. Tampoco podía ser tan peligroso. Ni por un instante había creído esa estupidez de que Sleet le tuviera miedo, como había afirmado el kapak. Los dragones eran el último eslabón de la cadena alimentaria. No le temían a nada ni a nadie. El comandante sólo intentaba asustarla. ¡Esa historia absurda sobre tibias rotas! Seguramente sus hombres y él estarían desternillándose de risa en ese momento a costa de su simpleza.

Tratando de imaginar qué podría ser el guardián para así decidir qué armas utilizar contra él, Kit recordó todas las historias que había oído contar sobre guardianes con la misión de proteger un tesoro valioso. ¿Un muerto viviente? ¿Un ghoul o fantasma? Desde luego, su naturaleza tenía que ser mágica. Tal vez un gólem. O quizá fuera un gigante de la escarcha, aunque Feal-Thas hubiera dicho que no lo era. Pero los habitantes del castillo tendrían que estar enterados de que había un gigante encadenado en el sótano. Kit pensó en ese monstruo y en aquel otro, y de repente cayó en la cuenta de que con pensar no estaba consiguiendo nada excepto un dolor punzante en las sienes.

«¡Al Abismo con él!», dijo para sus adentros, iracunda.

Arrebujiándose en las pieles, se puso a rebuscar en el surtido de armas del kapak. Kit tenía su espada, pero quería un arma kapak y halló una que le encajaba bien —una pequeña de hoja curva que podía meterse en el cinturón—, un par de dagas y una lanza. Tuvo cuidado de no tocar las hojas de las armas draconianas, porque los kapaks las lamían para impregnarlas de saliva venenosa, que era la razón por la que Kit quería usarlas. También recogió un escudo, de camino hacia la puerta.

Cruzó el patio de nuevo para volver a su habitación, aunque primero pasó por la biblioteca para decirle un par de cosas a Feal-Thas. Sin embargo, el elfo no se encontraba allí, aunque el lobo sí estaba y Kitiara se marchó sin demora. Se encontró con que alguien había llevado comida a su cuarto mientras estaba ausente. Dio buena cuenta de ella, que ayudó a pasar con dos grandes tragos de aguardiente enano que llevaba en un frasco y que la ayudaron a entrar en calor. Después vertió en el suelo lo que quedaba de aguardiente.

Se puso la armadura y se ciñó el cinturón del que pendía la espada corta en su vaina. Metió otra espada en el cinturón, así como el

frasco vacío. Se envolvió en las pieles y salió al patio, donde llenó el frasco con el agua supuestamente bendita de la fuente.

Sintiéndose preparada para cualquier cosa, desde gigantes a zombis, Kitiara se encaminó hacia los niveles inferiores del castillo.

Kitiara no tenía miedo de ese guardián. Sabía que lo derrotaría. Sin embargo, le molestaba tener que perder tiempo y energías en hacerlo. Todo el asunto era estúpidamente irónico. Debería encontrarse en Solamnía matando caballeros y, sin embargo, allí estaba, a punto de enfrentarse a un monstruo para mantener con vida a un estúpido caballero.

Según el kapak, los manantiales del glaciar habían excavado los primeros túneles en el hielo, debajo de las ruinas del castillo. Feal-Thas había agrandado y acondicionado los túneles naturales con su magia para crear la cámara del Orbe de los Dragones. A su llegada al castillo, Sleet había establecido su residencia en un cubil excavado mágicamente por algún dragón blanco eones atrás, y lo había ampliado a su gusto agregando entradas y salidas nuevas, además de excavar otros túneles.

Kit no tendría problemas para encontrar un sitio por el que bajar al laberinto subterráneo, según el kapak. Con frecuencia, partes del glaciar se desprendían y dejaban tramos de los túneles al descubierto.

La guerrera encontró uno de esos accesos que se abría a lo que parecía la galería inclinada de una topera abierta en el hielo. Empezó a descender con precaución, paso a paso, cautelosa, pero casi de inmediato resbaló. Soltó escudo y lanza a fin de frenar la caída, pero acabó deslizándose sobre el trasero la mitad del túnel. El escudo llegó hasta el fondo y chocó contra una pared con un golpe tan estruendoso que debió de oírse hasta en Flotsam.

Maldiciendo a todos los hechiceros del mundo, Kitiara recorrió a gatas el último tramo del helado tobogán de hielo. Recobró el escudo al final de la rampa y consiguió ponerse de pie. El sol radiante penetraba a través del hielo e iluminaba los túneles con una espectral luz de color verdoso. La guerrera se quedó mirando las paredes.

Cansado de perder a sus soldados en aquel laberinto, el comandante kapak le había contado a Kitiara que había ideado un sistema para señalar los túneles a fin de que cualquiera que se aventurara en ellos tuviera una probabilidad razonable de hallar el camino de vuelta a la superficie. Las marcas estaban talladas en el hielo y las había en todos los cruces. Unas toscas flechas indicaban la dirección a la salida. Un dibujo con alas y cola señalaba la que llevaba al cubil de la hembra de dragón. Los túneles que conducían a la cámara del orbe se habían marcado con una «X» ominosa.

Kitiara se encaminó hacia el cubil de la dragona. A despecho de lo que el kapak le había dicho sobre que Sleet le tenía miedo al guardián, Kit pensó que merecía la pena intentar que le prestara ayuda. La guerrera había urdido una mentira en cuanto a la razón por la que tenía que acabar con el guardián del Orbe de los Dragones. Era un embuste poco convincente, pero los dragones blancos no destacaban por su inteligencia. Skie se refería a los blancos como los enanos gullys de los dragones. Kit suponía que si la mentira no funcionaba, siempre le quedaba el recurso de intimidar a la blanca para que la ayudara.

Resultó que se había tomado todas esas molestias para nada.

Kit encontró el cubil de Sleet, pero no a ella. La dragona se había marchado no hacía mucho a juzgar por el cuerpo medio comido de un caribú, pero ahora no se encontraba allí. Decepcionada, Kitiara dio media vuelta para marcharse y tropezó con Feal-Thas, que se hallaba justo detrás de ella.

—Reflejos rápidos —comentó el elfo al ver la daga que daba la impresión de haber saltado a la mano de la mujer.

—¡Tienes suerte de que no te haya cortado el cuello, necio! —gruñó Kit, furiosa porque el hechicero se hubiese aproximado a ella y la hubiera sorprendido así. Nunca habría imaginado que alguien pudiera ponerse a sudar de golpe habiendo una temperatura tan gélida, pero la prueba la tenía ahora en sí misma.

—¿Buscabas a Sleet? —preguntó en tono suave Feal-Thas—. No está aquí. La envié a llevar un mensaje a nuestro compañero Señor del Dragón, en Khur, y estará ausente durante un tiempo, supongo. —El elfo apretó los labios en un remedo de sonrisa—. No estoy muy convencido de que sepa dónde queda Khur.

Se disponía a marcharse, pero se volvió de nuevo hacia Kit.

»Que esto no sea motivo de frustración para ti —dijo—. Sleet no te habría servido de nada contra el guardián, como no tardarás en comprobar. Buena suerte, Señora del Dragón.

Echó a andar con pasos ágiles y silenciosos en el suelo resbaladizo. Kit apretó con todas sus fuerzas la empuñadura de la daga en un esfuerzo por resistir las ganas de hundir la hoja entre los omóplatos del elfo. Luego volvió a guardarla dentro de la bota.

Salió del cubil de Sleet y, siguiendo las marcas destinadas a advertir a la gente que no fuera en esa dirección, se internó en los túneles con cautela. Se preguntó cómo distinguiría la cámara cuando llegara a ella, pero resultó que no tuvo ninguna dificultad en identificarla.

Había llegado a un cruce en el que un pasadizo estrecho se desviaba en ángulo desde el túnel principal. Allí no había ninguna «X» marcada. Ni falta que hacía. Un reguero de sangre había corrido por el pasadizo hasta el túnel antes de congelarse en el hielo. Kit siguió el escalofriante rastro y halló la escena de muerte violenta exactamente como el comandante kapak la había descrito.

La guerrera desenvainó la espada sin demora y alzó el escudo. Había visto muchas cosas horribles a lo largo de su vida. Ella misma había matado a un buen número de hombres y monstruos y no era de las que daban un respingo al ver entrañas humeantes desparramadas o miembros cercenados. Aquello no era lo peor que había visto, pero sí era lo más inusitado: una masacre congelada en el hielo.

La sangre embadurnaba los muros de hielo y creaba una alfombra macabra en el suelo. Había goteado del techo hasta congelarse y formar extraños carámbanos de color rosáceo. Grumos de carne congelada con mechones de pelambre y pegotes de sebo estaban esparcidos en horribles montones por todo el pasadizo. Kit encontró un colmillo roto y varios huesos partidos.

Lo que le dio que pensar y la hizo desenvainar la espada fueron las huellas ensangrentadas marcadas en el hielo. Había visto una zarpa cercenada en el suelo e imaginó que pertenecía a un thanoi, y era consciente de que fuera cual fuese la garra que había dejado esas huellas no era una de las cortas y rechonchas de los thanois. Las marcas ensangrentadas estaban muy separadas pero se sucedían uniformemente, lo que significaba que las manos o los pies que las habían hecho eran extremadamente grandes.

Con una ojeada al pasadizo Kit se hizo una idea bastante aproximada de lo que había ocurrido. Los thanois habían entrado en ese ramal del túnel principal ya fuera por casualidad o a propósito. Se habían topado con el guardián y se había producido una lucha

desesperada. El calor generado por numerosos cuerpos que combatían para salvar su miserable vida había hecho subir la temperatura del pasadizo, de manera que la sangre y otros fluidos habían impregnado el hielo que empezaba a derretirse y que había vuelto a congelarse una vez que el combate hubo terminado. En cuanto a lo que había sucedido al resto de los thanois —faltaban las cabezas— Kit prefería no pensarlo.

Miró al fondo del pasadizo y vio que había dado con el sitio que buscaba. El túnel se abría a una cámara excavada en el hielo. En el centro, debajo del techo de hielo abovedado, había un objeto —el Orbe de los Dragones, era de suponer— colocado en un pedestal de hielo. Era una cámara abierta de par en par, sin puertas ni cerrojos que protegieran el orbe. Sólo el guardián.

Fuera lo que fuese. Estuviera donde estuviese.

Desde su posición estratégica en el pasadizo, Kit veía toda la cámara; estaba vacía, salvo por el Orbe de los Dragones.

Sosteniendo la espada ante sí y sin bajar el escudo, Kitiara avanzó despacio, con sigilo, pasadizo adelante. «Un poco de miedo nunca viene mal —le decía siempre su padre—. Te mantiene alerta, despierto. Pero no permitas nunca que el miedo te domine.» Kitiara estaba más decidida que asustada. Quería ver a ese guardián, a ese monstruo. Quería matarlo y llevar la cabeza chorreando sangre a Feal-Thas para arrojarla a los delicados pies.

Al aproximarse más, reparó en que la cámara que guardaba el Orbe de los Dragones estaba impoluta. Ni una gota de sangre afeaba las paredes ni ensuciaba el blanco prístino de los muros, el techo y el suelo. O el guardián conservaba limpia la cámara o se había tomado la molestia de llevar a cabo la matanza en el pasadizo. Teniendo aquello presente, Kit pegó la espalda a la pared de hielo y avanzó lentamente pasando por encima de los restos sanguinolentos de los thanois, muy atenta a todo cuanto había a su alrededor.

A pesar de aguzar el oído al máximo, no oía nada y el silencio la ponía nerviosa. Nunca la había envuelto un silencio tan tremendo. Era como si el mundo hubiera acabado, como si todo lo vivo hubiera sido arrasado y sólo quedara ella. Cualquier ruido que hacía, por mínimo que fuera —el crujido del hielo al pisar el suelo, el traqueteo de la armadura, el tintineo de la cota de malla, el silbido de la respiración dentro del yelmo cerrado de Señora del Dragón— parecía retumbar en el cielo. A despecho del frío, no dejaba de sudar. Irritada, deseó que el guardián atacara y acabar así de una vez con el suspense.

Kitiara nunca había destacado por su paciencia.

De repente se le ocurrió que el Orbe de los Dragones podría ser su propio guardián y lanzó una mirada penetrante al artilugio. Deseó, tardíamente, haber hecho algún tipo de investigación sobre los orbes, puesto que ignoraba qué hacían y qué no hacían esos objetos; ni siquiera sabía qué aspecto tenían. Después de todo, a lo mejor esa esfera no era en realidad un orbe. Sí, desde luego su forma era esférica. Estaba hecho de cristal y daba la sensación de ser muy frágil, como si un grito fuerte pudiera hacerlo añicos. En el interior se arremolinaba una niebla de pálidos tonos cambiantes: rojos, azules, verdes y negros veteados con franjas blancas.

Avanzó un poco más. Los colores del interior del globo eran hermosos; titilaban y formaban remolinos. Experimentó el deseo repentino de tocar el orbe. El cristal parecía tan suave... Bajó la espada y el escudo y estaba a punto de dejarlos caer al suelo cuando una voz la sobresaltó.

*Tengo miedo.*

Kitiara giró sobre los talones velozmente, en guardia.

La cámara estaba desierta. No había nadie allí. Se volvió hacia la esfera sin poder remediarlo y comprendió que la voz venía del artilugio. Era el orbe el que hablaba.

*Descanso en el pedestal dorado y la gente pasa por delante sin reparar en mí, porque llevo tanto tiempo en la Torre que para ellos sólo soy ya un objeto más que acumula polvo. Soy parte del mobiliario. Se detienen delante de mí y conversan en voz baja y temerosa. Los escucho con la mente de los dragones y oigo lo que hablan. Lo que dicen me asusta.*

*Creen que no les oigo o que no entiendo. Han pasado tantos años desde mi creación que han olvidado mis poderes.*

*Pero entiendo. Oigo hablar del ascenso del hombre al que conocen como el Príncipe de los Sacerdotes. Oigo que teme a todos los que practican la magia porque no puede controlarlos. Ha amenazado con exterminarlos a todos. Últimamente envió un ejército para que atacara la torre hermana de Daltigoth. Los magos prefirieron destruirla antes que permitir que cayera en manos de gente que no entiende el tremendo poder de la magia. Temen que la siguiente sea nuestra Torre de Wayreth. Su ejército se ha puesto en marcha y muchos hechiceros que habían hecho de la Torre su hogar ya han decidido dispersarse.*

*Y yo también he de huir. Un Orbe de los Dragones no tiene que caer en manos del Príncipe de los Sacerdotes. Dicen que me destruiría o, lo que es peor, que podría intentar controlarme y utilizar mi poder para sus propios fines.*

*Así que han decidido usar la magia para trasladarme a regiones etéreas, a recorrer los caminos de la magia ocultos en el tiempo y el espacio que me lleven a un reino lejano. Será un viaje cargado de peligros porque corren rumores de que los clérigos del Príncipe de los Sacerdotes se han vuelto tan poderosos que pueden recorrer los caminos de la magia, donde esperan para sacar de las regiones etéreas a magos viajeros y matarlos en nombre de la virtud.*

*Feal-Thas, el brujo invernal, se ha ofrecido voluntario para transportarme a un lugar seguro, una tierra fría y yerma, la tierra a la que lo exiliaron cuando lo juzgaron por su crimen y el monarca silvanesti, Lorac Caladon, dictó sentencia.*

*Los magos creen que allí estaré a salvo porque el Príncipe de los Sacerdotes no tiene interés alguno en esta región donde no hay riqueza y muy poca gente lo venera.*

*Iré con Feal-Thas, no porque quiera, sino porque tengo miedo de quedarme aquí. Veo oscuros nubarrones acumulándose y un viento terrible que se levanta de mares hirvientes y fuego que cae del cielo. Veo la ira de los dioses descargándose como un martillo sobre Krynn. Veo a la gente clamar a los dioses y no obtener respuesta.*

*Si me quedo aquí, estoy condenado, y aunque me exaspera el exilio, lo acepto. Bajo la custodia de este hechicero viajaré al territorio del límite del glaciar y permaneceré escondido en aquel yermo odioso hasta que llegue el momento en que el poder de los dioses vuelva al mundo.*

*Entonces hallaré un modo de escapar.*

La niebla se agitaba en remolinos y los colores eran bellos, hipnotizadores. Kit tuvo la impresión de ver unas manos que se tendían hacia ella.

*El momento llegó. Es la hora. Los dioses han regresado. Eres justo lo que necesito. Acércate. Tócame. Ayúdame a escapar.*

Kitiara escuchaba, embelesada. Se acercó.

—¿Quién eres? —susurró—. ¿Qué poderes tienes? Si te ayudo, ¿me los darás...?

Más que ver, sintió que algo entraba en la cámara.

## 12

### *El guardián*

Kitiara se quedó muy quieta. Entrecerró los ojos y retrocedió, a la defensiva. Unos segundos antes la cámara estaba vacía y entonces ese hombre se había materializado dentro, de pie, cerca del Orbe de los Dragones. Era un humano. Vestía una armadura que tenía el aspecto de haber tomado parte en muchas batallas porque estaba llena de abolladuras y arañazos, pero se notaba que estaba bien cuidada. Kit la identificó como la de un Caballero de Solamnia.

El caballero no la había visto. Estaba de espaldas a ella y miraba hacia el techo. Algo en aquel hombre, en su actitud, en su forma de moverse —airoso y ligero, pero con poderío— le resultaba familiar. El caballero portaba espada, pero no se cubría con yelmo. Tenía el cabello oscuro y rizado y lo llevaba corto. Parecía esperar algo, porque desvió la vista del techo a las paredes y después empezó a darse la vuelta.

—¡Quieto ahí! —ordenó Kitiara—. No acerques las manos a las armas y vuélvete despacio.

El caballero así lo hizo, con una soltura casi perezosa que la guerrera conocía bien. Se le encogió el corazón y después le empezó a latir desbocado, dolorosamente. El caballero se volvió hacia ella. Kit reconocía los movimientos, el oscuro y rizado cabello, el elegante bigote, el semblante moreno, de rasgos atractivos... Intentando atisbarle la cara a través de las rendijas de la visera del labrado yelmo de Señora del Dragón, se la quedó mirando fijamente.

—¿Eres tú la que está ahí, dentro de ese cubo, Kit? —preguntó. La guerrera no había oído aquella voz profunda, efusiva, hacía muchos, muchos años, pero aun así la conocía tan bien como la suya propia—. ¿No me reconoces? Baja la espada. Soy tu padre, muchacha.

Kitiara siguió aferrando el arma con fuerza y no respondió. Aquello tenía que ser un truco.

—Has crecido, Kit —siguió Gregor Uth Matar en tono admirado—. No me lo esperaba. Supongo que pensé que aún eras la adolescente que dejé atrás. Y me disculpo por eso, dicho sea de paso —añadió al tiempo que se encogía de hombros—. Tenía intención de volver a buscarte como te prometí. Me propuse regresar a Solace media docena de veces, pero nunca lo hice. Siempre había una guerra que librar o una mujer a la que amar...

Esbozó una sonrisa afectuosa y ambigua, la misma que había encandilado el corazón de tantas mujeres.

—Supongo que no se perdió nada porque no volviera. Después de todo, no me necesitaste. Salta a la vista que has sabido salir adelante muy bien por ti misma. Una Señora del Dragón. Estoy orgulloso de ti, Kit...

Adelantó un paso más.

—¡No te muevas! —ordenó Kitiara con voz estrangulada. Tosió para aclararse la garganta—. Quédate donde estás. Esto no tiene sentido. Mi padre murió.

—¿Acaso hallaste mi cadáver? —preguntó Gregor, divertido—. ¿Diste con mi tumba? ¿Te encontraste con alguien que me vio morir?

La respuesta a todo eso era «no», pero Kitiara no contestó.

—Las preguntas las hago yo. ¿Qué haces en la cámara con el Orbe de los Dragones? ¿Eres el guardián?

—¿Yo el guardián? —Gregor se echó a reír—. Soy uno de los mejores espadachines de Krynn, pero seamos realistas, querida hija. ¿Me contratarías para guardar algo tan valioso?

—Entonces ¿dónde está el guardián?

Gregor se encogió de hombros, un gesto tan similar al que hacía la propia Kitiara que era como verse en un espejo.

—Lo eché de aquí. Lo mandé a freír espárragos. —Gregor avanzó un paso más. Sonrió—. Veo que llevas encima el frasco de licor. No te quedará por casualidad un poco de aguardiente enano ahí dentro, ¿eh, Kitiara? Olvídate de orbes y guardianes y cosas por el estilo. Echemos un trago y charlemos de lo que has hecho todos estos años.

Kit vaciló un instante.

—De acuerdo, pero no te acerques más. Te echaré el frasco.

Gregor se encogió de hombros y sonrió, pero hizo lo que le decía y se detuvo a unos cuantos pasos de distancia.

Kitiara siguió con la espada alzada, en guardia, y se colgó el escudo en el brazo por la correa. Llevó la mano al frasco que llevaba sujeto al cinturón.

Destapó el recipiente con los dientes, escupió el corcho y arrojó el agua a la cara de Gregor.

—¡Por todos los dioses, muchacha! ¿A qué viene esto? —demandó Gregor mientras se enjugaba el agua de los ojos. Viéndola tensa y con la espada presta, la observó un momento y después estalló en carcajadas.

La cámara retumbó con las risas del hombre, una risa tan bronca, vital y despreocupada como él. A Kitiara siempre le había gustado oír la risa de su padre.

—¡Agua sagrada! —Gregor casi no podía hablar por las risotadas—. ¡Crees que soy un fantasma! ¡Ja ja ja!

—¡No sé qué eres! —respondió ella, prietos los dientes. Las lágrimas le escocían en los ojos y se le congelaban en las mejillas—, pero no eres mi padre. Mi padre está muerto. Por eso nunca vino a buscarme. ¡Está muerto!

Arremetió al guardián con la espada.

Un hedor horrible le provocó una arcada. Un rugido salvaje cortó el sonido de la risa de su padre. Un instante antes Gregor se encontraba allí y al siguiente la peste envolvía a Kitiara, que se enfrentaba a un ser inmenso cubierto de sucio pelambre blanco grisáceo, con brazos enormes y garras afiladas. Si tenía ojos, no se los veía con aquella maraña de pelo. Pero dientes sí que tenía, y colmillos afilados y una lengua babeante. Asestó golpes desesperados con la espada a aquella cosa y notó que el acero penetraba en la carne. La cosa volvió a bramar, esta vez de dolor. Unas garras largas como espadas arremetieron contra ella en un golpe sesgado.

Kitiara soltó un gemido ahogado cuando las garras, afiladas como navajas, hendieron la armadura, y le hicieron cortes en los dos antebrazos y a través del diafragma. Reculó a tropicónes mientras la sangre brotaba de las heridas. Manejando torpemente el escudo que llevaba colgado del brazo, lo alzó para protegerse y aprestó la espada. Aún no sentía dolor, pero sabía que llegaría en cualquier momento y se preparó para aguantar. Hizo acopio de fuerzas y se dispuso a arremeter una vez más contra... Tanis.

Estaba delante de ella y la miraba con amorosa preocupación.

Kitiara parpadeó y apretó los ojos para no ver al fantasma. Cuando volvió a abrirlos, Tanis seguía allí plantado.

—Kit, estás herida —dijo suavemente.

Estaba igual que lo recordaba: alto y musculoso, con los brazos y las manos fuertes de un diestro arquero. El pelo largo le tapaba las orejas puntiagudas que delataban la parte elfa de su ascendencia. Su sonrisa era cariñosa y amplia y llevaba afeitado el firme mentón.

—Kit —dijo Tanis con tristeza—, no acudiste a la cita de la posada. Rompiste tu juramento. Todos estábamos allí. Tus hermanos, Caramon y Raistlin. Y Tasslehoff y Flint. También estaba Sturm. Y yo. Volví allí por ti, Kit. Para decirte que había cometido un error, que te amo. Quiero estar siempre contigo...

—¡No! —gritó Kitiara, asaltada por un intenso dolor. Vio que la sangre le resbalaba por las piernas y por los brazos y goteaba en el hielo—. No te creo. —Negó con la cabeza con ira—. No creo en ti... seas lo que seas.

—Como no fuiste a la posada como prometiste —insistió Tanis—, di por sentado que eso significaba que no te importaba.

—Me importas —respondió Kit, aunque sabía que aquello no era real, pero deseando que lo fuera—. Lo que pasa es que... estaba ocupada. Ariakas me nombró Señora del Dragón. Comando un ejército. He conquistado naciones. Tengo que combatir en una guerra...

—Al ver que no venías, decidí amar a otra —continuó Tanis, como si no la hubiera oído—, una elfa llamada...

—Laurana. ¡Lo sé! —gritó Kit, furiosa—. Me hablaste de ella, ¿te acuerdas? Decías que era una cría mimada, que era inmadura. Que querías tener una mujer...

—Te quiero a ti, Kitiara —dijo él mientras extendía los brazos para estrecharla.

—¡Atrás! —advirtió Kit.

El agua sagrada. Había tirado el frasco cuando la aparición la atacó. Ahora estaba caído en el suelo manchado de sangre, a sus pies. Hizo intención de recogerlo sin quitar ojo a Tanis y manteniendo la espada en guardia. Alzó la visera del yelmo y echó un trago del agua curativa. El dolor menguó y la sangre dejó de manar.

Tenía que atacar de nuevo. Ya había herido a esa cosa una vez. No sabía hasta qué punto era una herida grave, pero imaginaba que no toda la sangre derramada en el hielo era suya. Atacar significaba aproximarse y volver a enfrentarse a aquellas terribles garras afiladas. Tiró el frasco, se bajó la visera y levantó el escudo. Asiendo con firmeza la espada, corrió hacia Tanis.

La criatura rugió y la peste provocó una arcada a Kitiara, que de inmediato descargó tajos y el sucio pelambre blanco se empapó de sangre. Los negros y llameantes ojos la miraron enfurecidos, las garras arañaron hombros, tórax y muslos para después hincarse profundamente y desgarrar la carne. La guerrera oyó y sintió el roce de las uñas contra el hueso y un estremecimiento de dolor la sacudió, pero siguió acuchillando a la criatura hasta que finalmente notó que la hoja de la espada tocaba algo duro y sólido. Empujando con todo el peso de su cuerpo, hundió la hoja en el cuerpo peludo de la cosa hasta que el acero penetró a fondo y entonces la hizo girar.

El ser bramó de dolor y de rabia y arremetió con las afiladas garras. La sangre saltó a la visera y le entró a Kit en los ojos, de manera que la dejó medio cegada. De un tirón, sacó la espada y reculó a tropicónes; los pies le resbalaron y cayó.

Al golpear la mano contra el hielo, perdió la espada y el arma se deslizó fuera de su alcance. Intentó incorporarse, desesperada, pero el dolor era muy, muy fuerte, y le costaba trabajo respirar. Las garras se abalanzaron sobre ella y Kit rodó sobre sí misma para esquivarlas. Recordó la espada del kapak y manoteó torpemente al buscarla a tientas en el cinturón, del que la sacó de un tirón. Esperó hasta que la peluda bestia se lanzara, rugiente, sobre ella y entonces, a ciegas, le hincó el arma en el cuerpo a través de pellejo, carne y hueso. La sangre brotó a chorros sobre las manos de la guerrera. Un espantoso rugido la ensordeció y un puño gigantesco lanzó un golpe y la derribó.

Kitiara se encontró tendida boca abajo en el hielo. Parpadeó para librarse de la sangre que la cegaba y vio el frasco, fuera de su alcance. Gateó hacia él y alargó la mano, temblorosa, hacia el recipiente.

Allí estaba su madre. Rosamun yacía en el suelo, con la mano en el frasco. La mujer miró a Kitiara con aquellos grandes ojos de

gacela —aparentemente incapaces de enfocar el presente— clavados en algún horizonte incierto que nadie veía salvo ella.

—Tu padre no volvió a casa anoche —dijo Rosamun en tono acusador.

Kitiara se encogió. Otra vez, no. El dolor de las heridas era espantoso, pero no era nada comparado con el potro de tortura al que la habían atado sus padres para tirar de ella hacia lados opuestos cada vez que se peleaban ellos.

—Estuvo con esa mujer, ¿verdad? —El timbre de voz de Rosamun se volvió estridente—. Esa pelirroja con la que lo vi coquetear ayer en el mercado.

—Estuvo en El Abrevadero, madre, bebiendo con sus amigos —rezongó Kit. Tenía que llegar hasta el frasco. Gateó un poco más sin bajar la guardia, lista para arremeter con la espada.

—No mientas por él, muchacha —gritó Rosamun con voz chillona—. Te ha hecho tanto daño como a mí con sus mariposeos. Algún día nos abandonará. ¡Acuérdate de lo que te digo!

Agotada, Kitiara se tendió en el suelo y cerró los ojos. Vio a su padre con la moza pelirroja que atendía en la taberna. Ella estaba con la espalda apoyada en el excusado, abierta de piernas y con la falda subida. Gregor se apretaba contra ella y besuqueaba sus pechos desnudos. Kit oyó chillar a la mujer y a su padre gemir, y los chillidos se mezclaron con los desvaríos histéricos de su madre.

Kit se incorporó del hielo enrojecido con mucho esfuerzo y abrumada por el dolor. A pesar de que se tambaleaba, logró ponerse de pie. Alzó la espada y la hundió en el cuerpo de su madre y a continuación la clavó en el de su padre. No dejó de acuchillar y asestar tajos a los dos hasta que los rugidos y el llanto cesaron y la criatura dejó de sacudirse. Entonces Kitiara se desplomó.

Quedó tendida en el hielo, con la mirada prendida en el techo salpicado de sangre. Cerró la mano sobre el frasco e intentó llevárselo a los labios.

—Mi intención era volver, Tanis —dijo—. En realidad... se me olvidó...

La mano le resbaló hasta el suelo helado, flácida.



## 13

### *Recuperación. Fewmaster Toede Expectativas superadas con creces*

Kitiara siguió luchando. Unas zarpas garrudas la inmovilizaban y ella se sacudió con rabia al tiempo que daba patadas y puñetazos y gritaba improprios.

—¡Sujétala! —ordenó, iracunda, una voz gutural.

—¡Eso intento, señor! —jadeó alguien.

—¡Belek, siéntate encima de los pies! ¡Rult, hazla tragar más agua!

Un gran peso inmovilizó las piernas de Kit y unas manos fuertes le asieron las muñecas mientras que otras le abrían a la fuerza las mandíbulas. Alguien le echó agua en la boca.

El agua se fue por donde no debía y Kitiara se atragantó y empezó a toser. Las desesperadas boqueadas para llevar aire a los pulmones consiguieron que volviera en sí. Abrió los ojos y vio rostros monstruosos que la miraban con malicia. No podía moverse y se puso tensa para forcejear, pero entonces la bruma que le enturbiaba la mente se aclaró y cayó en la cuenta de que eran rostros cubiertos de escamas, no de pelambre, y que ninguno pertenecía al pasado.

Eran caras de kapaks, y los hombres-lagarto nunca le habían parecido tan maravillosos como en ese momento.

—Podéis soltarme ya —farfulló.

El comandante la miró con recelo un instante y después asintió con la cabeza. El kapak que se le había sentado en las piernas se levantó, gimió y se apartó cojeando; al parecer le había dado un rodillazo en una parte sensible. Los dos soldados kapaks que le sujetaban las muñecas regularon.

—¿Qué hay del guardián? —inquirió Kitiara.

—Está muerto —respondió el comandante.

Aliviada, Kit asintió en silencio y cerró los ojos para que se le pasara el mareo.

—¿Qué era? —preguntó.

—Lo hiciste pedacitos y era difícil distinguirlo —contestó el kapak—. Pero fuera lo que fuese, nunca habíamos visto nada semejante.

—Alguna creación abominable del mago —dijo Kit con un escalofrío—. ¿Estás seguro de que ha muerto?

—Muy seguro —repuso el comandante.

Con un suspiro, Kitiara se relajó. No sentía dolor, pero estaba débil y temblorosa, y la cabeza no le funcionaba con normalidad. Había visto a su padre... y a Tanis. Pero eso era imposible. Y el Orbe de los Dragones le había hablado...

Abrió bruscamente los ojos.

—¡El Orbe de los Dragones! Tengo que protegerlo...

—No, no hace falta —le dijo el comandante—. Sleet se encarga de su custodia por orden de Takhisis. Deberías descansar, te lo has ganado.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Kit, desorientada.

—Una semana.

—¡Una semana! —repitió Kitiara, que miró al kapak con incredulidad.

—El agua curativa te cerró las heridas, pero habías perdido un montón de sangre y luego apareció la fiebre. Un par de veces creímos que habías muerto. Su Oscura Majestad debe de tener muy buena opinión de ti.

—Y vosotros os habéis tomado muchas molestias para salvarme la vida. —Kit hizo un gesto con la cabeza y notó que hasta ese pequeño esfuerzo la dejaba agotada—. ¿Por qué no me dejasteis morir, sin más? A vosotros, los dracos, no os caemos muy bien los humanos.

—No nos caéis bien —convino el kapak—, pero los elfos nos caen peor.

Kitiara esbozó una ligera sonrisa.

—Y a propósito de los elfos, me sorprende que Feal-Thas no me haya matado —comentó.

—Tampoco ha venido a traerte flores —repuso secamente el kapak—. De hecho, no se le ha visto el pelo por aquí. Ha estado encerrado en ese palacio de hielo que se hizo.

—A lo mejor no sabe que su guardián ha muerto.

—Oh, ya lo creo que sí. El brujo invernal lo sabe todo. Dicen que lee la mente de los demás. Ese tipo es retorcido. Tiene tantas vueltas y revueltas como una serpiente. Si te interesa mi opinión, te tendió una trampa para que murieras. Quiere quitarte de en medio. Un rival menos.

Kitiara lo consideró detenidamente. Tenía sentido; al menos tenía tanto sentido como todo lo que pasaba en ese lugar.

—Supongo que tendré que matarlo —manifestó—. Dame mi espada... —Intentó incorporarse, pero el kapak la empujó y Kit se desplomó en la cama con un gemido—. Tal vez será mejor que espere hasta mañana... —murmuró.

El comandante soltó una risita.

—Ahora entiendo que seas una Señora del Dragón. Y a propósito de dragones, un azul ha estado rondando por aquí, preocupadísimo por ti. Amenazó con demoler el castillo si te pasaba algo malo. Nunca había visto a un dragón en semejante estado de ansiedad.

—Debe de ser el bueno de Skie. —Kitiara suspiró profundamente, satisfecha—. Dile que me encuentre bien, ¿quieres? Y gracias, comandante. Por todo.

Se dio media vuelta, se arrebujó en las pieles y se quedó dormida.

\* \* \*

Dos días después y tras haber ingerido unos cuantos filetes de caribú, Kitiara se sintió lo bastante bien para dejar la cama. Lo primero que hizo fue comprobar por sí misma que el guardián había muerto realmente. Se aventuró con cautela por el angosto pasadizo, espada en mano. La sangre —su sangre— se había congelado en el hielo, pero no había ningún cadáver. Según le contó el kapak, no había quedado mucho del monstruo, pero ahora no había ni rastro.

Feal-Thas tenía que haberse llevado los restos. O habían desaparecido por sí mismos.

Kit salió de la cámara donde casi había muerto y siguió túnel adelante, hacia el cubil de la dragona, con el propósito de hablar sobre lo que Ariakas planeaba hacer con el Orbe de los Dragones. Aquello no funcionó porque Sleet resultó ser tan obtusa y lerda como había dicho Skie. Parpadeó y contempló a Kit con los ojos entrecerrados, se rascó la oreja con la garruda pata y ladeó la cabeza como si mirar a la humana desde ese ángulo fuera a hacer más claras sus instrucciones. Finalmente, Sleet bostezó, apoyó la testa en el hielo y cerró los ojos.

—¿Has entendido lo que se supone que tienes que hacer? —preguntó Kit, exasperada.

—Tengo que proteger el orbe —masculó la dragona.

—Protegerlo de Feal-Thas —insistió Kit.

—Odio a Feal-Thas.

La dragona enseñó los dientes.

—Cuando el Caballero de Solamnia aparezca, tienes que...

—Odio a los Caballeros de Solamnia —añadió Sleet, que giró sobre sí misma para ponerse panza arriba y se quedó dormida en esa postura, con la lengua colgándole entre las fauces.

Kit se dio por vencida y se marchó. Esperaba que todos se mataran entre ellos.

Kit estaba preparada para marcharse del Muro de Hielo. Había desechado la idea de vengarse de Feal-Thas. Ariakas estaba casi convencido de que había sido cómplice en la muerte de lord Verminaard. No quería que el emperador pensara que recorría Ansalon con el objetivo de asesinar a sus Señores de los Dragones. Se vengaría del elfo, pero sería en el momento y el lugar elegidos por ella, no por él.

Envió un mensaje a Feal-Thas a su Palacio de Hielo para decirle que se marchaba. La respuesta que le envió decía: «No sabía que aún estabas aquí.»

\* \* \*

—El emperador cometió una estupidez. No debía haber puesto nada a cargo de ese elfo oscuro —comentó Skie cuando Kitiara se lo contó después—. Los elfos normales son malos, pero los elfos oscuros son peores.

Los dos se encontraban en el campo de hielo azotado por el viento, fuera de los muros del castillo. Kitiara se abrigaba con las pieles y hacía visera con la mano para protegerse los ojos del reflejo cegador del sol en el hielo. Irritada, se preguntó cómo era posible que un sol tan brillante irradiara tan poco calor.

—Deberías entrar —añadió Skie—. Te castañetean los dientes.

—A ti también —repuso Kit mientras le acariciaba cariñosamente el cuello. De la mandíbula del dragón azul colgaban carámbanos y daba la impresión de que le hubiera crecido una barba canosa.

—Estoy helado por dentro y por fuera —rezongó el dragón—. ¿Cuándo vamos a irnos de este sitio espantoso?

—Antes tengo que leer los despachos que ha enviado Ariakas para ver si hay otras órdenes para mí.

Dejó al dragón pateando de aquí para allá por el glaciar al tiempo que batía las alas para que no se le congelaran.

El primer despacho que leyó era del emperador Ariakas, en el que le informaba de las victorias habidas en la zona oriental de Kryn. El Señor del Dragón Lucien de Takar tenía actualmente la mitad del continente bajo su control, o eso afirmaba Ariakas. Kitiara rechinó

los dientes al leer aquello. Solamnia estaría bajo su control a esas alturas de haberlo permitido el emperador. En cuanto a Lucien, ¿qué había conquistado? Tierras de kenders, de elfos y de pastores de cabras. ¡Bah!

Ariakas le decía que confiaba en que su encuentro con el Señor del Dragón Feal-Thas hubiese ido bien. Kitiara emitió un sordo gruñido al leer aquello. El emperador esperaba que le enviara un informe completo.

Kitiara se quedó sentada largo rato analizando el mensaje. Algo iba mal, Ariakas nunca le había escrito nada tan formal y distante. La misiva ni siquiera era de su puño y letra. La había dictado. Hasta ahora siempre le había escrito personalmente.

Había muchas razones por las que Ariakas podría haber dictado esa carta: libraba una guerra, intentaba gobernar una extensa región, buscaba al Hombre de la Gema Verde, trataba con una diosa impaciente. No era de extrañar que no dispusiera de tiempo para escribirle una nota personal.

Con todo, a Kit le preocupaba eso y otros pequeños detalles. Había esperado que Ariakas le pidiera el informe en persona y en cambio le decía que se lo diera por escrito. No decía nada sobre futuras órdenes. No hacía mención alguna a Solamnia. Kitiara decidió que dejaría el Ala Azul encargada de buscar a Tanis por los alrededores de Thorbardin y ella viajaría de inmediato a Neraka para averiguar qué pasaba.

Arrugó la carta, hizo con ella una bola y la acercó al fuego que ardía en el aceite de foca. Contempló cómo se quemaba el papel y sólo lo soltó cuando la llama estuvo a punto de quemarle los dedos.

Los siguientes comunicados, unos treinta, eran de Fewmaster Toede. Kit les echó un vistazo al tiempo que sonreía. Eran copias de despachos a comandantes de las fuerzas del Ejército Rojo con órdenes que contravenían las previas que él mismo había dado. Kitiara imaginó que los comandantes se limitarían a tirarlas, que era justo lo que pensaba hacer ella cuando reparó en que una iba dirigida a su nombre.

Kitiara se acomodó, dispuesta a disfrutar con la lectura de las necesidades del hobgoblin que la harían reírse un poco.

El saludo inicial ya lo consiguió. Escrito con una letra que desde luego no pertenecía a un hobgoblin, ocupaba media página y empezaba dirigiéndose a ella como: «*Eminentísima, venerada y estimada Señora del Dragón, honrada por hombres, dioses y naciones*» y continuaba con la misma retahíla. Se lo saltó casi todo para llegar al cuerpo principal de la misiva, que empezaba por describir el placer que había sido para Fewmaster conocerla y expresar su más ferviente deseo de que le permitiera limpiarle las botas otra vez cuando volvieran a verse, cosa que esperaba —y pedía a su Oscura Majestad— que ocurriera pronto.

Entonces se cortaron de golpe las risas de Kitiara, que se irguió bruscamente y releó el párrafo siguiente:

«*Mis espías en Thorbardin me informan de que esas personas por las que tan gentilmente demostraste interés, esos asesinos que mataron a nuestro muy querido lord Verminaard (a quien Chemosh tenga consigo) han abandonado la fortaleza subterránea de los enanos y, de acuerdo con las informaciones, están de camino a Tarsis en un intento de escapar de su tan merecido castigo.*»

—Tarsis —musitó Kitiara, interesada. Luego siguió leyendo.

«*Nada más llegarme esta noticia, he ofrecido una recompensa por esos criminales y confío plenamente en que serán capturados pronto. Sabiendo que su graciosa señoría estaba interesada en que a esos bribones se los llevara ante la justicia y para más ilustración de su señoría, adjunto envío una copia completa de la recompensa, con los nombres y la descripción de esos asesinos. He enviado esta noticia a los comandantes de nuestras ilustres fuerzas situadas en la región. Estoy convencido plenamente de que tendremos a esos criminales bajo llave y tras las rejas en cualquier momento.*»

Kitiara dudaba que alguno de los comandantes se hubiera tomado siquiera la molestia de leer la misiva.

Claro que quizá «esos criminales» no fueran Tanis y sus amigos. Según los informes había unos ochocientos refugiados escondidos en Thorbardin. Sacó el aviso que iba enrollado dentro de la carta del Señor de los Dragones; conforme leía los nombres, notó que el corazón le latía más deprisa.

Fue como si el pasado surgiera repentinamente ante ella, como había ocurrido en la cámara, con el guardián. Los rostros emergieron de la neblina del tiempo.

*Tanis Semielfo. Un semielfo barbudo. Se cree que es el cabecilla.*

«Por supuesto —pensó Kit—. Como siempre.»

*Sturm Brightblade. Humano. Caballero de Solamnia.*

Su viaje con Sturm no había resultado como había previsto.

*Flint Fireforge. Enano.*

El viejo cascarrabias de Flint. Nunca le había caído muy bien al enano.

*Tasslehoff Burrfoot. Kender.*

Costaba creer que ese pequeño latoso aún estuviera vivo.

*Raistlin y Caramon Majere. Humanos. Hechicero y guerrero.*

Sus hermanitos. Bueno, en realidad, sus medio hermanos. Tenían que agradecerle su éxito.

*Tika Waylan. Humana.*

El nombre le sonaba familiar, pero Kit no consiguió ubicarla.

*Elistan. Humano. Clérigo de Paladine. Agitador peligroso.*

¿Qué podía tener de peligroso el clérigo de un dios débil como Paladine?

*Gilthanas, elfo; Goldmoon, sacerdotisa de Mishakal...*

Kit, impaciente, pasó rápidamente por la lista hasta dar con el nombre que buscaba...

*Laurana. Princesa elfa. ¡Debe ser capturada viva! La elfa es propiedad de Fewmaster Toede y no se le debe ocasionar ningún daño, sino que hay que restituírsela de inmediato y bajo la custodia de una nutrida guardia. Se ofrece recompensa.*

—Así que ahí estás —dijo Kit con desagrado—. Todavía con él.

Miró intensamente el nombre como si así pudiera conjurar la imagen de la elfa: rubia, esbelta, bella.

Amigos, familia. Amante. Rival. De camino a Tarsis. ¡Al igual que, como era de suponer, hacía Derek Crownguard! Sus espías la habían informado de que iba a Tarsis a buscar una biblioteca. ¿Y si se encontraban? Sturm y Derek eran compañeros de la orden de caballería. Sin duda se conocían. Tal vez eran amigos. ¿Qué consecuencias habría si se encontraban en Tarsis? ¿Mencionaría Derek su nombre?

Kit se lo planteó y no vio motivo alguno para que lo hiciera, pero aun así, la posibilidad de que revelara que la había visto y había hablado con ella era preocupante. Ojalá no le hubiera dicho su verdadero nombre. Había sido un poco por bravuconear.

Tarsis... A un día de viaje a lomos de un dragón.

Mirando sin ver las llamas que titilaban en el aceite de foca, Kitiara se quedó sentada un buen rato mientras fraguaba sus planes. En ningún momento se olvidó de Ariakas. Quienes cometían ese error garrafal no solían vivir mucho tiempo. Tenía que aplacarlo, conseguir que estuviera contento, que creyera que lo que estaba a punto de hacer era en interés de él.

Sonrió y salió de su abstracción con una sacudida para reanudar la lectura de la carta de Toede. Esperaba pasar otro buen rato con más demostraciones de la estupidez del hobo. Por desgracia, la siguiente muestra de necedad de Toede no tenía nada de divertida. Kitiara aspiró aire con gesto iracundo y barbotó una maldición.

—¡Maldito idiota!

Se incorporó bruscamente mientras arrugaba la carta. Iba a arrojarla al fuego, pero se contuvo y se obligó a leerla otra vez. Sin embargo, no mejoró en una segunda ni en una tercera lectura. Entonces la echó a las llamas y vio convertirse en humo sus planes junto con el papel.

¡El estúpido hobgoblin pensaba atacar Tarsis!

Kit sabía la razón. Los Dragones Rojos estaban presionando a Toede para que los condujera a la batalla, y aunque la barriga se le desbordaba por encima del cinturón, por lo visto al hobo le faltaban agallas para hacer frente a los reptiles.

Toede debería estar agrupando a sus fuerzas para atacar Thorbardin y centrarse en eso. En cambio, las enviaba a un ataque a una ciudad que no tenía ningún valor estratégico y muy poca riqueza, una ciudad que no podría conservar por la simple razón de que no contaba con suficientes efectivos para ocuparla. Puede que en otros tiempos hubiera merecido la pena saquear Tarsis, antes del Cataclismo, cuando era una ciudad portuaria. Después de que la montaña de fuego se precipitara sobre el mundo, el mar desapareció y dejó Tarsis rodeada de tierra y arruinados a sus mercaderes.

No se le ocurría qué diablos podría estar pensando Toede. La respuesta era que no pensaba. Kitiara se disponía a volar hasta Haven para intentar parar aquel despropósito cuando, de pronto, comprendió que podría sacar provecho de la decisión absurda del hobo.

Recordó la fecha que indicaba para el ataque: quince días a partir de ese momento. Disponía de muy poco tiempo y tenía muchas cosas que hacer... Y hacerlas discretamente. Ni siquiera Skie debía sospechar sus verdaderos motivos. Se guardó debajo de la camisa el pergamino con los nombres y las descripciones de los asesinos de lord Verminaard, echó un par de tragos de aguardiente enano para aguantar el frío helador del viaje y, arrebujada en las pieles, recogió su equipo y salió para reunirse con el dragón.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Skie. Tenía prisa por irse.

—A Thorbardin, a reunimos con el Ala Azul —contestó Kitiara—. Y desde allí volaremos a Tarsis.

Skie giró la cabeza hacia atrás para mirarla de hito en hito.

—¡Tarsis! ¿Qué tenemos que hacer en Tarsis?

—Te lo explicaré después —contestó Kit. La voz de la mujer sonaba hueca dentro del yelmo astado.

Skie deseaba saber algo más sobre esa absurda decisión de llevar el Ala Azul a Tarsis, pero decidió esperar para discutirlo en otro sitio donde la cola no se le quedara pegada al hielo. Extendió las alas, agitó la cola para soltarla, dio un gran salto con las poderosas patas traseras y alzó el vuelo de buena gana hacia el cristalino cielo azul.

## **SEGUNDA PARTE**

*Una propuesta de Zeboim*  
*Derek cita la Medida*

Derek Crownguard y sus compañeros de caballería, Brian Donner y Aran Tallbow, se encontraban junto a la borda de un barco mercante observando la entrada al puerto de Rigitt, una ciudad portuaria que distaba unos cien kilómetros de Tarsis. La embarcación, que llevaba el nombre de *Caléndula* por la hija del capitán, había tenido buen tiempo y mares calmos durante toda la travesía.

Aran Tallbow les sacaba algo más de la cabeza a sus compañeros. Era un hombre grande, jovial, bonachón y amigo de las diversiones. Tenía el cabello de un color dorado rojizo y llevaba el bigote —el tradicional de un caballero solámnico— largo y caído.

De vez en cuando le encantaba echar un «tiento», como decían los enanos, y llevaba una pequeña petaca de cuero sujeta al cinturón de la espada. En el frasco de la petaca guardaba un vino añejado del que echaba sorbitos con frecuencia. Nunca se embriagaba, aunque siempre estaba de buen humor. La risa le salía de dentro y con una potencia en consonancia con su corpulencia. Tal vez no tuviera la apariencia de un caballero, pero Aran Tallbow era un guerrero feroz, de sobra conocido por su destreza y su valor en la batalla. Ni siquiera Derek podía ponerle reparos en cuanto a eso.

Conforme el barco entraba en el puerto de Rigitt, los caballeros contemplaron con regocijo que los marineros hacían ofrendas en acción de gracias. Esas ofrendas incluían desde collares de conchas hasta pequeñas tallas de madera de diversos monstruos de las profundidades, todo hecho a mano por los marineros durante la travesía. Al tiempo que manifestaban su agradecimiento por haber tenido un viaje sin incidentes, arrojaban las ofrendas al agua.

—¿Qué significa esa palabra que no dejan de repetir, señor? —le preguntó Aran al capitán—. Es algo así como «Zeboim, Zeboim».

—Es exactamente eso, señor —contestó el capitán—. Zeboim, diosa del mar. Deberíais hacer también una ofrenda, milores. Ella se toma muy a mal que se la desaire.

—¿A pesar de que no se ha sabido nada de esta diosa desde hace más de trescientos años? —inquirió Aran, que hizo un guiño a sus amigos.

—Sólo porque no se haya sabido nada de ella ni se la haya visto no significa que Zeboim no nos esté observando —contestó el capitán en tono serio.

Se asomó por la borda mientras hablaba y dejó caer al mar un bonito brazalete hecho con cristales azules.

—Gracias, Zeboim —entonó—. ¡Bendice nuestro viaje de vuelta a casa!

Derek observaba la escena con gesto severo y desaprobador.

—Entiendo que unos marineros ignorantes se crean esas tontas supersticiones, pero no doy crédito a que un capitán, un hombre culto con tú, participe en semejante ritual.

—Para empezar, mis hombres se amotinarían si no lo hiciera, milord —explicó el capitán—. Y en segundo lugar... —Se encogió de hombros—, más vale prevenir que curar, sobre todo cuando se trata de la Arpía del Mar. En fin, si me disculpáis, caballeros, como estamos entrando a puerto he de atender mis obligaciones.

Los caballeros se quedaron junto a la borda para contemplar las vistas del puerto y escuchar el ruido de fondo. Estando tan próximo el invierno, el puerto se hallaba casi vacío a excepción de las embarcaciones pesqueras que salían a la mar hiciera el tiempo que hiciese, a menos que se tratara de las peores tempestades invernales.

—Con «pedmiso, midods» —dijo una voz detrás de ellos.

Los tres caballeros se dieron la vuelta y se encontraron con un marinero que les hacía reverencias e inclinaciones de cabeza. Conocían bien a ese hombre. Era el más viejo de la tripulación. Afirmaba ser marinero desde hacía sesenta años y que había embarcado por primera vez siendo un muchachito de diez. Estaba acartonado y encorvado y tenía la cara curtida por el sol y el aire y surcada de arrugas por la edad. Sin embargo, todavía trepaba por las jarcias tan deprisa como los jóvenes. Era capaz de predecir una tormenta con sólo observar la forma de volar de las gaviotas y aseguraba que hablaba con los delfines. Había sobrevivido a un naufragio, rescatado, según él, por una hermosa elfa marina que lo había salvado de morir ahogado.

—Esto pada midods —dijo el viejo, que masticaba las palabras con las encías ya que le faltaban casi todos los dientes por el escorbuto—. Pada degalo de la Adpia del Mad.

Sostenía en las manos dos tallas de animales en madera y se los ofreció con un cabeceo, una reverencia y una sonrisa desdentada a Aran y a Brian.

—¿Qué es? —preguntó Brian mientras examinaba la pequeña talla de madera.

—Parece un lobo —comentó Aran.

—Sí, midod. Lobo —dijo el viejo, que se llevó la mano a la frente en un saludo—. Uno pada cada uno. —Señaló con el nudoso índice primero a Aran y después a Brian—. Como degalo pada la Adpia de Mad. Así seda amable con los caballos.

—¿Y por qué lobos, Viejo Salazón? —preguntó Aran—. Los lobos no son muy afines al mar. ¿No le gustaría más una ballena?

—Se me dijo lobos en un sueño —contestó el viejo con un centelleo en los sagaces ojos. Señaló el mar—. Dais degalo a la diosa y pedís bendición.

—Hacedlo y os llevaré acusados ante el Consejo —manifestó Derek.

Derek no destacaba por su sentido del humor, pero en ocasiones se permitía hacer una pequeña broma desabrida (tan pequeña y tan desabrida que a menudo pasada inadvertida).

Tal vez bromeaba ahora, pero también era posible que lo hubiera dicho en serio. Brian no podría asegurarlo.

A Aran eso no le importaba, ya que en seguida enfocaba cualquier cosa por el lado humorístico.

—Me asustas. ¿Acusados con qué cargos, Derek? —preguntó con fingida preocupación.

—Idolatría —contestó Derek.

—¡Ja ja ja! —La risa de Aran roló por encima el agua—. Lo que pasa es que estás celoso porque a ti no te han dado un lobo.

Derek se había pasado casi todo el tiempo del viaje metido en el camarote, dedicado a leer la copia de la Medida que llevaba consigo y en la que hacía anotaciones en los márgenes. Sólo había salido del camarote para hacer sus ejercicios diarios en cubierta —lo que significaba caminar de proa a popa durante una hora— o para cenar con el capitán. Aran había deambulado por cubierta desde la mañana hasta la noche, se había mezclado sin empacho con los marineros, había aprendido el «oficio» y bailado al son de la chirimía. Se había empeñado en subir a la arboladura y casi se había roto la crisma cuando se cayó desde el peñol.

Por su parte, Brian había pasado casi todo el tiempo de la travesía tratando de refrenar el entusiasmo de Aran.

—Así que sólo tengo que echar esto al mar... —dijo Aran al viejo, dispuesto a concertar dicho y hecho—. ¿Rezo una plegaria...?

—No lo harás —intervino Derek con severidad antes de quitarle la talla de la mano a Aran para entregársela al viejo—. Gracias, marinero, pero estos caballeros tienen sus espadas y no necesitan bendiciones.

Derek dirigió una mirada significativa a Brian, que masculló las gracias y le tendió la figurita del lobo al anciano.

—¿Segudo que quedéis haced esto, midods? —preguntó el viejo mientras los miraba intensamente. Su escrutinio hizo sentirse incómodo a Brian, pero antes de que tuviera ocasión de responder, Derek se anticipó.

—No tenemos tiempo para cuentos de hadas —espetó, muy tieso—. Caballeros, pronto habremos llegado a tierra y hemos de hacer el equipaje.

Se apartó de la borda y cruzó el puente a largas zancadas.

—Dáselo a la diosa de mi parte —dijo Aran al viejo marinero al tiempo que le daba una palmada en el hombro—, junto con mi agradecimiento.

Al mirar hacia atrás, Brian reparó en que el viejo seguía plantado allí de pie, observándolos. Entonces retumbó la voz del capitán dando una orden a todos los tripulantes para que se prepararan para echar el ancla. El viejo arrojó las tallas de los lobos por la borda y corrió a cumplir la orden.

Derek desapareció bajo el puente y se dirigió hacia el pequeño camarote que compartían los tres caballeros. Aran, que iba detrás de él, dio un sorbo de la petaca. Brian se demoró para echar un vistazo al mar. La brisa soplaba desde el glaciar —muy distante en el sur— y traía consigo el frío aguijonazo del invierno. Las olas tenían motas doradas por encima del azul del agua. El viento agitó el borde de la capa del caballero. Las aves marinas volaban en círculo allá arriba o se mecían plácidamente en la superficie del mar.

Brian deseó haber aceptado la talla de madera del viejo. Deseó haber hecho la ofrenda a la diosa del mar, fuera quien fuese. Se la imaginó hermosa y antojadiza, peligrosa y mortífera. Brian alzó la mano en un saludo a la deidad.

—Gracias por un viaje exento de peligro, señora —dijo, medio en broma medio en serio.

—¡Brian! —La voz irritada de Derek resonó bajo el puente.

—¡Ya voy! —respondió.

\* \* \*

Los caballeros no pasaron mucho tiempo en Rigitt. Alquilieron caballos para el viaje hacia el norte, a Tarsis, que los llevaría a través de las Praderas de Arena. La calzada todavía era transitable, aunque había estado nevando más al norte, en las inmediaciones de Thorbardin, o eso era lo que le había contado a Aran un hombre con el que había compartido unos tragos, un mercenario que acababa de viajar por aquella ruta.

—Me aconsejó que no nos quedáramos dentro de Tarsis —le contó a sus compañeros mientras cargaban provisiones en los caballos—. Sugirió que acampáramos en las colinas y entráramos a la ciudad de día. Dijo que deberíamos guardar en secreto el hecho de que somos Caballeros de Solamnía. Por lo visto, los tarsianos no nos tienen mucho aprecio.

—La Medida estipula: «Un caballero debe caminar bajo el sol abiertamente, orgulloso de proclamar su noble condición al mundo» —citó Derek.

—Y si los tarsianos nos echan de la ciudad de una patada en nuestras nobles posaderas, ¿qué pasará con nuestra misión de encontrar

el Orbe de los Dragones? —preguntó Aran, sonriente.

—No nos echarán. Esa información te ha llegado de boca de un mercenario canallesco que vende la espada al mejor postor —comentó Derek, despectivo.

—El capitán me dijo lo mismo, Derek —arguyó Brian—. Antes del Cataclismo los caballeros habían hecho de Tarsis una gran capital solámnica a despecho de que la urbe se encontraba a cientos de kilómetros de distancia. De ese modo podían protegerla de sus enemigos. Entonces sobrevino el Cataclismo y los caballeros ni siquiera pudieron protegerse a sí mismos, mucho menos a una ciudad situada tan lejos de Solamnna. Los caballeros que habían vivido en Tarsis (los que sobrevivieron) regresaron a Palanthas dejando que los tarsianos libraran sus propias batallas. Los habitantes de Tarsis jamás nos perdonaron por abandonarlos —concluyó Brian.

—Quizá podamos encontrar una laguna jurídica... —empezó Aran.

Brian le dirigió una mirada de advertencia y Aran, frotándose la nariz, expuso la idea con otras palabras.

—Quizá la Medida determina alguna medida de previsión para una situación política tan delicada.

—Deberías estar más versado en la Medida —lo reconvino Derek—, de ese modo sabrías lo que dice al respecto. No entraremos en Tarsis con falsas apariencias. Presentaremos nuestras credenciales a las autoridades que corresponda y recibiremos permiso para entrar en la ciudad. No habrá complicaciones si nos comportamos como es debido, mientras que sí surgirían problemas si nos sorprenden colándonos furtivamente en la ciudad como ladrones.

—Lo dices de una forma que parece que hubiera sugerido que entremos en la ciudad vestidos de negro con la cabeza cubierta por un saco —dijo Aran con una risita—. No es necesario anunciar con redobles de tambor que somos caballeros. No tenemos que mentir, sólo hacer un fardo con el llamativo tabardo y la armadura, reemplazar el yelmo ornamentado por otro sencillo, quitarnos las insignias que indican nuestro rango y las espuelas y llevar ropas normales y prácticas. Tal vez, incluso, recortarnos el bigote.

Eso fue un completo error.

Derek ni se dignó contestar. Hizo un último ajuste a la brida del caballo y después fue a pagar la cuenta al posadero.

Aran se encogió de hombros y echó la mano a la petaca. Dio un par de sorbos y después le ofreció el recipiente a Brian, que negó con la cabeza.

—Lo que dice Derek es sensato, Aran —arguyó Brian—. Podría traernos malas consecuencias que nos sorprendieran intentando ocultar nuestra identidad. ¡Además, no concibo que los tarsianos sigan odiándonos después de trescientos años!

Aran lo miró y sonrió.

—Eso es porque tú eres incapaz de odiar a nadie, Brian. —Caminó sin prisa hasta la puerta del establo para echar un vistazo fuera y luego, al ver que Derek estaba demasiado lejos para oírlo, regresó junto a su amigo—. ¿Sabes por qué lord Gunthar me pidió que participara en esta misión?

Brian lo suponía, pero no quería saberlo.

—Aran, no creo que...

—Estoy aquí para asegurarme de que Derek no la cague —manifestó Aran sin andarse por las ramas. Dio otro sorbo. Brian se encogió ante la crudeza de la expresión.

—Derek es un Caballero de la Rosa, Aran. Es nuestro superior. Según la Medida...

—¡Al cuerno con la Medida! —replicó bruscamente Aran, perdido por completo el buen humor—. No voy a permitir que esta misión fracase porque a Derek le preocupa más atenerse a un viejo código enmohecido de leyes trasnochadas que salvar nuestra nación.

—Quizá sin esas leyes y la noble tradición que representan no merecería la pena salvarla —señaló Brian, malhumorado.

Aran posó la mano en el hombro de su amigo con gesto amistoso.

—Eres un buen hombre, Brian.

—También lo es Derek —contestó Brian con gran seriedad—. Lo conocemos hace mucho tiempo, Aran. Los dos somos sus amigos desde hace años.

—Cierto —admitió el otro caballero, que volvió a encogerse de hombros—. Y los dos hemos visto cómo se ha endurecido y cómo ha cambiado.

Brian suspiró.

—Ten paciencia con él, Aran. Ha sufrido mucho. Ha perdido el castillo, su hermano tuvo una muerte horrible...

—Tendré paciencia... hasta cierto punto. Ahora voy a regalarme con una copa de despedida. ¿Te animas?

—No, pero ve tú —contestó Brian al tiempo que negaba con la cabeza—. Yo esperaré a Derek.

Aran montó a caballo y salió del establo para tomar una última jarra de cerveza y para rellenar la petaca antes de ponerse en camino.

Brian se quedó en el establo y ajustó la brida del caballo. ¡Maldito Aran! Ojalá no le hubiese revelado la verdadera razón por la que había ido con ellos. A Brian no le gustaba pensar que lord Gunthar confiaba tan poco en Derek que enviaba a un amigo para espiarlo. Tampoco le había gustado oír que Aran había aceptado una encomienda tan degradante. Los caballeros no tendrían que espiarse los unos a los otros. Eso debía de aparecer en algún lugar de la Medida.

De ser así, Derek pasaba por alto esos párrafos, ya que tenía sus propios espías en la corte de lord Gunthar. Quizá los espías de su amigo le habían dicho que Aran era también un espía. Brian apoyó la cabeza en el cuello del caballo. Casi estaba por creer que la diosa Takhisis había vuelto al mundo y había plantado la semilla de la discordia entre quienes antaño fueran los paladines del honor y del valor. Las semillas habían arraigado en la tierra fértil del temor y ahora germinaban en las malas hierbas del odio y la desconfianza.

—¿Dónde está Aran? —La voz de Derek lo sacó de sus sombrías reflexiones.

—Fue a tomar un poco de cerveza —contestó.

—No estamos en una merienda campestre kender —comentó secamente su amigo—. No se toma nada en serio, y ahora supongo que tendremos que ir a sacarlo a la fuerza de alguna taberna.

Derek se equivocaba. Encontraron a Aran, que se limpiaba la espuma de los labios, esperándolos en la calzada que conducía a Tarsis.



Los tres se pusieron en marcha, con Aran en el centro, Derek a la derecha y Brian a la izquierda. Entonces éste recordó de pronto, vívidamente, otra misión, la primera.

—¿Os acordáis cuando los tres éramos escuderos y estábamos cansados de arremeter contra el estafermo y de aporrearnos unos a otros con espadas de madera? Llegamos a la conclusión de que debíamos ponernos a prueba, así que...

—¡... Decidimos ir a Foscaterra en busca del Caballero de la Muerte! —Aran empezó a reírse—. Bendita sea mi alma, hacía mucho tiempo que no pensaba en eso. Cabalgamos tres días por lo que supusimos que era Foscaterra, aunque la verdad es que no llegamos a acercarnos allí en ningún momento, y entonces llegamos a ese castillo abandonado. Los muros se habían agrietado, las almenas se estaban desmoronando, una de las torres estaba calcinada y supimos que habíamos encontrado... el alcázar de Dargaard. El hogar del temible lord Soth. —Las risitas de Aran dieron paso a las carcajadas—. ¿Recordáis lo que pasó a continuación?

—No creo que lo olvide nunca —contestó Brian—. Esa noche mi vida se acortó cinco años. Acampamos cerca del alcázar para vigilarlo y, en efecto, vimos una extraña luz azul titilando en una de las ventanas.

—¡Ja ja ja! ¡La luz azul! —Aran reía a mandíbula batiente.

—Nos ceñimos la armadura...

—...Que nos quedaba grande porque se la habíamos quitado a los caballeros a quienes servíamos —recordó Aran—. Los tres estábamos muertos de miedo, pero ninguno quería admitirlo, así que fuimos.

—Derek era el que nos dirigía. ¿Te acuerdas, Derek? Diste la señal y cargamos hacia el interior del castillo y... —a Brian le costaba trabajo hablar a causa de la risa la risa— nos salió al encuentro un enano...

—... Que tenía montada una destilería ilegal dentro del alcázar... —Las carcajadas de Aran sonaron estruendosas—. ¡La luz azul que habíamos visto era el fuego con el que elaboraba la mezcla! Creía que habíamos ido allí para robarle el brebaje y, blandiendo una enorme hacha ensangrentada, nos atacó desde las sombras. ¡Juro que daba la impresión de medir tres metros!

—¡Y nosotros, gallardos caballeros, salimos por pies en tres direcciones distintas mientras él nos perseguía y gritaba que nos iba a cortar las orejas con el hacha!

Aran estaba doblado sobre la perilla de la silla de montar, en tanto que Brian reía con tantas ganas que las lágrimas lo cegaban. Se limpió los ojos llorosos y echó una ojeada a Derek.

El caballero iba sentado muy derecho en el caballo, con la mirada fija al frente y un ligero ceño. Las risas de Brian disminuyeron paulatinamente hasta cesar por completo.

—¿No te acuerdas de eso, Derek? —preguntó.

—No, no me acuerdo.

Espoleó al caballo para ponerlo a galope y dejar claro que quería cabalgar solo.

Aran sacó la petaca de licor y luego se puso en fila detrás de Derek.

Brian se situó en la retaguardia. No hubo más anécdotas ni más risas. En cuanto a entonar cantos de hazañas heroicas para animar el viaje, Brian intentó acordarse de alguno, pero se encontró con que no recordaba ni uno solo.

De todos modos, con los cantos sólo habría conseguido irritar a Derek. Los tres cabalaron hacia el norte en silencio. Entretanto, se habían amontonado oscuros nubarrones y empezó a caer la nieve.

*Final brusco de un viaje tranquilo  
Reconsiderar la Medida*

El viaje a Tarsis fue largo, frío y deprimente. El viento soplaba sin pausa por las Praderas de Arena y era a la vez una maldición y una bendición; maldición porque con sus dedos helados abría las capas y penetraba a través de la ropa de más abrigo y bendición porque evitaba que se formaran montones de nieve acumulada en la calzada.

Los caballeros habían llevado consigo leña al suponer que habría pocas probabilidades de que encontraran madera en el camino. Sin embargo, no tuvieron que utilizarla porque los nómadas que vivían en esa tierra tan rigurosa los invitaron a pasar la primera noche con ellos.

Los habitantes de las llanuras les dieron cobijo en una tienda de cuero y comida para ellos y para sus caballos. Con todo, no cruzaron con ellos ni una sola palabra. Los caballeros despertaron en el gris amanecer y vieron que a su alrededor los habitantes de las llanuras estaban desmontando las tiendas.

—Qué extraño —comentó Aran al regresar, mientras Brian y Derek aparejaban los caballos.

—¿El qué? —preguntó Derek.

—El hombre que tomamos por su cabecilla me pareció que intentaba decirme algo. No dejaba de señalar hacia el norte, ceñudo, y negaba con la cabeza. Le pregunté qué quería decir con esos gestos, pero no hablaba Común ni ninguno de los otros idiomas con los que intenté hablar con él. Señaló al norte tres veces antes de darse media vuelta y marcharse.

—Quizá es que la nieve ha bloqueado la calzada en el norte —sugirió Brian.

—Puede que fuera eso de lo que nos quería avisar, pero lo dudo. Parecía tratarse de algo más serio, como si intentara advertirnos de algo malo que hubiera más adelante, en esa dirección.

—Anoche estuve pensando que era raro encontrar habitantes de las llanuras viajando en esta época del año —comentó Brian—. ¿No suelen montar un campamento permanente durante los meses de invierno?

—Tal vez huyen de algo —apuntó Aran—. Esta mañana llevaban prisa, y desde luego el jefe tenía el gesto adusto.

—¿Y quién sabe lo que hacen esos salvajes y por qué lo hacen? —dijo Derek, desdeñoso.

—Aun así, deberíamos estar alerta —sugirió Brian.

—Yo siempre lo estoy —replicó su amigo.

Dejó de nevar y un viento vivificante se llevó las nubes. Salió el sol, que les proporcionó calor e hizo el viaje más placentero. Por insistencia de Derek, seguían vestidos con el atuendo de caballeros: tabardos adornados con la rosa, la corona o la espada, dependiendo de su rango; los ornamentados yelmos; botas altas con las espuelas que se habían ganado, y las excelentes capas de lana. El día anterior habían cubierto muchos kilómetros y esperaban que si cabalgaban de firme y sólo paraban el tiempo necesario para que las monturas descansaran, podrían llegar a Tarsis antes de que cayera la noche.

El día transcurrió sin incidentes. No encontraron ningún tramo en el que la calzada estuviera bloqueada. Tampoco se cruzaron con nadie ni vieron señales de que hubiera alguien de viaje por allí. Al final, desistieron de descifrar lo que el jefe de los habitantes de las llanuras había querido indicarles.

Avanzada la tarde, las nubes aparecieron de nuevo y ocultaron el sol. Empezó a nevar y durante un tiempo la nevada fue copiosa; después, el temporal pasó y el sol asomó una vez más. Esas rachas se sucedieron durante el resto de la tarde, de manera que los caballeros cabalgaban a ratos sobre nieve y a ratos bajo el sol, hasta que el tiempo se tornó tan inestable que —como Aran dijo con ocurrencia— veían los copos brillar al sol.

Durante una de las neviscas, los caballeros remontaron una suave loma, y mientras bajaban por el otro lado contemplaron la vasta extensión de la planicie que se extendía ante ellos. Se divisaban franjas de nieve perfiladas a través de la pradera, y durante una pausa entre precipitación y precipitación avistaron una ciudad amurallada.

La urbe desapareció en una repentina ráfaga de cellisca, pero no cabía duda de que aquella población era Tarsis. Eso los animó, como

también lo hizo la perspectiva de una posada con comida caliente y una buena lumbre en el hogar. Aran no había vuelto a mencionar la posibilidad de acampar en las colinas.

—El capitán del barco me recomendó una posada que se llama El Dragón Rojo —dijo Brian.

—Pues no lleva precisamente un nombre que sea muy propicio —comentó Aran en tono seco.

—Puedes tirar sal por encima del hombro y dar trece vueltas en círculo antes de entrar —bromeó Derek.

Aran lo miró sin salir de su asombro y entonces captó la sonrisa contenida de Derek. Era una mueca más bien tirante, como por falta de uso, pero era una sonrisa.

—Eso será lo que haga —contestó, sonriendo a su vez.

Brian soltó un suspiro de alivio, satisfecho de que la tensión que se notaba entre ellos se hubiera aflojado. Siguieron cabalgando y subieron otro suave repecho. Al llegar arriba vieron un poco más adelante un barranco profundo, salpicado de rocas, que salvaba un pequeño puente de madera.

Los caballeros se detuvieron cuando una repentina nevisca los envolvió en su manto blanco, de manera que no veían nada a su alrededor. Cuando aflojó la nevada volvieron a divisar el puente y Aran azuzó a su caballo para que avanzara, pero Derek alzó la mano para detenerlo.

—Espera un momento —dijo.

—¿Por qué? —Aran se paró—. ¿Has visto algo?

—Creo que sí. Antes de la última nevisca me pareció ver gente que se movía al otro lado del puente.

—Ahora no hay nadie —dijo Aran, que se había puesto erguido sobre los estribos y oteaba en aquella dirección.

—Eso ya lo veo —repuso Derek—. Y es precisamente lo que me desazona.

—Sería un buen sitio para tender una emboscada —observó Brian al tiempo que soltaba la lazada de cuero de la vaina de la espada.

—Podríamos buscar otro sitio por el que cruzar —sugirió Aran. Era uno de los pocos caballeros diestros con el arco y echó mano al que llevaba colgado a la espalda.

—Nos han visto. Si damos la vuelta, resultará sospechoso. Además, me gustaría saber quién anda al acecho en ese puente y por qué —añadió Derek con frialdad.

—A lo mejor son trolls —dijo Aran con una sonrisa al recordar el viejo cuento infantil—, y nosotros, los tres machos cabríos.

Derek fingió no haberle oído.

—El puente es estrecho. Tendremos que cruzar en fila. Yo iré delante. No os separéis mucho de mí. Y nada de armas, Aran. Que crean que no los hemos visto.

Derek esperó hasta que otra racha de nieve se precipitó sobre ellos y entonces taconeó suavemente los flancos de su caballo y se dirigió hacia el puente a paso lento.

—«¡Sólo soy yo, el más pequeño de los tres machos cabríos!» —dijo en voz queda Aran cuando la montura de Derek llegaba al puente.

Derek se giró un poco en la silla.

—¡Maldita sea, Aran, sé serio, para variar!

Aran se echó a reír, azuzó a su caballo y se puso detrás de Derek. Aunque la nieve los ocultaba, los cascos de los caballos resonaban en las planchas de madera anunciando su llegada. Se mantuvieron alerta para captar cualquier ruido, pero no oyeron nada. Brian, que echaba ojeadas hacia atrás a través de las intermitentes ráfagas de nevisca, no observó nada que indicara que los seguía alguien. Habría llegado a la conclusión de que Derek veía sombras donde no las había si no fuera porque conocía de sobra a su amigo. Puede que a veces se comportara como un cretino redomado, pero era un excelente soldado, intuitivo y muy observador. Incluso Aran, a pesar de que hubiera hecho chanzas con los tres machos cabríos, ahora no bromeaba; llevaba la mano en la empuñadura de la espada y se mantenía alerta.

Derek había recorrido la mitad del puente más o menos, seguido de cerca por Aran y un poco más atrás por Brian, que cerraba la marcha, cuando tres desconocidos surgieron de repente de la nieve y echaron a andar hacia ellos. Los desconocidos iban abrigados con capas largas que arrastraban sobre el manto de nieve, las capuchas echadas de forma que era imposible verles la cara y las manos cubiertas con grandes guantes de cuero. Calzaban botas fuertes.

Fueran quienes fuesen, a los caballos no les gustaban. El de Derek resopló y echó las orejas hacia atrás; el caballo de Aran caracoleó de costado mientras que el Brian retrocedía y respingaba con nerviosismo.

—¡Bien hallados, compañeros de viaje! —saludó uno de los desconocidos mientras avanzaba sin prisa hacia el puente—. ¿Adónde vais con este tiempo tan horrible?

Brian rebulló en la silla. El desconocido hablaba Común bastante bien e intentaba parecer amigable, pero Brian se puso tenso al detectar un débil siseo al pronunciar las «eses». Como las pronunciaría un draconiano. Y era probable que los draconianos hubieran disimulado el cuerpo escamoso con capas largas y capuchas. Brian se preguntó si sus compañeros habrían oído también el siseo y estaban asimismo en guardia. No osó desviar la vista hacia ellos ni hacer nada fuera de lo normal.

Y entonces Aran, que iba delante de él, susurró en solámnico:

—Trolls, no. Lagartos.

Brian deslizó la mano debajo de la capa y asió la empuñadura de la espada. Derek observó a los desconocidos con desconfianza.

—Puesto que estamos en la calzada que lleva a Tarsis —les contestó—, y que dicha ciudad se encuentra un poco más adelante, lo lógico es que nos dirijamos allí.

—¿Os importa que os hagamos unas preguntas? —inquirió el draconiano sin abandonar el tono amistoso.

—Sí, nos importa —repuso Derek—. Y ahora, apartaos a un lado y dejadnos pasar.

—Buscamos a unas personas —prosiguió el draconiano como si no le hubiese oído—. Tenemos un mensaje de nuestro señor para esa

gente.

Brian captó un movimiento por el rabillo del ojo. A un lado de la calzada había un cuarto draconiano medio escondido detrás de un poste indicador. Encapuchado y cubierto por una capa como los otros, el draconiano era bastante más bajo que sus tres compañeros. Rebullía bajo la capa y Brian pensó que quizá la criatura estaba a punto de sacar un arma. En cambio, el draconiano sacó un documento de algún tipo, lo consultó y después les dijo algo a sus compañeros al tiempo que sacudía la cabeza.

El cabecilla echó una ojeada al draconiano del papel y después, encogiéndose de hombros, añadió afablemente:

—Me he equivocado. Os deseo buen viaje, caballeros. —Y se dio media vuelta para alejarse.

Los caballeros intercambiaron una mirada.

—Sigamos adelante —ordenó Derek.

Reemprendieron la marcha. El caballo de Derek cruzó el puente, y el de Aran estaba a punto de hacerlo cuando una ráfaga de viento sopló barranco abajo, levantó el pico de la capa de Derek y la echó hacia atrás, sobre el hombro del caballero. La rosa de su orden, bordada en el tabardo, destacó con su intensa tonalidad roja, el único color en medio del paisaje blanco cubierto de nieve.

—¡Solámnicos! —siseó el draconiano achaparrado que estaba junto al poste indicador—. ¡Matadlos!

Los otros draconianos giraron sobre sus talones con rapidez y echaron las capas hacia atrás de forma que se revelaron como baaz, los soldados de a pie de los ejércitos de los dragones. Sacándose los guantes sin contemplaciones, desenvainaron espadas de hoja curva. Tendrían los cuerpos cubiertos de escamas y sostendrían las armas con manos que más parecían garras, pero era guerreros feroces e inteligentes, como sabían bien los tres caballeros por haber luchado contra ellos en Vingard y en el castillo de Crownguard.

Espada en mano, Derek espoléó a su caballo directamente contra el cabecilla de los draconianos con la esperanza de que la montura lanzada a galope obligara al draconiano atacante a retroceder para no acabar arrollado bajo los cascos del animal. Por desgracia, el caballo de Derek era un jamelgo de alquiler, no un caballo de batalla entrenado. El animal, que estaba aterrorizado por el hombre-lagarto de olor extraño, se encabritó a la par que relinchaba frenéticamente y estuvo a punto de desmontar a Derek.

Éste intentó calmar al animal y no caerse de la silla, así que durante unos instantes no prestó atención a nada más. Al ver a uno de los caballeros en apuros, un draconiano fue hacia él con la espada levantada. Aran interpuso su montura entre el caballo espantado y el atacante, arremetió contra el draconiano y le cortó en la cara con la espada.

La sangre salpicó. Un pedazo grande de carne sanguinolenta quedó colgando de la mandíbula de la criatura. El draconiano bramó de dolor, pero siguió atacando e intentó hincar la espada curva en el muslo de Aran. El caballero asestó una patada a la hoja con tanto ímpetu que arrancó el arma de la mano del draconiano.

Brian azuzó a su caballo para cruzar el puente con el propósito de contener al tercer draconiano, que corría para unirse a los otros. Mientras cabalgaba no quitó ojo del hombre-lagarto achaparrado que estaba cerca del poste indicador y advirtió, estupefacto, que el ser daba la impresión de estar creciendo. Entonces Brian comprendió que el draconiano no crecía, sino que simplemente se estaba poniendo de pie. Era un bozak que había permanecido cómodamente sentado en cuclillas y ahora erguía sus dos metros diez de estatura.

El bozak no echó mano de un arma, sino que entonó un cántico a la par que alzaba las manos con los dedos extendidos hacia Aran.

—¡Aran, agáchate! —gritó Brian.

Aran perdió tiempo en preguntar por qué, sino que se inclinó hacia adelante y pegó la cabeza contra el cuello de su caballo. Una espeluznante luz rosada llameó a través de los copos de nieve. De los dedos del draconiano salieron dardos de fuego. Los proyectiles, soltando a su paso una lluvia de chispas, pasaron silbando por encima de la espalda de Aran sin ocasionarle daño.

Con un grito desafiante, Brian desenvainó la espada y lanzó a galope su caballo contra el bozak con la esperanza de impedir que la criatura echara otro conjuro. A su espalda sonó el entrechocar de aceros y oyó a Derek que gritaba algo, pero no se atrevió a apartar los ojos de su enemigo ni un instante para ver qué pasaba.

El bozak, impenetrable, hizo caso omiso de Brian. El draconiano actuaba como si no corriera peligro, y Brian comprendió que debía de tener una buena razón para pensarlo, así que miró en derredor. Otro draconiano corría al lado de su caballo dispuesto a saltar sobre él para arrastrarlo consigo al suelo.

Aunque en una postura forzada, Brian descargó un golpe de revés con la espada y debió de alcanzar al draconiano, porque saltó sangre y la criatura se desplomó y se perdió de vista. El caballero intentó frenar al caballo, pero el animal estaba aterrorizado por el olor de la sangre, los gritos y la lucha y se había desbocado. Con los ojos saliéndose de las órbitas y soltando espumarajos por los belfos, el caballo llevó a Brian más cerca del bozak. El draconiano alzó las garras con los dedos extendidos y apuntados hacia el caballero.

Brian arrojó la espada a la nieve y saltó del caballo desmandado para lanzarse sobre el bozak. El draconiano no esperaba esa maniobra y lo pilló completamente por sorpresa cuando chocó contra él. Los proyectiles llameantes salieron lanzados en todas direcciones. Agitando frenéticamente los brazos, el bozak cayó de espaldas, con Brian encima de él.

El caballero se puso de pie apresuradamente. El bozak, atontado por el golpe de la caída, tanteaba con torpeza en busca de su espada. Brian sacó el cuchillo que llevaba al cinto y lo clavó con todas sus fuerzas en el cuello del draconiano. El bozak emitió un gorgoteo estrangulado cuando la sangre brotó alrededor del cuchillo. El ser le asestó una mirada feroz que se apagó rápidamente cuando la muerte lo reclamó.

Recordando justo a tiempo que los bozak eran tan peligrosos muertos como vivos, Brian gritó para poner sobre aviso a sus amigos y luego se volvió y se lanzó tan lejos del ser como le fue posible. Aterrizó dándose una buena costalada contra el suelo nevado y se golpeó en las costillas con una piedra. Entonces una explosión irradió una onda de calor que le pasó por encima. Permaneció tumbado un momento, medio atontado por la detonación, y después miró hacia atrás.

Del bozak sólo quedaba un montón de huesos calcinados, carne carbonizada y fragmentos de armadura. Soltando una imprecación, Aran estaba de pie junto a su enemigo muerto y trataba de sacar la espada atrapada en la estatua de piedra en la que se había convertido el baaz. El caballero dio un fuerte tirón del arma. La piedra se deshizo en ceniza y Aran casi se cayó de espaldas. Recuperó el equilibrio y, sin dejar de farfullar maldiciones, se limpió la sangre de un corte en el mentón.

—¿Está herido alguno de vosotros? —preguntó Derek, que se hallaba de pie junto a su tembloroso caballo. Tenía la espada manchada de sangre y a sus pies había un montón de ceniza.

Aran respondió con un gruñido.

Brian miraba en derredor en busca de su caballo y vio que el animal galopaba enloquecido por la llanura, de vuelta a casa. El caballero silbó y lo llamó a voces, pero fue vano; el caballo no le hizo caso y siguió corriendo.

—¡Allá va mi equipo! —exclamó Brian, consternado—. El resto de piezas de la armadura, la comida, mi ropa...

Llevaba puestos el peto y el yelmo, pero lamentaba la pérdida de otras piezas: las grebas, los brazales, los guanteletes...

Negando con la cabeza, Brian se agachó a recoger la espada y vio tirado en la nieve el documento que el bozak había consultado. El draconiano debía de haberlo dejado caer para centrarse en la ejecución del hechizo. Sintiendo curiosidad, el caballero lo recogió.

—En nombre del Abismo, ¿qué hacían unos draconianos acampados en la nieve junto a un puente? —demandó Aran—. No tiene sentido.

—Para ellos lo tiene tender emboscadas a los viajeros —repuso Derek.

—No tenían intención de emboscarnos. Iban a dejarnos pasar hasta que vieron esa llamativa rosa roja tuya y comprendieron que éramos Caballeros de Solamnia —replicó Aran.

—¡Bah! Se nos habrían echado encima en cuando les hubiéramos dado la espalda... —manifestó Derek.

—No estoy tan seguro de eso —intervino Brian al tiempo que se incorporaba con el documento en la mano—. Creo que son cazadores de recompensas. Vi al bozak consultar este papel mientras atravesábamos el puente. Comprobó que no encajábamos con las descripciones y ordenó a los baaz que nos dejaran marchar.

El documento contenía una lista de nombres acompañados de las descripciones correspondientes así como de las cifras que se pagarían de recompensa por su captura. El primer nombre de la lista era Tanis Semielfo. Flint Fireforge era otro, con la palabra «enano» escrita al lado. También había un kender, Tasslehoff Burrfoot, dos elfos, un hechicero de nombre Raistlin Majere, y un hombre clasificado como clérigo de Paladine.

—Y mira esto. —Brian señaló un nombre—. Un viejo conocido nuestro.

Sturm Brightblade. Al lado del nombre ponía: Caballero de Solamnia.

—¡Brightblade no es un caballero! —dijo Derek, ceñudo.

Aran lo miró con asombro.

—¿Y qué importa si es un caballero o no? —Golpeó el documento con el dedo—. Ésta es la razón por la que los draconianos montaban guardia en el puente. Buscaban a estas personas, una de las cuales resulta que es amigo nuestro, además de solámnico.

—Tal vez Brightblade sea amigo tuyo, pero mío no —replicó Derek.

—Creo que no deberíamos quedarnos aquí discutiendo —comentó Brian—. Podría haber más draconianos por los alrededores. No sabemos si Tarsis ha caído en manos del enemigo. —Dobló el papel con cuidado y se lo guardó debajo del cinturón.

—No es probable —repuso Derek—. Nos habrían llegado rumores cuando estuvimos en Riggitt. Además, esos draconianos iban disfrazados. Si tuvieran ocupada Tarsis, andarían pavoneándose para que todo el mundo supiera que estaban al mando. Vinieron aquí en secreto, por propia decisión.

—O en cumplimiento de las órdenes de su señor —comentó Aran—. ¿Os fijasteis que llevaban una insignia azul como los draconianos que nos atacaron en Solamnia?

—Es extraño, ahora que lo pienso —reflexionó Brian—. Según los informes, el Ala Roja del ejército de los dragones está acantonada más cerca de Tarsis que el Ala Azul.

—De la Roja o de la Azul, todos son enemigos —dijo Derek—. Y Brian tiene razón, llevamos aquí parados demasiado tiempo. Brian, monta con Aran. Su caballo es el más grande y el más fuerte. Cargaremos su equipo en mi montura.

Cambiaron las alforjas del caballo de Aran al de Derek y después Aran montó y ayudó a Brian a subir detrás. La montura de Brian se había perdido de vista hacía mucho.

Aran y Brian salieron a medio galope calzada adelante.

—¿Adónde vais? —demandó Derek.

—A Tarsis —contestó Aran, que frenó al caballo—. ¿Dónde si no?

—Creo que no deberíamos entrar en Tarsis de forma tan evidente. Al menos hasta que no sepamos algo más de lo que está pasando.

—¿Quieres decir que no anunciemos nuestra noble presencia? —exclamó Aran con fingido espanto—. ¡Me consterna y desazona que hayas sugerido siquiera tal cosa! Puede que jamás me recupere de la impresión. —Sacó la petaca y echó un trago para consolarse.

Derek le asestó una mirada furiosa y no contestó. Brian miró al cielo. Las nubes se arremolinaban, gris sobre blanco, y por debajo brillaba una pálida luz. Si las nubes aclaraban, la noche sería gélida.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Según el mapa, hay una zona de colinas boscosas al oeste de Tarsis. Acamparemos allí esta noche, vigilaremos la ciudad y por la mañana decidiremos qué hacer. —Derek hizo girar al caballo y lo condujo a través de la llanura.

Aran, riendo entre dientes, lo siguió.

—Qué interesante ver el nombre de Brightblade en una lista de recompensas —le dijo Aran a Brian—. Y, por lo que se desprende de la información, en extrañas compañías: elfos, enanos y similares. Supongo que es lo que trae vivir en una confluencia de caminos como es el caso de Solace. Me han contado que es un sitio salvaje. ¿Llegó a contarte algo sobre su vida allí?

—No, nunca se refirió a eso. Claro que Sturm siempre ha sido muy reservado. Pocas veces le he oído hablar de sí mismo. Le preocupaba más todo lo relativo a su padre.

—Qué trágico, ese asunto. —Aran suspiró—. Me preguntó en qué problema se habrá metido Sturm.

—Sea lo que sea, se encuentra en esta parte de Ansalon. O alguien lo cree así —comentó Brian.

—Me gustaría volver a ver a Sturm. Es un buen hombre, a pesar de lo que piensen algunos. —Aran miró a Derek con severidad—. Aunque no creo probable que nos encontremos.

—Hoy día nunca se sabe con quién puedes cruzarte en el camino —afirmó Brian.

—En eso tienes razón —admitió Aran con una risa alegre mientras se daba una ligeros toques en el mentón para comprobar si todavía le sangraba.

\* \* \*

Los tres caballeros pasaron una noche fría y triste acurrucados alrededor de una lumbre, en una cueva de las colinas desde la que se divisaba Tarsis. La ventisca había pasado y la noche se quedó despejada, alumbrada por la luz blanca de Solinari y la roja de Lunitari.

Desde su campamento, los caballeros no divisaban las puertas principales, que se habían cerrado y atrancado hasta la mañana siguiente. La oscuridad reinaba en la ciudad, ya que la mayoría de sus habitantes dormían plácidamente en sus camas.

—La ciudad parece estar muy tranquila —dijo Brian cuando Aran fue a relevarlo para hacer su turno de guardia.

—Sí, pero había draconianos a menos de quince kilómetros de aquí —contestó su amigo mientras asentía con la cabeza.

Los caballeros se levantaron lo bastante temprano para ver abrirse las puertas. No había nadie esperando para entrar y sólo salieron unas pocas personas (en su mayoría kendens a los que escoltaban fuera de la ciudad). Los que partían tomaron la calzada a Rigitt. Los guardias de la puerta permanecieron en las torres, y sólo se aventuraban a salir al frío cuando no les quedaba más remedio porque alguien pedía acceso a la ciudad. Los guardias que recorrían las almenas lo hacían con aire aburrido y se paraban a menudo junto a las hogueras que ardían en grandes braseros de hierro para entrar en calor mientras charlaban con los compañeros. Tarsis ofrecía la imagen de una ciudad en paz consigo misma y con el mundo.

—Si los draconianos estaban alerta por si aparecían esas personas en el puente que conduce a Tarsis, puedes apostar que también están vigilando en la propia Tarsis —dijo Brian—. Tendrán a alguien al acecho cerca de las puertas.

Aran guiñó el ojo a Brian.

—Y bien, Derek, ¿vamos a entrar en Tarsis vestidos con todas las galas de la caballería y portando estandartes con el martín pescador y la rosa?

Derek tenía un gesto agrio.

—He consultado la Medida —contestó mientras sacaba el libro desgastado por el uso—. Establece que la consecución de una misión de honor acometida por un caballero con autorización del Consejo tiene que ser la prioridad del caballero. Si la consecución de la misión de honor requiere que el caballero oculte su verdadera identidad, el éxito de la misión se antepone al deber del caballero de proclamar su lealtad con orgullo.

—Me he perdido en algún punto entre «prioridad» y «consecución» —bromeó Aran—. Con respuestas de una única sílaba, Derek, ¿nos disfrazamos o no?

—Según la Medida, podemos disfrazarnos sin sacrificar el honor.

A Aran se le curvaron las comisuras de los labios hacia arriba, pero captó la mirada de advertencia de Brian y se tragó el comentario chusco junto con un sorbito de la petaca.

Los caballeros pasaron el resto del día quitando todas las insignias y los distintivos de su atuendo. Cortaron los adornos bordados en la ropa y guardaron las armaduras al fondo de la cueva. Llevarían la espada y Aran conservaría el arco y la aljaba de las flechas. Las armas no tenían por qué llamar la atención pues nadie iba desarmado en la actualidad.

—El único distintivo de la caballería que nos queda es el bigote —comentó Aran al tiempo que se daba tironcitos en el suyo.

—Pues, desde luego, no vamos a afeitármelo —replicó Derek en tono severo.

—El bigote nos volverá a crecer, Derek —razonó Aran.

—No. —Derek se mostró categórico—. Nos echaremos bien la capucha y nos cubriremos con tapabocas. Con el frío que hace nadie se fijará en nosotros.

Aran puso los ojos en blanco, pero se sometió a la decisión, para sorpresa de Derek.

—Estás en deuda con Derek —dijo Brian mientras Aran y él colocaban la cubierta de maleza con la que taparon la boca de la cueva.

Aran sonrió tímidamente. El largo y frondoso bigote pelirrojo del caballero era su orgullo secreto.

—Supongo que sí. Pero me lo habría afeitado, aunque habría sido como cortarme el brazo con el que manejo la espada. Sin embargo, no se lo digas a Derek. No dejaría de darme la lata con eso.

Brian se encogió de hombros.

—Suena raro que pongamos en peligro la misión por no sacrificar el bozo del labio superior.

—A esto no se le puede llamar «bozo» —objetó Aran en tono severo al tiempo que se atusaba el bigote con cariño—. Además, seguramente llamaría más la atención si nos lo quitáramos. Tenemos la cara curtida del viaje por mar y la piel blanca sobre el labio levantaría sospechas, mientras que si no nos afeitamos... En fin, que estoy seguro de que no seremos los únicos hombres con bigote en Tarsis.

Decidieron entrar en la ciudad por separado al razonar que si eran tres hombres armados los que entraban juntos, causarían más revuelo que si lo hacían cada uno por su lado. Quedaron en reunirse en la Biblioteca de Khrystann.

—Aunque ignoramos dónde está esa biblioteca y cómo dar con ella —fue el comentario que Aran hizo a la ligera—. Y tampoco sabemos qué hemos de buscar una vez que nos encontremos allí. No hay cosa que más me guste que un fiasco bien organizado.

Arrebujados en las capas, con las capuchas bien caladas y los tapabocas cubriéndoles el rostro del cuello a la nariz, Aran y Brian siguieron el avance de Derek colina abajo, en dirección a la puerta principal de la ciudad.

—No veo de qué otra forma hubiéramos podido hacerlo —dijo Brian.

Aran rebulló en la silla, inquieto. Su habitual buen humor había desaparecido de repente y se mostraba taciturno y susceptible.

—¿Qué te pasa? —preguntó Brian—. ¿Se ha vaciado la petaca?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver —contestó Aran, mohíno. Rebulló de nuevo en la silla y echó una ojeada en derredor—. Flota algo en el aire. ¿No lo notas?

—El viento ha cambiado de dirección, si te refieres a eso.

—No. Es más bien una sensación de escalofrío, como si alguien hubiera caminado sobre mi tumba. Es el mismo estremecimiento que sentí antes del ataque al castillo de Crownguard. Será mejor que te pongas en marcha, si es lo que quieres hacer —añadió bruscamente.

Brian vaciló y miró a su amigo, preocupado. Había visto a Aran con diferentes estados de ánimo, desde furioso hasta divertido pasando por temerario, pero nunca lo había visto tan lúgubre.

—Ve, anda. —Aran agitó la mano como una granjera que espanta a las gallinas—. Nos reuniremos en la biblioteca. Aunque seguramente fue destruida hace tres siglos.

—Eso no tiene ninguna gracia —gruñó Brian, que volvió la cabeza hacia atrás cuando ya bajaba la colina hacia las puertas de Tarsis.

—A veces no me apetece bromear —musitó el otro caballero.

*El pacto*  
*La Biblioteca de Khrystann*

Antes del Cataclismo, a Tarsis se la conocía como Tarsis la Bella. Cuando se contemplaba en el espejo veía el reflejo de una urbe de cultura y refinamiento, riqueza, esplendor y embrujo. Gastaba el dinero con largueza, y tenía dinero para gastar porque los barcos llevaban a su puerto ricos cargamentos y los ponían a sus pies. Jardines exuberantes de plantas florecientes la engalanaban como joyas. Caballeros, lores y damas paseaban por sus calles bordeadas de árboles. Eruditos recorrían cientos de kilómetros para estudiar en su biblioteca, porque Tarsis no sólo era elegante, refinada y encantadora, sino que también era ilustrada. Si contemplaba su resplandeciente bahía, sólo veía gozo y felicidad en el horizonte.

Entonces los dioses arrojaron la montaña ígnea sobre Krynn y Tarsis cambió para siempre. La esplendorosa bahía desapareció. Las aguas se retiraron. Los barcos quedaron varados en el cieno y los desechos de un puerto que no servía para nada. Tarsis se miró en el espejo y vio su belleza echada a perder; sus ricos ropajes sucios y desgarrados; sus preciosos jardines agostados y muertos.

A diferencia de muchas otras que tras sufrir la tragedia y la adversidad habían tenido la gallardía, la dignidad y el coraje de volver a levantarse, Tarsis dejó que la catástrofe la hundiera. Revolcándose en la autocompasión, culpó de su caída a los Caballeros de Solamnia y los echó de sus hogares al exilio. También culpó a los hechiceros, y a los enanos, y a los elfos, y a cualquiera que no fuera «uno de ellos». Culpó a los hombres y mujeres sabios que habían acudido allí a estudiar en la antigua Biblioteca de Khrystann y los expulsó. Dejó la biblioteca en ruinas, sin reconstruirla, y prohibió que se entrara en ella.

Tarsis se volvió mezquina y mercenaria, codiciosa y avara. No hallaba placer en las cosas hermosas. Para ella la única belleza estaba en el brillo de las monedas de acero. Su puerto de mar había desaparecido, pero conservaba las rutas comerciales, y recurrió a tretas para fomentar el comercio con sus vecinos.

Por fin, después de más de trescientos años, Tarsis pudo mirarse de nuevo al espejo, jamás recobraría la antigua belleza, pero al menos vestía sus galas prestadas, se daba colorete en las mejillas y se pintaba los labios. Sentada a la sombra, donde nadie la veía con claridad, era posible fingir que volvía a ser Tarsis la Bella.

La ciudad de Tarsis había estado protegida por el mar y por una muralla de piedra de seis metros de altura, con torres y puertas insertadas a intervalos. La muralla se conservaba, pero la desaparición del mar había dejado una brecha abierta en la seguridad de la urbe.

El descenso de población causado por la marcha de marineros y constructores de barcos, fabricantes de velas, mercaderes y todos aquellos que dependían del mar para ganarse la vida, había tenido como resultado una caída espectacular en la recaudación de impuestos. Tarsis pasó literalmente de la riqueza a la pobreza de la noche a la mañana. No había dinero para construir un tramo nuevo de muralla de seis metros de altura. Lo más que pudo costearse fue un lienzo de metro y medio. Por otra parte, como dijo uno de los lores tarsianos en tono pesimista, no tenían nada que proteger. Tarsis no poseía nada que desearan otros.

Eso había ocurrido años atrás, pero la ciudad era más próspera en la actualidad. Los habitantes habían oído rumores de una guerra al norte. Sabían que a los Caballeros de Solamnia los habían atacado («¡Caballeros arrogantes! ¡Se lo tienen merecido!») y habían oído que a los elfos los habían echado de Qualinesti («¿Qué puede esperarse de los elfos? ¡Todos ellos son unos cobardes relamidos!»). Se comentaba que Pax Tharkas había caído («¿Pax Tharkas? Nunca habían oído hablar de ese sitio»), pero Tarsis hizo poco caso de todos esos rumores. Con la prosperidad había llegado la apatía. Tarsis había vivido en paz siempre y sus habitantes no veían amenazas en su horizonte, así que ¿por qué malgastar dinero en algo tan prosaico y anodino como una muralla cuando podían construir bonitas casas y vistosos edificios municipales? En consecuencia, el muro de metro y medio siguió igual.

La muralla tenía dos puertas principales de acceso revestidas con hierro que estaban situadas al norte y al este. Derek iba a entrar por la del norte, donde daba la impresión de que había más tráfico. Aran entró por la puerta oriental y Brian se dirigió a pie a la puerta de la zona sur de la ciudad, en el Muro del Puerto, como se lo conocía.

Siendo la parte más débil de las defensas de la ciudad, los caballeros dieron por sentado que el Muro del Puerto sería el que estaría



más vigilado. La elección de Derek para enviar a Brian por esa ruta fue más bien un cumplido equívoco. Citó el comportamiento tranquilo e imperturbable de Brian, su valor sosegado. También mencionó que, de los tres, era el que menos aspecto de caballero tenía.

Brian aceptó lo que había de cierto en la afirmación de Derek y no se dio por ofendido. Aunque de noble cuna, a Brian lo habían educado para trabajar duro, no para ser un privilegiado, como en el caso del acaudalado Derek. El padre de Brian no había heredado su pan de cada día, sino que había tenido que ganárselo. Hombre instruido, lo contrataron como tutor de Derek, y él y su familia se alojaron en el castillo de Crownguard. A Aran, hijo de un lord que vivía cerca, lo invitaron a que asistiera a las clases con los otros dos chicos, y así fue como se conocieron los tres amigos.

El linaje de Brian no tenía tanto abolengo ni era tan antiguo como el de Derek y el de Aran, y Brian notaba esa diferencia entre ellos. Aran jamás hacía alusión a ese tema y tampoco le daba importancia. Aunque Brian hubiese sido hijo de un pescadero, Aran lo habría tratado igual. Derek nunca mencionaba su ascendencia, nunca le decía nada descortés o desconsiderado ni lo trataba de manera humillante, sin embargo, quizá inconscientemente, Derek trazaba una línea divisoria entre ellos dos. A un lado estaba Derek Crownguard y al otro lado el hijo de un empleado. Cuando dijo que Brian no tenía aspecto de caballero, Derek no lo hacía por arrogancia. Estaba siendo Derek, sin más.

El día era soleado y frío y no soplaban viento. Brian cruzó a pie la llanura a paso tranquilo y acompasado al tiempo que se fijaba en la gente que entraba y salía. En cada puerta había tres o cuatro hombres que la custodiaban, y los de esa eran todos miembros de la guardia tarsiana. No vio señal alguna de draconianos.

Se acercó a la puerta con cautela, escudriñando las sombras de la torre por si alguien demostraba más interés de lo normal por la gente que entraba a la ciudad. Por los alrededores había unos cuantos haraganes, todos bien abrigados para resguardarse del frío. Si entre ellos había un draconiano, no iba a ser fácil localizarlo.

Los guardias tarsianos se encontraban apiñados alrededor de una hoguera encendida en un brasero de hierro y no parecían muy deseosos de apartarse de ella. Brian siguió caminando hacia la puerta y nadie le dio el alto. Los guardias lo miraron desde lejos y no se mostraron muy interesados en él, ya que siguieron con las manos extendidas delante del fuego. Cuando Brian llegó a las puertas, se detuvo y miró a los guardias.

Dos de ellos se volvieron hacia un tercero. Por lo visto le tocaba a él ocuparse de los que quisieran entrar. Molesto porque lo apartaran de su cómodo sitio junto al cálido fuego, el guardia se caló por encima de las orejas un gorro de piel y se dirigió hacia donde esperaba Brian.

—¿Nombre? —preguntó.

—Brian Conner.

—¿De dónde eres?

—De Solamnia —contestó Brian. El guardia lo habría supuesto ya por el acento.

El hombre frunció el entrecejo y apartó el gorro de las orejas para oír mejor.

—No serás uno de esos caballeros —demandó el guardia.

—No, soy comerciante de vinos. Oí que había posibilidad de conseguir buenos caldos en Tarsis ahora, por lo de la caída de Qualinesti y todo eso —añadió con aparente indiferencia.

El guardia se puso ceñudo.

—Aquí no hay vino elfo. En Tarsis no encontrarás nada por el estilo —dijo en voz alta. Después bajó el tono y añadió—: Tengo una prima que negocia con ese tipo de mercancía «difícil de encontrar». Ve a la Ronda de Mercaderes y pregunta por Jen. Te proporcionará de lo mejor.

—Así lo haré, gracias —dijo Brian.

El guardia le explicó cómo llegar a la Ronda de Mercaderes, le repitió que se acordara de preguntar por Jen y luego le dijo que podía entrar. Brian lo intentó, sólo que el guardia siguió plantado delante de la puerta cerrándole el paso.

El caballero no entendía qué pasaba hasta que vio al guardia que se frotaba el índice y pulgar con disimulo. Brian buscó en la bolsa del dinero y sacó una moneda de acero que le tendió al guardia. Éste alargó velozmente la mano, atrapó la moneda y a continuación se apartó a un lado.

—Que tengas una agradable estancia en nuestra encantadora ciudad —le deseó el guardia mientras se tocaba el gorro.

Agradecido de que la bufanda le ocultara la sonrisa, Brian cruzó las puertas y se encaminó hacia la Ronda de Mercaderes, sólo por si acaso el guardia lo observaba. A pesar del frío las calles estaban abarrotadas de gente que iba a trabajar o a mercadear o simplemente a dar un paseo ahora que había dejado de nevar.

Una vez allí, se dirigió hacia la Ciudad Vieja, en la zona alta, que era donde se hallaba la última ubicación conocida de la biblioteca desaparecida, según el Esteta Bertrem. El caballero echaba un vistazo hacia atrás de vez en cuando para comprobar si lo seguía alguien, pero no vio a nadie que mostrara el menor interés por él. Confiaba en que sus compañeros hubiesen entrado en la ciudad con igual facilidad.

Los tres caballeros se reunieron en la Ciudad Vieja. Derek y Aran habían entrado en la ciudad sin problemas, aunque Derek había descubierto —al igual que Brian— que el acceso tenía un precio. El guardia de la puerta principal había exigido dos monedas de acero como pago, al que llamó un impuesto «per cápita». A Aran no lo habían gravado con ningún «impuesto», o eso dijo; a lo mejor es que aún quedaba gente honrada en Tarsis. Fue el último en llegar. De camino allí había parado para rellenar la petaca y ahora estaba de bastante mejor humor.

Tanto Aran como Derek habían visto gente que rondaba por los alrededores de las puertas, pero cabía la posibilidad de que sólo fueran los habituales desocupados que se entretenían viendo quién llegaba a la ciudad o salía de ella. Eso los llevó a hablar de Sturm Brightblade y sus extraños compañeros.

—Nunca he entendido por qué te cae tan mal Sturm Brightblade, Derek —comentó Aran mientras se sentaban en el muro deteriorado

de un jardín para comer pan y carne que ayudaron a pasar (al menos por parte de Aran) con brandy—. O por qué te opusiste a su candidatura al título de caballero.

—No recibió la educación ni la crianza adecuadas —contestó Derek.

—Lo mismo podría decirse de mí —adujo Brian—. Mi padre fue tu tutor.

—Tú te criaste en casa de mi padre, entre tus iguales, no en una ciudad fronteriza en mitad de ninguna parte, con gente extraña —repuso Derek—. Además, Brian, tu padre era un hombre de honor.

—Angriff Brightblade también lo era. Sólo tuvo mala suerte —comentó Aran a la par que se encogía de hombros—. Según lord Gunthar...

Derek resopló con desdén.

—Gunthar ha sido siempre un defensor de los Brightblade. ¿De verdad apoyarías la candidatura para el título de caballero de un hombre que no conoció a su padre? Eso, si es que Angriff era su padre...

—¡No tienes derecho a decir eso, Derek! —manifestó Brian, indignado.

Derek miró a su amigo. Por lo general Brian se lo tomaba todo con mucha calma, no se enojaba así como así. Ahora estaba enfadado y Derek comprendió que se había pasado de la raya. Después de todo había puesto en tela de juicio la reputación de una noble, algo que iba totalmente en contra de la Medida.

—No era mi intención dar a entender que Sturm fuera un bastardo —se justificó de mala gana—. Lo que pasa es que me resulta condenadamente extraño que sir Angriff enviara de repente a su esposa y al crío a un sitio donde sabía que nunca tendrían contacto con gente de Solamnia, como si se avergonzara de ellos.

—O como si intentara ponerlos a salvo —sugirió Aran, que ofreció la petaca y, ya que nadie la aceptó, echó él un trago—. Angriff Brightblade se hizo muchos y malos enemigos, pobre hombre. Hizo lo que creyó que era lo mejor al enviar lejos a su familia. Creo que dice mucho a favor de Sturm que hiciera un largo viaje de vuelta a Solamnia para saber qué le había ocurrido a su padre...

—Vino a reclamar su fortuna, y cuando descubrió que no quedaba nada, vendió la heredad de la familia y regresó a vivir a su casa arbórea.

—Lo enfocas todo bajo el aspecto más negativo —dijo Brian—. Sturm vendió las propiedades familiares para saldar las deudas de la familia, y regresó a Solace porque se le dio una áspera acogida en Solamnia.

—Déjalo, Brian —intervino Aran con una sonrisa—. Sturm Brightblade podría ser otro Huma y expulsar a Takhisis de vuelta al Abismo sin ayuda de nadie y Derek seguiría pensando que no era merecedor de las espuelas. Todo se remonta a aquella disputa entre sus abuelos...

—¡Eso no tiene nada que ver! —lo interrumpió Derek, cada vez más irritado—. Para empezar ¿por qué estamos hablando de Sturm Brightblade?

—Porque si se encontrara en Tarsis por casualidad y precisara nuestra ayuda, estaríamos obligados a prestársela —contestó Brian—. Tanto si es caballero como si no, es coterráneo nuestro.

—Por no hablar de que el enemigo está deseoso de atraparlo —añadió Aran—. El amigo de mi enemigo es mi amigo... ¿O es el enemigo? Nunca me acuerdo.

—Lo primero es nuestra misión —insistió Derek, severo—. Y esta conversación debería acabar. Nunca se sabe quién podría estar escuchando.

Brian echó una ojeada en derredor. La Ciudad Vieja era un vertedero. El empedrado de la calle estaba resquebrajado y roto, sembrado de cascotes y escombros. Pilas de hojas podridas se amontonaban en rincones y huecos de la mampostería destrozada, que era todo cuanto quedaba de los edificios abandonados que estaban parcial o totalmente desmoronados. Grandes robles que crecían en hendeduras en medio de las calles destrozadas eran la prueba de que esa parte de la ciudad estaba en ruinas hacía muchos años, puede que incluso desde el Cataclismo.

—A menos que los ejércitos de los dragones hayan encontrado el modo de reclutar ratas, yo diría que estamos bastantes seguros aquí —comentó Aran al tiempo que espantaba a uno de esos roedores de una pedrada—. En la última hora no hemos visto más seres vivos que esos bichos.

Brian estaba de pie puesto en jarras y miraba a un lado y a otro de la calle polvorienta.

—Creo que Bertrem nos mandó aquí para marear la perdiz kender, Derek. No hay ni rastro de una biblioteca por los alrededores.

—Sin embargo, todo esto está lleno de propiedades valiosas —arguyó Aran—. Cualquiera hubiera pensado que la buena gente de Tarsis las reconstruiría o, al menos, retiraría los escombros para transformar el lugar en un parque o algo por el estilo.

—Ah, pero entonces eso significaría que tendrían que recordar lo que era antaño. Recordar la belleza, recordar la gloria, recordar los barcos de velas blancas, y Tarsis no puede permitirse hacer eso —dijo una voz de mujer que sonó detrás de ellos.

Los caballeros asieron la empuñadura de la espada, si bien no la desenvainaron, y se dieron la vuelta para hacer frente a la desconocida curiosa. La voz de la mujer tenía un timbre agudo, alegre y vivaz, y su aspecto era acorde con la voz. Era esbelta, baja y de tez morena, con una sonrisa insolente y cabello de color rojizo que le caía alborotado sobre los hombros.

Se movía con rápida y silenciosa agilidad; y la sonrisa, amplia e ingenua, le marcaba un hoyuelo pícaro en la mejilla izquierda. Vestía ropas sencillas sin ninguna característica especial y daba la impresión de que se las hubiera puesto sin pensarlo mucho, ya que el color de la blusa chocaba de plano con el de la falda, y la gruesa capa no encajaba con ninguna de las otras dos prendas. A juzgar por su modo de hablar, sin embargo, había recibido una buena educación. Y el acento era solámnico. Brian calculó que debía de tener entre veinte y treinta años.

La mujer estaba en las sombras de un callejón, sonriente, en absoluto desconcertada. Derek hizo una reverencia, muy tieso.

—Mis disculpas por no haberte saludado como es debido, señora. —Habla con educación porque era una mujer, si bien su tono era frío por el hecho de que hubiera estado escuchando a escondidas—. No tenía conocimiento de tu presencia.

—Oh, no importa —contestó la mujer con una risa—. Tú debes de ser sir Derek Crownguard.

Derek se quedó boquiabierto. Miró a la mujer sin salir de su asombro y después frunció el entrecejo.

—Te pido disculpas, señora, pero estás en ventaja conmigo.

—¿No me he presentado? Soy tan olvidadiza... Lillith Cuño —contestó a la par que le tendía la mano.

Derek la contempló estupefacto. Las mujeres de Solamnna bien educadas saludaban con una reverencia, no ofrecían la mano para estrecharla, como hacían los hombres. Finalmente tomó la de la mujer en la suya; no hacerlo habría sido un insulto para ella. Sin embargo, como si no supiera muy bien qué hacer con su mano, la soltó lo antes posible.

—¿Por casualidad estás emparentada con los Cuño de Varus? —le preguntó Aran.

—Soy hija de sir Eustacio —contestó Lillith, complacida—. Su cuarta hija.

Derek enarcó una ceja. Desde luego no estaba teniendo mucha suerte últimamente con las hijas de caballeros. Primero, la tal Uth Matar en Palanthas, que al final resultó que era una ladrona. Ahora esta joven, hija de un caballero, vestida con un atuendo que podría haberle quitado a un kender y que hablaba y actuaba con la audacia y la desenvoltura de un hombre.

—¿Cómo está mi padre, señor? —preguntó Lillith.

—Me honra y me complace informar que la última vez que vi a tu noble padre gozaba de buena salud —dijo Derek—. Combatió valerosamente en la batalla del alcázar de Vingaard y no abandonó el campo de batalla hasta hacerse ostensible la superioridad abrumadora del enemigo.

—Pobre papá —comentó Lillith entre risas—. Me sorprende que tuviera la sensatez de tomar tal decisión. Por lo general se queda en medio de la refriega como un enorme estafermo a la espera de que le aticen un golpe en la cabeza.

Tamaño falta de respeto escandalizó hasta lo indecible a Derek; en especial por venir de una mujer.

Aran rió jovialmente y estrechó la mano a Lillith. Brian se la besó, cosa que hizo reír de nuevo a la joven. El caballero se dio cuenta, mientras le sostenía la mano, que tenía los dedos índice y pulgar manchados de un color púrpura oscuro y que en la blusa y la falda de paño había manchas similares, tanto recientes como desvaídas. Brian le soltó la mano de mala gana. Pensó que jamás había visto nada tan encantador como aquel hoyuelo de su mejilla izquierda y deseó hacerla reír otra vez con tal de lograr que el hoyuelo se marcara y ver relucir las motitas doradas en los ojos color avellana.

Creyendo que la actitud de sus adjuntos daba alas a su mal comportamiento, Derek les asestó una mirada ceñuda. Tenía que hablar con esa dama para expresarle su desaprobación, pero lo haría con frialdad.

—¿Cómo me identificaste, señora Cuño? —preguntó.

—Bertrem me puso en antecedentes de la venida de un caballero solámnico que buscaba la legendaria Biblioteca de Khrystann, para que estuviera pendiente cuando llegara —respondió Lillith—. Vosotros sois los primeros, los últimos y los únicos caballeros que he visto por estos pagos desde hace años. Además, te oí mencionar el nombre de Bertrem, así que di por sentado que eras sir Derek Crownguard.

—No di permiso al Esteta Bertrem para que revelara que veníamos aquí —manifestó el caballero, muy estirado—. En realidad, le ordené que guardara el más estricto secreto sobre el asunto.

—Bertrem no se lo dijo a nadie excepto a mí y yo no se lo he dicho a ninguna otra persona, sir Derek —explicó Lillith, marcado el hoyuelo al esbozar una sonrisa—. Y fue una suerte que lo hiciera. Habríaís buscado la biblioteca durante años y no habríaís dado con ella.

—¡Eres una Esteta! —dedujo Aran.

Lillith le guiñó el ojo, otra cosa impropia de una solámnica bien educada.

—¿Desean los caballeros que los conduzca hasta la biblioteca?

—Si no es demasiada molestia, señora —contestó Derek.

—Oh, ninguna en absoluta, señor —repuso a su vez Lillith, que se cruzó de brazos—. Pero a cambio tendréis que hacerme un favor.

Derek se puso ceñudo. No le gustaba esa joven, y desde luego no le hacía ninguna gracia que lo chantajeara.

—¿Qué quieres que hagamos, señora? —preguntó.

El hoyuelo de Lillith desapareció. Parecía preocupada y, de repente, les hizo un gesto para que se acercaran más a ella. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—En esta ciudad pasa algo malo. Hemos oído rumores...

—¿Hemos? ¿A quién te refieres? —la interrumpió Derek.

—A los que nos importa el futuro del mundo —replicó Lillith, que le sostuvo la mirada sin vacilar—. En esta guerra estamos en el mismo bando, sir Derek, te lo aseguro. Como decía, nos han llegado rumores de que se han visto draconianos dentro de las murallas de la ciudad.

Los tres caballeros intercambiaron una mirada.

—Y también fuera de las murallas —recalcó Aran.

—Así que los rumores son ciertos. ¿Los habéis visto? —preguntó Lillith con gesto grave—. ¿Dónde?

—En la calzada a Tarsis. Estaban acampados junto a un puente para ver quién lo cruzaba...

—Tiene sentido —dijo Lillith—. Alguien está haciendo circular una lista de recompensas por los asesinos del Señor del Dragón Verminaard. Por casualidad tengo una copia en mi poder. —Se llevó la mano a la pretina y sacó un documento semejante al que le habían quitado a los draconianos.

»Llevo mucho tiempo buscando a alguien y ahora resulta que me encuentro con su nombre en esta lista. Necesito que lo atrapéis y me lo traigáis. —Lillith alzó un dedo en un gesto de advertencia—. Tenéis que hacerlo sin que nadie lo descubra.

—Vas mal encaminada, señora —dijo Derek—. Deberías hablar con el gremio de maleantes de la ciudad. Son expertos en secuestros...

—¡No quiero que lo secuestréis! Y desde luego no quiero que lo atrapen maleantes ni draconianos. —La ansiedad hizo que Lillith se

ruborizara—. Lleva consigo algo de gran valor y me da miedo que no sepa darle la importancia que tiene. Es posible que entregue ese objeto al enemigo por pura ignorancia. He intentado discurrir la forma de atraparlo desde que vi su nombre en la lista. Vosotros, caballeros, habéis venido como agua de mayo. Dadme vuestra palabra de honor como caballeros de que me haréis este favor y os enseñaré cómo llegar a la biblioteca.

—¡Esto es chantaje, indigno de la hija de un caballero! —exclamó Derek, y Brian, a su pesar, estuvo de acuerdo con él. Todo aquel asunto era ambiguo, poco claro.

Lillith no se amilanó.

—¡Y yo creo que es indigno de un caballero negarle ayuda a la hija de otro caballero! —replicó fogosamente.

—¿Qué clase de objeto es el que lleva esa persona? —inquirió Aran con curiosidad.

Lillith vaciló y después negó con la cabeza.

—No es que no confíe en vosotros. Si fuera mi secreto, os lo diría, caballeros, pero al no ser así no puedo compartirlo. La información me la dio alguien que correría un grave peligro si se descubriera. No debería hablar con nosotros. Arriesgó mucho al revelarme tanto, pero le preocupa ese objeto valioso y también la persona que lo lleva.

El gesto severo de Derek no se borró.

—¿A qué persona de esa lista de recompensas quieres que encontremos? —preguntó Brian.

Lillith puso el índice en uno de los nombres.

—¡Ni pensarlo! —bramó Derek.

—Derek... —empezó Brian.

—¡Brian! —gritó Derek, encolerizado.

—Os dejaré solos, caballeros, para que lo habléis entre vosotros. —Lillith se alejó fuera del alcance del oído.

—No me fio de esa marimacho, aunque sea hija de un caballero —dijo Derek—. ¡Y no pienso secuestrar a un kender! Nos está gastando alguna clase de broma.

—Derek, hemos pateado arriba y abajo esta maldita calle casi toda la mañana y no hemos visto ni rastro de una biblioteca —arguyó Aran, exasperado—. Podríamos pasarnos toda la vida buscándola. Yo digo que le hagamos ese pequeño encargo a cambio de que nos ayude a encontrar la biblioteca.

—Además, si los draconianos están deseosos de echarle mano al kender, eso por sí solo debería pareceros razón suficiente para salvarlo —apuntó Brian—. Por lo visto fue uno de los que mataron al Señor del Dragón, junto con Sturm.

—Y quizá nos pueda decir dónde encontrar a Sturm —abundó Aran.

Brian negó con la cabeza para hacer entender a Aran que aquel razonamiento no era precisamente el más adecuado para convencer a Derek de que aceptara el plan de Lillith. De hecho, produciría el efecto contrario. Por su parte, Brian ansiaba ayudar a Lillith a toda costa, aunque sólo fuera por verla sonreír de nuevo.

Saltaba a la vista que a Derek no le hacía ninguna gracia aquella situación, pero tenía que afrontar los hechos: no sabían cómo dar con la biblioteca, y con los draconianos merodeando por la ciudad, no podían perder tiempo. Llamó a Lillith.

—Nos encargaremos de esa tarea, señora. ¿Dónde encontraremos al kender?

—No tengo ni idea... —contestó alegremente. Viendo que Derek fruncía el entrecejo, añadió:— Mis colegas Estetas están pendientes por si aparece. Me avisarán si lo localizan. Entretanto, os llevaré a la biblioteca. ¿Veis?, yo también sé actuar con probidad.

\* \* \*

—¿Qué hacen los draconianos en Tarsis, señora? —preguntó Brian. La joven los conducía por algo que parecía un callejón sin salida y sin que hubiera a la vista nada semejante a una biblioteca.

—No lo sabemos. —Lillith sacudió la cabeza—. Quizá sólo buscan a esas personas.

—¿Habéis dado aviso a las autoridades sobre eso?

—Lo intentamos. —La joven puso gesto de enfado—. Enviamos una delegación para que se entrevistara con el señor. Se mofó de nosotros. Dijo que eran imaginaciones nuestras. Nos llamó agitadores y afirmó que nuestra intención era crear problemas. —Lillith negó con la cabeza.

»Se comportaba de un modo extraño. Antes era amable y dedicaba el tiempo que fuera necesario para atender a los peticionarios, pero cuando lo vimos esta vez se mostró brusco, casi grosero. —Suspiró profundamente—. Si os interesa mi opinión, los problemas ya han empezado.

—¿A qué te refieres?

—Creemos que el enemigo lo domina. No podemos demostrarlo, por supuesto, pero tendría sentido. Ejerce algún tipo de control sobre él. Es la única razón por la que nuestro señor permitiría que esos monstruos se acercaran siquiera a nuestra ciudad.

El callejón se extendía entre grandes edificios tan deteriorados que resultaba difícil saber si otrora habían sido mansiones elegantes. Las paredes daban la impresión de que se vendrían abajo si alguien las soplaba, por lo que los caballeros se mantuvieron apartados de ellas a pesar de que Lillith les aseguró que habían aguantado así siglos. La joven continuó callejón adelante; de vez en cuando se paraba y echaba un vistazo atrás para comprobar si alguien los seguía.

—Cuidado con la rejilla del alcantarillado —advirtió al tiempo que señalaba—. Los pernos están oxidados y su resistencia no es de fiar. Podríais sufrir una caída muy desagradable.

Aran, que había estado a punto de pisar la rejilla, la salvó de un salto ágil.

—¿Por qué no arreglan todo esto los tarsianos? —preguntó mientras señalaba en derredor—. Después de todo han pasado más de trescientos años.

—Al principio estaban demasiado ocupados tratando de sobrevivir para ocuparse de reconstruir lo que se había perdido —contestó Lillith—. Tomaron los ladrillos y los bloques de granito y de mármol de los edificios en ruinas y los usaron para levantar casas. Creo que al principio tenían intención de reconstruir la ciudad, pero con las penalidades, los peligros y los vecinos que abandonaban la ciudad para buscar trabajo en otros lugares, siempre hubo falta de dinero y, quizá lo que es más importante, falta de ganas.

—Pero cuando pasaron los años, a medida que aumentaba la prosperidad, sin duda se plantearon reconstruir esta parte de la ciudad al igual que hicieron con otras —comentó Brian—. Vi algunos edificios magníficos de camino aquí.

Lillith sacudió la cabeza.

—Es por la biblioteca. La gente acabó asociando esta parte de la ciudad con los grupos a los que culpaba de sus desgracias: hechiceros, clérigos, eruditos y Caballeros de Solamnia, como vosotros. Los ciudadanos temían que si reconstruían la biblioteca y las universidades, la gente problemática como nosotros regresaría.

—Me sorprende que no destruyeran la biblioteca —dijo Aran.

—Los Estetas se temieron lo peor. Cuando los rumores de lo acaecido en Tarsis llegaron a nuestra orden, ocasionaron una gran preocupación. La orden envió una comisión a la ciudad, un viaje muy peligroso por entonces debido al caos reinante. Los Estetas tenían instrucciones de proteger los libros o, si llegaban demasiado tarde, de salvar todo lo que pudieran.

»Cuando llegaron, los Estetas descubrieron que los clérigos de Gilean que trabajaban aquí antes del Cataclismo habían sido advertidos de que iba a pasar algo terrible. Los clérigos pudieron haber abandonado Krynn y ponerse a salvo junto con los clérigos de otros dioses, pero eligieron quedarse para proteger los libros. Afortunadamente la biblioteca se había construido bajo tierra, así que cuando la montaña ígnea se precipitó sobre el mundo, la biblioteca se salvó. Entonces sólo tuvieron que temer a los hombres.

»Cuando el populacho fue a saquear la biblioteca y prenderle fuego, se encontró con los Estetas que la protegían. Muchos perecieron en la lucha, pero mantuvieron a la turba a raya hasta que pudieron cerrar la entrada a cal y canto. Después, ocultaron el acceso para que nadie lo encontrara ni pudiera abrir las puertas a menos que conocieran el secreto. De esta manera, los libros han permanecido a salvo todos estos siglos, protegidos por quienes los aman.

—Como tú —dijo Brian con admiración. Le tomó la mano y señaló los dedos manchados de tinta.

Lillith se ruborizó, pero asintió con la cabeza desapasionadamente. Brian no le soltó la mano, como si fuese algo casual. Lillith le sonrió y el hoyuelo reapareció; después, retiró la mano.

—¿Qué libro o informe buscáis, caballeros? Quizá pueda ayudaros a encontrarlo. Me es familiar mucho de lo que hay aquí abajo, pero no absolutamente todo, a decir verdad. Para conseguir eso harían falta varias vidas.

Derek asestó una mirada incisiva a Brian que lo hizo enmudecer.

—No es que no confiemos en ti, señora Cuño —dijo Derek fríamente—, pero esa información es reservada y opino que debe permanecer así. De otro modo, podríamos ponerte en peligro.

—Como gustéis. —Lillith se detuvo—. Hemos llegado.

—Un muro ciego —comentó Aran.

Habían pasado bajo una arcada envuelta en sombras que conducía al callejón sin salida: una pared construida con piedras multicolores, redondeadas, erosionadas y unidas con mortero y acopladas contra una ladera cubierta de hierba alta.

—La Biblioteca de Khrystann —anunció Lillith.

Puso un pie encima de una losa, delante del muro, y apretó. Ante el asombro de los caballeros, el sólido muro se sacudió y se deslizó hacia un lado.

—No es de piedra —exclamó Aran al tiempo que alargaba la mano para tocarlo—. ¡Es madera pintada para que parezca piedra! —Se echó a reír—. ¡Qué obra maestra! ¡Me engañó completamente!

Los caballeros miraron hacia el callejón y lo vieron bajo una perspectiva muy diferente.

—El callejón es parte de las defensas de la biblioteca —aseguró Brian—. Cualquiera que intente llegar a la biblioteca tiene por fuerza que venir por ahí.

—Y la rejilla de la alcantarilla que estuve a punto de pisar... ¡es una trampa! —Aran miró a Lillith con más respeto—. Parece que tú y tus compañeros Estetas estáis dispuestos a luchar y a morir por defender la biblioteca. ¿Por qué? No es más que un montón de libros.

—Un montón de libros que contienen la luz radiante de la sabiduría de generaciones pasadas, sir Aran —dijo en voz queda la joven—. Nuestro temor es que si esta luz se extingue, nos hundiremos en una oscuridad tan intensa que quizá nunca encontremos la forma de salir de ella.

Empujó la puerta de madera pintada imitando piedra. Detrás había otra puerta, ésta de factura muy antigua. Tallados en la madera había los platillos de una balanza que descansaba sobre un libro.

—El símbolo de Gilean, dios del Libro y Fiel de la Balanza. —La joven alargó la mano y tocó los platillos.

—Hablas de él con respeto —comentó Brian—. ¿Crees que los dioses han vuelto?

Lillith iba a contestar, pero Derek la atajó:

—No hay tiempo para majaderías. Por favor, señora, procede.

La joven miró de soslayo a Brian y le dedicó una sonrisa cómplice.

—Hablaremos de eso después —dijo.

Apretó dos veces uno de los platillos, a continuación apretó el otro tres veces y por último presionó cuatro veces sobre el libro. La segunda puerta se deslizó hacia un lado. Una larga escalera descendía hacia la oscuridad. Cerca de la puerta había un farol colgado en un gancho. Lillith lo cogió y, abriendo un panel de cristal, encendió el cabo de una vela que había dentro. La llama prendió. Lillith cerró el cristal con cuidado y encabezó la marcha escalera abajo.

La temperatura se hizo más cálida. Allí dentro olía a cuero viejo, a pergamino y al polvo del tiempo. Al final de la escalera había otra puerta decorada asimismo con la balanza y el libro. Lillith volvió a apretar los relieves, sólo que en otro orden. La puerta se deslizó en la

pared. La joven la cruzó sosteniendo el farol en alto.

La estancia era enorme, larga y ancha, y se extendía mucho más allá del alcance de la luz del farol. Estaba repleta de libros, del suelo al techo. Estanterías llenas de libros se alineaban en las paredes, se prolongaban en hileras por el suelo, fila tras fila, hasta perderse en la oscuridad. Era un verdadero bosque de estanterías, y los libros de esas estanterías eran tan numerosos como las hojas de los árboles de un bosque.

Los tres caballeros contemplaron los libros con pasmo mezclado con una creciente consternación.

—¿Estás seguro de que no necesitáis mi ayuda, sir Derek? —preguntó Lillith serenamente.

*Búsqueda infructuosa*  
*Disturbios*  
*Atrapar a un kender*

—¡Los hay a millares! —exclamó Aran, estupefacto.

—Miles de millares —coreó Brian en tono desesperado.

Derek se volvió hacia Lillith.

—Tiene que haber un catálogo de los libros, señora Cuño. Los Estetas son famosos por llevar un registro meticuloso del contenido de una biblioteca.

—Lo había —dijo la joven—. Los libros se catalogaban con referencias por título, autor y contenido.

—Hablas en pasado —apuntó Aran en tono preocupado.

—El catálogo fue destruido —le respondió Lillith con gravedad.

—¿Quién haría algo así? ¿Por qué? —inquirió Brian.

—Los mismos Estetas lo destruyeron. —Lillith suspiró profundamente—. Justo antes del Cataclismo, en la época en la que el Príncipe de los Sacerdotes emitió el Edicto del Control del Pensamiento y amenazó con enviar a sus agentes ejecutores a la biblioteca y buscar el catálogo de libros para que retiraran y quemaran todos los que se consideraran «una amenaza para la fe». Ni que decir tiene que los Estetas no iban a permitir que ocurriera tal cosa, de modo que quemaron el catálogo. Si los agentes ejecutores querían conocer el contenido de los libros, tendrían que leérselos. Todos, del primero al último.

—Como, al parecer, tendremos que hacer nosotros —dijo Derek, ceñudo.

—No necesariamente. —Brian señaló los dedos de Lillith manchados de tinta—. Has estado reproduciendo el catálogo, ¿verdad, señora Cuño?

—Preferiría que todos me llamaseis Lillith, simplemente. Y sí, estoy intentando reproducir el catálogo. No he avanzado mucho. Es una tarea descomunal.

—Derek, tenemos que decirle por qué hemos venido —murmuró Aran.

Derek se había propuesto mantener en secreto el asunto del orbe y durante unos instantes su expresión se tornó obstinada. Después dirigió la vista hacia los anaqueles repletos de libros; hilera tras hilera de estanterías. Apretó los labios un momento antes de hablar en tono cortante.

—Buscamos información relativa a los Orbes de los Dragones. Lo único que sabemos con certeza es que fueron una creación de los hechiceros.

Lillith soltó un suave silbido.

—Así que hechiceros, ¿eh? No recuerdo haber visto ninguna información relacionada con Orbes de los Dragones. Cosa, por otro lado, comprensible, ya que todavía no he empezado a trabajar con libros que versan sobre magia.

Derek y Brian intercambiaron una mirada descorazonada.

—Puedo mostraros la sección donde están agrupados los libros de temas arcanos —ofreció Lillith—. Están completamente al fondo, me temo.

Las estanterías formaban hileras muy juntas entre sí; los pasillos que quedaban eran tan estrechos que de vez en cuando Aran tenía que girarse de costado para pasar. Avanzaban con precaución pues la luz del farol no llegaba muy lejos. En la oscuridad, Brian se cayó encima de un cajón y estuvo a punto de derribar una de las estanterías.

—Lamento el desorden —se disculpó Lillith mientras se abrían paso entre unas estanterías que se habían caído y los libros desparramados por el suelo—. Aún no he empezado a trabajar en esta sección y no quise tocar nada. Aunque no lo parezca, existe un orden en todo este caos.

»Lo que me recuerda, caballeros —añadió en tono severo—, que si sacáis algún libro de un anaquel, hagáis el favor de volver a

colocarlo en el mismo sitio en el que lo encontrasteis. Ah, y si pudieseis hacer una nota sobre su contenido, me sería de gran ayuda. A propósito, ¿cuántos idiomas habláis?

—El solámnico —respondió Derek con impaciencia, sin entender a qué venía esa pregunta—. Y el Común, naturalmente.

Lillith se detuvo y levantó más el farol.

—¿Nada más? ¿Elfo? ¿Khuriano?

Los caballeros negaron con la cabeza.

—Ah, qué lástima —dijo la joven, que se mordisqueó el labio inferior—. Los solámnicos damos por sentado que todo el mundo habla nuestro idioma, y que si alguien no lo habla, debería. Los hechiceros proceden de diversas razas y nacionalidades, por lo que escriben en muchos idiomas distintos, incluido el de la magia. Habida cuenta de la opinión que nuestras gentes tienen de los hechiceros, dudo que encontréis muchos libros de magia escritos en solámnico.

—¡Esto se pone cada vez mejor! —comentó Aran con sorna—. ¡Podríamos tardar semanas en dar con un pergamino que tratara de los Orbes de los Dragones y entonces descubrir que está escrito en algún dialecto enano desconocido del que no entendemos ni palabra! ¡Un brindis por nuestra misión! —Dio un sorbo de la petaca.

—No busques problemas antes de tiempo —le reconvino Derek—. Quizá la suerte nos sea favorable.

Lillith dio una palmada.

—¡Por el Libro de Gilean! Os es favorable. Acabo de acordarme de una cosa. ¡Ese kender al que tenéis que rescatar podría seros de ayuda!

—¿Un kender? —repitió Derek con fastidio—. ¡Lo dudo muchísimo!

—¿Cómo podría ayudarnos? —preguntó Brian.

—De eso no puedo hablar —respondió Lillith, ruborizada—, pero es posible que esté en su mano ayudarlos.

—¡Otra vez el kender! ¿Dónde lo buscamos? —inquirió Derek con tono resignado.

—Cuando me avisen mis amigos de que ha llegado a Tarsis, si es que al final viene. Mi esperanza se basa únicamente en esa lista. —Lillith se remangó la falda para saltar por encima de otra estantería—. Venid por aquí. Os mostraré los anaqueles donde debéis buscar y os prestaré toda la ayuda posible.

Los caballeros se pasaron dos días en la biblioteca dedicados a lo que resultó ser una búsqueda frustrante y, de momento, vana. Decidieron no regresar al campamento para no tener que entrar y salir de nuevo por las puertas de la ciudad; ya que estaban dentro, consideraron más juicioso quedarse, sobre todo si había draconianos rondando por allí. Lillith sugirió que durmieran en la biblioteca, un escondite ideal ya que ningún vecino de Tarsis se acercaba por esa zona. Brian llevó los dos caballos a un establo que había cerca de la puerta principal por si tenían que salir pitando. Lillith les llevó comida y agua y los tres durmieron en el suelo, entre las estanterías.

Desde el amanecer al ocaso buscaron en libros, rollos de pergaminos, montones de notas y garabatos en trozos de papel. Se sentaban ante mesas largas empotradas y encajonadas en un laberinto de estanterías que Aran juraba que cambiaban de posición cuando no las miraban, porque en cuanto se alejaban siempre tenían problemas para regresar al mismo sitio. Trabajaban a la luz del farol, ya que la biblioteca no tenía ventanas. Lillith señaló las antiguas lumbreras del techo, a gran altura, por las que en otros tiempos había pasado la luz del sol. Los tragaluces estaban cegados con tierra, escombros y cascotes.

—Pensamos que era mejor dejarlos así, disimulados —comentó, y después añadió, melancólica—: Quizá algún día podremos despejarlos y la luz brillará de nuevo sobre nosotros. Sin embargo, aún no ha llegado ese momento. Hay mucha gente en el mundo que ve el conocimiento como una amenaza.

Además de envuelta en tinieblas, la biblioteca estaba sumida en un silencio espeluznante. Los libros amortiguaban y absorbían cualquier sonido. Fuera, el mundo podía destruirse en una explosión ígnea y ellos ni se enterarían.

\* \* \*

—Para ser sincero, preferiría vérmelas con Caballeros de la Muerte —dijo Aran el tercer día por la mañana. Al abrir un libro el polvo le entró en la nariz y estornudó con fuerza—. ¡Toda una legión de Caballeros de la Muerte y cien enanos borrachos por añadidura! —Echó una ojeada desalentada a las páginas descoloridas.

»Esto parece escrito por arañas corriendo sobre el pergamino con las patas mojadas en tinta. Sin embargo, hay dibujos de dragones, de modo que quizá tenga algo que ver con los orbes.

Lillith se asomó por encima de su hombro.

—Ése es el lenguaje de la magia. Ponlo aquí, con los otros libros que tratan sobre dragones. —Al retirarse el pelo de los ojos se dejó un churrete en la frente—. No olvides señalar su sitio en el anaquel.

—Este libro también tiene dibujos de dragones —anunció Brian—. Pero las páginas son tan frágiles que me temo que se desintegrarán si sigo examinándolas. Además, tampoco entiendo lo que pone.

Lillith le quitó el libro de las manos con sumo cuidado y lo añadió al pequeño montón.

—Si hubiera un mago en la ciudad que nos tradujera estos textos... —empezó Brian.

—No vamos a contarles nada de esto a los hechiceros —manifestó rotundamente Derek.

—De todos modos, en Tarsis no hay hechiceros —intervino Lillith—. O, al menos, ninguno que admita serlo. Esperaremos al kender. No os prometo nada, entendedme, pero...

—¿Lillith? —Llamó una voz masculina—. ¿Estás ahí?

Derek se puso de pie.

—No te alarmes —se apresuró a tranquilizarlo la joven—. Es uno de los Estetas. —Alzó la voz—. ¡Ya voy, Marco!

Se dirigió a buen paso hacia la parte delantera de la biblioteca.



—Brian, acompáñala —ordenó Derek.

Brian obedeció y fue tras ella sorteando las estanterías al tiempo que procuraba memorizar las vueltas y revueltas que lo llevarían a la parte delantera en lugar de dejarlo varado en alguna remota isla literaria. No perdió de vista la luz del farol que llevaba Lillith y finalmente la alcanzó.

—¿Qué pasa? ¿No confiáis en mí? —preguntó la joven con una sonrisa que le marcó el hoyuelo.

Brian notó que se ponía colorado y dio gracias a la penumbra porque así no lo vería sonrojarse.

—No, es que... podría ser peligroso —pretextó sin convicción.

Lillith se limitó a reírse de él.

En la entrada había un hombre tan arrebujaado en la capa y la bufanda que apenas se distinguían sus rasgos. Lillith se acercó deprisa a él y los dos se pusieron a conferenciar en voz baja. Brian permaneció apartado aunque sabía muy bien que Derek lo había mandado a espiar a la joven. La conversación no duró mucho y Marco se marchó mientras Lillith volvía junto a Brian. A la luz del farol se la veía preocupada, como si algo le ensombreciera la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el caballero.

—Deberías avisar a tus compañeros —contestó ella.

Brian lanzó un «¡hola!» que levantó ecos en las paredes y sacudió el polvo del techo. Oyó que Aran soltaba un juramento y el ruido de objetos al caer al suelo. Lillith se encogió.

—¡Tened cuidado! —exclamó con inquietud.

—Oh, estoy bien —respondió Aran.

Lillith masculló algo y Brian esbozó una sonrisa. No era su compañero quien la preocupaba, sino sus preciados libros.

—El kender está en Tarsis —informó cuando Derek y Aran salieron de la penumbra a la luz del farol—. Él y sus amigos entraron por una de las puertas de la ciudad esta mañana. Se alojan en El Dragón Rojo, pero va a haber problemas. Los guardias de la puerta vieron que uno de los hombres llevaba puesto un peto con los símbolos de un Caballero de Solamnia e informaron a las autoridades. Han mandado guardias a la posada para que los arresten.

—Ése debe de ser Brightblade —comentó Derek, irritado—. Y no es caballero. ¡No tiene derecho a ponerse una armadura de ese tipo!

—No se trata realmente de eso, Derek —intervino Aran, exasperado—. El asunto es que a Brightblade y a sus amigos están a punto de arrestarlos, y si los draconianos descubren que son las personas que andaban buscando...

—¡No pueden descubrirlo! —La voz de Lillith sonó con apremio—. ¡No deben! Registrarán las pertenencias del kender y encontrarán lo que lleva encima. Tenéis que salvarlo.

—¿De la guardia de Tarsis? ¿A plena luz del día? Señora, me da igual lo que sea eso tan misterioso que se supone que lleva el kender. Un intento de rescate sólo tendría como resultado que acabaríamos en prisión con ellos —arguyó Derek.

—Mis amigos van a montar una maniobra de distracción —dijo Lillith—. Podréis agarrar al kender en medio de la confusión. Traedlo directamente aquí. Os estaré esperando. ¡Vamos, apresuraos! —Empezó a empujarlos hacia la escalera.

—¿Cómo encontramos esa posada? —preguntó Brian—. ¡No conocemos la ciudad!

—Eso no será un problema —vaticinó la joven—. Seguid por la calle principal que hay a la salida de la biblioteca. Encaminaos de vuelta a la plaza central, por donde vinisteis. Luego sólo tendréis que guiaros por los gritos.

Brian parpadeó y se frotó los ojos al salir a la deslumbradora luz invernal. Habían vivido una noche perpetua en la biblioteca y no tenía ni idea de la hora que era. Por la posición del sol, calculó que debía de ser media mañana. Los caballeros anduvieron a paso rápido por la calle principal, como les había dicho Lillith, y no se cruzaron con nadie hasta que llegaron a la plaza central. Allí se encontraron montones de gente muy alborotada. Los que habían estado en comercios y tenderetes salían en tropel a las calles en tanto que otros echaban a correr. Los caballeros oyeron un apagado fragor, como el de las olas al romper en una playa.

—¿Qué ocurre, buen hombre? —preguntó Aran, que se paró para hablar con un tendero que miraba tristemente a la clientela que se marchaba de su almacén—. ¿Ha vuelto el mar?

—Muy gracioso —gruñó el tendero—. Por lo visto ha estallado un tumulto cerca de la posada El Dragón Rojo. Un Caballero de Solamnia ha cometido el error de llevar su emblema a la vista en nuestra ciudad. Los guardias intentan conducirlo a la Sala de Justicia, pero es posible que no lleguen tan lejos. En Tarsis no les tenemos aprecio a los de su clase. Se le hará justicia, vaya que sí.

Aran alzó una mano hacia el tapacuellos que llevaba puesto sobre la nariz y la boca para comprobar que seguía en su sitio.

—Mal rayo los parta a todos ellos. Creo que iremos a echar un vistazo. Que tengas un buen día, amigo.

—Toma —dijo el tendero al tiempo que le ofrecía a Aran un tomate podrido—. No puedo dejar el almacén, pero lánzale esto en mi nombre.

—Lo haré, descuida —contestó Aran.

Los tres echaron a correr para unirse al gentío que iba en la misma dirección. La muchedumbre, que gritaba insultos y arrojaba alguna que otra piedra, les cerraba el paso. Por el modo en que la gente estiraba el cuello para ver, los prisioneros venían en su dirección. Brian intentó atisbar algo por encima de las cabezas de los que tenía delante y vio aparecer una pequeña comitiva. Los guardias tarsianos rodeaban a los prisioneros. La muchedumbre retrocedió y dejó de vocear ante la presencia de la guardia.

—Ese es Brightblade, ya lo creo —dijo Aran. Era el más alto de los tres y eso le daba ventaja para ver mejor—. Y a juzgar por las orejas, el hombre que va con él es el semielfo. También hay un elfo y un enano. Y ése debe de ser el kender que tanto le interesa a Lillith.

—¿Y la maniobra de distracción? —preguntó Brian.

—Al menos ahora podemos acercarnos más —dijo Derek, y los tres caballeros se abrieron paso entre el gentío que, indeciso, se arremolinaba y rebullía.

La muchedumbre se había cansado de insultar al caballero y parecía que iba a dispersarse cuando, de repente, el kender le gritó a uno

de los guardias con voz aguda:

—¡Eh, tú, alcornoque bellotero! ¿Dónde has dejado el bozal?

El guardia enrojeció. Brian no sabía qué era un alcornoque bellotero, pero, por lo visto, el guardia sí, porque se abalanzó sobre el kender. Éste lo esquivó con agilidad y le atizó un golpe en la cabeza con la jupak. En la multitud hubo algunos que silbaron con sorna, otros aplaudieron y otros empezaron a lanzar cualquier cosa que tuvieran a mano, ya fueran verduras, piedras o zapatos. Nadie se preocupaba de apuntar a quién arrojaban los proyectiles, por lo que los guardias se encontraron en la trayectoria de los lanzamientos. El kender seguía mofándose de quien le apetecía, con el resultado de que varias personas de la muchedumbre intentaron abrirse paso entre los guardias para llegar hasta él.

El jefe de la guardia empezó a gritar con todas sus fuerzas. Al elfo lo derribaron. Brian vio que Sturm se paraba y se inclinaba en actitud protectora sobre el elfo caído mientras apartaba a la gente con las manos. El enano le daba patadas a alguien y al tiempo soltaba puñetazos, en tanto que el semielfo intentaba por todos los medios llegar hasta el kender.

—¡Ahora! —dijo Derek. Se apropió de un saco de arpillerá que encontró tirado delante de un puesto de verduras y se abrió paso a empujones entre el gentío. Brian y Aran iban detrás.

El semielfo estaba a punto de agarrar al kender. Sin saber qué más hacer, Aran le arrojó el tomate y acertó al semielfo en mitad del rostro, de forma que lo dejó cegado momentáneamente.

—Lo siento —musitó el caballero, arrepentido.

Derek se abalanzó sobre el kender y le tapó la boca con la mano. Brian y Aran lo agarraron por los pies mientras Derek le cubría la cabeza con el saco. Cargando con él a pesar de sus forcejeos y chillidos ahogados, echaron a correr calle abajo.

Alguien gritó que los detuvieran, pero los caballeros habían actuado con tal rapidez que, para cuando los que estaban mirando comprendieron lo que pasaba, se habían perdido de vista.

—¡Llévalo tú! —ordenó Derek a Aran, que era el más fuerte de los tres.

Aran se lo echó al hombro y le sujetó las piernas con un brazo. El copete del kender asomaba por la boca del saco y se balanceaba contra la espalda del caballero. Derek se metió por una calle lateral que estaba desierta. Brian cerraba la marcha y echaba ojeadas hacia atrás de vez en cuando. Sin tener más que una vaga idea de dónde estaban y por miedo a perderse, volvieron a la calle principal en cuanto pudieron.

El kender emitía chillidos amortiguados y se retorció con una anguila dentro del saco. Aran estaba teniendo problemas para mantenerlo sujeto y la gente se paraba para mirarlos.

—Cierra el pico, amiguito —advirtió Aran al kender—. Y deja de dar patadas. Estamos de tu parte.

—¡No te creo! —chilló el kender.

—Somos amigos de Sturm Brightblade —dijo Brian.

El kender dejó de aullar.

—¿Sois caballeros? ¿Como Sturm? —preguntó, emocionado.

Derek asestó a Aran una mirada glacial y parecía a punto de soltar una de sus diatribas. Aran le hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Sí —contestó—. Somos caballeros, como Sturm, pero estamos de incógnito. No puedes decírselo a nadie.

—No lo haré, lo prometo —aseguró el kender, que añadió:— ¿Podéis librarme del saco? Al principio ha sido divertido, pero ahora empieza a oler mucho a cebolla.

Derek sacudió la cabeza.

—Cuando estemos en la biblioteca. Antes no. No estoy dispuesto a perseguir a un kender por las calles de Tarsis.

—Todavía no —contestó Aran al kender en tono cómplice—. Es demasiado peligroso. Te podrían reconocer.

—Probablemente tienes razón. Soy uno de los héroes de la batalla de Pax Tharkas y ayudé a encontrar el Mazo de Kharas. ¿Cuándo iremos a rescatar a los demás?

—Luego —dijo Aran—. Tenemos que... ummmm... idear un plan.

—Puedo ayudaros —se ofreció el kender, ilusionado—. Soy un experto en idear cosas. ¿Te importaría abrir un agujero pequeño para que pudiera respirar un poco mejor? Y quizá no haría falta que me zarandearas tanto. He tomado un buen desayuno y me parece que empieza a revolverse en el estómago. ¿Te has preguntado alguna vez por qué las cosas que saben tan ricas cuando te las comes tienen un gusto horrible cuando se empeñan en salir...?

Aran dejó al kender en el suelo.

—No estoy dispuesto a que me vomite encima —le dijo a Derek.

—Sujétalo bien —ordenó Derek—. Te hago responsable de él.

Aran retiró el saco y el kender asomó sin resuello y con la cara colorada por haber ido colgado boca abajo. Era bajo y delgado, como casi todos los de su raza, y tenía un rostro alegre, inquisitivo, alerta y sonriente. Se colocó la ropa retorcida —un chaleco de piel de oveja y prendas de colores chillones—, se tanteó la coronilla para cerciorarse que el copete seguía en su sitio y comprobó si llevaba consigo todos los saquillos. Hecho esto, alargó la pequeña mano.

—Soy Tasslehoff Burrfoot —se presentó—. Mis amigos me llaman Tas.

—Aran Tallbow —dijo el caballero, que le estrechó la mano con seriedad y después le ofreció la petaca—. Para compensar lo de la cebolla.

—No me vendrá mal. —Tas echó un trago. Y casi se quedó con la petaca. Por despiste, naturalmente, como le dijo a Aran en tono de disculpa.

—Brian Donner —se presentó Brian al tiempo que le tendía la mano.

Tas miró a Derek, expectante.

—Sigamos —ordenó Derek con impaciencia, y echó a andar.

—Qué nombre tan raro —masculló el kender, que tenía un brillo travieso en los ojos.

—Se llama Derek Crownguard —dijo Aran mientras asía con fuerza al kender por el cuello del chaleco.

—Pues vaya. ¿Seguro que es un caballero?

—Sí, por supuesto que lo es —contestó Aran, que sonrió a Brian y guiñó el ojo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Sturm dice que los caballeros son siempre educados y que tratan a la gente con respeto. Sturm siempre me trata con educación —aseguró Tas en tono solemne.

—Es por el peligro, ¿sabes? —explicó Brian—. Derek se preocupa por nosotros, nada más.

—Sturm también se preocupa por nosotros una barbaridad. —Tas suspiró y miró hacia atrás—. Espero que él y mis otros amigos se encuentren bien. Cuando no estoy con ellos se meten en líos. Claro que —añadió como si acabara de ocurrírsele— mis amigos también se meten en muchos líos cuando estoy con ellos, pero al estar con ellos los saco del embrollo, así que creo que lo mejor será que vuelva...

El kender dio un tirón repentino, se retorció y se escurrió, y cuando Aran quiso darse cuenta sujetaba un chaleco de piel de oveja vacío y Tas salía a todo correr calle abajo.

Brian corrió tras él y consiguió alcanzarlo. Por suerte, Derek iba bastante más adelante y no había visto lo ocurrido.

—¿Cómo ha podido escaparse así? —le preguntó Aran a su amigo.

—Es un kender —contestó Brian, que no pudo evitar la risa al ver la expresión perpleja de su compañero—. Lo llevan en la sangre. —Ayudó a Tas a ponerse el chaleco.

»Sé que estás preocupado por tus amigos —le dijo—. Nosotros también lo estamos, pero nos encomendaron una misión importante: encontrarte.

—¿A mí? —Tas no salía de su asombro—. ¿Una misión importante encontrarme? ¿A Tasslehoff Burrfoot?

—Hay alguien que quiere conocerte. Te prometo por mi honor de caballero —añadió Brian en tono serio— que después de que hayas hablado con esta persona te ayudará a rescatar a tus amigos.

—Eso no va a gustarle a Derek —auguró Aran con una sonrisa.

Brian se encogió de hombros.

—¡Una misión importante! —exclamó Tasslehoff—. Veréis cuando se lo cuente a Flint. Sí, claro que iré con vosotros. No querría defraudar a esa persona. ¿Quién es, por cierto? ¿Por qué quiere verme? ¿Adónde vamos? ¿Estará allí cuando lleguemos? ¿Cómo supisteis dónde encontrarme?

—Te lo explicaremos todo luego —dijo Aran—. Hemos de darnos prisa.

Aran sujetó a Tas por un brazo, Brian por el otro y lo llevaron en volandas calle adelante.

*Anteojos mágicos*  
*La palabra «cromático»*  
*Amor en medio del polvo*

Lillith los esperaba a la entrada de la biblioteca. El semblante se le alegró cuando Aran y Brian dejaron al kender en el suelo delante de ella.

—¡Lo habéis encontrado! Cuánto me alegro —exclamó Lillith, aliviada.

—Tasslehoff Burrfoot —se presentó el kender, y le tendió la mano.

—Lillith Cuño —se presentó a su vez, y le estrechó afectuosamente la mano—. Es un gran honor conocerte, maese Burrfoot.

Tas enrojeció de satisfacción al oír aquello.

—No deberíamos quedarnos aquí fuera —advirtió Derek—. Llévalo a la biblioteca.

—Sí, tienes razón. Venid dentro. —Lillith se puso a la cabeza del grupo y el kender se situó detrás de ella, encantado y asombrado de aquella aventura inesperada.

—¡Una biblioteca! Me encantan las bibliotecas. Sin embargo, por lo general no me dejan entrar en ellas. Intenté visitar la Gran Biblioteca de Palanthas una vez, pero me dijeron que no se permitía la entrada a los kenders. ¿Por qué será, Lillith? ¿Tú lo sabes? Pensé que quizá era una equivocación y que lo que querían decir era que no se permitía la entrada a los ogros, cosa que puedo entender, e intenté meterme por una ventana para no molestar a nadie que hubiera en la puerta, pero me quedé atascado y los Ascetas tuvieron que ir a ayudarme...

—Estetas —corrigió Lillith con una sonrisa.

—Sí, ellos también —soltó Tas—. El caso es que averigüé que la norma no dice nada sobre los ogros, pero sí concreta que nada de kenders.

—Por regla general no lo permitimos, pero en tu caso haremos una excepción —manifestó Lillith.

Para entonces ya habían bajado la escalera que conducía a la biblioteca propiamente dicha. Tasslehoff se paró y miró a su alrededor en silencio, maravillado. Lillith no le quitó la mano del hombro.

—Muchas gracias, caballeros, por traerlo. Y ahora, si nos disculpáis, tengo que hablar con maese Burrfoot en privado. Como ya os dije, éste es un secreto que no me pertenece —agregó en tono de disculpa.

—¿Secreto? —preguntó ávidamente Tas.

—Por supuesto, señora —dijo Derek, que vaciló antes de añadir—: Mencionaste algo respecto a que Burrfoot quizá podría ayudarnos...

—Os haré saber si le es posible o no —lo tranquilizó la joven—. Eso es parte del secreto.

—Se me da muy bien guardar secretos —aseguró Tas—. ¿Cuál es ese secreto que guardo?

Derek inclinó ligeramente la cabeza en señal de conformidad y después se encaminó hacia el fondo de la biblioteca seguido de Aran y Brian. En seguida se perdieron de vista entre las estanterías. El sonido de las pisadas se fue amortiguando, cada vez más débil, si bien Lillith alcanzó a oír la risa de Aran resonando en el edificio y sacudiendo el polvo de los libros.

—Ven, siéntate —le dijo a Tas mientras lo guiaba hasta una silla. Ella se sentó a su lado y acercó la silla a la del kender—. He de hacerte una pregunta muy importante. La respuesta es muy importante para mí y para muchas otras personas, Tasslehoff, así que quiero que lo pienses muy bien antes de contestar. Lo que quiero saber es si tienes los Anteojos del Arcano.

—¿Dijo ese tal Arcano que me los quedé? —demandó Tas, muy indignado por tal acusación—. ¡Porque no lo hice! ¡Nunca me quedo nada que no sea mío!

—Tengo un amigo, un buen amigo que se llama Lucero de la Tarde, que dice que «encontraste» los anteojos en la tumba flotante del rey Duncan, en Thorbardin. Dice que se te cayeron y que él los recogió y te los devolvió...

—¡Oh! —Tas estaba tan excitado que se puso a dar brincos—. ¡Te refieres a mis anteojos de visión verdadera! ¿Por qué no lo dijiste

desde el principio? Sí, creo que los tengo guardados en algún sitio. ¿Quieres que los busque?

—Sí, por favor —dijo Lillith, alarmada ante la actitud despreocupada de Tas, pero se recordó que al fin y al cabo era un kender y que el dragón dorado lo sabía cuando le permitió que se quedara los anteojos.

»Espero que no le hayas hablado a nadie de Lucero de la Tarde —dijo la joven, que miraba a Tas con preocupación creciente mientras el kender volcaba el contenido de los saquillos en el suelo. Sabía que los de su raza recogían todo tipo de cosas, desde chucherías a tesoros pasando de lo valioso a lo absurdo por toda la gama intermedia. Sin embargo, no entendió realmente la vastedad de las posesiones de un kender hasta ver las de Tas desparramadas por el suelo—. Nuestro amigo podría tener muchos problemas si alguien se entera de que nos está ayudando.

—No he dicho ni media palabra de que conocí a un... mamut lanudo dorado —contestó Tasslehoff—. Mi amigo Flint y yo estábamos en la Tumba de Duncan, ¿sabes?, y apareció aquel enano que dijo que era Kharas, sólo que después descubrimos que el verdadero Kharas estaba muerto. Requetemuerto. Así que nos preguntamos quién sería realmente ese enano, y yo había encontrado estos anteojos dentro de la tumba y me los puse, y cuando miré al enano a través de los cristales de los anteojos ya no era un enano, sino un... mamut lanudo dorado. —Le dirigió a la joven una mirada lastimera.

»¿Ves lo que pasa? Cuando intento decirle a alguien que conocí a un... mamut lanudo, siempre me salen las palabras... mamut lanudo. No consigo decir un... mamut lanudo.

—Ah, entiendo. —Lillith creía saber lo que pasaba.

Al parecer, el dragón dorado había hallado una forma de mantener sellados los labios de un kender para que guardara su secreto, secreto que desde entonces había revelado sólo a los Estetas.

Muchos años atrás, los dragones del bien habían despertado y descubrieron que los dragones de la Reina Oscura les habían robado sus huevos y se los habían llevado. Usándolos como rehenes, la diosa había arrancado la promesa a los dragones del bien de que no tomarían parte en la guerra que iba a tener lugar. Temiendo por la suerte de sus crías, los dragones del bien habían accedido a las exigencias de Takhisis, si bien hubo algunos que se opusieron a ello por considerarlo un error. Lucero de la Tarde había sido uno de ellos. Había criticado enérgicamente esa postura contemporizadora y afirmó que no se sentía obligado a cumplir semejante juramento. Lo condenaron al destierro por su rebelión, recluido en la tumba flotante del rey Duncan, en Thorbardin, como guardián del Mazo de Kharas.

Dos enanos, Flint Fireforge y Arman Kharas, acompañados por Tasslehoff, habían descubierto recientemente el sagrado mazo y se lo habían devuelto a los enanos, liberando así a Lucero de la Tarde de su prisión. Mientras estaba en la tumba flotante, Tasslehoff se había encontrado con Lucero de la Tarde, que le preguntó sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo. Lo que oyó inquietó muchísimo al dragón dorado, sobre todo cuando se enteró de que una raza nueva y maligna, la draconiana, había aparecido en Krynn. Una sospecha terrible sobre la suerte corrida por las crías de los dragones de colores metálicos fue creciendo en su mente. Lucero de la Tarde no se atrevía a mostrarse aún como quien era. Si las fuerzas de la oscuridad descubrían que un dragón dorado estaba despierto y pendiente de las actividades de la Reina Oscura, Takhisis mandaría a sus dragones contra él, y estando solo, aislado de los suyos, no tendría ninguna posibilidad de salir con bien del enfrentamiento. Y así había hallado este método de hacer que el kender guardara su secreto.

—La siguiente vez que miré a través de los anteojos nos encontrábamos en un salón enorme, que no me acuerdo cómo se llamaba, y los enanos se enfrentaban al Señor del Dragón Verminaard, sólo que se suponía que Verminaard había muerto, así que me puse los anteojos y lo miré y no era él ni mucho menos. ¡Era un draconiano!

Tas se había estirado en el suelo y revolvía en sus valiosas pertenencias mientras hablaba para encontrar los anteojos. Consternada, Lillith comprendió que esa búsqueda podía prolongarse bastante tiempo, ya que el kender era incapaz de coger una cosa sin examinarla y enseñársela y contarle todo respecto a cómo la había conseguido y para qué servía y lo que se proponía hacer con ella.

—Tas, hay gente muy peligrosa en la ciudad que daría casi cualquier cosa por encontrar esos anteojos mágicos. Si crees que te los has dejado en la posada...

—¡Ah! ¡Ya sé! —Tas se dio una palmada en la frente—. Como Flint me dice siempre, soy un cabeza de chorlito. —Tas metió la mano en un bolsillo del pantalón de color chillón y sacó diversos objetos: un hueso de ciruela, un escarabajo petrificado, una cuchara doblada que según él servía para rechazar a cualquier muerto viviente con el que tuviera la suerte de toparse y, por último, envuelto en un pañuelo que llevaba bordado el nombre «C. Majere», había un par de anteojos con cristales claros montados en aros de alambre.

»Son realmente extraordinarios. —Tas los miró con cariñoso orgullo—. Por eso tengo tanto cuidado con ellos.

—Eh... sí —contestó Lillith, que sentía un gran alivio.

—¿Tu amigo quiere que se los devuelva? —preguntó el kender, pesaroso.

Lillith no sabía qué contestar. Lucero de la Tarde había encargado a Astinus, Maestro de la Gran Biblioteca de Palanthas, que buscara al kender y se asegurara de que Tas tenía los anteojos en su poder. El dragón no había dicho nada de que se los quitaran ni de que el kender los utilizara para ayudar a los caballeros o a cualquiera que buscara conocimientos.

Como seguidora de un dios neutral que mantenía el equilibrio entre los dioses de la luz y los de la oscuridad, Lillith no debía tomar partido en ninguna guerra. Ella tenía asignada la tarea de proteger los conocimientos. Si tal cosa se hacía, si el saber adquirido a lo largo de las eras se preservaba, entonces tanto daba que prevaleciera el bien o el mal, porque la llama de la sabiduría seguiría iluminando el camino de generaciones futuras.

El Príncipe de los Sacerdotes, aunque servía a Paladine, Dios de la Luz, tenía miedo del conocimiento. Temía que si se permitía que la gente supiera que había otros dioses aparte de Paladine y los otros dioses de la Luz, dejaría de adorar a éstos para volverse hacia los otros. Tal fue la razón por la que Paladine y los otros dioses de la Luz se habían vuelto contra él.

Ahora Takhisis, Reina de la Oscuridad, intentaba conquistar el mundo. Ella también tenía miedo del conocimiento porque sabía que quienes vivían en la ignorancia no hacían preguntas sino que obedecían servilmente y hacían lo que les mandaban. Takhisis se proponía acabar con el conocimiento y Gilean y sus seguidores estaban dispuestos a hacerle frente.

¿Dónde estaban los dioses de la Luz en esta batalla? ¿Habían regresado como Gilean? ¿Tenían Paladine y los otros dioses de la Luz sus campeones? Y, en tal caso, ¿serían como el Príncipe de los Sacerdotes? ¿Querrían destruir los libros? De ser así, Lillith lucharía contra ellos del mismo modo que lucharía contra los draconianos o cualquiera que representara un peligro para su biblioteca.

Tal vez era la razón por la que Lucero de la Tarde había recurrido a Astinus en busca de ayuda en lugar de pedirselo a Paladine; suponiendo que Paladine hubiera regresado. Lucero de la Tarde desconfiaba de Takhisis y de sus subordinados, pero tampoco estaba seguro de poder confiar en los dioses de la Luz.

Ahora Lillith se enfrentaba a la pregunta del kender y, aunque se tenía por una persona sin prejuicios, no podía evitar pensar que el dragón tendría que haber elegido un guardián más responsable para un artefacto tan valioso. Para Lillith era un gran milagro que el kender hubiese conservado los anteojos durante el largo viaje desde Thorbardin hasta Tarsis. Sin embargo, no era quien para juzgar, y menos sin conocer todos los hechos. Le habían mandado que encontrara al kender y se asegurara de que llevaba consigo los anteojos. Podía informar de que los tenía, en efecto. Su trabajo estaba hecho, pero ¿debía permitir que ayudara a los caballeros?

—No, Lucero de la Tarde no quiere que se los devuelvas —contestó—. Puedes quedarte con ellos.

—¿De verdad? —Tas no cabía en sí de gozo—. ¡Genial! ¡Gracias!

—Dáselos a tu amigo, el mamut lanudo dorado —dijo Lillith, sonriente. Sacó una libreta y empezó a tomar notas—. Bien, dime qué viste cuando miraste a través de los anteojos...

\* \* \*

En la parte trasera de la biblioteca, los caballeros no habían reanudado la búsqueda, sino que estaban enzarzados en una discusión.

—¿Que hiciste qué? —exclamó Derek al tiempo que miraba ceñudo a Brian.

—Le di al kender mi palabra de honor como caballero que lo ayudaría a rescatar a Sturm y a los demás —repitió Brian sin inmutarse.

—¡No tenías a derecho a prometer algo así! —replicó Derek, furioso—. ¡Sabes lo importante que es hallar ese Orbe de los Dragones y llevarlo a Solamnia! Podrías poner en peligro toda nuestra misión...

—No dije nada de que tú los ayudarías, Derek —le aclaró Brian—. Aran y tú podéis seguir con la búsqueda del Orbe de los Dragones. Brightblade es un compatriota, y aunque sólo lo traté un corto tiempo lo considero un amigo. Incluso si no lo conociera, haría todo cuanto estuviera a mi alcance para evitar que él y sus compañeros cayeran en manos del enemigo. Además —añadió tercamente—, ya he dado mi palabra.

—La Medida establece que nuestro deber es confundir al enemigo y desbaratar sus planes —apuntó Aran. Se llevó la petaca a los labios, dio un sorbo y después se limpió con el dorso de la mano.

—Explicame cómo confundimos al enemigo rescatando a un semielfo, un enano y un falso caballero —replicó Derek, aunque Brian advirtió que su argumentación empezaba a hacer efecto, que su amigo se planteaba al menos su propuesta.

Brian reanudó su tarea para que Derek tuviera tiempo de pensar detenidamente las cosas. El quehacer de los caballeros se vio interrumpido por la aparición de Lillith, que llegó acompañada por el kender. La joven llevaba una mano posada en el hombro de Tas y de vez en cuando le daba una palmada en los dedos —de forma afectuosa— cuando intentaba sacar un libro de su sitio en los estantes.

Los tres caballeros se pusieron cortésmente de pie.

—Señora, ¿qué en qué podemos ayudarte? —preguntó Derek.

—La cuestión es en qué puedo servirlos yo o, más bien, en qué puede servirlos Tasslehoff. —Lillith tomó uno de los libros del montón que versaba sobre dragones. Lo abrió al azar y acercó el farol—. Tas, ¿podrías leer esto?

Tasslehoff se encaramó a una banqueta alta, se sentó cómodamente y escudriñó la página. Frunció la frente.

—¿Te refieres a esos garabatos? No, lo siento.

Derek soltó un gruñido elocuente.

—¡Me sorprendería que supiera siquiera leer!

—Tas —dijo Lillith con suavidad—, me refiero a que te pongas los anteojos especiales que usas cuando lees. De lo que hemos hablado antes.

—¡Ah, sí! ¡Vale! —El kender metió la mano en un bolsillo y rebuscó.

—Me parece que los llevas en el otro bolsillo —susurró la joven.

—Señora, estamos perdiendo un tiempo valiosísimo...

Tasslehoff buscó en el bolsillo correcto y sacó unos anteojos. Se los puso sin soltar la pinza que los sujetaba en la nariz para que no se le resbalaran y miró la página.

—Dice: *«Los rojos son los dragones más grandes de los crom... corma... —se hizo un lío con la palabra— cromáticos, así como los más temidos. Aunque desprecian a los humanos, los dragones rojos a veces se alían con aquellos que tienen sus mismas metas y ambiciones, entre ellas la avidez de riquezas. Los dragones rojos reverencian a la diosa Takhisis...»*

—¡Déjame ver eso! —Derek le quitó el libro sin contemplaciones, lo examinó y después se lo devolvió con igual brusquedad—. Está mintiendo. No se entiende nada.

—El sí lo entiende —repuso Lillith con aire de triunfo—. Con los Anteojos del Arcano.

—¿Cómo sabes que no se lo está inventando todo?

—Oh, venga ya, Derek —rió Aran con ganas—. ¿Es que un kender, o ya puestos, cualquier otra persona se inventaría la palabra «cromático»?

Derek observó a Tas, dubitativo y alargó la mano.

—Déjame ver esas lentes.

Tasslehoff miró a Lillith. La joven hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y Tas le tendió los anteojos al caballero, aunque con

evidente renuencia.

—Son míos —dijo en tono enfático—. Me los regaló un mamut lanudo dorado.

Derek intentó ponerse los anteojos en la nariz, pero eran demasiado pequeños. Examinó el libro a través de las lentes, casi bizqueando para enfocar las palabras. Se quitó los anteojos, se frotó los ojos y miró al kender con más respeto.

—Dice la verdad —admitió con un timbre tan sorprendido que iba más allá de la incredulidad—. Leo las palabras con esos anteojos, aunque no sé cómo.

—Son mágicos —explicó Tas, orgulloso. Le quitó los anteojos a Derek con rapidez—. Antes eran de un tipo que se llamaba Arcaico.

—Arcano —lo corrigió Lillith—. Era un sabio semielfo que vivió antes del Cataclismo. Hizo varios pares de estos anteojos y se los dio a los Estetas para que los utilizaran en sus investigaciones.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Brian.

—No lo sabemos con seguridad. Se cree que...

No pudo terminar la frase porque la interrumpió una llamada:

—¡Lillith, soy yo, Marco!

—Perdonad un momento —se disculpó la joven—. Encargué a Marco que se enterara de qué había sido de tus amigos, Tas. Es probable que traiga noticias importantes.

—Yo iré también. —Tas saltó de la banqueta al suelo.

—Tú te vas a sentar y te vas a poner a leer, kender —dijo Derek.

Tas se enfureció.

—Eh, un momento, señor Correguarda, mis amigos podrían estar en peligro, y si es así, me necesitan, de modo que puedes coger tu libro y...

—Por favor, maese Burrfoot —se apresuró a intervenir Brian—. Tu ayuda nos es muy necesaria. No podemos leer estos libros y tú sí. Si pudieses echarles un vistazo y enterarte de si se menciona algo sobre Orbes de Dragones estaremos en deuda contigo. Recuerda que me he comprometido a ayudar a tus amigos y que te di mi palabra de honor como caballero de que haría todo lo posible.

—Tu ayuda podría ser vital para estos caballeros, Tas —añadió Lillith seriamente—. Creo que el mamut lanudo dorado lo tomaría como un favor personal.

—Bueno, sí, supongo —dijo Tas.

Miró a Derek con gesto torvo y después se encaramó de nuevo a la banqueta. Se apoyó de codos en la mesa y empezó a leer moviendo los labios en silencio conforme pronunciaba las palabras.

Lillith se encaminó hacia la entrada de la biblioteca para reunirse con su amigo. Sólo había dado unos cuantos pasos cuando se detuvo, se dio la vuelta y dedicó a Brian una sonrisa, hoyuelo incluido.

—Puedes venir conmigo, si quieres. Sólo para comprobar que no voy a vender vuestros secretos al enemigo.

Brian miró a Derek, que parecía muy molesto, pero aun así asintió con un cabeceo.

—Lamento la forma de actuar de Derek —susurró mientras la seguía—. Confío en que sepas que yo no sospecho de ti...

—Me siento profundamente ofendida, señor —lo interrumpió ella al tiempo que se paraba otra vez—. Puede que nunca lo supere.

—Señora, por favor. —Brian la tomó de la mano—. Lo siento muchísimo...

Lillith se echó a reír.

—¡Sólo bromeaba! ¿Es que los caballeros os tomáis siempre las cosas tan en serio?

Brian se puso colorado hasta la raíz del pelo. Le soltó la mano y empezó a darse media vuelta.

—Ahora soy yo la que se disculpa —dijo Lillith—. No pretendía burlarme de ti.

Buscó la mano del caballero en la penumbra y se la apretó.

—Nada de señor —dijo él—. Llámame Brian.

—Y tú a mí Lillith —respondió en voz queda mientras tiraba del hombre hacia sí.

Estaban rodeados de estanterías altas que los cercaban dejándolos aislados del resto del mundo. El polvo que flotaba en el aire se posaba sobre ellos. La única luz que tenían era la del farol, que Lillith dejó en el suelo para cogerle las dos manos. Daba la impresión de que ambos estuvieran sumergidos en un estanque resplandeciente aun cuando seguían ocultos en la dulce oscuridad.

Ninguno de los dos supo muy bien cómo ocurrió, pero sus labios se encontraron y se besaron; se apartaron y volvieron a encontrarse y a besarse.

—¡Lillith! —llamó de nuevo la voz de Marco—. ¡Es importante!

—¡Un momento! —respondió, falta de aliento, y después añadió en voz queda:— Deberíamos irnos..., Brian...

—Sí, Lillith, deberíamos...

Pero no se movieron.

Volvieron a besarse y Lillith, con un leve suspiro, recogió el farol del suelo. Agarrados de la mano avanzaron entre las estanterías sin darse prisa, arropados en la calidez de sentir la mano del otro. Cuando llegaron cerca de la entrada hicieron un alto para darse un último y rápido beso.

Brian se atusó el bigote mientras Lillith hacía otro tanto con el cabello alborotado y ambos se esforzaron por adoptar un aire inocente. Al dar la vuelta a una estantería se toparon con Marco, que se había cansado de esperar y había echado a andar hacia el fondo de la biblioteca.

—Ah, estás ahí —dijo a la par que alzaba el farol.

Marco no era ni mucho menos como Brian imaginaba que debía de ser un Esteta. No llevaba afeitada la cabeza y vestía pantalón, camisa y chaqueta corrientes en lugar de túnica y sandalias. Llevaba una espada al cinto y tenía aspecto de soldado, no de estudioso. Claro que Lillith tampoco tenía la apariencia que era de esperar en una Esteta.

—¿Rescataron al kender los caballeros? —preguntó Marco.

—Sí, está sano y salvo —contestó Lillith—. ¿Qué hay de sus amigos, los otros que aparecían en la lista de recompensas?

—Al semielfo, al enano, al elfo y al caballero los han llevado ante el señor, en la Sala de Justicia. Me quedé a oír parte del juicio. El señor pareció sorprendido al ver a un Caballero de Solamnna, pero me dio la impresión de que también le complacía. Intentó hacer todo lo posible para ayudarlos, pero un tipo raro, el que lleva capa, intervino y empezó a cuchichear algo al oído del señor.

—¿Dices que los estaban juzgando? ¿De qué crímenes se supone que acusan a Sturm y a los otros? —inquirió Brian con curiosidad.

—Recuerda la lista de recompensas —dijo Lillith.

—Ah, es verdad. Matar al Señor del Dragón Verminaard.

—Se supone que nadie tiene que saber eso, claro —intervino Marco—. Pero dos cazadores de recompensas se emborracharon en una taberna, en la zona del antiguo puerto, y hablaron de eso y ahora la historia se ha propagado por toda la ciudad. También hay otras noticias.

—Y no son buenas, supongo —comentó Lillith.

—Según Alfredo...

—El secretario de su señoría —explicó Lillith para poner en antecedentes a Brian—. Alfredo es también uno de nosotros.

—Su señoría ha estado saliendo a hurtadillas por la noche para reunirse con alguien. Si a eso se añade que su señoría ha estado nervioso, irascible y preocupado, Alfredo creyó aconsejable seguirlo para descubrir qué se estaba cociendo.

—Corrió un gran riesgo —dijo Lillith.

—En favor de Alfredo hay que decir que lo único que sospechaba que hacía su señoría era engañar a su señora esposa. Nuestro amigo descubrió que había algo más, que su señoría iba a reunirse con emisarios de uno de los Señores de los Dragones.

—¡Gilean bendito! —exclamó horrorizada Lillith, que se había llevado la mano a la boca—. ¡Teníamos razón!

—Por lo que Alfredo pudo sacar en claro, nuestro señor está negociando con el nuevo Señor del Dragón del Ala Roja, un hobgoblin llamado Toede. Si Tarsis se rinde pacíficamente, la ciudad no sufrirá ataques...

—El Señor del Dragón miente —manifestó Brian sin rodeos—. Hicieron esa misma promesa a Vingard. Fingieron negociar, pero sólo es un ardid que utilizan hasta tener las tropas en posición. Cuando eso sucede, rompen las negociaciones y atacan. —Brian se volvió hacia Lillith:— El ataque será en cuestión de días, puede que de horas. Eres solámnica e hija de un caballero. Correrás un gran peligro. Ven con nosotros y te pondremos a salvo.

—Gracias, Brian, pero no puedo abandonar la biblioteca. Tú tienes una misión y yo tengo otra. La biblioteca está a mi cuidado, he jurado proteger los libros y, como bien dices, soy hija de un caballero, lo que significa que cumplo mis promesas.

Brian empezó a insistir, pero la joven sacudió la cabeza sin dejar de sonreír y se volvió hacia su colega. El caballero comprendió que, dijera lo que dijese, no la haría cambiar de opinión y la amó más por su valentía y su sentido del honor, aunque habría deseado de todo corazón que no fuera tan honorable y tan valerosa.

Lillith y Marco conversaban sobre Brightblade y sus amigos.

—La mitad del grupo sigue todavía en la posada El Dragón Rojo, incluidos una sacerdotisa de Mishakal y un clérigo de Paladine.

—¿Esos antiguos dioses de antaño? ¿Personas que afirman ser clérigos de esas deidades? —quiso saber Brian.

Lillith y Marco tenían un aire muy solemne y el caballero comprendió de pronto que hablaban en serio.

—Oh, venga ya. No creeréis que... Me refiero a que no podéis creer en...

—¿En los dioses verdaderos? Por supuesto que sí —repuso Lillith en tono seco—. Después de todo, nosotros adoramos a uno de esos dioses. Los Estetas somos los clérigos de Gilean, entregados a su servicio.

Brian abrió la boca y volvió a cerrarla al no saber qué argumentar. Lillith parecía una joven sensata y ahí estaba ahora, hablando del servicio a dioses que habían abandonado a la humanidad tres siglos atrás. Al caballero le habría gustado plantearle una pregunta sobre su fe, pero no era precisamente un buen momento para entablar un debate teológico.

—He visto figuras embozadas y encapuchadas rondando por las inmediaciones de la posada —añadió Marco—. Estoy seguro de que son draconianos que están vigilando a esas personas. Si el Señor del Dragón captura a un clérigo de Paladine y una sacerdotisa de Mishakal...

—No podemos permitir que ocurra tal cosa —manifestó firmemente la joven—. Tenemos que traer a los otros a la biblioteca. Si se produce un ataque a la ciudad éste es el único sitio donde podrían estar a salvo. Marco, sal y comprueba si hay alguien vigilando la biblioteca...

Marco asintió con un cabeceo y corrió escaleras arriba.

—Tienes que intentar salvar al caballero y a sus amigos. Los draconianos no los llevarán a prisión, sino que los conducirán a su muerte.

Brian la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Haré todo lo que me pidas, Lillith, pero antes has de responderme una pregunta. ¿Crees en el amor a primera vista?

—No creía... hasta ahora —musitó ella con una sonrisa.

Permanecieron abrazados unos largos y dulces instantes y después Lillith suspiró hondo.

—Será mejor que os vayáis. Yo me quedaré aquí para no perder de vista al kender.

—Me quedaré en la biblioteca contigo, ayudándote a defenderla. Derek y Aran pueden continuar con esa misión del Orbe de los Dragones sin mí...

Lillith negó con la cabeza.

—No, eso no estaría bien. Tienes que cumplir con tu deber y yo he de cumplir con el mío. —Sonrió y el hoyuelo se le marcó unos segundos en la mejilla—. Cuando esto haya terminado compartiremos relatos de guerra. Será mejor que te des prisa.

Sabiendo que era inútil, Brian renunció a su intento de persuadirla. Llamó en voz alta a Derek y a Aran, que cruzaron la biblioteca a



toda prisa. Tasslehoff iba con ellos a pesar de que Derek no dejaba de repetirle que volviera y siguiera con la lectura.

—Mis amigos están metidos en problemas, ¿verdad? —Tas soltó un sonoro suspiro—. Supongo que tendré que ir a salvarlos... una vez más. ¿Os he contado lo que pasó aquella vez que rescaté a Caramon de una feroz escalamita devoradora de hombres? Estábamos en aquella fantástica fortaleza hechizada que se llama Monte de la Calavera y...

—No vienes, kender —dijo Derek.

—Oh, claro que voy, humano —replicó Tas.

—No podemos encadenarlo a la banqueta. Se escapará si lo dejas solo —señaló Lillith—. Más valdría llevarlo con vosotros. Así sabríais al menos dónde está.

Finalmente Derek se convenció, aunque no de buen grado.

—Cuando volvamos, Burrfoot, seguirás buscando la información sobre los Orbes de los Dragones —dispuso.

—Ah, pero si ya la he encontrado —anunció Tas con despreocupación.

—¿Que la has encontrado? ¿Por qué no me lo dijiste? —bramó Derek.

—Porque no me lo preguntaste —contestó el kender con seria dignidad.

—Te lo pregunto ahora. —Derek estaba que echaba chispas.

—De un modo nada amable —le reprochó Tas.

Lillith se agachó para susurrarle algo al oído.

—Muy bien, te lo diré. Los Orbes de los Dragones están hechos de cristal y magia y tienen algo dentro... He olvidado qué... —Se quedó pensativo unos instantes—. Esencia, eso es. Esencia de dragones cromáticos.

A Tasslehoff le encantó la forma en que aquellas palabras le salieron de la boca, así que las repitió varias veces hasta que Derek le ordenó secamente que siguiera con la explicación.

—No sé qué es la esencia de dragones cromáticos —continuó Tas, que aprovechó de buena gana la oportunidad de repetir esas palabras una vez más—, pero es lo que tienen dentro. Si consigues controlar uno de esos Orbes de los Dragones, puedes usarlo para ordenar a los reptiles que hagan lo que les mandes, o para convocarlos o algo por el estilo.

—¿Cómo funciona? —preguntó el caballero de más graduación.

—El libro no da instrucciones... —contestó el kender, irritado porque le hicieran todas esas preguntas mientras sus amigos se encontraban en peligro. Al ver que Derek fruncía el entrecejo, añadió:— Tengo un amigo que probablemente sabe todo lo relacionado con esos orbes. Es un mago. Se llama Raistlin y podemos preguntarle...

—No —lo cortó Derek—. Nada de eso. ¿Dice el libro algo de dónde están los Orbes de los Dragones?

—Pone que uno se lo llevaron a un sitio llamado Muro de Hielo... —empezó Tas.

—Deberíais daros prisa —los interrumpió Lillith con apremio. Durante todo el tiempo no había dejado de rebullir con nerviosismo y echar vistazos escaleras arriba—. Podemos hablar de eso cuando regreséis. Vuestro amigo el caballero ha sido arrestado y probablemente lo van a asesinar.

—No es un caballero —insistió Derek, que agregó en un tono más comedido—: Pero es un compatriota. Brian, el ken... maese Burrfoot está a tu cargo. —Él y Aran empezaron a subir los peldaños y Tasslehoff esperó a Brian al pie de la escalera.

—Un beso más —le pidió el caballero a Lillith con una sonrisa—. Para que me traiga suerte.

—¡Para que te traiga suerte! —repitió ella, y lo besó antes de añadir melancólicamente:— ¿Alguna vez has encontrado algo que llevabas buscando toda la vida sólo que sabes que lo vas a perder y que quizá no vuelvas a hallarlo jamás?

—¡A mí me pasa todo el tiempo! —exclamó Tasslehoff mientras se acercaba a la pareja—. Una vez encontré aquel anillo tan interesante que era de un hechicero perverso. Me estuvo llevando a saltos de un sitio a otro: primero aquí, luego allí y de nuevo de vuelta a aquí. Me gustaba mucho, pero al parecer lo he extraviado...

Tasslehoff dejó de hablar. Su historia sobre el anillo y el hechicero perverso era tremendamente emocionante, muy interesante y casi toda ella cierta, pero ya no tenía audiencia. Ni Lillith ni Brian le prestaban atención.

Derek llamó a Brian en tono impaciente. El caballero le dio un último beso a la joven, aferró firmemente a Tasslehoff y los dos corrieron escaleras arriba.

Lillith suspiró y volvió con sus libros polvorientos.

*El rescate*  
*Sturm zanja una discusión*

Los caballeros y el kender salieron por la puerta secreta de la biblioteca y se encontraron con una fuerte ventisca, un cambio de tiempo asombroso, pues hacía un día soleado cuando se metieron bajo tierra. Del cielo caían copos grandes y compactos que reducían la visibilidad y hacían de caminar por las calles adoquinadas algo peligroso y resbaladizo. Aunque Marco se había marchado hacía poco, la copiosa nevada ya había borrado sus huellas. Como dijo Tas, era tan intensa que casi ni se veían la nariz, así que se sobresaltaron cuando una figura surgió repentinamente de la cortina blanca.

—Soy yo, Marco —dijo el hombre, que alzó las manos al oír el deslizamiento metálico de acero saliendo de las vainas—. Se me ocurrió que necesitaríais un guía para llegar a la Sala de Justicia.

Derek masculló algo parecido a «gracias» mientras envainaba de nuevo la espada, y el grupo avanzó deprisa a través de la ventisca entre resbalones en el pavimento helado y parpadeos para quitarse los copos de los ojos. Aunque el resto del mundo se había sumido en la quietud y el silencio bajo el manto de nieve, el reducido grupo estaba muy animado porque el kender no dejaba de parlotear.

—¿Alguna vez os habéis fijado que la nieve le da a todo un aspecto completamente diferente? Supongo que por eso es tan fácil perderse en una tormenta. ¿Nos hemos perdido? No recuerdo haber visto ese árbol antes, ese que está completamente encorvado. Creo que nos hemos equivocado al girar en alguna calle...

Por fin llegaron a la esquina de un edificio que el kender reconoció, aunque no por ello cesó el parloteo.

—¡Fijaos en esas gárgolas! ¡Eh, he visto a una moverse! Brian, ¿has visto moverse a esa gárgola de aspecto tan fiero? ¿A que sería emocionante que echara a volar desde ese edificio y se lanzara en picado sobre nosotros y nos arrancara los ojos con las afiladas garras? No es que quiera que me saquen los ojos, cuidado. Me gustan mis ojos. Sin ellos no vería mucho. Oye, Marco, creo que nos hemos perdido otra vez. No recuerdo haber pasado por esa carnicería... Ah, sí, sí que pasé por aquí...

—¿No puedes hacerle callar? —gruñó Derek.

—Sin cortarle la lengua, no —dijo Aran.

Derek pareció plantearse tal posibilidad como una opción factible, pero para entonces —por suerte para Tas— habían llegado a la Sala de Justicia, un edificio de ladrillo, grande y feo. A pesar de la ventisca, delante se había agolpado un gentío y algunos de los reunidos gritaban al detestado solámnico que dejara de escudarse tras el señor de la ciudad y diera la cara.

—Estas gentes nos odian realmente —comentó Derek.

—No puedes reprochárselo —arguyó Marco.

—Fueron los habitantes de Tarsis quienes nos dieron la espalda —replicó el caballero—. Muchos solámnicos murieron en esta ciudad tras el Cataclismo a manos de la turba.

—Fue una tragedia, sí —admitió Marco—. Y una vez que el disturbio acabó algunas de esas personas se sintieron profundamente avergonzadas por lo que habían hecho. Los tarsianos enviaron una delegación a Solamnía con intención de hacer las paces. ¿Sabías eso?

Derek negó con la cabeza.

—Sus propuestas fueron rechazadas. Ni siquiera se les permitió bajar del barco y pisar suelo solámnico. Si los solámnicos hubieran sido indulgentes con los que habían obrado mal con ellos, como establece la Medida que debe hacerse —añadió Marco a la par que miraba de soslayo a Derek—, la vuelta de los caballeros habría sido bien recibida en Tarsis y quizá la ciudad no estaría ahora a punto de sufrir un ataque del ejército de los dragones.

—Gran parte de Solamnía se halla ahora en manos del enemigo —informó Derek.

—Sí, lo sé —contestó Marco—. Mis padres viven en Vingaard. Hace mucho tiempo que no sé nada de ellos.

Los caballeros se quedaron momentáneamente silenciosos.

—Entonces ¿eres de Solamnía? —preguntó después Brian.

—Lo soy. Soy uno de los «Ascetas», como nos llama el kender. —Sonrió a Tasslehoff a través de la nieve—. Me enviaron aquí, junto

con Lillith y varios más, a proteger la biblioteca.

—¡No hay forma humana de que la defendáis! —exclamó Brian de pronto, con un enfado desproporcionado—. De los ejércitos de los dragones, no. La biblioteca está a salvo al hallarse oculta. Lillith y tú deberíais cerrarla y marcharos. Estáis poniendo la vida en peligro por unos cuantos libros.

Se calló, abochornado. No era su intención hablar tan apasionadamente. Todos lo miraban de hito en hito, estupefactos.

Cuando Marco habló lo hizo de forma amable y comprensiva, pero con resolución.

—Olvidas, señor caballero, que nuestro dios está con nosotros. Gilean no nos abandonará a nuestra suerte para que luchemos solos, si es que hay que luchar. Esperad aquí un momento. Acabo de ver a uno de mis colegas e iré a preguntarle cómo marchan las cosas.

Avanzó a buen paso bajo la nieve para hablar con un hombre que acababa de salir de la Sala de Justicia. Tras una breve conferencia, Marco regresó apresuradamente.

—Van a llevar a prisión a vuestros amigos...

—Espero que sea una cárcel agradable —dijo Tasslehoff sin dirigirse a nadie en particular—. Hay algunas que lo son y otras que no. Nunca he estado encarcelado en Tarsis, así que no tengo ni idea de...

—¡Cierra el pico, Burrfoot! —ordenó Derek en tono perentorio—. ¡Aran, guarda ya esa petaca!

Tasslehoff abrió la boca para decirle cuatro frescas al caballero, pero se tragó un enorme montón de copos de nieve y estuvo tosiendo los siguientes segundos para quitárselos de la garganta.

—El alguacil no correrá el riesgo de sacarlos por aquí estando presente esta turba —siguió Marco—. Sobre todo después de lo que ocurrió cuando fue a arrestarlos. Al parecer van a sacarlos por el callejón que hay en la parte posterior.

—Por una vez la suerte se pone de nuestra parte —dijo Derek.

—Nada de suerte —lo contradijo Marco en tono serio—. Gilean está de nuestra parte. ¡Por aquí, daos prisa!

—A lo mejor fue también Gilean el que atragantó al kender —sugirió Aran. El caballero había guardado la petaca debajo del cinturón y le daba palmaditas en la espalda a Tas, que no dejaba de toser.

—Si lo hizo, no dudaría en convertirme en su discípulo —manifestó Derek.

Marco los condujo alrededor de la Sala de Justicia hacia un callejón que había detrás del edificio. Como si la tormenta se divirtiera gastando bromas, dejó de nevar y el sol resplandeció en la nieve recién caída. Entonces pasaron más nubes por el cielo, rápidamente, y el sol empezó a jugar al escondite asomándose y escondiéndose entre nevisca y nevisca, de manera que en cierto momento el sol brillaba radiante y al siguiente volvía a nevar.

La sombra proyectada por el edificio dejaba el callejón casi a oscuras. Justo cuando entraban en él, Brian vio dos figuras con capa y embozo apartarse de la pared al otro extremo del callejón y marcharse en dirección contraria.

—¡Mirad allí! —señaló.

—Draconianos —dijo Aran, que aprovechó para echar un trago cuando Derek no miraba—. Van vestidos exactamente igual que los que nos pararon en el puente.

—¿Creéis que nos han visto?

—Lo dudo. Estamos en la penumbra. No me habría fijado en ellos si no hubiesen salido al sol. Me pregunto por qué iban tan deprisa...

—¡Chist! ¡Creo que van a salir! —advirtió Marco. Se abrió una puerta y les llegó el sonido de unas voces.

—Ocupate del kender —le dijo Derek a Marco.

Tasslehoff quiso insistir en que necesitarían su ayuda en el inminente enfrentamiento, pero el Esteta le tapó la boca con la mano y ahí acabó su intento.

El alguacil salió de la Sala de Justicia. Conducía a cinco prisioneros, y uno de ellos, para asombro del grupo que acechaba, era una mujer. Tres guardias marchaban junto a los cautivos. Brian reconoció a Sturm, que caminaba cerca de la mujer con aire protector; y se lo habían descrito bien. Efectivamente, Sturm llevaba puesto un peto que tenía cincelados la rosa y el martín pescador, símbolos de la caballería.

Dijera lo que dijese Derek sobre Sturm Brightblade, a Brian ese hombre siempre le había parecido la personificación de un caballero solámnico —gallardo, valeroso y noble—, lo que chocaba de frente con la idea de que Sturm hubiese hecho algo tan deshonesto como mentir respecto a que era un caballero y ponerse una armadura que no le correspondía vestir.

Brian desenvainó la espada sacándola de la funda despacio y silenciosamente. Sus compañeros tenían sus armas empuñadas. Por su parte, Marco retrocedió con el amordazado kender más hacia las sombras.

La puerta se cerró sonoramente detrás de los prisioneros. El alguacil los condujo callejón adelante. Brian vio que Sturm intercambiaba una mirada con otro de los prisioneros y supuso que iban a intentar escapar.

—Yo me encargo del alguacil —dijo Derek—. Vosotros ocupaos de los otros guardias.

El alguacil oía las voces de la turba delante de la fachada del edificio, pero creía que estaban a salvo en el callejón. No esperaba problemas y, en consecuencia, no estaba demasiado alerta. Lo que le hizo comprender que pasaba algo fue un brillo de acero. Al ver que tres figuras embozadas corrían hacia él, se llevó el silbato a los labios para dar la alarma. Derek le atizó en la cabeza con la empuñadura de la espada y lo dejó inconsciente antes de que tuviera tiempo de pedir ayuda. Aran y Brian amenazaron a los tres guardias con las espadas y los soldados echaron a correr callejón abajo.

Los caballeros se volvieron hacia los prisioneros, que parpadeaban sorprendidos por el inesperado rescate.

—¿Quiénes sois? —demandó el semielfo.

Brian lo miró con curiosidad. Era alto y musculoso, vestía ropas hechas con cuero y pieles y llevaba barba, tal vez para disimular sus rasgos elfos, aunque no destacaban mucho, ya que Brian no era capaz de distinguirlos, a excepción de las orejas puntiagudas. Aparentaba unos treinta y tantos años, pero la expresión de sus ojos era la de alguien que lleva mucho tiempo en el mundo, alguien que conoce las

penas y las alegrías de la vida. Naturalmente, merced a su parte de ascendencia elfa tendría más longevidad que un humano. Brian se preguntó cuántos años tendría realmente.

—¿Hemos escapado de un peligro para enfrentarnos a otro mayor? —demandó el semielfo—. ¡Mostrad el rostro!

Hasta ese momento Brian no cayó en la cuenta de que debían de tener más aspecto de asesinos que de rescatadores. Se bajó el tapabocas rápidamente y se volvió hacia Sturm para hablarle.

—*Oth Tsarthon e Paran*. —«Nuestro encuentro es amistoso», significaba en solámnico.

Sturm se había puesto delante de la mujer prisionera interponiendo el cuerpo como un escudo entre ella y cualquier amenaza. La mujer se cubría con numerosos velos y llevaba encima una capa de tela gruesa, así que a Brian le resultó imposible sacar una impresión clara de ella. Se movía con exquisita gracilidad, y su mano, apoyada en el brazo de Sturm, tenía la extraordinaria delicadeza y la exquisita blancura del alabastro.

Sturm dio un respingo de sorpresa al reconocer al solámnico.

—*Est Tsarhai en Paranaith* —contestó; o, lo que es lo mismo: «Mis compañeros son vuestros amigos.» Luego añadió en Común—: Estos hombres son Caballeros de Solamnia.

Ambos, el semielfo y el enano, los observaron con desconfianza.

—¡Caballeros! ¿Y por qué...?

—No disponemos de tiempo para dar explicaciones, Sturm Brightblade —dijo Derek, que habló en Común dando por supuesto que los otros no hablaban solámnico—. Los soldados no tardarán en volver. Venid.

—¡No tan rápido! —se opuso el enano.

A juzgar por las canas que poblaban la larga barba, era un enano de edad avanzada. Y como casi todos los enanos a los que había tratado Brian, era irascible, obcecado y tozudo. Se apropió de una de las alabardas que los guardias habían dejado caer cuando huían y, aferrándola firmemente con las manos, grandes y fuertes, golpeó el astil contra la rodilla doblada y lo partió de manera que le resultara más fácil manejar el arma.

—O encontraréis tiempo para darnos explicaciones o no voy con vosotros —les dijo el enano—. ¿Cómo sabíais el nombre del caballero y por dónde pasaríamos para estar esperándonos...?

Para entonces, Tasslehoff se las había ingeniado para soltarse de la mano de Marco y escaparse.

—¡Será mejor que lo atraveséis con la espada! —gritó alegremente el kender—. Dejad el cuerpo como carroña para los cuervos. Aunque eso no quiere decir que se lo coman; hay pocas cosas en este mundo con tragaderas para digerir un enano...

El semielfo dejó de estar tenso y sonrió. Se volvió hacia el enano, que tenía el rostro congestionado por la rabia.

—¿Satisfecho? —le preguntó.

—Algún día mataré a ese kender —farfulló el enano. Durante el intercambio de frases Sturm había estado mirando duramente a Derek, que se había retirado el tapabocas.

—Brightblade —lo saludó Derek con frialdad.

Sturm apretó los labios, torvo el gesto, y llevó la mano a la empuñadura de la espada. Barruntando problemas, Brian se puso en tensión, pero entonces Sturm observó a los que iban con él, sobre todo a la mujer con el rostro velado. Era fácil adivinar lo que pensaba Sturm. De haberse hallado solo, habría rechazado cualquier ayuda del hombre que había insultado públicamente a su familia y a él.

—Milord —contestó al saludo Sturm en un tono igualmente frío y sin inclinar la cabeza. Si cualquiera de los dos pensaba añadir algo más, se lo impidió el sonido de silbatos y gritos que se iban acercando.

—¡La guardia! ¡Por aquí! —gritó Marco.

Los amigos de Sturm lo miraron y el caballero asintió con la cabeza. Marco los condujo por un laberinto de callejuelas y pasadizos que giraban y zigzagueaban como serpientes borrachas. Pusieron tierra por medio y en seguida dejaron atrás a la guardia. El sonido de los silbatos se perdió en la distancia y, juzgando que estaban a salvo de los perseguidores, aflojaron la marcha y se mezclaron con la gente que había en las calles.

—¿Te alegras de que te haya rescatado, Flint? —preguntó Tasslehoff mientras caminaba al lado del enano enfurruñado.

—No —replicó con malos modos—. Y tú no me has rescatado, cabeza de chorlito. Fueron estos caballeros. —A regañadientes, dirigió una mirada de agradecimiento a Brian, que no se apartaba del kender.

Tasslehoff sonrió y le guiñó un ojo a Brian con gesto cómplice.

—¡Buena alabarda te has agenciado, Flint! —dijo luego.

El enano había estado a punto de deshacerse del arma rota, pero la cuchufleta del kender lo impulsó a asirla con firmeza.

—Puede que me haga falta. Y, además, no es una alabarda, sino una albarrana.

—¡No, no lo es! —Tasslehoff sofocó una risita—. Una albarrana es una torre de defensa, una atalaya. Una alabarda es un arma.

Flint resopló con desdén.

—Qué sabrás tú de armas. —Sacudió la alabarda hacia el kender, que se había quedado atrás por el ataque de risa que le había dado—. ¡Esto es una albarrana!

—¡Oh, claro! ¡Como el yelmo que llevas, que tiene la melena de un grifo! ¡Todos sabemos que es crin de caballo! —replicó Tasslehoff.

Flint ya tenía la cara congestionada y resollaba a causa de la carrera, pero ante aquella acusación la cara se le puso purpúrea. Alzó la mano hacia el penacho blanco que colgaba de la cimera de su yelmo.

—¡No lo es! ¡El pelo de caballo me hace estornudar! ¡Esto es melena de grifo!

—¡Pero si los grifos no tienen melena! —protestó Tasslehoff mientras corría para alcanzar al enano; los saquillos, al rebotarle contra el cuerpo, iban desparramando su contenido—. Los grifos tienen cabeza de águila y cuerpo de león, no al contrario. Lo mismo que eso es una alabarda, no una albarrana...

—¿Es o no es esto una albarrana? —inquirió Flint mientras ponía el arma prácticamente en la nariz de Sturm.

—Eso es lo que los caballeros conocemos como una alabarda —contestó Sturm, que se apartó ligeramente de la mujer misteriosa que seguía agarrada a su brazo.

Tasslehoff soltó un alegre grito triunfal.

—Sin embargo —añadió diplomáticamente Sturm al ver la expresión mortificada de Flint—, creo que los enanos theiwars usan una palabra para denominar la alabarda que tiene una pronunciación parecida a «albarrana». Quizá era ésa a la que te referías, Flint.

—¡Exacto! —corroboró Flint, reafirmada su dignidad—. Yo... eh... No recuerdo exactamente la palabra correcta en este momento, porque no hablo theiwar con fluidez, pero el sonido es muy semejante, y me refería precisamente a ésa.

Tasslehoff esbozó una sonrisita que parecía anunciar un comentario inminente, pero el semielfo, que intercambiaba una sonrisa cómplice con Sturm, puso fin a la discusión al agarrar al kender y llevarlo en volandas hacia la parte delantera del grupo con tanta rapidez que las botas de Tas pasaron rozando la capa de nieve como si se deslizaran sobre ella.

Brian estaba impresionado por el compañerismo en aquel grupo de amigos tan dispares. Y más que impresionado con Sturm, que sin dejar de cuidar de la mujer que había tomado bajo su protección y por la que se notaba claramente que estaba preocupado, había tenido la paciencia de zanjar la disputa entre el kender y el enano a la vez que se las arreglaba para conseguir que este último conservara su dignidad.

Como si supiera lo que Brian estaba pensando, Sturm lo miró a los ojos y esbozó una sonrisa mientras hacía un leve gesto encogiéndose de hombros.

Evitando las vías principales, siguieron avanzando por las calles. Tanis Semielfo no soltó al kender en ningún momento. Tas se retorció y suplicaba algo con su vocecilla de timbre agudo. Fuera lo que fuese, saltaba a la vista que Tanis no pensaba ceder.

Llegaban a la plaza del mercado y allí tendrían que abandonar las calles y salir a descubierto, ya que debían tomar la avenida principal que conducía a la biblioteca. Cabía la posibilidad de que unos pocos guardias los estuvieran buscando en la plaza, pero localizar a un puñado de personas entre la multitud de compradores no iba a resultarles fácil, además de ser evidente que los guardias no estaban en absoluto interesados en capturar a los prisioneros fugados.

Brian recordó que Lillith había dicho que algo no iba bien en esa ciudad. Al parecer, los guardias pensaban lo mismo, porque se los notaba serios y taciturnos. La gente común y corriente seguía ocupándose de sus asuntos, pero ahora que se fijaba advirtió que se reunía en grupos para hablar en voz baja y de vez en cuando echaban miradas nerviosas hacia atrás. Sturm y los demás mantenían la cabeza agachada y evitaban hacer cualquier cosa que llamara la atención. Brian comprendió que ya se habían encontrado en situaciones difíciles como la de ahora. El semielfo se las había ingeniado incluso para tener callado al kender.

Cruzaron el mercado sin incidentes y por fin salieron a la calzada que llevaba a la parte antigua de la ciudad y a la biblioteca. Allí Tanis mandó hacer un alto. Con el kender a remolque se acercó a hablar con los caballeros.

—Os agradezco la ayuda, caballeros —dijo—. Aquí nos separamos. Tenemos amigos en la posada El Dragón Rojo que no saben lo que ha pasado...

—¡No podéis iros, Tanis! —gritó Tasslehoff—. ¡Te lo llevo diciendo todo el rato! Debéis venir a la biblioteca para que veáis lo que he descubierto. ¡Es muy, muy importante!

—Tas, no hace falta que vea otra rana momificada —repuso el semielfo con impaciencia—. Tenemos que regresar para decirle a Laurana...

—Oh, claro, para decirle a Laurana —repitió el kender, que sofocó a medias una risa.

—Y a Raistlin, Caramon y los demás que estamos a salvo —continuó Tanis—. Cuando nos separamos de ellos nos llevaban detenidos y estarán preocupados. —Tendió la mano—. Sir Derek, gracias por...

Tas aprovechó la distracción de su amigo para dar un tirón y un salto con los que se escabulló de Tanis. Derek hizo un amago de atraparlo, pero falló, y Tas echó a correr callejón abajo.

—¡Os veré en la biblioteca! —gritó Tas con la cabeza vuelta hacia atrás y agitando la mano—. ¡Los caballeros saben dónde!

—Iré por él —se ofreció Flint a pesar de que estaba inclinado hacia delante, con las manos en las rodillas, por falta de resuello. Parecía que respiraba con dificultad.

—¡No! Ya nos hemos dividido en dos grupos —dijo Tanis—. No quiero que ahora nos separemos en tres. Seguiremos juntos.

Marco se ofreció para ir tras el kender y salió en su persecución.

—Por mí, el kender puede irse con viento fresco —manifestó Flint.

—En realidad ha hallado algo de suma importancia —informó Derek—. Creo que deberíais venir para verlo.

Brian y Aran intercambiaron una mirada de sobresalto.

—¿Qué haces? —preguntó Aran a Derek, a quien había llevado a un lado para hacer un aparte—. Creía que lo del Orbe del Dragón era un secreto.

—Voy a necesitar la cooperación del kender —explicó el otro caballero en voz baja—. Quiero llevármelo con nosotros al Muro de Hielo...

—¡No lo dirás en serio! —exclamó Aran, espantado.

—Yo no bromeo nunca —fue la seca respuesta de Derek—. Es el único que nos puede traducir esa escritura mágica. Nos va a hacer falta.

—No querrá venir —intervino Brian—. No abandonará a sus amigos.

—Entonces Brightblade tendrá que persuadirlo, o, mejor aún, le ordenaré a Brightblade que nos acompañe.

—No es un caballero, Derek, como no dejas de recordarnos cada dos por tres —repuso Brian—. No tiene que obedecer tus órdenes.

—Lo hará, a menos que quiera que les cuente a sus amigos la verdad —comentó Derek con acritud—. Puede ser útil en el viaje ocupándose de los caballos y del kender.

Habían hablado en voz baja todo el tiempo, pero Sturm debió de oír que mencionaban su nombre porque desvió la vista hacia ellos y se encontró con la mirada desaprobadora de Derek clavada en su peto. Sturm enrojeció y después se volvió.

«*No lo hagas, Derek* —suplicó Brian para sus adentros—. *Déjalo estar. Deja que sigan su camino y sigamos nosotros el nuestro.*»

Tenía la incómoda sensación de que no iba a ser así.

—Ven aquí, Brightblade —llamó Derek de un modo que parecía una orden.

El semielfo y el enano intercambiaron una mirada inquieta y los dos miraron a Sturm, que no había oído a Derek porque en ese momento hablaba en voz baja y con timbre tranquilizador a la mujer del rostro velado.

—Esto no va a acabar bien, acuérdate de lo que te digo —pronosticó el enano—. ¡Y todo por culpa de ese kender botarate!

El semielfo, taciturno, suspiró hondo y asintió con la cabeza.

—¡Y eso que no saben la mitad de la mitad! —masculló Aran.

Sacó la petaca, la alzó y descubrió que estaba vacía. La sacudió, pero no salió ni una gota.

—Magnífico —rezongó—. Ahora tendré que aguantar a Derek estando sobrio.

*Un último beso  
Sangre y fuego*

Los caballeros y sus recién descubiertos compañeros llegaron a la biblioteca sin incidentes. Marco había vuelto para informarles de que Tas se encontraba sano y salvo en la biblioteca, recreando a Lillith con el relato de la lucha que habían sostenido con seiscientos soldados de la guardia de Tarsis, además de un gigante errabundo que pasaba por allí.

—Brian —dijo Derek antes de entrar en la biblioteca—, ve a buscar a Brightblade y dile que quiero hablar con él.

Brian suspiró profundamente, pero hizo lo que le mandaba. Sturm Brightblade pertenecía a una familia respetable y contaba con el respaldo de lord Gunthar, que era un viejo y querido amigo de la familia. Cuando Sturm pidió ser aceptado como aspirante a caballero, lord Gunthar había apoyado al joven. Fue Derek quien se opuso a la nominación de Sturm a entrar en la caballería basándose en varias razones: No se había criado en Solamnia; lo había educado su madre y su padre había estado ausente durante los años de aprendizaje; no había recibido una educación adecuada; no había servido como escudero a un caballero; y, lo que estaba más en su contra, la insinuación de Derek de que la paternidad de Angriff estaba en tela de juicio.

Afortunadamente, Sturm no se hallaba presente y no oyó todo lo que Derek dijo sobre él y su familia. De haberlo oído, se habría producido un derramamiento de sangre en el salón del consejo. Así las cosas, lord Gunthar había respondido a los cargos con vehemencia a favor de su joven amigo, pero los cargos de Derek habían tenido suficiente peso para dar al traste con la candidatura de Sturm.

Corrió el rumor de que cuando llegó a oídos de Sturm lo que Derek había dicho, el joven había intentado desafiar a Derek en un duelo de honor.

Eso, sin embargo, había sido imposible. Un simple don nadie como Sturm Brightblade no podía retar a un Caballero de la Rosa a un combate a muerte. Sintiéndose desprestigiado, Sturm decidió marcharse de Solamnia. Lord Gunthar había hablado con él para persuadirlo de que se quedara, pero había sido en vano. Gunthar le urgió a esperar un año y entonces se podría someter su nombre a consideración otra vez; entretanto, Sturm podía dedicarse a refutar los cargos de Derek. El joven se negó. Abandonó Solamnia al poco tiempo llevándose consigo su herencia: la espada y la armadura de su padre. Parte de esta última era la que ahora llevaba puesta aunque no tuviera derecho a ello.

Dos hombres orgullosos y tercios, pensó Brian; y los dos culpables.

—Tenemos que hablar contigo, Sturm —dijo Brian—. En privado. Quizá a la dama le gustaría descansar un rato —concluyó desmañadamente.

Sturm escoltó a la mujer velada a un banco de piedra que había cerca de lo que antaño había sido una fuente de mármol. En un gesto galante, lo limpió de nieve, se quitó la capa y la extendió sobre el banco antes de ayudar a la dama a sentarse. El elfo, que se llamaba Gilthanas, no había dicho una sola palabra en todo ese tiempo. Se sentó junto a la mujer con actitud protectora. Tanis estaba inquieto y miraba a su alrededor. Asintió con la cabeza en un gesto de aquiescencia cuando Sturm le informó que iba a hablar con sus amigos.

Derek los condujo hasta un sitio donde podrían hablar a solas sin que los oyeran. Brian, que tenía la terrible sensación de saber lo que se avecinaba, buscó la ocasión de tener una corta charla con Sturm, y lo retuvo por el brazo cuando su amigo se disponía a seguir a Derek.

—Sólo quería decirte que lamento lo que te ocurrió... Me refiero a lo de tu petición de ingreso en la caballería. Derek es mi amigo y no hay otro hombre a quien aprecie y respete más —Brian esbozó una sonrisa pesadosa—, pero a veces se comporta como un cretino.

Sturm no dijo nada y mantuvo la vista clavada en el suelo. La cólera le ensombrecía el semblante.

»Todos hemos cometido errores —continuó Brian—. Si Derek se despojara alguna vez de esa coraza, descubriríamos que debajo hay un ser humano, pero es incapaz de quitársela, Sturm. No está en su forma de ser. Espera la perfección en todo el mundo, sobre todo en sí mismo.

Aquello pareció aplacar un poco a Sturm. Su gesto ceñudo se suavizó.

»Cuando los ejércitos de los dragones invadieron el castillo de Crownward —prosiguió Brian—, un dragón mató a su hermano pequeño, Edwin. Es decir, suponemos que está muerto. —Hizo una pausa mientras evocaba aquellos momentos horribles y luego susurró:— Esperamos que lo esté. La esposa y el hijo de Derek han tenido que ir a vivir con el padre de ella porque no puede proporcionales una casa donde cobijarse. ¿Cómo tiene que sentirse un hombre en esa situación, sobre todo uno tan orgulloso como Derek? No le queda nada excepto la caballería, esta misión —Brian suspiró— y su orgullo. Ten esto presente, Sturm, y perdónalo si puedes.

Dicho esto, Brian se apartó de Sturm porque Derek era capaz de sospechar que había dicho a saber qué. Sturm seguía silencioso, envarado y ceremonioso cuando se reunió con Derek. Aran, atisbando por encima del yelmo de Derek, miró a Brian y enarcó las cejas en una pregunta muda. El otro caballero negó con la cabeza. No tenía ni idea de lo que se proponía hacer Derek.

—Brightblade —empezó bruscamente Derek—, hemos tenido nuestras diferencias en el pasado...

Sturm apretó los puños y el cuerpo le tembló. No dijo nada, pero asintió con un cabeceo.

—Te recuerdo que, según la Medida, en tiempos de guerra cualquier animosidad personal debe dejarse a un lado. Yo estoy dispuesto a hacerlo si tú lo estás —añadió—. Te lo demostraré haciéndote partícipe de nuestro secreto. Voy a revelarte la naturaleza de nuestra misión.

Brian se quedó estupefacto cuando, de repente, comprendió lo que estaba haciendo Derek. Se puso tan furioso que tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse unas palabras muy duras: Derek se mostraba conciliador con Sturm porque necesitaba al kender.

Sturm vaciló y después exhaló un sonoro suspiro, como si soltara una gran carga.

—Tu confianza me honra, milord —dijo en voz queda.

—Tienes permiso para contarles a tus amigos nuestra misión, pero esto no debe salir del grupo —advirtió Derek.

—Lo comprendo. Respondo por su honor como del mío propio.

Teniendo en cuenta que se estaba refiriendo a gente extraña, tales como enanos y semielfos, Derek enarcó una ceja al oír su respuesta, pero lo dejó pasar. Necesitaba al kender. Iba a entrar en materia cuando Aran se lo impidió al hacer una pregunta.

—¿Es cierto que matasteis al Señor del Dragón en Pax Tharkas? —Se notaba interés en la voz del caballero.

—Mis amigos y yo tomamos parte en una revuelta de esclavos en las minas, con el resultado de la muerte del Señor del Dragón —contestó Sturm.

—No es menester que seas modesto, Brightblade. Debes de haber hecho algo más que tomar parte para que tu nombre encabece la lista de recompensas por la muerte del Señor del Dragón. —Aran estaba impresionado.

—¿Que la encabeza? —preguntó Sturm, sobresaltado.

—Así es. Tu nombre y el de tus compañeros. Enséñaselo, Brian.

—Eso podremos hacerlo en otro momento. Ahora tenemos asuntos más importantes que tratar —intervino Derek, que asestó una mirada iracunda a Aran—. El Consejo de Caballeros nos ha encomendado la búsqueda de un valioso artefacto llamado Orbe de los Dragones y que lo llevemos a Sancrist. Nos han llegado rumores de que ese orbe podría hallarse en el glaciar, y hemos hecho un alto aquí, en la antigua biblioteca, a fin de conseguir más información. El kender nos ha prestado una ayuda muy valiosa en ese sentido.

Sturm se atusó el bigote en un gesto turbado, incómodo.

—No me gusta hablar mal de nadie, milores, sobre todo de Tasslehoff, al que conozco hace muchos años y considero un amigo...

Derek frunció el entrecejo ante la idea de que alguien considerara amigo a un kender, pero, por suerte, Sturm no reparó en su gesto.

—Sin embargo, deberíais tener presente que Tas, aun siendo una persona generosa y afable, a veces se... inventa cosas...

—Si lo que intentas decir es que el kender es un pequeño mentiroso, soy consciente de ello —lo interrumpió Derek, impaciente—. Pero el kender no miente en esto. Tenemos pruebas de la veracidad de sus afirmaciones. Creo que tú y tus amigos deberíais comprobarlo por vosotros mismos.

—Si Tasslehoff ha podido seros útil, me alegro. Estoy seguro de que Tanis querrá hablar con él —añadió Sturm con ironía—. Bien, si no hay nada más que comentar...

—Sólo una cosa... ¿Quién es la mujer del velo? —inquirió Brian con curiosidad al tiempo que echaba un vistazo hacia atrás.

La mujer seguía sentada en un banco y hablaba con el elfo y con el semielfo. El enano paseaba cerca con ruidosas zancadas.

—Es lady Alhana, hija del rey de Silvanesti —contestó Sturm. Los ojos le brillaron con afecto al posarse en ella.

—¡Silvanesti! —repitió Aran, sorprendido—. Está muy lejos de casa. ¿Qué hace una elfa silvanesti en Tarsis?

—El brazo de la Reina Oscura es largo —dijo seriamente Sturm—. Los ejércitos de los dragones están a punto de invadir su patria. La dama ha arriesgado la vida al viajar a Tarsis para buscar mercenarios que ayuden a los silvanestis a rechazar al enemigo. Por eso la arrestaron. Los mercenarios no están bien vistos en esta ciudad, y tampoco los que los contratan.

—¿Estás diciendo que los ejércitos de los dragones han llegado tan al sur que amenazan con invadir Silvanesti? —preguntó Brian, atónito.

—Eso parece —contestó Sturm. Miró a Derek y dijo con pesar:

»He oído que la guerra ha llegado también a Solamnia.

—El castillo de Crownward cayó en manos de los ejércitos de los dragones, al igual que Vingaard —respondió Derek, impasible—. Como también todas las regiones orientales del país. Palanthas aguanta todavía, así como la Torre del Sumo Sacerdote, pero esos diablos podrían lanzar un ataque en cualquier momento.

—Lo lamento, milord —manifestó Sturm, vehemente. Por primera vez miró a Derek a los ojos—. Lo siento muchísimo.

—No necesitamos compasión. Lo que necesitamos es el poder necesario para expulsar a esos carniceros de nuestra patria —replicó secamente Derek—. De ahí que sea tan importante ese Orbe de los Dragones. Según el kender, confiere a quien lo domina la capacidad de controlar a los reptiles.

—Si tal cosa es cierta, en verdad sería una gran noticia para todos los que luchamos por la libertad —afirmó Sturm—. Iré a informar



a mis amigos.

Se alejó para hablar con el semielfo.

—Bien, supongo que tendremos que ser corteses con esa gente —dijo Derek, hosco. Preparándose para afrontarlo, fue a reunirse con Sturm. Aran lo siguió con la mirada.

—Sabes lo que está haciendo, ¿verdad, Brian? Es amable con Brightblade para que nos ayude a conservar al kender. De otro modo, Derek no le habría dado ni los buenos días.

—Tal vez —admitió Brian—. Aunque, para ser justos, creo sinceramente que Derek no se plantea esto así. En su mente lo está haciendo por Solammia.

Aran se dio tirones del bigote.

—Eres un buen amigo para él, Brian. Ojalá te mereciera. —Hizo ademán de coger la petaca de licor, pero recordó que estaba vacía y, con un suspiro, fue a presentarse a los patéticos amigos de Sturm.

Resultó que uno de ellos no lo era tanto, ni siquiera para Derek, que no vio mermada su dignidad por ser presentado a lady Alhana Starbreeze. Hacía muchos siglos que a los solámnicos no los gobernaba un rey, pero los caballeros seguían siendo respetuosos con la realeza, que los fascinaba, sobre todo tratándose de una representante tan incomparablemente bella como Alhana Starbreeze.

Se dirigieron a la biblioteca, en la que encontraron al kender enfrascado en hacer un examen concienzudo de los libros con sus anteojos mágicos. El semielfo, al que se lo habían presentado como Tanis Semielfo, se mostró severo con Tas por escaparse, pero finalmente se aplacó cuando quedó claro que el kender realmente sabía leer los textos mágicos y no se lo estaba inventando.

Mientras los caballeros, el kender y sus amigos charlaban, Brian se escabulló para buscar a Lillith. A su regreso se había sentido desilusionado al enterarse de que la joven había salido a ocuparse de algún quehacer. Regresó a la entrada de la biblioteca y encontró a Marco al pie de la escalera, echando miradas nerviosas hacia arriba.

—Flota algo raro en el aire —comentó—. ¿No lo notas?

Brian recordó que Aran había dicho lo mismo hacía poco y, ahora que Marco le había llamado la atención sobre ello, se sintió inquieto y se le puso carne de gallina. O, en palabras de Aran, «como si alguien hubiera caminado sobre su tumba».

—¿Y Lillith? —preguntó Brian.

—Está en nuestra capilla, rezando —respondió Marco, e indicó un cuarto que había a un lado de la entrada principal. Otra puerta, señalada con el símbolo del libro y la balanza, estaba entreabierta.

Aquello fue una sorpresa para Brian, que no supo qué hacer.

—Es que... quizá tengamos que marcharnos en seguida... Me gustaría verla...

—Puedes entrar —le dijo Marco con una sonrisa.

—No querría interrumpir...

—No pasa nada.

Brian vaciló. Después se encaminó hacia la puerta y la empujó con suavidad.

La capilla era bastante pequeña, con capacidad para unas pocas personas. Al fondo estaba el altar. Sobre el mismo descansaba un libro abierto, al lado de una balanza en perfecto equilibrio, de forma que los dos brazos se mantenían en horizontal. Lillith no estaba arrodillada, como Brian había esperado encontrarla, sino sentada con las piernas cruzadas frente al altar, relajada y muy a gusto. Hablaba en voz baja, pero no daba la impresión de que rezara, sino que hablara con su dios, ya que a veces ponía énfasis a algún comentario con un gesto.

Brian abrió la puerta un poco más con el propósito de entrar y quedarse detrás, pero los goznes chirriaron. Lillith se volvió y le sonrió.

—Lo siento —se disculpó él—. No quería molestarte.

—Gilean y yo charlábamos un poco, nada más.

—Hablas de él como si fuese un amigo.

—Lo es —contestó Lillith mientras se incorporaba. Le dedicó una sonrisa con hoyuelos.

—Pero es un dios. Al menos tú crees que lo es —argumentó Brian.

—Lo respeto y lo venero como a un dios —explicó la joven—, pero cuando acudo a él, hace que me sienta tan bien recibida como si visitara a un amigo.

Brian echó un vistazo al altar mientras trataba de discurrir una forma de cambiar el tema de conversación, cosa que hizo que se sintiera incómodo. Miró el libro, imaginando que sería alguna clase de texto sagrado.

—¡Pero si las páginas están en blanco! ¿Por qué? —preguntó sin salir de su asombro.

—Para recordarnos que nuestra vida está hecha de páginas en blanco que esperan que las llenemos —contestó Lillith—. El libro de la vida se abre cuando nacemos y se cierra con nuestra muerte. Escribimos en él constantemente, pero por mucho que escribamos, por mucho que reflejemos en él las alegrías y las penas que experimentamos o las equivocaciones que cometemos, cada vez que volvemos una página, la del día siguiente siempre está en blanco.

—A algunas personas podría parecerles una perspectiva amedrentadora —comentó el caballero en tono sombrío a la par que contemplaba la página, tan absoluta y descarnadamente vacía.

—A mí me parece rebosante de esperanza —dijo Lillith, que se acercó más a él.

Brian la tomó de las manos y las estrechó entre las suyas.

—Sé lo que escribiré en la página de mañana. Quiero reflejar en ella mi amor por ti.

—Entonces, escribámoslo en la de hoy —susurró la joven—. No esperaremos a mañana.

En el altar había un tintero pequeño de cristal tallado y, al lado, una pluma. Lillith mojó la punta en el tintero y después, medio en serio medio en broma, dibujó un corazón en la página, como lo haría un niño, y dentro escribió el nombre de Brian.

El caballero tomó la pluma e iba a escribir el nombre de ella cuando lo interrumpió la llamada de un cuerno que sonaba fuera de la biblioteca. Aunque los cuernos sonaban lejos, muy lejos, los identificó. Se le hizo un nudo en el estómago y el corazón le latió con fuerza. La mano le tembló y dejó caer la pluma con la que había empezado a escribir.

Se dirigió a la puerta.

—¿Qué es ese ruido espantoso? —jadeó Lillith.

El estruendoso sonido sonaba cada vez más alto. El disonante y destemplado toque hizo que la joven torciera el gesto.

—¿Qué es? —inquirió en tono apremiante—. ¿Qué significa?

—Los ejércitos de los dragones. —Brian procuró conservar la calma para no asustarla—. Temíamos que esto ocurriera. Atacan Tarsis.

Lillith y él se miraron. Había llegado el momento de separarse, para cumplir ambos con su deber. Se hicieron el regalo de un preciado momento, un momento en el que aferrarse uno al otro, un momento para memorizar el rostro amado, un momento al que ambos se asirían en la inminente oscuridad. Después se soltaron las manos y fueron hacia la puerta.

—Marco —llamó Lillith mientras salía corriendo de la capilla—. ¡Reúne a los Estetas! ¡Que vengan aquí!

—¡Derek! —gritó Brian—. ¡Los ejércitos de los dragones! ¡Voy a salir para echar un vistazo!

Estaba a punto de echar a correr escaleras arriba cuando oyó voces que se alzaban dentro de la biblioteca. Brian gimió para sus adentros. No era difícil imaginar lo que pasaba. Se dio media vuelta y avanzó entre las estanterías lo más deprisa posible con la esperanza de evitar una disputa.

—¿Adónde vas, kender? —oyó gritar a Derek.

—¡Con Tanis! —replicó Tas a voces; por el tono se advertía que la pregunta le había sorprendido—. ¡Vosotros sois caballeros y os las podéis arreglar bien sin mí, pero mis amigos me necesitan!

—Os ofrecemos nuestra protección, semielfo —decía Derek cuando Brian llegó donde estaba el grupo—. ¿Es que la rechazas?

—Te lo agradezco, señor, pero como te he dicho, no podemos ir con vosotros. Tenemos amigos en El Dragón Rojo y hemos de reunirnos con ellos...

—Sturm, ven con el kender y con nosotros —ordenó Derek.

—No puedo, señor —contestó Sturm, que apoyó la mano en el brazo del semielfo—. Él es mi jefe y mi lealtad está con mis amigos.

A Derek le indignó que Sturm Brightblade, un solámnico, tuviera la osadía de no obedecer la orden de un caballero que era su superior por nacimiento y, por si fuera poco tal injuria, la agravaba con el insulto de declarar orgullosamente que acataba las órdenes de un elfo mestizo.

Tanis se dio cuenta e iba a decir algo, quizá con intención de aplacar la ira del caballero, pero Derek se le adelantó.

—Si ésa es tu decisión, no puedo impedírtelo —dijo con frialdad—. Pero esto será otro punto en tu contra, Sturm Brightblade. Recuerda que aún no eres un caballero. Todavía no. Ruega para que cuando se debata la cuestión de tu investidura ante el Consejo yo no me encuentre allí.

El rostro de Sturm se tornó intensamente pálido. Desvió la mirada, que rebotaba remordimiento, hacia Tanis. El semielfo trató de disimular la inmensa sorpresa, aunque sin éxito.

—¿Qué ha dicho? —demandó el enano—. ¿Que el caballero no es un caballero?

—Déjalo ya, Flint —musitó Tanis—. No tiene importancia.

—¡Vaya, pues claro que la tiene! —Flint sacudió el puño delante de Derek—. ¡Nos alegramos de que no sea uno de vosotros, caballeros estirados con acero por cerebro! ¡No os estaría mal empleado que os dejáramos al kender!

—Tanis —dijo Sturm en voz baja—, puedo explicar...

—¡No hay tiempo para explicaciones ahora! —exclamó el semielfo por la urgencia del momento—. ¡Escuchad, se están acercando! Caballeros, deseo que tengáis éxito en vuestra misión. Sturm, ocúpate de lady Alhana. Tasslehoff, tú vienes conmigo. —Tanis asió al kender con firmeza—. Si nos separamos, nos encontraremos en la posada El Dragón Rojo.

La llamada de los cuernos sonó más cerca. Tanis consiguió reunir a sus amigos y salieron corriendo detrás del kender, que conocía bien el camino entre las estanterías. Frustrado, Derek asestó una mirada furiosa a los libros amontonados en la mesa. Había varios que no se habían leído todavía.

—Al menos sabemos que hay un orbe en el Muro de Hielo y sabemos también lo que hace —apuntó Aran—. Salgamos de esta ciudad antes de que el ataque desate un infierno.

—Los caballos están en un establo cercano a la puerta principal. Aprovecharemos el caos para escapar... —añadió Brian.

—¡Necesitamos a ese kender! —exclamó Derek.

—Derek, sé razonable —empezó Aran, pero el otro caballero desempaquetaba su armadura e hizo oídos sordos.

Ya no tenía sentido ocultar quiénes eran llevando atuendos corrientes. Cabía la posibilidad de que tuvieran que luchar para abrirse paso y salir de la ciudad, así que Aran y Derek se pusieron el peto sobre la cota de malla y se protegieron la cabeza con el yelmo. Brian, que había perdido la armadura cuando su caballo se espantó y huyó, tuvo que conformarse con el coselete de cuero. Hicieron una selección en sus equipos para conservar sólo lo que consideraban imprescindible y dejar todo lo demás. Después volvieron hacia la puerta de la biblioteca entre las estanterías de libros.

—Gracias por la ayuda que nos has prestado, señora —le dijo Derek a Lillith, que hacía guardia al pie de la escalera—. ¿Cómo se va a la posada El Dragón Rojo?

—Qué insólito buscar alojamiento en este momento, señor. —La joven estaba estupefacta.

—Por favor, señora, no disponemos de mucho tiempo —le rogó Derek con apremio.

—Tenéis que volver al centro de la ciudad —respondió Lillith tras encogerse de hombros—. Esa posada está cerca de la Sala de Justicia.

—Id delante vosotros —dijo Brian—. Yo os alcanzaré en seguida.

Derek le asestó una mirada malhumorada, pero no hizo ningún comentario. Aran le sonrió a Brian y le guiñó un ojo antes de subir corriendo la escalera detrás de Derek. Brian se volvió hacia Lillith.

—Cierra la puerta a cal y canto —aconsejó a la joven—. No la descubrirán...

—Lo haré —le aseguró ella. La voz le temblaba un poco, pero guardaba la compostura e incluso se las arregló para sonreírle—. Estoy esperando que lleguen los otros Estetas. Hemos hecho abastecimiento de provisiones. Estaremos a salvo. A los draconianos no les interesan los libros...

«No —pensó Brian, angustiado—, sólo les interesa matar.»

Le dio un último y prolongado beso y después, al oír a Derek llamarlo a voz en cuello, se apartó de la joven con gran esfuerzo y corrió en pos de sus compañeros.

—¡Que los dioses de la Luz velen por ti! —gritó ella a su espalda.

Brian miró rápidamente hacia atrás y agitó la mano en un gesto de despedida. La última imagen que vio de la joven fue dirigiéndole una sonrisa y diciendo adiós con la mano. Un instante después, una sombra pasaba por encima y ocultaba la luz del sol.

Brian miró hacia arriba y vio las alas rojas y el colosal cuerpo rojo de un dragón. El miedo al dragón lo invadió, aplastó toda esperanza y aniquiló todo resquicio de valor. El brazo que sostenía la espada le tembló. Tropezó mientras corría, casi incapaz de respirar por el terror que parecía sumir en la oscuridad cuanto había a su alrededor.

Los ejércitos de los dragones no habían ido a conquistar Tarsis, habían ido a destruirla.

Brian luchó contra el miedo que se retorció en sus entrañas hasta el punto de que casi lo había puesto físicamente enfermo.

Se preguntó si Derek y Aran lo estarían viendo, si serían testigos de su flaqueza, y la rabia y el orgullo lo espolearon y le devolvieron la confianza en sí mismo. Siguió corriendo. El monstruo rojo pasó volando en dirección a los sectores de Tarsis donde la gente, presa del pánico, se agolpaba en las calles.

Brian encontró a Aran y a Derek a resguardo de las sombras de un portal medio derrumbado.

Llegaron más dragones rojos, las alas ocultando el cielo. Los caballeros oyeron el bramido de las monstruosas bestias, las vieron volar en círculo y lanzarse en picado sobre sus víctimas indefensas, a las que arrojaban fuego que incineraba todo lo que tocaba, incluidas las personas. El humo empezó a crecer a medida que los edificios estallaban en llamas. Incluso desde esa distancia les llegaban los gritos horribles de los que perecían.

Aran tenía la tez cenicienta. Derek mantenía la compostura, pero sólo merced a un esfuerzo ímprobo. Tuvo que humedecerse los labios con la lengua dos veces antes de ser capaz de hablar.

—Vamos a la posada.

Los tres se agacharon de forma involuntaria cuando un dragón rojo los sobrevoló tan bajo que el vientre rozó las copas de los árboles. Si el reptil hubiera mirado hacia abajo, los habría visto, pero los ojos feroces de la bestia estaban clavados al frente, deseosa de tomar parte en la masacre.

—Derek, esto es una locura —susurró Aran. El sudor le perlaba el labio, debajo del yelmo—. El Orbe de los Dragones es lo que importa. ¡Olvídate del maldito kender! —Señaló las negras columnas de humo, cada vez más densas—. ¡Mira eso! ¡Ir allí sería tanto como meternos en el Abismo!

Derek le asestó una mirada fría.

—Yo voy a la posada. Si tenéis miedo, me reuniré con vosotros en el lugar donde acampamos.

Echó a correr calle abajo buscando cobijo de refugio en refugio, zambulléndose desde un umbral hasta una pequeña arboleda y de ésta a un edificio, procurando no atraer sobre sí la atención de los dragones.

Brian miró a Aran con un gesto de impotencia y Aran alzó las manos, exasperado.

—¡Supongo que tendremos que ir con él! Así es posible que al menos evitemos que ese idiota acabe muerto.

## **TERCERA PARTE**

*La posada El Dragón Rojo*  
*La persecución*

Nada más abandonar el Muro de Hielo, Kitiara y Skie se habían reunido con la fuerza de los dragones azules y sus guardias draconianos sivaks, que habían merodeado por los alrededores de Thorbardin para tener al reino enano bajo vigilancia por si aparecían los que estaban en la lista de recompensas. Kit tenía una buena disculpa para dirigirse a Tarsis. Ariakas había ascendido recientemente a Fewmaster Toede al puesto de Señor del Dragón del Ala Roja, aunque sólo de forma temporal. Kitiara podía decirle al emperador que había ido a supervisar la batalla que se fraguaba allí para ver cómo se desenvolvía el hobgoblin.

Los dragones azules habían oído rumores sobre un posible ataque a la ciudad y estaban ansiosos por incorporarse a la lucha. Skie era el único dragón al que no le complacía esa perspectiva y se debía a que sabía la verdad. Kitiara no iba a Tarsis a combatir ni a evaluar al hobgoblin. Iba por razones personales. Eso le había dicho.

Skie respetaba a Kitiara como pocos dragones en la historia de Krynn habían respetado a un ser humano. Admiraba el valor de la mujer. Él personalmente podía atestiguar la destreza y la inteligencia de Kitiara en lo tocante a la guerra. De sus tácticas y su estrategia daba cuenta el hecho de que hubiera conquistado gran parte de Solamnia y el dragón azul estaba convencido de que, de haber sido Kitiara la que hubiera estado al mando en la guerra en vez de Ariakas, en ese momento estarían instalándose cómodamente en la conquistada ciudad de Palanthas. En la batalla, Kitiara tenía mucho temple y sangre fría, era valiente y autoritaria. Sin embargo, en lo referente a su vida privada, sucumbía a sus pasiones caprichosas y tornadizas y permitía que el deseo la dominara.

Iba de amante en amante, los utilizaba y después los abandonaba. Ella creía que todo eso lo tenía controlado, pero Skie sabía que no era así. Kitiara estaban tan sedienta de amor como otros lo estaban del aguardiente enano. Lo deseaba con el ansia que un glotón siente por la comida. Necesitaba que los hombres la adoraran, e incluso si no los amaba ya, esperaba que ellos siguieran amándola. Ariakas era quizá la única excepción, y eso se debía a que Kitiara se había limitado a permitirle que la amara sólo para conseguir ascensos. Se entendían bien entre ellos, seguramente porque eran iguales. El emperador necesitaba a las mujeres para lo mismo que Kitiara necesitaba a los hombres. Era el único hombre al que Kitiara temía y ella era la única mujer que intimidaba a Ariakas.

Como el tal Bakaris. Era lugarteniente de Kit y su amante actual. Encantador, apuesto, buen soldado, pero, desde luego, no estaba a su altura. Si dejaba que se las arreglara solo en Solamnia, que era donde se encontraba ahora, la cagaría en la batalla si los llamaran a la lucha. A Skie sólo le quedaba esperar que esa incursión al sur no retuviera a Kitiara alejada de la guerra mucho tiempo.

Skie desconocía la identidad del hombre tras el que andaba a la caza en Tarsis. Eso no se lo había dicho Kitiara. Lo único que sabía era que se trataba de alguien a quien había conocido en su juventud. Skie estaba seguro de que sólo era cuestión de tiempo que Kit se lo contara todo. Tenía absoluta confianza en él. Que encontrara a ese amante perdido tiempo atrás, fuera quien fuese, y luego que saliera de su vida. Entonces Kit volvería a centrarse en lo suyo.

Establecieron el cuartel general fuera de la ciudad, cerca de unos manantiales que Skie había descubierto. Kitiara había enviado espías provistos con la lista de recompensas de Toede a Tarsis y otras ciudades de la región, y también había mandado grupos de búsqueda con la orden de estar ojo avizor en las principales rutas comerciales.

Aunque la nieve dificultó considerablemente su labor, una de las patrullas de búsqueda dio con algo, aunque no era lo que Kit esperaba.

—¿Por qué no han informado Rag y sus baaz? —preguntó Kitiara al comandante sivak de su contingente de draconianos.

El sivak no tenía ni idea, así que mandó una patrulla a lomos de dragones para que indagara. Regresó con malas noticias.

—Rag y sus soldados han muerto, señora —informó el sivak—. Hemos encontrado lo que queda de ellos cerca de un puente al sur de Tarsis. Las huellas en la nieve indican que eran tres hombres a caballo. Iban por la calzada que parte de Rigitt. Parece que uno de los caballos se espantó, porque las huellas se dirigen de vuelta hacia el sur. Dos caballos cruzaron juntos el puente, salieron de la calzada y cortaron a campo traviesa hacia el oeste.

»Encontramos el caballo desbocado deambulando por la llanura. Llevaba esto encima —añadió el sivak, que le mostró un brazal

decorado con el martín pescador y la rosa.

—Caballeros de Solamnia —masculló Kitiara, irritada. Rebuscó entre los informes de otros espías hasta dar con uno en particular:

*«El caballero, Derek Crownguard, que viaja con dos compañeros de caballería, ha pasado por Rigitt. Los tres hombres alquilaron caballos y comentaron que pensaban ir hasta Tarsis...»*

—Hijo de perra —blasfemó Kitiara.

Pues claro que tenían que haber sido ellos. ¿Quién más excepto unos Caballeros de Solamnia despacharía a unos draconianos con tanta facilidad? No podía creérselo.

—¿Cuánto tiempo llevan muertos? —preguntó.

—Puede que un par de días —contestó el sivak.

—¡Hijo de perra! —barbotó de nuevo Kitiara, esta vez con más vehemencia—. De modo que ese puente no ha estado vigilado durante días. Los criminales a los que buscamos podrían haberlo cruzado y entrar en Tarsis sin que los detectáramos.

—No hemos visto más huellas, pero los encontraremos si han llegado, señora —prometió el sivak.

Y eso fue lo que pasó al día siguiente.

—Las personas que buscas están en Tarsis, señora —informó el sivak—. Entraron por una de las puertas esta mañana. Todos. —Señaló la lista de recompensas—. Encajan perfectamente con las descripciones. Se alojan en la posada El Dragón Rojo.

—Excelente. —Kitiara se levantó de la silla. Tenía el rostro arbolado y los ojos brillantes por la excitación—. Haz que venga Skie. Volaré inmediatamente allí...

—Hay un... eh... pequeño problema. —El sivak tosió con cara de circunstancias—. Algunos de ellos han sido arrestados.

—¿Qué? —Kitiara, puesta en jarras, le asestó una mirada feroz—. ¿Arrestados? ¿Quién ha sido el necio que ha dado esa orden?

En el mismo momento de pronunciar la palabra «necio» la respuesta llegó por sí sola.

—¡Toede!

—Bueno, no ha sido el Señor del Dragón en persona —aclaró el sivak—. Mandó un emisario draconiano que lleva las «negociaciones» con el señor de Tarsis en nombre de Toede. Por lo visto uno de los guardias de la puerta reconoció al Caballero de Solamnia, ese tal... —el sivak consultó la lista— Sturm Brightblade. El guardia de la puerta informó al señor de Tarsis, que parecía inclinado a no tomar medidas. El emisario draconiano insistió para que mandara a la guardia a buscar al caballero y a sus compañeros para «interrogarlos».

—¡Retorceré el cuello a ese hobogoblin! —masculló Kit con los dientes apretados—. ¿El emisario sabe que esas personas están en la lista de recompensas?

—No creo que haya relacionado una cosa con la otra, señora. Lo único que sabe es que un Caballero de Solamnia había llegado a la ciudad. Mi deducción se basa en el hecho de que se permitiera a varios del grupo quedarse en la posada. Sólo se llevaron detenidos al semielfo, al caballero, al elfo, al enano y al kender.

Kitiara se relajó.

—Así que el semielfo y los otros están prisioneros.

El sivak volvió a toser.

—No, señora.

—En nombre de Takhisis, ¿qué más ha pasado? —demandó Kit.

—Por lo visto estalló un tumulto y, en medio de la confusión, el kender desapareció. Los otros comparecieron ante el tribunal junto con otra elfa, que resultó ser hija del rey Lorac. Los conducían a prisión a todos cuando tres hombres encapuchados atacaron a los soldados y rescataron a los prisioneros.

—Deja que adivine —susurró Kit en un tono peligrosamente tranquilo—. Los tres hombres que los rescataron eran caballeros solámnicos.

—Eso parece, señora —respondió el sivak tras una ligera vacilación—. Mi informador los oyó hablar en solámnico y el caballero, Brightblade, reconoció a los otros tres.

Kitiara se sentó pesadamente en la silla.

—¿Dónde están ahora?

—Lamento decir que el caballero y sus compañeros escaparon. Mi gente los está buscando. Sin embargo, la mujer de la lista y los otros hombres, incluido el mago y el clérigo de Paladine, siguen en la posada.

—Al menos algo ha salido bien —comentó Kit, otra vez animada—. El semielfo no abandonará a esas personas. Son sus amigos, así que volverá a buscarlos. Mantén a tus espías cerca de la posada El Dragón Rojo. No, espera. Iré yo misma...

—Hay... eh... otro problema, señora —añadió el sivak mientras retrocedía unos cuantos pasos para ponerse fuera del alcance de la espada de la mujer en caso de que la cólera la superara—. El Señor del Dragón Toede ha dado la orden de ataque. En este momento los dragones sobrevuelan Tarsis.

\* \* \*

—¡Le dije a ese idiota que esperara mi señal! —exclamó, enfurecida, Kitiara mientras el dragón azul se remontaba hacia las nubes.

Se arrojó más al cuerpo de Skie y se pegó al cuello del reptil a fin de presentar la menor resistencia posible al viento. Levantar el vuelo era siempre lo más difícil para los dragones. Incluso sin jinetes, impulsar los pesados y voluminosos cuerpos al aire requería

mucha fuerza. Algunos jinetes eran desconsiderados con sus monturas y no hacían nada para ayudarlas; de hecho, en ocasiones les dificultaban la tarea.

Kitiara sabía instintivamente cómo ayudar a Skie, tal vez porque le encantaba volar. En el aire, su dragón y ella se fundían uno con el otro. A Kit le daba la impresión de ser ella la que tenía alas. En batalla, sabía todos los movimientos de Skie antes de que los hiciera, igual que el dragón sabía hacia dónde quería ir ella por el contacto de las rodillas de la mujer en sus flancos o el roce de la mano en el cuello: siempre allí donde la lucha era más encarnizada.

Una escuadrilla de dragones azules remontó el vuelo tras ellos, saltando al aire detrás de Skie, su cabecilla. Aquél era siempre un momento de orgullo para él; y para ella, como el dragón sabía muy bien.

—A los rojos no les va a hacer gracia vernos —gritó Skie para hacerse oír sobre las ráfagas de aire frío.

Kitiara manifestó sin disimulo lo que los dragones rojos podían hacer consigo mismos y añadió unas cuantas palabras escogidas para expresar lo que podían hacer de paso con Toede.

—Buscamos una posada que se llama El Dragón Rojo —le dijo a Skie.

—¡Creo que llegamos un poco tarde! —respondió él.

Tenían a Tarsis a la vista... O más bien lo que quedaba de ella.

Nubes de humo y llamas ondeaban en el aire. A Skie le escocieron los ollares y sacudió la crin. Disfrutaba con la pestilencia de la destrucción, pero la densa nube de humo haría más que difícil distinguir algo en el suelo.

Sin embargo, Kitiara lo había previsto y había enviado exploradores a la ciudad. Skie y ella esperaron a cierta distancia el regreso de los exploradores. El dragón voló en lentos círculos justo fuera del alcance de la humareda. No hacía mucho que esperaban cuando un jinete de wyvern salió de la capa de humo que envolvía como una mortaja la ciudad condenada. Al divisar a la Señora del Dragón, viró rápidamente hacia allí.

—Ve despacio —ordenó al dragón.

Skie curvó la boca en una mueca burlona, pero hizo lo que le mandaba. Como casi todos los dragones, detestaba a los wyverns. Los consideraba sucias bestezuelas, un pobre remedo de dragón con las grotescas patas de ave, el escamoso cuerpo atrofiado y la cola rematada con púas. Dirigió una mirada fiera al wyvern cuando se aproximaba, una advertencia de que no se acercara demasiado. Puesto que el dragón azul podía partir en dos al wyvern de una dentellada, el animal hizo caso del aviso, por lo que su jinete sivak tuvo que desgañitarse para hacerse oír.

—¡Han alcanzado la posada, señora! Se ha derrumbado en parte. Las tropas del Ala Roja la tienen rodeada. —El draconiano sivak gesticuló—. Esa escuadrilla de rojos que ves allí va a...

Kitiara no pensaba quedarse a oír lo que los rojos planeaban hacer. Skie entendió lo que quería, y había cambiado de rumbo y planeaba en pos de los rojos antes de que ella le diera la orden.

—¡Vuelve a tu puesto! —le gritó Kit al sivak, y el wyvern se alejó a toda prisa, francamente aliviado.

Los dragones azules eran más pequeños y tenían mayor maniobrabilidad en vuelo que los corpulentos rojos. Skie y sus azules alcanzaron a los rojos con facilidad y, como había adivinado Skie, les desagradó sobremanera verlos. Los rojos asestaron miradas furibundas a los azules, que les respondieron con otras igualmente torvas.

Kitiara y el cabecilla del Ala Roja sostuvieron una breve conferencia en el aire; el rojo gritaba a Kit que tenía órdenes de Toede de matar a los delincuentes si los encontraba, nada de capturarlos. Kit le replicó a voces que sería él el que acabaría muerto, nada de capturado, a no ser que le entregara a los asesinos sanos y salvos. El comandante del Ala Roja conocía a Kitiara. También conocía a Toede. Saludó a Kit con respeto y se alejó volando.

—Localizad la posada —ordenó Kit a Skie y al resto de los azules—. Recordad que buscamos a tres personas: un semielfo, un hechicero humano y un guerrero grandullón con aspecto de tonto.

Los dragones entraron en la nube de humo; parpadearon y se mantuvieron alerta para que ninguna pavesa ardiente tocara las vulnerables membranas de las alas. Los azules tenían que ir con cuidado, porque los rojos, ebrios de gozo por la matanza y la destrucción, volaban sin cuidado y hacían picados sobre la gente indefensa que intentaba escapar para lanzarles chorros de fuego y después observar cómo gritaban y corrían con el pelo y las ropas en llamas hasta que se desplomaban en la calle.

Sin prestar atención de hacia dónde iban, los rojos tropezaban con edificios, los hacían añicos y los derribaban con las colas. También chocaban entre sí en medio del humo y la confusión, y Skie y los otros azules se veían forzados a ejecutar maniobras extrañas para evitar colisiones con ellos. Unos cuantos rayos expelidos por los azules consiguieron alejar a los rojos que volaban demasiado cerca.

Para Kitiara no era nada nuevo el hedor a carne quemada, los gritos de los moribundos, el estruendo de torres que se derrumbaban. Apenas prestaba atención a lo que la rodeaba; estaba concentrada en escudriñar a través de los huecos de aire limpio que de vez en cuando aparecían en la nube de humo abiertos al batir Skie las alas.

Sobrevolaban la zona en la que se hallaba la posada y en seguida la localizó, porque era —o había sido— uno de los edificios más grandes del sector. Fuerzas draconianas atacaban la posada y combatían con los que se encontraban dentro.

Kit dio un respingo. Sabía perfectamente bien quién estaba allí luchando para salvar la vida y la vida de sus amigos. Se imaginó a sí misma entrando en la posada con pasos decididos, en medio del humo, encaramándose a los montones de escombros, hallando a Tanis, tendiéndole la mano a la par que le decía: «Ven conmigo.» Se quedaría estupefacto, naturalmente. Imaginaba la expresión de su cara.

—¡Grifos! —bramó Skie.

Kitiara parpadeó para salir de su ensueño y escudriñó a través de las rendijas del yelmo mientras maldecía el humo que no la dejaba ver. Entonces aparecieron. Era una escuadrilla de grifos que volaba por debajo de la capa de humo y que acudía al rescate de los que estaban atrapados en la posada.

Kitiara profirió una maldición de rabia. Los grifos eran criaturas feroces que no le temían a nada y cayeron sobre los draconianos que rodeaban la posada; los atraparon con las garras afiladas y les arrancaron la cabeza con el pico, como haría un águila con una rata.

—¡Hay elfos metidos en esto! —rugió Skie.

Los grifos, aunque apasionadamente independientes, respetaban a los elfos, y los que estaban vinculados con ellos los ayudaban si la necesidad era grande. Por sí mismos, los grifos jamás habrían volado hacia una batalla campal arriesgando la vida para salvar a unos humanos. Esos grifos estaban allí por orden de algún señor elfo. Los que se habían quedado atrapados entre las ruinas de la posada ahora subían a lomos de los grifos, que no perdieron el tiempo. Una vez recogidos los pasajeros, emprendieron vuelo hacia el norte.

—¿Quiénes han huido? ¿Has podido verlos? —gritó Kit.

Skie iba a responder cuando apareció un dragón rojo a través del humo. Al ver a los grifos que huían, el rojo voló tras ellos con el propósito de calcinarlos.

—¡Córtale el paso! —ordenó Kitiara.

A Skie no le gustaba que la mujer se involucrara en esa lucha, pero le divertía la idea de desbaratar los planes a cualquier dragón rojo que, por el simple hecho de ser más grandes, se creían mejores que nadie. Skie ejecutó un viraje justo delante del hocico del rojo obligándolo a hacer una maniobra tan brusca que casi se dio la voltereta para no chocar con él.

—¿Estás loco? —lo increpó el rojo, enfurecido—. ¡Se escapan!

Kitiara ordenó al rojo que se fuera a otra parte de la ciudad a matar gente y mandó a los dragones azules tras los grifos, en su persecución, no sin antes repetirles varias veces que tenían que traerle sana y salva a la gente que transportaban los grifos.

—¿No vamos nosotros? —se extrañó Skie.

—Tengo que asegurarme de quiénes eran. No quiero marcharme hasta que confirme que eran ellos los que han huido. No llegué a verlos. ¿Y tú? —le preguntó a gritos a Skie.

El dragón había podido echarles una buena ojeada mientras Kit discutía con el dragón rojo.

—Tu hechicero y un guerrero humano muy grande, una humana de cabello pelirrojo y un hombre con ropas de cuero. Podría ser un mestizo. Parecía el cabecilla, porque impartía órdenes. Ah, sí, y una pareja de bárbaros.

—¿No había una mujer rubia? —preguntó Kit en tono cortante.

—No, señora —contestó Skie, que se preguntó qué tendría eso que ver con los demás.

—Bien. A lo mejor ha muerto. —Después frunció el entrecejo—. ¿Y qué ha pasado con Flint, Sturm y el kender? Tanis nunca los habría abandonado... Así que, tal vez, el que iba en el grifo no era él...

—¿Qué ordenas, señora? —preguntó Skie, impaciente.

El dragón esperaba que Kit reflexionara sobre toda esa estupidez y le dijera que mandara volver a los azules que volaban en pos de los grifos. Unas bestias rápidas, los grifos. Casi se habían perdido de vista para entonces. Los azules tendrían que emplearse a fondo para alcanzarlos. Esperaba que Kit le dijera que todos regresaban a Solamnia, a bosques repletos de ciervos y a combatir en gloriosas batallas y conquistar ciudades.

Lo que dijo la mujer no era lo que había esperado o deseado oír. La orden lo desconcertó por completo.

—Déjame en la calle.

Skie volvió la cabeza hacia atrás para mirarla de hito en hito.

—Sé lo que hago —le aseguró ella—. Ese clérigo de Paladine, Elistan, no se hallaba entre los que me describiste y, sin embargo, se había alojado en la posada. Tengo que descubrir qué ha sido de él.

—¡Dijiste que el clérigo no era importante! No era a él a quien perseguíamos. Las personas que buscabas se están perdiendo de vista en el horizonte.

—He cambiado de opinión. ¡Bájame a la calle! —repitió Kitiara, encolerizada—. Ve con los otros azules. Perseguid a los que van montados en los grifos y, cuando los alcancéis, traédme los al campamento. ¡Vivos! —dijo con énfasis—. Los quiero vivos.

—Señora del Dragón —empezó en tono vehemente Skie, que obedeció aunque no le gustaba la orden—, ¡corres un gran riesgo! Esta ciudad está envuelta en llamas y repleta de draconianos sedientos de sangre. ¡Te matarán primero y después descubrirán que eres una Señora del Dragón!

—Sé cuidar de mí misma —le contestó Kit.

—¡El que buscas ha huido de Tarsis! ¿Para qué volver? ¡Y no me digas que vas tras un estúpido clérigo!

Kit le asestó una mirada furiosa mientras se incorporaba en la silla, pero no contestó. El dragón no tenía ni idea de lo que se traía entre manos, pero sabía muy bien que no tenía nada que ver con la guerra y que estaba relacionado con su obsesión actual.

—Kitiara, déjalo estar —suplicó Skie—. ¡No sólo pones en peligro el mando, sino tu vida!

—Te he dado una orden —le espetó la mujer y, por la expresión de sus ojos, Skie comprendió que él también corría un riesgo si seguía con aquella discusión.

Aterrizó en el único espacio en tierra firme que encontró: el mercado. El área estaba sembrada de cadáveres, los restos humeantes y calcinados de puestos, verduras pisoteadas, perros que aullaban aterrados y draconianos que merodeaban de aquí para allá, tintas en sangre las espadas. Kitiara desmontó de la montura.

—Recuerda —le dijo a Skie cuando el dragón casi emprendía el vuelo—. ¡Los quiero vivos!

Skie rezongó que eso ya lo había oído solamente unas seiscientas veces. Se elevó entre el humo que al principio le había olido tan bien pero que ahora le resultaba molesto porque le congestionaba los pulmones y le escocía en los ojos.

Obedecería la orden que le había dado; aunque, pensándolo bien, lo único que le faltaba a Kit era que Ariakas la pillara retozando en el lecho con un semielfo que había matado a Verminaard.

Perseguiría a ese semielfo, pero ¡así lo colgaran si lo alcanzaba!



Iolanthe vio a Kitiara abrirse paso por la ciudad arrasada. El olor a quemado impregnaba el aire también allí, pero no procedía de las vigas abrasadas ni de la carne calcinada. El olor provenía de unos rizos negros chamuscados, unos cuantos cabellos que se consumían en el fuego del conjuro de Iolanthe.

La hechicera se hallaba en su cuarto de Neraka donde observaba a Kitiara con profundo interés y se fijaba en ciertos detalles que quizá compartiría con Ariakas al presentarle su informe. El emperador ya no acudía cuando Iolanthe espiaba a Kit. Le había dicho en tono seco que estaba demasiado ocupado.

Iolanthe sabía la verdad. Él jamás lo admitiría, pero se sentía profundamente herido por la traición de Kitiara. Había sido el brujo invernal, Feal-Thas, el que había puesto la última piedra en la pira funeraria de Kitiara. Le había enviado un informe detallado a Ariakas sobre la mujer en el que afirmaba haber sondeado su alma hasta lo más recóndito y había descubierto que estaba locamente enamorada del semielfo implicado en el asesinato de Verminaard. Iolanthe estaba presente cuando el emperador leyó el informe, y Ariakas había tenido tal arrebato de ira desahogada que por un momento la hechicera temió por su propia vida.

Ariakas se había calmado finalmente, pero aunque la cólera había dejado de llamear con violencia, quedaban los rescoldos candentes. Estaba convencido de que Kitiara era responsable de la muerte de Verminaard. Ariakas mandó a sus guardias a Solamnia para que la buscaran, pero el primer oficial, Bakaris, les dijo que no se encontraba allí. Había partido en una misión secreta con Skie y se había llevado una escuadrilla de azules.

Al emperador no le cupo duda de que iba a reunirse con su amante mestizo, y empezó a pensar que la mujer estaba metida con el semielfo en algún tipo de conspiración contra él. El hecho de que se hubiera llevado a los azules confirmaba esa sospecha. Iba a afianzarse como su rival para disputarle la Corona del Poder.

Ariakas le había ordenado a Iolanthe que utilizara su magia para localizar a Kitiara y le informara de lo que descubriera.

Así que ahora la hechicera vio a Kit asumir el mando de un contingente de draconianos que deambulaban por el mercado. Se despojó del yelmo y la armadura de Señora del Dragón, los envolvió en la capa y ocultó el bulto debajo de un montón de escombros. Después le quitó la capa a un cadáver y se la echó por los hombros. Se embozó el rostro con un pañuelo para protegerse del humo y del hedor a muerte así como para ocultar su identidad, y remitió el rizado y negro cabello en el gorro que le quitó también al mismo cadáver.

Hecho esto, Kitiara echó a andar calle abajo, acompañada por los draconianos, en dirección a la posada en la que Iolanthe le había oído decirle al dragón que era donde el semielfo estaba alojado. Entretanto, el semielfo huía a lomos de un grifo. Iolanthe no entendía lo que pasaba. ¿Por qué no había ido tras él Kitiara? La hechicera empezó a pensar que se había equivocado con Kit. Quizá había decidido capturar al clérigo de Paladine, en cuyo caso regresaría como una heroína ya que medio Ansalon buscaba a ese clérigo mientras que el otro medio buscaba al escurridizo Hombre de la Joya Verde.

Iolanthe estaba intrigada. Después de presenciar lo que Kitiara había hecho hasta el momento, de ser testigo de los absurdos errores que había cometido, la hechicera habría apostado por el emperador como claro ganador, pero ahora ya no estaba tan segura. El caballo rival estaba corriendo mucho mejor de lo previsto.

*La cólera de los dioses*  
*Rivales*

Kit recorría las calles ensangrentadas y abrasadas de Tarsis. Llevaba consigo un contingente de draconianos a los que había sorprendido, además de no ser precisamente de su agrado, la aparición de esa Señora del Dragón saliendo del humo y las llamas de la ciudad moribunda para ordenarles que la acompañaran. La llegada intempestiva de Kitiara había malogrado los planes de saqueo, violación y matanza de los draconianos. Ahora tenían que proteger a la maldita Señora del Dragón, lo que significaba que iban a perderse la diversión. Los baaz obedecieron, pero se mostraban hoscos y se los oía rezongar cada dos por tres.

Los planes de Kitiara sobre lo que se proponía hacer eran poco concretos, sin cuajar, cosa inusitada en una mujer que jamás entraba en batalla sin un plan de ataque bien concebido. Su primer impulso había sido volar en persecución de Tanis y de sus medio hermanos, pero se le había ocurrido que Skie podía ocuparse de la persecución él solo. Ella necesitaba comprobar qué había sido de su rival. ¿Habría muerto Laurana? ¿Se habrían peleado Tanis y ella y se habían separado, o había sido una elección deliberada el tomar caminos diferentes?

Por encima de todo, Kitiara quería ver a Laurana, hablar con ella. Una de las máximas de su padre era: «¡Conoce a tu enemigo!»

Los dragones rojos aún volaban en círculos aunque ahora se les había acabado la diversión al entrar sus tropas en la ciudad. De vez en cuando hacían un picado para lanzar un chorro de fuego a un edificio o dar caza a los que habían huido de la ciudad e intentaban escapar por la llanura. Se levantó viento y avivó los incendios que todavía ardían, y alzó pavesas y chispas que esparció dando lugar a nuevos incendios.

Draconianos y goblins recorrían las calles en grupo. Para entonces, algunos estaban borrachos y se dedicaban a saquear o a saciar otros apetitos más execrables. Habían dejado de luchar contra los pocos hombres y mujeres valientes que todavía combatían. De no ser por su tropa de draconianos, Kitiara, siendo humana y yendo sola podría haber corrido peligro. Al ver a un hombre de aspecto autoritario (porque eso era lo que parecía) que caminaba con seguridad calle abajo acompañado por un contingente baaz, hasta los draconianos más ebrios la identificaban como un oficial y, puesto que a los oficiales había que evitarlos a toda costa, la dejaban en paz.

Las calles estaban llenas de cadáveres y de moribundos. Algunas víctimas, alcanzadas por el aliento abrasador de los dragones, habían quedado reducidas a bultos de carne carbonizada irreconocibles como restos humanos. A otros los habían despedazado con espadas o los habían atravesado con flechas o ensartado con lanzas. Cuerpos de hombres, mujeres y niños yacían en charcos de sangre que se mezclaba con la nieve derretida. Los desagüaderos de Tarsis corrían rojos.

Algunas personas seguían vivas, aunque, a juzgar por los gritos de dolor, eso no significaba que fueran afortunadas. Quedaban algunos que aún combatían, otros habían conseguido huir a las colinas y otros habían encontrado escondrijos seguros en los que se agazapaban aterrados, con miedo hasta de respirar por si los descubrían.

No era la primera vez que Kitiara veía cadáveres, y pasó por encima de ellos o dando un rodeo sin experimentar lástima ni compasión y sin apenas prestarles atención. Los baaz que la acompañaban pertenecían a las fuerzas que habían entrado en la ciudad antes del ataque y sabían dónde estaba El Dragón Rojo. Condujeron a Kit, que se había extraviado con el humo y los cascotes, hasta la posada con la esperanza de librarse de ella cuanto antes y así poder volver a su diversión.

Al llegar al edificio —o lo que quedaba de él— Kitiara ordenó a sus tropas que se detuvieran. En comparación con las otras calles, en la de la posada reinaba un silencio extraño. No había grupos merodeando ni saqueando. Los incendios se habían apagado. La posada estaba en ruinas; en los pisos altos todavía humeaban los rescoldos. No se veía ni un alma. Ni rastro de los espías que se habían alojado allí.

Kitiara se bajó el pañuelo que le tapaba boca y nariz con intención de dar un grito y ver si respondía alguien. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de poner en práctica su idea, le entró humo en los pulmones y lo único que consiguió hacer durante varios segundos fue toser y maldecir a Toede.

Para entonces, ya la habían visto y reconocido. Una sombra se apartó de un edificio y caminó hacia ella. Era un draconiano siva y al

principio Kit pensó que era uno de los suyos, pero después reparó en que el sivak lucía la insignia del Ejército Rojo.

—¿Dónde está Malak? —le preguntó Kitiara.

—Muerto —fue la lacónica respuesta del desconocido sivak—. Un rojo lo calcinó por equivocación. El muy zopenco —añadió entre dientes. Luego se puso firme y saludó—. Malak me transmitió tus órdenes respecto a los asesinos, señora, y como estaba muerto y sólo quedaban baaz —el sivak hizo un gesto desdeñoso—, asumí el mando.

—Bien, entonces ¿qué ocurre aquí? —preguntó Kitiara mientras volvía a echar una ojeada a esa zona de la ciudad tan extrañamente tranquila, un remanso de paz en medio de la vorágine.

—Desplegué las tropas a ambos extremos de la calle, señora —contestó el sivak—. Imaginé que querías que la zona alrededor de la posada estuviera acordonada hasta que se capturara a los criminales, sobre todo habiendo como hay una recompensa por ellos —añadió como si acabara de ocurrírsele.

—Buena idea —dijo Kitiara al tiempo que observaba al sivak con más interés—. ¿Habéis capturado a alguno de los que figuran en la lista?

—Algunos huyeron en grifos...

—¡Eso ya lo sé! —lo interrumpió Kit, impaciente—. ¿Qué se sabe de los otros? ¿Aún viven?

—Sí, Señora del Dragón. Acompáñame.

El sivak la condujo calle abajo, entre los escombros. No quedaba un solo edificio que no hubiera sufrido daños. Kit tuvo que trepar por montones de cascotes, vigas partidas y cristales hechos añicos. De camino a la posada vio a los draconianos baaz que montaban guardia e impedían que otras tropas se aventuraran en la zona.

—Hemos localizado al resto del grupo —explicó el sivak mientras avanzaban todo lo deprisa que les permitían los escombros—. Están todos juntos. Aposté guardias alrededor del área para protegerlos, a la espera de tus órdenes. De otro modo, a estas alturas estarían muertos.

—Esperadme aquí —ordenó Kit a los baaz que los habían seguido. Los draconianos de la escolta se pusieron en cuclillas, contentos de disponer de un rato para descansar.

El sivak y Kitiara recorrieron una manzana más de casas y llegaron a un cruce en el que el sivak se paró. Señaló hacia el fondo de una calle que desembocaba en la que ellos estaban. Kit escudriñó a través de los remolinos de humo. Un edificio se había derrumbado y un grupo pequeño de gente hacía corrillo alrededor de algo tendido en el suelo. El grupo parecía nervioso y no dejaba de echar ojeadas hacia atrás como si temiera un ataque. El sivak le explicó lo que pasaba.

—Uno de ellos, el kender, estaba atrapado debajo de una viga enorme. Los otros consiguieron sacarlo y ahora, por lo que sé, el tipo de la barba está orando por él para sanarlo. —El draconiano resopló con sorna—. Como si algún dios estuviera dispuesto a tomarse el trabajo de curar a uno de esos gusarapos vocingleros.

La calle estaba oscura por el humo y las sombras. Kitiara tenía que acercarse más para poder ver. Reconoció a dos de sus compañeros de antaño: Flint Fireforge y Sturm Brightblade. Desde donde se encontraba no alcanzaba a ver al kender, pero supuso que sería Tasslehoff. Contempló largamente a sus viejos amigos. Hacía años que no pensaba en ellos, pero volver a verlos despertó en Kit un asomo de interés; Flint, porque era el amigo más íntimo de Tanis, y Sturm porque... Bueno, ése era un secreto que había enterrado lo más hondo posible, un secreto que jamás había compartido con nadie, un secreto en el que ni siquiera quería pensar por si acaso se le escapaba sin querer.

Flint tenía más canas, pero, por lo demás, seguía siendo el de siempre. Los enanos eran longevos y envejecían despacio. Sin embargo, la impresionó el cambio experimentado por Sturm. Cuando viajaron juntos hacia el norte cinco años atrás era un hombre joven y apuesto, bien que serio y solemne. Sin embargo, parecía haber envejecido un cuarto de siglo en esos cinco años, aunque bien era cierto que parte del aspecto demacrado y ojeroso de su semblante podía deberse a estar atrapado en una ciudad atacada por el enemigo y la incertidumbre de no saber la suerte corrida por sus compañeros.

La mirada de Kitiara se apartó de Flint y de Sturm y se detuvo en la única mujer que había en el grupo; tenía el cabello rubio y era elfa, sin lugar a dudas.

—Laurana —pronunció el nombre casi como un gruñido.

La mujer, como el resto del grupo, estaba cubierta de hollín y de mugre, con la ropa sucia, desaliñada y empapada por la lluvia, la cara llena de churretes de haber llorado. No obstante, del mismo modo que si Kitiara alzara los ojos al cielo vería el brillo intenso del sol a través del feo y grasiento humo, también pudo ver, a través de la mugre y la tizne, del miedo y de la aflicción, el radiante esplendor de la belleza de la mujer.

Kit la miró mientras se planteaba la conveniencia de dejar con vida a una rival tan peligrosamente hermosa. Ahora tenía una oportunidad inmejorable para acabar con ella. Tanis jamás sabría que ella había sido responsable de la muerte de su amada. Creería que su novia de la infancia había perecido en el asalto a Tarsis, una víctima más de tantas.

Claro que sus otros amigos tendrían que morir también. No podía dejarlos vivos para que contaran lo ocurrido. Eso le hizo sentir remordimientos. Ver a Flint y a Sturm traía a su mente recuerdos de algunos de los momentos más felices de su vida. Pero era imposible evitar sus muertes. Cabía la posibilidad de que la reconocieran y le contaran a Tanis que había matado a su amante, y Kit no quería correr ese riesgo.

¿Cuál sería el plan de ataque? El caballero era el único que iba armado. Lo normal habría sido que Flint tuviera empuñada su hacha, pero debía de haberla dejado caer para ayudar a sacar al kender de debajo de la viga, porque no la llevaba encima. Había otro elfo. Su parecido con Laurana señalaba que existía algún parentesco entre ellos, quizá el de hermanos. Sin embargo, estaba cubierto de sangre y, aunque aguantaba de pie, se notaba que se sentía débil y enfermo. Por ese lado, nada por lo que preocuparse. Lo cual dejaba al jactancioso clérigo de Paladine, un hombre de mediana edad, enjuto, descarnado, que seguía de rodillas en el suelo manchado de sangre mientras elevaba plegarias a su dios para sanar al kender.

—Quiero que mueran —replicó Kitiara al tiempo que desenvainaba la espada—. Pero antes he de interrogar a la elfa. Mientras yo me ocupo de eso, vosotros acabad con los demás.

—Con todo mi respeto, señora —replicó el sivak—. Toede ha ofrecido recompensa por esas personas y sólo pagará si se los lleva ante él con vida.

—Os pagaré el doble de lo que Toede ha ofrecido. —Al ver la expresión escéptica del sivak, Kitiara sacó una bolsa de dinero y se la echó al draconiano—. Toma esto, ahí hay mucho más de lo que valen esos desdichados.

El sivak echó una ojeada dentro, vio el brillo de las monedas de acero, sopesó la bolsa, hizo mentalmente unos rápidos cálculos y después se ató la bolsa al corraje de las armas. El sivak hizo un gesto con la mano y los baaz, moviéndose en silencio a pesar de los pies rematados con garras, abandonaron sus puestos alrededor de la calle para reunirse con él.

—Dame un poco de tiempo para apoderarme de la elfa y entonces atacáis —ordenó Kit.

—Matad primero al caballero —instruyó el sivak a sus tropas—. Es el más peligroso.

Kitiara no disponía de mucho tiempo. Los dragones rojos aún sobrevolaban la ciudad, sin prisa, haciendo altos en su camino hacia las praderas para destruir cualquier cosa que siguiera en pie. Kit oía gritos, chillidos y explosiones. En cualquier momento, alguno de esos rojos estúpidos podía echarle encima un edificio. O en cualquier momento podía aparecer un escuadrón de goblins enardecidos por la batalla y echarlo todo a rodar. Kitiara se deslizó de sombra en sombra hasta ocupar una posición justo enfrente de donde se encontraba Laurana, al otro lado de la calle.

Kit esperó. Ya llegaría su oportunidad. Siempre llegaba.

Tassehoff se había sentado. Tenía la cabeza ensangrentada, pero estaba vivo y bien vivo. El clérigo alzó las manos al cielo. Una pena que su triunfo no fuera a durar mucho, pensó Kit. Flint se llevó las manos a los ojos y se frotó la nariz. El enano no dejaría que el kender viera que estaba conmovido; dentro de un minuto le estaría gritando por cualquier cosa. Sturm se arrodilló al lado de Tas y lo rodeó con el brazo. Laurana observaba la escena mientras lloraba en silencio, separada del grupo, abrumada por la pena.

Kitiara salió disparada. Corrió velozmente, casi de puntillas para no hacer ruido. El sivak la vio lanzarse sobre su presa. Le dio unos segundos de ventaja y después borboteó un grito. Los baaz, espada en mano, se lanzaron al ataque. El sivak corrió con ellos sin quitar ojo a la Señora del Dragón.

Kitiara aferró a Laurana por detrás. Le tapó la boca con una mano y arrimó el cuchillo al costado de la elfa con la otra. Luego empezó a tirar de ella hacia atrás.

La mujer elfa era preciosa y delicada. A Kit no le habría sorprendido que se desmayara del susto. Lo que no esperaba era que la delicada doncella elfa le clavara los delicados dientes en la mano y le atizara una patada en la espinilla.

Kit lanzó un gemido de dolor, pero no la soltó. Intentó llevarse a Laurana a la fuerza, pero era como intentar llevarse a un puma medio muerto de hambre. La elfa se retorció y se contorsionaba. Le clavaba las uñas a Kit, daba patadas sin parar y estuvo a punto de hacerla trastabillar. Kitiara empezaba a perder la paciencia y se estaba planteando acuchillar a esa perra y acabar con ella de una vez cuando el sivak apareció.

—¿Necesitas ayuda, señora? —preguntó. Antes de que Kitiara tuviera tiempo de contestar, el draconiano había aferrado los pies de Laurana y la alzaba del suelo. Entre los dos la llevaron hasta un callejón cercano, aunque la elfa no dejó de resistirse y dar patadas.

Allí Kit la soltó. El cielo del atardecer se había puesto rojo con la luz espeluznante de las llamas y, a esa luz, Kit vio que le salía sangre de las marcas de los mordiscos. Se estrujó la mano y fulminó con la mirada a Laurana, que le lanzó otra no menos fulminante. El sivak tenía a la elfa inmovilizada contra el suelo y con un cuchillo pegado a la garganta.

—Que no haga ruido —ordenó Kit—. Voy a ver qué pasa con los demás.

Observó a los baaz abalanzarse sobre sus víctimas. Sturm les hacía frente de pie, espada en mano, igual que Flint, que tenía el hacha enarbolada, situado junto al kender en actitud protectora. El elfo y el clérigo miraban en derredor y llamaban a Laurana.

—¡Elistan, ponte detrás de mí! —le gritó Sturm.

El pequeño grupo se enfrentaba a veinte baaz sedientos de sangre. Con todo, Kit conocía a sus viejos amigos. No cederían sin presentar batalla. Se chupó las heridas de la mano al tiempo que maldecía a Laurana, sin perder detalle de lo que ocurría en la calle. No tenía dudas sobre el desenlace, pero la lucha podía resultar interesante.

Sturm seguía gritando al clérigo que se pusiera a cubierto detrás de él, pero el hombre no le hizo caso. Se mantuvo firme y se volvió para hacer frente a los baaz, que gritaban y babeaban de gusto por la matanza fácil que se avecinaba. El clérigo alzó las manos al cielo y elevó la voz en una exhortación ensordecedora.

—¡Paladine, te lo ruego! ¡Haz que tu cólera se abata sobre los enemigos de tu luz sacratísima!

Kitiara rió entre dientes, se chupó la sangre de la herida otra vez y esperó que el baaz ensartara al clérigo de parte a parte.

Una cascada de fuego al rojo vivo, cegadora y terrible, cayó del cielo con el estruendo de un rayo. La cólera divina engulló vorazmente casi a la mitad de los baaz lanzados al ataque. Medio cegada, Kit oyó gritos y sonidos espantosos de estallidos y chisporroteos. Cuando recuperó la vista, contempló con horrorizada estupefacción cómo la carne escamosa se derretía y se desprendía de los huesos, huesos que se calcinaban y se consumían. La llamarada sagrada se extinguió. De los draconianos sólo quedaban manchas oleosas en el pavimento.

—¡Maldición! —exclamó Kitiara, impresionada.

La cólera del dios proporcionó arrojo y fortaleza a los otros. Sturm y Flint se lanzaron al ataque contra los otros draconianos que, al presenciar la muerte espantosa de sus compañeros, frenaron la carrera hacia el clérigo. El hermano de Laurana siguió llamándola a voces.

—La encontraré —gritó el clérigo al tiempo que se daba media vuelta y miraba hacia donde estaba Kitiara.

Ésta giró sobre sus talones y regresó al lugar donde el sivak todavía sujetaba con fuerza a Laurana sin apartarle el cuchillo del cuello. Le había atado las manos con una tira de cuero que había cortado de la túnica que llevaba la elfa.

—¿Qué ha sido esa luz intensa y todos esos gritos?

—Tus baaz han estallado en llamas. Al parecer Paladine no es el dios débil y quejicoso que nuestra reina dice que es —contestó Kitiara. El sivak negó con la cabeza.

—Baaz —masculló con desagrado—. ¿Qué se puede esperar de esos? —Se encogió de hombros, esbozó una mueca que quería ser una sonrisa y dio palmaditas a la bolsa de dinero que Kit le había entregado—. Menos para repartir las ganancias.

—No disponemos de mucho tiempo. El clérigo viene hacia aquí en busca de la elfa. —Kit se puso en cuclillas para estar cara a cara con Laurana—. Pásame el cuchillo y vigila el callejón. Si se acerca, avísame.

El sivak hizo lo que le ordenaba y corrió hasta el final del callejón. Laurana se abalanzó de repente e intentó ponerse de pie.

Kitiara le dio un ligero puñetazo en la mandíbula, no tan fuerte como para dejarla sin sentido pero sí lo bastante para aturdirla. Laurana cayó hacia atrás y Kit le plantó una rodilla en el pecho al tiempo que le acercaba el cuchillo a la garganta. Un hilillo de sangre se deslizó por la piel alabastrina.

—Voy a matarte —dijo desapasionadamente la guerrera. Estaba ronca de toser y la voz le sonó áspera.

Laurana miró a Kitiara con expresión desafiante, sin rastro de temor.

—Sólo quiero que sepas que no soy un asesino a sueldo —siguió Kitiara—. Quiero que sepas por qué...

Kit captó un movimiento por el rabillo del ojo. Alzó la cabeza y vio a tres hombres que salían del humo. Empuñaban espadas ensangrentadas y uno de ellos sostenía una antorcha encendida para alumbrar el camino a través de la humareda y la creciente oscuridad que anunciaba la noche. La luz de la antorcha daba de lleno en el rostro de uno de ellos y Kitiara lo reconoció al punto.

Barbotó todas las blasfemias que conocía.

Derek Crownguard y sus dos amigos avanzaban callejón abajo con paso decidido. Kit no tenía ni idea de qué hacían allí cuando deberían estar buscando el Orbe de los Dragones, pero eso poco importaba ahora. Lo importante era que no debía verla. Si lo hacía, si la reconocía como integrante del bando enemigo, se plantearía de inmediato por qué lo mandaba el enemigo en busca de un Orbe de los Dragones. Sospecharía y quizá hasta se negaría a seguir adelante con la misión, con lo que echaría a rodar el plan de la consentida de Ariakas.

Por si fuera poco, el sivak empezó a sisearle desde la otra punta del callejón.

—¡Señora! Más vale que aligeres si quieres matarla. ¡Ese clérigo viene hacia aquí!

Kitiara acercó el cuchillo a la garganta de la elfa.

—Venga, acaba conmigo —dijo Laurana, ahogada en llanto—. Quiero morir. Así me reuniré con él.

«*Tanis —dijo Kit para sus adentros—. Se refiere a Tanis. ¡Cree que Tanis ha muerto! ¡Todos creen que ha muerto!*»

Entonces lo vio todo muy claro: la posada desplomándose; Tanis enterrado bajo los escombros; estos pocos escapando; el grupo de amigos separado.

«*Pues claro, unos y otros deben pensar que los demás han muerto. No seré yo quien saque de su error a mi rival.*»

Kitiara se guardó el cuchillo en la bota y se puso de pie.

—Lo siento, hoy no tengo tiempo para matarte, pero tú y yo volveremos a encontrarnos, princesa.

Se oyeron los arañazos de las zarpas del sivak en los adoquines. Frenó con un patinazo y se quedó mirando a los caballeros de hito en hito. Al verlo, los tres hombres gritaron y echaron a correr hacia el draconiano.

Un clérigo encolerizado a un extremo del callejón y tres caballeros solámnicos al otro.

—¡Por aquí! —dijo el sivak al tiempo que señalaba hacia arriba.

Un balcón en la primera planta se proyectaba sobre la calleja. Salían volutas de humo por el techo, pero el fuego todavía no se había extendido por todo el edificio. El sivak se agazapó debajo del balcón y después dio un salto. Las fuertes patas lo impulsaron en el aire. Tenía los brazos largos y delgados y se aferró al borde del balcón, se subió a él y saltó sobre la barandilla. Agachado, le tendió la mano a Kitiara. La mujer se agarró a la muñeca del draconiano y el sivak la izó a pulso.

El sivak se encaramó a la barandilla y mantuvo el equilibrio con dificultad. Con otro salto, éste más corto, llegó al tejado; clavó las garras en la cubierta del tejado, se quedó colgado un instante mientras pataleaba frenéticamente, y por fin consiguió subir una de las piernas. Tendido boca abajo, izó a Kitiara a continuación.

Kit miró abajo. Uno de los caballeros se inclinaba sobre Laurana. Los otros dos los miraban fijamente, como planteándose la posibilidad de ir tras ellos. Kit no creía que lo hicieran y tenía razón. Con centenares de soldados enemigos deambulando por la ciudad no tenía sentido perder un tiempo muy valioso persiguiendo a dos de ellos. El clérigo —que podría haberles causado algún daño incluso desde lejos— se había agachado para ocuparse de Laurana.

El sivak gritó a Kit y la mujer echó a correr tras él a lo largo del tejado. Desde su aventajada posición vio que los restantes draconianos huían calle abajo, en absoluto dispuestos a arriesgar la vida habiendo presas más fáciles de abatir en otras partes de la ciudad condenada. Entre ellos se encontraban los que Kitiara había llevado como escolta.

—¡Baaz! —El sivak negó con la cabeza.

Kit y él se desplazaron sin precipitación y fueron de tejado en tejado hasta que no encontraron más edificios en su camino. El sivak podría haber saltado al suelo en cualquier momento contando con las cortas y atrofiadas alas para descender a la calle. Sin embargo, se quedó con Kit hasta que encontró otro balcón a poca distancia del tejado. Desde allí, Kit saltó a la calle sin dificultad.

Aunque la mujer le aseguró que no correría peligro, el sivak no se separó de ella.

—Conozco estos barrios. Te puedo enseñar cómo salir de la ciudad —le dijo el draconiano, y Kit, que no tenía ni idea de dónde estaban, aceptó su ayuda.

Todavía ardían fuegos, y seguirían así hasta que los edificios se consumieran porque no había nadie que los apagara. Los dragones rojos se habían ido volando al caer la noche para descansar y regodearse con la fácil victoria. Por la ciudad deambulaban soldados draconianos, goblins y humanos leales a la Reina Oscura que buscaban diversión. No había nadie al mando. El Señor del Dragón Toede se había mantenido bien lejos de la lucha. No se acercaría a Tarsis hasta tener la seguridad de que no había peligro. Si hubiera habido

oficiales en la ciudad, ningún mando habría osado refrenar a las tropas, ebrias de licor y sangre, por miedo a que se revolvieran contra él. Tampoco es que hubiera muchos oficiales que hicieran tal cosa. La mayoría estaban tan borrachos o más que sus soldados.

—Que idea tan estúpida atacar Tarsis —comentó el sivak.

Un goblin borracho se cruzó en su camino dando bandazos. El sivak le atizó un puñetazo en la mandíbula y luego apartó de una patada el cuerpo tendido en el suelo.

—No podremos conservar la ciudad en nuestro poder —prosiguió el draconiano—. No hay líneas de suministro. Nuestras tropas estarán aquí dos días, tal vez tres, y después se verán obligadas a retirarse. —Miró a Kitiara de soslayo y añadió con voz triste:

»A menos, claro, que este ataque fuera idea tuya, Señora del Dragón. Entonces diré que ha sido una genialidad.

—No. —Kit negó con la cabeza—. No fue idea mía. Se gestó en el cerebro febril de vuestro Señor del Dragón.

Durante un instante el sivak pareció desconcertado.

—Toede —dijo Kitiara—. Señor del Dragón del Ejército Rojo. —Señaló la insignia que el sivak llevaba en los correaes. Después la observó con más atención y sonrió.

Los dos llegaron a las puertas de la ciudad y el sivak se detuvo. Miraba hacia atrás, seguramente con la idea de volver para reclamar su parte de las riquezas que quedaran.

—Sólo que tú no estás con el Ejército Rojo, ¿verdad? —dijo Kitiara.

—¿Eh? —El sivak volvió bruscamente la cabeza para mirarla—. Pues claro que sí —afirmó, al tiempo que señalaba la insignia.

—La llevas puesta boca abajo —indicó secamente Kitiara.

—¡Oh! —El draconiano esbozó una sonrisa avergonzada y enderezó la insignia—. ¿Mejor así?

—Si te descubren, te colgarán. Es lo que les hacen a los desertores.

—Yo no he desertado. —El sivak agitó una garra en el aire—. Mi oficial y yo oímos lo del ataque a Tarsis y se nos ocurrió que podríamos sacar tajada. Decidimos traer a los muchachos, echar una ojeada y ver qué se podía pillar.

—¿Quién es tu oficial?

—¿Sabes? Con todo el jaleo y tanta emoción creo que se me ha olvidado el nombre —contestó el sivak mientras se rascaba la cabeza y sonreía—. No me malinterpretes, señora. Cumplimos con nuestro deber hacia la reina, pero seguro que no le molestará que saquemos algo de ganancia por nuestra cuenta. Somos lo que podríamos llamar contratistas independientes. Nos aseguramos de conseguir en esta guerra algo más que raciones agusanadas y servicios en letrinas. —La miró de soslayo—. ¿Vas a intentar arrestarme, señora?

Kitiara rompió a reír.

—Después de todo por lo que hemos pasado esta tarde, no. Me has servido bien. Puedes volver con tu oficial. Mi campamento está cerca y a partir de aquí no creo que corra peligro. Gracias por tu ayuda. —Le tendió la mano—. Espero que no te importe decirme tu nombre.

—Slith, señora —contestó el sivak. Tras una ligera vacilación, extendió la garra.

—Me alegro de haberte conocido, Slith. Yo soy...

—La Dama Azul. Todo el mundo te conoce, señora —Slith habló con admiración.

Los dos se estrecharon mano y garra y después el sivak dio media vuelta y se encaminó hacia el amasijo de escombros, sangre y ceniza que antes había sido Tarsis.

—¡Eh, Slith! —lo llamó Kitiara—. ¡Si alguna vez dejas de ser un contratista independiente, ven a trabajar para mí!

El sivak se echó a reír, se volvió de nuevo y agitó la garra, aunque no se detuvo en ningún momento.

Kitiara echó a andar. La llanura se extendía ante ella. Allí, lejos del caos que reinaba dentro de la ciudad, la noche era silenciosa y oscura. La nieve crujía bajo sus botas, negras de hollín y ceniza. Sombras furtivas se deslizaban a su alrededor amparadas en la noche; supervivientes que habían tenido la suerte de haber escapado de Tarsis.

Kit los dejó en paz.

*Salvar al kender*  
*Huida de Tarsis*

Cuando abandonó la biblioteca, Brian no esperaba salir vivo de Tarsis. Imaginaba que se enfrentarían a un enemigo bien organizado y resuelto, como las fuerzas de la Dama Azul a las que habían combatido en el castillo de Crownguard, en Vingaard, y decidió morir valerosamente y llevarse por delante todos los draconianos que pudiera. En cambio, lo que sus compañeros y él encontraron cuando entraron en las calles fue una turba ebria y sin cabecilla más interesada en saquear, desvalijar, matar y violar que en conquistar.

Los dragones rojos representaban la mayor amenaza, y mientras estuvieron en el aire arrojando fuego sobre la ciudad y sus indefensos habitantes, los caballeros corrieron peligro. Buscaron refugio de las bestias lo mejor que pudieron y se metieron en portales o debajo de escombros cuando los dragones volaban por encima de ellos escupiendo llamaradas y atrapando con las garras alguna que otra desventurada persona que devoraban en el aire.

Amigos y enemigos corrían peligro con los dragones, porque los rojos no tenían escrúpulos en achicharrar pellejos de goblins ni les remordía ver a los draconianos chisporrotear mientras se freían. En cierto momento, Brian se escondió debajo de un roble que seguía ardiendo sin llama junto a un goblin acurrucado, y ninguno de los dos osó mover un solo músculo mientras el dragón rojo hacía pasadas bajas en busca de más víctimas. Cuando el dragón se hubo marchado, el goblin echó un trago de algún líquido que llevaba en un grasiento odre de agua y, tras un instante de vacilación, se lo ofreció a Brian. Quizá el caballero hubiera tenido que matar a la criatura, pero fue incapaz. Los dos habían compartido unos instantes de terror y los dos habían sobrevivido. Brian rehusó cortésmente y agitó la mano en un gesto que indicaba que el goblin podía irse. El goblin se encogió de hombros y, tras echarle una ojeada recelosa, saludó a Brian con una inclinación de cabeza y salió por pies. Derek se pasó los siguientes diez minutos sermoneándole severamente por su absurda sensiblería.

Los caballeros se habían abierto paso por las calles hasta la posada El Dragón Rojo haciendo cuanto estaba en su mano para salvar a gente del brutal enemigo o para aliviar el sufrimiento de los moribundos. Casi todos los enemigos que se cruzaban con los caballeros echaban un vistazo a los semblantes sombríos y las espadas ensangrentadas y, a menos que fueran osados o estuvieran más borrachos que la mayoría, huían. Los caballeros comprendieron en seguida que una vez que el ejército de los dragones hubiera aniquilado Tarsis, los soldados se marcharían escabulléndose en la noche cargados con el producto del saqueo y con esclavos. En los planes del Señor del Dragón no entraba la ocupación de la ciudad, sino simplemente destruirla.

Derek no se desvió en ningún momento de su objetivo, que era encontrar la posada El Dragón Rojo y descubrir qué había sido del kender. Pero mientras recorrían una calle lateral cercana a la posada, se encontraron con un draconiano y un soldado humano inclinados sobre una mujer caída en el suelo, obviamente con malas intenciones. Los caballeros corrieron a rescatar a la mujer, pero antes de que llegaran hasta ellos, el draconiano y el soldado huyeron por los tejados amparados en la oscuridad.

—¿Los perseguimos? —preguntó Aran, fatigado.

Todos estaban exhaustos y medio asfixiados por el humo. Brian sentía la garganta en carne viva de tanto toser y la boca reseca por la sed. No se atrevían a beber el agua de los pozos porque en todos tenía un tinte rojizo.

—No tiene sentido —contestó Derek mientras negaba con la cabeza—. Brian, comprueba si la mujer ha sufrido algún daño. Aran, ven conmigo. La posada está en la siguiente manzana.

Brian se acercó rápidamente para prestar asistencia a la mujer y encontró a un hombre de mediana edad que la ayudaba a ponerse de pie. El caballero supuso que eran familiares hasta que, al distinguir mejor los rasgos de la mujer, vio que era una elfa. A pesar de tener el rostro sucio de polvo, hollín, sangre y con churretes de haber llorado, su belleza lo dejó sin aliento.

El hombre se incorporó al ver hombres armados y se situó delante de la elfa en actitud protectora, dispuesto a defenderla. Brian vio que el hombre tenía barba y que vestía una túnica que debía de ser blanca, si bien ahora estaba gris por el hollín y las cenizas que llovían sobre la ciudad. Se mantenía erguido, alta la cabeza, sin denotar temor a pesar de que no portaba armas. Un medallón que le colgaba sobre el pecho titiló bajo la intensa luz rojiza. Era un clérigo. Un clérigo y una elfa.

—No temas, señor, soy un Caballero de Solamnía —anunció Brian. Dio media vuelta y gritó—: ¡Derek, los he encontrado! —Después se volvió de nuevo hacia las dos personas que lo miraban con asombro—. Debes de ser Elistan, imagino —añadió—. Y tú, Laurana de Qualinesti. ¿Estás herida, señora? ¿Te hicieron daño?

—No, pero ésa era su intención —contestó Laurana, que parecía aturdida, abrumada—. Fue todo tan... descabellado. Al parecer, uno de ellos me conocía. Dijo unas cosas extrañísimas sobre mí, pero ¿cómo es posible tal cosa?

Elistan la rodeó con el brazo y la elfa se apoyó en él, temblorosa.

—No le vi la cara porque la llevaba cubierta con un tapabocas, pero vi sus ojos... —La sacudió un escalofrío.

—¿Cómo es que sabéis quienes somos, caballeros? —preguntó Elistan cuando Derek y Aran se reunieron con ellos.

Una ráfaga de aire había arrastrado remolinos de humo calle abajo y ambos sufrían un ataque de tos.

—Dejemos las preguntas para más tarde, señor —dijo Derek en tono perentorio—. Todavía corréis peligro. ¿Dónde están el kender, Brightblade y el resto del grupo? —Miró a su alrededor—. ¿Y Tanis Semielfo?

Laura sollozó al oír ese nombre y se llevó la mano a la boca. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y se tambaleó, conmovida. Elistan la sujetó y un elfo llegó corriendo junto a ella. Brian reconoció al elfo como Gilthanas. Había estado con Tanis y los otros en la biblioteca. Gilthanas miró a los caballeros e hizo una ligera inclinación de cabeza; a continuación atendió a su hermana, solícito. Le habló suavemente en su idioma.

—Yo me quedo con ella —le dijo en un aparte a Elistan—. Tú ve con el kender.

—Kender —repitió Derek—. ¿Te refieres a Burrfoot? ¿Dónde está?

—Tasslehoff resultó herido al caerle encima una viga —explicó Elistan mientras guiaba a los caballeros callejón abajo—. Estuvo a punto de morir, pero Paladine, en su clemencia, nos lo trajo de vuelta. Está allí, con los otros.

Brian miró a Derek, que hizo un gesto de incredulidad con la cabeza y esbozó una sonrisa burlona.

—¡Hola de nuevo, caballeros! —gritó Tasslehoff mientras agitaba la mano. Acto seguido se puso a toser al entrarle el humo en la garganta.

—¿Seguro que se encuentra bien? —preguntó Brian, asombrado—. ¡Fijaos!

Señaló las ropas del kender, que estaban rasgadas y cubiertas de sangre. El otrora garboso copete estaba enmarañado y apelmazado por la sangre. La cara y los brazos presentaban muchas magulladuras, si bien parecía que los moretones iban perdiendo color.

Tasslehoff respondió a la pregunta de Brian incorporándose resueltamente de un salto.

—¡Estoy bien! —anunció—. Un edificio cayó encima de mí, ¡cataplum! Se me aplastaron las costillas y respiraba de una forma muy rara, cuando podía respirar, que casi nunca lo lograba, y el dolor era muy fuerte. Pensé que estaba en las últimas. ¡Pero Elistan le pidió a Paladine que me salvara y lo hizo! ¡Imaginaos! —añadió el kender, enorgullecido, e hizo una pausa para toser—. ¡Paladine me salvó la vida!

—Que se tomara esa molestia es algo que escapa a mi comprensión —comentó el enano, que a continuación dio unas palmaditas al kender en la espalda—. ¡A Reorx no lo pillarías salvando la vida a un kender tan tonto que deja que una casa se le caiga encima!

—¡Yo no dejé que la casa se me cayera encima! —explicó pacientemente Tas—. Pasaba corriendo por delante, sin meterme donde no me llamaban, y la casa dio una especie de salto y se sacudió, y cuando quise darme cuenta... ¡Eh, Laurana!, ¿te has enterado? ¡Una casa se me cayó encima y Paladine me ha salvado!

—¡Basta ya! —lo interrumpió Derek—. ¡Hemos de darnos prisa! Este sitio sigue plagado de enemigos. ¿Dónde está el resto del grupo, Brightblade? El semielfo y lady Alhana.

—Nos separamos en medio del caos —contestó Sturm. Saltaba a la vista que estaba exhausto; líneas de pesar y dolor le surcaban el semblante—. La posada recibió el impacto ígneo de un dragón. Los otros...

Sturm fue incapaz de seguir hablando. Negó con la cabeza.

—Entiendo. Lamento tu pérdida, pero hemos de poneros a salvo a ti y a tus amigos —insistió Derek.

—¡Pérdida! —gritó Tasslehoff con voz aguda—. ¿Qué pérdida? ¿De qué hablas? ¡Aún no podemos marcharnos! ¿Qué pasa con Tanis? ¿Y Raistlin y Caramon?

Flint se tapó la cara con la mano.

—Tas —empezó Sturm con voz queda mientras hincaba la rodilla en tierra y apoyaba las manos en los hombros del kender—, ya no podemos hacer nada por ellos. La posada se derrumbó y él y los demás quedaron enterrados bajo los escombros...

—¡No te creo! —exclamó Tas, que se soltó de las manos de Sturm de un tirón y se dirigió con pasos tambaleantes hacia el edificio—. ¡Tanis! ¡Caramon! ¡Raistlin! ¡No os rindáis! ¡Voy a salvarlos!

No llegó muy lejos porque las rodillas se le doblaron y se desplomó. Sturm lo levantó del suelo y lo llevó de vuelta donde esperaban los caballeros.

—¡Suéltame! ¡Tengo que salvarlos! ¡Paladine los traerá de vuelta! ¡Conmigo lo hizo! —Tas forcejeó para soltarse de los brazos de Sturm.

—Tas —empezó Elistan al tiempo que daba palmaditas al kender en el hombro cuando Sturm lo dejó en el suelo—, nuestros amigos están ahora con los dioses. Tenemos que dejarlos partir.

Tas negó con la cabeza con gesto obstinado, pero dejó de forcejear y los gritos dieron paso a sollozos.

—Te necesito, Tas —añadió Laurana con voz temblona. Lo rodeó con el brazo—. Ahora que Tanis... Ahora que Tanis no está...

Tasslehoff agarró la mano a Laurana y se la apretó con fuerza.

—Yo cuidaré de ti, lo prometo —dijo.

Derek reunió al grupo y lo condujo calle abajo, en dirección a la puerta del sur. Espada en mano, Aran se puso a la cabeza. Como hacía siempre, Brian cerraba la marcha. Derek no se apartó del kender.

«¡Dos días! —pensó Brian—. Hace sólo dos días que entré por esa misma puerta. Han ocurrido tantas cosas que más parece que



*hayan pasado dos años.»*

Estuvo tentado de correr de vuelta a la biblioteca, con Lillith. Que Derek y Aran continuaran con la búsqueda del Orbe de los Dragones. Se paró en la calle y dejó que los demás siguieran delante.

Derek y Aran. Brian suspiró profundamente. Esos dos nunca llegarían al Muro de Hielo sin estar él para mediar entre ellos, para refrenar la ambición de Derek, para apaciguar las reacciones impulsivas del impetuoso Aran. Se había comprometido con el Consejo de Caballeros a participar en esta misión y no podía abandonar a su jefe ni faltar a la palabra dada.

Lillith cumplía su promesa. Aunque bromeaba con el hecho de ser hija de un caballero, era una verdadera solámnica. La decepcionaría si rompía su juramento. Aun así, no soportaba la idea de marcharse sin saber qué había sido de ella. Sabía las cosas horribles que los draconianos les hacían a las mujeres.

Una mano le rozó el brazo. Brian alzó la vista y encontró a Elistan de pie a su lado.

—Lillith está en manos de Gilean —le dijo el clérigo—. No tienes que temer por ella ni por los otros. Están a salvo. Los draconianos no los han encontrado.

Brian se quedó mirando al clérigo con estupefacción.

—¿Cómo sabes...?

Elistan le sonrió. Era una sonrisa cansada y triste, pero reconfortante. Después fue a reunirse con los demás, y Brian, tras un instante de vacilación, corrió también junto a ellos.

Laurana caminaba cogida de la mano de Tas y Gilthanas marchaba muy cerca de ella. Flint les iba pisando los talones; Elistan apoyó la mano en el hombro del enano en un gesto de consuelo. Sturm iba detrás de todos, en actitud protectora.

Brian los observó con curiosidad. No había otro grupo de amigos más fuera de lo normal que aquél: humanos, elfos, enano, kender... Sin embargo, entre ellos existía un sentimiento mutuo de amistad y cariño tan fuerte que nada podía romperlo, ni siquiera la muerte.

Era esa amistad la que los ayudaba a seguir adelante incluso después de una pérdida tan devastadora, comprendió Brian. Cada uno de ellos dejaba de lado su dolor para consolar y dar fuerza a los demás.

Brian sintió una punzada de envidia. Aran, Derek y él eran amigos desde la infancia y, aunque en otros tiempos habían estado tan unidos como esa gente, ahora ya no era así. Derek había alzado un muro que lo separaba de ellos dos y se había encerrado en el alcázar de su alma. Aran ya no confiaba en Derek. Estaba allí para asegurarse de que no fracasara. *«O, tal vez —pensó tristemente Brian— está aquí para asegurarse de que fracase. Después de todo, está de parte de Gunthar...»*

Y él estaba pillado en medio, era el único que veía ensancharse las brechas que los separaban, el único que se daba cuenta de que quizá todos acabarían precipitándose en esas grietas oscuras y nunca conseguirían hallar la salida.

Los caballeros y quienes estaban bajo su protección abandonaron Tarsis sin incidentes. Ningún soldado enemigo los atacó ni los molestó y ni siquiera les prestaron mucha atención. Tarsis yacía en un charco de su propia sangre, sacudida por los estertores de la muerte. Los ojos se le estaban poniendo vidriosos y se le cerraban a la luz. Cuando salían por la puerta de la ciudad que los dragones habían destrozado, Brian vio al guardia al que había dado dinero muerto en el suelo, tendido en un charco de sangre.

Los caballeros condujeron a sus protegidos sanos y salvos a las colinas, a la cueva donde habían acampado días antes. Brian no podía conciliar el sueño y se ofreció para hacer el primer turno de guardia. Se sentó en la ladera de la colina y contempló los fuegos de la ciudad arder con violencia, los vio perder fuerza y reducirse a chisporroteos, y por fin, cuando ya no había nada que consumir, se extinguieron.

Igual que Tarsis.

*Iolanthe miente*  
*Skie se rebela*

Lejos de Tarsis, en la ciudad de Neraka, en la pequeña vivienda situada encima de la tienda de artículos de magia, Iolanthe vio desaparecer la imagen de Kitiara junto con las volutas de humo y los rizos de pelo.

—Ése era el último mechón, milord —dijo Iolanthe—. A menos que consiga más, ya no puedo realizar el hechizo.

—Da igual. —Ariakas plantó las manos en la mesa y se puso de pie. Permaneció inmóvil unos segundos y contempló, ceñudo, los últimos rastros de humo—. Ahora sé todo cuanto necesito saber. —Mientras salía, volvió la cabeza y añadió:— Se te emplazará para que asistas a su juicio.

—¿Juicio, milord? —Iolanthe había enarcado las cejas. Ariakas no solía preocuparse de tales formalidades. El emperador hizo un gesto de resignación.

—Kitiara es una Señora del Dragón. Sus tropas y, lo que es más importante, sus dragones, le son ferozmente leales. Habría problemas si me limito a acabar con ella. Sus crímenes han de hacerse públicos. Testificarás lo que ha revelado tu magia.

—No puedo hacer eso, milord —replicó Iolanthe. El hombre se detuvo en la puerta, ensombrecido el semblante de ira—. He jurado a Nuitari, dios de la luna negra, que nunca revelaría el secreto de ese conjuro —añadió ella con actitud respetuosa—. Mi vida correría peligro si rompiera ese juramento.

—Tu vida corre peligro ahora mismo, Iolanthe —gruñó Ariakas, prietos los puños.

Iolanthe tembló, pero no dio su brazo a torcer.

—Te honro y te respeto, milord —dijo en voz baja—, pero Nuitari es mi dios.

Pisaba terreno firme. Ariakas creía en los dioses, y aunque no servía a Nuitari, ya que debía lealtad a la madre de Nuitari, la reina Takhisís, reverenciaba y temía al dios de la magia negra. Incluso el emperador de Ansalon era reacio a hacer algo que despertara la ira de Nuitari.

Ariakas la miró fijamente en un intento de intimidarla, pero ella aguantó el escrutinio con firmeza, impasible, y le sostuvo la mirada. Ariakas soltó un gruñido y después dio media vuelta y salió del cuarto a grandes zancadas. Cerró tras de sí de un portazo, tan fuerte que temblaron las paredes.

Iolanthe jadeó y se estremeció de alivio; se sentó pesadamente en una silla, demasiado débil para seguir de pie. Se sirvió un vaso de aguardiente de vino con manos temblorosas, bebió el ardiente líquido y se sintió mejor.

Cuando las manos dejaron de temblarle, cogió la bolsa de seda y sacó otro rizo de cabello negro. Iolanthe se enroscó el mechón en los dedos, pensativa, fija la mirada en las llamas, y sonrió.

\* \* \*

Kit regresó al campamento bajo la luz gris del amanecer. Había esperado con ansia encontrar allí a Tanis, pero resultó que Skie aún no había vuelto con el premio que le había enviado a buscar. Kit se fue a dormir y dio orden de que los guardias la despertaran en cuanto apareciera el dragón. Durmió todo el día y buena parte de la noche. Cuando por fin se despertó, Skie seguía sin dar señales de vida.

Pasados unos días sin tener noticias de los dragones, Kitiara estaba de un humor de perros, además de preocupada. Les hacía la vida imposible a los draconianos, que procuraban evitarla todo lo posible. Tuvo tiempo de sobra para pensar, y no sólo en Tanis, sino también en su rival. Decidió que se alegraba de no haber matado a Laurana. Kitiara era competitiva en todo.

—No deseé a Tanis hasta que descubrí que otra mujer podría quitármelo —comprendió Kit—. Así las cosas, hacerlo mío de nuevo será mucho más dulce. —Esbozó una sonrisa sesgada—. Quizá cuando me canse de él le enviaré lo que quede a la doncella elfa.

Acostada en la cama, de noche, sola, se entretuvo imaginando lo que haría cuando Skie le trajera a Tanis.

—Me enfadaré. Le diré que he descubierto su infidelidad. Lo acusaré de dejarme por Laurana. Lo negará, por supuesto, pero no le

haré caso. Despotricaré, me encresparé y llegaré al frenesí. Nada de lágrimas. No aguanto a las mujeres que lloran. Me suplicará que le perdone. Me tomará en sus brazos y me resistiré. Le clavaré las uñas hasta hacerle sangre y él silenciará mis maldiciones con sus labios. Cederé poco a poco. Muy, muy despacio...

Kitiara se durmió con una sonrisa en los labios, una sonrisa que desapareció cuando la reina Takhisis le hizo otra visita en sueños y la apremió, le suplicó, la aduló. Al parecer, lord Soth no había entrado aún en guerra. Kit se despertó atontada y de mal humor y descubrió que Skie y los otros dragones azules por fin habían regresado.

Kit corrió a reunirse con ellos pero se encontró con que habían fracasado estrepitosamente.

—Perseguimos a los malditos grifos durante días —le explicó Skie—. No conseguimos alcanzarlos y finalmente los perdimos.

El dragón azul tenía el gesto hosco.

—No tengo ni idea de dónde está el semielfo —añadió en respuesta a las preguntas de la mujer—. Y me trae completamente sin cuidado.

Kitiara estaba fuera de sí. Toda la misión a Tarsis había sido una pérdida de tiempo, de dinero y de energías. Tenía que echarle la culpa a alguien y le tocó a Toede. Estaba escribiendo un informe corrosivo sobre el hobgoblin en el que recomendaba que se le relevara del cargo —además de dejarlo sin cabeza— cuando llegó un mensajero a lomos de un dragón con la orden de que se presentara en Neraka para asistir a una asamblea de urgencia de los Señores de los Dragones.

—No vayas —dijo bruscamente Skie mientras Kitiara se ponía el yelmo.

—¿Qué? No seas tonto. Pues claro que iré. Presentaré los cargos contra Toede en persona. Es mucho más eficaz. ¿Qué te pasa? —preguntó al ver que Skie agachaba la cabeza y encorbaba los hombros.

—¿De qué trata esa asamblea urgente? —quiso saber el dragón.

—Ariakas no lo dice —contestó Kit al tiempo que se encogía de hombros—. Quizá sea por el desastre de Tarsis, o tal vez tenga que ver con el asunto del Caballero de la Muerte.

Con los brazos en jarras, miró fijamente al dragón.

»¿Por qué no debería ir?

Skie siguió callado unos instantes, cavilando.

—Porque te equivocaste —dijo después—. Te equivocaste al traernos aquí para perseguir a tu amante. Te equivocaste al enviarnos tras él y te equivocaste doblemente al poner tu vida en peligro para buscar a tu rival como una ramera celosa...

—¡Cállate! —gritó Kitiara, furiosa.

Skie guardó silencio pero agitó la cola, clavó las garras en el suelo y resolló varias veces. La miró y después apartó la vista.

—Me voy a Neraka —anunció Kitiara.

—Entonces, búscate otro dragón —replicó Skie, que extendió las alas, se dio impulso con las patas traseras, remontó el vuelo y puso rumbo norte, de vuelta a Solamnia.

Plantada en tierra, Kitiara lo siguió con la mirada y continuó así, sin salir de su asombro, hasta que desapareció. Entonces se quitó el yelmo de dragón, se lo puso debajo del brazo, giró sobre sus talones y echó a andar.

*Huida de Tarsis  
Peligro desde lo alto  
La decisión de Laurana*

A la mañana siguiente, el humo de la pira funeraria en que se había convertido Tarsis siguió elevándose al cielo. Empezó a nevar y aquella fecha se recordaría para siempre como el Día de la Nieve Negra porque los copos se tiñeron de hollín y cenizas. La nieve negra se posó sobre los cadáveres tirados en las calles y sobre los draconianos comatosos que yacían inconscientes por el exceso de aguardiente enano. Al final del día, los oficiales estaban lo bastante sobrios para empezar a despabilar a sus hombres; la poderosa fuerza del Ejército Rojo —sin órdenes de hacer lo contrario— se puso en marcha y avanzó desordenadamente de vuelta al norte.

Los tres caballeros despertaron temprano de un sueño que había sido breve, frío e incómodo, e hicieron un balance de su situación. No tenían caballos; los animales habían escapado durante el ataque a la ciudad o, lo que era más probable, los habían robado. Se habían apropiado de las gualdrapas que encontraron en el establo para usarlas durante la noche. Tas había encontrado una prenda de abrigo gruesa, forrada de piel y con capucha para Laurana, que se hallaba dentro de la posada al iniciarse el ataque y había tenido que salir a la calle vestida sólo con una túnica de cuero encima de una camisa de algodón y pantalones, también de cuero, remetidos en botas del mismo material. Los demás llevaban prendas adecuadas para el frío. Sin embargo, no tenían comida. Bebieron agua de nieve derretida; y poca, porque sabía a sangre. Derek había aprovechado las horas que había estado de guardia para hacer planes.

—Viajaremos hacia el sur, en dirección a Rigitt —dijo—. Una vez allí, nos separaremos...

—¿Y si han atacado también Rigitt? —lo interrumpió Aran—. Podríamos encontrarnos metidos en otro infierno como el de aquí. —Con el pulgar señaló hacia las ruinas humeantes de la ciudad.

—No creo que Rigitt corra ningún peligro —arguyó Derek—. Los ejércitos de los dragones no tienen intención ni suficientes efectivos para conservar el control de Tarsis. Cuando lleguemos a Rigitt, Aran comprará pasajes en un barco y escoltará a Gilthanas, Laurana y Elistan de vuelta a Solamnia. Desde allí, los elfos pueden buscar a los suyos y Elistan hacer lo que mejor le parezca. Brian y yo nos llevaremos al kender y embarcaremos hacia el glaciar... —Al ver que Aran negaba con la cabeza, Derek interrumpió la exposición del plan que tenía pensado—. ¿Qué te pasa? —inquirió, enfadado.

—No quedará ni un sólo barco en la ciudad, Derek —explicó Aran con irritación. Tanteó en busca de la petaca y recordó que estaba vacía; era inusual en él ese humor irascible—. Aun en el caso de que Rigitt no hubiera sufrido un ataque, sus habitantes estarán convencidos de que ellos serán los siguientes y estarán abandonando la ciudad en cualquier cosa que flote.

Derek frunció el entrecejo, pero no tenía argumentos con los que oponerse a la verdad de tal razonamiento.

—Voy al glaciar con vosotros —manifestó firmemente Aran—. No vas a librarte de mí con tanta facilidad.

—No tengo intención de «librarme de ti» —replicó Derek—. Me preocupa el bienestar de los hermanos elfos. Son de la realeza, después de todo. También me preocupa el caballero mayor. Por eso he propuesto que vayas con ellos. Y aún creo que es una buena idea. Si encontramos un barco...

Aran empezó a discutir y Brian se apresuró a intervenir.

—Quizá podamos alquilar un pesquero —sugirió—. Los pescadores son tipos duros. No se asustan con facilidad y tienen que ganarse la vida. Es poco probable que echen a correr llevados por el pánico.

Derek y Aran convinieron en lo acertado de su sugerencia, si bien Aran rezongó un poco. Sin embargo, eso puso fin a la discusión y los tres hablaron de ello y tomaron en consideración otras opciones, por lo que, de momento, el asunto de cómo se dividiría el grupo se postergó.

Gilthanas se hallaba en la boca de la cueva y escuchaba la conversación de los caballeros. Oyó pasos detrás y se volvió a medias. Vio que era Laurana y se llevó el dedo a los labios para advertirle que guardara silencio.

—¿Por qué? —susurró su hermana.

—Para poder oír lo que traman —contestó.

—¿Lo que traman? —repitió Laurana desconcertada—. Hablas de los caballeros como si fueran enemigos.

—Hablan de ir al Muro de Hielo a buscar un Orbe de los Dragones.

Chistó para evitar que su hermana añadiera algo más y siguió atento a la conversación. Sin embargo, los caballeros habían terminado de hablar, se habían puesto de pie y se estiraban para desentumecer los músculos agarrotados y fríos.

Gilthanas agarró a Laurana y la alejó rápidamente de la entrada hacia el interior oscuro de la cueva, donde Flint, Elistan y Tasslehoff dormían aún, acurrucados unos contra otros para darse calor.

Laurana los contempló con envidia. Estaba muerta de cansancio, pero no había sido capaz de conciliar el sueño. Cada vez que se dormía volvía a ver aquellos ojos oscuros y crueles, volvía a sentir la punta del cuchillo pinchándole la garganta y el terror reaparecía y la despertaba con un sobresalto. Estando despierta recordaba a Tanis y la pena la desgarraba por dentro. Estaba muerto y su alma había muerto con él. Ni siquiera tenía el pequeño consuelo de poder darle sepultura y entonar los himnos de alabanza y de amor que lo guiarían en el trayecto a la siguiente etapa del viaje de su vida. Ojalá se hubiera ido con él...

—Laurana, ¿me estás escuchando? Esto es importante.

—Sí, Gil —mintió la elfa, que recordaba vagamente lo que su hermano había estado diciendo—. Hablabas de los Orbes de los Dragones. ¿Qué son?

Gilthanas reparó en la palidez de su semblante, en las profundas ojeras, en los párpados hinchados y enrojecidos y en los churretes de lágrimas que tenía en las mejillas. La rodeó con un brazo y su hermana se recostó en él, agradecida por su gesto de consuelo.

—Sé que no te importa nada de esto —musitó Gilthanas—, pero debes hacer un esfuerzo. Es importante...

Laurana negó con la cabeza.

—Nada lo es ya, Gil. Todo da igual.

—Esto sí tiene importancia, Laurana. ¡Atiéndeme! Los Orbes de los Dragones son artefactos mágicos muy poderosos que crearon los magos hace mucho tiempo. Oí hablar de ellos cuando estudiaba magia. Le pregunté a mi maestro sobre ellos, pero fue muy poco lo que pudo decirme aparte de que, en su opinión, o el Príncipe de los Sacerdotes los había destruido o lo habían hecho los propios magos durante las Batallas Perdidas. Lo único que sabía era que quienes lograban dominar los orbes se suponía que tenían la facultad de controlar a los dragones.

»Por aquel entonces, ignorábamos que los dragones seguían deambulando por el mundo, así que ninguno de nosotros les dio mayor importancia. —La expresión del elfo se tornó sombría—. ¡Si se ha localizado un Orbe de los Dragones, no debe caer en manos de los humanos! Ese caballero, ese tal Derek, quiere librarse de nosotros. Quiere embarcarnos de vuelta a casa y sé por qué. El plan de los solámnicos es utilizar el orbe para salvarse ellos. ¡No ha pensado ni una sola vez en nuestro pueblo! —añadió con amargura.

—En cualquier caso, ¿qué importancia tiene eso, Gil? —Laurana se encogió de hombros—. ¿En qué podría ayudarnos uno de esos orbes aun en el caso de que lo tuviéramos? No podemos luchar contra el poderío de la Reina Oscura y alzarnos con la victoria. Sólo nos queda la esperanza de sobrevivir un día o una semana o un mes, conscientes en todo momento de que, al final, el mal nos alcanzará...

Lloró en silencio, desmoralizada. Gilthanas la estrechó contra sí, pero mientras trataba de calmar a su hermana no dejaba de dar vueltas en la mente al asunto de los orbes.

—Por lo visto Tasslehoff sabe algo de ese Orbe de los Dragones —susurró—. A lo mejor podrías persuadirle de que te dijera...

Laurana sonrió aunque las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Si los caballeros dependen de Tasslehoff para obtener información sobre ese orbe, no creo que tengas que temer nada, hermano. Seguro que Tas se ha inventado un cuento maravilloso y los caballeros han sido tan ingenuos que se lo han creído.

—No son estúpidos. ¡Y no digas nada de esto! —le advirtió antes de salir repentinamente de la cueva al mismo tiempo que los caballeros entraban. Empujó groseramente a Brian con el hombro cuando pasó a su lado. La cólera del elfo era tan evidente que Brian se detuvo y se quedó mirándolo, desconcertado.

Laurana suspiró, desalentada, y contempló la nieve negra que caía fuera.

—Nada importa ya, Gil —repitió en tono cansado—. No podemos vencer. Lo único que nos queda por hacer es esperar nuestro turno de morir.

\* \* \*

Dejó de nevar, pero las nubes grises no los abandonaron en todo el día ni a lo largo de la noche. No aparecieron dragones y nadie experimentó la sensación de inquietud y de presentimiento que acompañaba a la presencia de un dragón en las inmediaciones. Derek resolvió que no sería peligroso seguir avanzando y se pusieron en camino hacia el sur. Evitaron la calzada principal por temor a los ejércitos de los dragones, por lo que la marcha progresaba lentamente. Tasslehoff, que se había arropado con otra gualdrapa para tener menos frío, aún se encontraba débil, y aunque se mostraba animoso, las piernas, en sus propias palabras, lo estaban dejando tirado porque las tenía temblonas.

Laurana caminaba como si estuviera en trance; movía los pies, iba donde le decían, se paraba cuando le decían que lo hiciera, pero apenas era consciente del lugar en el que se hallaba ni por qué estaba allí. Revivía constantemente los instantes en la posada cuando oyeron el chillido del dragón encima del edificio, seguido de una explosión y el gemido de las gruesas vigas del techo bajo el peso de los pisos altos que se derrumbaban sobre sí mismos, y a continuación los chasquidos que anunciaban que el techo estaba a punto de ceder. Tanis la había levantado por la cintura y la había lanzado lo más lejos posible, salvándola de la destrucción y de morir bajo los escombros.

No era la única sumida en la pena. La angustia de Sturm se reflejaba en su semblante. Flint no hablaba y se mostraba estoico, aunque el dolor por la pérdida de sus viejos amigos era tan profundo como el mar insondable. Tasslehoff sacó un pañuelo que creía que era de Caramon y tuvo que hacer un gran esfuerzo para ahogar un sollozo. Sin embargo, todos lo sobrellevaban con valentía, e incluso

encontraban entereza para dirigirle una palabra de conmiseración expresada desmañadamente o darle una afectuosa palmadita en la mano. Elistan intentó reconfortarla, y el afectuoso contacto del clérigo consiguió aliviar un poco su pena, pero cuando el hombre retiró la mano y dejó de hablar, la elfa volvió a hundirse en el desaliento.

Laurana también notaba la creciente impaciencia en los caballeros.

—¡A este paso puede que lleguemos a Rigitt en primavera! —se oyó decir a Derek en tono sombrío.

Percibía la tensión en el ambiente, el miedo que impelía a todos a otear constantemente el cielo. Era consciente de que debía intentar salir del pozo de negra desesperación en el que había caído, pero no quería dejar la oscuridad. La luz allá arriba era demasiado brillante. Las voces sonaban demasiado fuertes y chirriantes. Hallaba consuelo en el silencio. Soñaba que se echaba encima el polvo y las piedras para que la enterraran igual que los escombros habían enterrado a Tanis, y así acabar de una vez con el sufrimiento.

Caminaron hasta que oscureció y se les echó encima la noche. Laurana descubrió que si el día había sido malo, la noche era peor, porque, de nuevo, no pudo dormir.

Amaneció un día frío y desapacible y se pusieron en camino. Con el tiempo, noche y día empezaron a entremezclarse para Laurana. De día caminaba como sonámbula y de noche soñaba que caminaba. No tenía ni idea de la hora que era o lo lejos que habían llegado o cuántos días llevaban de viaje. Era incapaz de comer. Bebía agua sólo porque alguien le ponía un odre en las manos. Embotada por el dolor y la fatiga, caminaba ajena a todo cuanto la rodeaba. Sabía que sus amigos estaban cada vez más preocupados por ella y quería decirles que no se inquietaran, pero incluso eso requería un esfuerzo mayor del que se sentía capaz de hacer.

Entonces llegó el día en que los gritos de alarma la sacaron del letargo que se había apoderado de ella.

Vio a todos con la vista clavada en el cielo al tiempo que señalaban y lanzaban exclamaciones. Aran se había armado con un arco y sujetaba una flecha en la cuerda. Derek agarró a Tasslehoff y lo echó a una zanja llena de nieve. Por su parte, Brian los apremiaba a todos para que se pusieran a cubierto.

Laurana miró intensamente las nubes y no distinguió nada al principio; después aparecieron diez enormes bestias aladas que descendían del cielo haciendo espirales.

Aran alzó el arco y apuntó. Laurana dio un respingo.

—¡No! —exclamó—. ¡Detente!

Al mismo tiempo, Gilthanas lanzó un grito ronco y saltó sobre el caballero, dándole tal empujón que casi lo tiró al suelo. Derek se volvió contra el elfo y le atizó un puñetazo en la mandíbula que lo tumbó. Elistan corrió en auxilio de Gilthanas, que yacía desmadejado en la nieve. Flint se encontraba al lado de Sturm y ambos miraban fijamente el cielo. Sturm había desenvainado la espada y Flint manoseaba su hacha.

—¡No veo nada! —se lamentaba Tasslehoff, metido hasta la rodilla en el banco de nieve y trastabillando—. ¿Qué pasa? ¡No veo!

Aran había recobrado el equilibrio y de nuevo encajaba una flecha en la cuerda del arco. Laurana miró a su hermano, pero Gilthanas estaba inconsciente. Corrió hacia Aran y lo aferró firmemente del brazo.

—¡No dispaes! ¡Son grifos!

—Sí, ¿y qué? —repuso él con aspereza.

—¡Los grifos son peligrosos, pero sólo para nuestros enemigos! —gritó Laurana sin soltarle el brazo.

Aran vaciló. Miró a Derek, que tenía fruncido el entrecejo.

—No me fio de ella —dijo éste en solámnico—. Abátelos.

Laurana no entendió las palabras, pero sí la mirada hosca que le asestó y dedujo lo que había dicho. Aran apuntaba de nuevo con el arco.

—¿Puedes derribarlos a todos con una flecha, señor? —instó la elfa, furiosa—. Porque eso será lo que tendrás que hacer. Si sólo alcanzas a uno, los demás nos atacarán y nos despedazarán.

Sturm se puso junto a la elfa y añadió su propia exhortación.

—Confía en Laurana, Aran. Empeño mi vida en ello.

Puesto que los grifos estaban ya casi encima del grupo, poco importaba que Aran confiara en la elfa o no. Las grandes bestias aterrizaron a cierta distancia, extendidas las plumosas alas, las fuertes patas leoninas traseras tocando tierra y aumentando el agarre al hincar las afiladas garras de águila delanteras en el suelo. Los fieros ojos negros los fulminaron con la mirada por encima de los curvos picos.

—Baja el arco —le dijo la elfa a Aran—, Sturm, Flint y todos los demás... Enfundad las armas.

Sturm siguió sus instrucciones de inmediato y Flint metió el hacha en el correa, si bien no apartó mucho la mano del mango del arma. Aran bajó el arco en tanto que Brian deslizaba lentamente la espada en la vaina. Derek negó con la cabeza en un gesto obstinado y siguió con su arma empuñada.

Laurana se percató del destello en sus ojos. Los animales chascaron los picos al tiempo que agitaban la cola leonina y las zarpas de león rasgaron el suelo mientras las garras afiladas se clavaban profundamente.

—¡Envaina tu espada ya, señor caballero, o conseguirás que nos maten a todos! —siseó Laurana a Derek, prietos los dientes.

Derek la miró con expresión sombría. Entonces, con gesto furioso, metió bruscamente la espada en la vaina.

Laurana miró de soslayo a su hermano con la esperanza de que supiera manejar aquella peligrosa situación. Gilthanas había recobrado el conocimiento, pero estaba recostado en Elistan y se frotaba la mandíbula a la par que movía los ojos a su alrededor con la mirada desenfocada. Dependía de ella.

Se pasó los dedos por el cabello para peinar los mechones enredados lo mejor posible y se estiró y arregló las ropas. Recogió un puñado de nieve y se frotó la cara. Los demás la observaban como si hubiese perdido la razón, pero Laurana sabía lo que hacía. En Qualinesti había tratado con grifos bastante a menudo.

Animales nobles y altivos, a los grifos les gustaba la ceremonia y las formalidades. Se sentían insultados con facilidad y uno debía

dirigirse a ellos con extrema cortesía o de otro modo montarían en cólera. Ahora hacían caso omiso de los demás y tenían puesta toda su atención en ella. A los grifos ni les caían bien ni se fiaban de los humanos, enanos y kenders y les traía sin cuidado matarlos. A los grifos tampoco les caían siempre bien los elfos, pero los conocían y a veces se les podía convencer de que los sirvieran, en especial la realeza elfa, que gozaba de un vínculo especial con los grifos. Los intentos de Laurana de asearse para estar presentable antes de hablar con ellos complacieron a los grifos.

La elfa echó a andar hacia ellos y Sturm dio un paso para acompañarla, pero Laurana advirtió que los negros ojos de los animales centelleaban de rabia y negó con la cabeza.

—Eres humano y portas una espada —le dijo en voz queda—. Eso no les gusta. He de hacer esto yo sola.

Cuando Laurana se hallaba a unos tres pasos del cabecilla se detuvo e inclinó la cabeza en un saludo respetuoso.

—Me honra estar en presencia de alguien de tal magnificencia —dijo en elfo—. ¿En qué podemos seros de utilidad mis amigos —hizo un gesto para señalar a los que estaban detrás— y yo?

A diferencia de los dragones, los grifos no poseían el don de la palabra. La leyenda contaba que cuando los dioses crearon a los grifos les ofrecieron la habilidad de comunicarse con criaturas humanoides, pero los grifos rehusaron orgullosamente al no hallar motivo que justificara tener que hablar con seres tan inferiores a ellos. En esto y en casi todo lo demás, los grifos se consideraban superiores a los dragones.

Sin embargo, con el discurrir del tiempo, a medida que los grifos y los elfos desarrollaban su exclusivo vínculo, miembros de la familia real elfa aprendieron a comunicarse mentalmente con las bestias aladas. A menudo Laurana había hecho de emisaria de su padre ante los grifos que habían establecido su hogar cerca de Qualinesti. Sabía tratarlos con la cortesía y el respeto que requerían y entendía lo esencial de lo que decían, ya que no las palabras exactas.

Los pensamientos del animal penetraron en su mente. El grifo quería saber si era realmente la hija del Orador de los Soles de Qualinesti. Saltaban a la vista las dudas que albergaba el grifo y Laurana no podía reprochárselo. Su aspecto no era precisamente el de una princesa.

*Tengo el honor de ser la hija de mi... Del Orador de los Soles de Qualinesti.* —Laurana se las arregló para rectificar a tiempo su respuesta, aunque la pregunta la había sorprendido mucho—. *Perdona que te pregunte, excelencia, pero ¿cómo es que me conoces? ¿Cómo supiste dónde encontrarme?*

—¿Qué está pasando? —preguntó Derek en voz baja—. ¿De verdad piensa que nos creemos que se está comunicando con esos monstruos?

Elistan le asestó una mirada recriminadora.

—Como muchos miembros de las familias reales de Qualinesti y Silvanesti, Laurana posee la habilidad de comunicarse mentalmente con los grifos.

Derek negó con la cabeza con incredulidad.

—Estate preparado para abrirnos camino luchando —le susurró a Brian. El grifo había seguido mirando a Laurana de arriba abajo, inspeccionándola, y al parecer había determinado creerla. Le explicó a la princesa que lady Alhana Starbreeze los había enviado para que llevaran a la hija del Orador de los Soles y a su hermano dondequiera que quisieran ir.

Eso aclaraba el misterio. Laurana había oído contar a Gilthanas que Tanis, él y los demás habían salvado a Alhana de acabar encarcelada en una prisión tarsiana. La princesa silvanesti era consciente de la deuda que tenía con ellos, por lo visto. Había enviado a los grifos a buscarlos y asegurarse de ponerlos a salvo. Laurana dio palmas de alegría, tan contenta que olvidó las formalidades.

—¿Podéis llevarnos a casa? —preguntó—. ¿A Qualinesti?

El grifo asintió con la cabeza.

Laurana anhelaba volver al hogar, refugiarse de nuevo en los brazos amorosos de su padre, volver a ver los bosques verdes y los chispeantes ríos, aspirar el aire perfumado y oír la música suave y dulce de la flauta y el arpa, saberse a salvo y querida, tumbarse en la hierba alta y verde para abandonarse a un profundo sueño sin sueños.

En su ansia de volver a casa Laurana olvidaba que a su pueblo lo habían expulsado de Qualinesti, que vivía en el exilio, pero aunque lo hubiera recordado habría dado igual.

—¡Gilthanas! —le gritó a su hermano en elfo—. ¡Han venido para llevarnos a casa! —Enrojeció al caer en la cuenta de que los demás no la entendían, así que repitió sus palabras en Común. Se volvió hacia los grifos—. ¿Llevaríais también a mis amigos?

Eso no pareció complacer en lo más mínimo a los grifos. Lanzaron una mirada feroz a los caballeros y se mostraron hostiles en extremo al ver al kender, que por fin había conseguido salir de la zanja y se había puesto a parlotear con excitación.

—¿De verdad voy a volar en un grifo? Eso no lo he hecho nunca. Una vez monté en un pegaso.

Graznando de modo estridente, los grifos conferenciaron y finalmente estuvieron de acuerdo en transportar también a los otros. Laurana tenía la vaga impresión de que lady Alhana les había pedido ese favor, aunque imaginara que los grifos no lo admitirían. Sin embargo, establecieron muchas condiciones antes de consentir que los demás se acercaran a ellos, en especial el kender y los caballeros.

Laurana se volvió para darles a sus amigos la buena noticia y se encontró con que sus palabras eran acogidas con expresiones desconfiadas, sombrías e inquietas.

—Tu hermano, los otros y tú podéis ir a lomos de estas criaturas si tal es tu deseo, lady Laurana —dijo fríamente Derek—, pero el kender se queda con nosotros.

Gilthanas se puso de pie. Tenía la mandíbula hinchada pero estaba totalmente recuperado de la conmoción.

—Yo me quedo con los caballeros —dijo en elfo—. No voy a dejar que se apoderen de ese Orbe de los Dragones y creo que tú deberías quedarte también.

—Gil, todo esto es un cuento que Tas se ha inventado... —empezó Laurana, mirándolo consternada. Su hermano negó con la cabeza.

—Te equivocas. Los caballeros hallaron confirmación de la existencia de los orbes en la biblioteca, allá en Tarsis. Si existe la

posibilidad de que un Orbe de los Dragones haya sobrevivido a lo largo de estos últimos siglos, quiero ser yo quien lo encuentre.

—¿Qué farfulláis vosotros dos? —demandó Derek, desconfiado—. Hablad en Común para que podamos entenderos.

—Quédate conmigo, Laurana —la apremió Gilthanas, todavía en elfo—. Ayúdame a encontrar ese orbe. Hazlo por bien de nuestro pueblo en lugar de sumirte en la pena por el semielfo.

—¡Tanis dio la vida por mí! —exclamó Laurana con voz ahogada—. Estaría muerta si él no...

Pero Gilthanas ya no la escuchaba. Echó una mirada a los caballeros y después miró de nuevo a su hermana.

—Pídeles a los grifos que nos lleven hasta el Muro de Hielo —dijo en Común.

Derek, Aran y Brian intercambiaron una mirada. Aunque poco ortodoxo, este medio de transporte resolvería todos sus problemas. Los grifos podían sobrevolar el mar y, por consiguiente, llevarlos directamente a su destino, con lo que les ahorrarían días —y quizá semanas— de viaje aun en el caso de que consiguieran contratar un barco, cosa que tampoco estaba garantizada.

—Gil, por favor, volvamos a casa —suplicó Laurana.

—Volveremos, Laurana, una vez tengamos el Orbe de los Dragones —le contestó su hermano—. ¿Abandonarías a nuestros amigos en este momento de peligro? Nuestros amigos no te dejarían a ti. Pregúntale a Sturm qué piensa hacer.

Ninguno de sus amigos había hablado todavía. Se habían limitado a observar y escuchar en silencio porque no consideraban correcto intervenir. La miraban con lástima, preparados para consolarla ya que comprendían su dilema, pero dejando que la decisión la tomara ella.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó a Sturm.

—Dile a los grifos que te lleven a tu casa, Laurana —contestó amablemente él—. Los demás viajaremos al Muro de Hielo.

—No lo entiendes. —La elfa negó con la cabeza—. Los grifos sólo os transportarán a los humanos si voy con vosotros... Soy la única que los entiende. Gilthanas nunca tuvo paciencia para aprender.

—Entonces encontraremos el modo de llegar al glaciar sin su ayuda —manifestó Flint.

—Podrías volver conmigo a Qualinesti. ¿Por qué no venís?

—Es por el kender —aclaró Flint—. Los caballeros piensan llevárselo al Muro de Hielo.

—No lo entiendo —arguyó Laurana—. Si Tas no quiere ir, Derek no puede obligarlo.

—Explicáselo tú —le dijo el enano a Sturm al tiempo que le daba un codazo.

Sturm vaciló un instante antes de hablar.

—Creo que Tas debería ir, Laurana. Estoy de acuerdo en que ese Orbe de los Dragones podría sernos de gran ayuda, y si Tas va... —Hizo una pausa y después agregó:— Derek sacrificaría la vida sin dudarlo por esta causa, Laurana, y tampoco dudaría en sacrificar la de otros. ¿Lo entiendes?

—Yo voy con Sturm y con los caballeros —comentó Flint, que añadió en tono gruñón:— Después de todo, alguien tiene que protegerlos de Tasslehoff. —El enano le tomó la mano y le dio unas palmaditas con torpeza—. Sturm tiene razón. Vuelve a casa, Laurana. Nos las arreglaremos.

La elfa miró por último a Elistan, su mentor, su guía. El hombre rozó suavemente el medallón de Paladine que llevaba colgado al cuello.

Empezó a decirle a Laurana que recurriera al dios en busca de esclarecimiento a su dilema, pero a la elfa no le hacía falta consultar con Paladine. Sabía lo que quería hacer y sabía lo que tenía que hacer. No podía marcharse para ponerse a salvo y dejar que sus amigos afrontaran un viaje largo y peligroso al glaciar cuando estaba en su mano proporcionarles un transporte rápido y seguro. Gilthanas tenía razón. No podía abandonar a unos amigos a los que nunca se les pasaría por la cabeza la idea de abandonarla a ella.

Laurana dedicó un último pensamiento nostálgico a su hogar y después se apartó del grupo y se dirigió hacia los grifos.

*Gracias por vuestra oferta de llevarnos a Qualinesti.* —Laurana temblaba al empezar, pero fue cobrando firmeza a medida que siguió adelante—. *No obstante, tenemos asuntos urgentes que atender al sur, en el glaciar. Me preguntaba si queríais llevarnos a mis amigos y a mí hasta esa región.*

—Explicales a las bestias que un hechicero perverso, un elfo llamado Feal-Thas, es el Señor del Dragón en el Muro de Hielo y que vamos a acabar con él —dijo en voz alta Derek.

A los grifos pareció hacerles gracia aquello. Algunos graznaron sonoramente y patearon con las zarpas posteriores al tiempo que agitaban las colas de león. El líder se frotó el pico con una garra y le explicó a Laurana que conocían al tal Feal-Thas. Era un elfo oscuro expulsado de Silvanesti antes del Cataclismo por el asesinato de su amante, y era un mago extremadamente poderoso al que no derrotaría un puñado de necios vestidos de metal. El grifo comentó que su primera decisión era juiciosa y le aconsejó que volviera a casa con su padre, donde debía estar.

*Te lo agradezco, excelencia, pero viajaremos al glaciar,* fue la cortés pero firme respuesta de Laurana.

La admonición del grifo de que regresara a casa «donde debía estar» —como si fuera una chiquilla descarriada e irresponsable— molestó a la elfa. En otro tiempo había sido una chiquilla así, pero eso se había acabado.

*Si no nos lleváis* —continuó al ver que los grifos estaban a punto de rehusar—, *entonces tendremos que viajar hasta esa tierra por nuestros propios medios. Cuando volváis a Silvanesti, transmitid a lady Alhana mi más profundo agradecimiento por su interés y preocupación.*

Los grifos ponderaron su petición. Los animales tendrían que decirle a lady Alhana que se habían negado a transportar a Laurana y a los otros hasta el punto de destino elegido. No es que se sintieran obligados a servir a los elfos con los que no estaban vinculados, pero habían aceptado esta tarea y el honor los comprometía a llevarla a cabo. Además, había que tener en cuenta que el Muro de Hielo estaba cerca de su hogar, que a su vez se hallaba próximo a Silvanesti. Por el contrario, Qualinesti se encontraba lejos.

*Os llevaremos* —accedió el grifo de mala gana—. *Por lady Alhana.*

*Os doy las gracias de todo corazón a ti y a tus congéneres* —dijo Laurana al tiempo que inclinaba la cabeza—. *Os gratificaré con*



*una valiosa recompensa cuando me halle en mi tierra y esté en condiciones de hacerlo.*

El grifo gruñó. Agradecía el gesto, aunque era evidente que el animal no creía que Laurana viviera el tiempo suficiente para cumplir su promesa.

Flint se puso ceñudo ante la idea de montar en grifo, sobre todo sin silla.

—Es muy parecido a montar a pelo a caballo —intentó tranquilizarlo Gilthanas.

—Con la diferencia de que si te caes de un caballo, te salen chichones y moraduras —replicó el enano—. Mientras que si te caes de ese enorme animal, acabas despanzurrado y esparcido sobre una buena extensión de terreno.

No dejó de refunfuñar entre dientes ni siquiera mientras Sturm lo ayudaba a encaramarse a lomos del grifo.

Laurana indicó al enano que se sentara delante de las alas y se agarrara al cuello del animal con los brazos. Eso último estuvo de más porque Flint ya se había asido al grifo con tanta fuerza que daba la impresión de que acabaría estrangulando al animal.

—No mires abajo. Si te sientes mareado cuando estemos en el aire, cierra los ojos o hunde la cabeza en la crin del grifo —le dijo.

Al oír aquello, Flint dirigió una mirada triunfal a Tasslehoff.

—¡Te dije que los grifos tenían crin, cabeza de chorlito!

—Pero Flint —replicó Tas—, la crin de los grifos es de plumas. La que llevas en el yelmo es de pelo, crin de caballo...

—¡Es crin de grifo! —insistió Flint.

Tras aquello, Flint se sentó muy erguido y aflojó la presión de los brazos a fin de aparentar que volar a lomos de un grifo era algo que los enanos hacían a diario.

Los caballeros estaban incómodos. Aran dijo que temía ser demasiado corpulento, que el animal no pudiera aguantar su peso. El grifo se limitó a soltar un graznido desdenoso y sacudió la cabeza y agitó la cola con impaciencia, deseoso de partir. A regañadientes, Aran y Brian montaron en sus bestias. Sturm se hizo cargo de Tasslehoff, al que se le oyó preguntar a los grifos si podían llevarlo a visitar Lunitari después de hacer un alto en el glaciar. Cuanto todo el mundo estuvo montado, el cabecilla de los grifos, que transportaba a Laurana, alzó el vuelo y los demás lo siguieron.

Laurana ya había montado en grifo; estaba acostumbrada a volar y no dejó de vigilar a sus amigos, preocupada. Al cobrar altura, Brian se puso mortalmente pálido, pero una vez en el aire contempló el paisaje que se iba desplegando allá abajo y, maravillado, soltó una exclamación ahogada de asombro. Derek tenía el gesto severo, prietos los labios. No miró abajo, pero tampoco se tapó la cara. Aran estaba disfrutando. Gritó que deberían convencer a los grifos para que los llevaran a la batalla, igual que los secuaces de la Reina Oscura cabalgaban dragones malignos. Sturm tuvo que emplearse a fondo para mantener sujeto a Tasslehoff, que estuvo a punto de precipitarse al vacío en su afán por asir una nube.

Debajo se extendían las Praderas de Arena, blancas por la nieve. Vieron un grupo de los habitantes de las llanuras, que hicieron un alto en la marcha para alzar la vista al cielo cuando las sombras de los grifos se deslizaron sobre ellos. Los animales pasaron por encima de Rigitt, y aunque los amigos no vieron rastro del ejército de los dragones, divisaron los muelles abarrotados de gente ansiosa de huir. En el puerto sólo había unos cuantos barcos; demasiado pocos para transportar a todos los que querían pasaje.

Dejando Rigitt atrás, sobrevolaron el mar azul grisáceo y todos enterraron la cabeza en las crines de los grifos, aunque no por miedo, sino buscando calor. El viento gélido que soplaba del glaciar les laceraba las mejillas, les lastimaba los ojos y les congelaba el aliento. Cuando los grifos empezaron a descender en espiral, Laurana se asomó entre las plumas y vio allá abajo un territorio blanco de sombras azules, helado y desierto.

Apoyó la cabeza en las plumas del grifo e imaginó su tierra natal, donde siempre era primavera y el aire cálido estaba perfumado con los aromas fragantes de rosas, espliego y madreselva.

Las lágrimas se le congelaron en la piel de las mejillas.

*Señores de los Dragones*  
*Alta traición*

El viaje de Kitiara desde Tarsis a Neraka no fue agradable. El cielo estaba encapotado, plomizo. Estuvo cayendo una llovizna fría mezclada con nieve casi todo el viaje. Cuando se detenían para pasar la noche no podía encender una fogata para calentarse porque toda la madera que había estaba empapada. El dragón azul se mostraba respetuoso y deferente con ella, pero no era Skie. No podía hablar con él de sus planes y sus maniobras, no podía charlar con él mientras masticaba la carne y los huesos de una vaca que había robado y ella cocinaba un conejo.

Kitiara estaba furiosa con Skie. No tenía derecho a hacer tales acusaciones, pero aun así se sorprendió esperando que el dragón cambiara de opinión respecto a su arrebato de cólera y volviera a buscarla, dispuesto a disculparse. Sin embargo, Skie no apareció.

Llegaron a Neraka cuando caía la noche. Kitiara mandó al azul al establo de dragones y le dijo al animal que estuviera preparado para marcharse en cuanto se levantara la sesión. Kitiara recorrió las calles abarrotadas hasta la posada El Escudo Roto. Tenía frío y hambre y quería una cama confortable, un buen fuego y un vino caliente con especias. Pero cuando llegó la informaron de que, lamentablemente, no les quedaban habitaciones libres. La posada estaba llena hasta los topes con la plana mayor, el séquito, los soldados y la guardia personal del Señor del Dragón Toede.

Kitiara podría haber dormido en sus aposentos privados en el Templo de la Reina de la Oscuridad, pero esas habitaciones eran frías, oscuras e incómodas, además de inquietantes. Las puertas estaban guardadas con hechizos mortíferos y tendría que acordarse de la contraseña y entregar las armas y contestar un montón de preguntas. Se llevaba bien con los guardias draconianos, pero no soportaba a los clérigos oscuros que deambulaban furtivamente de aquí para allá bajo las gruesas túnicas negras de lana que siempre olían a incienso, tinte barato y oveja mojada. El fuego en el hogar sería pequeño y débil, casi como si el Señor de la Noche recelara de cualquier fuente de luz que invadía su sagrada oscuridad. No habría vino caliente con especias porque las bebidas fuertes estaban prohibidas en el recinto del templo, y Kitiara creía —y Ariakas era de la misma opinión— que cuando se alojaba allí había unos ojos hostiles y unos oídos atentos espiándola.

Al advertir el brillo iracundo en los ojos de Kitiara cuando le dijo que no había habitación, el posadero recordó de repente que quizá hubiera una disponible. Envío rápidamente a sus criados a sacar de su cuarto a dos esbirros de Toede que se habían emborrachado hasta perder el sentido. Hicieron falta seis hombres para acarrear el peso muerto de los hobgoblins ebrios; cuando se despertaron a la mañana siguiente y abrieron los ojos legañosos, descubrieron con asombro que habían dormido en el establo. Kitiara ocupó su habitación, la aireó bien, se bebió varios vasos de vino caliente y se dejó caer pesadamente en la cama.

Puesto que aquélla era una asamblea de urgencia de los Señores de los Dragones, no hubo nada de la ceremonia por lo general relacionada con una convención de tan alto rango. Las asambleas formales de los Señores de los Dragones iban acompañadas de desfiles de soldados ataviados con brillantes armaduras que marchaban por las calles con estandartes ondeando al viento. En esta ocasión, poca gente de Neraka sabía que los Señores de los Dragones se encontraban en la ciudad. Dos de ellos, Salah Khan y Lucien de Takar, iban acompañados por su plana mayor y su guardia personal. Otros dos, Kitiara y Feal-Thas, viajaban solos.

El recién ascendido Señor del Dragón Toede era el único que había llevado consigo a todo su cortejo. Toede había esperado poder desfilar triunfalmente con sus tropas —él montado en un semental negro— por las calles de Neraka. Varias dificultades echaron por tierra los sueños del hobogoblin. El semental se espantó al olerlo; la mitad de sus soldados habían desertado durante la noche y la otra mitad estaban demasiado borrachos para ponerse de pie. Toede tuvo que contentarse con asistir a su primera asamblea con la esplendorosa armadura de dragón completa; las escamas de la armadura pesaban casi tanto como si siguieran en el reptil y causaban gran sufrimiento e incomodidad al pobre hobo, además de entorpecerlo hasta el punto de que, en lugar de ir a lomos del semental negro, lo tuvieron que transportar a la asamblea subido en una carreta. El yelmo no le dejaba ver y la espada se le enredaba en las piernas y lo hacía tropezar, pero Toede creía que tenía un aspecto sublime —un Señor del Dragón de la cabeza a los pies— y había previsto hacer una gran entrada.

La asamblea estaba programada a primera hora de la mañana. Kit dejó orden de que la despertaran al amanecer y se acostó temprano. Takhisis apareció en sus sueños casi de inmediato acuciándola para que fuera al alcázar de Dargaard. Kit se negó. La Reina Oscura la hostigó con recriminaciones y mofas; la llamó cobarde. Kitiara se tapó la cabeza con la almohada y Takhisis se cansó de acosarla, o quizá Kitiara estaba tan cansada que se sumió en un profundo sueño.

\* \* \*

A la hora señalada, alguien llamó a la puerta. Kitiara le dirigió un insulto y gritó que se largara. Lucía un sol brillante cuando por fin se despertó, asaltada por la sensación de pánico de que llegaría tarde. Con la mente embotada y sin reflejos, Kit se vistió rápidamente el farseto y encima se puso la armadura.

Había dado órdenes de que le pulieran la armadura y le limpiaran las botas, cosa que habían hecho, aunque el trabajo no tenía la calidad a la que estaba acostumbrada. Sin embargo, eso ya no tenía remedio. Iba a llegar tarde ya. Sentía unas punzadas dolorosas en las sienes por falta de sueño y por exceso de vino. Le hubiera gustado tener la mente más despejada para poder pensar mejor.

Ataviada con la armadura de escamas azules y abrigada en la capa larga de terciopelo azul, que por desgracia estaba arrugada de haberla llevado metida en la bolsa de viaje, Kitiara se cubrió la cabeza con el yelmo de Señora del Dragón y salió. La asamblea se celebraba en el Cuartel Azul, en el edificio del cuartel general del Ala Azul, el mismo edificio en el que Kit había oído mencionar por primera vez el nombre de Tanis, había escuchado por primera vez el plan estúpido de Ariakas relacionado con el Orbe de los Dragones y había visto por primera vez a la zorra de Ariakas, de la que no recordaba ni el nombre.

Ciudadanos y soldados por igual se apartaban para dejar paso a Kitiara y muchos la jaleaban. Ofrecía una buena imagen caminando erguida y orgullosa, la mano sobre la empuñadura de la espada. Kit disfrutó del paseo. El aire frío se llevó los vapores del vino, y las aclamaciones le dieron ánimo y la envalentonaron. Caminó sin prisa y aceptó la adulación de la muchedumbre. Los otros Señores de los Dragones podían esperarla, decidió. No iba a apresurarse por gente como Toede o ese bastardo de Feal-Thas. Tenía que decirle también unas cuantas cosas sobre él a Ariakas.

Los Señores de los Dragones se reunieron en el comedor del Cuartel Azul, el único edificio lo suficientemente grande para acogerlos a ellos y a sus guardias personales. Como ningún Señor del Dragón se fiaba de los demás, hacerse acompañar por la guardia personal se consideraba indispensable.

Lucien de Takar, Señor del Dragón del Ejército Negro, que era mitad humano y mitad ogro, llevaba consigo a dos ogros inmensos que superaban la altura de todos cuantos estaban en la sala y apestaban a carne podrida. Salah Khan era el Señor del Dragón del Ejército Verde. Era humano; su pueblo lo formaban tribus nómadas que habitaban en el desierto y amaban la lucha. Lo acompañaban seis humanos armados con un cuchillo largo de hoja curva metido en el cinturón, así como una cimitarra colgada a la cadera.

Fewmaster Toede llegó rodeado de treinta guardias hobgoblins, todos ellos armados hasta los dientes y apiñados alrededor de Toede, al que apenas se veía tras el escudo que formaban. Ariakas sólo dejó entrar a seis de los hobos. Agobiado por el peso de la armadura, Toede entró en la estancia con un traqueteo metálico y guiado por su guardia, ya que tenía dificultad para ver a través del ornamentado yelmo.

Toede saludó a los otros Señores de los Dragones con mucha coba y baboseo. Ariakas no le hizo ningún caso. Lucien lo miró con asco y Salah Khan con desdén. Aunque no veía bien, Toede percibió la frialdad que reinaba en la sala y se retiró precipitadamente detrás de su guardia personal. Pasó el resto del tiempo dando empujoncitos a sus hobos en la espalda para instarlos a que permanecieran alerta.

Feal-Thas entró en la estancia acompañado únicamente por un lobo blanco enorme que caminaba en silencio a su lado.

—¿Ningún hombre de armas pisándote los talones, Feal-Thas? —preguntó Ariakas, que iba acompañado por seis draconianos bozaks. Uno de ellos, que tenía una de las alas deforme, era uno de los draconianos más grandes que cualquiera de los presentes había visto nunca.

—¿Y por qué iba a traer una guardia, milord? —preguntó Feal-Thas con un gesto de sorpresa—. Aquí todos somos amigos, ¿verdad?

—Unos más que otros —masculló Lucien.

Salah Khan se mostró de acuerdo con un gruñido y Ariakas rió entre dientes. A los otros Señores de los Dragones no les caía bien el elfo oscuro ni confiaban en él. Todos se le habrían echado encima cuchillo en mano para teñirlo con su sangre, excepto el emperador, y no porque le tuviera mucho aprecio; y tampoco Takhisis. Lo soportaban porque, de momento, les era útil. Cuando dejara de serlo, no tendría su respaldo.

—Además —añadió el elfo oscuro mientras se arrebujaba en los ropajes de piel—, en esta sala hay poco a lo que temer.

Salah Khan, con su legendario genio, se incorporó bruscamente al tiempo que desenvainaba la espada. Lucien, prietos los puños, empezó a incorporarse en la silla en tanto que Toede echaba ojeadas hacia la puerta más cercana.

El bozak del ala deforme sacó una espada tan grande como la talla de algunos humanos y se situó delante del emperador.

Feal-Thas siguió sentado, imperturbable, enlazadas sobre la mesa las esbeltas manos de largos dedos. El lobo blanco gruñó amenazador y agachó la cabeza al tiempo que sacudía la cola.

—Enfunda la espada, Salah Khan —ordenó Ariakas de buen humor, como un padre afectuoso que separa a sus niños enzarzados en una pelea—. Siéntate, Lucien. Estamos aquí para tratar asuntos importantes. Feal-Thas, mete en cintura a ese animal tuyo.

Cuando el orden se hubo restablecido más o menos, Ariakas agregó con una mueca:

—Todos estamos un tanto irritados. Si os ha pasado como a mí, no habréis dormido gran cosa anoche.

—Yo he dormido bien, señoría —manifestó en voz alta Toede. Nadie le respondió, y creyendo que no le habían entendido, consiguió, con ayuda de dos de sus guardias, sacarse el yelmo.

—Venero y respeto a Su Oscura Majestad como el que más —intervino Salah Khan con mucho tiento—, pero me es imposible abandonar la guerra en el este para viajar al alcázar de Dargaard. Ojalá pudiera hacérselo entender a Su Majestad. Si hablas con ella,

emperador...

—¿Qué es todo eso del alcázar de Dargaard? —preguntó Toede mientras se enjugaba el sudor de la frente.

—Me acosa como a ti, Salah Khan —contestó Ariakas—. Está obsesionada con esa idea de llevar a la guerra a Soth. Sólo habla de eso y de encontrar al Hombre de la Joya Verde.

—¿Lord Soth? —preguntó Toede—. ¿Quién es lord Soth?

—Personalmente, no quiero tener cerca a ese Caballero de la Muerte. Pensad en su arrogancia. ¡Quiere ponernos a prueba! —Feal-Thas se encogió de hombros—. Debería sentirse honrado de servir a cualquiera de nosotros. A casi cualquiera de nosotros —rectificó.

—Oh, ese lord Soth —dijo Toede con un guiño cómplice—. Se puso en contacto conmigo ofreciéndose a trabajar para mí. Lo rechacé, por supuesto. «Soth», le dije. Lo llamo «Soth», ¿sabéis?, y él me llama...

—¿Dónde diablos se ha metido Kitiara? —demandó Ariakas al tiempo que golpeaba la mesa con las palmas de las manos. Se volvió hacia un criado—. ¡Ve a buscarla!

El criado se marchó, pero regresó en seguida para informar de que la Dama Azul entraba en el edificio en ese momento.

Ariakas intercambió unas palabras con el bozak del ala deforme. Él y varios draconianos bozaks tomaron posiciones a ambos lados de la puerta. Lucien y Salah Khan intercambiaron una mirada preguntándose qué estaba pasando. Aunque nadie sabía nada, los dos presintieron que iba a haber problemas y mantuvieron la mano cerca de sus armas. Toede tenía dificultades para ver por encima de las cabezas y los hombros de sus guardias, pero experimentaba la incómoda sensación de que estaba a punto de ocurrir algo peligroso y la única salida que había estaba bloqueada ahora por seis enormes bozaks. El hobo gimió para sus adentros.

Feal-Thas, que había escrito la carta que delataba a Kitiara, se imaginó lo que se avecinaba. Aguardó con expectación. No la había perdonado por matar a su guardián.

Los pasos sonoros de unas botas resonaron en el pasillo y en seguida se oyó la voz de Kitiara que dirigía unas jocosas palabras de saludo a los guardias. Los ojos de Ariakas estaban clavados en la puerta con una expresión torva. Los bozaks situados a ambos lados de la puerta se pusieron en tensión.

Kitiara entró en la sala con la espada golpeando en la cadera y la capa azul ondeando tras ella. Llevaba el yelmo debajo del brazo.

—Milord Ariakas... —empezó, a punto de alzar la mano para saludar.

El bozak del ala deforme la agarró y la sujetó por los brazos. Un segundo bozak le cogió la espada y la sacó rápidamente de la vaina.

—Kitiara Uth Matar —dijo Ariakas en tono sonoro mientras se ponía de pie pesadamente—. Quedas arrestada bajo el cargo de alta traición. Si se te declara culpable del delito que se te imputa, el castigo será la pena de muerte.

Kitiara se había quedado petrificada, mirándolo de hito en hito, boquiabierta y desconcertada, tan sorprendida que ni siquiera se resistió. Lo primero que pensó fue que aquello era una especie de broma; Ariakas era célebre por su malintencionado sentido del humor. Sin embargo, Kit vio en los ojos del emperador que aquello era serio... Mortalmente serio.

Echó una rápida ojeada a su alrededor. Vio a los otros Señores de los Dragones —tres de ellos tan estupefactos como ella misma— y comprendió que no se los había convocado a una asamblea. Aquello era un juicio. Esos hombres eran sus jueces y cada uno de ellos codiciaba su puesto de Señora del Dragón del Ejército Azul. Al mismo tiempo que ella se daba cuenta de lo que pasaba, vio que el pismo de todos ellos daba paso a la complacencia, vio que se echaban miradas sombrías unos a otros mientras tramaban la mejor manera de hacerse con su posición. Para ellos, ya estaba muerta.

Entonces su impulso fue luchar, pero la reacción llegaba tarde. Le habían quitado la espada. Se encontraba inmovilizada en las fuertes garras de un bozak enorme que iba armado con espada y conjuros poderosos. Se le pasó por la cabeza la idea de que sería mejor librar un combate a muerte y perdido de antemano que afrontar cualquiera que fuera el tormento que Ariakas le tenía preparado. No obstante, se contuvo. Los solámnicos tenían la máxima «Mi honor es mi vida» como su credo. El credo de Kit era: «Nunca digas que toca morir.»

Recobró la compostura. No siempre había obedecido las órdenes de Ariakas. Había lanzado ataques por sorpresa cuando tendría que haber puesto un aburrido cerco a algún castillo. Se había apropiado para el uso de sus tropas de ciertos impuestos destinados al emperador. Sin embargo, a ninguna de esas transgresiones se la podía calificar de crimen de alta traición, aunque, por supuesto, si al emperador le daba la gana, podía calificar de alta traición el robo de una empanada de carne de su mesa. Kit no tenía ni idea de a qué venía todo aquello. Entonces vio la leve sonrisa en los labios de Feal-Thas y supo de inmediato quién era su enemigo.

Se irguió, alta la cabeza, impávida y digna en poder de sus captores, y se encaró con Ariakas.

—¿Qué significa todo esto, milord? —demandó con aire de inocencia ofendida—. ¿Qué acto de alta traición he cometido? Te he servido fielmente. Dime qué he hecho, milord. No entiendo nada.

—Se te acusa de conspirar contra el Señor del Dragón Verminaard y planear su muerte contratando asesinos que lo llevarán a cabo —dijo Ariakas.

Kitiara se quedó boquiabierta. La ironía era escalofriante. La acusaban de un crimen del que era inocente. Miró a Feal-Thas, vio ensancharse la sonrisa del elfo y cerró la boca con un chasquido de dientes.

—¡Rechazo y niego rotundamente tal acusación, milord! —La voz le tembló de cólera.

—Lord Toede —dijo Ariakas—, ¿la Señora del Dragón Kitiara, de una forma muy sospechosa, te pidió información sobre los felones que asesinaron a Verminaard?

Toede dio un respingo y se las ingenió para abrirse paso entre el bosque de cuerpos que formaba su guardia personal.

—Lo hizo, milord —contestó mientras se enjugaba el sudor de la frente.

—¡No es cierto! —replicó Kitiara.

—¿Habló con un hombre llamado Eben Shatterstone para recabar, asimismo, información sobre esas personas?

—Lo hizo, milord —repitió Toede, hinchado de placer por ser el centro de atención—. Ese infeliz en persona me lo contó.

Kitiara habría estrangulado al hobgoblin hasta que los ojillos se le hubieran salido de las cuencas. Pero el bozak del ala deforme la

tenía sujeta como si las garras fueran un cepo y no pudo soltarse. Se conformó con asestar a Toede una mirada tan amenazadora y malévolas que el hobo se encogió y retrocedió para esconderse entre sus guardias, aterrado.

—¡Debería estar esposada, milord! —chilló con voz temblona—. ¡Atada con grilletes!

Kitiara se volvió hacia el emperador.

—Si no tienes más testimonio que el de este saco de mie... —empezó.

—El emperador tiene mi testimonio —la interrumpió Feal-Thas, que se puso de pie con movimientos gráciles y lentos, sin brusquedad—. Como muchos de vosotros sabéis —continuó, dirigiéndose al grupo en general—, soy un brujo invernal. No daré detalles ni explicaciones referentes a esta disciplina mágica a unos no iniciados. Baste decir que un brujo invernal tiene el poder de profundizar en el corazón de otros y llegar a lo más recóndito.

»Miré en tu corazón, Señora del Dragón Kitiara, cuando fuiste tan amable de visitarme en mi aislamiento helado, y vi la verdad. Enviaste a esos asesinos a matar a lord Verminaard con la esperanza de sustituirlo en el puesto de Señor del Dragón del Ejército Rojo.

—¡Mentira! ¡Embustero! —Kitiara se lanzó sobre Feal-Thas con tanta rabia que el bozak que la sujetaba casi perdió el equilibrio—. ¡Debí acabar contigo en el Muro de Hielo!

El elfo oscuro miró a Ariakas de un modo que fue tanto como decir: «¿Necesitas más pruebas, milord?», y se sentó, impasible al arrebató de Kit.

Dándose cuenta de que lo único que había conseguido era empeorar las cosas, Kitiara consiguió recobrar la calma, más o menos.

—¿Le crees, milord? ¿Crees a un elfo comemierda antes que a mí? ¡No tengo nada que ver con la muerte de Verminaard! ¡Su propia estupidez lo mató!

Ariakas desenvainó la espada y la lanzó sobre la mesa.

—Señores de los Dragones, habéis oído los testimonios. ¿Cuál es vuestro veredicto? ¿Es Kitiara Uth Matar culpable del asesinato del Señor del Dragón Verminaard, o es inocente?

—Culpable —dijo Lucien con una sonrisa.

—Culpable —dijo Salah Khan, relucientes los oscuros ojos.

—¡Culpable, culpable! —gritó Toede, que añadió con nerviosismo—: ¡Y por lo tanto debería estar fuertemente sujeta con grilletes!

—Lo siento, Kitiara —dijo Feal-Thas en tono grave—. Disfruté con nuestro encuentro en el Muro de Hielo, pero mi deber es para con mi emperador. Tengo que declararte culpable.

Ariakas giró la espada y la punta señaló a Kitiara.

—Kitiara Uth Matar, se te ha declarado culpable de la muerte de un Señor del Dragón. El castigo por ese crimen es la pena de muerte. Mañana al amanecer serás conducida al Estadio de la Muerte, donde serás ahorcada, destripada y descuartizada. Tus despojos se clavarán en picas a las puertas del templo para que sirvan de escarmiento a otros.

Kitiara permaneció en silencio. Había dejado de forcejear y despotricar.

—Cometes una terrible equivocación, milord —dijo serenamente—. Te he sido leal mientras que todos éstos han sido traicioneros. Pero eso se acabó, milord. Se acabó. Eres tú quien me ha traicionado.

—Llévatela. —Ariakas hizo un gesto al bozak del ala deforme como si tirara basura fuera.

—¿Adonde, milord? —preguntó el bozak—. ¿La llevo a La Jaula o a las mazmorras del templo?

Ariakas se quedó pensativo. La Jaula era la cárcel de la ciudad y siempre estaba abarrotada y al borde del caos la mitad del tiempo. Las fugas no eran cosa habitual, pero se daban, y si había alguien capaz de fugarse de una prisión, esa persona era Kitiara. La meterían en una celda con otros prisioneros; prisioneros varones. Se la imaginaba seduciendo al carcelero, a los guardias, a sus compañeros de celda e instigando una revuelta.

Las mazmorras del templo eran más seguras y estaban menos atestadas. Allí era donde se encarcelaba a la mayoría de prisioneros políticos, si bien Ariakas dudaba de mandar a Kitiara al templo. Los clérigos oscuros y el Señor de la Noche no le tenían ningún aprecio porque la mujer había manifestado abiertamente que los consideraba unos lameculos que, aparte de comer y dormir, no hacían nada, mientras que el ejército se encargaba de la dura e ingrata tarea de ganar la guerra. Aun así, el Señor de la Noche tenía celos de Ariakas y Kit podría encontrar la forma de ganárselo y ponerlo de su parte.

Estuviera donde estuviese encarcelada, Kitiara sería un peligro mientras estuviera viva. Ariakas empezó a arrepentirse de no haber programado la ejecución de inmediato en vez de esperar al espectáculo público. Pero ya era tarde para cambiar de opinión. Los otros Señores de los Dragones olfatearían el tufillo a flaqueza. Sólo se le ocurría un sitio donde la mujer estaría a buen recaudo y completamente inaccesible para cualquiera.

—Enciérrela en el almacén de mis aposentos en el templo —ordenó—. Y apostas guardias en la puerta. Que nadie entre en mis aposentos. Que nadie hable con ella. Cualquiera que incumpla mis órdenes correrá su misma suerte.

El bozak del ala deforme saludó y se dispuso a conducir a Kitiara hacia la puerta. Kit tenía un último y desesperado plan en mente; sólo le quedaba decidir dónde y cuándo atacar. Como si le leyera el pensamiento, Ariakas comentó en tono despreocupado:

—Ah, por cierto, Targ, ten cuidado. Lleva un cuchillo escondido en el peto de escamas de dragón.

—¡El cuchillo! —exigió el draconiano a la par que extendía la garra.

Kitiara le asestó una mirada desafiante y no hizo intención alguna de obedecer.

—Una de dos, Kitiara —advirtió secamente Ariakas—, o le dices a Targ dónde está el cuchillo, o te deja en cueros ahora mismo.

Kitiara le indicó a Targ dónde buscar el cuchillo. El bozak sacó el arma y después despojó a la mujer de la armadura y la dejó con el farseto. La registró de nuevo de la cabeza a los pies, por si acaso, y a continuación la puso bajo la custodia de dos baaz.

Kit aguantó aquellas indignidades con la cabeza bien alta y los puños apretados. Que la colgaran si daba a sus enemigos la satisfacción de verla perder los nervios.

—Llévala —ordenó Ariakas.

Cuando los baaz estaban a punto de llevársela, Kitiara se volvió hacia Feal-Thas.

—Tú que tienes el don de ver lo que hay en los corazones, mira el mío ahora —espetó.

Feal-Thas se sobresaltó. Iba a rehusar, pero vio que Ariakas lo observaba y se le ocurrió que aquello podía tratarse de alguna clase de prueba. Quizá la mujer quería demostrar que era un mentiroso. Se encogió de hombros e hizo lo que Kitiara le pedía. Realizó el conjuro de los brujos invernales y examinó su corazón. Vio a tres Caballeros de Solamnía y a un poderoso clérigo de Paladine que partían de Tarsis por la calzada que conducía al Muro de Hielo con el firme propósito de apoderarse de su Orbe de los Dragones.

La rabia hizo que Feal-Thas temblara como si los gélidos vientos de su hogar lo hubieran azotado. Se levantó de la mesa.

—Con tu permiso, milord, debo partir de inmediato. —El elfo lanzó una mirada fría a Kitiara—. Ciertos acontecimientos requieren mi regreso inmediato al glaciár.

Los otros Señores de los Dragones lo miraban de hito en hito. Una leve sonrisa curvó los labios de Kitiara. Girando sobre sus talones, la mujer dejó que los guardias la condujeran fuera de la sala.

El emperador se asomó a la ventana en la que había estado con Kitiara no hacía mucho tiempo contemplando el cadalso de los traidores. Kit caminaba calle abajo rodeada de los guardias, la cabeza alta y los hombros erguidos. Se iba riendo.

—Qué mujer —masculló el emperador—. ¡Qué mujer!

\* \* \*

De camino al templo, Kitiara intentó sobornar a los guardias baaz. El bozak del ala deforme la oyó hablar con ellos y ordenó a los dos draconianos que se marcharan y los sustituyó por otros dos.

Lo siguiente que intentó Kit fue sobornar al bozak. Targ ni siquiera se dignó contestar a la generosa oferta y Kitiara suspiró para sus adentros. Había imaginado que la tentativa no tendría éxito porque se sabía de sobra que la guardia draconiana era extremadamente leal a Ariakas. Aun así, había merecido la pena probar. El bozak informaría al emperador que había intentado sobornarlos, pero ¿qué más daba ya? ¿Qué podía hacer para castigarla? No podía matarla dos veces.

El criado de Ariakas había salido antes a todo correr para advertir a las autoridades del templo. Cuando se le informó de que tenía que alojar a la Señora del Dragón, el Señor de la Noche se quedó desconcertado, sin saber cómo reaccionar. Al principio se encolerizó; creía que deberían haberle informado antes de la traición de Kitiara y consultarle la decisión de ejecutarla. Y, por supuesto, tendrían que haberle dicho previamente que Ariakas planeaba encerrarla en el templo.

Sin embargo, el Señor de la Noche no lamentó ver a la arrogante Dama Azul sometida y humillada; y desde luego no pensaba perderse la diversión de ver su ejecución.

El Señor de la Noche envió una respuesta muy seca a Ariakas, pero su protesta no llegó a más. Envío a varios acólitos al Estadio de la Muerte para asegurarse de que en su palco privado hubiera comida, por si acaso la muerte de Kitiara se prolongaba. Se sabía de personas que habían sobrevivido un período de tiempo increíblemente largo entre gritos de dolor tras haberles arrancado las entrañas.

El Templo de Neraka estaba situado en el centro de la ciudad, que había crecido a su alrededor. El templo existía de forma simultánea en dos planos —el material y el espiritual— y era un lugar extraño y escalofriante. Daba la impresión de que uno caminaba por un edificio que existía en sueños más que en la realidad. De naturaleza orgánica y habiendo brotado de la semilla de la Piedra Fundamental, las paredes del templo estaban torcidas y deformadas y los pasillos discurrían en tortuosas curvas. Como si fuera producto de un sueño, los corredores que aparentaban ser cortos y rectos eran en realidad largos y sinuosos. Quienes intentaban caminar solos a través del templo, sin la guía de los clérigos oscuros, acababan extraviados o locos.

Kitiara, como los otros Señores de los Dragones, tenía sus aposentos privados en el templo. Cada Señor del Dragón tenía una puerta propia que guardaban sus tropas. Los Señores de los Dragones sólo hacían uso de estos alojamientos en acontecimientos ceremoniales, y todos preferían las comodidades de una posada acogedora o incluso los barracones de su sector a la atmósfera inquietante del templo.

El conjunto de aposentos imperiales de Ariakas era el más lujoso del templo, tan sólo superado por el del Señor de la Noche. Ariakas rara vez pasaba mucho tiempo allí. No se fiaba del Señor de la Noche ni éste se fiaba de ella. El bozak, Targ, sabía moverse por el templo, pero se alegró de contar con uno de los clérigos oscuros como escolta. Condujeron a Kitiara por los distorsionados pasillos, que, incluso para los que trabajaban en el templo, resultaban confusos en ocasiones. El escolta tuvo que pararse en cierto momento y esperar a que otro clérigo oscuro que deambulaba por allí lo orientara en la dirección correcta.

Mientras Kitiara caminaba entre los dos baaz —que ni siquiera la miraban, y mucho menos hablaban con ella— trató de urdir un plan de fuga. Ariakas era listo. El templo constituía una prisión excelente. Aunque lograra salir del lugar donde la encerraran, por sus propios medios podría pasarse toda la vida deambulando por aquellos pasillos sin hallar jamás la salida. Los clérigos oscuros no la ayudarían. Estarían contentos de verla morir.

Aquello era el fin. Estaba acabada. Maldijo al idiota de Verminaard por dejar que lo mataran, maldijo a Tanis por matarlo, maldijo a Feal-Thas por espiarla, maldijo a Toede por haber nacido y maldijo a Ariakas por no dejarla proseguir con la guerra en Solamnía. Luchar contra los caballeros habría evitado que se metiera en problemas.

El bozak del ala deforme, Targ, la condujo al conjunto de aposentos imperiales situado a bastante profundidad por debajo del nivel del suelo, oculto a la vista. Los aposentos de los Señores de los Dragones se encontraban en la parte alta del templo, encima de la sala de audiencias. Kit se había preguntado a menudo por qué habría preferido Ariakas tener sus aposentos en estancias subterráneas. Cuando las vio, lo entendió. Aquello no era un lugar para vivir en él. Era un fortín. Allí, bajo tierra, accesible sólo por una empinada escalera de caracol, había alojamiento para sus tropas y un almacén anexo repleto de provisiones. Una pequeña fuerza podría defender el lugar durante mucho tiempo, puede que de forma indefinida.

El clérigo encendió una antorcha, se puso en cabeza y empezó a bajar la escalera para desactivar las trampas. El aire era fétido y húmedo. Las paredes estaban jalonadas de agujeros. Cualquier fuerza que bajara por esa escalera tendría que hacerlo en fila, y los

angostos peldaños eran toscos e irregulares a propósito. Incluso los draconianos, a pesar de las garras de los pies, tuvieron que ir con cuidado para no caerse. Al final de la escalera había una maciza puerta de hierro cuya apertura se operaba mediante un mecanismo complejo. Cuando ellos llegaron se encontraba abierta. Los baaz condujeron a Kit a través de esa puerta a unos aposentos que eran espaciosos, lujosos, oscuros y opresivos.

No era de extrañar que Ariakas se negara a instalarse allí, pensó Kitiara con un escalofrío. Si todo iba mal, en aquel lugar presentaría su última batalla y, si la derrota era inminente, sería donde moriría.

Pero al menos moriría luchando, pensó con amargura.

Ariakas había ordenado que la encerraran en el almacén de provisiones. Targ la escoltó hasta un cuarto adyacente a la cocina que resultó ser una despensa grande, oscura y sin ventanas. El clérigo oscuro le llevó una manta para que la extendiera en el frío suelo de piedra, así como un cubo para hacer sus necesidades y le preguntó si quería comer algo. Kit declinó en tono de desprecio. A decir verdad tenía el estómago encogido. Sospechaba que si ingería un solo bocado, acabaría vomitando.

El clérigo oscuro preguntó por las esposas. A despecho de la insistencia de Toede de ahorrarse a Kit, al bozak no se le había pasado por la cabeza llevar unas, y en los alojamientos de Ariakas no había. Al final, Targ y el clérigo llegaron a la conclusión de que las esposas no harían falta de momento. Kit no iba a ir a ningún sitio hasta el amanecer, momento en que se la conduciría a su ejecución. El clérigo prometió que para entonces ya habría conseguido unas esposas. Targ la empujó dentro de la despensa e hizo intención de cerrar la puerta.

—¡Targ, dile a Ariakas que soy inocente! —suplicó al draconiano—. ¡Dile que puedo demostrarlo! Si viniera a verme...

Targ cerró de un portazo y echó la llave.

Sola en la más absoluta oscuridad, Kitiara oyó las garras de los pies del bozak raspar contra el suelo de piedra. Después se hizo el silencio.

Podía oír los latidos de su propio corazón que caían en el silencio como granos de arena contando los segundos que faltaban para su muerte. Kitiara escuchó los latidos hasta que el sordo golpeteo sonó tan fuerte que los muros de la prisión parecieron dilatarse y contraerse al compás marcado por el corazón.

Por primera vez en su vida estaba muerta de miedo.

Había presenciado la ejecución de personas ahorcadas, destripadas y descuartizadas. Era una experiencia horrorosa. Sabía de soldados veteranos que habían tenido que mirar a otro lado, incapaces de aguantar el horripilante espectáculo. Primero la colgarían, pero no hasta morir, sólo hasta que se desmayara. Después la harían volver en sí y la tenderían en el suelo, atada a unas estacas. El verdugo le iría arrancando los órganos del cuerpo en vida. Chillando y retorciéndose por el dolor insufrible, la obligarían a contemplar cómo arrojaban sus vísceras al fuego para que ardieran. Dejarían que se desangrara despacio hasta que, al borde de la muerte, le cortarían las extremidades y la cabeza. Las distintas partes del cuerpo despedazado se clavarían en picas y las dejarían en las puertas del templo, pudriéndose.

Kitiara imaginó lo que sentiría cuando la hoja del cuchillo se le hundiera en la tripa. Imaginó el clamor entusiasmado de la muchedumbre cuando brotara la sangre, un clamor que, aunque fuerte, no ahogaría sus propios gritos. Un sudor frío le corría por la cara y el cuello. Tuvo arcadas y las manos empezaron a temblarle. Era incapaz de tragar saliva; no podía respirar. Jadeó para inhalar y se incorporó bruscamente con la alocada idea de arrojarle de cabeza contra la pared.

Se impuso la sensatez. Temiendo estar al borde de la locura, se obligó a reflexionar sobre todo aquello. Estaba hundida, pero no acabada. Era media mañana, así que disponía del resto del día y de toda la noche para discurrir un plan de fuga.

Y luego, ¿qué? Aunque consiguiera escapar, ¿qué?

Kitiara se sentó pesadamente en la silla. Estaría viva, cierto, y eso no era poco, pero se pasaría el resto de la vida huyendo. Ella, que había sido una Señora del Dragón, una líder de ejércitos, una conquistadora de naciones, tendría que esconderse en los bosques, se vería obligada a dormir en cuevas, reducida a vivir del robo. Vivir con la ignominia y la vergüenza de una existencia tan miserable sería más duro que soportar las horrendas horas de agonía que tendría que sufrir en la ejecución.

Hundió la cabeza en las manos. Una lágrima se deslizó, ardiente, por su mejilla. Se la quitó con rabia. Nunca había experimentado tal desaliento, jamás se había encontrado en una situación tan desesperada. Podía intentar hacer un trato con Ariakas, pero no tenía nada que ofrecerle.

Un trato.

Kitiara alzó la cabeza y se quedó mirando fijamente la oscuridad. Había un trato que podía hacer, pero no con Ariakas, sino con alguien que estaba mucho más arriba. Ignoraba si funcionaría. Una parte de ella creía que sí, pero la otra parte se mofó. Sin embargo, valía la pena intentarlo.

Jamás en su vida había pedido un favor a nadie. Jamás había elevado una plegaria; la verdad era que ni siquiera sabía muy bien qué había que hacer para rezar. Los clérigos y los sacerdotes se ponían de rodillas, humillados y postrados ante su dios. Kitiara no creía que eso complaciera a ninguna deidad, en especial una fuerte y poderosa, una diosa guerrera, una diosa que se había atrevido a hacer la guerra en la tierra y en el cielo.

Kitiara se puso de pie, apretó los puños y gritó:

—¡Reina Takhisis! ¿Quieres a lord Soth? Yo te lo traeré. Soy la única de tus Señores de los Dragones, mi señora, con la destreza y el valor necesarios para presentarse ante el Caballero de la Muerte en su alcázar y convencerlo de que nuestra causa vale la pena. Ayúdame a escapar de mi prisión esta noche, Oscura Majestad, y yo me encargaré de todo lo demás.

Kitiara guardó silencio. Esperó con expectación, aunque no sabía bien qué. Alguna clase de señal, tal vez, de que la diosa había oído su propuesta, que había aceptado el trato. Sabía que los sacerdotes recibían esas señales; o eso afirmaban ellos. Por ejemplo, llamas que ardían sobre el altar o sangre que rezumaba de las piedras. Siempre había imaginado que todo eso sólo era un engaño. Su hermano pequeño, Raistlin, le había mostrado cómo era posible realizar esos trucos.

La guerrera no creía en los milagros pero, sin embargo, había pedido uno.

Quizá fuera ésa la razón de que no hubiera ninguna señal. La oscuridad siguió siendo tan profunda como antes. No oyó ninguna voz ni ninguna otra cosa excepto los latidos de su corazón. Kit se sentó de nuevo en la silla. Se sentía como una estúpida, pero también tranquila; la tranquilidad del desaliento.

Ahora sólo le quedaba esperar la muerte.

,



*El oso blanco*  
*Los Bárbaros de Hielo*

El día que tan mal comienzo había tenido para Kitiara resultó mejor para su rival. Laurana había pedido a los grifos que los llevaran al límite del glaciar y eso fue lo que hicieron los animales, que, no obstante, se negaron en redondo a acercarse al castillo del Muro de Hielo. Explicaron a Laurana que lo habitaba un dragón blanco. Los grifos dejaron muy claro que no le tenían miedo al dragón, pero que tendrían problemas para combatir contra él si iban cargados con jinetes.

Los grifos le dijeron a la elfa que sus compañeros y ella necesitarían ayuda si iban a quedarse en aquella región, y afirmaron que no sobrevivirían mucho tiempo sin cobijo, alimentos y ropas de abrigo más gruesas. En el territorio vivían humanos nómadas a los que se conocía por el nombre de Bárbaros de Hielo, y que tal vez podrían ayudarlos si su grupo era capaz de convencer a esa gente de que no iba con intenciones hostiles.

Una vez hubieron cruzado el mar y se encontraron sobre el glaciar, varios grifos se apartaron del grupo para explorar —ojo avizor por si aparecía el dragón— en busca de los Bárbaros de Hielo. Regresaron en seguida para informar de que habían dado con un campamento nómada. Los grifos dejaron a sus jinetes a cierta distancia del campamento porque temían que los Bárbaros de Hielo se volvieran de inmediato contra los extranjeros si veían grandes animales alados.

Un momento antes de levantar el vuelo, los grifos le contaron a Laurana que los nómadas detestaban a Feal-Thas; al parecer, el hechicero y sus thanois habían iniciado una guerra contra ellos hacía unos cuantos meses. Los grifos se despidieron de la elfa y le dieron un último consejo: trabar amistad con los Bárbaros de Hielo. Guerreros muy fieros, como amigos serían valiosos, y, como enemigos, letales.

Después de que los grifos se hubieron marchado, el grupo buscó refugio en el pecio de un velero grande que parecía haber volcado en el hielo tras chocar contra él. Era un tipo de embarcación que ninguno había visto hasta entonces ya que se había construido para desplazarse sobre el hielo en vez de hacerlo por el agua. Adosados a la quilla se veían grandes patines de madera. Supuestamente, estando la vela izada, la embarcación se deslizaría por la superficie del hielo.

El casco de la embarcación ofrecía cierta protección del viento gélido, aunque no del frío intenso que calaba hasta los huesos y entumecía los músculos. El grupo discutió la mejor forma de abordar a los nómadas. Según los grifos, casi todos ellos hablaban Común porque en los meses del estío, cuando había buena pesca, vendían las capturas en los mercados de Rigitt. Elistan propuso que Laurana, habituada a las relaciones diplomáticas, fuera a hablar con ellos. Derek se opuso argumentando que no sabían lo que pensaban de los elfos los nómadas del hielo, o incluso si habían visto alguno en su vida.

Estaban acurrucados unos contra otros entre los restos de la embarcación y debatían qué hacer —o lo intentaban, porque tenían los labios entumecidos por el frío y así resultaba difícil hablar— cuando el debate fue interrumpido por un chillido gutural, una especie de bramido o rugido de dolor lanzado por un animal. Ordenando a los demás que se quedaran en la destrozada embarcación, Derek y sus caballeros se marcharon para descubrir qué pasaba. Tasslehoff salió a todo correr tras ellos y Sturm corrió a su vez en pos del kender, aunque no lo hizo solo, ya que Flint iba con él. Gilthanas dijo que no se fiaba de Derek y los siguió, acompañado por Elistan, que pensó que quizá podría ser de ayuda. Laurana no estaba dispuesta a quedarse sola, así que el grupo en su totalidad, para ira del caballero, fue detrás de Derek.

Se encontraron con un oso blanco enorme al que atacaban dos kapaks que pinchaban con lanzas al oso. El animal estaba erguido sobre los cuartos traseros al tiempo que rugía y golpeaba las lanzas con unas zarpas de un tamaño impresionante. El rojo de la sangre manchaba la pelambre blanca del oso. Laurana se preguntó por qué no huiría el animal, sin más, y entonces descubrió la razón. Era una hembra e intentaba proteger a dos cachorros blancos que estaban agazapados detrás de ella.

—Así que los asquerosos lagartos están también aquí —dijo Flint, malhumorado.

Hizo intención de sacar el hacha del correa que llevaba a la espalda, pero, a pesar de los guantes, tenía las manos entumecidas por el frío y el arma se le escapó de los dedos insensibilizados. El hacha resonó al caer en el hielo.

El ruido hizo que los draconianos interrumpieran el ataque para mirar hacia atrás. Al verse superados en número, dieron media vuelta y echaron a correr.

—¡Nos han visto! —gritó Derek—. Hay que impedir que vayan a informar de nuestra presencia. ¡Aran, el arco!

Aran descolgó el arco que llevaba al hombro. Al caballero le pasaba lo mismo que a Flint, que tenía las manos heladas y no consiguió que los dedos agarrotados sujetaran la flecha. Derek desenvainó la espada y empezó a correr en pos de los draconianos al tiempo que le gritaba a Brian que lo acompañara. Los caballeros, resbalando en el hielo y dando patinazos, avanzaban a trancas y barrancas. Los draconianos, con la ventaja del agarre que les proporcionaban las garras de los pies, los dejaron atrás en seguida y desaparecieron en la desierta blancura. Derek regresó maldiciendo entre dientes.

Sangrando, la osa blanca se desplomó y quedó tendida en el hielo. Los cachorros empujaban con las zarpas el cuerpo herido de su madre apremiándola a que se levantara. Sin hacer caso a los gritos de Derek que le advertía que la osa herida lo atacaría, Elistan se acercó al animal y se arrodilló a su lado. Enseñándole los dientes, la osa le gruñó débilmente y trató de levantar la cabeza, pero apenas le quedaban fuerzas. Con murmullos quedos destinados a sosegarla, Elistan posó las manos sobre el cuerpo del animal y su tacto pareció tranquilizarla. El animal soltó un suspiro enorme, gemebundo, y se relajó.

—Los draconianos volverán —dijo Derek con impaciencia—. El animal se está muriendo. No podemos hacer nada por él. Deberíamos irnos antes de que regresen con refuerzos. Voy a poner fin a esto.

—No perturbes a Elistan mientras reza, señor —intervino Sturm. Viendo que Derek no iba a hacerle caso, Sturm le sujetó el brazo.

Derek le asestó una mirada fulminante y Sturm retiró la mano, pero siguió plantado entre el caballero y Elistan. Derek masculló algo y se alejó. Aran fue tras él mientras Brian se quedaba a mirar.

Mientras Elistan rezaba, las heridas y los tajos ensangrentados que la osa tenía en el pecho y en los costados se cerraron. Brian soltó una exclamación ahogada.

—¿Cómo ha hecho eso? —le susurró a Sturm.

—Elistan diría que él no ha hecho nada, que es el dios quien realiza el milagro —contestó su amigo con una sonrisa.

—¿Tú crees en... esto? —inquirió Brian a la par que gesticulaba hacia el clérigo.

—Sería difícil no hacerlo cuando tienes la prueba ante tus ojos —repuso Sturm.

Brian deseaba averiguar más cosas. Quería saber si Sturm le rezaba a Paladine, pero sería de mala educación hacer una pregunta tan personal y, en consecuencia, guardó silencio. No era ésa la única razón, sin embargo. Si Derek se enteraba de que Sturm Brightblade creía en esos dioses y que, para colmo, les rezaba, sería otro punto en su contra.

La osa hizo amagos de intentar levantarse. Seguía siendo un animal salvaje con crías a las que proteger y Elistan, muy prudente, se apartó con rapidez tirando hacia atrás del kender, que había estado haciéndose amigo de los cachorros. El grupo volvió a la embarcación destrozada. Al echar un vistazo hacia atrás, vieron que la osa ya se había incorporado y se alejaba con pasos torpes y lentos, seguida de cerca por los cachorros.

Derek y Aran comentaban el hecho de que los draconianos hubieran llegado tan al sur.

—Deben de estar al servicio de Feal-Thas —decía Derek—. Regresarán para informarle de que tres Caballeros de Solamnia han llegado al glaciar.

—Estoy convencido de que la noticia asustará tanto al Señor del Dragón que no le llegará la camisa al cuerpo —dijo Aran con acritud.

—Imaginaré que hemos venido por el Orbe de los Dragones —replicó Derek—. Y mandará a sus tropas a atacarnos.

—¿Por qué iba a llegar tan de repente a la conclusión de que andamos tras el orbe? —demandó Aran—. Que tú estés obsesionado con ese artefacto, Derek, no significa que todo el mundo...

—¿Habéis visto eso? —gritó Brian, entusiasmado, cuando se reunió con ellos—. ¡Fijaos! La osa camina, Elistan le ha curado las heridas...

—Pero qué inocente eres, Brian —le espetó Derek en tono mordaz—. Siempre te dejas engañar por los trucos de cualquier charlatán. Las heridas de la osa eran superficiales. Cualquiera se habría dado cuenta.

—No, Derek, te equivocas —empezó Brian, pero Aran lo interrumpió al asirlos a los dos por el brazo y apretarles con fuerza en un gesto de advertencia.

—Mirad atrás. Despacio, sin movimientos bruscos.

Los caballeros se dieron media vuelta y vieron que un grupo de guerreros vestidos con ropas de cuero y pieles se encaminaba hacia ellos. Iban armados con lanzas y algunos de ellos asían hachas de aspecto extraño que relumbraban con la fría luz del sol, como si fueran de cristal.

—¡Que todo el mundo entre en la embarcación! —ordenó Derek—. Nos servirá de protección.

Brian echó a correr al tiempo que gritaba a los otros que se dirigieran a la embarcación lo más rápido posible. Agarró a Tasslehoff y lo empujó para que se diera prisa. Flint, Gilthanas y Laurana los siguieron a toda prisa.

Sturm ayudó a Elistan, pues al clérigo le estaba costando trabajo mantener el paso.

Los guerreros siguieron avanzando. Aran empezó a soplar las manos para que le entraran en calor y así poder usar el arco. Flint echó un vistazo por encima del casco mientras manoseaba el hacha y observó con curiosidad las extrañas hachas del enemigo.

—Deben de ser los Bárbaros de Hielo que mencionaron los grifos —dijo Laurana, que se acercó presurosa a Derek—. Tendríamos que intentar hablar con ellos, no presentarles batalla.

—Iré yo —se ofreció Elistan.

—Es demasiado peligroso —objetó Derek.

Elistan miró a Tasslehoff, que estaba azul de frío y tiritaba de tal modo que hasta los saquillos tintineaban. Los demás no estaban mucho mejor.

—Creo que el peligro más inmediato al que nos enfrentamos ahora es congelarnos —adujo el clérigo—. No creo que corra peligro. Esos guerreros no corrieron para atacarnos, como habrían hecho si pensaran que estamos con las fuerzas del Señor del Dragón.

Derek se quedó pensativo.

—De acuerdo —admitió—. Pero seré yo quien hable con ellos.

—Sería más prudente que me dejaras ir a mí, sir Derek —sugirió Elistan en tono sosegado—. Si me ocurriera algo, harás falta aquí.

Derek asintió bruscamente con la cabeza.

—Te cubriremos —dijo al ver que Aran se las había arreglado para calentarse los dedos lo suficiente para poder usar el arco. De hecho, ya tenía una flecha encajada en la cuerda, listo para dispararla.

Laurana se acercó a Tasslehoff, estrechó al tembloroso kender contra su cuerpo y lo arrojó con la capa. En un silencio tenso, observaron a Elistan salir de la protección del casco y avanzar con los brazos levantados para mostrar que no iba armado. Los guerreros lo vieron y algunos lo señalaron. El guerrero que iba en cabeza —un hombretón de llameante cabello pelirrojo que parecía el único color en aquel mundo blanco— también lo divisó. Siguió caminando e hizo un gesto para que sus guerreros avanzaran.

—¡Mirad! —exclamó Aran de repente a la par que señalaba.

—¡Elistan! —gritó Brian—. ¡El oso blanco te sigue!

El clérigo miró en derredor. La osa se acercaba al trote por el hielo con los cachorros corriendo detrás de ella.

—¡Elistan, vuelve! —gritó Laurana, asustada.

—Demasiado tarde —dijo Derek, lúgubre—. No lo conseguiría. Aran, dispara al animal.

Aran alzó el arco, tensó la cuerda y apuntó, pero una sacudida del brazo le hizo perder la concentración.

—¡Suéltame el brazo! —gritó, enfadado.

—Nadie te está sujetando —dijo Brian.

Aran miró a su alrededor. Flint y Sturm se encontraban de pie al otro extremo de la embarcación. Tasslehoff —el que podría ser más sospechoso— tiritaba entre los brazos de Laurana. Brian se hallaba junto a Derek y Gilthanas estaba al otro lado de Flint.

—Lo siento —se disculpó con gesto de extrañeza. Negó con la cabeza y masculló—. Juraría que alguien...

Volvió a levantar el arco.

La osa le pisaba los talones a Elistan. Los guerreros habían visto también al animal y el jefe de barba pelirroja dio la orden de alto.

Elistan tenía que haber oído los gritos de advertencia. Tenía que haber oído el ruido de las zarpas de la osa sobre el hielo, pero, de ser así, no se volvió, sino que siguió adelante.

—¡Dispara de una vez! —ordenó Derek, volviéndose hacia Aran, furioso.

—¡No puedo! —jadeó el caballero, que sudaba a pesar del frío. Los dedos sujetaban firmemente la flecha, el brazo le temblaba por el esfuerzo, pero no disparó—. ¡Alguien me sujeta el brazo!

—No, nadie lo sujeta —dijo Tasslehoff entre el castañeteo de dientes—. Alguien debería decírselo, ¿verdad?

—Calla —susurró Laurana.

La osa se alzó sobre los cuartos traseros y se levantó, imponente, detrás de Elistan. Erguida y manteniendo las patas delanteras por encima del clérigo, soltó un rugido atronador.

El líder de los guerreros contempló largamente a la osa y después, volviéndose hacia atrás, hizo un gesto a sus hombres. Uno tras otro, los guerreros tiraron las armas al hielo. El de la barba pelirroja caminó despacio hacia Elistan. La osa, más tranquila, se plantó sobre las cuatro patas, aunque no apartó los ojos de los Bárbaros del Hielo.

El hombre de la barba roja tenía los ojos de un color azul intenso, una gran nariz y la cara muy curtida y surcada de arrugas. Habló en Común, aunque con un acento muy marcado, al tiempo que señalaba a la osa.

—Ese animal ha sido herido, está cubierto de sangre. —La voz del hombre retumbaba como un alud—. ¿Has sido tú?

—Si hubiese sido yo, ¿crees que caminaría a mi lado? —respondió Elistan—. A la osa la atacaron los draconianos. Esos valerosos caballeros —señaló a Derek y a los otros, que habían salido de la embarcación— los hicieron huir y salvaron al animal.

El guerrero gruñó. Miró a Elistan y miró a la osa y después bajó la lanza. Hizo una reverencia al animal y le habló en su propia lengua. De una bolsa de cuero que llevaba atada al cinturón sacó unos trozos de pescado que echó a la osa, que se los comió con fruición. Después, reuniendo a sus cachorros, se alejó pesadamente, a buen paso, hacia el glaciar.

—El oso blanco es el guardián de nuestra tribu —manifestó el jefe—. Tienes suerte de que haya respondido por ti, pues de otro modo os habríamos matado. No nos gustan los forasteros. Sin embargo, seréis nuestros honorables huéspedes.

\*

\*

—¡Te juro, Derek, que ha sido como si alguien me sujetara con la fuerza de un cepo! —protestaba Aran mientras los caballeros salían al encuentro de Elistan.

—Pues menos mal —comentó Brian—. Si hubieses matado a la osa, ahora estaríamos todos muertos.

—Bah, lo único que le pasa es que echa en falta sus tragos de alcohol —dijo Derek, desabrido—. Son alucinaciones de alcohólico.

—No es cierto —negó Aran, que hablaba con una calma que no presagiaba nada bueno—. Me conoces lo bastante para saber que no es cierto. Alguien me sujetó el brazo.

La mirada de Brian se encontró con la de Elistan.

El clérigo sonrió y le guiñó el ojo.

Los Bárbaros de Hielo les dieron una buena acogida. Les ofrecieron pescado ahumado y agua. Uno de ellos se quitó el grueso chaquetón de pieles para arropar al kender, que estaba medio congelado. El guerrero de barba roja era su jefe y se negó a hablar o responder a sus preguntas alegando que todos corrían peligro de congelación. Condujo al grupo de vuelta al campamento consistente en tiendas pequeñas y confortables hechas con pieles de animales estiradas sobre bastidores portátiles. Por el agujero central de las tiendas

salía un hilillo de humo. El centro del campamento era un habitáculo comunal que se conocía como la casa larga o la tienda del jefe. Estrecha y alargada, la tienda del jefe estaba hecha de pieles y cuero tendidas sobre el enorme costillar de algún animal marino muerto que se habría quedado atrapado en el hielo. Las tiendas pequeñas se utilizaban sólo para dormir, ya que estaban demasiado abarrotadas para hacer otras cosas. Los Bárbaros de Hielo se pasaban casi todo el tiempo pescando en los estanques del glaciar o en la tienda del jefe.

Los que se encontraban reunidos allí cosían pieles, trenzaban y reparaban redes, martilleaban anzuelos, fabricaban lanzas y puntas de flecha y muchas otras tareas. Hombres, mujeres y niños trabajan juntos, y mientras lo hacían alguien contaba un relato o el grupo cantaba. Los niños pequeños jugaban bajo techo, otros y los mayores tenían tareas que realizar. En aquel duro clima, la supervivencia de la tribu dependía de que cada persona hiciera lo que le correspondía.

El pueblo del glaciar dio a sus huéspedes ropas adecuadas para vivir en los hielos y los integrantes del grupo se arrebujaron de buena gana en las cálidas prendas de piel, se calzaron las botas forradas y se cubrieron las manos heladas con guantes gruesos. A Laurana le cedieron una tienda para ella sola. Los tres caballeros disponían de otra, y Sturm, Flint y Tas ocuparon una tercera. Elistan iba camino de su tienda cuando se encontró con un hombre mayor de lengua barba blanca que le cerraba el paso; se abrigaba con prendas de piel encima de una túnica gris. Lo único que se veía del hombre era la nariz aguileña que asomaba bajo la capucha gris, así como los ojos brillantes.

El anciano se había plantado justo delante de Elistan. El clérigo se tuvo que parar por fuerza y sonrió al anciano de cuerpo encorvado que no le llegaba siquiera al hombro.

El viejo se quitó bruscamente un guante y dejó a la vista una mano nudosa con las articulaciones deformadas, los dedos agarrotados y surcada por multitud de venas azuladas. Alzó la mano hacia el medallón que Elistan llevaba al cuello. No lo tocó. La mano, temblorosa por una incipiente enfermedad degenerativa, se detuvo a corta distancia.

Elistan asió el medallón, se lo quitó y lo puso en la mano del anciano.

—Llevas mucho tiempo esperando pacientemente esto, ¿verdad, amigo mío? —susurró el clérigo.

—Así es —contestó el anciano, y dos lágrimas le rodaron por las mejillas y se perdieron en el cuello de pieles—. Mi padre esperó. Y antes que él esperó su padre, y antes, el padre de su padre. ¿Es verdad? ¿Han regresado los dioses?

—Jamás nos abandonaron —afirmó Elistan.

—Ah. —El anciano hizo una breve pausa antes de proseguir—. Creo que lo entiendo. Ven a mi tienda y cuéntame todo lo que sabes.

Enfrascados en la conversación, los dos se alejaron y desaparecieron en el interior de una tienda un poco más grande que las otras y que estaba situada cerca de la casa larga.

Laurana estuvo sentada en su tienda durante un rato. El dolor seguía latente, la pena era lacerante, pero ya no tenía la impresión de estar perdida en el fondo de un pozo oscuro, con la luz allá arriba, tan distante que no podía alcanzarla. Al pensar en los últimos días apenas recordaba nada de ellos y se sintió avergonzada. Vio claramente que había estado andando por un camino terrible, un camino que podría haberla conducido a la autodestrucción. Recordó con espanto que, durante un fugaz instante, había deseado que el desconocido de Tarsis la hubiera matado.

Los grifos la habían salvado. Este mundo helado, blanco, implacable, la había salvado. Paladine, en su misericordia, la había salvado. Como la osa blanca, había vuelto a la vida. Siempre amaría a Tanis, siempre lo lloraría, siempre estaría presente en su pensamiento, pero ahora tomó la decisión de que trabajaría por él, en su nombre, para lograr la victoria sobre la oscuridad, victoria por la que había muerto en su lucha por alcanzarla. Laurana elevó una plegaria en silencio para dar las gracias a Paladine y después fue a reunirse con los demás en la tienda del jefe.

Unas lumbres de turba ardían a intervalos en el interior de la casa larga y el humo ascendía y salía a través de los agujeros abiertos en el techo. Las gentes del pueblo del glaciar estaban sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas, encima de pieles extendidas, y se dedicaban a sus tareas. Sin embargo, ese día no había cánticos ni relatos, porque todos estaban atentos a la conversación que sostenía su jefe con los forasteros.

El jefe se llamaba Harald Haakan. Hablaba con Derek, que se había encargado de anunciar que era el cabecilla del grupo. Flint resopló al oír aquello, pero Sturm le hizo un gesto para que se callara.

—Dijiste que unos «draconianos» atacaron a la osa —comentó Harald—. Nunca había oído hablar de tales seres. ¿Qué son?

—Criaturas monstruosas que nunca se habían visto en Ansalon —repuso Derek—. Caminan erguidas como los seres humanos, pero tienen el cuerpo cubierto de escamas, así como alas y garras de dragones.

Harald asintió con la cabeza, ceñudo.

—Ah, de modo que te referías a esos seres. Hombres-dragón, los llamamos nosotros. El perverso hechicero Feal-Thas trajo esos monstruos al castillo del Muro de Hielo, junto con un dragón blanco. Hasta ese momento ninguno de nosotros había visto un dragón, aunque habíamos oído historias de que habían vivido aquí en tiempos remotos. Ninguno de nosotros sabía qué era esa gran bestia blanca hasta que Raggart el Viejo nos lo dijo. Sin embargo, ni siquiera él sabía nada sobre esos hombres-dragón.

—¿Quién es Raggart? —preguntó Derek.

—Raggart Knug, nuestro clérigo —contestó Harald—. Es el más viejo de todos nosotros. Interpreta las señales y los augurios. Nos dice cuándo va a cambiar el tiempo, cuándo dejar de pescar en un estanque antes de que acabemos con todos los peces y nos muestra dónde encontrar otro nuevo. Nos avisa cuando un enemigo se acerca para que tengamos tiempo de prepararnos para la batalla.

—¿Este hombre es pues un sacerdote del oso blanco?

Era evidente que Harald estaba ofendido. Lanzó una mirada fulminante a Derek.

—¿Por quién nos tomas, solámnico? ¿Por salvajes? No adoramos a los osos. Ese animal es nuestro guardián tribal y lo honramos y respetamos, pero no es un dios.

Al parecer, Harald tenía un temperamento muy acorde con el color fogoso de su cabello. Masculló entre dientes algo en su lengua mientras negaba con la pelirroja cabeza y miraba a Derek, el cual se disculpó varias veces por su equivocación. Finalmente el jefe se

tranquilizó.

—Por ahora no veneramos a ningún dios —prosiguió Harald—. Los dioses verdaderos nos abandonaron y esperamos que regresen. Eso podría ocurrir en cualquier momento, según Raggart. Dice que el dragón blanco es un augurio.

—Cuando dices «los dioses verdaderos» ¿te refieres a Paladine, Mishakal y Takhisis? —preguntó Sturm, interesado.

—Nosotros los conocemos por otros nombres, aunque he oído llamarlos así a la gente de Rigitt. Si éstos son los antiguos dioses, entonces, sí, es su regreso el que esperamos.

Laurana buscó a Elistan con la mirada al suponer que aquello le interesaría, pero no había ido con ellos a la tienda y la elfa no tenía ni idea de dónde podría estar.

Derek desvió la conversación hacia el Señor del Dragón, Feal-Thas.

Harald dijo que Feal-Thas llevaba residiendo en el glaciar unos cientos de años y hasta ese momento el hechicero había mantenido las distancias casi siempre. Harald había oído que Feal-Thas decía ser un Señor del Dragón, pero Harald no sabía nada de eso ni de los ejércitos de los dragones ni de la guerra que hacía estragos en otras partes de Ansalon.

—Y tampoco me importa —dijo al tiempo que desestimaba aquello con un gesto de la enorme mano—. Nosotros estamos metidos en una guerra interminable que libramos a diario sólo para seguir vivos. Combatimos contra enemigos mucho más antiguos que los dragones e igualmente mortíferos: el frío, la enfermedad, el hambre. Luchamos contra los thanois, que atacan por sorpresa para conseguir comida. Por eso no nos preocupa lo que pasa en el resto del mundo. —El jefe clavó en Derek una mirada astuta—. ¿Se preocupa por nosotros el resto del mundo?

Derek se quedó desconcertado, sin saber qué decir. Harald asintió con la cabeza y se recostó.

»Suponía que no —gruñó—. En cuanto al hechicero, está buscando problemas al traer a esos hombres-dragón para que nos ataquen junto a los thanois. Sus tropas han exterminado tribus más pequeñas. Matan mujeres y niños. Feal-Thas no se anduvo con rodeos. Dijo que se proponía aniquilarnos a todos, que no quedaría vivo nadie del pueblo del glaciar. Nuestra tribu es grande y mis guerreros son fuertes, de modo que hasta ahora no ha osado atacarnos, pero me temo que eso podría estar a punto de cambiar. Hemos sorprendido a sus lobos merodeando por los alrededores del poblado, espionando, y ha enviado unidades pequeñas para tantearnos. Confundí a vuestro grupo con una patrulla de sus soldados,

—Somos enemigos del Señor del Dragón Feal-Thas —manifestó Derek—, Hemos prometido acabar con el hechicero.

—Nos vendrían bien vuestras espadas en esta lucha, señor caballero, pero no entraréis en batalla con Feal-Thas. Se queda escondido en su palacio de hielo o en las ruinas del castillo del Muro de Hielo.

—Entonces iremos allí para luchar con él —manifestó Derek—. ¿Hay más tribus en la zona? ¿Podría reunirse un ejército en poco tiempo?

Harald lo miró fijamente durante unos segundos y después el hombretón rompió a reír a mandíbula batiente. Las carcajadas eran tan fuertes que sacudieron el costillar que sostenía la tienda y contagiaron a los que estaban en ella.

—Qué bromista —dijo Harald cuando la risa le dejó hablar. Dio una palmada a Derek en el hombro.

—Te aseguro que no bromeaba —repuso Derek con convicción—. Vamos a ir al castillo del Muro de Hielo para retar al hechicero a luchar. Iremos solos, si es preciso. Nos han enviado al glaciar con una misión secreta muy importante...

—¡Vamos a buscar un Orbe de los Dragones! —gritó Tasslehoff con entusiasmo desde la otra punta de la tienda—. ¿Habéis visto alguno por algún sitio?

Aquello interrumpió de golpe la conversación de Derek con el jefe. Incorporándose furioso, el caballero se disculpó y abandonó la tienda del jefe. Les hizo un gesto a Brian y Aran para que lo acompañaran y lanzó una mirada fulminante al kender cuando cruzó por delante de él, mirada que le entró a Tas por un oído y le salió por otro sin que él se diera cuenta siquiera.

Poco después de que los caballeros se marcharan, Gilthanas se puso de pie.

—Te pido disculpas, jefe —dijo cortésmente el elfo—, pero los ojos se me cierran. Voy a mi tienda a descansar.

—Gil —dijo Laurana en un intento de detenerlo, pero su hermano fingió no oírla y salió.

\*

\*

Los tres caballeros estaban muy apretujados dentro de la pequeña tienda. No podían estar de pie porque el techo era demasiado bajo, así que se acucillaron en el suelo, pegados hombro con hombro y casi chocando las cabezas.

—Bien, Derek, aquí estamos —dijo alegremente Aran, que estaba doblado hacia delante y con las rodillas a la altura de las orejas. Sin embargo, había recobrado el buen humor, ya que el jefe le había proporcionado algún sustitutivo de su acostumbrado brandy. La bebida era clara como el agua y la destilaban de las patatas que el pueblo del glaciar trocaba por pescado. Aran jadeó un poco con el primer trago y los ojos le lagrimearon, pero afirmó que, cuando uno se acostumbraba, el licor pasaba bastante bien.

»¿Qué era tan importante para que insultaras así al jefe y nos hicieras salir de forma tan precipitada? —preguntó mientras se llevaba la petaca a los labios.

—Brian, abre un poco el faldón de la tienda... Muy despacio —dijo Derek—. No llames la atención. ¿Qué ves? ¿Está ahí fuera?

—¿Quién? —preguntó Brian.

—El elfo.

Gilthanas deambulaba cerca y observaba a unos chiquillos que echaban sedales por un agujero abierto en el hielo para pescar peces. Brian habría pensado que le interesaba realmente lo que hacían los críos de no ser porque se delató al echar miradas penetrantes en dirección a la tienda de los caballeros.

—Sí —dijo de mala gana—. Está ahí fuera.

—¿Y qué? —preguntó Aran, que se encogió de hombros.

—Nos está espionando. —Derek hizo una seña para que se acercaran más—. Hablad en solámnico y no alcéis la voz. No me fio de él.

Él y su hermana tienen intención de robar el Orbe de los Dragones.

—Igual que nosotros —dijo Aran, y dio un bostezo enorme.

—Quieren robárnoslo a nosotros —afirmó Derek—. Y si lo consiguen, se lo entregarán a los elfos.

—Mientras que nosotros se lo entregaremos a los humanos —insistió Aran.

—Eso es diferente —protestó Derek con gesto adusto.

—Oh, por supuesto. —Aran sonrió—. Somos humanos y ellos son elfos, lo que nos convierte a nosotros en los buenos y a ellos en los malos. Lo entiendo muy bien.

—Haré oídos sordos a ese comentario —replicó Derek—. Nosotros, los caballeros, tendríamos que ser los que decidiéramos el mejor modo de hacer uso del orbe.

Brian estaba sentado tan derecho como podía, lo que significaba que rozaba con la cabeza en el techo de la tienda.

—Lord Gunthar ha prometido que los caballeros llevarán el orbe al Consejo de la Piedra Blanca. Los elfos forman parte de ese consejo y tendrán voz y voto en cuanto a lo que se haga con el orbe.

—He estado reflexionando sobre ese asunto —dijo Derek—. No estoy seguro de que sea una buena decisión, pero eso ya lo decidiremos más adelante. De momento, no debemos perder de vista a ese elfo y a sus amigos. Creo que están todos conchabados, incluido Brightblade.

—Así que ahora somos nosotros los que espiamos. ¿Y qué dice la Medida sobre eso? —inquirió secamente Aran.

—«Conoce a tu enemigo» —replicó Derek.

\*

\*

Laurana sabía de sobra que Gilthanas se marchaba para espiar a Derek. También sabía que no podía hacer nada para impedirselo. Rebulló, incómoda. Ahora sentía mucho calor y tenía el estómago algo revuelto por el olor de los ruegos de turba, la proximidad de tantos cuerpos y el penetrante olor a pescado. Hizo ademán de levantarse para irse, pero una mirada de Sturm la detuvo y la elfa volvió a sentarse.

Harald se había quedado estupefacto con el aserto de Derek sobre ponerle cerco al castillo del Muro de Hielo. Fruncido el entrecejo, el jefe clavó los ojos en Sturm. Este aguantó pacientemente la mirada escrutadora y esperó a que el otro hombre hablara.

—Está loco, ¿verdad? —dijo Harald.

—No, jefe —contestó Sturm, sorprendido por el comentario—. Derek Crownguard es un miembro de alta graduación de la orden de caballería. Ha viajado desde muy lejos para llevar a cabo esta misión del Orbe de los Dragones.

—Habla de reunir ejércitos, de ir al castillo del Muro de Hielo para atacar al hechicero en su propia guarida —gruñó Harald—. Mis guerreros no sitian castillos. Lucharemos si nos atacan. Y si el adversario nos supera en número, tenemos los botes deslizantes para trasladarnos rápidamente a través del hielo y ponernos a salvo. —El jefe observó a Sturm con curiosidad—. Eres un caballero, ¿verdad? —Señaló el largo bigote de Sturm—. Viajas en compañía de caballeros. ¿Por qué no estás con ellos trazando planes o lo que quiera que sea que hacen ahora?

—No soy de su grupo, señor —respondió Sturm, que soslayó la cuestión de si era un caballero o no—. Mis amigos y yo nos encontramos con Derek y sus compañeros en Tarsis. La ciudad fue atacada y destruida por el ejército de los dragones. Nosotros escapamos por muy poco, aunque estuvimos a punto de perder la vida. Nos pareció prudente viajar juntos.

Harald se rascó la barba, pensativo.

—¿Dices que Tarsis ha sido destruida?

Sturm asintió con la cabeza.

—No me había dado cuenta de que esa guerra de la que habláis había llegado tan cerca del glaciar. ¿Y qué ha pasado con Rigitt? —El jefe parecía preocupado—. Nuestras embarcaciones surcan esas aguas, llevamos nuestras capturas a los mercados de esa ciudad.

—La ciudad no había sido atacada cuando la vimos por última vez —contestó Sturm—. Creo que, de momento, Rigitt está a salvo. Los ejércitos de los dragones extendieron demasiado su radio de acción cuando atacaron Tarsis y se vieron obligados a retroceder. Pero si Feal-Thas se hace más fuerte aquí, en el Muro de Hielo, podrá proporcionar el apoyo que las fuerzas de la oscuridad necesitan para mantener abiertas sus líneas de suministro y Rigitt caerá, como ha ocurrido con tantas otras ciudades a lo largo de la costa. Entonces la oscuridad caerá sobre todo Ansalon.

—¿El tal Feal-Thas no está solo en sus proyectos ambiciosos? —Harald se había quedado perplejo—. ¿Es que hay otros?

—Tu clérigo tenía razón —intervino Laurana—. El dragón blanco era un augurio. Takhisis, Reina de la Oscuridad, ha vuelto y ha traído consigo sus dragones perversos. Ha reunido ejércitos de la oscuridad. Pretende conquistar y esclavizar el mundo.

Los otros miembros del pueblo del glaciar que se encontraban en la tienda habían dejado de trabajar y escuchaban en silencio, con gesto inexpressivo.

—Cuando uno ve venir la oscuridad sólo teme por sí mismo —comentó Harald—. Nunca se piensa en los demás.

—Y si se piensa en los demás, lo que se dice demasiado a menudo es: «Que se defiendan ellos» —añadió tristemente Laurana.

La elfa pensaba en los enanos de Thorbardin, que habían decidido luchar contra los ejércitos de los dragones pero se habían negado a hacerlo junto a los humanos y los elfos. Gilthanas se encontraba en el glaciar para conseguir el Orbe de los Dragones para los elfos, para asegurarse de que los humanos no se apoderaran de él. Si Derek y los caballeros eran los que lo lograban, se lo quedarían para los solámnicos.

—No veo que los tuyos acudan en ayuda de los Bárbaros de Hielo —espetó Harald, encrespado. El jefe había entendido mal el comentario de la elfa y se había ofendido.

—Hemos venido nosotros... —empezó Sturm.

Harald resopló.

—¿Quieres que crea que habéis venido tan lejos para luchar por el pueblo del glaciar? El kender dijo que estáis aquí para buscar algo de dragones o una cosa por el estilo.

—Un Orbe de los Dragones. Es un artefacto mágico muy poderoso. Corre el rumor de que Feal-Thas lo tiene en su poder. Es cierto que los caballeros han venido en busca del orbe, pero si Feal-Thas muere también os beneficiará a vosotros.

—¿Y qué hay del hechicero que vendrá a sustituirlo? —inquirió Harald—. ¿O es que vosotros y ese orbe os quedaréis aquí, en el glaciar, para ayudarnos a combatirlo?

Parecía que Sturm iba a decir algo más, pero siguió callado, suspiró y agachó la cabeza para mirarse las manos que, de forma inconsciente, acariciaban y alisaban la piel blanca de su prenda de abrigo.

—Tienes el gesto del hombre que se ha comido una anguila podrida —dijo Harald con el entrecejo fruncido.

—En lo tocante a luchar contra Feal-Thas —respondió Sturm—, no creo que tengas opción, señor. Los draconianos nos vieron y debieron identificarnos como Caballeros de Solamnia. Habrán ido a informar al hechicero, que se preguntará qué hacen unos solámnicos tan lejos de casa. Has dicho que hay lobos merodeando cerca del campamento para vigilarlos. Los avisarán de que nos has acogido aquí...

—Y Feal-Thas traerá sobre nosotros la guerra tanto si queremos como si no —acabó Harald por él. Fulminó a Sturm con la mirada y gruñó—: ¡En buen berenjenal nos habéis metido!

—Lo siento, señor —se disculpó Laurana, asaltada por el remordimiento—. ¡No me di cuenta de que podríamos poneros en peligro! Sturm, ¿podemos hacer algo? Si nos marchamos... —Se puso de pie como si fuera a irse en ese mismo instante.

—Estoy seguro de que Derek y los otros están ahora haciendo planes para solucionar eso —contestó Sturm.

—Yo no pondría la mano en el fuego —rezongó Flint entre dientes.

Harald inhaló profundamente, pero antes de que empezara a hablar lo interrumpieron. El anciano, el clérigo Raggart, entró renqueando en la tienda del jefe acompañado por Elistan. Todos los que se encontraban en la casa larga se pusieron de pie en un gesto de respeto, incluido el jefe. Raggart se dirigió hacia Harald. Había lágrimas en los ojos del anciano.

—Traigo noticias venturosas —anunció Raggart, que habló en Común por deferencia a los forasteros—. Los dioses están de nuevo con nosotros. Este hombre es un clérigo de Paladine. A instancias suyas recé al Rey Pescador y el dios respondió a mis plegarias. —El anciano tocó el medallón que llevaba colgado al cuello, similar al de Elistan, pero bendecido con el símbolo del dios conocido como Habbakuk para algunos y Rey Pescador por el pueblo del glaciar.

Harald estrechó la mano de Raggart y susurró algo al anciano en su lengua. Después se volvió hacia Sturm.

—Al parecer traéis la muerte en una mano y la vida en la otra, señor. ¿Qué podemos hacer?

—Estoy seguro de que Derek nos lo dirá —dijo secamente Sturm.

*Rezos de medianoche en la Abadía Oscura*

Kitiara se dedicó durante un rato a rebuscar en la despensa donde la habían encerrado algo que le sirviera como arma. Era una tarea ingrata teniendo en cuenta que la habían dejado totalmente a oscuras. Previamente a encerrarla allí, el bozak había inspeccionado el lugar, y ella misma había echado una rápida ojeada antes de que el draconiano se llevara la luz y no había visto nada. Sin embargo, no tenía nada que hacer excepto pensar en su ejecución inminente, de modo que ocuparse de cualquier cosa era mejor que estar cruzada de brazos. Tropezó con cajas de madera y se golpeó los dedos de los pies contra unos barriles, se arañó la mano con un clavo torcido y se golpeó la cabeza contra una pared, pero finalmente encontró un arma... más o menos.

Desmontó una caja de embalaje a patadas y preparó con varias tablillas una especie de garrote. Para hacerlo más lesivo, sacó unos clavos de la tapa de un barril y, usando otra tabla como martillo, los introdujo en el extremo de la improvisada cachiporra para que estuviera tachonada de puntas. No albergaba esperanzas de ser capaz de abrirse paso y huir luchando con eso, pero al menos confiaba en presentar una batalla lo bastante cruenta para provocar que la mataran allí mismo.

Una vez preparada el arma, ya no le quedó nada más que hacer. Paseó por la despensa hasta el agotamiento y entonces se sentó en la silla. Perdió la noción del tiempo. La oscuridad devoró los minutos y las horas. Kit estaba resuelta a no quedarse dormida porque no estaba dispuesta a malgastar las pocas horas de vida que le quedaban sumida en el sueño, pero el silencio y el aburrimiento, el miedo y la tensión, la vencieron. Se le cerraron los ojos y la cabeza le cayó sobre el pecho.

Despertó de golpe de su sueño intermitente; le había parecido oír ruido al otro lado de la puerta. Estaba en lo cierto. Alguien metía una llave en la cerradura.

Había llegado el momento. Su ejecutor venía a buscarla.

El corazón se le subió a la garganta. Se quedó sin respiración y, por un instante, creyó que iba a morir de puro terror. Entonces, con una brusca inhalación logró llevar aire a los pulmones. Asió el garrote con fuerza y cruzó sigilosamente, a tientas en la oscuridad, la despensa hasta llegar a la puerta. Pegó la espalda a la pared para que cuando se abriera la puerta no la vieran quienes entraran. Se quedarían sorprendidos y ella aprovecharía la ocasión. Se agazapó, garrote en mano, y esperó.

Chirriando, la puerta se abrió muy despacio, como si alguien la empujara con cautela por miedo a hacer demasiado ruido. Era muy extraño. Un verdugo se habría limitado a abrirla de golpe. Entró luz por la rendija, pero no era la intensa luz del día ni el destello de antorchas, sino un fino rayo luminoso que se desplazaba por la despensa, penetrante, inquisitivo, caía sobre la silla vacía y después pasaba fugazmente por barriles y cajas de embalaje. En el aire flotaba una fragancia de flores exóticas.

Ningún verdugo olía tan bien.

—¿Kitiara? —susurró una voz de mujer.

La guerrera bajó la cachiporra, la pegó contra el muslo para que pasara desapercibida y a continuación salió de detrás de la puerta. En el umbral se hallaba una mujer envuelta en una capa de terciopelo negro y forro de color púrpura oscuro. Se retiró la capucha que llevaba echada y la luz de su anillo le dio de lleno en el rostro.

—¿Iolanthe? —preguntó Kit, sorprendida hasta lo indecible y recordando el nombre en el último momento.

—¡Gracias le sean dadas a Su Majestad! —exclamó Iolanthe al tiempo que asía a Kit por el brazo como si se sintiera aliviada de tocar algo sólido y real. El rayo de luz que irradiaba el anillo se movió a diestro y siniestro por la despensa—. ¡Ignoraba si aún seguías viva!

—De momento, sí —respondió Kitiara, que no sabía muy bien qué pensar de aquella visita inesperada. Se soltó el brazo con un tirón y miró más allá de Iolanthe creyendo que la mujer habría ido acompañada por unos guardias. No había nadie. No se oían respiraciones ni el tintineo de armaduras ni el roce de botas en el suelo.

Recelosa, sospechando una trampa, aunque sin alcanzar a imaginar cuál, Kitiara se volvió hacia la hechicera.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. ¿Te envía Ariakas? ¿Es esto un nuevo tormento?

—¡No alces la voz! Silencié a los guardias de la puerta, pero podrían venir otros en cualquier momento. En cuanto a por qué estoy



aquí, no es Ariakas quien me envía. —Hizo una pausa y después añadió en tono quedo:— Es Takhisis.

—¡Takhisis! —repitió Kitiara, cada vez más estupefacta—. No lo entiendo.

—Nuestra soberana oyó tu plegaria y me ordenó que te liberara. Sin embargo, has de cumplir el juramento que le hiciste —añadió Iolanthe—. Tienes que pasar una noche en el alcázar de Dargaard.

Kitiara se quedó pasmada. Había elevado la plegaria llevada por la desesperación, sin creer en ningún momento que había unos oídos inmortales que la escucharían ni unas manos que girarían la llave en la cerradura. La idea de que Takhisis no sólo la había oído sino que también había respondido a su petición y ahora esperaba que cumpliera la promesa hecha era casi tan atemorizadora como la muerte cruel a la que se enfrentaba.

Kit se habría sentido bastante mejor de haber sabido que, si bien Takhisis podría escucharla, habían sido los oídos de Iolanthe los que habían captado su plegaria. La hechicera se había perfumado las manos para disimular el olor a cabello quemado.

—¿Me has traído un arma? —demandó la guerrera.

—No hará falta.

—La hará si intentan capturarme. No pienso morir con las tripas colgándome fuera —añadió duramente.

Iolanthe vaciló y sacó de debajo de la manga ajustada una daga del tipo que se permitía llevar encima a los hechiceros para su defensa. Se la tendió a Kit, que torció el gesto al ver el acero ligero, de aspecto frágil.

—Supongo que tendría que darte las gracias —fue su descortés comentario. No le gustaba estar en deuda con nadie, y menos aún con esa ramera perfumada. Así y todo, una deuda era una deuda—. Te debo una...

Metiéndose la daga en el cinturón, echó a andar hacia la puerta.

—¡Válgame Takhisis con esta mujer! —exclamó Iolanthe, consternada—. ¿Adónde vas?

—Me marchó —contestó Kit.

—¿Piensas andar por el templo de la reina vestida así? —Iolanthe señaló con un gesto a la guerrera, que se cubría con lo que llevaba generalmente debajo de la armadura: un farseto azul con el símbolo del Ejército Azul bordado con hilo dorado.

Kit se encogió de hombros y siguió andando.

—No se permite entrar a extraños en el templo después de acabar el oficio vespertino —le advirtió la hechicera—. Los clérigos oscuros patrullan por los corredores. Para eso, ni te molestes en salir de tu encierro, porque te traerán de vuelta dentro de poco. ¿Y qué piensas hacer con las trampas mágicas de dragones que hay en cada puerta?

Todas las puertas estaban guardadas por soldados de un Señor de los Dragones diferentes, y, en consecuencia, había una puerta roja, una azul, una verde, y así sucesivamente. Cada puerta tenía trampas que imitaban el tipo de aliento que utilizaba como arma cada clase de dragón al que rendía tributo. El pasillo que conducía a la puerta roja estaba jalonado con pétreas cabezas de dragones rojos que lanzarían un chorro de fuego sobre cualquier intruso desafortunado y lo incinerarían antes de que hubiera recorrido la mitad del pasillo. La puerta azul crepitaba con los rayos, mientras que la verde expelía gases venenosos.

—Conozco la frase que desactiva las trampas —afirmó Kit, mirando fugazmente hacia atrás—. Todos los Señores de los Dragones la sabemos.

—Ariakas ordenó que se cambiaran las frases después de que te arrestaran —la informó Iolanthe.

Kitiara se detuvo y apretó los puños. Se quedó inmóvil unos segundos mientras maldecía entre dientes y después se volvió hacia la hechicera.

—¿Conoces la nueva contraseña?

—¿Quién crees que hace funcionar la magia? —inquirió a su vez Iolanthe con una sonrisa.

Kitiara no se fiaba de ella. No entendía lo que estaba pasando. Le resultaba difícil creer la historia de Iolanthe sobre que la reina Takhisis la había enviado, mas ¿cómo, si no, habría sabido la hechicera lo de su plegaria a la diosa? Le gustara o no, no iba a quedarle más remedio que poner su vida en manos de esa mujer. ¡Y no le gustaba!

—Bien, ¿cuál es tu plan? —preguntó.

Iolanthe le tendió un envoltorio a Kit.

—Primero, ponte esto.

La guerrera desdobló una túnica de terciopelo negro como la que vestían los clérigos oscuros. Tenía que admitir que era una buena idea. Se puso la prenda torpemente y, con las prisas, se le quedó atascada al intentar meter la cabeza por el hueco de una manga. Después de solventar ese problema, se la puso al revés, la parte delantera en la espalda. Kit enmendó la confusión con ayuda de Iolanthe. Los envoltorios pliegues negros la encubrieron.

—Y ahora, ¿qué?

—Asistiremos a los ritos de medianoche en la Abadía Oscura —explicó la hechicera—. Allí nos mezclaremos con la multitud y nos iremos cuando se marche la gente porque las trampas de los dragones estarán desactivadas para dejar que pase. Hemos de darnos prisa —añadió—. El servicio ya ha empezado. Afortunadamente, la abadía está cerca de aquí.

Salieron de la despensa. El brillo del anillo mágico de Iolanthe les alumbró el camino a través de los aposentos de Ariakas. La puerta principal se encontraba un poco entreabierta.

—¿Y los guardias? —preguntó Kit en un susurro.

—Muertos —respondió la hechicera sin mostrar ninguna emoción.

Kit atisbo cautelosamente por la rendija de la puerta. A la luz del anillo de la hechicera vio dos montones de polvo: los restos de dos draconianos baaz. Kitiara miró a Iolanthe con renovado respeto.

La hechicera se recogió el borde de la túnica para no mancharlo con el polvo y pasó cuidadosamente por encima de los restos, los labios apretados en una mueca de asco. Kit no evitó los montones y pasó por encima esparciendo polvo por todas partes al pisar sin ningún cuidado.

—Deberíamos librarnos de eso —dijo al tiempo que señalaba los montones pisoteados—. Cualquiera que lo vea se dará cuenta de que son dracos muertos.

—No hay tiempo —adujo Iolanthe—. Tendremos que correr el riesgo. Afortunadamente este pasillo rara vez está iluminado y hay pocos que tengan algún motivo para venir a esta zona del templo. Por aquí.

Kitiara reconoció el hueco de la escalera por la que había bajado custodiada por los dos guardias. Las dos mujeres pasaron de largo y siguieron adelante y en seguida se oyeron voces que entonaban cánticos de alabanza a la Reina de la Oscuridad. Kitiara nunca había asistido a un servicio en la Abadía Oscura. En realidad había hecho todo lo posible para no tener que ir. Ni siquiera sabía con certeza dónde se encontraba la abadía. Tenía la vaga idea de que estaba justo al otro extremo de las mazmorras. Una luz blanca violácea, que daba la impresión de irradiar misteriosamente de las paredes, alumbraba los corredores. La luz tenía el efecto de diluir todos los colores, todos los trazos distintivos, todas las diferencias, convirtiendo los objetos en bosquejos fantasmalmente blancos perfilados de oscuridad.

Quienesquiera que pasaban por aquellos corredores, incluso aquellos que lo hacían a diario, experimentaban una sensación de irrealidad. Los suelos no estaban completamente nivelados, los pasillos cambiaban de posición, las habitaciones no estaban donde deberían ni las puertas donde habían estado el día anterior. Iolanthe, guiada por la luz del anillo, recorría los extraños corredores con seguridad. De haberse encontrado sola, Kit se habría extraviado sin remedio.

La guerrera había imaginado que los cánticos provenían de la abadía y pensó que sería fácil guiarse por las voces, pero allí los sonidos se distorsionaban. A veces los cánticos atronaban en sus oídos y le parecía que ya habían llegado a la abadía, pero en seguida descubría que había otro giro y las voces se apagaban gradualmente hasta casi extinguirse. Entonces, en el siguiente giro, volvían a retumbar con fuerza. En cierto momento del servicio, un grito penetrante reverberó en los pasillos. A Kit se le erizó el pelo de la nuca. El espantoso chillido cesó de forma repentina.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—El sacrificio vespertino —contestó Iolanthe—. La abadía está un poco más adelante.

—Gracias a la reina —murmuró Kit. Nunca había estado en las mazmorras y ansiaba salir de allí. Le gustaba la vida sin complicaciones que llevaba, sin embrollos con los dioses... Lo que le recordó con desasosiego el trato que había hecho con su reina. Kit apartó aquella idea de la mente. Tenía cosas más urgentes en las que pensar y, además, Takhisis no la había salvado todavía.

Al girar en un recodo, Iolanthe y ella se toparon con uno de los clérigos oscuros. Kitiara se cubrió más con la capucha para taparse la cara y mantuvo la cabeza agachada al tiempo que aferraba la empuñadura de la daga bajo la amplia manga.

El clérigo oscuro las miró. Kit contuvo la respiración, pero la mirada hosca del hombre estaba fija en Iolanthe. Se retiró la capucha para fulminar a la hechicera con la mirada. Tenía el semblante demacrado, cadavérico. Un verdugón horrible le cruzaba la nariz.

—Una hora muy avanzada para andar por aquí, Túnica Negra —increpó a Iolanthe en tono desaprobador.

Los dedos de Kit se cerraron con más fuerza alrededor de la empuñadura.

Iolanthe echó hacia atrás los pliegues de la capucha. La luz espectral cayó sobre su rostro y rieló en los iris de color violeta.

El clérigo oscuro dio un respingo y retrocedió un paso.

—Veo que me reconoces —dijo la hechicera—. Mi escolta y yo venimos al servicio y llego tarde, así que te pido que no nos entretengas más.

El clérigo oscuro se había recobrado del sobresalto. Echó un vistazo desinteresado a Kit y volvió la vista hacia Iolanthe.

—Sí que llegas tarde, señora. El servicio está ya a punto de acabar.

—Entonces, no me cabe duda de que sabrás disculparnos.

Dejando el aroma a flores flotando en el pasillo, Iolanthe pasó junto al hombre acompañada por el frufrú de sus ropajes negros. Kit la siguió con actitud respetuosa. Echó una ojeada hacia atrás y apartó el borde de la capucha para no perder de vista al clérigo. El hombre las miraba fijamente y por un instante Kit creyó que iba a seguir las. Entonces, mascullando algo entre dientes, se dio media vuelta y se alejó.

—No sé yo si tu compañía es segura —comentó Kitiara—. No parece que te tengan mucho aprecio por aquí.

—Los clérigos oscuros no se fían de mí —contestó Iolanthe sin alterarse—. No confían en ningún hechicero. No entienden que seamos leales a Takhisis y al mismo tiempo sirvamos a Nuitari. —Esbozó una sonrisa despectiva—. Y están celosos de mi poder. El Señor de la Noche está intentando convencer a Ariakas de que a los hechiceros se nos prohíba la entrada al templo. Algunos quieren incluso que nos expulsen de la ciudad, cosa del todo punto imposible dado que el propio emperador es un practicante de la magia.

»Y ahora, guardemos silencio —advirtió—. La abadía está ahí mismo. ¿Te sabes alguna de las plegarias?

Kitiara no sabía ninguna, por supuesto.

—Entonces, haz este signo si alguien te pregunta por qué no te unes a los cánticos. —Trazó un círculo en el aire con la mano—. Eso significa que has hecho voto de silencio.

La abadía estaba abarrotada. Kitiara y Iolanthe encontraron sitio en la arcada de acceso. Del interior les llegó una vaharada penetrante a cuerpos sudorosos bajo las túnicas negras, a cera de las velas encendidas, a incienso y a sangre fresca. El cuerpo de una muchacha yacía en el altar y la sangre manaba del tajo que la había degollado. Un sacerdote con las manos tintas del rojo fluido entonaba plegarias y exhortaba a la muchedumbre a unirse a las alabanzas a Takhisis.

Metida entre la multitud apelotonada, con el olor a sangre impregnándole las fosas nasales y el sonido de los discordantes plañidos traspasándole los oídos, Kitiara rebulló, agobiada, y sintió la repentina e imperiosa necesidad de marcharse. No soportaba seguir plantada allí, esperando que alguien descubriera que no se hallaba en su improvisada celda y diera la alarma.

—Larguémonos de aquí —susurró en tono apremiante a la otra mujer.

—Nos pararían en la puerta y nos harían preguntas —musitó Iolanthe al tiempo que aferraba a Kit por un pliegue de la manga—. Si salimos mezcladas con la multitud, nadie reparará en nosotras.

Kitiara suspiró, frustrada, pero tuvo que admitir que el planteamiento de la hechicera era acertado. Se armó de valor para aguantar el mal rato.

La abadía era una estancia circular con un techo alto y abovedado bajo el cual se alzaba una gran estatua de la reina Takhisis en su forma de dragón que era una maravilla. El cuerpo había sido tallado en mármol negro mientras que las cinco cabezas estaban hechas con mármoles de colores distintos. Los diez ojos eran gemas que relucían con una luz mágica que iluminaba la estancia. Por algún medio milagroso, las cabezas de las estatuas daban la impresión de que se movían; los ojos miraban aquí y allá, con la espeluznante luz de los iris vigilantes deslizándose sobre la multitud sin descanso.

Kit contempló fijamente la estatua de la reina Takhisis mientras las cabezas se mecían y serpenteaban y miró de soslayo a Iolanthe, de pie a su lado y apenas visible bajo las luces cambiantes. Kit no distinguía el rostro de la hechicera porque ésta se había cubierto de nuevo con la capucha. La guerrera tenía los nervios de punta y sostenía la daga en la mano sudorosa; estaba deseando que acabara la ceremonia y encontrarse muy lejos de allí. Iolanthe se mostraba tranquila, sin mover un solo músculo, en absoluto nerviosa a pesar de que si Ariakas descubría que había ayudado a escapar a su prisionera, la vida de la hechicera valdría menos que nada. Fuera cual fuese el castigo que arrostraría Kit, el de Iolanthe lo triplicaría.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Kitiara en un susurro que el ruido de los cánticos ahogó—. ¿Por qué me ayudas? Y no me vengas con la monserga de que eres la respuesta a mis plegarias.

Bajo la capucha, Iolanthe miró de soslayo a Kit. Los iris de color violeta titilaban a la luz de los ojos multicolores y facetados de la estatua de la reina. Iolanthe desvió la vista hacia la estatua y Kit creyó que no iba a responder.

—No quiero tenerte de enemigo, Dama Azul —susurró finalmente la hechicera. Los ojos violetas, grandes y penetrantes, se clavaron en la guerrera—. Si haces lo que dices que vas a hacer y tienes éxito, llegarás a tener de tu parte a uno de los seres más poderosos de Kryn. Lord Soth te convertirá en una fuerza a tener en cuenta. ¿Es que no lo entiendes, Kitiara? Su Oscura Majestad empieza a albergar dudas sobre Ariakas. Busca a alguien más capaz de llevar la Corona del Poder. Si demuestras ser esa persona, y creo que lo harás, quiero que tengas una buena opinión de mí.

*«Y si no consigo volver viva del alcázar de Dargaard, Ariakas conservará la corona y la bruja no habrá perdido nada en el intento —se dijo Kitiara para sus adentros—. Es como imaginaba: astuta, oportunista, maquinadora e intrigante.»*

A Kit empezaba a caerle bien la hechicera.

El cántico había alcanzado el punto culminante de febril intensidad, y Kit esperaba fervientemente que el servicio estuviera a punto de acabar cuando, de repente, la cabeza azul de la estatua se volvió en su dirección. La luz de los ojos azul zafiro iluminaron a la muchedumbre que había a su alrededor y se detuvieron un instante en un devoto que había a la izquierda de Kit, un poco más adelante: un bozak con un ala deforme. En ese instante, el cántico acabó de golpe dejando tras de sí un silencio ensordecedor. Las cabezas de la reina dejaron de moverse. El milagro había llegado a su fin. La estatua volvía a ser mármol, si es que en algún momento había sido algo más; Kit creía haber oído un chirrido y el ruido sordo de una máquina. La abadía resplandeció con luz blanca. El servicio había finalizado.

La multitud parpadeó y se frotó los ojos. Los que sabían por experiencia que el servicio estaba a punto de acabar ya habían ido acercándose a la salida con la esperanza de evitar la aglomeración. La gente se encaminaba hacia la puerta. El bozak del ala deforme se volvió y avanzó directamente hacia Kit. La guerrera tenía la capucha bien echada, pero no le tapaba la cara y, durante el servicio, se le había resbalado un poco hacia atrás. Se volvió con rapidez, pero no antes de que Targ la viera fugazmente. Kit estaba segura de que había advertido un destello de reconocimiento en los ojos de reptil del bozak favorito de Ariakas.

Quizá se equivocaba, pero no estaba dispuesta a correr el riesgo. Kit aflojó el paso y dejó que la gente pasara a su alrededor. Aferró la daga y esperó a que el bozak estuviera más cerca.

Un brusco movimiento en tropel de la muchedumbre hizo que Targ chocara contra Kit. Quizá Takhisis sí estaba de su parte. Deseando con todas sus fuerzas que el acero de aspecto frágil no se rompiera, la guerrera hundió la daga entre las costillas de Targ con intención de alcanzar los pulmones y rozar sólo el corazón para no matarlo al instante.

El bozak soltó un gruñido más sorprendido que de dolor. Kit sacó el arma de un tirón y la ocultó debajo de la manga. El bozak, con una expresión de sorpresa en los ojos, empezaba a desplomarse. Kitiara asió a Iolanthe por el brazo y la arrastró hacia la salida.

—¿Dónde está la puerta más cercana? —Kit apartó a empujones a varios peregrinos y a punto estuvo de tirarlos al suelo.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Iolanthe, alarmada por la expresión de Kit.

—¿Hacia dónde? —preguntó la guerra con vehemencia.

—A la derecha —contestó Iolanthe, y Kit empezó a tirar de ella en aquella dirección.

No habían avanzado mucho cuando una explosión sacudió las paredes y lanzó por el aire polvo y escombros. Cuando el estruendo de la explosión se apagó, por los corredores empezaron a resonar gritos, chillidos y gemidos. Algunos peregrinos estaban petrificados por la impresión mientras que otros chillaban, presas del pánico. Nadie sabía qué había pasado.

—Nuitari nos ampare. ¿Qué has hecho? —jadeó la hechicera.

—El bozak que estaba delante de mí era uno de los guardias de Ariakas. Me reconoció y no tuve más remedio que apuñalarlo —respondió Kitiara mientras se apresuraba corredor adelante. Al advertir que Iolanthe parecía estar aturdida, Kit añadió:— Cuando los bozak mueren, los huesos les explotan.

Guardias y peregrinos oscuros pasaban a su lado abriéndose paso a empujones, algunos corriendo hacia el lugar de la explosión y otros alejándose de él.

—Nuitari nos ampare —repitió Iolanthe. La mujer se echó bien la capucha para taparse la cara, se remangó la falda y echó a correr. Kitiara la siguió. No tenía ni idea de dónde se encontraban y confiaba en que Iolanthe sí lo supiera. Al girar en un recodo se toparon con

unos guardias del templo draconianos que se acercaban corriendo por el pasillo. Llegaron a ellas antes de que las mujeres tuvieran tiempo de esquivarlos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno al tiempo que les cerraba el paso—. Se ha oído una explosión.

—Ha sido en la abadía. —Iolanthe rompió a llorar y siguió hablando entre sollozos—. Un Túnica Blanca... disfrazado... lanzó un hechizo... Mató draconianos... Hubo una explosión... ¡Es horrible!

—El Túnica Blanca huyó —añadió Kit—. Si os dáis prisa, a lo mejor podéis alcanzarlo. Va vestido como un clérigo oscuro. No os pasará inadvertido, porque tiene una gran cicatriz roja que le cruza la nariz.

El comandante draconiano no perdió tiempo en hacer preguntas y salió corriendo con sus tropas en persecución del fugitivo.

—Bien pensado —dijo Iolanthe, que reanudó la marcha a toda prisa.

—Tú tampoco lo has hecho nada mal —contestó Kit.

Subieron la sinuosa escalera que conducía fuera del nivel de las mazmorras y en el camino no dejaron de cruzarse con tropas que se abrían paso a empujones en su prisa por llegar al lugar del desastre. Kit y Iolanthe llegaron a lo alto de la escalera, formaron otro pasillo y al fondo vieron la Puerta del Dragón Blanco.

Hallándose el templo bajo ataque, todas las puertas se habían cerrado a cal y canto y se habían activado las trampas. Los guardias draconianos, empuñadas las armas, estaban tensos y con los nervios de punta.

—Vaya —exclamó Kitiara. No había tenido en cuenta que pasaría eso.

—Mantén la calma —le susurró la hechicera—. Y deja que me ocupe yo de esto.

Se retiró la capucha y repitió, llorosa, la misma historia sobre el vil Túnica Blanca. Los draconianos conocían a la bruja de Ariakas, porque Iolanthe había estado allí esa tarde disponiendo la magia de la trampa del dragón blanco que descargaría una ráfaga de escarcha sobre cualquiera que la hiciera saltar y lo paralizaría con el frío. Iolanthe, naturalmente, sabía la contraseña, pero los guardias ni siquiera se molestaron en preguntarle. Sin embargo, mostraron interés por su compañera.

—¿Quién es? —Los ojos de reptil del draconiano observaron a Kit con recelo.

—Mi guía —contestó la hechicera. Soltó un tembloroso suspiro y los ojos color violeta le dedicaron una mirada lánguida al comandante—. Esos pasillos son tan lisos... Todos parecen iguales y me pierdo sin remedio.

—¿Cómo te llamas? —demandó el draconiano al Kit. La guerrera recordó el consejo de Iolanthe e hizo el signo del círculo con la mano.

—Ha prestado voto de silencio —explicó la hechicera.

El draconiano siguió mirando a Kit, que permanecía con la cabeza agachada en actitud sumisa y con la daga empuñada fuertemente debajo de las amplias mangas. El comandante les indicó con una seña que cruzaran la puerta.

Casi habían salido del templo cuando oyeron el ruido de garras en el suelo corriendo tras ellas. Kit se detuvo, tensa, lista para atacar.

—Señora Iolanthe —dijo el draconiano—, el comandante me manda para que te pregunte si deseas que una escolta te acompañe a casa. Es posible que las calles no sean seguras.

—No, gracias —contestó la hechicera con un suspiro—. No quiero apartaros de vuestro puesto.

Las dos mujeres cruzaron la puerta y siguieron caminando a través del recinto del templo hasta que salieron a la calle.

Kitiara era libre. Respiró el aire fresco y alzó la vista al oscuro firmamento cuajado de estrellas que había creído que no volvería a ver jamás. Era tal su alegría y su alivio que casi se sentía mareada y apenas oyó lo que Iolanthe le decía.

—¡Atiéndeme! —La hechicera le pellizcó el brazo para llamar su atención—. Debo ir con Ariakas. ¡Sería extraño que no fuera directamente a verle para darle la noticia, y no dispongo de mucho tiempo! ¿Adónde piensas ir?

—A buscar a mi dragón azul —respondió Kit.

—Justo lo que imaginaba —comentó Iolanthe a la par que negaba con la cabeza—. No pierdas el tiempo. Ariakas ordenó a todos los dragones azules que había en Neraka que regresaran a Solamnía. Sabe que los azules te son leales y le daba miedo lo que podría ocurrir si tus dragones descubrían que te iban a ejecutar.

Kitiara masculló una maldición. Iolanthe señaló un pasaje lateral.

—Al final de esta calle hay un establo en el que Salah Kahn guarda sus caballos. Los corceles de Khur son los más rápidos y los mejores del mundo —añadió con orgullo—. También son los más listos. Para prevenir que los roben, mi pueblo les enseña una palabra secreta. Hay que pronunciar esa palabra o los caballos no permiten que los montes. El caballo se encabrita y empieza lanzarte coces que podrían matarte. ¿Lo has entendido?

Kit lo había entendido. Iolanthe le reveló la palabra. Kit la repitió y asintió con la cabeza.

—Una cosa más —dijo Iolanthe cuando Kit estaba a punto de marcharse.

—¿Qué?

—¿Cumplirás tu juramento? —La hechicera le clavó una mirada penetrante—. ¿Cabalgarás ahora hacia el alcázar de Dargaard?

Kitiara vaciló. Pensó en una vida huyendo constantemente. Ariakas ofrecería una recompensa por ella en cuanto descubriera que había desaparecido. Y sería una recompensa cuantiosa. Todos los cazadores de recompensas de Ansalon la buscarían. No podría dejarse ver en ninguna ciudad, fuera grande o pequeña. Tendría que estar siempre ojo avizor a su espalda y le daría miedo quedarse dormida.

—Lo cumpliré —contestó.

—Creo que hablas en serio —sonrió la hechicera—. Necesitarás esto cuando entres en el alcázar de Dargaard.

Iolanthe asió una mano de Kitiara y le deslizó en la muñeca un brazalete ancho de plata, decorado con tres gemas de ónice talladas.

—¿Quieres que tenga el mejor aspecto posible pata el Caballero de la Muerte? —comentó Kit con una sonrisa—. ¿No hay unos pendientes a juego?

—¿Qué sabes de lord Soth? —le preguntó Iolanthe.

—No mucho —admitió la guerrera—. Es un Caballero de la Muerte...

—Puede matarte con sólo pronunciar una palabra —la interrumpió la hechicera—. Cuenta con un ejército de guerreros espectrales que están obligados a defenderlo, y si consigues pasarlos, cosa bastante dudosa, te encontrarás con las *banshees*, las elfas fantasmales. Entonan un cántico horrisono, y si escuchas aunque sólo sea una de sus gemebundas notas el corazón se te parará y caerás muerta. No sobrevivirías ni una hora en el alcázar de Dargaard, mucho menos una noche entera.

Kit mantuvo la compostura.

—Deduzco, pues, que este brazalete es mágico. —La guerrera observó la joya con gesto dudoso—. ¿Me protegerá de algún modo?

—Te salvará de morir de puro terror. Además, las gemas de ónice absorberán los ataques mágicos que se lancen contra ti, aunque sólo aguantarán hasta cierto punto. Después se desmenuzarán y el brazalete dejará de ser útil. Aun así, debería permitirte al menos cruzar la puerta principal. Su poder es limitado. No te lo pongas hasta que sepas que vas a utilizarlo.

Kitiara rodeó el brazalete con la mano.

—Buena suerte —añadió Iolanthe. Rozó el anillo que llevaba y empezó a musitar algo en voz baja.

»Espera, Iolanthe —pidió Kit, y la hechicera interrumpió el hechizo.

—¿Qué pasa ahora?

Kit no estaba acostumbrada a tener que agradecerle nada a nadie; la palabra se le atascó en la garganta y al salir sonó como un gruñido.

—Gracias.

—No olvides que estás en deuda conmigo —respondió la hechicera con una sonrisa, y desapareció, los ropajes negros fundiéndose en la oscura noche.

Kitiara avanzó a buen paso callejón abajo. A su espalda se oían gritos a medida que se propagaba entre los indignados seguidores de Takhisis el rumor de que un Túnica Blanca asesino había usado su magia para infiltrarse en su templo.

Kit encontró los establos y eligió un caballo negro del que le gustó el aspecto de la poderosa musculatura, la noble planta, el arco orgulloso del cuello y el brillo de los ojos. Pronunció la palabra que Iolanthe le había enseñado y el corcel permitió que lo ensillara, y en un visto y no visto, la guerrera salió a galope de la ciudad.

Kitiara tomó la calzada que enfilaba hacia el norte, en dirección al alcázar de Dargaard.

\* \* \*

En el templo, la historia del Túnica Blanca desató la imaginación de los devotos, y para cuando el Señor de la Noche llegó al escenario de los hechos y pudo interrogar a los testigos, varios clérigos oscuros juraron que habían estado justo al lado del osado hechicero. Al clérigo oscuro calvo y con la cicatriz en la nariz lo atrapó una patrulla de draconianos. Furiosos por la muerte de Targ, abrieron en canal al hombre allí mismo, y sólo después de que estuviera muerto descubrieron que no era un hechicero y jamás lo había sido. Al amanecer, los draconianos habían ido de casa en casa buscando al para entonces tristemente célebre hechicero Túnica Blanca y habían puesto patas arriba toda la ciudad de Neraka.

Era tal la cólera y la indignación por las muertes ocasionadas en el templo que todo el mundo perdió interés en la ejecución de Kitiara Uth Matar. Los guardias que fueron a buscarla para llevarla al Estadio de la Muerte se encontraron con que había conseguido huir aprovechando el caos de la noche. Ariakas recibió esta información de boca de un ayudante tembloroso que esperaba, como poco, morir. Entretanto, Iolanthe sollozaba en un rincón, presa de un ataque de nervios. El Señor de la Noche despotricaba por los destrozos causados en su abadía y exigía saber qué pensaba hacer el emperador para solucionarlo. Todavía seguía hablando cuando Salah Kahn entró hecho un basilisco gritando que le habían robado su caballo favorito.

Ariakas recibió todas aquellas noticias con una calma tal que sorprendió a todos. No dijo nada. No mató al mensajero. En silencio, oyó desbarrar al Señor de la Noche, soltar barbaridades a Salah Kahn y el gimoteo histérico de Iolanthe, y después ordenó al Señor de la Noche, al Señor del Dragón, a la hechicera y a todos los demás que se fueran.

Una vez estuvo solo, el emperador paseó de un lado a otro de la estancia y reflexionó sobre la coincidencia sorprendente de que a un Túnica Blanca se le hubiera ocurrido ir a volar la Abadía Oscura la misma noche que Kitiara estaba encerrada en la despensa del templo, a la espera de ser ejecutada.

Ariakas afirmó con la cabeza en un gesto de admiración. «*Qué mujer* —dijo para sus adentros—. ¡*Qué mujer!*»

*El espía*  
*El sueño*  
*Fuego y arco iris*

Brian despertó del sueño profundo del agotamiento en un repentino estado de alerta. Permaneció inmóvil y prestó atención hasta estar seguro de que había oído voces y no lo había soñado. Las voces sonaron otra vez y el caballero apartó las mantas de piel y, moviéndose en silencio y con sigilo, rodeó el cuerpo del dormido Aran para acercarse a la entrada de la tienda.

—¿Qué pasa? —farfulló Aran.

—Me toca hacer guardia —susurró Brian, y Aran se echó las mantas por encima de la cabeza y se acurrucó entre las pieles que le servían de lecho.

Brian se arrebujó en sus pieles, apartó el faldón de la tienda y escudriñó la oscuridad. No se movía nada. Derek estaba ahí fuera, en alguna parte. Había insistido en que montaran sus propios turnos de guardia a pesar de que Harald le había asegurado que el pueblo de hielo mantenía una rigurosa vigilancia. Una luz brilló por debajo de una tienda cercana, la de Sturm. Brian se acercó, sigiloso.

La noche en el glaciar era negrura y plata constelada de estrellas, quebradiza con el frío penetrante. Se veía bien con la suave luz y si él podía ver, también podían verlo a él, de modo que se quedó al abrigo de las sombras.

La voz que lo había despertado era la de Laurana. Había dicho algo sobre Silvanesti. Estaba dentro de la tienda de Sturm, y mientras Brian vigilaba desde las sombras, vio llegar al enano y reunirse con ellos.

Las voces sonaban apagadas. Brian rodeó la tienda por detrás para escuchar de qué hablaban. Se despreciaba por espiar a los que había llegado a considerar sus amigos, pero en el instante en que oyó a Laurana mencionar el antiguo reino elfo se despertaron sus sospechas.

—Ya lo sabemos —le dijo Laurana a Flint cuando el enano entró en la tienda—. Has tenido un sueño. ¿Sobre Silvanesti?

—Por lo que veo no he sido el único —comentó Flint con voz enronquecida. Parecía nervioso, intranquilo—. Supongo que queréis que os cuente...

—¡No! —se opuso Sturm con voz áspera—. No, no quiero hablar de ello... ¡Nunca!

Laurana murmuró algo que Brian no entendió.

Estaba perplejo. Hablaban de un sueño, un sueño sobre Silvanesti. No tenía sentido. Movié los pies para que conservaran el calor y siguió escuchado.

—Yo tampoco podría hablar —estaba diciendo Flint—. Sólo quería comprobar que en verdad era un sueño. Parecía tan real que creí que os encontraría a ambos...

Brian oyó pisadas y se refugió de nuevo en las sombras. El kender pasó corriendo a su lado, tan excitado que ni siquiera se fijó en él. Tas apartó el faldón de la tienda y se coló dentro.

—¿Es verdad que hablabais de un sueño? Yo nunca sueño... O por lo menos no recuerdo haberlo hecho. Los kenders no solemos soñar. Bueno, supongo que sí. Hasta los animales sueñan, pero...

El enano soltó un gruñido y Tas volvió a retomar el tema de la conversación.

»¡Bien, pues he tenido un sueño verdaderamente fantástico! Árboles derramando lágrimas de sangre. ¡Terribles elfos muertos que mataban a la gente! ¡Raistlin con la Túnica Negra! ¡Era totalmente increíble! Y vosotros también estabais. ¡Y todos moríamos! Bueno, casi todos. Raistlin no moría. Y había un dragón verde...

Ninguno de los otros que estaban dentro de la tienda dijo nada. Hasta el enano se había quedado callado, y eso era raro porque Flint rara vez le permitía al kender parlotear, y menos si decía tantas tonterías. El silencio de sus amigos logró que Tas se callara. Cuando volvió a hablar dio la impresión de que intentaba azuzarlos para que contestaran.

—Un dragón verde. Raistlin vestido de negro. ¿He dicho ya eso? La verdad es que le sentaba muy bien. El rojo siempre le hace parecer un poco avinagrado, no sé si sabéis lo que quiero decir...

Al parecer no lo sabían, porque el silencio se prolongó, se hizo más intenso.

»Bien, supongo... que lo mejor será que vuelva a mi tienda. ¿O tal vez queréis que os cuente el resto? —Miró a su alrededor, esperanzado, pero nadie contestó.

»Bueno, buenas noches —murmuró, y regresó a su tienda.

Negando con la cabeza, perplejo, pasó al lado de Brian, otra vez sin verlo.

»¿Qué les pasa a todos? —masculló el kender—. ¡Sólo es un sueño! Aunque he de admitir —añadió en tono sombrío—, que era el sueño más real que he tenido en toda mi vida.

Dentro de la tienda nadie hablaba. Brian pensó que aquello era muy extraño, pero le aliviaba saber que no estaban tramando nada contra ellos. A punto de volver a su tienda oyó la voz de Flint.

—No me importa tener una pesadilla, pero no me gusta nada compartirla con un kender. ¿Cómo puede ser que todos hayamos soñado lo mismo? ¿Y qué significa?

—Tierra extraña... Silvanesti —dijo Laurana en tono pensativo. La luz se movió por debajo de la tienda y la elfa apartó el faldón de la entrada. Brian se sumergió en las sombras con la ferviente esperanza de que no lo hubiera visto.

»¿Creéis que nuestro sueño ha sido real? —La voz de Laurana tembló—. ¿Habrán muerto los demás, como vimos?

—Nosotros estamos aquí —contestó Sturm en tono tranquilizador—. No hemos muerto. Lo único que podemos hacer es confiar en que nuestros amigos tampoco hayan perecido. Y... —hizo una pausa—. Puede sonar extraño, pero de alguna forma sé que están bien.

Brian tuvo un sobresalto. Sturm hablaba como si estuviera muy seguro de sí mismo, pero, después de todo, sólo había sido un sueño. Sin embargo, resultaba muy raro que todos lo hubieran compartido.

Laurana salió a la noche. Llevaba una gruesa vela y la llama le iluminaba la cara. Estaba pálida por la impresión de la pesadilla y parecía sumida en sus pensamientos. Gilthanas salió de su tienda, que estaba justamente enfrente de la de Brian, así que el caballero se encontró atrapado. Mientras los dos siguieran allí no podía regresar.

—Laurana —dijo el elfo, que se acercó rápidamente al verla—. Estaba muy preocupado. ¡He soñado que morías!

—Lo sé —contestó ella—. He tenido el mismo sueño, igual que Sturm, Flint y Tas. Todos hemos soñado lo mismo sobre Tanis, Raistlin y el resto de nuestros amigos. Era un sueño horrible y, sin embargo, al mismo tiempo resulta reconfortante. Sé que Tanis está vivo, Gil. ¡Lo sé! Y los demás también. Ninguno lo entendemos...

Los dos entraron en la tienda del elfo para acabar la conversación. Brian estaba a punto de volver a la suya, profundamente avergonzado, cuando oyó un movimiento. El enano y el caballero salían de la tienda y Brian tuvo que agazaparse de nuevo en las sombras mientras juraba que no volvería a espiar a nadie más en toda su vida. ¡Él no estaba hecho para eso!

—Bueno, ya que puedo olvidarme de dormir más esta noche —decía Flint—, me ocuparé del turno de guardia.

—Te acompañaré —se ofreció Sturm.

—Supongo que nunca llegaremos a saber cómo o por qué hemos soñado todos lo mismo —comentó el enano.

—Supongo que no —respondió Sturm.

El enano salió de la tienda y Sturm iba a seguirlo, pero, al parecer, vio algo caído en el suelo, detrás del faldón de la tienda. Se agachó a recogerlo. El objeto rutilaba con una intensa luz blanca azulada, como si una estrella hubiera caído del cielo para descansar en la mano de Sturm. El caballero se quedó inmóvil, con los ojos prendidos en el brillante objeto y dándole vueltas en la mano. Brian lo vio con claridad: un colgante en forma de estrella. La joya refulgía con luz propia. Era increíblemente hermosa.

—Supongo que no —repitió Sturm sin dejar de mirar la joya; su voz sonaba pensativa. Cerró la mano con fuerza sobre el colgante, agradecido por haberlo recuperado.

Al pasar delante de la tienda de Gilthanas, Sturm oyó la voz de Laurana en el interior y entró agachado. Brian se apresuró a regresar a su propia tienda, se deslizó dentro, tropezó con los pies de Aran y llegó a su cama de pieles. Alcazaba a oír hablar a los tres en la tienda de enfrente.

—Laurana, ¿puedes decirme algo sobre esto? —pidió Sturm.

Brian la oyó dar un respingo. Gilthanas dijo algo en elfo.

—¡Sturm, es una Joya Estrella! —exclamó Laurana con admiración—. ¿Cómo has conseguido algo así?

—Lady Alhana me la dio antes de separarnos —contestó Sturm en un tono quedo y reverente—. Yo no quería aceptarlo porque me di cuenta de que era muy valioso, pero ella insistió...

—Sturm —la voz de Laurana sonó ahogada por la emoción—. Ésta es la respuesta o, al menos, parte de ella. Las Joyas Estrella son regalos que una persona enamorada entrega a su amado. La joya crea un lazo que los une en corazón, mente y alma, aunque estén separados. Es un lazo espiritual, no físico, y es imposible romperlo. Algunos creen que dura incluso más allá de la muerte.

La respuesta de Sturm sonó tan apagada que Brian no llegó a oírla. Sus pensamientos volaron hacia Lillith —a quien había tenido presente durante todo el viaje— y se imaginó lo que sentía el caballero.

—Es la primera vez que oigo que se ha dado una Joya Estrella a un humano —comentó Gilthanas en tono hiriente—. Tiene un valor incalculable. Tanto como un reino pequeño. Podrías darte una buena vida.

—¿De verdad piensas que vendería esto alguna vez? —demandó Sturm, temblorosa la voz de rabia—. ¡En tal caso, no me conoces!

Gilthanas guardó silencio unos instantes.

—Te conozco, Sturm Brightblade —susurró después—. Me equivoqué al insinuar tal cosa. Perdóname, por favor.

Sturm masculló que aceptaba la disculpa y se marchó de la tienda. Mientras salía, Gilthanas le pidió perdón otra vez, pero el caballero no contestó y se limitó a alejarse.

Laurana, en tono furioso, le dijo algo en elfo a su hermano. Gilthanas contestó también en su idioma. Brian no entendió lo que decía, pero el noble elfo parecía contrito, aunque en el tono había un dejo huraño.

Laurana salió de la tienda y corrió en pos de Sturm.

—Gil no hablaba en serio... —empezó.

—Sí, Laurana, lo hizo —la contradijo su amigo con voz severa—. Quizá se haya dado cuenta después de lo cruel que ha sido su comentario, pero cuando pronunció esas palabras sabía exactamente lo que decía. —Sturm hizo una pausa y luego añadió—: Quiere el Orbe de los Dragones para tu pueblo, ¿no es cierto? He visto que anda rondando a los caballeros. Sé que espía a Derek. ¿Qué sabe tu hermano sobre ese orbe?

Laurana ahogó una exclamación. La acusación directa de Sturm la había pillado por sorpresa.

—No creo que sepa nada. Sólo habla por hablar...

—Deja ya de querer poner paños calientes a todo —la interrumpió con exasperación—. Apaciguas a Derek. Mimas a tu hermano. Por una vez, defiende lo que crees y hazte valer.

—Lo siento —dijo la elfa, y Brian oyó sus pasos en la nieve.

—Laurana —continuó Sturm, aplacado—. Soy yo el que lo siente. Después de todo por lo que has pasado no debería haberte hablado así. Nos has mantenido unidos. Nos has traído hasta aquí.

—¿Y para qué? —preguntó, descorazonada—. ¿Para que muramos congelados?

—No lo sé. Quizá lo sepan los dioses.

Se quedaron callados. Dos amigos buscando consuelo uno en el otro.

—¿Puedo hacerte una pregunta antes de que te vayas? —inquirió la elfa.

—Desde luego.

—Dijiste que sabías que Tanis y los demás estaban vivos...

—No murieron en Tarsis como habíamos temido. Él y el resto de nuestros amigos están con lady Alhana en Silvanesti y, aunque han corrido un grave peligro y han experimentado una gran aflicción, de momento están sanos y salvos. Ignoro cómo sé que es así, pero lo sé —añadió simplemente.

—La magia de la Joya Estrella —afirmó Laurana—. Lady Alhana le habla a tu corazón a través de la joya. Los dos estaréis unidos siempre por ese lazo... Sturm —añadió en un tono tan quedo que Brian apenas la oía—, esa mujer que vi en el sueño, la que estaba con Tanis, ¿era... Kitiara?

Sturm se aclaró la garganta; la pregunta parecía haberlo violentado.

—Sí, era Kit —confirmó a regañadientes.

—¿Crees que... están juntos?

—No lo creo posible, Laurana. La última vez que vi a Kit viajaba hacia Solamnia y, en cualquier caso, dudo que ella estuviera en Silvanesti. A Kit nunca le han caído bien los elfos.

Laurana soltó un suspiro tan hondo que incluso lo oyó Brian.

—Ojalá pudiera creer eso.

—En el sueño estábamos todos juntos y nosotros no estamos en Silvanesti —arguyó Sturm a fin de tranquilizarla—. Tanis y los demás están vivos y es bueno saberlo. Pero recuerda que, a fin de cuentas, sólo era un sueño, Laurana.

—Supongo que tienes razón. —La elfa le dio las buenas noches y regresó a su tienda, pero cuando pasaba por delante de la de Brian, el caballero la oyó murmurar:— Un sueño mágico...

Brian estuvo despierto mucho tiempo, incapaz de dormir. Casi toda su vida había transcurrido sin tener nada que ver con la magia. En Solamnia se sentía un gran recelo por los hechiceros, y los magos que aún vivían en ese país —y eran pocos— evitaban el trato con los demás. La única magia que había visto era la que se practicaba en ferias, e incluso entonces, su padre le había dicho que sólo eran juegos de mano y fantasía. En cuanto a los milagros divinos, había visto con sus propios ojos cómo Elistan curaba las heridas de la osa. No estaba de acuerdo con Derek respecto a que fueran artimañas, aunque tampoco acababa de creer que se debiera a la intervención divina.

Sin embargo, ahora se encontraba en compañía de gente que había estado cerca de hechiceros desde pequeña, que uno de sus amigos de la infancia era ahora un mago de los Túnicas Rojas. Aunque no entendían cómo funcionaba, aceptaban la magia como algo que formaba parte de su vida. Estaban convencidos de que todos habían compartido un sueño por una joya brillante. Hasta Flint, ese enano gruñón y arisco, lo creía.

«Quizá —pensó Brian—, la magia no está tanto en la joya como en sus almas. El amor y la amistad que existe entre ellos son tan profundos que incluso estando separados siguen estando juntos, siguen en contacto con el corazón y la mente de los otros.»

Veía a diario el estrecho vínculo existente entre aquellas personas y recordó un tiempo en que había habido un vínculo igual entre tres muchachos. Otrora, hacía mucho tiempo, esos tres jóvenes habían compartido un sueño. Eso había acabado. Brian comprendió que durante todo el viaje había estado intentando reencontrar aquel vínculo de amistad, pero eso no se repetiría nunca. La guerra y la ambición, el miedo y la desconfianza los habían cambiado, los habían distanciado en lugar de unirlos. Derek, Aran y él eran ahora unos desconocidos.

A costa de las sospechas de Derek había descubierto los secretos más íntimos de amigos que confiaban en él, y aunque estaba conmovido e impresionado por lo que había oído, sabía perfectamente que nunca tendría que haberlos espiado. Cuando Derek terminó su turno de guardia y llegó murmurando que no se fiaba del enano ni de Brightblade ni de la gente del pueblo de hielo para que hicieran guardia, Brian tuvo que hacer un gran esfuerzo para no levantarse de un salto y pegarle.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Derek y Aran salieron para echar un vistazo al castillo del Muro de Hielo y estudiarlo personalmente. Tenían de guía al nieto de Raggart, que llevaba el mismo nombre que su abuelo.

Raggart el Joven, como lo llamaban, aunque se acercaba a los treinta, se había ofrecido voluntario, deseoso de acompañar a los



caballeros. Raggart era el historiador de la tribu, lo que significaba que era el narrador tribal. Los Bárbaros de Hielo no tenían historia escrita (eran pocos los que sabían leer o escribir) y, por ende, todos los acontecimientos importantes se transmitían mediante cantos y relatos. Raggart el Joven había aprendido la historia del historiador anterior, muerto hacía unos quince años, y hacía relatos a diario, a veces cantándolos, a veces representándolos e interpretando él todos los papeles, a veces narrándolos como un cuento. Era capaz de imitar cualquier sonido, desde el silbido susurrante de los patines de los botes deslizantes al surcar el helado paisaje a toda velocidad, hasta el aullido quejumbroso de los lobos o los graznidos pendencieros de las aves marinas, sonidos que utilizaba para amenizar sus recitaciones.

Raggart el Joven presentía el advenimiento de un episodio glorioso que acrecentaría el saber popular de la tribu, un episodio del que sería testigo directo. Les entregó a los caballeros un plano tosco del interior del castillo, si bien era discutible de qué iba a valerles ya que no tenían intención de entrar. Cuando Derek le preguntó cómo sabía la disposición del castillo por dentro, puesto que había admitido que nunca había estado allí, Raggart contestó que lo había reunido de datos encontrados en un poema muy antiguo compuesto por un antepasado muerto hacía mucho que había explorado el castillo trescientos años antes. Aunque Derek albergaba serias dudas sobre el mapa, comentó que era mejor que nada y lo aceptó. Examinó el plano con interés antes de marcharse. En el grupo iba Tasslehoff, no porque su presencia se hubiese requerido, sino porque Derek no hallaba el modo de librarse del kender como no fuera atravesándolo con la espada.

Se suponía que Brian iría con sus compañeros, pero había rechazado la propuesta. A Derek no le había gustado ni un pelo y estuvo a punto de ordenárselo, pero en la actitud de Brian había algo de rebelde y desafiante. No queriendo hacer un problema de aquello, Derek se había tragado la rabia y le había encargado que no perdiera de vista a Brightblade y a los demás. Brian lo miró sumido en un silencio hosco y después dio media vuelta y se alejó sin pronunciar palabra.

—Creo que nuestro amigo se ha enamorado de esa elfa —dijo Derek en tono desaprobador a Aran al emprender la marcha—. Tendré que mantener una charla con él.

Aran, que se había percatado de las miradas cariñosas que intercambiaban Brian y Lillith, sabía que Derek se equivocaba de medio a medio en cuanto a eso, pero le pareció divertido no sacarlo de su error. Aran, que caminaba trabajosamente por la nieve detrás del guía, estaba deseando oír uno de los sermones grandilocuentes de Derek sobre lo reprochable de amar a quien no era «de los nuestros».

Brian se había ido a la tienda para desayunar solo. Laurana, al saber que se había quedado, se preocupó y fue a preguntarle si se encontraba bien. Se mostró amable, cordial y en apariencia realmente interesada por él. Recordando que la había espiado la noche anterior, Brian se sintió como el peor canalla que hubiera pisado nunca las cloacas de Palanthas. No pudo rechazar la invitación de la elfa y se reunió con ella y con sus amigos, junto con el jefe de los Bárbaros de Hielo, en la casa larga.

Los compañeros estaban más animados esa mañana. Hablaron sin reservas de sus amigos ausentes, sin tristeza, preguntándose dónde se hallarían y qué estarían haciendo. Brian fingió sorprenderse con las gratas nuevas. No lo hizo bien, pero los demás se sentían tan contentos que no se dieron cuenta.

La conversación se desvió hacia el Orbe de los Dragones. Harald prestó atención a todo lo que hablaron, pero se guardó para sí lo que pensaba. Gilthanas no ocultó su convencimiento de que el orbe debería pasar a poder de los elfos.

—Lord Gunthar prometió llevar el orbe al Consejo de la Piedra Blanca. Los elfos son parte del Consejo... —empezó Brian.

—Éramos —lo interrumpió Gilthanas con una mueca—. Ya no lo somos.

—Gil, por favor, no empieces... —empezó a decir Laurana, pero entonces miró de soslayo a Sturm y, quizá recordando lo que su amigo había dicho sobre poner paños calientes, se calló.

—¡A ver! —dijo Flint—. ¿Qué tiene ese Orbe de los Dragones para que sea tan condenadamente importante? —Las cejas espesas se le unieron en un gesto ceñudo. El enano miró primero a Brian y después a Gilthanas—. ¿Y bien? —insistió, pero al no responderle ninguno de los dos, gruñó:— Lo que pensaba. ¡Todo este rifirrafe por encontrar algo que el kender dijo que había leído en un libro! Eso debería bastar para daros la respuesta al asunto: en resumen, que dejemos ese estúpido orbe donde está y volvamos a casa. —Flint se sentó con actitud triunfante.

Sturm se atusó el bigote como preámbulo antes de hablar. Gilthanas abrió la boca al mismo tiempo, pero Tasslehoff atajó a los dos al irrumpir en la tienda del jefe a punto de estallar por la excitación, con aires de importancia y tiritando de frío.

—¡Hemos encontrado el castillo del Muro de Hielo! —anunció—. Y ¿sabéis una cosa? ¡Está hecho de hielo! Bueno, supongo que no lo es realmente. Derek dice que debajo tiene que haber muros de piedra y que no es más que acumulación —Tas pronunció esta palabra con orgullo— de hielo a lo largo de los años.

Se sentó en el suelo dejándose caer y aceptó, agradecido, una bebida caliente de un líquido humeante.

—Me ha bajado abrasando hasta la punta de los pies —dijo con satisfacción—. En cuanto al castillo, está encaramado muy, muy, muy arriba, en lo alto de una montaña de hielo. Derek ha tenido una idea estupenda sobre cómo vamos a asaltar el castillo, encontrar el Orbe de los Dragones y matar al hechicero. El castillo es un sitio precioso. Raggart nos cantó una canción sobre él. La canción habla de túneles subterráneos y una fuente de agua mágica que nunca se congela, y además, naturalmente, está el cubil del dragón, con el Orbe de los Dragones dentro. ¡Estoy impaciente por ir!

Tas echó otro trago de la bebida y soltó una bocanada de vaho.

—¡Caray, qué bueno está! Bien, ¿dónde me había quedado?

—En masacrar a mi pueblo —manifestó Harald, furioso.

—¿De veras? —Tasslehoff estaba sorprendido—. Pues no era mi intención.

—Para llegar al castillo del Muro de Hielo los míos tendrán que atravesar el glaciar, donde se los verá desde mucha distancia... Presas fáciles para el dragón blanco —prosiguió Harald que, a medida que hablaba, se iba enfadando más—. ¡Después, aquellos que por puro milagro consigan sobrevivir a los ataques del dragón serán el blanco de los hombres-dragón, que dispararán tantas flechas a mis guerreros que parecerán puerco espines!

—¿Qué es un puerco espín? —preguntó Tas, pero nadie le contestó.

Derek entró en la tienda. Harald estaba de pie y asestó una mirada fulminante al caballero.

—¡Así que piensas mandar a mi pueblo a la muerte!

—Mi intención era explicar yo mismo el plan —manifestó Derek, que dirigió una mirada exasperada al kender.

Tasslehoff sonrió e hizo un gesto con la mano como quitándole importancia al asunto.

—Tranquilo, no tienes que darme las gracias —dijo en tono modesto.

Derek se volvió hacia Harald.

—Tus guerreros pueden subir al castillo al amparo de la noche, sin ser vistos...

Harald negó con la cabeza al tiempo que soltaba un contundente resoplido que pareció hinchar las paredes de la tienda. Los miembros del pueblo de hielo que se encontraban en la tienda del jefe dejaron lo que estaban haciendo para poner toda su atención en él.

—¿Qué tiene de malo la idea? —inquirió Derek, desconcertado al ver tantas miradas serias e inexpresivas clavadas en él.

Harald miró a Raggart el Viejo. El anciano clérigo se puso de pie, titubeante sobre las piernas temblorosas y apoyado en su nieto.

—Los lobos deambulan por el castillo de noche —dijo—. Nos verían e informarían a Feal-Thas.

Al principio, Derek pensó que bromeaba, pero luego comprendió que el viejo hablaba en serio. Apeló al jefe.

—Eres un hombre sensato. ¿Crees esas tonterías? Lobos guardianes... ¡Son cuentos de niños!

Harald no cabía en sí de rabia; parecía a punto de emprenderla a gritos con Derek. Raggart le puso la mano en el brazo y el jefe se tragó la ira y siguió callado.

—Según tú, los propios dioses son también cuentos de niños, ¿no es así, señor caballero? —preguntó el anciano.

—Tenía un hermano muy querido que creía en esos dioses —respondió Derek en tono mesurado—. Tuvo una muerte horrible cuando el ejército de los dragones atacó nuestro castillo y lo invadió. Les rogó que nos salvaran y no hicieron nada. Para mí, eso demuestra que no hay dioses.

Aquello hizo que Elistan rebullera y pareció que iba a decir algo. Derek se dio cuenta y se le adelantó.

—No malgastes aliento, clérigo. Si existen esos dioses «del bien» que no escucharon las plegarias de mi hermano y lo dejaron morir, entonces no quiero tener nada que ver con ellos. —Recorrió la tienda con la mirada, deteniéndola en todos los ojos fijos en él—. Es posible que muchos de los tuyos mueran, jefe, es cierto. Pero mucha gente en otras partes de Krynn ya ha dado su vida por nuestra noble causa...

—Y para que así encuentres ese Orbe de los Dragones y te lo lleves a tu país —acabó Harald con voz hosca.

—Y mataremos al hechicero Feal-Thas...

Harald soltó otro tremendo resoplido.

Derek enrojeció de rabia, falto de palabras. Estaba acostumbrado a que le obedecieran y lo respetaran, y allí no conseguía ni lo uno ni lo otro. Estaba realmente atónito por la estúpida cerrazón de Harald, porque eso era lo que pensaba de la actitud del jefe.

—No entiendes la importancia... —empezó con impaciencia.

—No, eres tú el que no entiende —vociferó Harald—. Mi pueblo lucha sólo cuando tiene que luchar. No vamos en busca de batallas. ¿Por qué crees que nuestros botes deslizantes son veloces? Para alejarnos del conflicto. No somos cobardes. Luchamos cuando hemos de hacerlo, pero sólo si es preciso. Si tenemos oportunidad de huir, huimos. No hay desdoro en eso, señor caballero, porque cada día de nuestra vida luchamos con enemigos mortales: corrimientos de hielo, vientos cortantes, frío glacial, enfermedad, hambre. Llevamos siglos luchando contra esos adversarios. Cuando os vayáis, seguiremos enfrentándonos a ellos. ¿Ese Orbe de los Dragones cambiará algo para nosotros?

—Puede que sí y puede que no —intervino Elistan—. Una piedrecilla que cae a un lago produce ondas que se expanden más y más hasta alcanzar la orilla. La distancia entre Solamnia y el Muro de Hielo es vasta, pero aun así los dioses han considerado adecuado que nos encontremos. Quizá por el Orbe de los Dragones —dijo a la par que miraba a Derek, y después desvió los ojos hacia Harald—, o quizá para que aprendamos a respetarnos y honrarnos unos a otros.

—Y si Feal-Thas muriera, no es probable que Ariakas envíe a alguien a ocupar su puesto —dijo Sturm—. A mi entender, el ataque a Tarsis no demostró la fuerza de la reina Takhisis, sino que puso de manifiesto su debilidad. Si hubiera un modo de que colaboráramos...

—Ya he dicho cómo —lo interrumpió Derek, irritado—. Atacando el castillo del Muro de...

Laurana dejó de prestar atención. Estaba harta de discusiones, de peleas. Derek jamás entendería a Harald y viceversa. Sus pensamientos se centraron en Tanis. Ahora que creía que estaba vivo, se preguntaba si esa mujer, Kitiara, se hallaría con él. Laurana la había visto con Tanis en el sueño. Kit era preciosa, con ese cabello negro y rizado, la sonrisa sesgada, los centelleantes ojos oscuros...

Había algo en ella que le resultaba familiar. Laurana tenía la impresión de haber visto aquellos ojos antes.

«No seas estúpida —se dijo—. Mira que dejarte llevar por los celos... Sturm tiene razón. Kitiara está lejos de Silvanesti. ¿Por qué iba a encontrarse allí? Es extraño que sienta esa conexión con ella, como si nos hubiésemos conocido...»

—Seguiremos adelante con nuestros planes, jefe, sea lo que sea lo que decidas hacer tú... —decía Derek con acaloramiento. Laurana se puso de pie y se alejó del grupo.

Hacía un buen rato que Tasslehoff se había aburrido de la conversación y se había desplazado al fondo de la tienda, donde estaba revolviendo los saquillos y sacando cosas de ellos para deleite de varios niños que se sentaban en cuclillas a su alrededor. Entre sus tesoros había un trozo de cristal en forma de triángulo con caras pulidas y aristas agudas.

Debía de haberlo encontrado en Tarsis, comprendió Laurana. Parecía una pieza de alguna lámpara elegante o tal vez un fragmento del pie de una copa de vino.

Tasslehoff estaba acucillado justo debajo de uno de los agujeros de ventilación del techo. El sol de mediodía penetraba a raudales por él y creaba un halo brillante alrededor del kender.

—¡Mirad! —les dijo a los niños—. Voy a hacer un truco mágico que me enseñó un gran hechicero muy poderoso llamado Raistlin

Majere. —Tas alzó el trozo de cristal hacia el sol—. Ahora voy a pronunciar las palabras mágicas: «abracadabra pata de cabra».

Movió el cristal de forma que unos pequeños arco iris aparecieron desplazándose por la tienda. Los niños gritaron con regocijo y Derek, desde el otro extremo de la casa larga, les lanzó a todos una mirada severa y ordenó a Tasslehoff que dejara de hacer el tonto.

—Vas a ver lo que es hacer el tonto —masculló el kender, que movió de nuevo el cristal y consiguió que uno de los arco iris se reflejara sobre la cara de Derek.

El caballero parpadeó cuando la luz del sol le dio en los ojos. Los niños aplaudieron y rieron y Tas sofocó una carcajada. Derek se puso de pie, malhumorado. Laurana le indicó con un gesto que ella se encargaría de aquello y Derek volvió a sentarse.

—¿De verdad te enseñó Raistlin cómo hacer eso? —preguntó Laurana mientras se sentaba al lado de Tas, con la esperanza de distraer al kender y dejara de fastidiar al caballero.

—Oh, sí —contestó Tas, orgulloso—. Te contaré cómo fue. Es una historia muy interesante. Flint diseñaba el engaste de un colgante para uno de sus clientes y el colgante no aparecía por ningún sitio. Me ofrecí para ayudarlo a encontrarlo, así que fui a casa de Raistlin y Caramon a preguntarles si lo habían visto. Caramon no estaba en casa y Raistlin estaba con la nariz metida en un libro. Me dijo que no le molestara y le contesté que me sentaría y esperaría a que volviera su hermano, y Raistlin me preguntó si pensaba estar todo el día allí, incordiándole, y dije que sí, que tenía que encontrar el colgante. Entonces soltó el libro, se acercó a mí y me volvió del revés todos los bolsillos, y... ¿a que no adivinas qué pasó? ¡Allí estaba el colgante!

»Estaba muy contento por haberlo encontrado y dije que se lo llevaría a Flint, pero Raistlin dijo que no, que se lo llevaría él después de comer y que me tenía que ir y dejarle en paz. Le dije que creía que de todas formas iba a quedarme a esperar a Caramon, porque no lo había visto desde el día anterior. Raistlin me miró y después me preguntó si me iría si me enseñaba un truco de magia. Contesté que tendría que irme porque quería enseñarle el truco a Flint.

»Raistlin sostuvo la joya en alto, donde le daba la luz, pronunció las palabras mágicas y... ¡aparecieron los arco iris! Entonces me hizo sostener la joya hacia arriba, hacia la luz, me enseñó las palabras mágicas y... ¡Tachan, hice arco iris! Me enseñó otro truco mágico. Mira, te lo haré.

Alzó el cristal hacia el sol de forma que los rayos lo atravesaban y brillaban sobre el suelo. Tas apartó una de las alfombras de piel dejando a la vista el hielo que había debajo. Sostuvo el cristal sin moverse, enfocándolo en el hielo. Los haces de luz irradian con fuerza sobre el hielo y empezaron a derretirlo. Los niños soltaron una exclamación de asombro.

—¿Ves? —dijo Tas, enorgullecido—. ¡Magia! La vez que le hice la demostración a Flint prendí fuego al mantel.

Laurana disimuló una sonrisa. No era magia. Los elfos habían usado prismas desde que eran elfos, así como el cristal, el fuego y los arco iris.

Fuego y arco iris.

Laurana contempló fijamente el hielo que se derretía y de repente supo cómo podrían derrotar los Bárbaros de Hielo a sus enemigos.

La elfa se puso de pie. Primero pensó decírselo a los otros, pero luego pensó que no. ¿Qué demonios hacía? Ahí estaba ella, una doncella elfa, diciéndoles cómo luchar a unos caballeros solámnicos curtidos en mil batallas. No le harían caso. O lo que era peor, se reirían de ella. Había otro problema. Su idea dependía de la fe en los dioses. ¿Era su fe lo bastante firme?

¿Se jugaría la vida y la vida de sus amigos y la de los Bárbaros de Hielo confiando en esa fe?

Laurana retrocedió despacio. Al imaginarse explicando su idea se sintió repentinamente mareada, como la primera vez que había tocado el arpa para los invitados de sus padres. Había ofrecido una interpretación bellísima, o eso le había dicho su madre. Laurana no recordaba nada, excepto que después vomitó. Desde la muerte de su madre, Laurana había actuado como anfitriona de los invitados de su padre y había tocado el arpa para ellos muchas veces. Había hablado con dignatarios y, últimamente, había hablado con representantes del grupo de refugiados de Pax Tharkas y no se había sentido nerviosa, quizá por estar a la sombra protectora de su padre o la de Elistan. Ahora, si se decidía a hablar, tendría que hacerlo sola, a la brillante luz del sol.

«*Quédate callada, estúpida*», se increpó para sus adentros, y estaba decidida a hacer caso, pero entonces recordó a Sturm diciéndole que defendiera aquello en lo que creía.

—Sé cómo asaltar el castillo del Muro de Hielo —dijo, y, aprovechando el momento de estupor de quienes la miraban boquiabiertos, añadió, falta de aliento, sorprendida de su arranque de valor—: Con la ayuda de los dioses, lograremos que el castillo se ataque a sí mismo.

*Caballo en exceso bueno, trae contratiempos*  
*El clérigo de Takhisis*

Kitiara cabalgó toda la noche. El corcel de Salah Kahn había pasado varios días aburrido e inactivo en el establo y estaba deseoso de galopar. Kit tenía que sofrenarlo de vez en cuando para que no se agotara. Les esperaba un largo viaje. El alcázar de Dargaard se encontraba a varias jornadas todavía, además de que el peligro acechaba detrás de cada arbusto y vigilaba todas las encrucijadas.

Mientras cabalgaba trató de calcular cuándo se descubriría su desaparición. Confiaba en que no ocurriera hasta el amanecer, a la hora señalada para su ejecución, pero con el caos creado por los incidentes en la Abadía Oscura era imposible asegurarlo. Los dragones llevarían la noticia de su fuga a todas partes. La información se difundiría rápidamente.

La única ventaja a su favor era que Ariakas daría por sentado que se dirigiría a Solamnia para reunirse con las fuerzas que tenía a su mando y encabezar una rebelión contra él. Era lo que el emperador habría hecho en su lugar. Concentraría a los rastreadores en las calzadas que conducían a Solamnia. Esos cazadores de recompensas iban a llevarse un chasco. Kit no viajaba al oeste, sino al norte, hacia la comarca maldita conocida como Foscaterra, un territorio en el que nadie se aventuraba a menos que quisiera morir o que tuviera una razón excepcionalmente buena para no encontrarse en cualquier otro lugar.

Siendo parte de Solamnia, la comarca se llamó originalmente Nobleterra. Era una zona muy boscosa, accidentada y montañosa. Inadecuada para la explotación agrícola, en tiempos del Cataclismo estaba poco poblada. Un rico e influyente Caballero de la Rosa, sir Loren Soth, gobernaba la región. El alcázar familiar se alzaba en la zona septentrional de las montañas Dargaard. Construido a semejanza de una rosa, el castillo estaba considerado una maravilla de la arquitectura. La leyenda familiar contaba que el abuelo de Soth había contratado artesanos enanos para que construyeran el castillo; las obras no concluyeron hasta pasados cien años. Una ciudad llamada Dargaard creció alrededor del alcázar, pero la mayoría de las poblaciones de Nobleterra se alzaban a orillas del río y sus gentes se ganaban la vida con la explotación de molinos o el aprovechamiento de recursos naturales como la madera o la pesca.

El Cataclismo devastó Nobleterra. Los terremotos hendieron montañas. El río se desbordó e inundó las riberas y, en algunos sitios, se desvió el cauce. Todas las poblaciones a lo largo de la corriente quedaron destruidas. Hubo víctimas. Los medios de sustento desaparecieron.

Gentes de otras regiones de Solamnia habían sufrido también las consecuencias de la hecatombe. Concentrados en su propia supervivencia, no estaban en condiciones de preocuparse por lo que pasaba en Nobleterra. La mayoría imaginó que el señor de la región se ocuparía de hacer frente al desastre.

Llegaron supervivientes de la región, tambaleándose y balbuceando historias terribles. El otrora magnífico alcázar de Dargaard había quedado destruido, y eso no era lo peor. Entre sus paredes se habían cometido asesinatos; la señora y su pequeño hijo habían sufrido una muerte horrible, abrasados por el fuego que había arrasado el maravilloso castillo y lo había dejado ennegrecido y desmoronado. Con su último aliento, según se contaba, la dama había lanzado una maldición al hombre que podía haberlos salvado a ella y a su hijito, pero que, cegado por los celos y la ira, se había marchado dejando que perecieran en las llamas.

Sir Loren Soth, antaño un Caballero de Solamnia noble y orgulloso, se había convertido en un Caballero de la Muerte condenado a vivir en el mundo espectral de los muertos vivientes. Las voces quejumbrosas de las elfas que compartían su maldición entonaban noche tras noche una salmodia que narraba su trágica caída. Guerreros de fuego, huesos y armaduras ennegrecidas manchadas con su propia sangre se vieron obligados por la maldición de su señor a patrullar eternamente por el adarve de las murallas medio desmoronadas y matar a todo ser vivo que los desafiara.

Los dioses de la Luz habían condenado a lord Soth a llevar una existencia atormentada al obligarlo a reflexionar sobre su culpabilidad. Confiaban en que, con el tiempo, pediría su perdón, la redención. Takhisis lo quería para ella y lo dotó de enormes poderes mágicos con la esperanza de persuadirlo de que le diera la espalda a la salvación y se pusiera a su servicio. Pero al parecer Soth les había dado la espalda a todos los dioses, los del bien y los del mal, porque no había salido de sus dominios para aterrorizar al mundo como Takhisis había esperado que hiciera. Seguía en su alcázar, rumia que rumia, meditabundo, terrible, matando de forma atroz a quienes

osaban molestarlo.

Esos eran los informes procedentes de Nobleterra y al principio pocos los dieron por ciertos, pero siguieron llegando historias de aquella región tenebrosa y todas contaban lo mismo. La ciudad de Dargaard, que había escapado del Cataclismo relativamente indemne, estaba abandonada; sus habitantes habían huido aterrorizados y juraban que no volverían nunca. Pero junto con los comentarios sobre *banshees* y guerreros espectrales llegaron asimismo historias que hablaban de un tesoro fabuloso, riquezas inimaginables escondidas en sótanos y bodegas del alcázar. Muchos fueron los codiciosos y aventureros que viajaron hasta Dargaard en busca de fama, riqueza y gloria. Los únicos que regresaron fueron aquellos que, asaltados por el terror al contemplar los muros ennegrecidos y las torres resquebrajadas del alcázar, no se acercaron a él. Era tal la terrible fama del lugar que a alguien se le ocurrió cambiarle el nombre de Nobleterra por Foscaterra. Con el tiempo, acabó siendo más conocida por este nombre que por el original, y ahora ya figuraba así en los mapas.

En realidad, nadie había visto a lord Soth; o si alguien lo había visto, no había vivido para contarlo. ¿Era el Caballero de la Muerte un mito, una invención de las madres para asustar a los niños que se portaban mal? ¿Era, tal vez, un cuento salido de la desbordante imaginación de un kender? ¿O existía realmente?

Kitiara habría sido la primera en desestimar tales historias fantasiosas si no fuera porque la reina Takhisis se había mostrado persistente y apremiante en su petición. Y por otra razón. El padre de Kit había viajado a Foscaterra. Atraído por los rumores de riquezas sin cuento y tomando a broma los «cuentos de vieja», Gregor Uth Matar había sido uno de los pocos que habían vuelto con vida. Fue así porque, como había admitido sin rebozo, su instinto de conservación lo había convencido de que ninguna cantidad de dinero merecía correr tal peligro. Siempre había bromeado respecto a su viaje a Foscaterra, pero cuando Kit, de pequeña, le había insistido para que le contara detalles, Gregor le había dicho que era mejor olvidar ciertas cosas. Se había reído al decir aquello, pero una expresión lúgubre que Kit no había visto nunca ensombreció los ojos de su padre, una mirada que jamás había olvidado.

Y allí estaba ella, de camino a ese lugar espantoso, hogar de los vivos al igual que de los muertos, guarida de los desesperados que se habían visto empujados a ocultarse en Foscaterra porque en todos los demás sitios se los perseguía.

Esa noche, mientras cabalgaba, Kitiara pensó en todo eso; en su padre; y recordó las historias horribles que había oído contar. No muy lejos de Neraka llegó a una bifurcación en la calzada. Un ramal se dirigía al oeste. El otro llevaba al norte. Kit sofrenó su caballo. Miró hacia poniente, donde estaba Skie, que a esas alturas habría olvidado su rabieta y se estaría preguntando qué le habría pasado. Estuvo a punto de tomar la ruta del oeste, volver con sus tropas, desafiar a Ariakas. Hacer exactamente lo que el emperador temía que hiciera.

Se planteó esa posibilidad y se obligó a examinarla. Skie estaría de su parte, de eso no le cabía duda. Pero no podría contar con los otros dragones azules. La reina Takhisis, furiosa de que hubiera roto su promesa, le daría la espalda y los dragones azules no se opondrían a su reina. Las propias tropas de Kit estarían divididas. Tal vez podría inclinar a la mitad de los hombres a favor de su causa. Los demás desertarían. El apuesto Bakaris se uniría a ella, pero no era muy de fiar. Se volvería contra ella en el instante en que la recompensa fuera suficiente.

Kitiara rebulló en la silla. Había también otra razón, la más importante, para que no cabalgara hacia el oeste. Podría romper su juramento a la reina, pero Kitiara Uth Matar no rompería una promesa hecha a sí misma. Y se había jurado que volvería triunfante ante Ariakas, fuerte y poderosa, tan poderosa que el emperador no osaría contrariarla. Para conseguir eso necesitaba un aliado fuerte y poderoso... Alguien como lord Soth. Era vencer o morir.

Kit cabalgó hacia el norte.

Amaneció un día luminoso y frío y Kit comprendió que el caballo iba a suponerle un problema. El magnífico semental, con su capa negra y brillante como el azabache, la larga crin, la ondeante cola y el musculoso cuerpo, era obviamente un animal valioso. La gente se paraba para mirarlo con admiración. Después desviaban la vista hacia el jinete, a Kit, vestida de nuevo con el farseto. Había utilizado la daga para cortar los hilos del bordado que marcaban la tela acolchada de la prenda, ya desgastada por el uso. No tenía capa a pesar del tiempo frío y eso le daba un aspecto aún más andrajoso. Todos los que veían el caballo se preguntaban de inmediato cómo una mercenaria desaharrapada como ella se las había ingeniado para conseguir un animal tan extraordinario. Todos con los que se cruzaba se acordarían del costoso caballo y de su mísera amazona.

Kit abandonó la calzada y buscó refugio en los bosques. Por fin encontró una depresión poco profunda donde podría estacar al animal. Estaba exhausta por la agotadora experiencia vivida y necesitaba dormir. Antes de dormirse, Kit no dejó de darle vueltas al problema del caballo. Le había puesto el nombre de *Jinete del Viento*, y necesitaba su fortaleza, su poderío y su vitalidad para que la llevara hasta Foscaterra. Necesitaba su rapidez en caso de que las fuerzas de Ariakas le dieran alcance. Tenía que encontrar la forma de poder cabalgar por la carretera abiertamente, sin llamar la atención.

La mente le siguió trabajando mientras dormía y Kit despertó reanimada al final de la tarde con lo que esperaba que fuera la solución a su problema.

Dejando al caballo escondido en el bosque, Kit tomó un aspecto aún más ruin. Se manchó con barro la cara, se revolvió el pelo para que le cayera sobre los ojos y luego se dirigió a la calzada. Todavía estaba demasiado cerca de Neraka para su gusto, y el corazón le palpitó desbocado al ver una tropa de soldados goblins que marchaba camino de la ciudad. Se agazapó detrás de un árbol y los goblins pasaron ante ella sin reparar en su presencia.

Se acercó una caravana de mercaderes, pero iba protegida por varios mercenarios bien armados y dejó que pasara. Después, ya próxima la noche, el número de viajeros disminuyó. Kit empezaba a sentirse frustrada e impaciente. Estaba perdiendo un tiempo precioso, y a punto ya de decidirse a correr el riesgo de cabalgar tal como iba vestida, apareció el viajero que había esperado ver: un clérigo de Takhisis, de alto rango por las apariencias, probablemente un ocultista. Llevaba al cuello un gran medallón de la fe que colgaba de manera ostentosa de una gruesa cadena de oro. Se adornaba los dedos con anillos de azabache y ónice engarzados en oro. La silla y los arreos eran de buen cuero y de aspecto caro.

Era un hombre bajo, de constitución oronda y tez rubicunda. A diferencia de los clérigos oscuros del templo, era evidente que él disfrutaba con la comida y el vino. No llevaba armas aparte de la fusta. Kit esperó a que apareciera su escolta armada, pero no llegó nadie. No se oía sonido de cascos. Aunque viajaba sólo por calzadas próximas a Neraka, el clérigo no parecía estar preocupado o nervioso. A Kit tendría que haberle llamado la atención una circunstancia tan extraña, pero tenía prisa y la víctima era demasiado perfecta para renunciar a ella.

Al acercarse el caballo del clérigo, Kit salió de su escondrijo detrás del árbol. Manteniendo la cabeza agachada para ocultar sus rasgos, se acercó cojeando al clérigo con la mano extendida.

—Por favor, padre oscuro —dijo con voz áspera—, despréndete de una moneda de acero para un soldado herido en servicio a nuestra reina.

El hombre le dirigió una mirada maligna y alzó la fusta en un gesto amenazador.

—Perro miserable, no tengo nada que darte —le espetó con malos modos—. Es impropio de un soldado de nuestras tropas rebajarse a mendigar. ¡Saca tu cuerpo sarnoso de la calzada pública!

—Por favor, padre... —gimoteó Kitiara.

El clérigo descargó un fustazo contra ella, dirigido a la cabeza. Falló el golpe, pero Kit soltó un grito y se tiró de espaldas, como si se hubiese desplomado.

El clérigo prosiguió su viaje sin mirar atrás. Kit esperó un momento para comprobar que estaba solo y que no había guardias que lo siguieran a cierta distancia. Al no ver a nadie en el camino, corrió ágil y silenciosamente en pos de él. De un salto subió a la grupa del caballo, rodeó el cuello del clérigo con un brazo y le puso la punta del cuchillo en la garganta.

Lo había pillado completamente por sorpresa. El roce frío del acero en la piel lo hizo dar un respingo y se quedó rígido en la silla.

—Te lo he pedido amablemente, padre oscuro —le increpó Kit en tono de reproche—. No quisiste darme nada, así que ahora insisto. Que seas un servidor de la Reina de la Oscuridad es lo único que te salva de que te degüelle, así que a lo mejor deberías darle las gracias. Y ahora, bájate del caballo.

Apartó la daga del cuello del hombre, se la puso en las costillas y le dio un ligero pinchazo. Notó que el cuerpo gordinflón se estremecía y supuso que era de miedo. El clérigo oscuro desmontó con gesto de fastidio y Kitiara se bajó hábilmente del caballo tras él. El hombre empezó a darse la vuelta y Kit le propinó una patada en las corvas que lo tiró patas arriba. El clérigo cayó al suelo con un gemido.

—Entrégame tu dinero... —empezó Kit.

Para su sorpresa, el clérigo se incorporó rápidamente, aferró el medallón y lo sostuvo ante sí.

—¡Que la reina Takhisis escuche mi plegaria y consuma tu corazón! —clamó, enfurecido—. ¡Que te desuelle y te arranque la carne de los huesos! ¡Que sorba todo aliento de tu cuerpo y te destruya por completo!

El cuerpo fofo le temblaba de rabia y su voz sonaba segura. No le cabía duda de que la diosa oscura respondería a su plegaria y, durante un instante aterrador, Kitiara tampoco lo dudó. El aire de la noche crepitó con el poder de la plegaria y la guerrera esperó, encogida, que la ira de Takhisis la inmolara.

No ocurrió nada.

—Acudes a la deidad equivocada si tu intención es detenerme, padre oscuro. La próxima vez, intenta dirigir tu plegaria a Paladine. Vamos, quítate la ropa. Quiero el cinturón, las joyas y esa bolsa repleta de dinero que llevas encima. ¡Deprisa!

Dio énfasis a sus palabras con la daga, con la que le pinchó en el diafragma. El clérigo se quitó la cadena y los anillos, rabioso, y se los tiró a los pies. Después se quedó inmóvil, echando chispas por los ojos y cruzado de brazos.

—Padre oscuro, la única razón de que no te destripe es porque no quiero estropear esa cálida túnica —le dijo Kit.

Estaba nerviosa y temía que apareciera alguien en cualquier momento. Avanzó un paso y le puso la punta de la daga en el cuello.

»Pero si me obligas...

El hombre le tiró la bolsa de dinero a la cabeza y, mientras se sacaba la túnica por la cabeza, no dejó de maldecirla invocando a todos los dioses oscuros que se le ocurrieron. Metiendo la bolsa y las joyas dentro de la túnica y de la capa, Kit hizo un bulto con todo ello y le dio un manotazo al caballo en la grupa; el animal salió a galope calzada adelante. Acto seguido echó a andar y dejó al clérigo oscuro tiritando, sin más ropa que los calzones, y barbotando imprecaciones.

Con una risita sofocada, Kit entró en el bosque y avanzó entre la espesa maleza en dirección al lugar en que había dejado escondido a *Jinete del Viento*. Al clérigo lo vio por última vez corriendo calzada abajo mientras llamaba a gritos a su caballo. Kit se había fijado en las marcas dejadas por la fusta en el cuello del animal y suponía que éste no se sentiría muy inclinado a detenerse y esperarlo.

Kitiara se puso encima de su ropa la suntuosa túnica de terciopelo negro de un clérigo de alto rango y se colgó al cuello la cadena de oro con el medallón de la reina. Los anillos le estaban demasiado grandes y se los guardó en la bolsa del dinero, llena de monedas de acero.

—¿Qué aspecto tengo? —le preguntó a *Jinete del Viento* mientras desfilaba delante del caballo, que pareció aprobar su apariencia. A lo mejor el animal también pensaba en las mejores posadas, la avena más fina, el establo más cálido.

De parecer una mercenaria de poca monta, Kitiara se había convertido en una rica sacerdotisa de Takhisis. Ahora nadie se cuestionaría que tuviera en su posesión un caballo tan valioso. Cabalgaría por las calzadas principales y lo haría de día. Dormiría en regias camas en vez de pasar la noche en barrancos. Sus perseguidores estarían buscando a una Señora del Dragón renegada, una mujer guerrera. Nunca se les pasaría por la cabeza buscar a una sacerdotisa de alto rango. El infeliz clérigo le contaría lo ocurrido al primer alguacil que encontrara, pero que él supiera, lo había atacado una mendiga o, como había mencionado a Paladine, una servidora del Dios de la Luz.

Kitiara rió de buena gana. Tomó una buena comida —la del clérigo— y después montó a caballo. Salió a galope hacia el norte. Había dejado atrás el peligro.

Para su desdicha, eso le dio tiempo de sobra para pensar en el verdadero peligro —un peligro sobrecogedor— que la esperaba.

*El Quebrantador de Hielo*  
*Designación de un escudero*

La idea de Laurana para el ataque al castillo del Muro de Hielo provocó un alboroto. Los caballeros se oponían, los amigos de la elfa estaban a favor, en tanto que Harald parecía dubitativo pero interesado. Se pasaron esa noche y el día siguiente discutiendo sobre ello. Finalmente Harald accedió a apoyar el plan de Laurana, principalmente porque Raggart el Viejo lo aprobaba, pero en parte porque Derek estaba en contra. Derek dijo en tono cortante que ningún hombre que tuviera un poco de sensatez iría a la batalla armado únicamente con la fe en unos dioses que, si realmente existían, habían demostrado no ser merecedores de la confianza de los hombres. Por lo tanto, no tomaría parte en esa empresa.

Brian tuvo que admitir que en lo tocante a esa cuestión estaba de acuerdo con Derek. El plan de Laurana era ingenioso, pero dependía de los dioses, e incluso Elistan dijo que no garantizaba que los dioses se unieran a la batalla.

—Aun así estás dispuesto a arriesgar la vida porque crees en ellos y en la remota posibilidad de que acudan en tu ayuda —señaló Aran, que ofreció cortésmente la petaca a todos antes de echar él un trago.

—No he dicho eso. He dicho que tengo fe en que los dioses nos ayudarán —respondió Elistan.

—Pero acto seguido has añadido que no puedes prometer que lo hagan —arguyó Aran en tono afable.

—Nunca me atrevería a hablar por los dioses —dijo Elistan—. Les pediré humildemente su ayuda, y si lo creen oportuno, accederán. Si por alguna razón se negaran a prestar su ayuda, aceptaré su decisión, porque ellos saben lo que es mejor para nosotros.

Aran rompió a reír.

—Les estás dando una salida a los dioses. Si te ayudan, se llevan el reconocimiento, pero si no lo hacen, les facilitas una disculpa.

—Deja que intente explicarlo —sonrió Elistan—. Me contaste que tienes un sobrino de cinco años al que adoras. Pongamos que ese niño te suplica que le dejes jugar con tu espada. ¿Le darías lo que quiere?

—Por supuesto que no —contestó Aran.

—Amas muchísimo a tu sobrino. Quieres que sea feliz pero, sin embargo, le niegas eso. ¿Por qué?

—Porque es un niño. Para él una espada es un juguete. Aún no tiene suficiente discernimiento para comprender el peligro al que se exponería él mismo y los que estén a su alrededor. —Aran sonrió—. Entiendo lo que quieres decir, señor. Afirmas que ésa es la razón de que los dioses no nos den todo lo que les pedimos. Porque podríamos hacernos trizas.

—Concedernos todos los deseos y peticiones sería lo mismo que permitir a un niño que juegue con tu espada. No alcanzamos a ver el plan eterno de los dioses ni cómo encajamos en él. En consecuencia, pedimos con la esperanza de que nos sea concedido lo que queremos, pero si no es así, tenemos fe en que ellos saben lo que es mejor para nosotros. Aceptamos su voluntad y seguimos adelante.

Aran reflexionó sobre esos razonamientos y se ayudó a pasarlos con un trago de la petaca, pero volvió a sacudir la cabeza.

—¿Crees en esos dioses? —le preguntó a Sturm.

—Sí —repuso Sturm, serio.

—¿Crees que los dioses verdaderos saben lo que es mejor para ti?

—Tengo prueba de ello. Cuando estuvimos en Thorbardin para buscar el Mazo de Kharas, oré a los dioses para que me entregaran el mazo a mí. Quería esa sagrada arma para forjar las legendarias Dragonlances. Al menos eso era lo que me decía a mí mismo. Me enfadé con los dioses cuando creyeron conveniente entregarles el mazo a los enanos.

—¡Y todavía estás enfadado por eso! —comentó Flint al tiempo que negaba con la cabeza.

Sturm sonrió.

—Tal vez lo esté. Todavía no entiendo por qué los dioses consideraron adecuado dejar el mazo en el reino enano cuando nos es tan necesario. Pero sí sé por qué los dioses no me lo entregaron a mí. Al final comprendí que no quería el mazo por el bien de la humanidad, sino por mi propio bien. Quería el mazo porque me traería gloria y honor. Para mi vergüenza, llegué incluso a acceder a tomar parte en un ardid deshonesto para conservar el mazo y engañar a los enanos.



»Cuando comprendí lo que había hecho, pedí perdón a los dioses. Me gusta pensar que habría utilizado el mazo para hacer el bien, pero no estoy seguro. Si estaba dispuesto a caer tan bajo para obtenerlo, quizá me habría hundido aún más. Los dioses no me dieron lo que creía que quería; me dieron un regalo mayor: conocimiento de mí mismo, de mi debilidad, de mis flaquezas. Me esfuercé a diario para superar esas faltas y, con la ayuda de los dioses y de mis amigos, llegar a ser un hombre mejor.

Brian miró a Derek mientras Sturm hablaba, sobre todo cuando se refirió a querer el mazo para su propia gloria. Pero Derek no escuchaba. Estaba sentado junto a Harald y discutía con él para intentar convencerlo de que apoyara su plan. Tal vez fue mejor que Derek no oyera lo que Sturm había admitido. Si Derek ya tenía mal concepto de él, con eso habría tocado fondo.

Aran siguió preguntando a Elistan cosas sobre los dioses, como los nombres o en qué se diferenciaba Mishakal de Chislev y por qué había dioses de la neutralidad, como había dicho Lillith, y lo de mantener el equilibrio en el mundo. Aran escuchaba las respuestas de Elistan con atención, aunque Brian suponía que el interés de su amigo en esos recién descubiertos dioses era puramente académico. Brian no se imaginaba al cínico Aran abrazando una religión.

La voz de Derek se alzó cortante y acabó con la conversación.

—¿Esperas que confíe el éxito de mi misión en los delirios de un par de viejos y en las ideas estúpidas de una muchacha? ¡Estás loco!

Harald se puso de pie y desde su prominente estatura miró a Derek.

—Loco o no, si quieres que los míos ataquen el castillo, señor caballero, entonces lo haremos a mi modo, o más bien al de la elfa. Mañana al amanecer.

El jefe salió de la tienda. Derek se puso furioso, luego se sintió frustrado y por último, impotente. Tenía dos opciones: o aceptar la oferta del bárbaro o renunciar a su misión. Brian suspiró para sus adentros.

Una idea inoportuna se le pasó por la cabeza a Brian. Nadie sabía nada respecto al Orbe de los Dragones. ¿Y si al final resultaba que era un artefacto maligno? Si lo fuera, ¿se lo llevaría Derek a Solamnía sólo para servir a su propia ambición? Brian tenía la desagradable sensación de que su amigo lo haría.

Miró a Sturm, un hombre que había admitido abiertamente haber tenido una flaqueza, que hablaba sin tapujos de sus faltas. En contraposición estaba Derek, Caballero de la Rosa curtido en la batalla, un hombre seguro de sí mismo que rehusaría admitir que tenía faltas, que se negaría a reconocer cualquier debilidad.

«¿Seguro que es un caballero?», había preguntado el kender.

En muchos sentidos, Sturm Brightblade era más caballero que Derek Crownguard. Sturm, con todas sus debilidades, sus faltas y sus dudas, se esforzaba día tras día por estar a la altura de los nobles ideales de la caballería. Sturm no participaba en aquella misión para encontrar el Orbe de los Dragones. Estaba allí porque Derek se había llevado al kender a la fuerza y Sturm no quiso abandonar a su amigo. Por el contrario, Brian sabía muy bien que Derek sacrificaría al kender, al pueblo del hielo, a todo el mundo, incluidos sus amigos, para conseguir lo que quería. Derek diría (y quizá incluso se lo creería) que hacía aquello por el bien de la humanidad, pero Brian se temía que sólo era por el bien de Derek Crownguard.

Derek se alejó del jefe hecho una furia y Aran fue tras él para tratar de calmarlo. Harald, Raggart y Elistan, junto con Gilthanas y Laurana, se marcharon a una tienda que Raggart había dedicado a los dioses para discutir sus planes del asalto al castillo a la mañana siguiente. Hacía horas que no veían a Tasslehoff, y Flint, convencido de que el kender se había caído en un agujero del hielo, dijo que iba a ver si lo encontraba.

Brian tuvo una idea al mirar a Brightblade. Derek se pondría furioso y seguramente lo tendría en su contra para siempre, pero Brian tenía la sensación de que hacer lo que se le había ocurrido era lo correcto. Sólo le quedaba una duda respecto a Sturm, y tendría que aclarar el asunto con él antes de poner en marcha su plan. Sturm estaba a punto de marcharse con Flint para buscar al kender cuando Brian lo detuvo.

—Sturm —lo llamó—. ¿Podemos hablar un momento en privado?

Flint dijo que él solo podía encontrar al maldito kender y dejó a Sturm con Brian. Puesto que la tienda que compartía con sus dos compañeros estaba ocupada, Brian le preguntó si podían ir a la suya.

—Quiero hacerte una pregunta —empezó cuando se hubieron acomodado entre las pieles—. Sé que no es un asunto de mi incumbencia y que mi pregunta es impertinente. Estás en tu derecho de enfadarte conmigo por preguntarlo y lo entenderé si te molestas. También lo entenderé si te niegas a contestar.

Sturm tenía el gesto serio, pero hizo un ademán a Brian para que continuara.

»¿Por qué mentiste a tus amigos respecto a que eras un caballero? Antes de que respondas —advirtió Brian a la par que alzaba la mano en un gesto admonitorio—. He visto el respeto y la estima que te tienen tus amigos. Sé que a ellos no les habría importado que fueras un caballero o no. ¿Estás de acuerdo en eso?

—Sí, es cierto —admitió en voz baja Sturm, tan baja que Brian tuvo que echarse hacia delante para oírlo.

—Y que cuando descubrieron que habías mentido tampoco les importó. Te siguen admirando, confían en ti y te respetan.

Sturm bajó la cabeza y se pasó la mano por los ojos. La emoción no le dejaba hablar.

—Entonces, ¿por qué la mentira? —preguntó amablemente Brian. Sturm alzó la cabeza. Tenía el semblante pálido, demacrado, pero sonrió cuando habló.

—Podría decirte que nunca les he mentado. Verás, en ningún momento les he dicho explícitamente que fuera un caballero. Pero dejé que lo creyeran. Vestía mi armadura, hablaba de la caballería, y cuando alguien se refería a mí como a un caballero, no lo desmentía.

Hizo una pausa y se quedó pensativo, como evocando el pasado.

—A mi regreso, si Tanis me hubiera preguntado si era un Caballero de Solamnía, creo que habría tenido el coraje de explicarle que mi candidatura había sido rechazada.

—Injustamente —dijo Brian con firmeza.

Sturm pareció sorprendido. No había esperado apoyo en ese sentido.

»Sigue con la explicación, por favor —pidió Brian—. No pienses que te lo pregunto por presunción o vana curiosidad. Estoy intentando aclarar algunas cosas por mi cuenta.

Sturm parecía sentirse un tanto perplejo, pero continuó:

—Tanis no me hizo esa pregunta. Dio por hecho que era un caballero, igual que mis otros amigos. Antes de que pudiera aclarar las cosas, se desató un infierno. Estaba la Vara de Cristal Azul y los hobgoblins y una dama a la que proteger. Nuestras vidas cambiaron para siempre en un instante, y cuando se presentó el momento en el que podría haberles dicho la verdad a mis amigos, ya era demasiado tarde. La verdad sólo habría causado complicaciones.

»Además, estaba mi orgullo. —La expresión de Sturm se ensombreció—. No habría podido soportar la petulante satisfacción de Raistlin, sus comentarios sarcásticos.

Sturm respiró profundamente. Su voz se suavizó, como si hablara consigo mismo, como si Brian no estuviera allí.

—Y deseaba tanto ser caballero. No soportaba renunciar a mi sueño. Juré que sería digno de ello. Tienes que creerme. Juré que jamás haría nada en desdoro de la caballería. Creía que si dirigía mi vida como un caballero, podría enmendar la mentira. Sé que lo que hice está mal y me siento profundamente avergonzado. He malogrado para siempre mis esperanzas de ser un caballero. Lo acepto como mi castigo. Pero si los dioses quieren, espero presentarme algún día ante el Consejo para confesar mis pecados y pedir su perdón.

—Creo que eres mejor caballero que muchos de los que tenemos ese título —manifestó Brian con suavidad.

Sturm negó con la cabeza y sonrió. Iba a decir algo, pero lo interrumpió Flint al asomar por el faldón de la tienda.

—¡Ese condenado kender! —gritó—. ¡No te vas a creer en qué lío se ha metido ahora! Será mejor que vengas.

Sturm se disculpó y salió apresuradamente a rescatar a Tas del aprieto en el que estuviera. Brian se quedó en la tienda y reflexionó sobre todo lo que habían hablado. Finalmente, tomó una decisión. Haría lo que había pensado, aunque era más que probable que Derek no volviera a dirigirle la palabra.

\* \* \*

Esa noche, los Bárbaros de Hielo celebraron una ceremonia en honor a los dioses y pidieron su bendición para el ataque al castillo del Muro de hielo. Derek rezongó que imaginaba que debería asistir o de otro modo ofendería a su anfitrión, pero añadió en tono sombrío que no se quedaría mucho rato. Aran comentó que, por su parte, estaba deseando asistir; disfrutaba con un buen festejo. Brian también esperaba anhelante la celebración, pero por una razón diferente.

El jefe había hecho retirar todas las cosas en las que se trabajaba en la casa larga para dejar espacio libre para bailar. Varios ancianos estaban sentados alrededor de un enorme tambor y lo tocaban suavemente mientras Raggart el Viejo narraba historias de los dioses antiguos que le había oído contar a su padre y, antes, a su abuelo. A veces con la cadencia monótona de una salmodia, a veces con el ritmo de un cántico, el anciano narró su relato e incluso ejecutó unos cuantos pasos de una danza. Después, Raggart el Joven lo substituyó y relató historias de héroes de batallas anteriores para envalentonar los corazones de los guerreros. Cuando terminó, Tasslehoff, con un ojo morado pero en buenas condiciones por lo demás, entonó una canción subida de tono sobre que su amor verdadero era un barco de vela y que dejó completamente perplejos a los Bárbaros de Hielo, aunque aplaudieron por cortesía.

Gilthanas tomó prestada una flauta hecha de hueso de ballena y tocó una canción que pareció llevar hasta la tienda del jefe el aroma de las flores silvestres en primavera. Era tan evocadora la melodía del elfo, que la tienda, saturada del humo de los fuegos de turba e impregnada con el intenso tufo a pescado, olió a lilas y a hierba fresca.

Cuando los cantos y los relatos acabaron y todos hubieron comido y bebido, Raggart el Viejo levantó las manos para pedir silencio. Costó un poco, porque los niños (y el kender) estaban excitados con la fiesta y no podían quedarse quietos. Finalmente, sin embargo, el silencio se fue adueñando de la tienda del jefe. El pueblo del hielo miraba a Raggart, expectante; sabía lo que iba a pasar. Derek masculló que suponía que podían irse ya, pero como ni Aran ni Brian se movieron, no tuvo más remedio que quedarse.

Raggart el Viejo alargó la mano hacia un objeto envuelto en piel blanca que había tenido todo el tiempo a los pies. Lo alzó con ambas manos, reverente, y lo sostuvo ante sí. Susurró algo y su nieto, Raggart el Joven, desató suavemente las tiras que mantenían enrollada la piel. El envoltorio se soltó y dejó a la vista un objeto que brilló a la luz de los fuegos.

Los Bárbaros de Hielo soltaron un quedo suspiro y todos se pusieron de pie; sus invitados los imitaron una vez que entendieron lo que se esperaba de ellos.

—¿Qué es? —preguntó Tasslehoff, que estaba de puntillas y estiraba el cuello—. ¡No veo nada!

—Un hacha de guerra hecha de hielo —contestó Sturm, maravillado.

—¿De verdad? ¿De hielo? ¡Flint, áupame! —gritó el kender mientras ponía las manos en los hombros del enano, listo para subirse a él.

—¡Ni lo sueñes! —replicó el enano, ofendido, a la par que apartaba las manos de Tas a manotazos.

Raggart frunció el entrecejo por la interrupción. Sturm asió a Tas y tiró de él para colocarlo delante; de ese modo, el kender veía bien y Sturm podía mantenerlo sujeto, porque advirtió que los dedos de Tas se agitaban con ansiedad.

—Hace mucho, mucho tiempo —empezó Raggart—, cuando el mundo era joven, nuestro pueblo vivía en una tierra muy lejana, una tierra abrasada por el fiero sol. No había comida ni agua. Nuestro pueblo se consumía con el calor y muchos murieron. Por fin, el jefe no pudo soportarlo más. Pidió ayuda a los dioses, y uno de ellos, el Rey Pescador, respondió. Conocía una tierra donde la pesca era abundante y proliferaban los animales con pieles. Mostraría a nuestro pueblo el camino a esa tierra, porque sospechaba que criaturas malignas estaban intentando apoderarse de ella. Había un problema: esa tierra tenía un verano muy breve. Era un territorio invernal, un lugar de nieve y hielo.

»El jefe y su gente estaban hartos del sol ardiente, del calor sofocante y del hambre constante. Accedieron a trasladarse y el Rey

Pescador les dio ropas adecuadas para el frío y les enseñó a sobrevivir en el largo invierno. Después los tomó en su mano y los trajo al glaciar. El último regalo que el dios les concedió fue el conocimiento para crear armas de hielo.

»Los Quebrantadores de Hielo tenían la bendición de los dioses, e incluso cuando los dioses, en su justa ira, nos dieron la espalda, aquellos de nosotros que esperábamos pacientemente su regreso seguimos creando Quebrantadores de Hielo. Y a pesar de que los dioses se habían ido, su bendición perduró al igual que nuestra fe en ellos.

»En la víspera de una batalla, es una tradición que el clérigo que crea estas armas mire en el corazón de todos y elija al que posee la destreza y el valor, la sabiduría y el conocimiento necesarios para ser un gran guerrero. A esa persona los dioses le conceden el regalo de un Quebrantador de Hielo.

Los guerreros del pueblo de hielo se alinearon a un lado de la tienda del jefe y Harald, con un gesto, indicó a sus invitados que se unieran a ellos. Flint frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—El acero es suficientemente bueno para Reorx y es suficientemente bueno para mí —dijo—. Sin ánimo de ofenderos a vosotros ni al Rey Pescador —se apresuró a añadir.

Raggart sonrió y el enano asintió con la cabeza. Laurana no se unió a la fila y se quedó con Flint y Elistan. Sturm y Gilthanas ocuparon su sitio en la línea, aunque Sturm lo hizo principalmente para no perder de vista a Tasslehoff. Brian, Derek y Aran se situaron al final de la fila.

Raggart, con el arma encima de la piel blanca, caminó a lo largo de la hilera. Dejó atrás a los guerreros del pueblo de hielo, dejó atrás a Gilthanas y a Sturm, y, con gran desilusión del kender, pasó de largo con el arma y dejó atrás a Tasslehoff, que alargó la mano para tocarla.

—¡Ay! —Tas apartó los dedos con rapidez—. ¡Me he quemado con el hielo! —gritó alegremente—. ¡Mira, Sturm, el hielo me ha quemado! ¿Cómo es posible?

Sturm hizo callar al kender.

Raggart siguió adelante, hacia donde estaban los tres caballeros.

—¿Qué voy a hacer con un arma hecha de hielo? —masculló Derek con desdén—. Supongo que tendré que aceptarla o, en caso contrario, los ofendería. Sigo albergando la esperanza de convencer al jefe para que respalde mi plan.

Raggart pasó delante de Aran, que observó el hacha con curiosidad e hizo un brindis con la petaca. El clérigo pasó delante de Brian y llegó ante Derek, pero también pasó por delante sin detenerse.

Raggart se detuvo entonces, frunció el entrecejo. Miró a su alrededor y el ceño se le borró. Dio la espalda a la fila de guerreros y caminó hacia Laurana. Con una reverencia, le tendió el Quebrantador de Hielo a la elfa.

—¡Tiene que ser un error! —exclamó Laurana con un respingo.

—Veo una torre alta, un dragón azul y una reluciente lanza plateada cuyo brillo enturbia una gran tristeza —dijo Raggart—. Veo una esfera rota y otra salpicada con la sangre del mal. Veo una armadura dorada que brilla como un faro en primera línea de la batalla. Los dioses te han elegido, señora, para que recibas su presente.

Raggart le tendió el Quebrantador. Laurana miró en derredor, aturdida, preguntando en silencio qué debía hacer. Sturm le dedicó una sonrisa de ánimo y asintió con la cabeza. Gilthanas frunció el entrecejo y negó con la cabeza. Las elfas se entrenaban para combatir, como los varones de su raza, pero ellas no luchaban a menos que la situación fuera desesperada. ¡Una elfa no se prestaría nunca a liderar hombres!

—¡Tómala, Laurana! —gritó Tasslehoff con ansiedad—. Pero ten cuidado, que quema. ¡Fíjate en mis dedos!

—El hacha está bien elaborada, eso tengo que admitirlo —dijo Flint, que examinaba el arma con ojo crítico—. Tómala, muchacha. Prueba cómo la sientes en la mano.

Laurana se puso colorada.

—Lo siento, Raggart. Me siento realmente honrada con este regalo, pero tengo una sensación extraña. Me temo que al aferrarla estaré asiendo el destino.

—Tal vez lo hagas.

—Pero no es eso lo que quiero —protestó la elfa.

—Cada cual busca su propio destino, pequeña, pero al final es el destino el que nos encuentra a nosotros.

Laurana siguió sin decidirse.

—Si hacía falta una confirmación de que el viejo está chiflado, ahora la tenemos —rezongó Derek.

Habló en solámnico y en voz baja, pero Laurana lo oyó y lo entendió. Apretó los labios. Su rostro adquirió un gesto de resolución. Alargó la mano y, un poco encogida esperando la ardiente mordedura del hielo, asió el Quebrantador y lo alzó de la piel en la que descansaba.

Laurana se relajó. Sostenía el arma con facilidad y, cosa extraña, el hielo no era más frío que la empuñadura de una espada de acero. Lo levantó hacia la luz para admirar su belleza. El Quebrantador estaba hecho con un hielo cristalino, cortado y pulido para hacerlo suave, sus formas eran elegantes y sencillas.

El arma tenía el aspecto de ser muy grande y pesada, y sus amigos se encogieron un poco esperando que se le cayera o la levantara con torpeza. Para su sorpresa, cuando Laurana la enarboló, el Quebrantador se ajustaba perfectamente a su agarre.

—Es como si la hubieran hecho para mí —dijo, maravillada.

Raggart asintió con la cabeza como si aquello no fuera nada extraordinario. Instruyó a la elfa sobre el uso del arma y los cuidados que precisaba, como por ejemplo no exponerla directamente al sol y mantenerla lejos del fuego.

—Porque —explicó Raggart—, aunque el hielo con el que se hacen estas armas está bendecido por los dioses y por lo general es denso y recio, el Quebrantador se retirará, aunque no tan deprisa como el hielo corriente.

Laurana le dio las gracias a él, al pueblo del hielo y, por último, a los dioses. Envolvió el Quebrantador en la piel blanca y, con las

mejillas aún arreboladas, pidió en voz baja que la ceremonia prosiguiera. El tambor empezó a sonar de nuevo. Brian, con el corazón latiéndole desbocado, levantó una mano.

—Tengo algo que decir.

El tambor enmudeció. Aran y Derek lo miraban estupefactos, sabedores de lo mucho que su amigo detestaba hablar en público. Todos los demás lo observaron con afecto y expectación.

—Yo... eh... —Brian tuvo que hacer una pausa para aclararse la garganta y después continuó; habló rápidamente para pasar cuanto antes el mal rato—. Entre nosotros hay alguien a quien he llegado a conocer bien en este viaje. He sido testigo de su valor. He admirado su sinceridad. Es la personificación del honor. En consecuencia —Brian inspiró profundamente, sabedor de la reacción que iban a desatar sus palabras—, declaro que tomo a Sturm Brightblade, hijo de Angriff Brightblade, como mi escudero.

Brian tenía las mejillas encendidas. La sangre le palpitaba en los oídos. Fue consciente, borrosamente, del aplauso cortés de los Bárbaros de Hielo, que ignoraban lo que eso significaba. Por fin se atrevió a levantar la cabeza. Sturm se había puesto muy pálido. Laurana, sentada a su lado, aplaudía entusiasmada. Gilthanas entonó un acorde marcial con la flauta. Elistan le dijo algo a Sturm y le apretó la mano. El color volvió al semblante de Sturm; los ojos le relucían al resplandor de la lumbre.

—¿Estás seguro de esto, milord? —preguntó Sturm en un tono de voz muy bajo. Lanzó una ojeada de soslayo, significativa, a Derek, que tenía una expresión borascosa, colérica.

—Lo estoy —afirmó Brian, y alargó la mano para estrechar la de Sturm—. ¿Comprendes lo que esto representa para ti?

Sturm asintió con la cabeza.

—Lo comprendo, milord —respondió con voz enronquecida—. No tengo palabras para expresarte lo mucho que esto significa... —Hizo una profunda reverencia—. Me honra la buena opinión que tienes de mí, milord. No te defraudaré.

Abrumado por la emoción, fue incapaz de decir nada más. Flint se acercó a felicitarlo, al igual que Tasslehoff. Laurana se inclinó hacia Brian para hacerle una pregunta.

—Has dicho que si sabía lo que esto representaba para él. ¿Qué representa? ¿No es Sturm demasiado mayor para servir como escudero? Creía que los escuderos eran muchachos jóvenes que actuaban como criados de un caballero.

—Por lo general lo son, aunque no hay restricciones sobre la edad. Algunos hombres siguen siendo escuderos toda su vida, satisfechos con esa posición. Al hacerlo mi escudero, Sturm podrá solicitar ahora someterse a las pruebas como aspirante a caballero, algo que no habría podido hacer en caso contrario.

—¿Y eso por qué?

—Porque al nombrarlo mi escudero, las transgresiones que cometió y que lo habrían dejado excluido de la caballería, ahora quedan expurgadas.

Una leve arruga se marcó en la tersa frente de Laurana.

—¿Qué transgresión puede haber cometido Sturm?

Brian vaciló, reacio a contestar.

—Sé que mintió respecto a que era caballero —dijo Laurana—. Sturm me lo confesó. ¿Es eso a lo que te refieres?

Brian asintió con un gesto y después alzó la cabeza cuando una ráfaga de viento helado se coló en la tienda del jefe y agitó las llamas de los fuegos. Derek se había marchado, airado.

Laurana lo siguió con la mirada, preocupada.

—¿Quieres decir que Derek habría utilizado eso para vetar la solicitud de Sturm?

—Oh, sí —contestó Brian a la par que asentía enérgicamente con la cabeza—. Al hacer a Sturm mi escudero estoy diciéndole al Consejo que he decidido que su error de juicio se debería perdonar y olvidar. Derek ni siquiera podrá sacar el tema de que Sturm mintió respecto a ser un caballero.

Sturm contestaba pacientemente las preguntas que le hacía Tasslehoff, al que tuvo que prometer que si alguna vez participaba en un torneo, él le llevaría el escudo, un honor que dejó al kender radiante de placer.

—No creo que Sturm mintiera —susurró Laurana.

—Tal como ocurrieron las cosas, yo tampoco lo creo —convino Brian.

Aran se acercó para estrecharle la mano a Sturm y darle la enhorabuena, tras lo cual se dirigió hacia Brian.

—Derek quiere verte fuera —le dijo al oído.

—¿Está muy enfadado?

—Imagino que está ahí fuera mellando el filo de la espada a fuerza de mordiscos —contestó jovialmente Aran. Dio una palmada en el hombro a Brian—. No te preocupes. Hiciste lo correcto. Será el epitafio que diga al pie de tu tumba.

—Gracias —rezongó Brian.

Empezó el baile. Los ancianos comenzaron a tocar los tambores y a cantar con ritmo vivo. Jóvenes y viejos salieron al centro de la tienda; formaron un círculo, enlazados por los brazos, y empezaron danzar mientras se inclinaban, se mecían y se entrelazaban. Incitaron a Laurana a unirse a los danzantes, e incluso persuadieron a Flint, que no dejó de tropezar con sus propios pies y trastabillar para regocijo de todos. Brian, suspirando, se dirigió a la salida de la tienda. Sturm lo detuvo.

—Me temo que esto provocará problemas entre Derek y tú.

—Me temo que tienes razón —dijo Brian con una sonrisa desganada.

—Entonces, no sigas adelante con ello —le pidió encarecidamente Sturm—. No merece la pena...

—Yo creo que sí. La caballería necesita hombres como tú, Sturm —manifestó Brian—. Quizá más de lo que necesita hombres como nosotros.

Sturm empezó a protestar otra vez y Brian se desabrochó el cinturón de la espada y se lo tendió a Sturm.

—Toma, escudero. Que el arma esté limpia y bruñida por la mañana cuando cabalguemos hacia la batalla.

Tras una breve vacilación, Sturm aceptó la espada con una sonrisa de agradecimiento.

—Lo estará, milord —dijo con una reverencia.

Brian salió al gélido viento que soplaba del glaciar. Vio figuras borrosas que se escabullían por el perímetro del campamento: lobos que los vigilaban. Se preguntó si Raggart tendría razón, si los lobos serían espías. Desde luego, parecían interesados en ellos. Tuvo un escalofrío y se encontró con que lo esperaba todavía más helor: una fría cólera.

—¡Has hecho eso deliberadamente para desprestigiarme! —lo acusó Derek—. ¡Lo has hecho para acabar con mi credibilidad y hacerme parecer un necio!

Brian no salía de su asombro. Había esperado cualquier cosa, pero no eso.

—¡No me lo puedo creer! ¿Piensas que he hecho a Sturm mi escudero sólo para mortificarte?

—Por supuesto. ¿Por qué otra cosa ibas a hacerlo? Brightblade es un mentiroso y muy posiblemente un bastardo. ¡Dioses, ya puesto, tanto habría dado si hubieses nombrado tu escudero al kender! ¿O tal vez te estás reservando eso para mañana por la noche? —le espetó con furia.

Brian lo miraba estupefacto, enmudecido por la sorpresa.

»Quiero que los dos, Aran y tú, estéis en nuestra tienda antes de que salga la luna —prosiguió Derek—. Os hará falta descansar para mañana. Y dile a Brightblade que también tiene que presentarse ante mí. Como escudero, ahora está bajo mi autoridad. Obedecerá mis órdenes. Se acabó ponerse de parte de los elfos y en mi contra. Fíjate en lo que te digo: la primera vez que Brightblade me desobedezca, será la última.

Derek se dio media vuelta y se dirigió a la tienda que compartían los tres caballeros; sus botas crujían en el hielo y la espada tintineaba en su cadera.

Brian suspiró profundamente y regresó a la calidez y el regocijo reinantes en la tienda del jefe. Con el rabillo del ojo atisbo a los lobos deslizándose sigilosamente por el perímetro del campamento.

*Feal-Thas tiende una trampa  
Derek sueña con dragones*

A su regreso al castillo del Muro de Hielo procedente de Neraka, Feal-Thas mandó llamar al cabecilla de los draconianos para preguntar si se habían visto forasteros en las inmediaciones. El draconiano informó que un grupo de extraños, entre ellos tres caballeros solámnicos, habían atacado a dos guardias draconianos. Los caballeros y el resto de sus compañeros merodeaban por los alrededores del campamento de los Bárbaros de Hielo. A Feal-Thas no le cupo duda de que esos caballeros eran los que Kitiara había enviado como parte del plan de Ariakas para infiltrar el Orbe de los Dragones entre los solámnicos.

Ariakas le había explicado el plan a Feal-Thas durante la estancia del hechicero en Neraka. El emperador había usado la analogía de asediar ejércitos arrojándoles los cadáveres de animales infestados con la peste. Los caballeros llevarían el orbe a Solamnia y allí caerían bajo su influjo, igual que el miserable rey Lorac de Silvanesti.

Feal-Thas había aceptado respaldar el plan. No podía hacer otra cosa. Ariakas llevaba la Corona del Poder y Takhisis lo amaba, mientras que el hechicero y la diosa casi ni se dirigían la palabra. Feal-Thas se consoló con la idea de que ocurrían accidentes, sobre todo a caballeros que buscaban la gloria. Ariakas no tendría argumentos para culparlo a él si ese solámnico acababa en la tripa de la dragona.

Había otro problema que Ariakas no había tenido en cuenta porque Feal-Thas no lo había puesto al corriente. El Orbe de los Dragones tenía sus propias ideas y sus propios planes.

Durante cientos de años, desde que los dragones se habían ido a dormir a raíz de la derrota de la Reina de la Oscuridad a manos de Huma Dragonbane, los Orbes de los Dragones, creados con la esencia de esos reptiles, habían esperado el regreso de su soberana. Finalmente oyeron la voz de Takhisis llamándolos, del mismo modo que había llamado a sus dragones. Ahora, este orbe estaba ansioso de verse libre de su encierro y volver al mundo. Feal-Thas percibía los susurros incitantes con los que lo tentaba, pero tenía el sentido común de hacer oídos sordos. Otros —los que deseaban oírlo, los que querían creerle— le harían caso.

Tras oír el informe del draconiano, Feal-Thas se dirigió deprisa al cubil de Sleet a fin de comprobar que el orbe estaba a salvo. La dragona blanca había recibido órdenes de protegerlo y obedecería lo mejor que supiera. Por desgracia, las aptitudes de Sleet no la hacían merecedora de la confianza del hechicero. La dragona tenía pocas luces, no era lista, ni sutil, ni astuta, mientras que el Orbe de los Dragones era todas esas cosas y más.

Feal-Thas recorrió los túneles helados del castillo. No llevaba luz. A su llegada, había ejecutado un encantamiento para que los pasadizos emitieran una luz blanca azulada. Pasó delante de la cámara que antes había albergado al orbe y echó una ojeada dentro. Las huellas de las víctimas del guardián aún perduraban: sangre que cubría el suelo y salpicaba las paredes. Hizo un alto para contemplar la horripilante escena. Parte de esa sangre era de Kitiara. Cuando se marchaba de Neraka, a Feal-Thas le habían informado de que la guerrera había escapado a la ejecución. La noticia había sido motivo de desilusión, pero no le había sorprendido. Esa tenía la suerte de cara. Y no sólo era afortunada, sino también lista y audaz; una combinación peligrosa. Ariakas no tendría que haberle permitido vivir tanto tiempo. Deshaciéndose de ella, Feal-Thas le haría un favor a todo el mundo.

Sólo tenía que encontrar la forma de esquivar esa suerte que la acompañaba siempre.

Feal-Thas entró en el cubil de la dragona. Una nieve mágica, creada por el reptil, caía a su alrededor. La nieve mantenía el ambiente frío que le gustaba y conservaba en buen estado sus alimentos (dos thanois y un humano muertos) hasta que le apeteciera comérselos. Sleet dormitaba, pero despertó rápidamente al olfatear al elfo. Agitó los ollares como si sintiera un cosquilleo. Los ojos eran meras rendijas brillantes de color rojo. Las garras se clavaron en el hielo y los labios blancos se replegaron y dejaron al descubierto los colmillos amarillentos. No le gustaba Feal-Thas, sentimiento que, dicho sea de paso, era recíproco.

Los blancos eran los dragones más pequeños y menos inteligentes de la Reina de la Oscuridad. Se les daba bien matar y poco más. Obedecían instrucciones, pero sólo si eran sencillas.

—¿Qué quieres? —masculló Sleet.

Las escamas blancas emitían destellos azules a la luz mágica creada por el hechicero. Tenía las alas plegadas hacia atrás y la larga

cola enroscada en torno al inmenso corpachón cubierto de nieve. Aunque pequeña en comparación con un rojo, la dragona llenaba la gran caverna que había heredado de algún otro blanco que la había construido hacía mucho, muchísimo tiempo, tal vez en tiempos de Huma. La pálida luz del sol brillaba a través de la entrada del cubil, al otro extremo de la cueva, y arrancaba destellos de los muros recubiertos de nieve y de la escarcha creada por el aliento del reptil.

—He venido para asegurarme de que estás cómoda y tienes todo lo que necesitas —respondió melosamente el hechicero.

La dragona resopló con desdén y al hacerlo exhaló escarcha por la nariz.

—Viniste a inspeccionar tu precioso orbe porque no te fías de mí. Está sano y salvo. Compruébalo por ti mismo y después ve a enterrar la cabeza en un glaciár.

La dragona blanca apoyó la testa en la nieve. Los ojos rojos no dejaron de vigilar a Feal-Thas.

El orbe descansaba en un pedestal de hielo. Los colores permanecían estáticos, inactivos, como si el artilugio estuviera muerto. Al acercarse Feal-Thas, el orbe y sus pensamientos se centraron en él y volvió a la vida. Los colores empezaron a girar en el interior del globo dándole la apariencia de una burbuja de jabón irisada; los colores —azul, verde, negro, rojo y blanco— cambiaban y giraban, convergían y se separaban.

Feal-Thas se acercó más. Como siempre, sus manos anhelaban tocarlo. Ansiaba intentar ejercer su poder sobre él, dominarlo, convertirse en el señor del orbe. Sabía que estaba capacitado para hacerlo. Sería fácil. Era poderoso, el archimago elfo más poderoso que había existido. Cuando tuviera el orbe, arrebataría la corona a Ariakas, desafiaría a la mismísima Takhisis...

El hechicero rió suavemente. Se detuvo delante del Orbe de los Dragones con las manos asidas firmemente por dentro de las mangas.

—Buen intento, aunque más vale que desistas —aconsejó al orbe—. No pienso rendirme a ti. Sé el peligro que entrañas. Tendrás que probar tus lisonjas con otro, como ese Caballero de Solamnía que ha venido a liberarte.

Los colores habían emitido un fugaz destello y se habían arremolinado ferozmente, pero entonces volvieron a lentificarse, a deslizarse como nubes a la deriva, dando la impresión de inactividad.

—Imaginé que eso te interesaría. Estoy seguro de que si te aplicas, lo atraparás. Eres el objeto de su deseo. Tendría que resultarte fácil subyugarlo, engatusarlo para atraerlo hacia ti, como tu gemelo hizo con Lorac. —Feal-Thas guardó silencio unos instantes y después añadió en tono quedo, sombrío:— Como tú intentaste conmigo.

El orbe se oscureció y los colores se fusionaron en el negro del odio.

»Conmigo fracasaste —continuó Feal-Thas, que se encogió de hombros—. Es posible que tengas éxito con el caballero. Podrías atraerlo aquí y entonces mandar a la dragona lejos, con algún encargo inventado. Pero no hace falta que te diga eso, claro. —El hechicero señaló al orbe con el índice—. Estás jugando conmigo con la esperanza de hacerme caer en la trampa. —De nuevo enlazó fuertemente las manos dentro de las mangas y añadió en tono desdeñoso—. Ahórrate la molestia. Tus promesas tentadoras no han funcionado en trescientos años y tampoco van a funcionar ahora.

Los colores volvieron a girar y esta vez el tono predominante fue el verde.

»Desconfías de mis motivos, como debe ser. Pues claro que es una trampa. Si traes aquí al caballero, yo acabaré con él. —Feal-Thas volvió a encogerse de hombros—. Aun así, tú podrías tener éxito y yo fracasar. Arriésgate. —Hizo una pausa y luego añadió en voz baja:— ¿Qué otra opción tienes?

Feal-Thas se dio media vuelta para marcharse. Vio reflejarse la luz del orbe en las paredes de hielo con destellos rojos, después púrpuras y por último un resentido negro verdoso. Lo que no vio fue confluír todos los colores en un bullicioso despliegue de triunfo cuando salió.

\* \* \*

Derek volvió a despertarse de un sueño sobre dragones. Jadeó, alterada la respiración, aunque no de miedo, sino de exultación. Permaneció despierto, con la mirada perdida en la oscuridad, reviviendo el sueño; un sueño que había sido increíblemente real.

Por lo general sus sueños eran anodinos, grises y absurdos. No hacía caso de los sueños por considerarlos correrías descontroladas de la mente dormida. Derek nunca pensaba en lo que había soñado ni se molestaba en recordarlo, y le irritaba la gente que parloteaba sin cesar de ello.

Pero estos sueños eran diferentes. Estos sueños estaban salpicados de colores: rojos y azules, verdes, negros y matices de blanco. Estos sueños estaban llenos de dragones —dragones enemigos— que nublaban el cielo. El sol, al reflejarse en las escamas, creaba un arco iris abominable. La gente huía de ellos sin dejar de chillar de terror. A su alrededor manaba la sangre, se arremolinaba humo y crepitaba fuego. Él no corría. Aguantaba firme, con la mirada en lo alto, prendida en las alas batientes, en las fauces abiertas, en los colmillos que goteaban saliva. Tendría que haber tenido empuñada su espada, pero en lugar del arma sostenía en las manos un globo de cristal. Lo alzaba hacia el cielo y gritaba una orden imperiosa. Los dragones, bramando de rabia, caían del cielo como estrellas fugaces, moribundos, dejando tras de sí una estela de fuego.

Derek estaba bañado en sudor y apartó a un lado las pieles con las que se tapaba. El frío glacial le sentó bien, lo sacó bruscamente del sueño, lo devolvió a un estado consciente y alerta.

—El orbe —musitó, exultante.

*Asalto al castillo del Muro de Hielo*

—Eh, vosotros dos, despertad —ordenó secamente Derek.

—¿Eh? ¿Qué? —Aran se sentó, todavía medio dormido, aturrido y alarmado—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre?

Brian alargó la mano hacia la espada, tanteando, ya que no veía en la oscuridad. Entonces lo recordó; le había dado el arma a Sturm. Brian gimió para sus adentros. Un caballero sin espada. Derek consideraría aquello como una transgresión grave.

—Silencio —ordenó Derek en voz baja—. He estado dándole vueltas a las cosas. Vamos a secundar ese loco plan de la elfa de atacar el castillo...

—Derek, aún es de noche —protestó Aran—. ¡Una noche fría como el trasero de un goblin! Cuéntame lo que sea por la mañana. —Se tumbó y se tapó con las pieles hasta la cabeza.

—Ya es de mañana, o no le falta mucho —repuso Derek—. Y ahora, prestad atención.

Brian se sentó, tembloroso de frío. Aran lo miró atisbando por encima del borde de las pieles.

—Bien, así que secundamos el plan de atacar el castillo —dijo Aran al tiempo que se rascaba la mejilla, áspera por la crecida barba—. ¿Por qué tenemos que hablar de ello?

—Porque sé dónde encontrar el Orbe de los Dragones —contestó Derek—. Sé donde está.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brian, sorprendido.

—Ya que parece estar tan entusiasmado con estos dioses recién descubiertos, digamos que me lo revelaron —repuso Derek—. Cómo lo sé no es importante. Escuchad mi plan. Cuando empiece el ataque, nos separaremos del grupo principal, entraremos a hurtadillas en el castillo, recuperaremos el orbe y... —Hizo una pausa y se volvió para mirar fijamente hacia fuera—. ¿Habéis oído eso?

—No —dijo Brian.

Derek mascullo algo sobre espías y salió agachado de la tienda.

—¡Los dioses le revelaron dónde está el orbe! —Aran movió la cabeza con incredulidad y buscó la petaca de licor.

—Creo que hablaba con sarcasmo. Actúa de un modo que no es propio de Derek —añadió Brian, preocupado.

—Tienes razón. Derek será un majadero envarado y arrogante, pero al menos era un majadero envarado y arrogante honorable. Ahora ha perdido incluso esa cualidad entrañable.

Pensando que tanto daba ya si se levantaba, Brian se calzó las botas. La luz grisácea del amanecer empezaba a colarse en la tienda.

—Quizá tiene razón. Si nos coláramos en el castillo...

—Ésa es la cuestión —le interrumpió Aran, que gesticuló con la petaca—. ¿Desde cuándo se «cuela» Derek en algún sitio? Éste no es el Derek que tuvo que poner patas arriba la Medida para encontrar la forma de que entráramos en Tarsis sin proclamar nuestra condición de caballeros a todo el mundo. Ahora nos metemos a hurtadillas en castillos y robamos Orbes de Dragones.

—En el castillo del enemigo —puntualizó Brian.

Aran negó con la cabeza, poco convencido.

—El Derek que conocíamos se habría dirigido directamente a la puerta del castillo, la habría aporreado y habría retado al hechicero a que saliera y peleara. La verdad es que no es muy sensato, pero ese Derek nunca se habría planteado actuar como un ladrón furtivo.

Antes de que Brian pudiera responder, Derek entró agachado en la tienda.

—Estoy seguro de que el elfo andaba cerca, escuchando a escondidas, aunque no logré pillarlo. Ahora ya no importa. El campamento empieza a despertar. Brian, ve a buscar a Brightblade. Dile lo que vamos a hacer y ordénale que no hable de esto con nadie. Que no se lo cuente a los otros, sobre todo a los elfos. Voy a hablar con el jefe.

Derek salió de nuevo.

—¿Vas a seguirlo en este plan descabellado? —preguntó Aran.

—Derek nos ha dado una orden —repuso Brian—. Y... es nuestro amigo.

—Un amigo que va a conseguir que nos maten —mascullo Aran.



Se abrochó el cinturón de la espada y, después de echar un último trago a la petaca, se la guardó en la chaqueta y salió de la tienda a grandes zancadas.

Brian fue a buscar a Sturm y encontró despierto al caballero. Una delgada franja de luz salía por debajo de la tienda.

—¿Sturm? —llamó en voz baja, y apartó el faldón de la tienda.

La luz provenía de una mecha puesta en un plato con aceite. Sturm estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, y bruñía el acero de la espada de Brian con un suave cuero afelpado.

—Casi he terminado, milord —dijo Sturm, que alzó la cabeza. La luz de la llama brillaba en sus ojos. Brian se acuclilló.

—La orden de que limpiaras mi espada sólo era una broma.

—Lo sé. —Sturm sonrió. La mano que sostenía el suave paño se deslizó despacio, con cuidado, sobre la hoja de acero—. Lo que has hecho por mí significa más de lo que jamás podrás imaginar, milord. Esto es un modo de mostrar mi gratitud, aunque sea poca cosa.

Brian se sintió muy conmovido.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

Le explicó el plan de Derek de utilizar el ataque como una maniobra de distracción y colarse en el castillo para robar el orbe.

—Derek dice que sabe dónde está el orbe —añadió.

—¿Y cómo es que lo sabe? —preguntó Sturm, frunciendo el entrecejo.

Brian no quiso repetir la burla sarcástica de Derek acerca de los dioses, así que soslayó la pregunta.

—Derek te ordena que nos acompañes.

Sturm lo miró en silencio, preocupado. La arruga de la frente se le marcó más.

—Lejos de mí cuestionar las órdenes de un Caballero de la Rosa...

—Oh, vamos, cuestionálas —pidió Brian con cansancio—. Es lo que Aran y yo hemos estado haciendo desde que emprendimos esta misión. —Bajó la voz—. Estoy preocupado por Derek. Cada vez está más obsesionado con ese Orbe de los Dragones, casi como si lo tuviera consumido.

Sturm parecía muy serio.

—Sé algo sobre magia, no creas que por propia elección, sino porque he pasado mucho tiempo con Raistlin...

—Tu amigo, el Túnica Roja —precisó Brian.

—Amigo exactamente, no, pero sí, es a quien me refiero. Raistlin siempre nos ha advertido que si alguna vez nos topamos con algún objeto que pudiera ser mágico, más vale que lo dejemos en paz, que no hagamos nada con él. Dice que esos artefactos están preparados para que los utilicen quienes han estudiado magia y saben y entienden su mortífero potencial. Que suponen un peligro para los ignorantes. —Sturm torció el gesto.

»Una vez que no hice caso de las advertencias de Raistlin, lo pagué caro. Me puse un yelmo mágico que había encontrado y se apoderó de mí... —Sturm se calló e hizo un ademán con la mano como para apartar de su recuerdo aquel suceso—. Pero ésa es otra historia. Creo que si Raistlin estuviera aquí nos prevendría contra ese orbe, nos diría que no nos acercáramos a él.

—Hablas como si el orbe tuviera algo que ver con el cambio acaecido en Derek, pero ¿cómo es posible tal cosa? —arguyó Brian.

—¿Cómo es posible que un yelmo enano robe el alma de un hombre? —le preguntó Sturm con una sonrisa pesadosa—. No conozco la respuesta.

Dejó a un lado el paño y sostuvo la hoja sobre la llama; observó cómo la luz destellaba en el metal reluciente. Luego apoyó la espada sobre su brazo doblado, hincó una rodilla en el suelo, y le ofreció el arma, con la empuñadura por delante, al caballero.

—Milord —dijo con profundo respeto.

Brian aceptó la espada y se abrochó el cinturón debajo de la capa, ya que no era lo bastante largo para ceñirse encima de la gruesa piel.

Sturm recogió la antigua espada de los Brightblade, la herencia de su padre que era para él más valiosa. Señaló con un gesto la entrada de la tienda.

—Después de ti, milord.

—Por favor, llámame Brian. Me da la impresión de que te estás dirigiendo a Derek.

Aparentemente los dioses estaban con Derek y con el pueblo del hielo, al menos al principio, porque el día amaneció claro, con un sol radiante y un viento reconfortante e inusualmente cálido para esa época del año, según les dijo Harald. Consultó con Raggart el Viejo, que dijo que los dioses enviaban ese buen tiempo como señal de que aprobaban la arriesgada empresa. Y como los dioses estaban con ellos, había decidido participar en la incursión.

Harald y Raggart el Joven se quedaron anonadados. El anciano casi no podía caminar sin ayuda. Los dos intentaron disuadir a Raggart el Viejo, pero no les hizo caso. Llevando consigo su Quebrantador, se dirigió hacia los botes deslizantes sin ayuda a pesar de sus pasos inestables. Cuando Raggart el Joven intentó ayudarlo, el anciano ordenó a su nieto de muy mal humor que dejara de estar pendiente de él todo el tiempo como haría una condenada osa con su cachorro.

Laurana llevaba su Quebrantador. Había planeado llevar también la espada para usarla en la batalla. Se sentía honrada por el regalo del hacha, pero no estaba cómoda utilizándola, ya que no se había adiestrado en el manejo de ese tipo de armas. Sin embargo, la espada no estaba en la tienda. La había buscado largo rato y finalmente llegó a la conclusión de que seguramente se encontraba en la tienda de Tas junto con todas las otras cosas que había echado en falta en los últimos días. No tenía tiempo para ponerse a rebuscar entre los «tesoros» del kender, así que, temiendo llegar tarde, asió el Quebrantador y salió a la mañana.

Contemplaba el radiante sol y pensaba que quizá su plan funcionaría, después de todo, cuando Gilthanas la alcanzó.

—¿No crees que deberías quedarte aquí, en el campamento, con las otras mujeres?

—No —replicó ella, indignada, sin dejar de caminar. Su hermano echó a andar a su lado.

—Laurana, he oído hablar a Derek con sus amigos esta mañana...

Laurana frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—Y fue una suerte que le oyera —dijo Gilthanas, a la defensiva—. Cuando empiece el ataque, los caballeros van a aprovecharlo como una maniobra de distracción para entrar en el castillo sin ser vistos y coger el Orbe de los Dragones. Si Derek va, iré tras él. Sólo te lo digo para que lo sepas.

Laurana se volvió para mirar a su hermano a la cara.

—Quieres que me quede aquí porque tu intención es apoderarte del orbe y crees que yo intentaré impedírtelo.

—¿Y no es así? —preguntó él, iracundo.

—¿Qué piensas hacer? ¿Luchar con los caballeros? ¿Enfrentarte a todos ellos?

—Tengo mi magia...

Laurana negó con la cabeza otra vez y echó a andar. Gilthanas la llamó en tono furioso, pero ella no le hizo caso. Elistan, que se dirigía hacia los botes deslizantes, oyó el grito de Gilthanas y advirtió el semblante de la elfa enrojecido por la cólera.

—Deduzco que tu hermano no quiere que vengas —apuntó el clérigo.

—Quiere que me quede con las mujeres.

—Tal vez deberías hacerle caso. Le preocupa tu seguridad —dijo Elistan—. Los dioses nos han sido propicios hasta ahora y confío en que sigan siéndolo, pero eso no significa que no haya peligro...

—No le preocupa mi seguridad —argumentó Laurana—. Derek y los otros caballeros planean aprovechar la batalla como una maniobra de distracción. Van a entrar a escondidas en el castillo para robar el Orbe de los Dragones. Gilthanas se propone seguirlos porque quiere el orbe. Está dispuesto, o eso piensa él, a matar a Derek para conseguirlo, así que ya ves por qué tengo que ir.

Elistan frunció las cejas canosas y sus ojos azules centellearon.

—¿Sabe esto Harald? —preguntó.

—No. —Laurana enrojeció, avergonzada—. No puedo decírselo. No sé qué hacer. Si se lo cuento a Harald, lo único que conseguiré será causar problemas, y los dioses nos sonríen hoy...

Elistan contempló el sol radiante y el cielo despejado.

—Desde luego es lo que parece. —Miró pensativamente a la elfa—. Veo que llevas el Quebrantador.

—Sí, aunque no era mi intención. No sé cómo manejarlo, pero no logré encontrar mi espada. Tasslehoff debe de habérsela llevado, aunque él jura que no lo ha hecho. —Laurana suspiró—. Claro que eso es lo que dice siempre.

Elistan le dirigió una mirada penetrante.

—Creo que debes ir con tu hermano y con los otros. —Sonrió e hizo un comentario enigmático—. Creo que esta vez Tasslehoff dice la verdad.

Se adelantó para alcanzar a Harald y dejó a Laurana mirándolo desconcertada, sin entender qué había querido decir con eso.

El pueblo del hielo guardaba los botes deslizantes al resguardo de una formación natural del glaciar. Los guerreros subieron a ellos hasta llenar cada bote deslizante a su capacidad máxima. Los tripulantes asieron los cabos, listos para izar las enormes velas, y esperaron que Harald diera la orden. El jefe abrió la boca, pero las palabras no llegaron a salir de sus labios. Alzó la vista al cielo con expresión de inquietud.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Derek, irritado.

—Lo noto —dijo Sturm, que se agazapó a la sombra de un mástil y tiró de Tasslehoff para que se agachara a su lado—. El dragón. Creo que deberías ponerte a cubierto, milord.

Derek no comentó nada, pero se acuclilló en la cubierta mientras mascullaba que aquello era otra tentativa de Harald para no llevar a cabo el ataque.

Los guerreros buscaron cobijo, ya fuera tendiéndose en cubierta o saltando por la borda para esconderse, debajo de los botes. Todos sentían una inexplicable inquietud. Oían el silbido del viento entre las jarcias, pero nada más. Aun así, nadie se movió y la sensación de terror fue creciendo progresivamente en todos ellos. Incluso Derek se agazapó más a resguardo de las sombras.

La dragona, Sleet, apareció de repente sobre ellos con las alas blancas extendidas y las escamas refulgentes al sol matinal. El miedo al dragón oprimió sus corazones y los dejó a todos sin respiración. Los hombres se encogieron en cubierta, amilanados. Las armas resbalaron de las manos entumecidas. En el campamento, los niños chillaban y los perros aullaban aterrorados. La dragona agachó la testa y dirigió los ojos rojos hacia el campamento. Los guerreros que habían conseguido superar el miedo asieron las armas y se prepararon para defender a sus familias.

Sleet batió perezosamente las alas una vez, lanzó un bramido y chasqueó los dientes en un gesto amenazador, pero eso fue todo. Siguió volando y pasó casi rozando los botes deslizantes.

Los que estaban agazapados en los botes vieron el colosal vientre del reptil pasar por encima de los mástiles. Nadie osó moverse ni respirar mientras los sobrevolaba pesadamente. Sleet tenía la costumbre de usar las patas para volar, casi como si nadara a través del aire, de manera que cuando bajaba las alas juntaba las patas traseras, y luego las abría al alzar las alas. Eso reducía su velocidad y tardó cierto tiempo en perderse de vista, deslizándose en aquel estilo mezcla de vuelo y natación, directamente hacia el amanecer.

Nadie se movió hasta tener la certeza de que se había ido. Entonces, al desaparecer el miedo que les atenazaba el corazón, se incorporaron y se miraron unos a otros con sorpresa, casi sin atreverse a comentar lo que ahora se atrevían a esperar que fuera cierto.

—¡El dragón ha abandonado el castillo! —gritó Harald con incredulidad. Miró hacia el sol brillante hasta que las lágrimas le emborronaron la vista y después se volvió hacia Raggart el Viejo y le dio un abrazo de oso; por suerte, el anciano iba bien cubierto de pieles, o de otro modo le habría roto los frágiles huesos—. ¡Alabados sean los dioses! ¡El dragón se ha ido del glaciar!

Elistan se puso de pie, el medallón asido todavía en la mano. Parecía un poco mareado y abrumado por la largueza de los dioses. Había esperado un milagro, pero nada tan portentoso.

Los guerreros empezaron a lanzar un vótor, pero Harald, temeroso de que el dragón los oyera y regresara, los hizo callar y les ordenó

que se pusieran manos a la obra. Izaron las velas, el viento hinchó las lonas y propulsó los botes deslizantes, que surcaron el hielo sobre los afilados patines.

Flint, cómo no, había puesto pegas a subir a una embarcación aduciendo que siempre se caía por la borda. Sturm había convencido al enano de que los botes deslizantes no eran como las embarcaciones que surcaban las aguas; que no se mecerían ni cabecearían con las olas. Y si se caía por la borda, cosa harto improbable, no corría el riesgo de ahogarse.

—No, claro, sólo me romperé la crisma contra el hielo —rezongó Flint, pero como la opción era quedarse en el poblado si no subía al bote, accedió a ir con ellos.

Por desgracia, el enano no tardó en descubrir que los botes deslizantes eran mucho peor que cualquier otro medio de transporte de cuantos había usado en su vida, incluidos los grifos. Los botes deslizantes se desplazaban por el hielo mucho más deprisa que una embarcación por el agua, y no sólo se movían a toda velocidad a través del glaciar, sino que a veces iban tan rápido que el viento los alzaba sobre uno de los patines y los escoraba. Cuando ocurría esto, los Bárbaros de Hielo sonreían y abrían mucho la boca para sentir en su interior.

El pobre Flint estaba acurrucado en un rincón apartado, sujeto con los brazos a una cuerda y los ojos cerrados con todas sus fuerzas para no ver la horrible colisión que estaba convencido se produciría. Una vez abrió un ojo y vio a Tasslehoff agarrado al cuello del mascarón tallado con la forma de un monstruo marino con morro picudo. El kender chillaba con deleite mientras las lágrimas causadas por el punzante viento le corrían por las mejillas. El copete se agitaba tras él como un gallardete. Con un estremecimiento, Flint juró que era la última vez. Y lo decía en serio. Se acabaron los botes de cualquier tipo. Para siempre.

Derek paseaba por cubierta; o más bien lo intentaba. No dejaba de dar traspies hacia los lados, y finalmente, comprendiendo que tal ineptitud perjudicaba su dignidad (los Bárbaros de Hielo no tenían dificultad en mantenerse derechos en la cubierta ladeada) volvió a su sitio en la batayola, al lado de Harald. Raggart el Viejo y Elistan estaban sentados en sendos barriles y parecían disfrutar con la alocada carrera. Gilthanas procuraba mantenerse cerca de Derek. Sturm se encontraba junto a Tasslehoff, listo para sujetar al kender si éste se soltaba y salía volando. Laurana estaba apartada de los demás, en especial de Derek, al que no había complacido precisamente su decisión de acompañarlos y había intentado mandarla de vuelta al campamento. Había apelado a Harald, pero no encontró respaldo en el jefe. A Laurana se le había entregado un Quebrantador de Hielo. Ella era la guerrera elegida y, si quería ir, era bienvenida. Posiblemente Harald habría cambiado de opinión si hubiera sabido la verdadera intención de la elfa.

Sentada en cubierta, con el aire azotándole el rostro, Laurana consideraba lo que se proponía hacer y estaba horrorizada consigo misma. Temblaba sólo de pensarlo y no estaba segura de tener coraje para llevarlo a cabo. Varias veces perdió el valor y decidió que cuando llegaran a su destino se quedaría en el bote. Nadie se lo echaría en cara. Por el contrario, todos sentirían alivio. Por mucho que le hubiera sido entregado el Quebrantador, los guerreros se sentían incómodos al tener a una mujer entre ellos. Derek estaba furioso e incluso Sturm le dirigía miradas preocupadas.

Laurana había luchado contra draconianos en Pax Tharkas y había salido bien parada. Tanis y los demás habían elogiado su destreza y su valor en combate. A pesar de que las mujeres elfas se entrenaban para luchar —tradición que se remontaba a la Primera Guerra de los Dragones, cuando los elfos lucharon para sobrevivir—, Laurana no era una guerrera. Sin embargo, no podía permitir que Gilthanas se enzarzara en un combate con los caballeros, y tenía el horrible presentimiento de que sería exactamente eso lo que pasaría si no había nadie para impedirse. En otras circunstancias habría confiado en que Sturm se pusiera de parte de su hermano y no lo dejara meterse en líos, pero Sturm tenía ahora otras lealtades. Estaba comprometido a obedecer a su superior y Laurana no quería obligarlo a elegir entre el deber y la amistad.

Los botes deslizantes surcaban velozmente el glaciar en dirección al castillo. Los guerreros se amontonaban a los costados y disfrutaban con la desenfrenada carrera. El plan de ataque era sencillo. Si los dioses acudían en su ayuda, los guerreros lucharían. Si no era así, utilizarían los veloces botes para salir de allí cuanto antes. El único enemigo que hubiera podido alcanzarlos era el dragón blanco, y se había ido. Pero todos confiaban en que los dioses, que tanto habían hecho por ellos, harían todavía más.

La victoria estaba asegurada.

La torre señera del castillo del Muro de Hielo, encumbrándose en el aire, parecía ser la única parte de la fortaleza hecha de piedra. Los muros del castillo estaban cubiertos de hielo acumulado durante siglos. Los guardias apostados en lo alto de las murallas caminaban sobre hielo. Las escaleras de piedra también habían desaparecido bajo el hielo hacía mucho tiempo. Eran tantas las capas acumuladas sobre las murallas que la parte superior de las atalayas estaba prácticamente al nivel del manto blanco.

A medida que los botes se aproximaban, vieron soldados que se apiñaban en las almenas heladas. Eran enormes, unas verdaderas moles.

—Ésos no son draconianos —apuntó Derek.

—Thanois —contestó Harald, iracundo—. Nuestros enemigos seculares. También se les llama hombres-morsa porque tienen los colmillos y la corpulencia de ese animal, aunque caminan erguidos como los hombres. No aprecian a Feal-Thas. Si están aquí es porque tienen la oportunidad de matarnos. Ya podemos despedirnos de un ataque por sorpresa. Al hechicero le advirtieron de nuestra llegada.

—Los lobos —dijo Raggart el Viejo con aire avisado—. Estuvieron merodeando por el campamento anoche. Oyeron nuestro festejo de guerra y le contaron que veníamos.

Derek puso los ojos en blanco al oír aquello, pero guardó silencio.

—Y, sin embargo, Feal-Thas mandó lejos al dragón —dijo Sturm con cierto desconcierto—. Eso no tiene sentido.

—Quizá sea un ardid —sugirió Raggart el Joven—. A lo mejor está escondido en los alrededores, listo para atacarnos.

—No —le contradijo su abuelo, que se puso la mano en el corazón—. No siento su presencia. Se ha marchado.

—Podría deberse a muchas razones —intervino Derek en tono enérgico—. La guerra se está librando en otras partes de Ansalon. Quizá hacía falta en otro sitio. Tal vez ese tal Feal-Thas se siente demasiado seguro de sí mismo y cree que no necesita su ayuda contra nosotros. Lo que significa —se dirigió en voz baja a sus amigos—, que el Orbe de los Dragones está desprotegido.

—Si excluimos a un millar de hombres-morsa y unos cuantos cientos de draconianos, sin contar con un elfo oscuro que es hechicero —rezongó Aran.

—No te preocupes. —Derek pateó la cubierta para calentarse los pies. Estaba de buen humor—. Los dioses de Brightblade nos ayudarán.

Sturm no oyó el comentario sarcástico de Derek porque estaba absorto observando a los thanois hacinados en las murallas blandiendo las armas e inclinándose sobre las almenas para gritar e insultar a sus enemigos. Los guerreros respondían a los insultos, pero parecían desalentados. Los thanois se arracimaban en las murallas y formaban un muro de acero oscuro, denso, sin fisuras, que rodeaba la parte alta de la fortaleza.

—Feal-Thas convoca una tropa de miles de guerreros para proteger el castillo y, sin embargo, manda lejos al dragón —comentó Sturm a la par que movía la cabeza con incredulidad.

—Ahí arriba hay osos blancos —gritó Tasslehoff—. ¡Igual que la que salvamos! —Se volvió hacia el jefe—. Creía que los osos eran amigos de tu gente.

—Los thanois esclavizan a los osos blancos —le explicó Harald—. Los acosan y los atormentan hasta que los osos acaban odiando a todo lo que camine sobre dos piernas.

—Primero, draconianos; después, hombres-morsa; ahora, osos enloquecidos. ¿Qué será lo siguiente? —gruñó Flint.

—Ten fe —dijo Elistan mientras ponía la mano en el hombro del enano.

—La tengo —contestó Flint con resolución. Dio palmaditas al hacha—. En esto. Y en Reorx —se apresuró a añadir el enano, temeroso de que el dios, que tenía fama de ser susceptible, se sintiera ofendido.

Los botes deslizantes llegaron al alcance de los arcos. Al principio los guerreros no estaban preocupados. Los thanois, con sus manos gruesas rematadas en garras, no servían como arqueros. Pero las flechas empezaron a caer con un ruido sordo en el hielo que había un poco más adelante y comprendieron que en las murallas había arqueros draconianos. Dos flechas alcanzaron en el costado de un bote y los astiles se cimbrearon clavados en la madera.

Harald ordenó detener los botes. Arriaron las velas, las embarcaciones perdieron velocidad y, finalmente, se pararon.

Los guerreros contemplaron las altas murallas en un sombrío silencio. Nada de vítores, ni euforia, como había ocurrido al inicio del viaje. Los Bárbaros de Hielo rondaban la cifra de trescientos y se enfrentaban a un ejército de más de un millar. Estaban al descubierto, en campo abierto, mientras que su enemigo estaba protegido tras una fortaleza de hielo. Derek aún no había admitido la derrota, pero incluso él estaba amilanado.

Una piedra enorme, lanzada desde la muralla, se estrelló en el hielo, cerca del bote que estaba en cabeza. Si hubiera dado en el blanco, habría pasado a través del casco y quizá habría partido el mástil, además de matar a varios guerreros. Empezaron a caer más piedras sobre ellos, arrojadas por los fuertes brazos de los thanois. Harald se volvió hacia Elistan.

—No podemos quedarnos aquí esperando que consigan hacer una buena diana. O los dioses nos ayudan o tendremos que retirarnos.

—Lo entiendo —contestó el clérigo, que miró a Raggart el Viejo.

El anciano asintió con la cabeza.

—Echad la escala —ordenó Raggart.

Harald se quedó estupefacto.

—¿Es que vais a bajar del bote?

—Así es —contestó Elistan con tranquilidad.

—Imposible. —Harald sacudió la cabeza—. No lo permitiré.

—Tenemos que acercarnos más al castillo —explicó Elistan.

—Eso os pondrá al alcance de las flechas. Os utilizarán para practicar el tiro al blanco. —El jefe negó de nuevo con la cabeza—. No. De ningún modo.

—Los dioses nos protegerán —declaró Raggart, que dirigió una mirada astuta a Harald—. O se cree en los dioses o no se cree, jefe. Las dos cosas a la vez no puede ser.

—Es fácil tener fe cuando estás a salvo y cómodo en la casa larga —lo apoyó Elistan.

Harald frunció el entrecejo, se rascó la barba y miró a uno y a otro. Los guerreros se arremolinaban a su alrededor y observaban al jefe, esperando a ver qué decidía. A Laurana la asaltó repentinamente una duda. Aquello había sido idea suya, pero en ningún momento había tenido intención de que Elistan pusiera la vida en peligro.

Como el clérigo había dicho, era fácil tener fe cuando se estaba seguro y cómodo. Deseaba hacerle cambiar de idea. Como si le hubiese leído el pensamiento, miró en su dirección y le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Laurana, esperando que irradiara confianza en lugar de denotar su vacilación, le respondió con otra.

—Soltad la escala —ordenó finalmente Harald, aunque de mala gana.

—Iré con ellos —se ofreció Sturm.

—Ni hablar —le ordenó Derek—. Te quedas con nosotros, Brightblade. —Luego añadió en solámnico—: Si ese absurdo plan funciona, cosa que dudo, me propongo entrar en el castillo y quiero tenerte cerca para que nos ayudes.

A Sturm no le gustaba ni un pelo, pero no podía hacer nada. Era un escudero, comprometido a servir a los caballeros.

—De todos modos no podrías protegernos, señor caballero —le dijo Raggart el Viejo—, pero gracias por el gesto.

El clérigo de Habbakuk asió su medallón con una mano y alzó la otra para pedir silencio. Los guerreros se callaron y muchos inclinaron la cabeza.

—Dioses de la Luz, acudimos a vosotros como niños que se escaparon de casa con rabia, y ahora, tras años de vagabundear, perdidos y solos, por fin hemos encontrado el camino de vuelta a vuestro amoroso cuidado. Acompañadnos ahora, pues vamos en tu nombre, Rey Pescador, y en el tuyo, Dios Padre, a combatir el mal que intenta apoderarse del mundo. Sed con nuestros guerreros, fortalecedles las

manos y borrad el miedo de sus corazones. Sed con nosotros. Dadnos vuestra divina bendición.

Terminada la plegaria, Raggart echó a andar. Sus pasos eran firmes, ni rastro de la inestabilidad anterior, y apartó sin contemplaciones la mano de su nieto. Llegó a la escala de cuerda que colgaba por el costado de la embarcación y, asiéndola con manos seguras, empezó a bajar por ella con la agilidad que tuviera de chiquillo hacía más de setenta años. Elistan lo siguió con más lentitud ya que no estaba acostumbrado a las embarcaciones ni a las escalas, pero finalmente los dos estuvieron en el hielo sanos y salvos.

El enemigo se apiñó en las almenas para ver qué pasaba. Al divisar a dos ancianos vestidos con túnicas largas, una de color blanco y la otra de color azul grisáceo, que caminaban hacia ellos sin atisbo de miedo, los thanois comenzaron a ulular y a resoplar con desdén.

—¿Mandáis a luchar a vuestras viejas? —gritó uno de ellos y una áspera risotada general resonó a lo largo de las murallas, seguida de inmediato por una oleada de flechas.

Laurana contempló la escena aterrada, con el corazón en un puño. Las flechas cayeron alrededor de los clérigos. Una atravesó la manga de Elistan y otra se clavó en el hielo, entre los pies de Raggart. Ambos siguieron adelante sin vacilar, sin miedo, con la mano cerrada sobre el medallón.

—Los arqueros darán en el blanco a la próxima —advirtió Derek en tono sombrío—. Sabía que esto era un desatino. Vamos, Brightblade, hemos de ir a buscar a esos dos viejos locos y traerlos de vuelta.

—¡No! —Harald se plantó en medio para cerrarles el paso—. Fueron con mi beneplácito.

—Entonces tendrás que responder de las consecuencias —gruñó Derek.

Otra andanada de flechas se alzó desde la muralla. También fallaron el blanco. Más proyectiles cayeron alrededor de Elistan y de Raggart, pero ninguno los alcanzó.

Un guerrero empezó a lanzar vítores, pero sus compañeros hicieron que se callara. Observaron en silencio, sobrecogidos, sumidos en un temor reverencial. El griterío en las murallas había cesado, sustituido por un retumbo de cólera y gritos de «¡Disparad otra vez!».

Elistan y Raggart, que no habían prestado atención a las mofas antes ni a las flechas después, se detuvieron a corta distancia de los muros del castillo. Cada uno alzó su medallón para que los rayos del sol matinal incidieran en él.

El viento se hizo más fuerte y cambió de dirección de forma que soplaba con inusitada calidez trayendo consigo un indicio de primavera. Todos aguardaron en tensión al no saber qué iba a pasar.

—No pronunciaron las palabras mágicas —susurró Tas, preocupado.

Sturm le mandó callar.

El sol radiante incidió primero en un medallón y después en el otro.

Los dos irradiaron con fuerza. Los clérigos sostuvieron firmemente los medallones y la intensidad de la luz aumentó hasta que los que estaban mirando tuvieron que apartar los ojos. Un único rayo de luz rutilante, intensamente blanca, salió disparado del medallón de Elistan. El haz, fuerte y poderoso, golpeó la muralla del castillo del Muro de Hielo. Un instante después, otro rayo de luz, éste de color azul, salió del medallón de Raggart y estalló en otra sección de la muralla.

Nadie se movió ni habló. Muchos lanzaron una exclamación ahogada, sobrecogidos. Todos contemplaban la escena paralizados. Todos menos Derek, absorto en abrochar una hebilla suelta de su talabarte. Sturm iba a decir algo para llamar su atención sobre lo que ocurría.

—No malgastes saliva —dijo con voz queda Brian—. No mirará, y aunque lo hiciera, no lo vería.

El haz de luz de Elistan penetró en la muralla del castillo y el hielo se estremeció. Un sonido semejante a un trueno hendió el aire. El hielo se resquebrajó y, desprendiéndose de la muralla, se deslizó al suelo con un crujido sordo.

Cuando Raggart apuntó su rayo de luz sagrada, enormes fragmentos de hielo se resquebrajaron y se deslizaron muralla abajo.

Los dos haces brillaban más a cada segundo que pasaba conforme los dioses descargaban la fuerza del sol contra las murallas de hielo. Los thanois amontonados en las almenas habían dejado de burlarse y contemplaban la escena con estupefacción. Al principio no se dieron cuenta del peligro que corrían, pero entonces uno de ellos, menos estúpido que los demás, comprendió lo que sucedería sin remedio si continuaba el ataque a los muros del castillo de hielo.

Los arqueros redoblaron su esfuerzo, pero las flechas siguieron sin acertar en los blancos, mientras que las que atravesaban los rayos de luces se esfumaban en una bocanada de humo. El hielo crujía y se desprendía, y los que observaban el acontecimiento empezaron a ver la piedra que había debajo.

Elistan desvió el haz luminoso para alcanzar con él las almenas cubiertas de hielo. Algunos thanois que se encontraban cerca del ardiente rayo fueron presa del pánico e intentaron huir, pero sólo consiguieron chocar contra los que se amontonaban a su alrededor. Los thanois atrapados empujaron a los otros para abrirse paso. Sus compañeros respondieron a su vez propinándoles empujones. Bramidos de miedo y de rabia resonaron en el aire, pero quedaron ahogados por otro atronador crujido. El hielo de las almenas se estremeció y se sacudió; sin tener ya hielo que las sustentara, las almenas heladas se partieron y cayeron con un sonido semejante al de un alud.

Los thanois se precipitaron a cientos al vacío junto con el hielo; era espantoso oír los chillidos y los gritos de terror. Los thanois que estaban en la muralla que recibía el ataque de Raggart trataron de escapar, frenéticos, pero las almenas sufrieron una sacudida, temblaron y se desmoronaron. Hielo y thanois cayeron en cascada hacia el suelo.

Las grietas del hielo siguieron expandiéndose hacia fuera como la tela de una araña desquiciada, se desplazaron rápidamente por una zona de la muralla y atravesaron a toda velocidad la siguiente. Y entonces fue como si todo el castillo estuviera desplomándose, los muros de hielo resbalando y deslizándose, retumbando y cayendo. Sólo la torre de piedra permanecía inalterable, aparentemente invulnerable.

Harald lanzó un bramido exultante y, blandiendo un Quebrantador gigantesco por encima de la cabeza, corrió hacia el costado de la embarcación al tiempo que gritaba a sus guerreros que lo siguieran. No se molestó en usar la escala, sino que saltó por encima de la borda. Sus guerreros bajaron en tropel detrás de él. Los guerreros que ocupaban los otros botes hicieron lo mismo, y en muy poco tiempo toda la fuerza corría por el hielo, ansiosa de atacar a cualquier enemigo que hubiera conseguido sobrevivir a la caída.

Derek ordenó a los caballeros que esperaran hasta que la embarcación estuviera vacía. Se asomó por la borda y miró atentamente la muralla del castillo; aparentemente, no tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Corrió a la escala al tiempo que ordenaba a Sturm, Brian y Aran que lo siguieran.

Tas no oyó que dijera su nombre, pero dio por sentado que había sido un simple descuido. El kender saltó por encima de la borda alegremente y al momento corría, jubiloso, al lado de Derek.

El caballero, sin perder el paso, dio un empujón al kender que lo lanzó por el aire. Tas aterrizó de bruces en el hielo, con los brazos y las piernas flexionados. Rodó sobre sí mismo un par de veces antes de detenerse en el hielo y se quedó tendido, faltar de respiración.

Sturm se volvió para ver si Tas se encontraba bien. Derek le bramó una orden, y durante unos instantes pareció que Sturm iba a desobedecer.

—¡Yo cuidaré de él! —gritó Laurana, que se acercaba presurosa a Tas.

Sturm tenía un gesto torvo, pero dio media vuelta y corrió en pos de los caballeros.

Gilthanas tenía razón. Derek no iba a unirse al combate. Había tomado una trayectoria en ángulo que lo alejaba de la batalla.

Laurana ayudó a Tas a levantarse. El kender no estaba herido, pero sí muy indignado.

—¡Derek dijo que no me necesitaba! ¡Después de todo lo que le he ayudado! No sabría nada de ese estúpido Orbe de los Dragones si no fuera por mí. ¡Vale, pues, ya veremos!

Antes de que Laurana pudiera impedirselo, Tas echó a correr.

—Te lo dije. —Gilthanas la detuvo para que no siguiera al kender.

—No pienso quedarme aquí —le replicó desafiante.

—Ya sé que no —fue la seca respuesta—. Sólo quiero dejar que cojan ventaja para que no sepan que los seguimos.

La elfa suspiró. Una parte de ella se alegraba de que su hermano no hubiera querido obligarla a quedarse en los botes, y otra parte deseaba que lo hubiera hecho. Sentía el mismo miedo que había experimentado cuando el dragón los había sobrevolado, aunque ignoraba la razón, ya que no había ningún reptil por los alrededores. Gilthanas y ella alcanzaron a Tasslehoff, porque sus cortas zancadas no podían equipararse a las de las largas piernas de los caballeros.

—Voy con vosotros —anunció Tas, que al jadear echaba nubecillas de vaho al aire.

—Bien. Podrías sernos útil —dijo Gilthanas.

—¿De verdad? —Aunque complacido, el kender estaba receloso—. Creo que nunca he sido útil.

—¿Adónde se dirigirá Derek? —se preguntó Laurana, desconcertada.

Derek había corrido hacia la muralla del castillo, pero ahora se desviaba en diagonal y giraba con su pequeña tropa por una esquina hacia la parte posterior del castillo, al mismo borde del glaciar.

Gilthanas entrecerró los ojos para resguardarlos de la brillante luz y señaló hacia una zona próxima al suelo.

—¡Allí! Ha encontrado una vía de acceso.

El hielo se había desgajado de la parte inferior del ventisquero y, como rebanando el costado de una colmena, el desprendimiento de hielo había dejado a la vista decenas de túneles por debajo del castillo.

Derek eligió el más cercano y ordenó a su reducida tropa que entrara.

Gilthanas, Laurana y Tas aguardaron hasta que los caballeros se hubieron alejado lo suficiente para poder seguirlos sin ser descubiertos. Los tres estaban a punto de entrar cuando oyeron unas pisadas fuertes.

—¡Esperad! —gritó una voz gruñona.

Laurana se volvió y vio que Flint, con muchos resbalones y traspiés, corría por la nieve hacia ellos.

—¡Date prisa! ¡Vamos a perderlos! —lo instó Gilthanas, irritado, y caminando sin hacer ruido, se internó sigilosamente en el túnel—. Quédate detrás de mí —ordenó a su hermana—. Y ten cuidado, no vayas a hacerte daño con esa cosa. —Lanzó una mirada furibunda al Quebrantador.

—¿Qué diantre haces tú aquí, cabeza de chorlito? —preguntó Flint a Tas, al que fulminó con la mirada.

—Gilthanas dice que puedo seros útil —contestó el kender, dándose importancia.

—¡Anda ya! —bufó Flint.

Abrumada por la incertidumbre, con la sensación de ser un estorbo, Laurana siguió a su hermano. Tenía que ir. Gilthanas actuaba de un modo extraño. Derek actuaba de un modo extraño. Los dos se comportaban como si no fueran los mismos de siempre, y todo era por el dichoso Orbe de los Dragones.

Esperaba fervientemente que no lo encontraran jamás.

*La manada de lobos*  
*La trampa*  
*El destino de Laurana*

En el cubil de Sleet, ahora vacío, el lobo blanco se encontraba cerca de su amo. Aunque el reptil se había ido, su hechizo aún funcionaba y la nieve caía en grandes copos que descendían suavemente alrededor de los dos y se posaban en la pelambre del animal formando una esponjosa manta blanca. El lobo parpadeó para quitarse los copos de los ojos. Los otros miembros de la manada del lobo permanecían quietos o paseaban cerca de él sin dejar de agitar y erguir las orejas, atentos a cualquier sonido. La hembra dominante, compañera del macho, alzó el hocico y husmeó el aire. Se puso tensa.

Los otros lobos dejaron de moverse, alzaron las cabezas, alertas, atentos a lo que había llamado su atención. La loba miró hacia atrás, a su pareja. El lobo miró a Feal-Thas.

El brujo invernal permaneció inmóvil. La nieve le apelmazaba las prendas de piel y formaba una segunda capa. El elfo miraba fijamente los túneles, a los que alumbraba una luz mágica porque no quería que sus enemigos fueran tropezando en la oscuridad; también él olisqueó el aire. Aguzó el oído.

El suelo tembló como si hubiera un terremoto. Los túneles crujieron y chirriaron. Allá arriba se oyeron los gritos de heridos y moribundos; el sonido de la batalla. El castillo estaba siendo atacado. A Feal-Thas eso le daba igual. Por él, que los dioses de la Luz dieran rienda suelta a sus arrebatos de cólera, que arrasaran aquel lugar hasta sus cimientos. Sólo tenía que aguantar el tiempo suficiente para que él pudiera destruir a los ladrones que andaban tras el Orbe de los Dragones.

La nieve dejó de caer mientras Feal-Thas pronunciaba palabras de magia con las que entonaba un hechizo poderoso. Al principio salmodiaba las palabras del conjuro, pero acabó con un aullido. La piel blanca de las ropas se le adhirió a la carne. Las uñas le crecieron y se curvaron hacia abajo hasta transformarse en garras. La mandíbula sobresalió hacia delante y la nariz se alargó para formar un hocico. Las orejas se le desplazaron hacia arriba y aumentaron de tamaño. Los dientes se desarrollaron y los colmillos, se volvieron afilados y amarillos, sedientos de sangre. Estaba a cuatro patas, sintiendo cómo los músculos se le tensaban en la espalda, percibiendo la fortaleza de las piernas. Se deleitó con su fuerza.

Era un lobo enorme, el señor de los lobos. Superaba en mucho la talla de los otros miembros de la manada, que se movían furtivamente a su alrededor y lo observaban con los ojos rojos, inseguros, cautelosos, pero aun así dispuestos a seguirlo donde los condujera.

Acrecentados los sentidos, Feal-Thas captó lo que los otros lobos olfateaban: el olor a humanos flotaba en el aire gélido. Oyó la respiración jadeante y las firmes pisadas, el tintineo de una espada, algún retazo de conversación, aunque los solámnicos eran parcos en palabras porque reservaban el aire para respirar.

Su trampa había funcionado. Venían a él.

Feal-Thas saltó y echó a correr, los músculos contrayéndose, expandiéndose, contrayéndose, expandiéndose. Las patas se alzaban del suelo, empujando para apartarse de él, se extendían en una larga zancada. El viento le silbaba en las orejas. La nieve le pinchaba en los ojos. Abrió la boca e inhaló el aire mordiente, la saliva le goteó de la lengua que colgaba a un lado de la boca. Sonrió en el éxtasis del disfrute de la carrera, de la cacería y de la perspectiva de la matanza.

Dentro de túnel de hielo, Derek se detuvo para consultar el mapa que le había dado Raggart el joven. Los pasadizos en los que habían entrado no existían trescientos años atrás. El cubil del dragón estaba marcado en el mapa, aunque el antepasado de Raggart no le había dado ese nombre puesto que los dragones no se habían visto en Krynn desde hacía muchos siglos. El cubil aparecía en el mapa como «cueva de la muerte», porque el antepasado había visto un montón de huesos esparcidos por todas partes, incluidas varias calaveras humanas.

Un cubil de dragón abandonado sería el lugar lógico para que Sleet lo usara como su guarida, o ésa era la conclusión a la que Derek había llegado. Gracias al mapa sabía más o menos en qué dirección estaba el cubil y tomó un túnel que conducía hacia allí. La luz del

sol, que pasaba a través del hielo, les alumbraba el camino y daba al pasadizo un titilante color azul verdoso. Habían recorrido una corta distancia cuando llegaron a un sitio en que su túnel se cruzaba con otros dos. Derek miró el mapa con el entrecejo fruncido, sin sacar nada o casi nada en claro. Aran señaló de repente la pared de hielo.

—¡Mirad esto! —exclamó.

En la superficie helada había marcadas unas flechas. Una señalaba hacia arriba, en tanto que otra apuntaba a lo que parecía ser un burdo dibujo de un dragón, una figura esquemática con alas y cola. Los caballeros investigaron los otros túneles y encontraron que en cada uno de ellos había flechas similares.

—La flecha que apunta hacia arriba debe de indicar que este túnel lleva al castillo propiamente dicho —dedujo Brian.

—Y este otro conduce al cubil del dragón —apuntó Derek con satisfacción.

—Me pregunto qué significará esa «X» —comentó Aran, que dio un sorbo de la petaca.

—Y quién las habrá labrado —planteó Sturm.

—Nada de eso tiene importancia. —Derek se encogió de hombros y echó a andar por el túnel que tenía dibujada la figura del dragón.

Gilthanas y Laurana, acompañados por Flint y Tas, seguían de cerca a los caballeros; avanzaban por los helados pasadizos en silencio, sigilosos. Se detuvieron cuando oyeron que los caballeros se paraban y escucharon la conversación sobre los túneles marcados. Cuando los caballeros reanudaron la marcha, fueron tras ellos.

El pequeño grupo se movía silenciosamente, manteniendo la distancia, y los caballeros no oyeron nada. Debido al frío, Flint había tenido que dejar atrás la cota de malla y el peto. Aunque se protegía con un coselete de cuero grueso e iba embutido hasta los ojos en montones de pieles y cuero, el enano aseguraba que se sentía desnudo sin su armadura. El crujido de las fuertes botas era el único sonido que hacía, aparte de los rezongos.

Tasslehoff estaba tan encantado con la idea de ser útil que se había propuesto obedecer la orden de Gilthanas de que estuviera callado, a pesar de que eso significaba tener que guardar para sí mismo todas las observaciones y preguntas interesantes; las fue reprimiendo hasta que empezó a sentirse como una gran jarra de gaseosa de jengibre que hubieran dejado al sol mucho tiempo: burbujeando y a punto de estallar.

De vez en cuando los caballeros hacían un alto para escuchar e intentar determinar si el enemigo se encontraba hacia el frente o a su espalda. Cuando se paraban, Laurana y su grupo hacían otro tanto.

—¿Por qué no los alcanzamos ahora mismo? —preguntó Flint, sin entender por qué actuaban así.

—No lo haremos hasta que Derek me conduzca al Orbe de los Dragones. —La voz del elfo sonó amenazante—. Entonces descubriré que estoy aquí... con ganas de revancha.

Flint miró a Gilthanas sin salir de su sorpresa y desvió los ojos hacia Laurana, preocupado. La elfa dirigió una mirada suplicante al enano con la que le pedía comprensión. Flint siguió caminando, pero ya no refunfuñaba, una señal inequívoca de que estaba disgustado.

Los cuatro continuaron tras los pasos de los caballeros a través del laberinto de túneles. Pasaron por la cámara donde Feal-Thas había tenido el Orbe de los Dragones y a su monstruoso guardián mágico. Los caballeros repararon en la amplia gruta, pero la dejaron atrás, si bien los amigos oyeron a Aran decir que había visto una «X» en el muro. Aquello hizo que Gilthanas, que también se había fijado en las marcas de las paredes, entrara un momento para investigar. Laurana se acercó a él y dejó a Flint y a Tasslehoff de guardia en la puerta.

Estremecida por el terror, Laurana contempló los huesos, miembros cercenados y sangre congelada en el hielo.

—Fíjate en ese pedestal —señaló Gilthanas con tono triunfal—. Está hecho para sostener el Orbe de los Dragones. Mira esas runas. Hacen referencia al orbe y a cómo fue creado. Eso explica la masacre —añadió al tiempo que miraba la sangre y los despojos que había por doquier—. No somos los primeros en venir a buscarlo.

—Es decir, que el orbe se encontraba aquí y que alguien o algo lo guardaba, pero ya no está. A lo mejor hemos llegado demasiado tarde. —La voz de Laurana tenía un dejo de esperanza.

Gilthanas le lanzó una mirada iracunda y estaba a punto de decir algo cuando oyeron gritar a Flint.

—¡Maldito kender! —gruñó cuando salieron al pasadizo—. Ha escapado por allí. —Apuntó hacia un túnel marcado con el símbolo de un dragón.

Casi de inmediato, Tasslehoff regresó a todo correr.

—¡Creo que lo he encontrado! —dijo en un sonoro susurro—. ¡El cubil del dragón!

Gilthanas salió a toda prisa en pos de Tas, y Flint y Laurana se apresuraron a seguirlos. Al girar en un recodo, el elfo retrocedió hacia el túnel con un veloz salto e hizo señas a los demás para que se acercaran despacio.

—Están aquí —señaló, articulando las palabras en silencio.

Laurana se asomó cautelosamente al recodo y vio una enorme cámara vacía. Del techo colgaban carámbanos a semejanza de estalactitas blancas. Los caballeros se encontraban en el centro de la cámara y miraban a su alrededor.

—¿Y los guardias? —preguntó Brian en ese momento, tenso—. Hemos recorrido todo este trecho sin toparnos con nadie.

—Si había soldados guardando esta zona, probablemente se fueron a sumarse a la batalla —dijo Derek—. Aran, tú y Brightblade quedaos aquí y vigilad. Brian, tú vienes conmigo...

—Es una trampa, milord —advirtió Sturm, que habló con tal calma y convicción que los caballeros enmudecieron sobresaltados. Derek se recuperó rápidamente.

—Tonterías —dijo de mal humor.

—Creo que podría estar en lo cierto, Derek —intervino Aran—. Todo el rato hemos tenido la sensación de que nos seguía alguien.

Gilthanas retrocedió un poco más en el túnel y tiró de Laurana hacia atrás.

—Eso explica la razón de que Feal-Thas mandara marcharse a todos los que vigilaban el orbe, incluido el dragón —añadió Brian, tenso—. Quería engañarnos para que hiciéramos exactamente lo que estamos haciendo: meternos en una trampa.

Como si alguien lo estuviera escuchando, un aullido escalofriante resonó en la oscuridad como una risa bestial, burlona, vibrante de



hostilidad, rebosante de una terrible amenaza de sangre, dolor y muerte. El aullido solitario fue coreado por mucho más que levantaron ecos en los túneles.

Laurana se aferró a su hermano, que la estrechó contra sí. Flint desenfundó el hacha y miró frenéticamente en derredor.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Laurana. Sentía los labios entumecidos por el frío y el miedo—. ¿Qué era ese horrendo sonido?

—Lobos —susurró Gilthanas, sin atreverse a hablar en voz alta—. La manada de lobos de Feal-Thas.

A la tajante orden de Derek, los caballeros tomaron posiciones, espalda contra espalda, mirando hacia fuera, prestas las espadas. El acero centelleó a la mágica luz.

Los lobos tenían cercados a los caballeros. Las fieras, una masa de pelambres blancas contra el fondo de la nieve y rojas pupilas feroces, daban vueltas alrededor de los caballeros con pasos silenciosos, acercándose más y más. Ahora guardaban silencio, centradas en la matanza inminente, en esquivar el afilado acero, en saltar y arrastrar al suelo y desgarrar, en beber la sangre caliente.

Uno de los lobos, más grande que los demás, se mantuvo aparte, fuera del círculo. Ese lobo no se unió al ataque, sólo observaba, era un espectador. A Laurana le dio la impresión de que el animal tenía una sonrisa cruel reflejada en los ojos oscuros.

Los elfos llevaban mucho tiempo estudiando las costumbres y la naturaleza de los animales con los que compartían sus hogares boscosos. No mataban a los animales que tenían de vecinos, ni siquiera a los depredadores, a menos que se vieran obligados a hacerlo.

Laurana conocía las costumbres y el comportamiento de los lobos y ningún lobo habría actuado de esa forma, permaneciendo sentado y observando a sus compañeros.

—Algo no es como debería ser. ¡Espera, Flint! —gritó desesperadamente cuando el enano estaba a punto de salir corriendo hacia la batalla—. ¡Tas! ¿Sigues teniendo esos anteojos mágicos? ¡Con los que ves las cosas como son realmente!

—Quizá sí —contestó el kender—. Nunca sé con seguridad lo que tengo, ¿sabes? Pero he intentado llevar siempre encima esos anteojos.

Laurana observó, angustiada e impaciente, cómo se quitaba los guantes y empezaba a rebuscar en sus numerosos saquillos. Desde su escondite en el túnel, Laurana alcanzaba a ver con el rabillo del ojo que los lobos iban cerrando el círculo. Debían de ser unos cincuenta o más. Y el lobo solitario seguía contemplando a los caballeros condenados y esperaba.

Tasslehoff continuaba revolviendo los saquillos. Frenética, Laurana cogió uno, lo abrió y tiró el contenido al suelo. Estaba a punto de hacer lo mismo con los demás cuando Gilthanas señaló con un dedo. Los anteojos relucían y titilaban con la mágica luz. El elfo hizo intención de recogerlos, pero Tasslehoff fue más rápido. Los tomó y, lanzando una mirada de reproche a Gilthanas, se los puso encima de la nariz.

—¿A qué tengo que mirar? —preguntó.

—Al lobo grande. —Laurana se arrodilló junto al kender para ponerse a su altura y se lo señaló—. El de allí, el que está separado de los otros.

—No es un lobo. Es un elfo —dijo Tasslehoff, que añadió, muy excitado:— ¡No, espera! Es un elfo y un lobo...

—Feal-Thas... —susurró Laurana—. Tú sabes algo de este hechicero, Gil. ¿Cómo podemos detenerlo?

—¿A un archimago? —Gilthanas soltó una risa desganada—. A uno de los hechiceros más poderosos de Krynn... —Enmudeció y su expresión se tornó pensativa—. Puede que quizá hubiera un modo, pero tendrías que hacerlo tú, Laurana.

—¿Yo? —La elfa estaba aterrada.

—Eres la única que tiene una posibilidad —manifestó su hermano—. Tú tienes el Quebrantador de Hielo.

Laurana había tirado el arma al suelo para ayudar a Tasslehoff a buscar en los saquillos. El Quebrantador descansaba a sus pies, cristalino, límpido, reluciente. No hizo intención de recogerlo. Gilthanas la asió del brazo al tiempo que le hablaba muy deprisa:

—Tu arma es mágica. El hechicero es un brujo invernal y el arma está hecha con los mismos elementos que alimentan y avivan su magia. Es la única arma que podría acabar con él.

—Pero... es un hechicero —arguyó Laurana, acobardada.

—¡No lo es! Ahora, no. Ahora es un lobo. ¡Está atrapado en el cuerpo del animal y su hechizo lo tiene trabado! No podrá pronunciar las palabras del conjuro ni hacer los gestos ni usar los ingredientes. ¡Tienes que atacarlo ahora, antes de que cambie de forma!

Laurana estaba tiritando, fija la mirada en el enorme lobo blanco. Los otros animales seguían girando alrededor de los caballeros, cautelosos con las armas afiladas pero, aun así, ávidos de sangre.

—Puedes hacerlo, Laurana —la animó Gilthanas de todo corazón—. Tienes que hacerlo. En caso contrario, no hay esperanza para ninguno de nosotros.

Si Tanis estuviera allí... Laurana se obligó a no pensar en eso. Tanis no estaba con ellos. No podía depender de él ni de ninguna otra persona. Todo estaba en sus manos ahora. Los dioses le habían regalado el Quebrantador, aunque no sabía por qué. No lo había pedido, no lo quería. Su elección parecía poco acertada. No era un caballero. Sin embargo, mientras rumiaba todo aquello que entraba en conflicto con su fe, algunas ideas de cómo atacar al hechicero empezaron a cristalizar en su mente. Dio voz a sus pensamientos a medida que le llegaban, casi sin darse cuenta de lo que decía.

—No debe verme venir. Si se da cuenta, podría empezar a adoptar su verdadera forma. Gil, busca un sitio desde donde puedas usar el arco. Consigue que su atención siga puesta en la batalla y, si es posible, apártalo del resto de la manada.

Gilthanas la miró, sobresaltado, y después asintió con un brusco movimiento de la cabeza.

—Lamento haberte arrastrado a esto. Es culpa mía.

—No, Gil. Yo tomé mis propias decisiones.

Recordó el día que había huido de su casa para seguir a Tanis. Esa decisión la había llevado a conocer a los dioses, a conocerse a sí misma. Era una persona muy distinta a la muchachita mimada que había sido. Una persona mucho mejor, o eso esperaba. No lo lamentaba, ocurriera lo que ocurriese.

El círculo de lobos empezó a cerrarse, a acercarse a su presa. Flint se mantuvo junto a la elfa, firme como una roca.

—Puedes hacerlo, muchacha —dijo con convicción, y añadió tristemente—: ¡Ojalá hubiese tenido tiempo de enseñarte a manejar esa hacha como es debido!

La elfa le sonrió.

—No creo que eso hubiera cambiado nada.

Gilthanas se escabulló hacia la salida del túnel para buscar una buena posición desde la que utilizar el arco. Laurana y Flint bajaron rápidamente por el túnel ligeramente inclinado y se aventuraron en la cámara. Feal-Thas no los vio ni los oyó, como tampoco los lobos. Estaban pendientes de la cercana presa, centrados en la matanza.

Tasslehoff se lo había estado pasando muy bien subiendo y bajando los anteojos a fin de ver al elfo en cierto momento y al lobo en el siguiente. Cuando empezó a aburrirse del juego, se quitó los anteojos, miró a su alrededor y vio que estaba solo.

Gilthanas se había situado al final del túnel. Había sacado el arco y estaba colocando una flecha en la cuerda. Laurana, con el Quebrantador asido con ambas manos, se deslizaba por detrás de la manada de lobos. Flint iba detrás de ella, con un ojo puesto en los lobos y el otro en Laurana.

—Intenta darle en la espalda, muchacha —le dijo el enano—. ¡Apunta a la zona más grande y dale con ganas!

Tas se guardó rápidamente los anteojos en un bolsillo y se tanteó el cinturón. Allí estaba *Mataconejos*, en el mismo sitio de siempre, tanto si había pensado en llevársela como si no.

—Quién sabe si después de esto no tendré que ponerte un nuevo nombre: *Matalobos* —le prometió a la daga.

Echó a andar detrás de sus amigos. No había prestado atención a la orden de Laurana de que guardaran silencio y abrió la boca para lanzar una pulla a voz en cuello, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Los caballeros cerraron filas y se dispusieron a hacer frente lo mejor posible al inminente ataque. Los lobos se acercaron a ellos, relucientes los ojos rojos con la luz espeluznante. La nieve, una nieve mágica, empezó a caer saliendo de la nada. La luz menguó y redujo su alcance visual.

—¡Maldito idiota! —maldijo ferozmente Aran a Derek, y su voz subió de tono con cada palabra que pronunciaba—. ¡Necio arrogante, estúpido y orgulloso! ¿Qué dices ahora? ¿Qué puñetera sarta de sabias sentencias vas a soltarnos antes de que muramos todos?

—Aran, eso no va ayudarnos... —susurró Brian, que tenía la boca tan seca que casi no pudo hablar.

Surm se encontraba a la izquierda de Brian, estoico, aguantando el tipo, firme la punta de la espada, la mirada fija en los lobos. Estaba hablando, pero era para sí mismo, sus palabras apenas eran audibles. Brian comprendió que rezaba pidiendo a Paladine que los ayudara y encomendándole sus almas.

Brian deseó ardientemente poder creer en un dios —¡cualquier dios!— y no estar contemplando un horrendo abismo eternamente silencioso, eternamente vacío. Que el dolor y el terror tuvieran algún significado, que la vida tuviera algún sentido. Que su muerte sirviera de algo. Que no hubiera encontrado finalmente el amor sólo para perderlo en una cueva helada por una aventura inútil. Le subió a la boca un regusto amargo. Puede que los dioses hubieran regresado, pero lo habían hecho demasiado tarde para él.

—Brightblade, cállate —le espetó Derek con voz enronquecida—. Todos vosotros, callaos.

Actuaba como el comandante frío, tranquilo, el cabecilla que dominaba la situación, un ejemplo de valentía, una inspiración para sus hombres tal como se describía en la Medida. Si albergaba dudas, no las evidenciaba ante ellos. Brian pensó que creía en algo. Derek creía en Derek, y no podía entender por qué ellos no creían también en él.

«*Espera que muramos creyendo en él*», comprendió de repente Brian.

La idea le resultó divertida y soltó una risa ronca, quebrada y amarga, que tuvo por resultado otra reprimenda de Derek.

—¡Estate atento!

—¿A qué? —despotricó Aran—. ¿Al hecho de que vamos a morir de un modo horrible, despedazados por animales salvajes y nuestros huesos trasladados a alguna guarida para que los mastiquen desp...

—¡Cierra el pico! —gritó Derek, furioso—. ¡Callaos todos!

Según la Medida, el cabecilla nunca debía gritar, nunca debía perder la calma, nunca debía vacilar ni dudar, nunca debía manifestar temor...

A Brian le cayeron copos de nieve en las pestañas. Parpadeó para quitárselos rápidamente y siguió con la mirada fija en los lobos. Como si actuaran siguiendo una señal inaudible, las fieras se lanzaron sobre ellos en tropel.

Surm bramó un fuerte grito de desafío y blandió la espada trazando un arco cortante. Un enorme lobo blanco cayó a sus pies con un tajo en el cuello por el que manaba sangre a borbotones.

Otro lobo saltó sobre Brian a la par que gruñía y mostraba los afilados colmillos. De repente salió despedido hacia un lado y su cuerpo se deslizó sobre el hielo. Brian vio, cuando pasó resbalando ante él, una flecha que le sobresalía de las costillas. Una segunda flecha alcanzó a un lobo en pleno salto y lo derribó. Brian no tenía tiempo para preguntarse qué pasaba ni para mirar en derredor. Otro lobo enorme cargaba a la carrera sobre la nieve. Brian intentó golpearlo con la hoja de la espada, pero el lobo saltó y lo empujó con las grandes patas en el pecho. El peso del animal tiró a Brian al suelo. La espada se le escapó de las manos enguantadas y se deslizó por el hielo girando sobre sí misma.

El aliento caliente del lobo le dio en la cara; olía a carne podrida. Los dientes amarillentos se le clavaron en la carne. La saliva, ahora enrojecida por la sangre —su sangre— le salpicó. El lobo lo tenía inmovilizado. Lo golpeó con las manos en vano. El lobo hundió los colmillos en el cuello de Brian y el caballero chilló. Sabía que había chillado, pero, para su horror, no se oyó nada excepto un gorgoteo. El lobo mordió con fuerza, listo para desgarrarle la garganta. Entonces lanzó un horrible gañido y cayó de lado o lo apartaron de una patada. Brian alzó la mirada y vio a Surm sacando de un tirón su espada del costado del lobo.

Surm se agachó sobre él. Brian casi no lo distinguía con la copiosa nevada.

Surm asió firmemente su mano, la sujetó con fuerza, aun cuando seguía arremetiendo y lanzando tajos con su espada para rechazar a otros lobos.

*«Me incorporaré dentro de un momento —quiso decirle Brian—. Te ayudaré a luchar. Sólo tengo que... recobrar el aliento...»*

Brian se aferró a la mano de Sturm e intentó respirar, pero no logró llevar aire a los pulmones.

Siguió agarrando la mano de Sturm. La nieve caía y los copos en sus labios eran muy fríos y... se soltó...

Laurana vio caer a Brian. Vio que Sturm se inclinaba sobre él sin dejar de luchar e intentaba impedir que los lobos lo atacaran. Uno de los animales saltó sobre los hombros de Sturm, que, merced a un gran esfuerzo, logró levantarse y sacudirse de encima a la fiera. El lobo cayó de espaldas y Sturm le hundió la espada en la tripa; el animal soltó un gáñido y chasqueó las mandíbulas al tiempo que agitaba las patas por el dolor.

Aran combatía con pericia. Su espada estaba resbaladiza por la sangre y a sus pies se amontonaban cuerpos. Los lobos retrocedieron sin quitarle ojo y después varios de ellos unieron esfuerzos para derribarlo. Uno se deslizó velozmente por detrás y clavó los afilados colmillos a través del cuero de la bota, a la altura del tobillo, de manera que le cortó un tendón. Aran trastabilló y los lobos saltaron sobre él gruñendo y enseñando los dientes, mordiendo y desgarrando. Aran gritó pidiendo ayuda. Sturm no podía hacer nada, no podía acudir en su auxilio. Un lobo lo había agarrado por la manga del brazo con el que manejaba la espada e intentaba hacerle perder el equilibrio. Sturm le asestó un puñetazo en un intento de lograr que abriera las fauces.

Laurana oyó los gritos de Aran y se volvió a mirar.

—Flint ve en su ayuda —gritó.

El enano la miró ceñudo, dubitativo, sin querer separarse de ella.

—¡Ve! —lo apremió.

Flint le dirigió una mirada angustiada y después corrió en ayuda de Aran. El enano cayó desde atrás sobre los lobos atacantes y rugió a la par que descargaba tajos con el hacha, que en seguida se tiñó de sangre. Los lobos, enloquecidos con el olor a sangre fresca, no le hicieron caso y siguieron atacando a Aran, que había dejado de debatirse. Una de las alimañas murió con los dientes clavados aún en la carne del caballero.

Flint quitó el cadáver del animal de encima de Aran y se plantó ante el cuerpo del caballero para defenderlo de los lobos.

—¡Reorx, ayúdame! —gritó el enano mientras blandía el hacha, y la hoja de acero, cubierta de sangre, relució con un intenso color rojo a la luz del túnel. A los lobos no les gustaba la luz y se mantuvieron alejados, pero no dejaron de vigilarlo.

—¿Aran? —gritó Derek, que se volvió a medias. Pero estaba librando su propia batalla y no pudo ver qué había pasado.

Flint echó una rápida ojeada al caballero, enterrado bajo cadáveres de lobos, pero no se atrevió a descuidar la vigilancia de los animales.

—¡Tas! —llamó a voces—. ¡Te necesito! ¡Aquí! Ocupate de Aran —ordenó cuando el kender llegó corriendo.

Tasslehoff apartó a patadas, frenético, los cuerpos ensangrentados de los animales hasta dar con Aran. Los ojos del caballero estaban abiertos de par en par, sin parpadear a pesar de los copos de nieve. Le habían desgarrado la mitad de la cara. La sangre había formado un charco que se había congelado en el hielo debajo de él.

—¡Oh, Flint! —gritó Tas, la voz ahogada por la consternación.

Flint miró hacia atrás.

—Que Reorx lo acompañe —murmuró ásperamente.

Tas le gritó una advertencia y Flint se volvió mientras blandía el hacha contra los lobos que se abalanzaban sobre ellos.

Sturm se puso espalda con espalda con Derek para que los lobos no los derribaran por detrás, como habían hecho con Aran. Los dos hombres se encontraban en medio de un círculo de cuerpos. Algunos de los lobos, heridos, gemían e intentaban en vano incorporarse. Otros yacían inmóviles.

El hielo se había teñido de rojo con la sangre. Las espadas de los caballeros estaban resbaladizas al correr la sangre por la hoja y emparar la empuñadura. Sudaban copiosamente bajo las ropas de piel. Su respiración era agitada y cubría de escarcha los bigotes y las cejas. Los lobos vigilaban, esperando que se abriera una brecha. De cuando en cuando, una flecha llegaba volando desde la oscuridad y derribaba a otro animal, pero Gilthanas se estaba quedando sin flechas y tenía que asegurarse de que cada disparo diera en el blanco.

—¿Aran? —preguntó Derek con voz enronquecida, entre jadeos.

—Muerto —contestó Sturm, resollando.

Nada más. Derek no preguntó por Brian. Sabía la respuesta. En cierto momento casi había caído sobre el cuerpo de su amigo. Los lobos se acercaban otra vez.

Flint estaba a la defensiva, luchando para salvar la vida. Ya no bramaba; tenía que ahorrar esfuerzos y aliento. Un lobo saltó hacia él. Arremetió con el hacha, pero falló y la bestia le cayó encima, derribándolo. Tasslehoff saltó sobre el lomo del animal. El kender parecía acometido por un ataque de furia kender y gritaba insultos que no servían para nada, porque los lobos no le entendían ni les importaba. Montado en la bestia, Tas acuchilló al lobo en el cuello y volvió a acuchillarlo otra y otra y otra vez, con toda la fuerza de su pequeño brazo hasta que el lobo se desplomó en el suelo, muerto.

Tasslehoff se quedó de pie sobre el animal, mirándolo con gesto sombrío, dispuesto a matarlo de nuevo si por casualidad se le ocurría volver a la vida. Cuando la fiera se movió, el kender lanzó un grito salvaje y empezó a acuchillarlo otra vez; por poco no hirió a Flint, que intentaba salir de debajo del cuerpo del animal.

Laurana había visto el caos con el raballo del ojo. Valiéndose de la nieve mágica del hechicero como cobertura, la elfa rodeó por detrás a Feal-Thas para llegar hasta él por la espalda. Gilthanas disparó a Feal-Thas y el enorme lobo que no era un lobo tuvo que apartarse del resto de la manada para evitar las flechas del elfo. Obligado a permanecer en los límites del lugar del ataque, Feal-Thas paseó de un lado a otro sin quitar ojo a la refriega, con la lengua fuera, los colmillos goteando saliva, como si estuviera saboreando la sangre. No vio a Laurana hasta que la elfa estuvo casi encima de él, viniendo desde atrás. Con los aullidos y gruñidos de los lobos no la había oído aproximarse.

Al ir acercándose, Laurana había reparado en el cuerpo de Brian tirado en el hielo ensangrentado. Había tenido miedo, pero la rabia

lo hizo desaparecer. Enarboló el Quebrantador y, recordando las instrucciones impartidas a toda prisa por Flint, inició un golpe en arco para golpear al lobo en la espalda y cortarle la columna vertebral...

Feal-Thas presintió su presencia. La cabeza de lobo giró y con la mirada la traspasó hasta el fondo del corazón. Los ojos la inmovilizaron del mismo modo que el lobo había paralizado a Brian. La elfa se detuvo en mitad del movimiento de ataque y el Quebrantador se quedó suspendido en el aire, preparado, listo para descargar el golpe mortal. Pero la voluntad de Laurana se disipó como agua caída en la arena. Feal-Thas la miraba fijamente, tanteando en lo más hondo de su ser, la figurada mano expoliadora hurtándole los secretos de su corazón, seleccionando y escogiendo, guardando lo valioso y desechando lo que no le servía.

Con un ataque de pánico, Laurana comprendió que Gilthanas se había equivocado. El archimago podía hacer magia desde el interior del cuerpo del lobo. Un conjuro la tenía apresada y no podía hacer nada para escapar de él más que aletear inútilmente como una mariposa clavada con un alfiler.

El lobo gruñó y la elfa oyó palabras en aquel sonido bestial.

—¿Te he visto antes!

—No —musitó Laurana, temblando.

—Oh, sí. Te vi en el corazón de Kitiara. La veo a ella en el tuyo y veo al semielfo en el de ambas. ¿Qué es este enredo?

Laurana quería huir. Quería matarlo. Quería caer de rodillas y enterrar la cara en las manos. Pero no podía hacer nada. El lobo se acercó más a ella, pero la elfa estaba paralizada, incapaz de liberarse de aquella mirada cruel.

—Kitiara desea a Tanis y está dispuesta a tenerlo —dijo Feal-Thas—. Si tiene éxito, Lauranthalasa, lo habrás perdido para siempre. Soy la única persona lo bastante poderosa para impedirselo. Mátame y será tanto como entregárselo a tu rival.

Laurana oía el estruendo de gritos mezclados con el aullido de los lobos. Miró hacia atrás y vio a Brian con la garganta desgarrada, a Aran muerto, a Flint saliendo a gatas de debajo de los cadáveres de los lobos y a Tasslehoff luchando mientras las lágrimas le corrían por las mejillas que abrían surcos en la sangre.

Feal-Thas supo en ese momento que había perdido su dominio sobre la elfa. Vio el peligro que corría. Primero Kitiara lo había dejado en ridículo abocándolo al fracaso y al desastre, y ahora esta elfa estaba allí para rematar el trabajo y acabar con él. Vio a las dos mujeres riéndose de él.

La ira borbotó dentro de Feal-Thas. Si hubiese estado en su cuerpo habría destruido a esa débil mujer con una palabra y un gesto. Ahora tendría que conformarse con despedazarla a dentelladas, darse un banquete con su carne, beber su sangre. Y algún día haría lo mismo con Kitiara.

Laurana sintió que la presa del hechicero se aflojaba, percibió la rabia en los ojos amarillos y vio venir el ataque. Poniendo toda su fuerza en ello, asió firmemente el Quebrantador. Se olvidó de Tanis, se olvidó de Kitiara, puso su pasado, su futuro y a sí misma en manos de los dioses. Se hizo dueña de su propio destino.

Chasqueando los dientes, el lobo saltó sobre ella.

—Que así sea —dijo soseadamente Laurana, e impulsó el Quebrantador en un arco dirigido a la garganta del falso lobo.

La hoja mágica, bendecida por Habbakuk, sesgó la magia del brujo invernal y penetró profundamente en su cuello. La sangre salió a chorros. Feal-Thas aulló. El lobo blanco se desplomó en el hielo con las mandíbulas abiertas y la lengua colgando mientras le salía sangre y saliva por la boca. Los ojos amarillos, rebosantes de odio, la miraron fijamente. Los flancos del lobo subieron y bajaron con agitación, las patas rascaron y arañaron el hielo que se había teñido con la sangre que manaba a borbotones de la fatal herida.

Unas palabras apagadas, siniestras y punzantes como colmillos, se clavaron en la elfa.

—¿El amor fue mi perdición! ¡Y será la tuya y la de ella!

El odio y la vida se apagaron en los ojos amarillos del lobo. En el mismo instante de morir, el encantamiento que había transformado a Feal-Thas en lobo se rompió. En cierto momento Laurana tenía ante sí el cadáver de un lobo; se limpió de nieve los ojos para ver mejor y, cuando volvió a mirar, el cuerpo del elfo yacía boca arriba en un gran charco de sangre. Tenía la cabeza casi seccionada del cuerpo.

Laurana dio un respingo, la estremeció un escalofrío y se dio la vuelta. Estaba mareada por la conmoción y el espanto. Empezó a tiritar de forma incontrolable. En algún rincón de su mente era consciente de que todavía corría peligro; la manada de lobos podía revolverse contra ella, atacarla. Alzó la vista justo en el instante en que una de las fieras corría hacia ella e hizo un esfuerzo para alzar el Quebrantador, pero de repente el arma parecía pesar demasiado. Jadeando para respirar, aunque le pareció que el aire no le llegaba a los pulmones, se preparó para lo que tuviera que pasar.

El lobo hizo caso omiso de ella. Se acercó con pasos ligeros y silenciosos al cuerpo del elfo, olisqueó la sangre y después echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido quejumbroso. Al oír el lamento, los otros lobos interrumpieron el ataque y se pusieron a aullar. El lobo acarició con el hocico a Feal-Thas. Entonces miró a Laurana; sus ojos se desplazaron hacia el brillante Quebrantador manchado de sangre. El lobo le gruñó, dio media vuelta y se escabulló. El resto de la manada lo siguió y desapareció por los túneles.

Laurana sintió que le flaqueaban las piernas y cayó de rodillas, con el Quebrantador aferrado todavía en las manos. Tenía la impresión de que jamás podría soltarlo.

Gilthanas se arrodilló a su lado y la rodeó con el brazo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, asustado, cuando consiguió hablar.

—Sí, el hechicero no logró herirme —contestó, notando los labios entumecidos.

De pronto fue consciente de que era verdad. Feal-Thas había intentado hacerle daño con su maldición, pero ésta no la había alcanzado. Si el amor había sido la perdición del elfo, era porque había permitido que algo hermoso se transformara en algo tenebroso y corrompido. De Kitiara, no sabría decirlo. Todo aquello no tenía sentido. Para ella el amor era su bendición y seguiría siéndolo, tanto si Tanis la correspondía con el suyo como si no.

Sabía muy bien que no era perfecta, que habría momentos en que conocería la desesperación, los celos y la pena. Pero, con ayuda de los dioses, el amor la acercaría a la perfección, no le pondría obstáculos en su prosecución.

—Estoy bien —repitió, ahora con voz firme. Se puso de pie y soltó el Quebrantador sobre el cuerpo del hechicero muerto—. ¿Cómo están los demás?

Gilthanas sacudió la cabeza. Sturm se encontraba junto a los cadáveres de Aran y de Brian en actitud protectora. Su amigo estaba pálido, exhausto y cubierto de sangre, pero no parecía que lo hubieran herido. Flint sujetaba con fuerza a Tasslehoff, que agitaba enloquecidamente la ensangrentada *Mataconejos* y gritaba que iba a matar a todos los lobos del mundo.

Laurana se acercó presurosa al kender y lo abrazó. Tas, embadurnado de sangre, rompió a llorar y se derrumbó en el hielo hecho un ovillo, sacudido por los sollozos.

Derek tenía un corte en la mejilla y marcas de arañazos de garras en las manos y en los brazos. Una de las mangas del abrigo de pieles le colgaba en jirones y le manaba sangre de una dentellada en un muslo. Bajó la vista hacia los cadáveres de Aran y de Brian con el entrecejo ligeramente fruncido, como si intentara recordar dónde los había visto antes.

—Voy al cubil de dragón para buscar el orbe —dijo finalmente—. Brightblade, monta guardia. No dejes que nadie me siga, en particular los elfos.

—Gilthanas y Laurana probablemente te han salvado la vida, Derek —apuntó Sturm con la voz ronca por tener la garganta en carne viva.

—Limitate a hacer lo que se te ordena, Brightblade —replicó fríamente Derek.

Salió renqueando de la cámara en dirección al cubil del dragón.

—Que los dioses lo acompañen —murmuró Laurana.

—¡Ja! Pues lo que es por mí, que la bazofia se vaya con viento fresco —dijo Flint mientras daba palmaditas en la espalda al kender sacudido por los hipidos.

*El Orbe de los Dragones*  
*El caballero*

El Orbe de los Dragones se sentía complacido. Todo estaba saliendo mejor de lo que había esperado. El poderoso archimago que lo había tenido prisionero —y también a salvo, aunque el orbe no se acordaba de eso ahora— había muerto. Con el paso de los siglos el orbe había llegado a odiar a Feal-Thas. Con la esperanza de controlarlo, había intentado repetidamente engatusar al elfo para que lo utilizara. El hechicero había resultado ser demasiado listo para engañarlo y el orbe se había enfurecido y había urdido planes para hallar la forma de escapar de aquel lugar desierto y dejado de la mano de los dioses.

Y entonces dejó de estar desierto. Takhisis regresó y le habló con dulces palabras de sangre, fuego y victoria y el orbe escuchó sus halagos y ansió formar parte de su nuevo mundo. Pero Feal-Thas no le dejaba marcharse. El hechicero, con su propio valedor entre los dioses, era tan poderoso que podía hacer oídos sordos a Takhisis.

Entonces a Ariakas se le ocurrió el plan de utilizar el orbe para provocar la caída de los solámnicos, y Kitiara llegó para poner en marcha ese plan. Mató al guardián y Feal-Thas no tuvo más remedio que poner la custodia del orbe en manos de una dragona obtusa y torpe. Y además, el hechicero, en su arrogancia, había sido tan estúpido que había utilizado el orbe para atraer a sus enemigos hacia una emboscada. El orbe no había tomado parte activa en la destrucción de Feal-Thas, pero le complacía pensar que sí había sido, en cierto sentido, de utilidad.

Ahora el caballero victorioso iba a reclamar su premio. Las esencias de los cinco dragones atrapadas en el interior del orbe se agitaron de manera turbulenta, anhelantes. El orbe brillaba con una luz horrenda que se apagó en el mismo instante en que el caballero pisó la cámara. Se quedó transparente como un lago cristalino en un hermoso día de verano. Ni una onda alteraba la plácida superficie. Con la apariencia de algo puro, inocente, benigno e inofensivo, descansaba en su pedestal. Y esperaba.

El caballero entró en el cubil con cándida vanagloria e ignorancia total. Cojeaba y avanzaba despacio y con cautela. Empuñada la espada, miró en derredor buscando al dragón o a cualesquiera otros guardianes. No encontraría ninguno. El cubil estaba vacío, salvo por las víctimas de Sleet: cadáveres empotrados en hielo para descongelarlos y devorarlos cuando a la perezosa dragona no le apeteciera salir a cazar.

El caballero localizó el orbe de inmediato. Las mentes de dragón en el interior del orbe veían y sentían su anhelo. Sin embargo, procedió con cautela, avanzó muy lentamente, sin dejar de echar ojeadas a su espalda, temeroso de que algo se le acercara a hurtadillas por detrás. El orbe esperó, paciente.

Por fin, seguro ya de encontrarse solo en la cámara, el caballero envainó la espada y renqueó hacia el orbe. Sacó una bolsa de gamuza que llevaba en el cinturón. Miró el orbe, miró la bolsa, y frunció levemente el entrecejo. El orbe era demasiado grande; no cabría.

A su espalda sonó un ruido y el caballero dejó caer la bolsa y sacó la espada al tiempo que se daba media vuelta. Al instante, el orbe se encogió lo justo para poder entrar en la bolsa. El ruido no se repitió y el caballero se volvió de nuevo hacia el pedestal. Se llevó un sobresalto al reparar en que el orbe parecía más pequeño ahora. Entrecerró los ojos en un gesto de suspicacia. Dio un paso atrás.

En el pedestal, el orbe era la viva imagen de la inocencia.

El caballero movió la cabeza con extrañeza. Estaba herido y exhausto. Se había imaginado cosas. Volvió a enfundar la espada, recogió la bolsa y la extendió en el suelo de hielo, preparada para acoger al orbe en su interior. Alargó las manos y las puso en la esfera de cristal, dispuesto a levantarla del soporte y guardarla en la bolsa.

¡Oh, las cosas sobre la magia que el caballero ignoraba pero que estaba a punto de descubrir!

Para su eterna amargura.

Había palabras mágicas que tenía que pronunciar la persona que tocaba el orbe. Esas palabras no garantizaban que el orbe quedaría bajo el control de la persona, pero debilitaban la voluntad de los dragones atrapados en él. La persona que pusiera las manos en el orbe debía tener una enorme fuerza de voluntad y estar dispuesta a aferrar y dominar la esencia de los dragones atrapados. Tenía que estar preparada para hacer frente a las manos que se tenderían hacia ella para aferrarla e intentar arrastrarla hacia sí.

El caballero creía que sólo tenía que recoger una esfera de cristal transparente. Salió de su error de manera repentina, aterradora. La luz centelleó en el globo y le dio directamente en los ojos. Cerró los párpados para protegerse del cegador resplandor y no vio los colores que empezaban a girar y a danzar. No vio las manos que se adelantaban y agarraban las suyas.

El caballero soltó una ahogada exclamación e intentó soltarse, pero no tenía suficiente fuerza. Su voluntad flaqueó. Se sentía confuso y terriblemente asustado. No entendía lo que pasaba y al orbe le resultó sencillísimo lograr su propósito. Lo arrastró hacia sí, lo sumergió, lo sujetó firmemente hasta que dejó de resistirse.

Los dragones empezaron a susurrarle palabras de desaliento destinadas a acabar con la esperanza.

Cuando hubieron terminado con el caballero, lo soltaron.

Complacido consigo mismo, sin ser consciente de que para siempre jamás oiría voces susurrándole por la noche su perdición, Derek Crownguard se llevó el Orbe del los Dragones del castillo del Muro de Hielo.

*Los muertos y los vivos*

Los lobos habían desaparecido, pero no así el peligro. Derek se había ido al cubil del dragón para buscar el orbe. Laurana y los demás permanecían en los túneles situados debajo de un castillo sitiado. Los Bárbaros de Hielo habían conseguido abrirse paso hasta el interior del castillo y combatían con el enemigo dentro de sus muros. Su tarea no había terminado; el hechicero estaba muerto, pero los que le habían servido aún vivían.

S Sturm envainó la espada y se arrodilló para componer los cadáveres de sus compañeros. Cerró los ojos a Aran y le cubrió el rostro desfigurado con su propia capa. Limpió de sangre la cara de Brian con puñados de nieve.

Laurana había temido que Gilthanas saliera disparado detrás de Derek, incluso que se enzarzara con él por la posesión del Orbe de los Dragones. Su hermano no se movió. Contemplaba fijamente los cuerpos de los dos caballeros caídos mientras recordaba que hacía sólo unas horas, la noche anterior, estaban llenos de vida y reían, charlaban, sonreían y cantaban. Inclino la cabeza, los ojos rebosantes de lágrimas. Laurana estaba a su lado y la rodeó con el brazo; los dos se arrodillaron en la nieve para presentar sus respetos a los muertos. Flint se enjugó los ojos y carraspeó para aclararse la garganta. Tasslehoff se manchó la cara de sangre al sonarse la nariz en el pañuelo de Caramon. Los muertos descansaban con cierta apariencia de paz, los brazos cruzados sobre el pecho y la espada entre las manos inertes. Sturm alzó los ojos al cielo para decir una oración en voz queda.

—«Devuelve a este hombre al seno de Huma, más allá del cielo imparcial; concédele el descanso del guerrero y guarda el último destello...»

—Ya habrá tiempo para eso después —lo interrumpió Derek. El caballero venía del cubil del dragón y sostenía en la mano una bolsa de gamuza cerrada con un cordón.

—Tengo el Orbe de los Dragones y hemos de salir de aquí antes de que nos descubran.

Bajó la vista hacia Aran y Brian, tendidos sobre el hielo enrojecido con su sangre, y un fugaz espasmo le contrajo los músculos del rostro. Se le nublaron los ojos y le temblaron los labios. Apretó la boca con fuerza. Los ojos se le aclararon.

—Volveremos a recoger los cadáveres después de que nos hayamos cerciorado de que el orbe está a salvo —dijo en tono frío, impassible.

—Ve tú, milord —dijo Sturm en voz baja—. Yo me quedaré con los caídos.

—¿Para qué? ¡No se van a marchar a ninguna parte! —le increpó con aspereza.

Flint se puso ceñudo y emitió un gruñido sordo. Laurana miraba a Derek de hito en hito, estupefacta. Sturm siguió en el mismo sitio, sin moverse. Derek les lanzó a todos una mirada iracunda.

—Creéis que soy insensible, pero los tengo muy presentes. ¡Escuchad esto! —Señaló hacia el túnel.

Todos oyeron los sonidos inconfundibles de la batalla (entrechocar de metal, gritos, juramentos, chillidos), sonidos que se iban haciendo cada vez más fuertes.

—Estos caballeros dieron su vida para conseguir el Orbe de los Dragones. ¿Vas a permitir que su sacrificio haya sido en vano, Brightblade? ¿O acaso piensas que deberíamos quedarnos todos aquí para morir junto a ellos? ¿No es mejor llevar a buen fin nuestra misión y vivir para ensalzar su valentía?

Nadie abrió la boca.

Derek giró sobre sus talones y echó a andar de vuelta por donde habían llegado.

No miró atrás para ver si lo seguían.

—Derek tiene razón —dijo finalmente Sturm—. No debemos permitir que su sacrificio haya sido en vano. Paladine velará por ellos. No les pasará nada malo hasta que podamos regresar para llevarlos de vuelta a casa.

S Sturm hizo el saludo marcial de los caballeros a cada uno de los caídos y después fue en pos de Derek.

Gilthanas recogió todas las flechas que encontró y siguió a Sturm. Flint carraspeó ruidosamente, se frotó la nariz y, asiendo a Tasslehoff, dio un empujón al kender y le dijo que se pusiera en marcha y dejara de lloriquear como si fuera un bebé muy crecido.



Laurana se quedó un poco más en la cámara, con los muertos. Amigos. Enemigos. Luego recogió el Quebrantador, manchado con la sangre del hechicero, y se encaminó hacia su destino.

## INTERLUDIO

### *La caída del castillo del Muro de Hielo Canción de los Bárbaros del Hielo*

*A mi relato, pueblo del hielo, presta atención,  
del día en que el castillo del Muro de Hielo cayó,  
y a las lecciones que enseña, abre los oídos.*

*Desde tiempo inmemorial, la torre allí se alzaba  
con muros de hielo sobre muros de piedra;  
y lo llamaba su hogar el hechicero Feal-Thas.*

*Ese mago, un elfo oscuro, tenía hechizados  
a un millar de thanois como dotación de las murallas...  
Feroces hombres-morsa. Y eso no era todo:*

*Porque esos demonios esclavizaban osos del hielo,  
que eran vejados y torturados hasta enloquecer,  
clamando carne y sangre para saciar su rabia.*

*Draconianos, también, a centenares  
en las murallas de la torre abundaban,  
para hacer lo que quiera que Feal-Thas ordenara.*

*¡Y por si fuera poco, un gran dragón blanco  
cumplía la voluntad del mago! Con su poder  
afianzaba el derecho a reinar del elfo oscuro.*

*Pues Feal-Thas gobernar había decidido  
con mano de hierro y cruel designio,  
donde el pueblo, largo tiempo, había perdurado.*

*El pueblo del hielo parecía afrontar su fin.  
Contra tal amenaza, no teníamos protección.  
La esperanza al viento se esparció.*

*¡Escucha, pueblo del hielo, mi relato!*

*Habbakuk, nuestro antiguo dios, le habló  
entonces a Raggart el Viejo en un sueño,  
y la victoria en su nombre le prometió.*

*A unirse a la causa de los Bárbaros de Hielo  
también vinieron forasteros y fueron ~caballeros,  
enanos y elfos~ como parientes acogidos.*

*El jefe Harald, Quebrantador en mano,  
emplazó a los guerreros leales a plantar cara  
y limpiar los hielos de la mácula de Feal-Thas.*

*¡El día que cayó el castillo del Muro de Hielo!*

*Los botes deslizantes partieron al romper el alba.  
Y aunque en nuestros corazones había alentado el miedo  
un soplo de esperanza en el aire flotaba.*

*¡Entonces el milagro sobrevino!  
¡El dragón, tal como Habbakuk había jurado  
se marchó cuando nos poníamos en camino!*

*¡Abridlos oídos a las lecciones aquí reveladas!*

*Animados por el augurio, alegres los corazones,  
nuestros hombres navegaron; los perros corrieron  
al costado de los botes deslizantes.*

*Pero la torre, que aún se erguía alta y poderosa,  
ensombreció los ánimos con su sombra. Desde ella,  
nos hacían befa los thanois... Esa raza monstruosa.*

*De pronto, dos hombres, Raggart el Viejo y Elistan,  
el clérigo de Paladine ~un dios extranjero~,  
desembarcaron del bote con esta encomienda:*

*«Las obras de los dioses de la Luz contemplad ahora:  
A fin de que los hombres hagan lo que es correcto,  
ved que disponen un camino para los que creen y perseveran.»*

*¡Escuchad, Bárbaros de Hielo, mi relato!*

*Entonces, los dos ancianos se encaminaron solos  
hacia el hogar del perverso hechicero  
a través de una lluvia de flechas y pedruscos.*

*Incólumes, al pie de la torre se detuvieron,  
y, atraparon rayos de sol en el aire,  
y hacia las murallas los dirigieron.*

*A su contacto, nubes de vapor se alzan.  
Se abren grandes fisuras, y los muros  
a los thanois en su caída arrastran.*

*¡Y ahora, desde la cubierta de todos los botes,  
a dar muerte a Feal-Thas y a sus secuaces,  
nuestros guerreros hacia las ruinas corren!*

*Y en cuanto a la magia y al oscuro elfo,  
bajo el hacha de una doncella elfa cayó Feal-Thas  
y derramó la vida, roja, sobre el hielo.*

*¡El día en que cayó su poderoso castillo!*

*Donde antes se alzaba la poderosa fortaleza,  
nuestros guerreros caminan ahora libremente,  
del brujo para siempre borrada la amenaza.*

*Cuando la esperanza parezca lejana, recordad este relato  
y dejad que sus lecciones guíen vuestro corazón,  
porque nosotros, hermanos míos, somos Bárbaros de Hielo.*

*¡Nosotros, oh hermanos, somos Bárbaros de Hielo!*

## **CUARTA PARTE**

*El oráculo de Takhisis*  
*Kit da un ultimátum*

El invierno entró de lleno en Ansalon. Yule llegó y pasó. Se seguía buscando a Kitiara, aunque ya sin demasiada intensidad. Ariakas no mandó a sus tropas en su persecución. Lo que sí hizo fue enviar asesinos y cazarrecompensas, pero con la orden de llevar sus pesquisas con comedimiento y cautela. Al cabo de un tiempo, dio la impresión de que se habían olvidado de ella. Ya no había cazarrecompensas repartiendo por ahí monedas de acero y preguntando si alguien había visto a una guerrera de cabello oscuro, rizado y corto, con sonrisa sesgada.

Kitiara no lo sabía, pero Ariakas había hecho volver a sus sabuesos. El emperador empezaba a lamentar todo el incidente. Se daba cuenta de que había cometido un error respecto a Kit. Empezó a creer en su afirmación de inocencia e intentó culpar a Iolanthe de haber llegado a creer que Kit lo había traicionado. La maga, muy atinadamente, desvió la responsabilidad hacia el hechicero Feal-Thas. El elfo había acabado siendo una gran decepción para Ariakas —que, sin embargo, nunca había esperado gran cosa de él— cuando llegó la noticia de que el maldito elfo había conseguido que lo mataran y en su caída había arrastrado consigo al castillo del Muro de Hielo.

Por lo menos el caballero, Derek Crownguard, había sido víctima de la confabulación del emperador. Se había llevado el Orbe de los Dragones a Solamnia, y los informes de los espías de Ariakas comunicaban que la controversia por la posesión del orbe había abierto una brecha entre elfos y humanos, además de la subsiguiente desmoralización de la caballería por la influencia del orbe.

Ariakas quería que Kit volviera. Por fin estaba preparado para entrar en guerra con Solamnia y necesitaba su pericia, sus dotes para el liderazgo, su coraje. Sin embargo, no había rastro de ella por ninguna parte.

La reina Takhisis podría haber informado a Ariakas sobre el paradero de Kit, ya que Su Oscura Majestad tenía bajo una estrecha vigilancia a la Dama Azul, pero Takhisis decidió mantener en la ignorancia a Ariakas. Este probablemente habría visto con buenos ojos la entrada de lord Soth en la guerra, pero no le gustaría ni pizca encontrarse con una alianza entre Soth y Kitiara. Kit ya tenía un ejército que la respaldaba, un ejército que le era leal. Si a eso se sumaba el poderoso Caballero de la Muerte y sus fuerzas, Ariakas empezaría a sentir que la Corona del Poder descansaba sobre su cabeza con cierta inestabilidad. Podría intentar impedir que Kitiara llegara al alcázar de Dargaard, pero Takhisis no estaba dispuesta a consentirlo.

Los cazarrecompensas eran un fastidio para Kit, pero en absoluto representaban un peligro. Ninguno de ellos la reconocería con su disfraz de ocultista de algo rango y nadie la molestaría. Incluso había sostenido una conversación muy entretenida con un cazarrecompensas, a quien facilitó su descripción y lo mandó a una persecución larga e infructuosa. Cuando tomó la calzada que conducía a Foscaterra, la persecución acabó. Nadie deseaba seguirla por aquella tierra maldita.

El viaje fue largo y agotador, y le dio a Kitiara tiempo de sobra para pensar en su encuentro con lord Soth. Necesitaba un plan de ataque. Kit nunca entraba en batalla sin tener uno preparado. Le hacía falta información muy precisa respecto a qué clase de enemigo se enfrentaba; información verídica, nada de leyendas, mitos, historias de vieja, cuentos kenders o cantos de bardos. Por desgracia, no era una información fácil de conseguir. De aquellos que habían visto a lord Soth cara a cara, ninguno había vuelto para hablar de ello.

Lo único que tenía era la información que le había proporcionado Iolanthe al final de su azaroso encuentro en el templo de Neraka. Kit deseó haber prestado más atención a la bruja, haberle hecho más preguntas. Claro que estaba intentando huir para salvar la vida y no era el mejor momento para estar de cháchara. Kit repasó todo lo que Iolanthe le había contado y le estuvo dando vueltas con la esperanza de idear alguna estrategia. Todas las historias coincidían en ciertos puntos: un ejército de guerreros espectrales; una estatua antigua de *banshees* que paraba el corazón; y un Caballero de la Muerte que podía matar con sólo decir una palabra. Desde el punto de vista de Kit, desarrollar una estrategia para ese encuentro se parecía mucho a planear una estrategia para suicidarse. En realidad, la cuestión era cómo morir de la forma más rápida y lo menos dolorosa posible.

Kit tenía el brazalete que Iolanthe le había dado. La hechicera le había explicado cómo utilizarlo, pero Kit quería saber todo cuanto hubiera que saber sobre ese brazalete. No es que no confiara en Iolanthe. La bruja le había salvado la vida.

Bueno, para ser sincera, tampoco se fiaba mucho de ella, así que llevó el brazalete a una tienda de artículos de magia.

El propietario —un Túnica Roja, como solían ser la mayoría, ya que había que tratar con magia negra, roja y blanca— agarró el brazalete como si ya no fuera a soltarlo. Le brillaron los ojos al verlo y la boca se le hizo agua. Lo acarició con arrobó. La voz se le enronqueció cuando habló sobre él. Le dijo que era un brazalete muy raro y muy valioso. Era el primero que veía, así que sólo conocía ese tipo de brazalete de oídas. Musitó unas palabras mágicas mientras hacía movimientos con las manos sobre él y el brazalete puso de manifiesto su naturaleza mágica. Aunque no se atrevería a jurar por su dios que la joya haría lo que Iolanthe había afirmado —proteger a Kit del miedo inducido por un conjuro y de ataques con la magia—, creía muy probable que el brazalete actuara como se esperaba que lo hiciera. Después, sosteniéndolo amorosamente en la mano, le ofreció a Kit que eligiera a cambio cualquier objeto de los que había en su tienda.

Kitiara logró finalmente rescatar el brazalete de la mano del hombre y se marchó. El Túnica Roja la siguió calle abajo sin dejar de suplicarle que se lo vendiera, y la guerrera tuvo que poner a galope a su caballo para dejar atrás al hombre. Hasta entonces Kit no había sido muy cuidadosa con el brazalete; lo había metido en una mochila y no había pensado mucho en él. A partir de ese momento, lo trató con más cuidado y comprobaba con frecuencia que seguía donde lo había dejado. Sin embargo, el brazalete no consiguió que se sintiera mentalmente más tranquila respecto al encuentro con el Caballero de la Muerte, sino todo lo contrario. Iolanthe no le habría dado un regalo tan valioso a no ser que tuviera la certeza de que iba a necesitarlo.

Era descorazonador. Mucho.

Kitiara decidió hacer algo que no había hecho en su vida: buscar la ayuda de un dios. Takhisis era la responsable de enviarla a esa misión. Al enterarse de que había una pitonisa que transmitía oráculos cerca de la frontera con Foscaterra, Kitiara dio un rodeo para visitar a la vieja arpía y pedir el favor y la protección de Su Oscura Majestad.

La pitonisa vivía en una cueva, y si la peste contaba como exponente de su valía, entonces era extremadamente poderosa. El olor a residuos corporales, a incienso y a repollo cocido bastaba para provocar arcadas a un troll. Kit, que había entrado en la cueva, estaba dispuesta a dar media vuelta y salir de inmediato cuando un rapazuelo, tan sucio que resultaba imposible adivinar si era un chico o una chica, la agarró de la mano y tiró de ella hacia dentro.

El pelo lacio, estropajoso y de un blanco amarillento enmarcaba la cara de la vieja arpía como una madeja enredada. La carne le colgaba nacida de los huesos. Tenía los ojos turbios y desenfocados. Bajo las ropas desgastadas, los pechos le tocaban las rodillas al estar sentada en el suelo, con las piernas cruzadas delante de la lumbre. Parecía encontrarse en una especie de trance porque murmuraba, babeaba y balanceaba la cabeza. El pilluelo alargó una mano exigiendo un donativo de una moneda de acero si Kitiara quería hacer una pregunta al oráculo de la Reina de la Oscuridad.

Kit albergaba sus dudas, pero también estaba desesperada. Le dio la moneda de acero y el pilluelo la examinó para cerciorarse de que no era falsa.

—Es buena, Marm —masculló, y se quedó a ver el espectáculo.

La vieja arpía se despabiló lo suficiente para echar un puñado de polvo al fuego. El polvo chasqueó y siseó; las llamas cambiaron de color y ardieron verdes, azules, rojas y blancas. Hilillos de humo negro se enroscaron alrededor de la vieja arpía, que empezó a gemir mientras se mecía atrás y adelante.

El humo era ponzoñoso e hizo lagrimear a Kit. Le costaba trabajo respirar e intentó de nuevo salir de allí, pero el pilluelo la asió de la mano y le ordenó que esperara; el oráculo estaba a punto de hablar.

La vieja arpía se sentó erguida y abrió los ojos que, de repente, estaban limpidos y lúcidos. Los murmullos eran claros y fuertes, profundos, fríos y vacíos como la muerte.

—*«Juraré lealtad y pondré mi ejército al servicio del Señor del Dragón que tenga el valor de pasar la noche conmigo en el alcázar de Dargaard, solo.»*

La vieja arpía se desplomó sobre sí misma, mascullando y plañendo como un bebé. Kitiara estaba enfadada. ¿Para eso había gastado una moneda de acero?

—Ya sabía lo de la promesa de ese Caballero de la Muerte —dijo—. Por eso voy allí. Lo que necesito es que Su Oscura Majestad vele por mí. No le serviré de nada si Soth me mata antes de que tenga siquiera ocasión de abrir la boca. Si su majestad me prometiera...

La vieja arpía alzó la cabeza, miró directamente a Kitiara y dijo en un tono irascible y quejoso:

—¿Es que no sabes reconocer una prueba, estúpida muchacha?

La vieja arpía volvió a entrar en aquella especie de trance y Kitiara se marchó tan deprisa como pudo.

Una prueba, había dicho el oráculo. Lord Soth la pondría a prueba. Podría tomarse como algo reconfortante porque significaba que el Caballero de la Muerte se abstendría de matarla en el mismo instante en que pusiera el pie en la entrada. Por otro lado, también podría significar que la mantendría con vida por su valor como diversión. A lo mejor sólo mataba a la gente cuando se aburría de verla sufrir. Kit siguió su viaje al norte.

Supo que había cruzado la frontera de Foscaterra cuando empezó a encontrar pueblos abandonados; además, la calzada por la que viajaba ya casi no se la podía considerar tal. Solamnia había tenido siempre fama de contar con una excelente red de vías públicas. Los ejércitos avanzaban más deprisa por calzadas que se encontraban en buenas condiciones. Los mercaderes viajaban más lejos y llegaban a más ciudades. Tener buenas calzadas significaba gozar de una economía fuerte. Incluso después del Cataclismo, cuando abundaban los tumultos y la agitación, los que tenían a su cargo las ciudades hicieron del mantenimiento de las vías públicas una prioridad; en todas partes excepto en Foscaterra.

Muchas de las calzadas habían quedado destruidas durante el Cataclismo al quedar sumergidas cuando los ríos se desbordaron o al desaparecer con los terremotos. Sin el mantenimiento adecuado, las calzadas que resistieron empezaron a deteriorarse, y en algunas partes desaparecieron por completo cuando la naturaleza reclamó la tierra para sí. Las vías por las que Kit viajaba ahora estaban tapizadas de malas hierbas, espolvoreadas de nieve y sin viajeros. Pasaron días sin que Kit se cruzara con un alma viviente.

Hasta allí había avanzado a buen paso, pero ahora el progreso se había hecho más lento. Tenía que desviarse kilómetros de su ruta

para encontrar un vado por el que cruzar un río a causa de que la corriente había arrastrado el puente. Tenía que abrirse paso entre la hierba alta que llegaba a los flancos del caballo y que era dura como el alambre. En cierto tramo, la calzada se hundía en un barranco, y en otra zona la condujo directamente al pie de un acantilado. A veces sólo recorría unos cuantos kilómetros en un día, aunque tanto ella como su caballo acababan extenuados. También tenía que dedicar tiempo a la caza; las únicas posadas y granjas por las que pasó llevaban mucho tiempo abandonadas.

Kit no había vuelto a disparar un arco desde su adolescencia, y en el mejor de los casos había sido una arquera más bien desmañada. Sin embargo, el hambre aguzaba la destreza, y se las arregló para derribar un ciervo de vez en cuando. Claro que entonces tenía que trocearlo y aliñarlo, en lo que empleaba un tiempo precioso.

A ese paso, sería tan vieja como el oráculo cuando llegara al alcázar de Dargaard... Si es que lo conseguía.

No sólo tenía que vérselas con calzadas en malas condiciones, bosques infranqueables y el hambre, sino que también debía estar alerta constantemente por los forajidos que habían hecho de aquella zona de Ansalon su casa. Se había deshecho de las ropas de clérigo acomodado previendo que la convertirían en una presa más codiciada y las cambió por las que llevaba en su huida de Neraka: el farseto y un coselete de cuero que había encontrado a lo largo del camino. De nuevo tenía la apariencia de una mercenaria que pasaba una mala racha, pero ni siquiera eso la salvaría. En Foscaterra había gente que mataría por un par de botas.

Durante el día cabalgaba con la mano puesta continuamente en la empuñadura de la espada. En una ocasión, una flecha la alcanzó en la espalda, pero el coselete la desvió. Estaba dispuesta a luchar, pero el cobarde que había disparado no tuvo agallas para dar la cara y enfrentarse a ella.

De noche dormía con un ojo abierto, o eso intentaba, porque a veces el cansancio hacía que se sumiera en un sueño profundo. Por suerte para Kit, al caballo de Salah Kahn lo habían entrenado para frustrar los intentos de asesinato contra su amo, práctica que era un estilo de vida en Khur. El relincho de alarma del animal sacaba de su sueño a Kit bruscamente cada dos por tres. Incorporándose de un brinco, tenía que luchar a brazo partido contra un matón armado con un cuchillo o, con la espada enarbolada, atisbar una figura imprecisa que se escabullía de vuelta a las sombras.

Hasta ese momento había tenido suerte; los que la habían atacado eran asaltantes solitarios. Pero llegaría el día o la noche en que una cuadrilla errabunda de ladrones caería sobre ella y sería su fin.

—No puedo hacerlo, majestad —dijo Kit un día mientras avanzaba trabajosamente por la nieve, llevando al caballo de las riendas porque el terreno era demasiado abrupto para ir montada en el animal sin correr el riesgo de que se hiciera daño—. Siento tener que romper mi juramento, pero de todos modos no lo habría cumplido porque no habría vivido lo suficiente para ver el alcázar de Dargaard.

Kit dio un tropezón y se detuvo. No le gustaba admitir la derrota, pero estaba demasiado hambrienta, demasiado cansada, demasiado desmoralizada y tenía demasiado frío para seguir adelante. Empezaba a darse media vuelta para volver por donde habían venido, cuando *Jinete del Viento* lanzó un relincho aterrado y se encabritó al tiempo que pateaba el aire con las manos. Kit llevaba sujeta firmemente la brida y el movimiento brusco e inesperado del animal casi le descoyuntó el brazo.

La guerrera soltó las riendas y empuñó la espada. El caballo plantó las manos en el suelo y se quedó quieto en la calzada, sudoroso, sacudido por temblores, echando espumarajos y con los ojos en blanco. Kit miró a su alrededor pero no vio nada, aunque sentía el terror del animal. Entonces oyó el sonido de unos cascos a su espalda.

Kit giró rápidamente sobre sus talones y el acero de la espada centelleó al sol.

Un caballo enorme, negro como el azabache y con llameantes ojos rojos, estaba plantado en mitad de la calzada y le cerraba el paso. Una mujer lo montaba en silla de amazona, como hacían las damas de la aristocracia. Llevaba un elegante vestido de terciopelo negro. La falda caía en airosos pliegues por el flanco del animal casi hasta el suelo. Un velo largo y diáfano le ocultaba el rostro. Iba sentada muy erguida, altiva, y las manos enfundadas en guantes negros sujetaban las riendas sin tirar de ellas.

Kitiara soltó la espada. Temblando por dentro, más aterrada de lo que había estado con la idea de afrontar su ejecución, cayó de hinojos.

—¡Majestad! —jadeó, temerosa—. No era mi intención...

—Oh, ya lo creo que sí —la interrumpió Takhisis con una voz tan suave como el terciopelo de su vestido y tan dura como el suelo congelado en el que Kit se había arrodillado—. He oído tu ultimátum.

—Majestad, no era eso lo...

—Pues claro que lo era. Has dicho que si quiero que vayas al alcázar de Dargaard, tendré que encontrar un modo de llevarte allí de forma conveniente y a tiempo.

«Y viva», pensó Kitiara, aunque no osó decirlo en voz alta.

Se arriesgó a echar una ojeada con disimulo, pero no consiguió ver nada de los rasgos de la mujer ocultos bajo el velo.

—Si me lo ordenas, majestad, seguiré adelante... Hasta donde llegue... —dijo humildemente la guerrera.

Takhisis tamborileó con los dedos en un gesto de irritación. Sentada muy derecha en la silla, volvió la cabeza a un lado y a otro abarcando con la mirada el bosque y aquel desdichado remedo de calzada que no merecía llamarse así.

—Te creeré —concedió Takhisis—. Has hecho un gran trabajo al venir hasta aquí. Sabía que este lugar era un desastre, pero no sabía que lo fuera hasta tal punto. —Volvió el rostro velado hacia la guerrera—. Te ayudaré una vez más, Dama Azul, pero será la última.

La Reina Oscura alzó una mano enguantada y señaló el cielo.

Kitiara miró a lo alto y soltó una exclamación de alegría. Skie volaba allá arriba, despacio, con la cabeza inclinada, y miraba a un lado y a otro. Kitiara lo llamó al tiempo que se incorporaba de un salto y se ponía a agitar los brazos. O el dragón la oyó o tal vez oyó la orden de su reina, porque desvió la vista, localizó a Kit, y empezó a descender volando en espiral.

Kitiara se volvió hacia Takhisis.

—Gracias, majestad. No te defraudaré.

—Y si lo haces, dará lo mismo, ¿no crees? Estarás muerta —repuso Takhisis—. Supongo que tendré que devolverle el caballo a



Salah Kahn o sus protestas serán el cuento de nunca acabar.

Tomó las riendas de *Jinete del Viento* con un grácil ademán y partió calzada adelante llevando por la brida al aterrado corcel. Cuando la diosa hubo desaparecido en la oscuridad del bosque, Kitiara tuvo un gozoso reencuentro con Skie.

Estaba tan contenta de ver al dragón que tuvo que contenerse para no rodearle el cuello con los brazos y estrujarlo. Sabía que Skie se sentiría profundamente ofendido y probablemente no la perdonaría nunca. Empezó a disculparse con el dragón y admitió que él tenía razón, que su estúpida búsqueda del semielfo la había metido en un buen lío y casi le había costado la vida. Skie no le dijo: «Te lo advertí.» Por el contrario, tuvo un gesto muy generoso al pedirle perdón a su vez y admitir que se había equivocado al dejarla sola.

Después la informó de que volvía a gozar del favor de Ariakas. El emperador le había pedido a Skie —casi le había suplicado— que fuera a buscarla. Aquella noticia hizo que Kit esbozara una sonrisa sarcástica, sobre todo cuando se enteró de la muerte de Feal-Thas y que los caballeros solámnicos estaban provocando problemas.

Ariakas tenía una misión importante para Kitiara en Flotsam. El emperador también quería que Kit se pusiera a planear un ataque a la Torre de la Alta Hechicería.

—¡Ahora decide eso! —La guerrera estaba que echaba chispas—. Ahora, después de que los caballeros se plantean enviar tropas para reforzar la torre. Y si Solamnia es de repente tan importante ¿por qué habla de mandarme a Flotsam, al otro lado del continente, en alguna misión secreta? ¡Bah! ¡Ese hombre está perdiendo el control!

Skie sacudió la cola en un gesto de conformidad y se tumbó sobre la barriga para que Kitiara pudiera encaramarse a su lomo. El dragón llevaba consigo la armadura azul y el yelmo de un Señor del Dragón que le había entregado Ariakas por si conseguía dar con ella. La mujer se puso la armadura con verdadero placer. Se cubrió con el yelmo y juró que llegaría el día en que Ariakas lamentaría haberla tratado así. Todavía no era suficientemente fuerte para desafiarlo, pero ese día llegaría tarde o temprano; quizá antes de lo que imaginaba si tenía éxito en el alcázar de Dargaard. Equipada de nuevo con su armadura, Kitiara se sentía capaz de cualquier cosa, incluso de enfrentarse a un Caballero de la Muerte.

Recobrada su Dama Azul, el dragón estaba también de un humor excelente. Agitó las escamas azules y clavó las garras en el suelo, listo para alzar el vuelo.

—¿Adónde vamos? —preguntó—. ¿A Solamnia o a Flotsam?

Kitiara hizo una honda inspiración. Esto iba a ser difícil.

—¿No te dijo nada su majestad? —preguntó a su vez, evitando responder.

—¿Quién? ¿Decirme qué? —Skie volvió la cabeza hacia atrás, de repente receloso.

—Volamos hacia el norte —contestó Kitiara—. Al alcázar de Dargaard.

Skie la miró fijamente.

—Bromeas —dijo después en tono tajante.

—No, hablo en serio —contestó Kit sin perder la calma.

—¡Entonces es que estás loca! —gruñó el dragón—. Si crees que voy a llevarte a tu muerte estás...

—Le prometí a la reina Takhisis que me encargaría de esto —explicó Kitiara—. ¿Qué crees, entonces, que hago aquí, en Foscaterra?

—Quizá tras las huellas del semielfo. ¿Cómo demonios iba a saberlo?

—Créeme, he dejado de pensar en Tanis Semielfo —le aseguró al dragón—. Tengo cosas más importantes en la cabeza, como intentar discurrir la forma de salir con vida de este encuentro.

Le explicó el juramento que había hecho a Takhisis.

»Ya la conoces —añadió—. Ahora no puedo echarme atrás. Mi vida no valdría un céntimo kender.

Skie conocía a Takhisis y tuvo que admitir que arrostrar la cólera de la diosa era algo que hasta el dragón más poderoso evitaría como fuera. Aun así, no le gustaba el plan de Kit y se lo hizo saber.

—¡No puedo creer que fueras a hacer esto sin mí! —bramó—. Así al menos tendrás una posibilidad de sobrevivir. Arrasaré el alcázar, lo demoleré sobre su cabeza. No se puede matar al Caballero de la Muerte, pero al menos puedo debilitarlo, darle algo en lo que pensar. Por ejemplo, cómo salir arrastrándose de debajo de varias toneladas de escombros.

Kitiara se abrazó al cuello del dragón, se agarró fuerte y le ordenó que alzara el vuelo.

Era una buena idea la de Skie, y por eso Kit evitó decirle que no funcionaría.

*Una noche en el alcázar de Dargaard*

Skie sobrevoló bosques y ciénagas, ríos y colinas, viviendas en ruinas, calzadas deterioradas, predadores y proscritos de Foscaterra y cubrió en pocas horas y sin incidentes la distancia que a Kitiara le habría costado jornadas de esfuerzo y de peligro recorrer. Tuvieron a la vista el alcázar de Dargaard la tarde del segundo día.

La fortaleza estaba construida en lo alto de un acantilado, en su mayor parte esculpida en la roca del pico del risco. La única forma de llegar al alcázar era subir una empinada calzada que serpenteaba por la cara rocosa. Kit se habría planteado esa vía, pero un vistazo a la calzada fue suficiente para que diera las gracias por contar con Skie. Rajada y llena de grietas, en algunos sitios se habían desprendido grandes fragmentos que habían rodado vertiente abajo. Lo que quedaba de ella estaba sembrado de rocas sueltas y escombros de la deteriorada fortaleza.

En tiempos, la belleza del alcázar de Dargaard había sido legendaria. Se había construido a semejanza de una rosa en flor, a medio abrir. Ahora la rosa estaba resquebrajada, los pétalos ennegrecidos y feos. Los jardines, antaño verdes y florecientes, eran hogar de hierbajos y maleza. El único rosal que crecía entre los deteriorados muros del jardín daba una flor de una tonalidad negra horripilante.

Skie aminoró la velocidad. Había pocas cosas en Ansalon que el dragón temiera, pero aun así no le gustaba el aspecto de aquel lugar ni la sensación que transmitía.

—¿Tengo que seguir?

—Sí. —Kitiara tuvo que repetirlo porque, por primera vez, la palabra se le quedó atascada en la garganta.

El sol no brillaba en el alcázar de Dargaard, que languidecía envuelto siempre a la sombra de la cólera de los dioses. En el instante en que Kit y Skie sobrevolaron la muralla exterior, la luz del sol desapareció. El astro seguía brillando, pero era un orbe ardiente en un cielo negro que no arrojaba luz sobre el alcázar de Dargaard. Los espectros apostados en las murallas verían, en lontananza, el mundo iluminado por el sol, un mundo verde y pujante, un mundo de vida y calor, un mundo perdido para siempre para los que estaban atrapados en la maldición del alcázar de Dargaard.

A Kit se le ocurrió de repente la espantosa idea de que ella misma podía convertirse en una de esas almas perdidas. Su espectro podía verse obligado a unirse a esos guerreros esclavizados por lord Soth. La sacudió un escalofrío y apartó aquella idea de la mente con presteza.

Miró hacia abajo entre las alas del dragón. El alcázar parecía un lugar oscuro y desierto. Ninguna luz brillaba en las ventanas rotas pero, sin embargo, Kitiara tuvo una repentina visión de horribles llamaradas que surgían violentamente a través del techo y ascendían hacia el cielo en un torbellino de cenizas y pavesas. Olió a humo y carne quemada y oyó el chillido angustioso de un bebé, una única nota de tono agudo que siguió resonando hasta apagarse de repente. Kitiara sintió un nudo en la garganta y el estómago agarrotado; un músculo del muslo se le contrajo de manera espasmódica. Notó el escalofrío que sacudió el cuerpo del dragón.

—Una casa maldita —dijo Skie en voz ronca y forzada—. Aquí no hay lugar para los vivos.

Kitiara no podía estar más de acuerdo con él. Nunca había experimentado un miedo como el que sentía ahora; ¡estaba mareada literalmente por el terror y aún no había pisado la puerta! El estómago se le revolvió. Un regusto asqueroso, como a sangre, le provocó una arcada. Era incapaz de llevar suficiente aire a los pulmones. Se aferró a Skie, dispuesta a ordenarle que diera media vuelta, que se alejara de allí tan deprisa como fuera posible. Afrontar la ira de la Reina Oscura sería mejor que aquel horror. La orden ascendió por la garganta de Kit y le salió de la boca como un graznido mezclado con bilis ardiente y amarga.

—¿Qué has dicho? —gritó Skie—. ¿Nos vamos?

Kitiara respiró profundamente, con un estremecimiento.

—Aterriz —ordenó. Pronunció la palabra con enorme dificultad.

Skie negó con la cabeza y descendió en espiral mientras buscaba un sitio donde posarse. La única zona lo bastante grande era el patio, situado directamente enfrente de la puerta principal del alcázar. El dragón tuvo que hacer virajes muy ajustados y casi en picado, y tuvo que plegar las alas en el último momento para no golpearlas contra alguna torre. Tomó tierra bruscamente, patinó en los adoquines y

casi se estrelló contra la muralla.

Kit siguió sentada, inmóvil, unos instantes larguísimos tras el violento aterrizaje. Se sentía como si la estuvieran asfixiando y se quitó el yelmo. Entrecerró los oscuros ojos y apretó los dientes en un gesto decidido. Tras lamerse los labios intentó hablar, pero las palabras no le salían. Skie la entendió.

—Buena idea. Desmonta, señora, y ponte a cubierto. ¡Haré un favor al mundo destruyendo este lugar perverso! —Skie siseó las palabras al tiempo que el chisporroteo de un rayo se le escapaba entre los dientes.

Kit se deslizó hasta el suelo por el costado del reptil, pero no se fue, sino que le puso una mano en el cuello, detestando tener que abandonarlo.

—Ten cuidado —dijo finalmente, y se echó hacia atrás para no estorbarlo.

Skie dio un salto convulso con las patas traseras y se impulsó hacia arriba. Tenía que ganar altitud suficiente con el salto para poder extender las alas sin golpearse en la obra de sillería que lo rodeaba.

Se elevó sobre el alcázar. Extendiendo las alas, se dispuso a sobrevolar la fortaleza en círculos y hacer saltar por los aires torres y almenas con los rayos que creaba con el aliento. Pero un golpe de viento racheado, hirviente, se precipitó desde el cielo, atronador, y golpeó al dragón en el pecho. El reptil luchó contra él agitando frenéticamente las alas al tiempo que arañaba el aire con las patas. El viento sopló con más fuerza y le fue imposible avanzar en su contra. Entonces el viento elevó al dragón y empezó a voltearlo sacándolo del patio y alejándolo del alcázar, del risco y mandándolo de vuelta al mundo alumbrado por el sol. Allí, el viento cesó de repente y dejó caer al desorientado dragón en un campo.

Furioso, Skie alzó la cabeza a la par que agitaba las alas en un gesto desafiante. Sabía muy bien quién había enviado ese viento, pero no iba a darse por vencido. Kitiara lo necesitaba. Al ver que se disponía a alzar el vuelo otra vez, el viento descendió con un bramido ensordecedor y se cayó sobre él. Skie gimió y se desplomó, sin sentido.

Kit contempló la escena con tranquila desesperanza. Había imaginado que Takhisis no permitiría que el dragón se inmiscuyera. Ahora se había quedado sola, sin ayuda.

Tirando a un lado el yelmo, plantada en medio del patio desierto, tiritando, Kitiara miró a su alrededor. No se veía a nadie pero notaba que unos ojos la observaban. El silencio reinaba en el alcázar, pero oía voces que gritaban, gemían y chillaban. No había ningún incendio, pero sentía el calor de las llamas.

Todo a su alrededor —el ambiente inquietante, la amenaza de una muerte atormentadora— palpaba y latía con una vida horripilante. La querían, deseaban hacerla una de ellos. Su intención era retenerla allí toda la eternidad.

Los cadáveres de los valientes y de los necios que la habían precedido yacían esparcidos por el patio. Todos habían muerto de puro terror a juzgar por la contracción de las extremidades, las bocas abiertas de par en par en un grito de pánico. Ninguno había llegado siquiera a la puerta principal.

El miedo se fue adueñando de ella, inclemente, demoledor, estrujándola, retorciéndole las entrañas. Las piernas le temblaban, el corazón le latía de manera dolorosa, a saltos. Estaba sin aliento. Un sudor frío le corría torso abajo.

Miedo... Terror... Una voz decía algo... La voz de Iolanthe... *«Te salvará de morir de puro terror.»*

El brazaletes mágico. Kit había intentado ponérselo antes de entrar en el patio, pero la joya no le entraba con los guantes de montar puestos. Se lo había quitado y lo había guardado debajo del peto con idea de ponérselo al llegar al alcázar. Sin embargo, estaba tan nerviosa que se había olvidado de la joya por completo. Ahora tanteó torpemente, con manos temblorosas, lo encontró y lo apretó con fuerza.

Una oleada intensamente cálida, como si hubiese bebido aguardiente enano, la inundó y alivió su terror. El palpitación alocado del corazón se moderó, los calambres del estómago y los retortijones de las tripas cesaron. Volvió a respirar a un ritmo acompasado. Empezó a meterse en la muñeca el maravilloso brazaletes.

Un cántico sonó dentro del alcázar. La voz de mujer modulaba una única nota, hermosa y terrible, punzante, gemebunda, aguda. La nota impactó en Kitiara como una saeta. Soltó una exclamación ahogada y se encogió. Su mano sufrió una sacudida y dejó caer el brazaletes, que resonó en los adoquines.

El terror resurgió, aplastante, demoledor. Desesperada, con un ataque de pánico, cayó a gatas al suelo. En la oscuridad no encontraba el brazaletes, lo que era enloquecedor porque veía claramente con el resplandor del feroz incendio. Tanteó con las manos desprotegidas. Los adoquines estaban cubiertos de una capa de ceniza y hollín negro, grasiento. El agua corría en pequeños regueros entre las grietas de las piedras. Kit apartó la mano mojada y vio con espanto que no era agua. Tenía la palma embadurnada de sangre.

La luz del incendio se hizo más intensa y la guerrera vio el brazaletes justo fuera de su alcance. Kitiara se lanzó hacia la joya en un intento desesperado de recuperarla. Estaba a punto de asirla cuando dos botas negras y relucientes se plantaron a ambos lados del brazaletes. Una capa larga, con el borde deshilachado, caía alrededor de las botas. Una mano enguantada bajó y recogió el brazaletes.

Kit alzó los ojos despavoridos.

Ante ella se erguía un caballero. Unos ojos de fuego resplandecían tras las ranuras del yelmo cilíndrico. El resplandor del alcázar en llamas se reflejaba en la armadura de acero. La rosa que adornaba el peto aparecía resquebrajada, ennegrecida y manchada de sangre.

Lord Soth sostuvo el brazaletes en la mano enguantada. Los dos puntos ígneos tras las rendijas del yelmo parecieron titilar divertidos. Alzó el brazaletes para que la guerrera lo viera y luego, mientras Kit miraba, cerró lentamente la mano sobre la joya. Sonó un chasquido, el ruido del metal al partirse. Soth abrió la mano. Polvo de plata y ónice se escurrió entre sus dedos y centelleó fugazmente a la luz de las llamas antes de disolverse sobre los adoquines húmedos de sangre.

—Eso sería hacer trampas —dijo lord Soth.

Giró sobre sus talones. La capa flotó a su alrededor como ondas en la urdimbre de la oscuridad. Abrió los brazos.

—Eres mi invitada esta noche —añadió.

Las puertas del alcázar de Dargaard se abrieron.



*El combate de Kitiara*  
*El juramento de lord Soth*

Kitiara se incorporó sobre las rodillas en la sangre y miró fijamente las puertas abiertas. Ante ella se hallaba un vestíbulo grandioso, oscuro, vacío y radiante con la luz de las velas de una inmensa lámpara de hierro forjado que había pendido del techo y ahora estaba caída en el suelo, rota y retorcida. Si Kit no se ponía de pie y entraba en aquel vestíbulo, sería un cadáver más tirado en el patio. Skie sobrevolaría el alcázar de Dargaard a la mañana siguiente y vería en los adoquines sus huesos y su carne putrefacta dentro de la armadura azul y el yelmo astado de un Señor del Dragón. Skie la lloraría —sería el único que lo haría— pero acabaría encontrando otro jinete. Ariakas se reiría cuando se enterara y la consideraría una estúpida que se merecía la suerte corrida. Takhisis la despreciaría. Lord Soth recogería el yelmo astado y lo añadiría a sus trofeos. Y ahí se acabaría todo. Kitiara Uth Matar quedaría en el anonimato para siempre. Desaparecería en la oscuridad y en el olvido.

*«Un poco de miedo es sano —le había dicho Gregor Uth Matar a su hija en una ocasión—. Demasiado, te incapacita para combatir. Cuando empiezas a sentir el latido del miedo en la garganta es que te estás aferrando a la vida con demasiada ansiedad, hija. Despréndete de lo que podría ser y vive lo que es, porque posiblemente sea lo único que tienes...»*

Un soldado salió del vestíbulo. Vestía una armadura adornada con la rosa, uno de los hombres de armas de Soth. Las llamas lo consumían mientras caminaba, ennegrecían la armadura y le levantaban ampollas en la piel. La carne de la cara se derretió y dejó a la vista una calavera sanguinolenta. Sostenía una espada en la abrasada mano. Los ojos sólo veían muerte... y a ella. Iba a matarla si ella no lo mataba antes; sólo que él ya estaba muerto. *«Despréndete de lo que podría ser y vive lo que es...»*

Kitiara se desprendió de su ambición, de sus esperanzas, sus sueños y sus planes. Se desprendió de amor y odio, y, cuando ya no quedó nada dentro de ella, fue consciente de que ya no era presa del miedo.

Poniéndose de pie, Kit desenvainó la espada y avanzó audazmente al encuentro del guerrero espectral. La armadura de dragón la protegía del calor de las llamas. Lanzó un grito de desafío y tocó el arma del muerto en un golpe de tanteo para juzgar su fuerza y su destreza. La fuerza del cadáver andante era portentosa; su contragolpe casi le partió el brazo. Dio un paso atrás y esperó a que la atacara.

Pero parecía que la muerte, además de la pericia, le hubiera robado al espectro la sesera. El guerrero fantasmal enarboló la espada por encima de la cabeza y arremetió como si estuviera cortando leña. Kitiara lo esquivó en un quiebro, saltó y giró. Descargó una patada en el peto del muerto y lo derribó.

El espectro se debatió torpemente en el suelo, tirado boca arriba. Kit le plantó un pie en el torso y le hundió la espada en la garganta, entre la armadura y el yelmo. Las llamas desaparecieron y el guerrero se quedó inmóvil. Sin embargo, no había acabado con él. Kit no podía matar a quien ya estaba muerto.

Al oír un golpeteo metálico a su espalda se volvió velozmente, aunque no con suficiente rapidez: una espada le dio en el hombro izquierdo. La armadura la salvó de acabar con la clavícula rota, pero el golpe fue lo bastante contundente para abollar la armadura que la Reina Oscura en persona había bendecido. Mientras que el guerrero muerto se rehacía del impulso de su ataque, Kitiara blandió el arma en un tajo lateral contra el cuello de su adversario que lo descabezó. El segundo cadáver aún no se había desplomado del todo cuando otro se le echó encima, y Kit oyó que a su espalda el primer atacante se ponía de pie.

La mujer miró hacia atrás y vio que el primer atacante arremetía con un golpe contra su espalda. El que tenía delante se abalanzó sobre ella. Se tiró al suelo. El guerrero que venía por detrás atravesó al que estaba delante y los dos cayeron. Kitiara salió gateando de debajo de los cadáveres y se encontró con otro guerrero esperándola; éste la atacó con una lanza.

Kit rodó frenéticamente sobre sí misma hacia un lado. El muerto asestó un golpe oblicuo y Kit soltó una exclamación ahogada de dolor cuando la punta de la lanza le abrió un tajo en el muslo. Viendo una oportunidad, le aprisionó las piernas con los dos pies y lo derribó. Partió la punta de la lanza, pero no gastó energía en «matarlo». Daría igual. No podía morir.

Más tropas espectrales se sumaron al ataque, tantas que Kit ni siquiera pudo calcular su número. Saltaban desde las almenas, bajaban por las escaleras dejando tras de sí un rastro de llamas que resplandecían en los aceros de las espadas y ardían en sus ojos vacíos de vida

pero rebosantes de odio.

Kit estaba herida y exhausta. El miedo le había pasado factura al dejarla sin fuerzas y no podía dejar de luchar. Se arriesgó a echar otra ojeada hacia atrás. Las puertas del alcázar de Dargaard seguían abiertas de par en par y el gran vestíbulo, alumbrado por la luz de las velas, estaba vacío. No había guerreros espectrales dentro del alcázar; no habían salido más desde que apareció el primero para atacarla. Los soldados muertos se amontonaban delante de ella. Si conseguía entrar en el alcázar, cruzar las puertas con vida...

Sacando la daga que guardaba en una bota, apuñaló a uno de los guerreros en el diafragma, por debajo del peto, y retrocedió un paso. Hundió la espada en la visera del yelmo de otro y siguió retrocediendo.

Tenía que impedir que los guerreros la rodearan por los flancos y le cerraran el paso por detrás, interponiéndose entre las puertas abiertas y ella. Arremetió con la espada entre las piernas de un guerrero y golpeó hacia arriba, abriéndole un tajo en la entrepierna. El espectro se desplomó hacia delante y Kitiara se acercó un paso más a las puertas.

Un golpe la despojó de uno de los brazares. La sangre brotó de una herida profunda en el antebrazo izquierdo; la sangre le manaba también del muslo. Recibió un impacto en la cabeza y tuvo la impresión de que las llamas titilaban y daban vueltas. Pero se resistió al intenso dolor y parpadeó hasta que consiguió enfocar la vista para continuar luchando. Y siguió retrocediendo.

Jadeaba. Los brazos le dolían. La espada le pesaba una barbaridad. La mano con la que sostenía la daga estaba resbaladiza de su propia sangre. Cuando arremetió con la daga a un enemigo, el arma se le escapó de la mano. Hizo un intento desesperado de recogerla, pero los pies enemigos la pisaron y tuvo que renunciar a ella.

Una espada la alcanzó en el costado. La armadura la salvó de morir, pero el golpe la hirió en las costillas y a partir de ahí cada movimiento, cada inhalación, se convirtió en un martirio. Siguió caminando hacia atrás, siguió blandiendo la espada, siguió esquivando y haciendo quiebros. Delante de ella, los guerreros se apiñaban y luchaban sin reflexión y sin destreza, de forma que se golpeaban entre sí tanto o más que a ella. Aunque eso daba igual. Morían, caían y se incorporaban para luchar otra vez.

La luz de las velas salía a raudales a su espalda. Había llegado a las puertas. Las hojas de madera, reforzadas con bandas metálicas, estaban abiertas. Encima de Kit brillaban los alevosos dientes de un rastrillo.

Kit respiró hondo y dio un grito estrangulado de rabia y desafío antes de lanzar un último y frenético ataque. Repartiendo tajos y arremetidas con la espada, hizo retroceder a los guerreros, que tropezaron y cayeron unos sobre otros, y después se dio media vuelta y corrió con las pocas fuerzas que le quedaban a través de las puertas.

Una cuerda gruesa, unida al mecanismo, sujetaba el rastrillo arriba. Confiando en que el tiempo y el fuego hubieran debilitado la resistente soga, Kit arremetió con la espada e intentó cortarla. Logró segar unos cabos, pero la cuerda no se partió. Kit rechinó los dientes. El sudor le corría por la cara y la cegaba. Respiró profundamente. Un dolor intenso la asaltó. Los guerreros venían tras ella. Kit sentía irradiar el calor de las llamas devoradoras de carne. Aestó otro tajo. La cuerda se partió y el rastrillo descendió en medio de un gran estruendo; algunos guerreros quedaron aplastados bajo las afiladas puntas.

Los guerreros desaparecieron. Se esfumaron. Para ellos la lucha había terminado y volvieron a su amarga oscuridad, a su vigilancia sin fin, a montar la eterna guardia.

El clamor del combate cesó y, de momento, reinó el silencio; un bendito silencio.

Kitiara gimió. El dolor era como tener clavado un cuchillo al rojo vivo. Se dobló por la cintura, con el brazo ciñéndose el costado. Lágrimas de dolor le ardieron en los ojos. Sollozó y después apretó los dientes para contener el llanto. Mordiéndose los labios hasta que le salió sangre, esperó a que el dolor remitiera un poco.

Alguien empezó a cantar. La voz era un mero susurro al principio, pero le puso el pelo de punta y le provocó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Kitiara abrió los ojos y miró a su alrededor, enloquecida.

Tres elfas venían flotando hacia ella, como movidas por corrientes de aire caliente elevándose de llamas invisibles. Tenían la boca abierta, las manos extendidas, y Kitiara comprendió, desalentada, que había escapado de un peligro para caer en otro. Ya había experimentado los efectos debilitadores de una única nota de aquel canto letal.

El cántico se haría más fuerte, más poderoso. Las horrendas notas romperían a su alrededor como una ola impetuosa de angustia demoledora, sus lamentos y su dolor tan desgarrador y patético le pararían literalmente el corazón.

Las elfas se acercaron más con el largo cabello flotando a su alrededor como zarcillos, los ropajes blancos quemados y ennegrecidos, los cuerpos temblorosos por la quejumbrosa canción.

Cabello rubio, pupilas azules, tez sonrosada, ojos rasgados, orejas puntiagudas... Elfas... Doncellas elfas...

Laurana...

—¡Zorra elfa! —gritó Kitiara, enloquecida—. ¡Aunque sea lo último que haga, te mataré!

Sin hacer caso al dolor, profiriendo maldiciones, blandió la espada contra la doncella elfa con grandes, furiosos, letales arcos atrás y adelante, tajando y acuchillando.

Laurana desapareció. Kit sólo hendía el aire.

Bajó la espada y se encontró inmóvil, jadeando y sudorosa, dolorida y ensangrentada, en medio del vestíbulo. Alzando la vista borrosa por la sangre, vio a sus pies una enorme lámpara de hierro forjado. Aunque se había caído hacía siglos las velas seguían encendidas. Un charco de sangre todavía reciente —siempre horriblemente reciente, fresca como un recuerdo— se extendía debajo del metal retorcido.

Más allá de la lámpara había un trono. El Caballero de la Muerte, lord Soth, estaba sentado en él y la observaba. La había estado observando todo el tiempo. Los ojos tras las rendijas del yelmo ardían fijamente, sin altibajos, un reflejo de las llamas apagadas hacía trescientos años. No se movió. Esperó a ver qué hacía a continuación.

El brazo izquierdo de Kitiara estaba empapado de sangre que aún manaba de la herida. Tenía los dedos de esa mano insensibilizados. La mujer respiraba en jadeos dolorosos, desgarradores. El más mínimo movimiento le provocaba una oleada de dolor lacerante por todo el cuerpo. Se había torcido una rodilla y no se había dado cuenta hasta ahora. La cabeza le palpitaba terriblemente. Tenía la vista borrosa

y el estómago revuelto.

Kitiara se irguió cuanto le fue posible considerando que cojeaba de la pierna izquierda y no podía apoyar todo el peso en la derecha. Parpadeó para ahuyentar las lágrimas y sacudió la cabeza para apartar los negros rizos de la cara.

Con los brazos temblorosos por la fatiga, consiguió, sólo gracias a un arranque de pura fuerza de voluntad, enarbolar la espada y ponerse torpemente en posición de combate. Intentó hablar, pero no le salió la voz. Tosió y notó el sabor de la sangre. Volvió a intentarlo.

—Lord Soth —dijo—, te reto a luchar conmigo.

Sus ojos irradian por la sorpresa y después titilaron. Soth cambió de postura en el trono, y la capa negra, con el repulgo manchado con la sangre de su esposa y de su hijo, se movió a su alrededor.

—Podría matarte sin necesitar siquiera levantarme de mi trono —replicó.

—Podrías —convino Kitiara, que hablaba en jadeos susurrantes—, pero no lo harás porque sería una cobardía, un acto indigno de un caballero solámnico.

Los ojos la contemplaron intensamente; después, Soth se levantó del trono.

—Tienes razón —admitió—. En consecuencia, acepto tu desafío.

Apartando a un lado la capa, sacó de una vaina ennegrecida una espada enorme, un mandoble, y rodeando la lámpara caída se encaminó hacia ella. Cojeando dolorosamente, Kitiara giró sobre sí misma para no perderlo de vista, con la espada preparada.

Era más alto y más fuerte que ella, amén de estar más muerto que ella; aunque no mucho más, a decir verdad. Él no sentía dolor físico, aunque sólo los dioses sabían el tormento espiritual que soportaba. Nunca se cansaría. Podía luchar durante cien años y a ella le restaban unos instantes más de fuerza. Tenía más alcance que ella. Kit nunca conseguiría acercarse a él, pero aquello era lo que había jurado que haría y, por la Reina Oscura, iba a cumplir su promesa aunque fuera lo último que hiciera.

Soth amagó por la izquierda, pero Kit no se dejó engañar porque había visto llegar el verdadero ataque. Paró el golpe y su espada chocó con la de él.

El helor de la muerte y de algo peor, el frío acerbo de la vida sin fin y sin reposo, la asaltó a través de carne y hueso. Se estremeció de dolor y sufrió una arcada al tiempo que luchaba por respirar y no ceder terreno, firme, parando la espada del caballero muerto con la suya, manteniéndolo a raya con los últimos vestigios de coraje, porque la fuerza hacía mucho que se le había agotado.

La espada se le rompió. La hoja se deshizo en fragmentos de acero. Esquirlas y trozos de metal relucieron a la luz del fuego. Kitiara se tambaleó, a punto de caer.

Soth avanzó amenazadoramente hacia ella. Kit metió la mano en la armadura de dragón, aferró la daga oculta entre las escamas y, tiritando, temblorosa, se abalanzó sobre él.

Soth le asió la muñeca de la mano que sostenía la daga y se la retorció. La carne de Kit se congeló bajo su tacto y la guerrera soltó un gemido suave, involuntario, pero se mordió los labios. No le daría la satisfacción de oírla gritar. Esperó, en silencio, la muerte.

Lord Soth le soltó la mano.

Kitiara se aferró la muñeca y lo miró, embotada, sin importarle ya lo que ocurriera después de haber llegado tan lejos, sólo que fuera cuanto antes.

El caballero muerto alzó la espada y Kit se preparó para lo que se avecinaba.

Lord Soth giró el arma en las manos enguantadas y se la tendió, la empuñadura por delante, mientras hincaba una rodilla en el suelo.

—Mi señora —dijo—. Acepta mi servicio.

Kitiara miró fijamente la espada. Lo miró fijamente a él. Esbozó su sonrisa sesgada y después se desplomó en el suelo, hecha un ovillo, una mano por debajo del cuerpo y la otra extendida de forma que los dedos rozaban el charco de sangre que había debajo de la lámpara.

Soth se despojó de la negra capa y tapó con ella a Kitiara para protegerla del frío de la noche. Por la mañana convocaría al dragón para mandarla sana y salva a su destino. Entretanto, vigilaría su reposo.

Esa noche, por primera vez desde su caída, lord Soth excusó a las elfas de entonar el cántico de sus crímenes para que no despertaran a Kitiara.

*Finis*

—Y así termina nuestro relato por hoy —dijo Lillith Cuño. Había mantenido embelesada a su audiencia mientras narraba la historia de sucesos trascendentales que habían tenido lugar en el invierno de 351 D.C. Había hablado sobre la muerte de los dos caballeros, Brian Donner y Aran Tallbow, en un tono sosegado y quedo, y recordó a sus oyentes que podían contemplar el monumento erigido en su memoria en la Sala de los Caballeros, en la isla de Sancrist. Los Estetas que se habían quedado para escuchar el relato intercambiaron una mirada afligida. Lillith no se había casado y todos sabían que había enterrado su corazón junto a Brian Donner, en la tumba del caballero.

Sin embargo, la gente se mostraba reacia a marcharse y muchos querían saber qué había pasado a continuación.

—Os contaré algo más —accedió Lillith con una sonrisa.

»Tras salir de la cámara donde los dos caballeros habían muerto, los Héroes de la Lanza (Laurana, Sturm, Flint, Tasslehoff, Gilthanas y Elistan) se reunieron con sir Derek Crownguard y combatieron al lado de los guerreros del pueblo del hielo para derrotar a las fuerzas de Feal-Thas y expulsarlas del castillo del Muro de Hielo. Cumplida su misión, se marcharon del glaciar llevando consigo el Orbe de los Dragones, así como otro artefacto que hallaron en el castillo, un artefacto que resultó ser muchísimo más valioso. También se llevaron los cadáveres de Aran Tallbow y de Brian Donner para que se los enterrara como héroes en su tierra natal. Lo que les ocurrió allí a los Héroes quedó reseñado en el libro *La tumba de Huma*.

»Han pasado muchos años desde aquel día fatídico, y el canto de sus aventuras en el Muro de Hielo lo sigue entonando Raggart el Joven en las largas noches de invierno. Una de las posesiones más preciadas de la tribu es el Quebrantador de Hielo de Laurana. La elfa se lo entregó a Harald antes de marcharse por miedo a que se derritiera si lo sacaba del glaciar.

»Tras la marcha de los Compañeros, Harald prosiguió la guerra contra los ejércitos de los dragones. Unió al resto de las tribus del glaciar y atacaron a Sleet con tal ferocidad que expulsaron a la dragona blanca de su cubil. Los Bárbaros de Hielo ocuparon el castillo y lo conservaron bajo su control. La tarea de Harald fue en cierto modo más sencilla debido al hecho de que Ariakas no logró encontrar a nadie que quisiera reemplazar a Feal-Thas. El emperador decidió que, de todos modos, tampoco le interesaba mucho aquella región de Ansalon tan improductiva, así que, tras un intento desgastado de recuperar el castillo del Muro de Hielo que acabó en desastre, Ariakas sacó a sus fuerzas del glaciar, dejándoselo a los osos blancos, a los nómadas y a los lobos.

»En cuanto a Kitiara, sus aventuras también quedaron reflejadas en *La tumba de Huma*. Baste decir ahora que hubo un reencuentro entre Tanis y ella. Su relación tendría consecuencias imprevisibles para ambos, para sus compañeros y para la victoria final en la Guerra de la Lanza.

Acabado el relato de ese día, Lillith se puso de pie.

—Gracias, amigos, por acudir hoy para conocer una parte de la historia de Ansalon. En la próxima sesión retomaremos la historia del medio hermano de Kitiara, Raistlin Majere, que tomó una decisión trascendental aquí mismo, en la Gran Biblioteca. Ese relato se titula *Reloj de arena*. Los Estetas de Gilean esperamos que regreséis para compartir esa historia con nosotros.